




VIVIANA  
RIVERO

*LA BELLA  
MASCALINA*





Lo pasado ha huido, lo que esperas está ausente.  
Pero el presente es tuyo.  
Proverbio árabe

Dedicado a todos los que han  
aprendido que un corazón bondadoso  
vale más que todo el oro del mundo...  
y que saben que esa bondad es capaz  
de transformar el efecto mariposa más  
poderoso.

# PRIMERA PARTE

# CAPÍTULO 1

**Hoy**

*Enero de 2002*

Elena abrió la puerta del baño y salió envuelta en su bata de toalla blanca; una nube de vapor emergió con ella. Acababa de pasar un largo rato en la bañera repleta de agua caliente, estaba sosegada; nada más reparador que un baño después de sufrir durante largo rato el viento patagónico. Parada junto al espejo grande, el cristal le devolvió la imagen de un cuerpo estilizado y un rostro armonioso; se acercó para verse mejor. Sus labios rojos con forma de corazón pedían unguento a gritos pero estaba cansada, sólo quería tenderse en la cama.

Ya acostada, miró a su alrededor. El cuarto de hotel era moderno y estaba bien equipado. Había acertado al elegir alojarse allí y no en la casona de su familia, deshabitada desde hacía tanto tiempo. Desde la muerte de Susan Wilson, su bisabuela, la vivienda se había usado muy poco. Susan había sido como una abuela para ella, ya que a la verdadera no la había llegado a conocer. Tenía muchos recuerdos de Susan, de su gran energía a pesar de la edad avanzada, de sus ojos azules, su español entreverado, sus abrazos y sus comidas típicas. Ella había sido una de las primeras inmigrantes bóer en llegar a la Patagonia durante el gobierno del presidente Julio Argentino Roca. Éste, al saberlos en guerra con Inglaterra, los había invitado a colonizar el sur del país. Susan y su marido habían dejado la colonia en Sudáfrica, junto a su historia de sangre holandesa, para instalarse en el sur de la Argentina.

Aunque todo eso ahora parecía irreal y lejano, las decisiones de aquella época traían consecuencias en el presente. A Elena le esperaba un cúmulo de trámites legales relacionados con las posesiones que su familia había obtenido en todos esos años desde la inmigración de sus bisabuelos. Para eso había venido a Comodoro Rivadavia, pero decidió que aprovecharía esos días para descansar un poco. Hacía mucho que no se tomaba vacaciones. Las últimas las había tenido que postergar por los imprevistos financieros provocados por la suba del dólar y el corralito, consecuencia de la crisis

económica del país. En esa ocasión, había tenido que salir de apuro para Hong Kong a resolver asuntos de trabajo. A su vuelta, habían comenzado las peleas con su pareja, que derivaron en una separación anunciada. Por esa razón, cuando pidió tres semanas en su trabajo para viajar a Comodoro, no se sintió culpable. ¡Ni siquiera se había tomado licencia cuando murió su madre! Y aunque el presidente de la empresa no parecía muy contento con su anuncio, había tenido que entenderla. Sobre todo porque el presidente era Marcelo, el hombre con quien había convivido los últimos dos años.

Marcelo era alguien importante en la vida de Elena, ella a pesar de sus 36 años, sólo había estado enamorada de verdad dos veces: la primera de Rafael, con quien mantuvo un noviazgo de varios años mientras estudiaban juntos en la universidad; y luego de Marcelo, con quien después de una intensa y apasionada relación de un año había empezado a convivir. A Elena la entusiasmaba su trabajo pero se daba cuenta de que ser exitosa en lo que hacía tenía su precio; mientras ella conversaba de negocios en inglés con los chinos, sus amigas se casaban y tenían hijos.

En medio de sus cavilaciones, comenzó a desenredarse el largo cabello claro para bajar al restaurante. Tenía hambre pero no deseaba ir a la ciudad; todavía no estaba lista para encontrarse con gente conocida. Para ella no era fácil pasar desapercibida. Su apellido era demasiado famoso en Comodoro Rivadavia. Momentos antes, mientras hacía el papeleo de ingreso en el lobby del hotel, el recepcionista había leído su nombre en la tarjeta de crédito y le había dicho:

— Elena Wilson Garrott... ¿De los Wilson Garrott de la estancia Maan

□?

Sin ganas de explicar, ella había asentido. El muchacho le sonrió, probablemente pensando que esa noche tendría una anécdota para contar en su casa. Sobre su nombre pesaban demasiadas historias, muchas de las cuales seguro que ni ella las conocía.

Su madre, fallecida hacía más de un año, siempre se había encargado de los trámites y las decisiones cuando venía a Comodoro de vacaciones. Ahora que ya no estaba, Elena había sido la elegida por la familia para reemplazarla. A pesar de ser la hija menor y de tener bastante diferencia de edad con sus tres hermanos mayores, ella era la única que se hacía cargo de las situaciones familiares cuando éstas se complicaban. Dos de sus hermanos vivían en el exterior y el tercero era un bohemio, totalmente desinteresado de lo material.

A pesar de las distancias y diferencias, por primera vez todos los hermanos Wilson Garrott se habían puesto de acuerdo en aceptar una propuesta de compra que incluía todas sus tierras, animales y estancias. Lo cual era todo un acontecimiento, porque Pedro y Pablo, que trabajaban de periodista y fotógrafo respectivamente en el diario *Le Figaro* en París, eran difíciles de entusiasmar; aunque a Marcos, el hippie, cualquier cosa le parecía bien. Y para llevar adelante estas negociaciones habían delegado todo en su hermana. Era necesario hacer una serie de diligencias, incluidas las sucesiones de los abuelos, que nunca se habían hecho. Elena debería dejar su costado soñador y sacar a relucir su parte más práctica y profesional.

Desde chica, Elena había sido una mezcla de artista y negociante, exactamente como Florence, su madre. También era el vivo retrato de ella en lo físico: nariz respingada, pelo rubio lacio y ojos color miel, tan claros que parecían amarillos. Sus hermanos varones, en cambio, eran los tres muy parecidos a su padre, André Garrott. Su madre siempre bromeaba diciendo que le habían dado la revancha en el último momento. Sus padres siempre habían tenido una excelente relación, al punto de que cuando André falleció, Florence, que hasta entonces gozaba de una salud perfecta, se enfermó e imprevistamente partió. Su unión había sido siempre tan estrecha que hasta los propios hijos sentían que quedaban fuera. Era como si los dos hubieran estado hermanados por cosas que sólo ellos conocían, y que se revelaban en miradas y charlas en clave.

Cada vez que Elena pensaba en sus padres sentía una especie de peso en su interior al ver que el tiempo pasaba y ella no encontraba una pasión semejante. Entonces se le ocurría que si no hallaba el amor perfecto, al menos sería bueno tener «su lugar en el mundo». Hasta ese momento éste se hallaba en Buenos Aires, en la Capital donde vivía pero también estaba donde el trabajo la llamara ya que no tenía grandes apegos a nada. Llevaba una vida muy diferente de la de sus hermanos más grandes, radicados con sus familias en el extranjero, e incluso de la del tercero, el bohemio Marcos, que vivía en una montaña en Córdoba junto a otros que, como él, habían decidido dejar la vida citadina de la Capital y sobrevivir con lo que producían en su propia huerta.

Elena reflexionaba estas cosas cuando el teléfono la sacó de sus cavilaciones.

— ¿Señorita Garrott?

— Sí, soy yo.

— Le hablo de recepción. Es para avisarle que aquí le han dejado dos sobres.

— Gracias, en unos minutos cuando baje a cenar los recojo.

Ya imaginaba de quiénes eran: el abogado y el agrimensor. Ambos se habían comprometido a alcanzarle algunos datos que les había solicitado. Se calzó un jean ajustado y una remera blanca, se pintó apenas los labios y con el cabello todavía húmedo bajo al restaurante. No necesitaba demasiado arreglo, todavía estaba bronceada del fin de semana en la pileta de su edificio, donde nadaba para aliviar el estrés del trabajo.

Algunos minutos después, mientras esperaba el plato de goulash de cordero y tomaba una copa de vino, abrió los sobres. En uno, el agrimensor le enviaba un plano y el listado de todas las tierras que pertenecían a su familia, con la descripción exacta de las hectáreas que cada una ocupaba. En el otro, su abogado el doctor Thompson le decía que la esperaba en dos días y le adjuntaba la dirección de una escribanía que tendría que visitar para terminar un trámite. Le llamó la atención, su familia siempre había trabajado con otro escribano y a éste no lo conocía; se inquietó, pero al ver llegar al mozo con el plato humeante que despedía un aroma delicioso, decidió apartar las preocupaciones. No podía quejarse, hasta aquí todo había salido bien; estaba en Comodoro, instalada en un cómodo hotel, paladeando una buena comida y con veinte días por delante, todos para ella. Nada mal, pensó mientras probaba el primer bocado y lo encontraba exquisito. Afuera diluviaba y el aguacero fuera de tiempo mojaba a los desprevenidos transeúntes nocturnos. Enero no era mes de lluvias en Comodoro.

\* \* \*

A la mañana siguiente, con el mismo jean y la remera blanca de la noche anterior, Elena bajó tranquila a desayunar, luego partiría a la escribanía. Durante la siesta pensaba visitar la casona de la estancia. Esperaba que no lloviera, el clima parecía inestable. También tenía un plan más ambicioso para la semana siguiente: llegar hasta la casa de su tía abuela Anne. La mujer había vivido aislada y solitaria, rodeada sólo de sirvientes, hasta el día en que murió y fue enterrada en el cementerio de la zona. La vivienda se encontraba



en un lugar de difícil acceso; Elena no había ido nunca, sus padres cuando niña jamás la llevaron, y después ella ya no tuvo interés en ir. Pero ahora que iban a venderla junto con todo lo demás, no quería desprenderse de la casa sin echarle aunque sea una mirada.

Elena planeaba estas actividades mientras el taxi la llevaba a la escribanía y la dejaba en la puerta. Debía averiguar para qué trámite se la requería allí y luego, con la información, iría al estudio de su abogado. Una joven recepcionista vestida de *femme fatale* la hizo pasar. Una mirada rápida le bastó para ver que tres personas más esperaban antes que ella; decidió relajarse.

Se sentó junto a dos señoras mayores, de seguro lugareñas, que hacían comentarios sobre el clima. Frente a ella había un hombre joven, con aspecto de extranjero, lo que no era inusual ya que en los últimos años el sur del país estaba repleto de ellos. Llevaba la infaltable botellita de agua mineral en la mano, las típicas bermudas Columbia, una remera blanca y el cabello muy corto. Era alto y de buen físico. Observándolo, lo encontró atractivo: rasgos angulosos, linda piel, cabellos castaños claro, y... entonces él la descubrió y sus ojos oscuros se cruzaron con los de Elena en medio del reconocimiento exhaustivo que ella le estaba haciendo. Elena rápidamente giró la cabeza en dirección de las mujeres, quienes creyéndola interesada enseguida la incluyeron en la conversación.

— ¿Verdad, niña, que no es tiempo de lluvias?

Las temporadas en Comodoro Rivadavia y los relatos de su madre le daban seguridad a Elena para responder:

— No, hoy no debería llover, no es época —y agregó—: El chaparrón de anoche fue algo raro.

— Es lo mismo que digo yo, Carlota. El calentamiento global está trayendo consecuencias hasta en esta punta del mundo. ¡Y nosotros que creíamos que aquí nunca iba a llegar el desastre! ¡Adónde vamos a ir a parar!

Elena contestó con otro comentario ecológico, al que las mujeres le respondieron entusiasmadas, enumerando una larga lista de prácticas letales para el planeta. Por un rato, la charla la entretuvo; le gustaba la atención que la gente del sur le prestaba a la naturaleza, tenían un respeto por el entorno que no encontraba en la Capital. Luego se enfrascó unos minutos en los papeles que el escribano le había enviado al hotel. Mientras leía, creyó sentir la mirada del hombre sobre ella. Al levantar la vista lo comprobó.

Él le sonrió:

— Parece que tendremos un buen rato aquí... Al menos no nos vamos a aburrir —e hizo una seña en dirección de las mujeres que seguían parloteando sobre el cambio climático.

— Así parece —respondió Elena con otra sonrisa. Se había equivocado, no era extranjero. Hablaba español a la perfección y tenía una voz cálida.

— ¿El doctor Galván es un buen profesional? Digo, porque hace poco que lo consulto. ¿Vos venís hace mucho? —preguntó él.

— No, es mi primera vez. Mis cosas legales las lleva desde siempre el estudio Thompson. Estoy aquí por una eventualidad.

— Bueno, entonces habrá que esperar para emitir juicio —respondió él encogiéndose de hombros.

Elena sonrió. Al verlo dispuesto a conversar, quiso sacarse la duda.

— No sos de Comodoro, ¿verdad? —Le había visto extraer una cámara de fotos del bolsillo.

— Sí y no. Tengo una casa acá, pero soy geólogo y paso mucho tiempo en el exterior. Aunque éste es mi lugar en el mundo y cuando sea viejo me instalaré definitivamente —dijo mostrando una sonrisa impecable.

— Sí, es muy lindo —contestó Elena mientras se acomodaba el cabello y pensaba que era una pena que esa mañana hubiera salido sin maquillaje y estuviera otra vez de jean y remera. Hombres así no se conocían todos los días.

— ¿Vos sos de acá, no? Veo que tenés claro cuándo debe llover y cuándo no.

— Yo soy...

La voz de la secretaria en minifalda apretada sonó junto a ellos e interrumpió la respuesta:

— Disculpen. Señor, necesito que me dé su documento y también me faltan algunos datos suyos por completar. ¿Me sigue, por favor?

Él se levantó dispuesto a seguir a la chica que caminaba provocadoramente, pero antes se dio vuelta:

— Bueno, un gusto conocerte... —la interrogó con la mirada.

— Elena... Me llamo Elena —dijo eludiendo su apellido; ya sabía lo que venía después, sobre todo si el atractivo geólogo era de Comodoro.

— Y yo Omar —respondió él acomodándose a la presentación informal de ella, y desapareció apurado tras la secretaria.

Elena se dijo a sí misma que era una lástima no haber podido conversar un poco más.

Minutos después se hallaba dentro de la oficina del escribano, sentada frente a él sin poder creer lo que escuchaba. La serie de explicaciones que el notario le daba la tenían perpleja. Había entrado pensando que se trataba de un trámite sencillo por resolver: una servidumbre de paso sobre uno de sus terrenos; sin embargo, ahora se enteraba de una perturbadora noticia.

— Sé que esta información la sorprende, pero mi cliente, enterado de que están por hacer la sucesión de Peter Wilson, pensó que lo más atinado era informarle cuanto antes la situación.

— Entiendo que su «cliente» diga que tiene título de propiedad sobre las tierras de mi familia, pero ¿usted vio los papeles? ¿Eso le consta? Porque sería un obstáculo, para la venta que ya estaba casi cerrada.

— Claro que sí, los tengo a resguardo.

— ¿Y por qué estas personas no aparecieron antes?

— Hasta el momento, los González no habían querido reclamar, pero como ahora se va a hacer la sucesión Wilson Garrott, tomaron la decisión de ponerse en contacto con ustedes. La idea es llegar a un acuerdo para no terminar en un juicio que entorpezca la sucesión.

A Elena la información le daba vueltas en la cabeza y una pregunta trascendental le surgía; ésta a los fines monetarios no importaba, pero a los sentimentales sí, y mucho.

— Escribano, dígame, para mí es importante saberlo, esta gente... estos González que dicen ser dueños de las tierras de mi abuelo, ¿tienen algo que ver con el González que le disparó a él?

El hombre la miró fijo, sabía que cuando le diera la respuesta todo se complicaría aún más, pero no podía ocultar lo que conocía. No pensaba decir todo, no al menos en esta oportunidad, le daría sólo la punta del ovillo. El resto lo explicaría en la próxima reunión.

— Sí, son descendientes del González que asesinó a su abuelo.

Elena se levantó de la silla y dio unos pasos hasta quedar situada frente a la ventana, necesitaba pensar. ¿Cómo diablos un González había llegado a tener título de propiedad sobre esas hectáreas? ¿Cómo habían llegado a ser

dueños de esa porción de tierras? Y lo peor: ahora, para vender como pensaban, necesitarían la firma de un González.

González no era cualquier nombre, en su familia eran los malditos. Los innombrables. Los odiados.

— Señorita Garrott, comprendo que para usted sea una sorpresa fuerte, pero así están las cosas, pensé que su abogado, el doctor Thompson, se lo había dicho.

— No, es que antes de verlo decidí pasar por aquí creyendo que era otro tipo de trámite. Con él tengo cita mañana.

— Mire, lo mejor es que vaya, hable con él y después vemos qué forma legal le damos a todo esto. Según entiendo, deberíamos tener cuanto antes una reunión todos juntos.

— Sí, déjeme hablarlo con mi abogado y después le comunicamos.

¡Una reunión con los González! No estaba preparada para eso. Años atrás, un González había asesinado a su abuelo Peter, el padre de Florence. Y si bien ella no la había educado en el odio, su bisabuela Susan, madre de Peter, se había encargado de repetirle la historia cada mes de vacaciones que había pasado en la estancia cuando era una chica. Se lo había machacado hasta lograr transmitirle la aprehensión que ahora sentía por esa gente.

Su abuelo había perdido la vida en los años violentos de la época llamada «Patagonia rebelde». Elena había leído de punta a punta el libro de Osvaldo Bayer buscando encontrar una explicación a tanto dolor; si bien algunas razones había entendido, seguía siendo un hecho cierto que a su abuelo Peter lo había asesinado un peón de nombre Daniel González de la forma más cobarde. ¡Y ahora un descendiente de éste aparecía con tierras a su nombre!

La noticia que acababa de recibir la dejó confundida. A veces pensaba que en su familia había muchas más cosas ocultas de lo que creía. Su madre solía decir que «en todas las familias se cuecen habas y en la nuestra, unas así de grandes». Tal vez era tiempo de que salieran a la luz. Porque algún pariente le tenía que haber vendido esas tierras a un descendiente de González. Pero... ¿Quién había sido? ¿Y con qué necesidad? ¡Había que tener coraje, para ir a venderles a esos asesinos!

— Señorita Garrott, cuando usted me diga coordino la reunión con González. Tenga en cuenta que necesitará su firma para cerrar el tema de la venta.

— Sí, lo sé... Nos hablamos. Buenos días.

Elena se dirigió hacia la puerta con la idea de llamar a Thompson de inmediato. Quería contarle lo sucedido y pedirle que le averiguara cuándo y quién de su familia le vendió tierras a un González.

Al salir de la oficina, se cruzó con el atractivo geólogo. Sólo le una hizo una seña de cabeza a modo de saludo, las novedades que acababa de recibir le habían hecho perder el interés en cualquier cosa que no fuera el nuevo problema. Necesitaba hablar con sus hermanos y comunicarles que la venta se había complicado ¡y nada menos que por culpa de un González!

Salió a la calle y el sol radiante la encandiló. Las nubes habían desaparecido y el calor apretaba. Al fin de cuentas, las dos mujeres tenían razón, el clima se había enrarecido; también sus trámites en Comodoro. Su vida estaba a punto de cambiar, aunque ella todavía no alcanzaba a vislumbrar cuánto.

\* \* \*

Esa tarde, en el camino patagónico, el sol calentaba de tal manera que el aire acondicionado de la 4x4 no daba abasto. Elena se dirigía a la estancia junto al administrador. Habían quedado que él la pasaba a buscar en su vehículo para llevarla. El hombre, un cincuentón algo excedido de peso, se secaba la frente a cada momento. Los kilos de más y el calor le jugaban una mala pasada. La camioneta serpenteaba el último trecho de camino de tierra, mientras él le hablaba una y otra vez acerca de los mismos temas: que el precio de la lana había vuelto a bajar, que la sociedad rural este año había trabajado de una manera más agresiva, que en la última exposición los ejemplares de la estancia Maan habían andado muy bien. Que las ovejas esto, los caballos lo otro y las vacas lo de más allá. A Elena tanta información la mareaba. No podía concentrarse, la charla incesante del hombre, el calor y la preocupación sobre cómo le diría al comprador de las tierras que habían aparecido otros dueños no se lo permitían.

Se sintió aliviada cuando por fin contempló la arboleda que anunciaba la entrada de la estancia; el viaje le había parecido eterno. Cuando bajaron del vehículo, el administrador la llevó a dar la vuelta obligada por las instalaciones. Quería mostrarle todo para lucirse con las mejoras en las que

tanto tiempo había invertido durante los últimos meses. También necesitaba seguir explicando cómo estaban las cosas por allí; los Wilson Garrott no venían muy a menudo y había que aprovecharlos cuando estaban. Desde la última visita de la difunta Florence Garrott ya había pasado un año y medio.

Una hora después, Elena ya estaba al día sobre los cambios que se habían hecho en la estancia y decidían con Ramírez hacer un alto en su recorrido y tomar un café en el living de la casa del hombre. Su esposa lo preparó y lo sirvió junto a galletas caseras de arándanos. El matrimonio trabajaba para la familia desde hacía años y se ocupaba de administrar todo. En ese tiempo, él había adquirido experiencia y también un voluminoso abdomen. Pero no se podían quejar, la estancia estaba bien atendida. La vivienda de la pareja se hallaba ubicada a metros de la casa principal. Había sido construida en donde originariamente Ian y Susan Wilson, los bisabuelos de Elena, cuando recién llegaron de Sudáfrica, habían edificado una cocina externa junto a los cuartos para la servidumbre. Eran tiempos en que cocinar era una tarea engorrosa y complicada.

El administrador entre galletitas que devoraba sin parar y café humeante, terminó su relato, y Elena pensando que ya era suficiente le pidió que le abriera la casa principal. Ramírez buscó las llaves y la invitó a seguirlo. En instantes estaban frente a la puerta y el olor a cera fresca de los pisos de madera se les metía en la nariz.

— Mi mujer mantiene la casa limpia, para que siempre esté en condiciones por si ustedes deciden venir —dijo el administrador mientras desplegaba los postigones de madera para dejar entrar la luz.

— Se nota, está impecable —respondió Elena observando la sala principal. Nunca dejaba de impactarle la belleza del lugar.

— ¿Necesita algo más de mí? ¿Quiere que le diga a mi señora que le alcance otro café?

— No, Ramírez, gracias, no se preocupe. Quiero ver un poco el estado de la casa —mintió. En realidad quería rumiar a solas los recuerdos de la niña y la adolescente que había sido entre esas viejas paredes.

— Si decide quedarse a dormir, en un rato ponemos todo en funcionamiento. Sólo tiene que decírmelo.

— No hará falta, estoy cómoda en el hotel. Vaya nomás, yo lo llamo si lo necesito.

El hombre se retiró y ella se dedicó a vagabundear por los cuartos. Miró

la sala principal con su piso de roble y su gran chimenea, donde solían asar batatas en invierno; caminó por la gran cocina, donde se fabricaban toda clase de delicias y conservas; fue hasta el cuarto donde solía dormir con su amiga Agustina Echegoyen, a quien invitaba seguido porque sus hermanos mayores estaban entretenidos con sus cosas, o se dedicaban a cabalgar. Se acordó de su compañera de juegos y pensó que al regresar al hotel la llamaría. Quería aprovechar esos días para reunirse con ella.

Siguió recorriendo la casa e ingresó al cuarto de *Ouma*

<sup>[2]</sup> Susan. La enorme cama la llenó de recuerdos agradables: ella de niña, acurrucada junto a su abuela en pleno invierno, tapada hasta el cuello con el quillango de guanaco, mientras escuchaba cómo Susan le contaba, una y otra vez, su llegada a esas tierras con su esposo Ian y sus jóvenes hijos Peter y Anne; cómo habían cruzado el mar lleno de peligros para instalarse en Argentina, tras huir de la persecución que Inglaterra hacía de los habitantes bóer del estado independiente de Orange en Sudáfrica. Con los ojos húmedos, Susan le relataba la muerte de Peter a mano de González, el peón, y el nacimiento, en esa misma cama durante una noche helada de invierno, de Florence, la única hija de Peter. Siempre le insistía con que no se olvidara de nada. «En medio de estas historias está tu esencia bóer, que nunca debes perder, porque ella te llevará adonde tu destino te espera». Todavía le parecía escuchar su voz llena de idealismos.

Elena abrió el placard; todavía colgaban algunas prendas de su abuela de las que les había sido difícil desprenderse en su momento. Su atención se focalizó en un sweater de lana rústica, tejido a mano por su madre con lana hilada en la estancia. Estaba impecable. Lo acercó a su cara buscando aromas conocidos, pero éstos habían sido borrados por el tiempo. Tal vez algún día llegara el momento en que ella misma tuviera una hija que pudiera usarlo; se rio con melancolía ante la idea. Siempre le habían gustado los chicos pero los años pasaban y ni siquiera estaba casada. Con Marcelo habían hecho algunos intentos pero no había quedado embarazada, y cuando por fin iban a empezar con los estudios para saber la causa, la pareja entró en crisis y el proyecto se postergó. Cuentas pendientes, sueños incumplidos.

Abrió un cajón del mueble y lo encontró repleto de viejas fotografías. Para poder ver mejor, abrió la ventana y puso el cajón sobre la cama. Eran muchas, algunas muy antiguas. Le pareció que lo mejor sería pedirle una bolsa a la mujer de Ramírez para llevárselas al hotel y poder mirarlas con

tranquilidad.

Pensaba en lo mucho que habría sufrido su bisabuela Susan cuando asesinaron a su hijo Peter. Sólo le había quedado una hija, Anne, aunque de ésta se hablaba poco en la familia, salvo el hecho de que había vivido sola en la montaña; ya veía de quién había sacado los genes su hermano Marcos, descubrirlo le dio risa. ¡Y pensar que ella tenía una vida tan citadina y loca! Qué bien le vendrían estos días de tranquilidad, se daba cuenta cuán estresada vivía en la Capital. Aquí en Comodoro se sentía otra, se hallaba más serena, sin tantas corridas y apuros. Estar sin zapatos de taco alto, sin tráfico en las calles y sin teléfonos sonando permanentemente, era la gloria. Comenzaba a disfrutar de cosas que ni siquiera sabía que le gustaban.

Dio algunas vueltas más por la casa y llamó al administrador para que la llevara de regreso al hotel. El atracón de recuerdos que acababa de darse había sido más que suficiente. Además quería acostarse temprano pues al día siguiente la esperaba mucha actividad. Tenía planeado hacer todos los trámites durante la primera semana para después poder dedicarse al ocio. Todavía tenía que hablar con el comprador.

Instantes después estaba sentada en el vehículo, y sobre su falda, puesta al descuido, descansaba una bolsa llena de viejas fotografías. No imaginaba aún cuánto valor cobrarían esas imágenes en los días sucesivos. Las historias que no se podían contar habían quedado allí registradas para siempre como un documento; la punta del ovillo de lo que no se había dicho en la familia Wilson Garrott estaba allí.

\* \* \*

Todavía era temprano cuando Elena terminó una larga llamada telefónica y comenzó a arreglarse para el almuerzo con su amiga de la infancia, Agustina Echegoyen; con ella había compartido muchas vacaciones en la niñez y la adolescencia.

Los Echegoyen eran dueños de la propiedad ubicada al lado de la estancia Maan. Hacía mucho que las amigas no se veían a causa de la distancia geográfica y el trabajo de Elena, y ésta era una buena oportunidad para hacerlo. Agustina, como muchas de sus amigas, tenía niños pequeños, el



último un bebé de meses, por lo que debería regresar pronto para relevar a la niñera. Pero al menos podrían charlar un rato y hasta tal vez se atreviera a contarle la noticia que durante todo el día la había torturado: la aparición de un tal González con derechos sobre las tierras que ella y sus hermanos estaban por vender.

Todavía no había elegido qué ropa ponerse cuando sonó su celular.

— Elena, soy Thompson, tengo noticias.

— ¿Buenas?

— Se podría decir que sí. Organicé para mañana a las diez la reunión con el señor González. Vendrá con su abogado.

— Perfecto. Quiero terminar este asunto cuanto antes. ¿Y del resto sabe algo?

— Estoy atrás de la información sobre cuándo y quién de su familia le vendió esas tierras. Y, claro, también busco datos ciertos sobre el parentesco de este González con el que le quitó la vida a su abuelo.

— Cuanto antes averigüe todo, mejor. Nos vemos mañana a las diez. Gracias.

Cortaron.

En un primer momento, Elena había considerado llamar a sus hermanos para contarles lo que estaba sucediendo, pero decidió esperar, necesitaba más datos para informarlos del asunto antes de preocuparlos. Era clave saber cuántas hectáreas reclamaban los González. Si bien su familia era dueña de muchas propiedades (la unión entre los Wilson y los Garrott había multiplicado los bienes), confiaba en que las tierras en manos de González no fueran de las más valiosas. Se le ocurrió que su madre tenía que haber sabido algo. No era posible que fuera cada año y no estuviera al tanto. Pero ¿por qué no se lo había dicho?

Intentó tranquilizarse. Se maquilló con esmero, esta vez iría arreglada. Aunque se dejó el jean, agregó una camisola hippie que sentaba bien a su estilo descontracturado. Antes de encontrarse con Agustina, pasaría a comprar papel y carbonillas. Tenía ganas de dibujar. Iba a tener tiempo libre y quería usarlo para hacer lo que más le gustaba y que nunca podía. También se compraría una bikini, el hotel tenía pileta cubierta y ella había olvidado traer una.

El bullicio del restaurante a la hora pico del almuerzo era tan insoportable que casi no se escuchaban las voces, pero a las dos jóvenes mujeres no parecía importarles. Sentadas una frente a la otra, Elena y Agustina comían una ensalada de salmón ahumado y se reían recordando viejos tiempos. Se divertían como cuando años atrás eran dos niñas y jugaban juntas. Ni siquiera les importaba haber tenido que ubicarse cerca de la puerta.

— ¿Te acordás cuando entramos sin permiso a la casa del administrador de tu estancia, y lo encontramos besándose con una empleada? ¡Tenía los pantalones a la altura de los zapatos!

— Lo peor fue cuando nos escuchó y quiso escaparse rápido al baño... ¡los pantalones se le engancharon en los pies y se dio un golpazo! ¡Qué malas, cómo nos reímos!

— Pero la que más se reía era la empleada. ¿Se llamaba Carmen, no?

— Qué memoria. Éramos tan chicas y tan inquietas. Pensar que ahora soy yo la que reto a mis chicos.

— Ay, Agus, ¿cómo se vive teniendo tres niños en la casa? Decime la verdad.

— Me vuelvo loca pero estoy contenta. Claro que tuve que dejar de trabajar. No voy a atender el consultorio por un tiempo.

— ¿Y tu carrera de psicopedagoga? —preguntó Elena, que no podía imaginar una vida sin el ajetreo laboral.

— Tendrá que esperar un par de años. Pienso retomar cuando el bebé crezca un poco. Y vos, ¿cómo hiciste para tomarte veinte días en esa empresa infernal que te absorbe tanto?

— Hablé con Marcelo y no pudo decirme que no. Hace mucho que no tomaba vacaciones, ni siquiera cuando murió mamá. En realidad, vine a Comodoro para hacer los trámites de sucesión y así poder vender nuestras tierras. Por fin todos los hermanos nos pusimos de acuerdo en aceptar una propuesta de compra.

— ¿Y con la casona de la estancia Maan qué van a hacer?

— También se baraja la posibilidad de venderla. Veremos.

— ¡Ay, sería una pena!

— Sí, eso pensaba yo al principio, pero ahora que estoy acá y comienzan a surgir problemas creo que cambié de opinión.

— ¿Y qué problemas tenés?

— No te imaginás, una pesadilla. Apareció un tal González,

descendiente del peón que asesinó a mi abuelo, que tiene a su nombre hectáreas que creíamos nuestras.

— ¿Y cómo pasó una cosa así?

— No estoy segura, parece que alguien de la familia se las vendió.

— ¡Qué complicación!

— Ya lo creo. Mañana tengo una reunión con González y su abogado.

¿Vos sabés algo de esa familia?

— Creo que algunos González todavía viven en el campo y otros se instalaron en Buenos Aires.

— Bueno, lo cierto es que mañana me veré con ellos.

— Cuando termines la reunión llamame, por favor, así me contás.

— Claro, te llamo.

Llevaban un buen rato conversando. Elena había sacado de la bolsa la bikini nueva y se la mostraba a su amiga, justo cuando vio que dos hombres bien vestidos entraban al restaurante. Uno la saludó con la mano. Al principio no lo reconoció, pero después vio que era el geólogo de la escribanía. Le devolvió el saludo con un gesto mientras veía cómo el mozo los ubicaba en una mesa reservada.

— ¿Quién es? —preguntó Agustina.

— Un geólogo, lo conocí ayer en la escribanía.

— No sabés cómo te mira. Es lindo. No te vendría mal un novio, o por lo menos un romance.

— Claro, como no tengo líos en Comodoro... ¡Lo único que me falta!

—Elena movió la cabeza negativamente mientras reía.

— Mirale el lado positivo, te distraerías un poco.

Las dos amigas estallaron en una carcajada. Así siguieron un rato, hasta olvidar la presencia masculina. Agustina miró su reloj, debía partir rápidamente, la niñera esperaba. Fijaron fecha para un próximo encuentro y se despidieron. Elena, que estaba terminando de pagar la cuenta, vio que Omar le hacía una seña al mozo, dejaba el dinero sobre la mesa y se acercaba a ella. Un instante y lo tenía al lado.

— ¿Te fue bien con el escribano el otro día?

— Perfecto —le dijo ella sonriendo. No iba a explicarle a un extraño sus complicaciones familiares. —¿Y a vos?

— Mejor de lo que esperaba, tengo un par de cosas pendientes y me está asesorando muy bien. ¿Puedo sentarme?

— Ya me iba, pero... no hay problema.

Se acomodó relajado:

— ¿Tomamos un café o un té?

— Gracias, ya tomé.

— Tomemos otro —No iba a darse por vencido tan fácil ahora que había venido hasta la mesa.

— Está bien, un té de menta —dijo Elena dirigiéndose al mozo.

— Que sean dos. Me encanta el té de menta.

Omar miró las bolsas que Elena había traído del centro.

— ¿De compras?

— Unas pocas pavadas.

— Veo que estuviste en la artística Mil Soles.

Se sintió descubierta. ¡Qué detallista era ese hombre!

— Sí, a veces dibujo y pinto. Una especie de catarsis —respondió Elena como quitándole importancia. No le gustaba hablar de eso.

— Yo también dibujo.

— ¡No me digas! No lo esperaba de un geólogo.

— ¿Sabías que hay una muestra importante en un hotel céntrico? ¿Qué te parece si vamos juntos?

— Me lo comentó mi amiga, pero no creo que pueda, estoy muy ocupada estos días.

El mozo puso dos tazas humeantes sobre la mesa.

— Me gustan los tés raros. Nunca tomo café —dijo él.

— Yo tampoco. Acelera demasiado mi ritmo, que ya es bastante rápido —lo dijo y se arrepintió. Le estaba contando demasiadas intimidades.

— A mí no me gusta el sabor. Pero sigamos con lo nuestro. Así que a la exposición no venís porque estás muy ocupada... Mmm... ¿Y si te invito esta noche a una reunión por la inauguración de mi casa?

— ¿Estás estrenando casa?

— Me instalé hace un par de meses, pero como recién esta semana el escribano me dio la escritura quiero festejar.

— Con razón estabas en la escribanía Galván... ¿Hoy? ¿A qué hora?

— A las diez. Vienen unos pocos amigos y amigas. Algunos son parejas casadas, te lo digo para que veas que soy serio y no tengas miedo.

— ¡Qué tonto! ¡No tengo miedo! ¿Dónde queda tu casa?

Ese hombre tan directo por momentos la hacía sentir incómoda. Parecía adivinarle los pensamientos.

— La casa está en Rada Tilly, sobre la playa. Al principio tenía un

departamento en el centro de Comodoro pero hace tiempo que quería una casa con pileta cubierta. Me gusta nadar, me hace bien.

— Yo también nado todos los días. —Se volvió a arrepentir, de nuevo revelaba otra intimidad.

— Entonces tenés que venir a probarla. Esta noche los que quieran pueden traer traje de baño.

Elena sonrió y no dijo nada. ¡Cualquier día iba a aparecer tan fácilmente en bikini delante de extraños!

— ¿Querés algo dulce para acompañar el té?

— No, gracias, nunca como postre.

— Yo tampoco —explotó en una carcajada—. ¡Che, somos iguales! El té de menta, la pintura, la natación y ahora los dulces. Decime que te gusta Durán Durán y me muero.

Lo miró sorprendida, no podía mentirle:

— Me encanta.

Se rieron al mismo tiempo, pero cayendo en cuenta de lo extraño de tantas coincidencias se pusieron serios, y tomaron algunos sorbos de té en silencio, antes de volver a hablar sobre los cuadros de la muestra de pintura, cuyo autor ambos admiraban.

— Bueno, me tengo que ir —Elena se levantó apurada, aunque sólo la esperaba la televisión en el hotel. La charla con el geólogo la estaba poniendo nerviosa. Tantos gustos en común la asustaban.

— Yo también me tengo que ir, pero te espero esta noche. Acá te dejo la dirección —dijo garabateándola en una servilleta de papel.

Sonriendo se despidieron con un beso. A él también lo había impactado la chica. Ojalá aceptara la invitación, pensó Omar. Tenía un buen presentimiento sobre ella.

\* \* \*

Algunas horas después Elena terminó de leer el extenso listado de propiedades que le había enviado el agrimensor. Había estado tratando de descubrir, mapa en mano, cuáles eran las tierras de la discordia. Necesitaba saber dónde se hallaban ubicadas y cuánta extensión tenían, pero se le hacía

complicado. Precisaba más datos y para ello debía esperar la reunión que había programado Thompson y el encuentro con el agrimensor.

Se dio cuenta de que estaba haciendo un esfuerzo inútil y resolvió que mejor sería prepararse para ir a la fiesta en la casa del geólogo. Lo había decidido hacía rato: quería ir. Había ido a la peluquería y sólo le quedaba elegir qué se pondría. Guardó los papeles en el sobre y se dedicó a la ropa.

Frente al espejo, después de probarse varios vestidos, se inclinó por uno blanco, corto y con la espalda al descubierto. Bronceada como estaba, era el que mejor le quedaba. Siempre la torturaba la idea de que su cintura era demasiada chica para el tamaño de sus caderas. Tal vez fuera una tontería, pensó al ver su imagen en el cristal. Con paciencia, delineador líquido y mucho rímel se maquilló los ojos para resaltar su mirada ámbar. Después fue el turno de los labios, de rojo furioso. Era lo que esa noche quería.

Pidió un taxi. Rada Tilly quedaba lejos. Mientras esperaba, pensó que con Omar sólo habían hablado tonteras y que él seguía creyendo que ella vivía en Comodoro. Lo inquietante era la serie de coincidencias que habían descubierto en los pocos minutos que estuvieron juntos. No le había pasado con nadie, al menos no de esa manera.

Ya en el taxi, Elena le dio la dirección al conductor.

— Es la zona nueva sobre la playa. Si pudiera, me gustaría vivir allí — comentó el taxista.

Omar era geólogo, atractivo, y tenía una casa en el lugar más lindo de la zona. Pasaba mucho tiempo en el extranjero por su trabajo, como Elena. Por no hablar de todos los gustos en común. Tenía una mirada tierna, un físico de revista, y era divertido. Omar le gustaba... mucho. Pero sabía por experiencia que esos flechazos rara vez salían bien.

Cuando llegó, identificó rápido la casa. La puerta estaba abierta y del interior prorrumpía a todo volumen *Río*, de Durán Durán. Estaba a metros del mar. Elena respiró hondo; el aire salado le llenó los pulmones. Se propuso disfrutar la velada, sin importar lo que pasara con el geólogo. A la mañana siguiente le esperaba el lío de las tierras y quién sabe qué otra sorpresa desagradable.

Cuando Omar la vio levantó las cejas con admiración. No parecía la misma chica de la escribanía y el restaurante. ¡Qué increíble la capacidad de transformación de las mujeres! Entusiasmado le dio la bienvenida con un abrazo cálido pero delicado.

— Qué bueno que hayas venido, me alegra mucho. Pasá, te voy a

presentar a mis amigos.

En el living de la casa había varios grupos distribuidos. Elena saludó a una pareja de arquitectos que Omar le presentó bajo el título de recién casados; también a Rubén, geólogo como él, y que llamaba la atención por sus rastas; a Juan Cruz, cantante; a dos chicas bastante sexis que no le sacaban la vista de encima a Omar, y a algunos otros que no pudo memorizar. En total, no serían más de veintitrés o veinticuatro personas. Omar le sirvió una copa de vodka con durazno y le mostró la casa, construida por la pareja de arquitectos amigos. Era de muy buen gusto, con ambientes grandes y amplios ventanales. El living daba a un gran balcón desde donde se podía ver y oír el mar. Unas escaleritas de madera que bajaban a un deck le daban el toque snob.

— Todavía me faltan algunos muebles, los iré comprando con el tiempo. En realidad, en verano es cuando más estoy acá. Trato de pasar al menos dos o tres meses seguidos. El resto del año, como te conté, mi trabajo me lleva de un lugar a otro.

— Es una casa lindísima, te felicito —dijo Elena apoyándose sobre la baranda del balcón.

Omar miró el océano enfrente y Elena espió su perfil. Le gustaba su nariz distinguida y su gesto de acomodarse el cabello lacio y castaño claro con la mano.

— Disfruto ver el agua. La vista es lo que más me gusta de la casa.

— Es privilegiada —dijo ella mientras miraba el reflejo iridiscente de la luna en el mar.

Omar giró el rostro y observó a Elena que, con el vaso en la mano, contemplaba las olas que rompían a lo lejos.

— La vista que tengo ahora también es única.

Elena lo miró sorprendida. ¿Acaso hablaba de ella?

— Una mujer de blanco siempre es maravillosa. Te sienta ese vestido.

Sí, la miraba a ella; sí, se lo decía a ella. Sí, Omar le gustaba. Sí, él era dulce. Sí, sí, sí, y sí.

Le sonrió y lo miró como hacen las mujeres cuando quieren conseguir algo importante. Se le metió por los ojos e intentó llenárselos de azúcar, de té de menta, de Durán Durán, de dibujos, y de tantas cosas que había descubierto que a él le gustaban, incluidas las que todavía no conocía. Y lo logró. Los ojos oscuros de él, cautivos de su rostro, se lo confirmaban. La magia duró un instante, hasta que Omar dijo:

— ¿Vamos? —y la tomó del brazo. Cuando estuvieron de vuelta en el living, le pidió a uno de sus amigos: —No dejes que mi nueva amiga se aburra. La rescataré en unos minutos. Elena, servite lo que quieras, hay sushi para los tranquis, y brochettes de mollejas para los carnívoros. Vuelvo en un rato, quiero sacar unas fotos.

— Gracias, no te preocupes, estoy bien.

Omar tomó algunas fotografías y luego se enfrascó en una conversación con la pareja de arquitectos. Examinaban detalles de la construcción: un borde en donde había que repasar la pintura, una escalera a la que le faltaba la baranda. Luego, mientras se servía una copa de vino en la cocina, se dijo a sí mismo que la pintora le gustaba. Esa noche estaba muy linda. No le había perdido detalle: buenas piernas bronceadas, pelo claro sedoso, cintura pequeña. Y ese andar apuradito que tenía, como que siempre algo la corría. Era suave para hablar, sonreía mucho y lindo. Tenía una boca divina, justa para meterle un beso. Recordando que a ella también le gustaba pintar se agitó pensando que le gustaría mostrarle sus dibujos. Ella era un alma sensible como él.

De pronto se sintió eufórico con su casa nueva, sus amigos y una mujer hermosa que le interesaba por primera vez después de mucho tiempo. La mala experiencia de su larga relación con Silvina lo había dejado en una apatía absoluta. Esa especie de negra convivencia que habían mantenido durante años, donde las recriminaciones por sus largas ausencias estaban a la orden del día, habían terminado por enfermar la relación. Al principio, cada vez que Omar regresaba de uno de sus viajes iba de inmediato a la casa de Silvina, o ella a la suya. A veces se encontraban en algún lugar intermedio y pasaban una semana juntos, para que los meses separados no se hicieran tan largos. Después de un primer año en que todo fueron rosas, se habían instalado juntos. Él entendía que ser pareja de un geólogo no era para cualquiera, mucho menos para alguien tan demandante como su ex. Los últimos dos años de la relación habían sido espantosos, pura discusión y reproches. La insatisfacción de Silvina se habían centrado en el paso del tiempo; quería ser madre y con alguien que no estaba nunca era imposible. Omar jamás hubiera aceptado ese plan; la relación venía en franca decadencia y tener un hijo era algo demasiado importante. Hasta que un día, a su regreso de un viaje, Silvina le anunció que estaba saliendo con un compañero de trabajo...

Omar volvió a la fiesta, que ya comenzaba a llegar a su clímax. Elena



seguía conversando con Juan Cruz, el músico; éste era amigo del dueño de casa desde siempre, habían ido al colegio juntos. Le daba nueva información: Omar había vivido en Comodoro Rivadavia de niño pero al terminar la primaria, sus padres, también geólogos, se radicaron en diferentes provincias. Había estudiado en la universidad de La Plata, era pariente de los Torres, dueños desde siempre de una conocida cadena de supermercados que se extendía por toda la Patagonia. Elena se adentraba en la vida de Omar de la mano de Juan, y sus palabras resonaban en sus oídos: «Es un gran amigo, un tipo macanudo como pocos».

La noche avanzaba y el bullicio también. Habían llegado algunos invitados rezagados, los tragos iban y venían, la música subía de volumen y todos se iban agrupando de acuerdo a sus intereses. Elena conversó un rato con dos chicas que trabajaban en una empresa de servicios de Comodoro y que conocían a Omar de hacerle trámites relacionados con el envío de muestras. Tuvo la vaga sensación de que una de las dos había tenido algo con él. Luego se acercó a un círculo donde uno de los hombres comenzó a hablarle sin parar. Afortunadamente Omar la rescató.

— Vení... —la tomó de la mano y la condujo bordeando todo el living. En su mirada parecía animarse a todo. Al pasar, un grupo que conversaba y reía llamó a Omar, pero él les hizo una seña con la mano de que esperaran. Arrastró a Elena hasta el pasillo y abrió una puerta. Era un cuarto con un escritorio grande, lleno de papeles. También había una computadora y un pequeño silloncito bajo la ventana.

— Te quiero mostrar algo.

Abrió el placard, hurgó unos instantes en la parte alta y luego bajó una carpeta grande.

— Sentate —le pidió con suavidad al tiempo que él lo hacía, y le señaló un lugar a su lado.

Elena se acomodó en el sillón y le sonrió. Luego tomó la carpeta y la abrió. De ella comenzaron a emerger hojas blancas con dibujos en carbonilla: un rostro de mujer, uno de un niño llorando, un mar bravo... Elena pasaba despacio las hojas, observando en detalle cada dibujo. De vez en cuando, Omar la interrumpía con alguna breve explicación; se sentía al desnudo cuando exponía su obra a la mirada ajena. Los dibujos eran buenos, profesionales, y demostraban una visión distinta, un ojo que alcanzaba a ver lo que tal vez la mayoría no percibía. Ella disfrutaba con cada uno de ellos.

— Omar, son muy lindos.

— No suelo mostrarlos... Los hago en mis horas libres durante los viajes, cuando termino mi trabajo. ¿Sabés? A veces los geólogos pasamos mucho tiempo solos, la luz del sol se acaba y nos metemos en la cueva. —Se rio y agregó: —Ahí aparece el artista.

— ¿Pero esto es pura inspiración o estudiaste?

— Hice un par de años en Bellas Artes mientras estudiaba geología. Hasta que ganó la parte práctica de mi personalidad.

— De verdad son bellos. Me gusta éste —señaló el dibujo de unas manos de hombre.

— Son las manos de mi padre. Las hice poco antes de que muriera, no hace tanto.

— Lo siento.

— Está bien. Ya está aceptado.

Elena volvió a recorrer los dibujos y comentó algo sobre el estilo. Ella habló de su gusto por la pintura desde pequeña; él le contó lo que sentía cada vez que terminaba un dibujo. Así, durante media hora, el mundo se detuvo, la tierra suspendió su movimiento de rotación y traslación, y se produjo ese conocido milagro que por ser tan conocido no deja de asombrar cada vez que ocurre. Palabras, miradas, descubrimientos, magia y atracción. Se gustaban.

Elena se reía de la caja de zapatos donde él guardaba las carbonillas, cuando el beso de Omar la tomó de improviso. Se besaron suave, largo, con las manos entre los papeles.

Pararon y se miraron. Él también estaba sorprendido, no había pensado hacerlo. Entonces dijo con tono divertido:

— Vamos, haremos algo más mundano que mirar dibujos o vas a pensar que soy un bohemio como Juan Cruz.

Elena sonrió. Omar la ayudó a levantarse y, tomados del brazo, la llevó hasta la cocina. Sacó de la heladera una botella de *Chandon Rosé*, la puso en alto y la miró interrogante.

— Decime que es tu preferido y me tiro al mar.

— Sí, es mi preferido —Era la pura verdad. —¿Y? ¿Te vas a tirar?

— Mmm... ¿puedo cambiar por otra prueba? —dijo Omar riéndose mientras abría la botella y buscaba dos copas en la alacena—, como por ejemplo llevar este sofá al balcón... —le propuso entregándole a ella las copas y la botella.

— Podría ser.

Omar empujó el pequeño sillón hacia el balcón, cerca del ventanal

abierto. Un par de personas que se ubicaban allí los miraron de reojo. A Omar no le importó. La fiesta iba bien sola, no necesitaba de él para ser un éxito, cada uno estaba en lo suyo. Lo colocó en la punta frente al mar, deseaba intimidad. Quería seguir conversando con esta mujer que en pocas horas estaba poniendo su mundo patas para arriba.

Charlaron bastante, hasta que desde adentro comenzaron a requerir a Omar con insistencia. Entraron, Omar se ocupó de sus invitados y Elena se entretuvo conversando. Por momentos, lo buscaba con la mirada y lo veía atendiendo a la gente. Una de las dos chicas de la empresa lo buscaba, era evidente. Miraban juntos el helecho que aparentemente ella le había regalado, y por más que quería ignorarlos, no podía. Volvía a mirarlos, y se fastidiaba.

Una hora después, mientras todos los invitados tomaban helado, Omar y Elena, como si tuvieran una cita programada, huyeron del postre y se las ingeniaron para refugiarse de nuevo en el sofá, que ya empezaba a conocer las intimidades de ambos. Conversaban sobre la necesidad de aprovechar los buenos momentos de la vida pues ésta pasaba rápido, Omar lo había descubierto con la muerte de su padre. Hablaban de los tiempos acelerados que imponía la sociedad moderna, y de cómo priorizar lo importante sobre lo urgente, de lo valioso que era dedicarle tiempo a los seres que se ama, porque al final lo único que cuentan son los afectos. Las horas pasaban y las frases que salían de lo más profundo los enlazaban uno al otro, sin que se dieran cuenta. Omar se había levantado un par de veces pero regresaba en minutos, antes de que Elena se fuera del sillón, y allí los encontró la madrugada.

Eran las cinco de la mañana cuando los invitados comenzaron a retirarse. Elena también quería irse, pero Omar la retenía.

— Despido a Juan y ya estoy con vos. Esperame.

Ella lo intentaba de nuevo y él la detenía:

— Aguardá un segundo que saludo a las chicas.

Ya se iban todos y ella seguía ahí. Lo cierto era que tampoco quería irse. Deseaba que la noche no terminara, que las horas de champagne y de viento de mar en el sofá se prolongaran. Hacía frío y Omar le había prestado un suéter suyo, el mismo olía a su perfume.

— ¿Seguís con frío? —le preguntó, mientras le pasaba el brazo y la abrazaba. Los dos habían sentido el estremecimiento de la cercanía.

Juan Cruz fue el último en irse. Se despidió de Omar con un guiño al ver que Elena seguía en la casa. Omar terminaba de saludarlo cuando cerró la puerta y se dio vuelta, ella lo miraba:

— Ahora que me tenés aquí, encerrada y sola, ¿qué sigue? Porque me he querido ir y no me has dejado.

— Sigue lo que quieras, lo que me dejes. —Él era así, directo, sin vueltas. Sincero. Sus conversaciones ya se lo habían demostrado.

Omar se acercó despacio, sin dejar de mirarla a los ojos y la besó de nuevo, esta vez sin tantas contemplaciones. Qué poco sabía de esta mujer, pero no le importaba. Ella lo empujaba al abismo, y el abismo le gustaba.

Elena, en cambio, sentía que, a pesar de que recién intimaban, ya lo conocía muy bien. La sensibilidad que había visto en sus dibujos, el trato caballeresco que le había brindado y lo que su amigo Juan le contó sobre él se lo revelaban de cuerpo entero. Eso le bastaba para aceptar cosas que esa mañana no hubiera soñado siquiera, como que la besara de la forma que lo estaba haciendo.

Parados en la cocina, se besaban loca, interminablemente. Besos, abrazos y más besos. Manos que exploraban, caricias tímidas que descubrían relieves. Llevaban un rato así hasta que el cierre del vestido blanco concedió desesperado el primer permiso, el sostén otorgó el segundo y la «colaless» que se deslizó por las piernas inauguró la audacia y la locura. Los dedos de Omar se hundieron certeros en la humedad de Elena, ella gimió. Él se volvió loco con el gritito. No iba a parar, nada podría detenerlo. Las manos de Elena, hábiles y apuradas, desajustaron el cinturón, bajaron el bóxer negro y tocaron piel... y más piel. Años antes esto le hubiera sonado a locura, pero a los 36 quería hacerlas. Había aprendido que éstas no se presentaban todos los días. Al fin y al cabo, era una mujer libre y adulta.

Omar quiso alzarla desnuda para llevarla al cuarto.

— No, no, pará... soy pesada. —En medio del desenfreno, su pudor de mujer la acompañaba.

— Sí, claro estás gorda —se rio, y mirándola embelesado repitió—: Sos perfecta.

Lo dijo crédulo, como un niño, y Elena le creyó. Le hubiera dicho que ella era la reina de Inglaterra y también le habría creído.

La tomó en sus brazos y la llevó al cuarto; ya en la cama del acolchado de plumas color bordó descubrieron que para el amor no hacía falta mucho, que para el amor los datos no importaban. Les quedaban algunos casilleros por llenar en la ficha del protocolo de cada uno: trabajo y dirección, nombre completo de ambos, profesión de los padres de ella, comida preferida de los dos, nombres de la mejor amiga, del mejor amigo, cantidad de hermanos...

Ya habría tiempo de llenar los casilleros. La noche era joven, la semana lo era y el mes también. El presente los requería con urgencia. El milagro existía y ellos pagaban por él dando todo lo que tenían, amándose con pasión y ternura hasta que las primeras claridades se vieron en la ventana.

Era bien entrada la mañana cuando la luz del día los encontró desnudos y abrazados. A Omar González la sensación le agradó. A Elena Wilson Garrott, la conmocionó.

Debían apurarse, a los dos los esperaban en el estudio Thompson.

## CAPÍTULO 2

### Ayer

Los bóer llegaron a la Patagonia entre los años 1600 y 1700, procedentes del sur de África, donde se había formado una colonia integrada por holandeses, alemanes, franceses, ingleses y algunos portugueses. Con el tiempo comenzaron a identificarse como los bóer. Pioneros del trabajo agrario sudafricano, en su mayoría eran de religión protestante, con buen nivel cultural y entendidos en las tareas del campo y la cría de ovejas.

La llegada de los ingleses a la costa sudafricana, a fines del siglo XVIII, produjo malestar en la colonia bóer. Los bóer se vieron obligados a luchar para sostener sus derechos frente a los británicos, y terminaron por marcharse tierra adentro, donde fundaron la república independiente de Transvaal y el estado libre de Orange, y comenzaron a llamarse a sí mismos afrikaners.

El descubrimiento de yacimientos de oro y diamantes en la zona, sumado a que los ingleses eran considerados extranjeros y a la intransigencia de Inglaterra a la hora de defender sus intereses, terminó por causar una guerra entre bóer e ingleses. Si bien los bóer o afrikaners eran un ejército de campesinos, Inglaterra tuvo que movilizar 450.000 soldados para luchar contra sus 35.000 hombres. Durante el tiempo que duró la guerra, las autoridades británicas impusieron la ley marcial, aniquilaron a hombres, mujeres y niños, quemaron casi todas las granjas bóer y destruyeron sus cosechas y sus ganados. Finalmente, en 1902 se firmó un tratado de paz, y las repúblicas bóer fueron asimiladas como colonias británicas. Sin libertad, sus habitantes comenzaron a emigrar a distintas partes del mundo, sobre todo a México y Estados Unidos. Unos pocos fueron tentados por la propuesta del presidente Roca, que acababa de consolidar la soberanía en la Patagonia, y aceptaron las tierras gratuitas y los beneficiosos arrendamientos estableciendo en Chubut de esta manera la primera colonia bóer. Vinieron aproximadamente cuatrocientas familias, en tres contingentes.

*Estado de Orange, Sudáfrica, año 1903*

Susan, montada sobre su caballo con ropa de amazona, paseó su mirada

por el campo verde hasta donde le alcanzaba la vista. Las lágrimas la nublaron; sabía que le restaban apenas unos minutos para tomar la decisión de quedarse para siempre o no volver a ver nunca ese querido paisaje. Partir suponía mucho más que una sola renuncia.

Se pasó las manos por los ojos y luego también por las gotitas de sudor que caían sobre su frente. El paseo había sido muy largo. Desde niña, disfrutaba de cabalgar rudo, hasta que el cansancio la venciera. Se había prometido a sí misma que si tenía que abandonar sus amadas tierras en el estado de Orange, sólo lo haría para vivir en un lugar donde también pudiera cabalgar por inconmensurables campos.

Con estos pensamientos emprendió el regreso hasta su casa. Bajó del caballo y lo ató al palenque. Por la ventana alcanzó a ver a sus hijos Peter y Anne que comían algo en la cocina. Los observó un instante; esa noche su marido y ella les contarían los cambios y las decisiones que estaban a punto de tomarse. Entró a la casa apurada; le quedaba poco tiempo para cambiarse y preparar las cosas para el té antes de que llegase la visita que esperaban.

\* \* \*

Unas horas más tarde, Susan se arreglaba los bucles rojos frente al espejo del recibidor y le hacía una seña a Boni, su sirvienta negra, que terminaba de acomodar las últimas cosas en el comedor. Echó una mirada y se sintió satisfecha: la mesa de mantel blanco estaba primorosa con el jarrón repleto de rosas rojas en el centro; a cada lado del mismo había sendas tortas de chocolate y de crema. Mientras Boni disponía las tazas de porcelana, Susan se sentó en el sofá para leer una vez más el artículo del periódico donde el gobierno argentino invitaba a los bóer a colonizar la Patagonia. En minutos recibiría a Conrado Visser, uno de sus compatriotas que apoyaban el proyecto de establecerse en Argentina. Sería bueno hablar con él y poder quitarse algunas dudas ya que estaban a punto de emigrar a esa nación. Si bien se había firmado la paz con Inglaterra, el conflicto estaba lejos de culminar. Al trago amargo que significaba la pérdida de la independencia, se sumaban las miles de muertes que la ley marcial se había cobrado entre los bóer, a quienes los británicos les habían destruido las cosechas, quemado las

granjas y eliminado los ganados. Susan sabía que la posición acomodada que gozaba su familia no los protegería por siempre. En breve hasta ellos comenzarían a sentir el rigor que impondría Inglaterra a las repúblicas sudafricanas. Muchos de sus pares ya habían emigrado o estaban por hacerlo a los Estados Unidos, México, o la colonia alemana de Sudáfrica, opciones a las cuales ahora se le agregaba Argentina con su beneficiosa propuesta que incluía entrega gratuita de tierras y arrendamientos ventajosos en la Patagonia.

Estaba sumergida en estos pensamientos cuando escuchó la voz de su esposo y de Visser en la puerta de entrada. Ansiosa se levantó del sillón y se encomendó a Dios con una oración corta. La decisión que tomara esa tarde marcaría no sólo su vida, sino también la de sus hijos y hasta la de sus descendientes. Esperaba no equivocarse.

### *Patagonia argentina, año 1907*

En la estancia Maan los movimientos de la tarde advertían que la faena del día culminaba. Tres trabajadores indios acomodaban sus enseres, impacientes por volver a su toldería. El humo que salía de la chimenea de la vivienda principal invitaba a regresar. Un muchacho alto y rubio metió los perros ovejeros en las perreras; los fieles animales hacían el trabajo de varios hombres y respondían sólo las órdenes que daba la voz de su dueño, y de ninguna otra persona por más grito e insistencia que recibiera, por lo que el cuidado de ellos se hacía con esmero. Luego guardó los caballos en el establo y apuró su marcha hacia la casa.

Los pasos de Peter en la sala alertaron a su madre, que se calentaba frente a la chimenea después de una larga cabalgata ida y vuelta de la casa de una vecina que acababa de ser madre.

— Peter, te mueves como tu padre, y ya tienes su tamaño, pensé que eras él —dijo Susan.

— ¿Su tamaño? ¡Pero si ya lo he pasado por más de media cabeza!

Susan reconoció que era cierto. Aunque muy parecido a su padre, con los mismos ojos azul intenso y el pelo rubio, su hijo de veinte años era más alto que él. Ella lo había tenido a los 17 años, y no terminaba de acostumbrarse a que ya fuera un hombre.

— ¿Cómo está dando el recuento del ganado? —preguntó Susan para entrar en el tema candente de la jornada.



— Mejor de lo esperábamos, se han multiplicado incluso por encima de las estadísticas —respondió Peter, que junto a su padre y varios de los trabajadores había pasado todo el día contando animales.

— Qué suerte. Ahora siéntate y sírvete un trozo de pan con *bultong*

[\[3\]](#)

— Sólo un trozo pequeño. Falta poco para la cena y quiero aprovechar la última luz para recoger choclos en la huerta. Mariana me los ha reclamado para la humita que le he pedido me cocine.

Susan frunció el ceño contrariada, pero no dijo nada. Su hijo se hacía grande y a veces decidía cosas por su cuenta. Aunque no era la petición de la comida criolla lo que le molestaba, sino la afinidad de su hijo con Mariana. En el último tiempo los había visto conversar demasiado. Peter había aprendido a hablar español mejor que cualquiera en la familia de tanto practicarlo con ella. La muchacha de grandes ojos marrones, nariz respingada llena de pecas y trenzas castañas hasta la cintura, que siempre olía a lavanda, vivía con ellos desde hacía más de un año. Tenía 17 años y era la encargada de ayudar en la limpieza de la casa y en la elaboración de la comida, cuyo responsable principal era Gonika, uno de los dos criados negros que habían venido con la familia desde Sudáfrica.

Mariana era argentina. Su madre la había tenido siendo muy joven y soltera, lo que la había llevado a aceptar la propuesta de matrimonio de un viudo con hijos; pronto descubrió que el hombre era violento y aficionado a la bebida, y que creía que había que traer muchos hijos al mundo para que hubiera más manos para trabajar el campo. Las veces que Susan los había visitado, llegó a contar cerca de una docena de niños. Sin duda, para Mariana era una excelente oportunidad estar instalada en la estancia de los Wilson; tenía vivienda y comida junto a una buena familia, y además le permitían tomar clases junto a Anne, la niña de la casa.

Peter dio un último y apurado bocado al pan con *bultong*, y desapareció por el pasillo. En minutos regresó envuelto en vapores de perfume que se diseminaron por toda la sala. Susan se percató de ello, y de reojo lo vio acomodarse el cabello claro frente al pequeño espejo del recibidor. Los movimientos de su hijo le confirmaban que debía estar atenta. Le preocupaba la juventud de Peter y de Mariana, pero sobre todo el hecho de que él no comprendiera que, como bóer, no debía mirar a ninguna mujer que no lo fuera, mucho menos a una criolla y para colmo una empleada de la familia.

Después de años de lucha en la Argentina y cuando las cosas comenzaban a estar bajo control, aparecía este problema. Decidió que le pediría a su marido que tuviera con él una conversación de hombre a hombre. Aunque su esposo sólo tenía cabeza para el trabajo, igual que ella misma...

Susan suspiró, dejó vagar la mirada en el fuego de la chimenea y se entregó por un momento a los recuerdos. Llegar al puerto de Buenos Aires en el barco *Highland Fling* no había sido fácil, y reembarcarse en el vapor *Presidente Roca* para arribar a Comodoro Rivadavia, menos aún. El primer día en tierras patagónicas, Susan se había desesperado al mirar las puertas en cuero de guanaco estaqueado con ramas de la casucha que les habían prestado. Luego, cuando abrieron los baúles y vio su delicada vajilla inglesa, sus vestidos de gala con cinco enaguas y sus manteles y sábanas bordados a mano desparramados por el piso de tierra junto a las herramientas, los sacos con semillas, los tallos de ruibarbo y demás enseres, se sintió ridícula. Por no hablar de lo absurdo que le parecían en ese momento los dos cuadros que había acarreado a través de todo el océano, auténticas obras de arte heredadas de su familia, que aquí nadie valoraría; ya que si se le ocurría venderlos, jamás encontraría en esta parte del mundo quién se percatara de su valor.

Durante los primeros meses en Argentina, el matrimonio Wilson se preguntaba constantemente si tal vez, en la búsqueda de la libertad tan ansiada, habían subestimado el costo de vivir en un lugar tan inhóspito. Sin embargo, ambos habían logrado espantar esas ideas a golpes de entereza, orgullo y fuerza de voluntad. Eran bóer y esas cualidades no les faltaban. Podían afrontar lo que fuera, ése era su lema. Así como sus antepasados, allá en tierra africana, habían enfrentado la *Groot Trek*

<sup>[4]</sup> en búsqueda de llanuras nuevas por culpa de los ingleses, ellos también podrían hacerlo en la Patagonia.

El gobierno argentino había cumplido con la entrega de las tierras prometidas, tanto en las que había cedido gratuitamente como en las otorgadas con arrendamientos privilegiados; aunque ellos también habían invertido capital propio en la compra de animales. Con el tiempo, a pesar de la dureza del clima y la falta de agua, los Wilson, como casi todos los bóer instalados en el sur, habían progresado. Sus plantaciones se convertían en vergeles en medio del desierto y la introducción de ganado vacuno, equino y lanar consolidaba sus ganancias. Los indios habían dejado de ser un problema, eran pacíficos y servían como mano de obra para las tareas más

duras.

La casa que habían construido podía considerarse una auténtica morada bóer, con todo lo necesario para vivir confortablemente, incluido el piso de madera que Susan tanto había añorado al principio. Sólo la cocina, por comodidad y porque allí se trabajaba día y noche, habían decidido construirla fuera de la vivienda, pegada a las cuartos de los trabajadores domésticos incluidos los sirvientes traídos desde Orange. Los Wilson consideraban que había sido una bendición trasladarse a la Patagonia con Jobe y Gonika, dos muchachos de veinte años, muy fuertes y de raza negra, pertenecientes al pueblo zulú. Estaban con ellos desde hacía mucho tiempo y, como le gustaba decir a Susan, «eran más civilizados que muchos blancos». Sus criados vestían ropa de hombre blanco, hablaban como ellos y habían aprendido a leer y escribir. Otras familias bóer llegadas a la Patagonia también habían traído a los suyos, porque ¿cómo dejarlos si éstos eran parte de la familia?, aunque se encargaban de las tareas más rudas y dormían fuera de la casa principal.

Los Wilson comenzaban a disfrutar la bonanza fruto del trabajo pero algo carcomía a Susan, un pensamiento que siempre estaba presente: la culpa de ver la poca posibilidad de educación de sus hijos. Recién en 1905 el gobierno argentino autorizó la fundación de una escuela en la estancia Voorspred

<sup>[5]</sup>, perteneciente a Conrado Visser, que cedió su vieja casa al Consejo Nacional de Educación cuando construyó la nueva. Sin embargo, la enseñanza era bastante rudimentaria, sin contar el problema del idioma, que habían tratado de subsanar mediante un complejo mecanismo: el maestro, don Carlos Ayllon, daba las clases en español, la señora Visser las traducía al inglés a su marido y éste trasladaba los contenidos al afrikáans para los alumnos. También existía el problema del escaso roce social, porque a pesar de que en la Patagonia conformaban una colonia de unos cuatrocientos bóer, el intenso trabajo y las grandes distancias dificultaban los encuentros. Igualmente trataban de reunirse los fines de semana a pesar de que muchas veces para juntarse debían recorrer varias leguas. A Susan le preocupaba que Peter y Anne se acercaban a la edad casadera y deberían elegir pareja entre los pocos que en la colonia estaban en su misma situación. El problema ya se evidenciaba en Peter, que estaba interesado en quien no debía, y pronto también se daría con Anne, que acababa de cumplir los trece.

Sin embargo, el de Anne era un caso diferente, un alma sensible que recién empezaba a acostumbrarse a esta tierra. Sus rizos claros, sus ojos transparentes, su andar suave y su voz melodiosa eran el fiel reflejo de su delicado interior. Anne no podía ver cuando carneaban los capones, ni escuchar hablar de cómo cazaban los guanacos, y cuando mataban los pollos se tapaba los oídos para no escuchar sus cacareos desesperados. Desde que habían llegado a la Argentina y a pesar de ser una niña, Anne se negaba a probar nada que antes de ser comida hubiera tenido cabeza. Este rasgo de su personalidad era uno de los resultados del dolor que le había causado el desarraigo.

Durante el primer mes en la Patagonia, ella de tanto extrañar su casa, sus mascotas y amistades dejó de hablar, luego de comer y por último no quiso salir de la cama. Pasó semanas acostada con el rostro vuelto a la pared, sin querer ver a nadie. La familia al notar que estaba piel y huesos, ojerosa y sin fuerzas, temió lo peor, parecía una llama apunto de extinguirse, una luz que poco a poco se apagaba, pero a Dios gracias Gonika encontró la solución. Un día al ver llorar a Susan por causa de su hija decidió pedirle permiso para prepararle a la niña una comida que en su pueblo le daban a los guerreros que perdían las ganas de vivir luego de haber experimentado atrocidades en batallas cruentas, así que empezó a cocinar para Anne comidas especiales sin carne y a dárselas en la boca con cuchara mientras le contaba relatos zulúes que poco a poco lograron su efecto reparador y a partir de allí Gonika había logrado lo que nadie: que Anne saliera de su habitación. Ya que después de haberla invitado a la cocina para que lo ayudara, ella se había presentado en el lugar; y ahora la niña pasaba horas allí mientras él le enseñaba a preparar dulces, tortas y otras delicias de la cocina africana y bóer, hechos con frutas, verduras y cereales argentinos.

Poco después se unió a ellos Mariana, que mientras ayudaba con el lavado de platos y utensilios, les enseñaba a preparar comidas criollas. La presencia multirracial había transformado la cocina en un lugar de risas, secretos y charlas donde las palabras, los sabores y los aromas argentinos, bóer y zulúes se mezclaban en total armonía. La cocina parecía ser el refugio de felicidad y libertad de la casa. Susan todavía se sentía algo extraña cuando veía a Anne desnatar la leche del día anterior para hacer manteca, o colocar la cuajada ya escurrida dentro de trapos limpios para fabricar queso. Pero tenía que reconocer que esas actividades habían salvado la vida de su hija. Por otra parte, al tomar Gonika, Mariana y Anne la responsabilidad de la alimentación

de la casa le habían quitado a ella un gran peso liberando sus horas para dedicarse a lo que más le gustaba: la huerta.

Gonika también cocinaba para los peones, que partían a trabajar al campo cuando todavía era de noche, y a las diez de la mañana ya estaban listos para comer los bifos fritos que él les daba para que aguantaran hasta el almuerzo. Los freía al aire libre, en una gran sartén, sumergiéndolos en grasa. Si sobraban, los dejaba en la cocción blancuzca ya endurecida hasta el día siguiente. Para Gonika era una manera práctica de enfrentar la alimentación de tantos hombres, aunque a Susan le parecía que podía ser perjudicial para la salud que a la larga quitaban años de vida. Ante esas críticas, él respondía muy campante:

— En mi pueblo los hombres comen de todo y viven más de cien años. El secreto está en comer feliz.

Y Susan, mientras se tomaba su cucharada diaria de aceite Hoggs de hígado de bacalao, le decía:

— Pues yo prefiero comida sana, y en mi familia también tenemos varios casos de personas que llegaron a los cien años.

Entonces empezaba una discusión risueña y empacada acerca de cuál de ellos llegaría a cumplir más años y sobre la influencia de la comida en la salud. No imaginaba que ambos serían longevos no tanto por el tipo de alimentos y estilos de vida elegidos sino más bien por habérselos propuesto de muy jóvenes.

En esas tierras desprovistas de grandes diversiones, la comida se volvía un asunto importante. La elaboración de platos especiales y la limpieza de los enseres llevaban muchas horas y energía. A la cocina entraban frutas y verduras, y emergían dulces y conservas. Ingresaba leche, y salía queso y manteca. En ese cuarto la carne se transformaba en fiambre, la harina en pan y los huevos en tortas y otras delicias. Allí, lejos de los centros urbanos y comunicados con el mundo exterior sólo dos veces al año con la llegada de los barcos, la comida se convertía en un verdadero entretenimiento, tanto para los que la comían como para los que la preparaban.

Todos estos pensamientos, que mantenían ensimismada a Susan, se esfumaron cuando vio pasar a Peter por la ventana con el regazo lleno de mazorcas. Lo llamó golpeando el vidrio, pero su hijo no la escuchó; el entusiasmo lo llevaba a paso impetuoso.

Peter abrió la puerta de la cocina y a Mariana se le iluminó el rostro en una sonrisa.

— Aquí traigo lo que me pediste —le dijo el muchacho extendiendo los choclos sobre la mesa de madera.

— Me parece muy bien que cumplas, así podré hacer la humita que te he prometido —y dándole una mirada profunda descubrió el agotamiento en el rostro querido. Por lo que agregó en un trato familiar, que no usaban frente a los demás:

— ¿Ha sido un día duro hoy? ¿Estás muy cansado?

Mariana estaba al tanto de que llevaban varias jornadas dedicadas a contar el número de animales en la estancia, aún antes de que apareciera la primera luz de la mañana. Peter le sonrió, le gustaba que ella se interesara por él de esa manera. Sentía que lo cuidaba.

— Sólo estoy un poco fatigado.

— ¿Quieres algo caliente? El agua está en el fuego, puedo hacer café o mate.

— Dame unos mates.

La chica le había contagiado el gusto por esa bebida y a él le gustaba compartirlo con ella. Daba intimidad a las personas que lo compartían.

Mariana inició la ceremonia: llenó el mate con yerba y yuyos, le agregó despacio el agua y se lo entregó a Peter.

— Le puse cedrón, para que te levante el ánimo.

— Lo que me levanta el ánimo es verte —le dijo Peter y acercándose le dio un beso en la mejilla.

Mariana sonrió, pero se separó pronto.

— Peter, tu madre está cerca.

— Deja de preocuparte por ella, está en la sala calentándose, y ni siquiera te he besado en la boca.

— Pero puede venir y vernos. —Mariana intuía que si eso pasaba podía desatarse una guerra, que ella sin duda perdería.

— Tarde o temprano mis padres tendrán que saberlo y aceptarlo.

— No estoy segura de que llegue ese día.

— Sí, Mariana, llegará —dijo Peter dando un sorbo largo al mate.

En el momento en que él le devolvía el mate y le atrapaba la mano amorosamente, Anne y Gonika ingresaron a la cocina. Venían conversando en afrikáner, cada uno con una olla repleta de bayas de calafate. Anne al ver cómo Mariana quitaba rápido su mano de entre las de su hermano, dejó la cacerola sobre la mesa, se acercó a ellos y en un suave movimiento volvió a unir las manos de Peter y Mariana mientras les sonreía. Gonika observaba

todo sin abrir la boca. Instantes después, ambos regresaron a su mundo de confituras.

— Tienes que hacerlo con cuidado —le decía Gonika mientras le mostraba cómo despellejar la baya—. ¿Ves, Melk? —le explicaba, llamándola cariñosamente con ese apodo que significaba leche en afrikáner. Cuando Anne había nacido, siendo él un niño, al verla por primera vez tan blanca había exclamado: «Parece Melk» y todos se habían reído. Ahora a veces hasta su familia la llamaba así.

— Gonika, tal vez podríamos dejarle el pellejo.

— Mira, Melk, tú escuchaste a Teu; sigamos sus instrucciones así nos aseguraremos de que el postre salga bien.

Teu era una india de unos treinta años, que se había instalado con los Wilson una tarde de invierno, cuando llegó muerta de frío y de hambre pidiendo trabajo y un lugar para vivir, como lo hacían muchos de los aborígenes tratando de escapar de la triste realidad que vivían. Al principio viéndola tan débil le dieron un lugar donde dormir pensando que tal vez al otro día la encontrarían muerta; pero poco a poco, había ido recuperando fuerzas y con el tiempo llegó a convertirse en una de las más fieles colaboradoras de la familia, en todo lo que había para hacer en la estancia, encontrándose en ella cualidades únicas y extrañas.

Anne al escuchar a Gonika asintió, su palabra era santa para ella. La niña iba vestida de blanco y con un chal rojo sobre los hombros, los rizos claros atrapados en dos gruesas trenzas rubias que se unían alrededor de su cabeza. A su lado, la piel oscura de Gonika se hacía todavía más patente. Al muchacho la camisa clara, el chaleco azul tejido y los pantalones metidos en las botas de cuero marrón, le daban un aire exótico y distinguido. Sus comentarios y trato lo mostraban refinado.

Apoyados el uno en el otro, Mariana y Peter parecían hipnotizados con el movimiento cadencioso y armónico de las cuatro manos, dos blancas y pequeñas, dos enormes y oscuras, limpiando las bayas con velocidad. Los pensamientos y el silencio lo atrapaban todo cuando la voz melodiosa de Gonika comenzó a entonar una canción en afrikáner y Anne lo siguió muy suavemente. Una vez más, la cocina se convertía en la guarida de la felicidad y la tolerancia en la estancia.

La familia Wilson-Garrott se dispuso a cenar en el comedor de la casa. El padre agradeció los alimentos con una oración; era una costumbre que se repetía en cada casa bóer, como la lectura de las Sagradas Escrituras cada noche. Ian Wilson, como hombre de fe, tenía claro que si no se aferraban a algo superior en medio del gran desafío que era vivir en esas soledades, podían morir en el intento. Y como padre de familia que amaba profundamente a sus hijos y a su esposa, jamás iba a permitir que eso ocurriera. Mientras comían, observaba el semblante de cada uno de los miembros de su familia.

— ¿Cómo te fue en la casa de los Van Troop? ¿Has visto al recién nacido? —le preguntó a su mujer. Sabía que esa visita le había significado seis horas de cabalgata, una exigencia alta aun para ella, que era una experta jinete, capaz de cruzar ríos caudalosos y andar por caminos sinuosos, mejor que muchos hombres.

— Sí, es una criatura bóer preciosa. Todo ha salido muy bien. Además disfruté de mi paseo. ¿Y tú, ya tienes una decisión sobre el arreo?

Hacía tiempo que se planeaba uno para traer animales a la estancia.

— Lo haremos muy pronto. Necesitamos agregar más ovejas y vacas a nuestro ganado. Es un desperdicio no hacerlo. El último recuento muestra que se han multiplicado perfectamente.

Susan se sintió escindida. Por un lado, la ponía contenta que la cría de animales progresara tanto, pero por el otro, sabía los peligros que encerraba un arreo de tantos días. Si algo salía mal, podía terminar con la vida de los animales y hasta con la de los hombres.

— ¿Ya sabes qué día saldremos? —preguntó Peter, que jamás había participado de un arreo y estaba interesado en la parte práctica.

— En una semana. Me parece lo mejor, por el clima.

— ¿Sabes con exactitud la cantidad de ovejas que te entregarán? —preguntó Susan, consciente de que cuanto más cantidad arrearan y desde más lejos, mayor era el riesgo. Robos, accidentes y extravíos de camino eran algunos de los múltiples peligros que podían acechar.

— No todavía, pero ellos saben que queremos todas las que puedan vendernos —respondió su marido.

— Deberían ir acompañados de varios hombres. Además podrías llevar a Gonika o a Jobe, sabes cuán útiles son.

— Aún no tengo decidido quién nos acompañará.



Anne, que hasta ese momento estaba distraída en la observación de los trocitos de chauchas y zanahorias que llenaban su plato, volvió en sí al escuchar el nombre de su protector.

— Gonika no puede andar tanto a caballo, no le gusta. Además, ¿quién va a cocinar aquí?

Su madre asintió con la cabeza. Tampoco ella estaba dispuesta a quedarse sin cocinero.

— Creo que lo mejor sería llevar a Jobe. Gonika es necesario aquí —se decidió Wilson en el momento.

— Papi, ¿tienen que ir? No me gusta que te vayas, dicen que los arreos son peligrosos —dijo Anne con ansiedad.

— Tendremos cuidado, ustedes pedirán a Dios por nosotros y verás que estaremos de vuelta antes de que tengas tiempo de extrañarnos, pequeña mía.

— ¿Cuántos días crees que nos llevará llegar? —quiso saber Peter. Mariana se lo había preguntado varias veces.

— Estaremos fuera casi un mes. Llegar nos llevará varios días y regresar con las ovejas será más largo todavía. Mañana comenzaremos a preparar los vehículos y las provisiones que necesitamos llevar. Necesito que organices esa tarea, Susan.

— Claro, le indicaré a Gonika qué comidas debe preparar para la travesía.

\* \* \*

Después de la cena Peter salió al patio, como hacía cada noche con el pretexto de tomar un poco de aire fresco. Vio que aún había actividad en el cuarto de cocinar y se dirigió hacia allí. Por la ventana observó a Mariana, iluminada por la luz del farol que pendía del techo, que limpiaba los utensilios de la cocina mientras cantaba tarareaba una canción en afrikáans que había aprendido de Anne. A Peter el corazón le dio un vuelco. Oírla le hacía pensar que era una mujer única, mirarla lo extasiaba, la hallaba hermosa por dentro y por fuera. Estaba terriblemente enamorado. Hizo el silbido habitual y ella salió al instante.

— Estaba por rallar los choclos para la humita de mañana.

— Sos tan dulce y hermosa —dijo Peter, y la besó en la boca largo rato mientras la abrazaba. La penumbra del patio los albergaba. Luego, mirándola a los ojos, le anticipó:

— Quería avisarte que la semana que viene nos iremos al arreo.

— ¡La semana que viene! ¡No falta nada! ¿Qué día?

— Probablemente el jueves.

— ¡El jueves! ¡Ay, Peter, el arreo es peligroso, y son muchos días! Va ser horrible. Te voy a extrañar.

Peter la abrazó, ella escondió su cabeza en el cuello del muchacho y sintió la suavidad del pañuelo de seda que él llevaba y el perfume de su enamorado.

— ¿Cómo voy a hacer para vivir sin tu aroma?

— Mi amor, no te preocupes, pasará rápido, y durante el viaje aprovecharé para hablar con mi padre sobre lo nuestro. A mi vuelta todo será diferente.

— Pienso que te vas por casi un mes y nada me consuela.

— Ven aquí —la abrazó con fuerza, y la sintió vulnerable. Luego separándose un poco la observó, tenía los ojos llenos de lágrimas. Peter, enternecido, en un acto imprevisto se quitó el pañuelo de seda que tenía los colores bóer, naranja y blanco. Lo llevaba sujeto con un broche de plata que su madre le había regalado justo antes de salir de Sudáfrica. La joya tenía labrado el escudo de su familia; su padre poseía otro igual. Era único y muy especial para él.

— Toma, ten hasta que regrese.

— No, no puedo recibir esto, sé lo que significa para ti.

— Toma, te digo —y se las puso en el regazo.

— Está bien, pero me quedo sólo con el pañuelo —dijo devolviéndole el broche, y agregó: —Úsalo con el pañuelo que tiene la bandera argentina.

Él la miró complacido, al menos aceptaba que le diera algo suyo. Todavía no se había ido y ya deseaba volver. La tomó de la cintura y estrechándola contra su cuerpo empezó a besarla de nuevo. Amaba a Mariana, quería que fuera su esposa.

Durante toda la semana, la casa de los Wilson se llenó de una actividad frenética con los preparativos para la partida. Viajarían Ian y Peter, Jobe y algunos hombres más que trabajaban en la estancia. Llevarían dos carros y varios caballos para ir rotándolos, a fin de hacerlos descansar.

Había que revisar muy bien a los animales y las ruedas de los vehículos. Susan se dedicó a juntar las mejores provisiones que tenía en la casa y a hacer preparar algunas delicadezas, como el queso de leche de cabra de Gonika, y los panes crujientes de semillas y deliciosas tiras de *bultong*. También llevarían frascos de compotas, dulces, café y la infaltable yerba para el mate. Si bien cada cosa era elegida por ella, Mariana la asistía en cada detalle. Ella también quería que llevaran lo mejor y que nada les faltase.

Esa última semana, Susan había estado más atenta que nunca a su hijo y a la muchacha. Había seguido sus movimientos de cerca y sus sospechas estaban casi confirmadas. Algunas observaciones le habían dado la certeza: cada mañana Peter, antes de partir al trabajo en la estancia, pasaba por la cocina y tomaba mate con Mariana; siempre que estaban en la misma habitación, la chica lo seguía todo el tiempo con los ojos, y casi a diario le preparaba comidas especiales. Y lo más evidente: había visto a su hijo tocarle el cabello con cariño en varias oportunidades, sin contar las miradas capaces de derretir el hielo que ambos se propinaban. Era innegable que tenían una relación. La muchacha no era mala, pero Susan no podía permitir que su hijo pensara en llegar a algo serio con una criolla; él debía casarse con una bóer. Tenía algunas en vista entre las familias que llegaron a la Patagonia, pero todavía eran demasiado niñas. En pocos años serían mujeres, pero Peter necesitaba de inmediato una que lo distrajera de esta relación inconveniente. Susan se debatía entre defender a su hijo de posibles equivocaciones en la vida, o dejar que eligiera lo que él deseaba. Pensaba que los días del arreo le vendrían bien para tomar un tiempo para la oración, a fin de que Dios la guiara en este asunto. Mientras tanto, todos sus rezos iban dirigidos a pedir protección contra los peligros del viaje que era lo que más intranquila la mantenía.

Ahora entendía por qué en la Patagonia la ley permitía que todos portaran armas de fuego. Al principio le había parecido descabellado, pero con el tiempo supo que era lo más acertado manejarse en un lugar casi desierto y desprovisto de vigilancia policial. Los revólveres y los Remington podían ser usados cuando fuera necesario, y vaya si se usaban... Uno de los

primeros consejos que recibieron al llegar, fue: «Si aquí le apuntas a alguien, lo tienes que hacer a la cabeza, y no al cuerpo como en Europa. De lo contrario, nunca más podrás pasar tranquilo al lado de unos matorrales».

En la estancia Maan todos estaban ansiosos, cada uno por sus razones. A Ian y a Peter se los llevaba el diablo con tanto ajeteo y preparativo. Gonika, a cargo de la elaboración de las provisiones, no paraba un segundo. Mariana y Anne sólo pensaban en cuánto extrañarían a sus seres queridos durante el tiempo que no iban a estar.

El día antes de la partida, mientras llenaban de agua las cantimploras de cuero impermeabilizado con sebo y preparaban las armas que llevarían, Anne se lanzó a los brazos de su padre y le imploró que se quedaran; él la calmó con largas explicaciones racionales.

A la mañana siguiente, el sol no había asomado cuando la comitiva partió. Un lema los guiaba: «El progreso requiere sacrificio». Y los Wilson estaban dispuestos a hacerlo.

### *La estancia Maan*

Una vez que los hombres partieron al arreo, los días en la estancia Maan se volvieron monótonos para todos, aunque no tranquilos. Cada jornada se llevaban adelante múltiples actividades empujadas por la inercia y la rutina. Susan dirigía a los peones y les daba instrucciones para sus tareas, sin descuidar el trabajo en la huerta, de donde emergía una verdadera producción de verduras: coles voluminosas y coloridas, rojos tomates, zanahorias enormes, zapallos exquisitos y otros vegetales que iban a parar en carro al pueblo más cercano y generaban una buena ganancia extra. A pesar del intenso trabajo, tampoco olvidaba dedicar unos minutos diarios a pedirle a Dios la sabiduría necesaria para resolver el tema del enamoramiento de su hijo y Mariana. Rezaba y pedía alguna señal, aunque ésta nunca llegaba.

Anne, luego de llorar los dos primeros días después de la partida, había terminado acomodándose a la situación y se había concentrado en aprender a cocinar guisos, panes y postres con hongos y piñones, según las instrucciones de la india Teu. Fue idea de Gonika, para que la niña dejara de extrañar tanto a su padre y a su hermano. Teu aceptó gustosa enseñarle cuáles eran los frutos y las raíces comestibles que los blancos no conocían. Anne se entusiasmó:

— También quiero que me enseñes a usar los huevos de ñandú. Mi madre les tiene aprehensión pero yo creo que deben ser muy nutritivos.

— La niña le sentirá gusto diferente, pero en las tortas no se notarán.

— Y rinden mucho —dijo Anne, que había visto cómo la yema llenaba una taza y la clara daba casi la medida de un litro. A pesar de que los ñandúes americanos no eran tan grandes como las avestruces africanos que ella conocía, sus huevos pesaban casi un kilo.

— Si la niña quiere, yo podría llevarla a donde pueda ver un nido. Son como 30 huevos juntos de diferentes hembras y un macho los empolla. Y cuando nacen, él los guía y cuida con amor.

— Me encantaría, Teu. Pero con todo lo que me cuentas ya se me están yendo las ganas de comerlos.

— La niña tiene que entender que la tierra está para darnos cosas y servirnos. La tierra se alegra cuando nos sirve, no está triste.

— No sé. Me da mucha pena quitar la vida. Siento que algo se muere dentro nuestro cuando lo hacemos.

— Cada alma piensa distinto, eso también es bueno y alegra la tierra — le respondió tocándose el pecho.

Estaba en lo cierto la india Teu. En la estancia cada corazón convivía a su manera y como podía con los dolores de la vida.

Mariana había aprendido a contener el llanto hasta la noche; después de lavarse y refregarse la piel con florcitas de lavanda, se metía en la cama y extendía el pañuelo de seda con los colores afrikáner, y ya con el camisón puesto y los cabellos sueltos se acostaba sobre él; entonces las lágrimas acumuladas durante el día desbordaban sus ojos. Había descubierto la gran verdad común a todos los enamorados que no pueden estar juntos, cualquiera sea la edad y la época en que les toque vivir: los días en que no se tiene a la persona amada transcurren lentos, dolorosos, mustios e inútiles. Como un auténtico castigo al instinto de supervivencia que no les permite morirse Mariana no sólo lloraba por la ausencia de Peter sino también por la certeza de que el amor de ellos era imposible. Sólo el abrazo de la seda suave con su aroma le aliviaba el pesar en medio de la noche. Y por las mañanas, cuando el canto del gallo exigía cordura, ella recogía el pañuelo con delicadeza, lo guardaba y el día empezaba con su realidad monótona.

Por eso cuando en medio del tedio de esas jornadas, un sábado llegaron visitas, Susan se sorprendió. Eran pocos los extraños que pasaban por el camino pero cuando lo hacían existía la costumbre patagónica de brindar la

misma hospitalidad que a los conocidos. Era habitual en las casas tener una olla de carne y verduras hervidas para darle al que pasara y necesitara. Eran las reglas implícitas en esa tierra inhóspita; y Susan que las había aprendido se complacía cumpliéndolas. Dar comida o cama, o ambas cosas, en zonas donde a kilómetros no se encontraban hoteles ni comedores, era una verdadera obra de bien; que ella misma había disfrutado cuando la necesitó y se la brindaron.

Cuando escuchó el ruido de un carro en la entrada de su propiedad, no tardó en salir a recibir a los visitantes. Elliot y Catherina Williams, un joven matrimonio bóer recientemente llegado de Sudáfrica, se presentaron y le pidieron a Susan que los albergara por una noche, hasta recobrase un poco del largo viaje y poder seguir su camino. Se dirigían a las hectáreas que el gobierno les había adjudicado, y en el paraje La Encerrada los esperaba un empleado de la administración pública para acompañarlos, ya que el camino no estaba siquiera marcado en el mapa. Habían dejado a sus tres hijas de cuatro, cinco y seis años en Comodoro Rivadavia, al cuidado de la cuñada de Elliot, en tanto que su hermano se encontraba ya en el campo construyendo la casa adonde se mudaría con su familia. Los Williams pensaban construir la suya y luego volver a Comodoro por sus hijas para no hacerlas pasar por el trance que eso suponía.

Susan los invitó a pasar a la casa, la joven mujer se hallaba descompuesta, el viento le había hecho un efecto en el oído que la llenaba de vértigo; todo el camino se la había pasado nauseosa. Susan al escucharlos no hizo rogar su acogida pues no habían alcanzado a ingresar a su casa cuando ella les sirvió té acompañado de torta de piñón y arándanos, la última invención de Anne. Mientras el joven esposo recorría las instalaciones con Gonika, Catherina se quedó charlando con Susan, que no podía menos que compadecerla, pues le recordaba la situación por la que ella había pasado hacía apenas unos años atrás. Sus palabras eran un solo lamento.

— ¡Las distancias en este país son terribles! Nunca pensé que desde el puerto de Buenos Aires hasta aquí hubiera tantos kilómetros. He tenido que acostumbrar mi vista al espacio abierto.

— Sí, a mí me pasó lo mismo cuando vinimos.

— Y el viento en estas tierras es espantoso. Siento que me taladra los oídos, no tengo un minuto de paz. A la mañana me levanto bien, pero pasa media hora y el chirrido de las ráfagas me ataca, y me llena de nervios y mareos.

— La comprendo, Catherina, pero si de algo le sirve le digo que con el tiempo uno comienza a acostumbrarse. —Susan recordaba nítidamente los días en que nerviosa se movía por toda la casa, acosada por el dolor de cabeza que le provocaban las ventoleras.

— ¡Ojala sea así! De lo contrario no sé qué voy a hacer —decía Catherina al borde de las lágrimas.

Susan le habló con suavidad:

— Ahora despreocúpese, aquí pasaran una buena noche. Les serviré algo de comer y les haré preparar una cama cómoda. —Al pronunciar la frase, se sintió fuerte y experimentada. Ya no era una inmigrante novata, sobre sus espaldas tenía años de duras experiencias. Y Sudáfrica estaba muy lejos.

Una vez que sus huéspedes se instalaron en la habitación que les había preparado, Susan se dispuso a acostarse. Sentada en el borde de su cama, pensó en el joven matrimonio y agradeció al cielo que esos duros primeros tiempos ya hubiesen quedado atrás y que sus hijos no hubiesen sido tan chicos cuando emigraron; sin duda, con esas niñas pequeñas todo sería más complicado. Al hacer la oración, agregó la petición de siempre: que Peter y Anne consiguieran buenos esposos bóer. De lo contrario, sus tradiciones se perderían junto a las historias familiares que los mantenían unidos y les daban fuerza y orgullo. Terminados los rezos, Susan se acostó pero le costó conciliar el sueño; daba vueltas en su cama, sin poder dejar de pensar en Peter y Mariana. Su corazón de madre le decía que era un problema grande. Pero el cansancio pudo más que la preocupación y se quedó dormida, sin imaginar que la noche siguiente lo haría mucho más tranquila. La respuesta que esperaba había llegado ese día a su casa, aunque todavía no lo supiera.

Por la mañana, el matrimonio Williams se sentó a la mesa del comedor para tomar el desayuno junto a Susan y Anne.

— ¿Y tú, Anne, cómo haces con los estudios? —quiso saber Catherine.

— La escuela queda a una legua de aquí, en época de clases voy con otra chica y con Mariana, aunque ella este año ya es mayor y no iré más, como mi hermano que antes iba conmigo.

— La verdad es que ha sido una bendición que abrieran la escuela en casa de Visser —acotó su madre.

— Nosotros tendremos que organizarnos diferente. La escuela nos quedará muy lejos.

— ¿Y qué piensan hacer? —preguntó Susan interesada.

— Nos enteramos de que cerca de nuestras tierras hay una estancia grande con administradores alemanes. Ellos se hicieron traer una institutriz para sus niños. Les hemos escrito preguntándoles si nuestras hijas podrían tomar clases con ellos y nos han contestado que sí. Aunque todavía no hemos terminado de arreglar algunos detalles, como el idioma....

Susan sabía de lo que hablaba, en la escuela habían experimentado el mismo problema.

— Es una idea excelente. El tema del idioma siempre tiene solución; cuanto más joven es la persona, más se adapta a lo nuevo.

— Hemos hablado con la familia de Elliot; a fines de diciembre pasaremos por su casa en Comodoro a buscar a nuestras hijas, queremos estar juntos en la Navidad.

— Es una buena idea, la primera Nochebuena aquí nunca es fácil.

— Además, también el hermano de mi marido y su esposa están pronto a mudarse a la casa que vienen construyendo en el campo. En la que al principio mi cuñado se instaló solo, dejando su familia en Comodoro.

— Catherine, si para llevar adelante sus proyectos necesitan algo de nosotros, no duden en pedirnoslo —ofreció Susan, que comprendía bien las dificultades.

— Señora Wilson, usted ya ha hecho mucho por nosotros —dijo Elliot.

— Ha sido un honor tenerlos en mi casa. Discúlpeme que me entrometa, señor Williams, creo que su esposa necesitaría un día más aquí para restablecerse por completo, se lo digo de corazón. —Era verdad la joven madre le daba pena. Habían congeniado desde un principio; además de disfrutar la conversación con una bóer que le daba noticias frescas de Sudáfrica, y la hacía sentir más agradecida que nunca por lo que tenía.

— Sé que mi mujer no se repuso todavía, pero creo que deberíamos continuar la marcha. Nuestras tierras nos esperan —respondió Elliot, ensimismado en la observación del mapa que tenía en sus manos.

— Bueno, todavía tienen un par de horas por delante, por si cambian de idea. Mientras tanto haré que Gonika les prepare algunas provisiones. Ya sea que partan hoy o mañana, igual las necesitarán.

— Nuevamente gracias, Susan, pero ¿no es demasiada molestia darnos víveres?

— En absoluto, Gonika siempre tiene en su cocina una gran producción. Y les aseguro que todo lo que hace es una delicia.



— Hay que reconocer que tuvieron una gran idea al venir con su gente de color. Nosotros no nos animamos y ahora pagaremos las consecuencias — dijo Elliot Williams quien recordaba cómo su esposa le había pedido traer a la criada negra que la había cuidado de niña.

Catherina, apesadumbrada, agregó:

— Yo no sé qué haré sola con todo el trabajo que me espera, más la crianza de mis niñas. Me han dicho que las indias son buenas, pero al principio no creo que pueda fiarme de una de ellas para que viva con nosotros.

Susan decidió darle un consejo:

— Deberías buscar una muchacha argentina para que te ayude. Aquí las familias numerosas que viven en el campo están contentas de que les des un lugar en tu casa. Tú les das vivienda, comida y estudio, y a cambio ellas ayudan en todo lo doméstico —al terminar la explicación, Susan pensó en Mariana. Imaginó su rostro de nariz respingada llena de pecas y una idea atravesó sus pensamientos como un incendio.

— Sí, Susan, pero no me será fácil encontrar una. No sé si habrá familias argentinas viviendo cerca de mi propiedad.

— Yo podría ayudarte a buscar a alguien de esta zona.

— Pero, aunque encontraras una muchacha, a ella le sería muy difícil llegar sola hasta donde vamos. —Por momentos, Catherina sentía que ni ella misma llegaría a ese lugar. Los largos caminos la tenían desesperanzada.

— Si ustedes decidieran quedarse uno o dos días más, podría buscarles una para que pudieran llevarla con ustedes al partir. Sólo es cuestión de arreglar con los padres, lo que en estas tierras no es difícil, como les dije.

Elliot Williams, que escuchaba atentamente y veía el estado calamitoso de su mujer desde que habían arribado a la Patagonia, intervino:

— Con tal de conseguir a alguien, estaríamos dispuestos a pagar un pequeño salario.

La propuesta de conseguir en breve una persona que los ayudara era tentadora para los Williams, y a la dueña de casa le hacía latir el corazón con violencia.

— Déjenlo por mi cuenta —dijo Susan, mientras organizaba rápidamente su cabeza: primero, iría a la casa de Mariana para hablar con su madre; luego hablaría con la chica, y por último, prepararía su partida.

El matrimonio Williams aún no terminaba de desayunar cuando Susan mandó ensillar su caballo. Les había sacado la decisión de quedarse un día

más. Pero ella debía apurarse, le esperaba una cabalgata de varias horas, se haría acompañar con un peón por cualquier imprevisto. La casa de la madre de Mariana quedaba a varias leguas. Sentía que había encontrado la respuesta que buscaba. Dios se la había enviado en la forma menos esperada, a través de una familia bóer. Y ella, con tal de no ver la vida de su hijo arruinada, estaba dispuesta a hacer esos kilómetros y mucho más.

\* \* \*

Horas más tarde, cuando el sol caía sobre la estancia Maan, Susan regresaba a su casa con el peón que la había acompañado a la vivienda de Mariana. Estaba exhausta pero feliz.

No le había costado mucho convencer a la madre de la muchacha de que ésta era una excelente oportunidad para ella, porque la familia Williams estaba dispuesta a pagarle un salario. Sería un verdadero trabajo retribuido, no como en su estancia. De seguro le permitirían tomar clases con la misma institutriz que sus hijas, aunque Mariana ya estaba grande, una razón más por la que empezaba a necesitar ganar su propio dinero. Pensaba darle la buena noticia a los Williams y, antes de la cena, hablar con Mariana.

Gonika se hallaba en la cocina dando los últimos toques a la comida, que junto a Anne y Mariana preparaban para la cena. Elaboraban una tortilla con flores de calafate, cebollas y huevos que sazaban con sal, pimienta y comino, siguiendo la receta original zulú que se hacía con las flores de un arbusto que crecía en África. Aquí esa planta no estaba, pero tenían el calafate para reemplazarla. Había sido un verdadero invento donde participaron los tres, al que ahora pensaban acompañar con carne de cordero al horno. Cuando Susan entró y vio a su hija en medio de estas tareas como siempre, no pudo evitar sentir cierta molestia, pero se apaciguó pensando que esto era mejor que verla tendida en la cama sin comer. Entonces fue directo a su cometido.

— Mariana, necesito hablar contigo.

— Sí, señora Susan —dijo limpiándose las manos en el delantal.

— Ven, vamos afuera.

Gonika y Anne se miraron de reojo; esa petición no podía traer nada bueno. Anne sabía que su madre había salido durante el día para arreglar un asunto; ella misma le avisó antes de marcharse. Sus trece años le permitían entender que se estaba tejiendo una trama relacionada con su hermano. Gonika permanecía en silencio.

Mariana, algo alterada, siguió a Susan hasta el banco de la galería de la cocina donde se sentaron.

— Mira, Mariana, voy a decirte algo que al principio tal vez no te guste, pero es una noticia que a la larga va a ser buena para tu futuro.

— ¿Mi futuro? —ésa era una de las palabras que más le aterraban; temía que dentro de ella no entrase Peter.

— Se ha presentado una oportunidad, el matrimonio Williams... ¿sabes de quiénes hablo, verdad? Son los que...

— Sé de quiénes habla, señora Susan.

— Bueno, ellos quieren una chica argentina para que les ayude con sus niñas pequeñas. Y yo he pensado en ti.

— ¿En mí? —preguntó entre incrédula y horrorizada.

— Sí, tendrías que ir con ellos pasado mañana.

El silencio se hizo insoportable. La pesadilla de que alguna vez la separaran de Peter se hacía realidad para Mariana.

— ¿Irme? Pero yo... no sé si me quiero ir con ellos —trató de defenderse.

— Te dije que tal vez ahora no lo entiendas, pero ya verás. En pocos meses no necesitarás ir al colegio y esta propuesta supone un salario, lo que la torna muy beneficiosa, superior a la oportunidad que nosotros te damos.

— Pero es que a mí...

— En esta estancia no ganas dinero, Mariana, y pronto lo vas a necesitar, te haces mayor y tienes que pensar en tu futuro.

— Susan... no quiero... no haga esto —le dijo llamándola de esa manera por primera vez en su vida.

Con la poca luz que llegaba desde la ventana, Susan pudo ver las lágrimas de la chica. El corazón comenzaba a ablandársele.

— Pero, Mariana, es mejor para ti, además alguna vez puedes venir a visitarnos.

El nombre de Peter no era pronunciado por ninguna de las dos, pero estaba allí, impregnando el ambiente, gobernando decisiones y dirigiendo ruegos.

— ¿Mi madre sabe? —preguntó Mariana ensayando soluciones, aunque las sabía endebles.

— Hoy he hablado con ella.

— ¿Hoy? —debería haberlo imaginado, Susan había estado todo el día fuera. Aun sabiendo la respuesta, se arriesgó a preguntar: —¿Y qué dice?

— Le parece excelente idea. Ha aceptado.

— Pero... ella no puede.

Sí que podía, Mariana todavía era menor. Además ¿qué decir? Si Susan le estaba pidiendo que se marchara con un pretexto honorable, ella no podía negarse; la casa era de los Wilson. Se dio cuenta de que no había nada que hacer. Había pensado que lo peor era que Peter se fuera de viaje por varios días. Ahora descubría que había algo más terrible aún: no verlo nunca más.

— Los Williams se marchan pasado mañana y tú debes tener todo preparado para irte con ellos.

Susan escuchó su propia voz diciendo esto y se sintió cruel. Sintió una punzada de remordimiento en el corazón. ¡Qué difícil era todo! Pero había algo superior que salvaguardar: el futuro de su hijo. Ella debía cuidar de Peter como lo había hecho desde que era pequeño, sólo que ahora debía protegerlo de que tomara decisiones equivocadas que podría lamentar toda la vida.

Mariana, indefensa, al saber que nada de lo que dijese cambiaría la decisión tomada, se levantó sin decir palabra y se dirigió su cuarto.

Susan se quedó sentada en el banco, reflexionando acerca de lo que acababa de hacer. Poco después, se acercó Anne, quería saber qué sucedía.

— Mami, ¿qué le has dicho a Mariana? Se ha ido a su habitación llorando, ¿todo está bien con papá y Peter?

— Sí, hija, todo está bien, sólo que a Mariana le ha salido una oportunidad muy buena que no debe desperdiciar.

Y comenzó a explicarle como pudo, tratando de hacer hincapié en la parte positiva del cambio. Pero el corazón bondadoso de Anne no pudo encontrar por ninguna parte el aspecto bueno de lo que había hecho su madre.

\* \* \*

La noche había caído hacía horas sobre la estancia, pero ninguna de las

mujeres podía dormir, a pesar de que todas ya estaban en cama. Catherina Williams estaba exultante; comenzaba a pensar que en este país podían pasarle cosas buenas. Se había hecho una amiga nueva, tenía cuidadora para sus niñas y una ayudante para todo lo que le esperaba. Susan estaba dividida entre el dolor que le causaba la decisión que acababa de tomar, y la idea de que hacía lo correcto poniendo a su hijo por prioridad. Mariana en su cuarto, sola, acostada en la cama a oscuras, lloraba sin consuelo con el pañuelo bór de Peter junto a su rostro. La india Teu sufría al escuchar el llanto desconsolado de la joven. Anne se revolvía entre las sábanas y no podía dejar de pensar en lo que sucedería cuando Peter se enterara de lo que acababa de pasar; quizá nunca más volvieran a ver a la pobre Mariana.

Llevaba una hora de negros pensamientos y todavía no lograba conciliar el sueño, hasta que finalmente se sentó al borde la cama y prendió una vela. Quería consolar a Mariana. Iría a verla. Tanteó algo en la mesa de luz que quería llevar y caminó sin hacer ruido por el pasillo rumbo a la puerta. Tenía que andar varios metros hasta llegar a los cuartos que estaban junto a la cocina. La luna iluminó su figura de niña-mujer, iba descalza, con el camisón blanco lleno de puntillas y lazos, el pelo rubio y suelto cayéndole por los hombros. Un escalofrío la recorrió, estaba fresco, y sobre el pasto ya había caído el rocío de la noche. Se apretó el chal contra los hombros desnudos. Poco después, marchaba por la galería de la cocina y tanteaba el picaporte de la puerta de Mariana. Antes de entrar, pudo escuchar los sollozos.

— ¿Quién es?

— Soy yo —dijo Anne, y corrió sin importarle que su chal había caído al piso. Abrazó con fuerza a la muchacha que se había sentado en la cama y permanecieron así unos minutos, hasta que Anne habló:

— No te preocupes, yo le explicaré todo a mi hermano y él te buscará. Te lo aseguro.

— Ay, Anne, tengo miedo de no verlo nunca más.

— Eso no sucederá. Ahora debes dormirte, no puedes pasar la noche entera llorando, mañana te espera un día duro. Toma esto, lo traje para ti. — Le extendió unas golosinas hechas de azúcar y nuez. —Las hice ayer, dice la india Teu que si las comes te pones contenta de inmediato.

Mariana sonrió al escucharla. La hermana de Peter, no obstante sus trece años, a veces era una niña.

— ¿Ves, no te lo dije? Las tienes en la mano y ya estás riendo.

Besó a Mariana en cada mejilla y se despidió de ella. Apagó la vela, no

iba a necesitarla, ya sabía en qué parte de su recorrido debía caminar con más cuidado.

Antes de salir, escuchó la voz de Mariana que decía:

— Gracias, Anne, eres un ángel.

Ya estaba casi en la galería cuando recordó que había olvidado el chal rojo. Cuando dio la vuelta para ir a buscarlo, un golpe brusco que casi la tira al suelo la sobresaltó.

— Por Dios...

— Anne, ¿qué haces aquí? —dijo una voz masculina.

La luz de la luna le permitió ver una figura alta y vigorosa.

— Gonika, casi me matas del susto.

— ¿Por qué estás afuera, así vestida? —dijo observándola. La claridad le mostraba sus hombros desnudos y el largo pelo rubio cayéndole salvaje sobre ellos. Nunca antes la había visto con el cabello suelto, ni en camión. El lazo del escote se le había aflojado y dejaba ver más piel de la que mostraba nunca. Gonika no podía quitarle los ojos de encima.

— Es que vine a ver a Mariana, quería consolarla, ya sabes por lo que está pasando.

Gonika no podía pronunciar palabra. Anne era para él una visión deslumbrante; sus ojos confirmaban lo que hacía tiempo pensaba y se negaba a aceptar: que Anne era una mujer. Quería a la chica en forma especial desde el día en que nació y él era sólo un niño. Y aunque tenía que reconocer que en los últimos tiempos algo los había unido, esto que sentía era diferente.

— ¿Qué te pasa? ¿Te has asustado de mí? —dijo Anne con una risita contenida al ver el rostro del muchacho.

Gonika al fin pudo hablar:

— Sí, Melk, por un momento me pareció que no eras tú. Sólo eso. Pero ya pasó. Ahora vete a la cama.

Ella se despidió con un toque suave en el brazo y enseguida desapareció en la oscuridad del patio.

Gonika se sentó en el borde del piso de la galería, estremecido. Le acababa de suceder algo tremendo que podía cambiarlo todo. La agitación de su corazón y de su cuerpo se lo revelaban. Le dio miedo ese sentimiento, era demasiado grande. Lo perturbaba, sentía que lo podía empujar a hacer cosas impensadas. Decidió calmarse; al fin y al cabo, nadie era más sosegado y prudente que él. Nunca había hecho locuras ni jamás las haría, pensó sin imaginar cuán equivocado estaba.

De regreso a su cuarto, en el piso del pasillo vio una prenda. Se inclinó y la alzó; era el chal rojo de Anne. Instintivamente se lo llevó al rostro para aspirar su aroma. Al hacerlo las entrañas se le conmocionaron. Lo dobló con cuidado, lo llevó a su cuarto y lo guardó con devoción. Minutos después, el chal descansaba bajo la almohada de Gonika. Era su tesoro. No pensaba devolverlo.

Tiempos de arrojo y demencia se avecinaban y no sólo para Gonika, sino para la familia Wilson entera. Susan misma, sin pensar, ya había realizado su parte en esto. Con su decisión había desatado una mariposa que quería aletear. Y cuando ésta lo hiciera, el movimiento de sus alas traería grandes cambios. El llanto incesante en el cuarto de Mariana confirmaba que así sería.

## CAPÍTULO 3

### Hoy

El acolchado bordó de la cama de Omar le llegaba hasta el cuello. Elena abrió los ojos y miró por la ventana del cuarto de la casa de Rada Tilly. Le bastó un segundo para darse cuenta de que se había hecho tarde para su cita. El sol alto se lo confirmaba. Con un movimiento brusco tiró de las sábanas y se levantó de un salto. Omar, a su lado, la miró sorprendido. No había visto nunca a nadie levantarse tan rápido.

— Por Dios, Omar, mirá la hora que es, yo tenía una reunión — confundida buscaba el vestido blanco bajo la cama. Olvidando que lo había perdido en la cocina.

— Eh, despacio, tranquila. —Se incorporó y la buscó para abrazarla.

Elena se dejó abrazar, pero riendo insistió:

— De verdad es tarde, tengo que irme.

— Yo también, hoy tengo algo urgente pero —la miró con dulzura— no me importa. Me encantó dormir estas horas contigo. Ah, el vestido, por si no se acuerda, señorita, quedó en la cocina.

— Carajo, cierto.

— Qué boquita.

— ¡Es que llego tarde a algo importante!

— Si vas al centro, te llevo, voy para allá.

— Dale, por favor.

Elena se miraba el cabello despeinado en el espejo de la puerta del placard mientras pensaba que sería imposible ocultar la noche de amor que tenía grabada en el rostro.

Omar con ternura le alcanzó su cepillo de dientes con pasta. El celular de Elena comenzó a sonar, ella lo atendió.

— Sí, estoy en camino. Tuve un problemita, pero en unos minutos llego. Ah, qué suerte que ellos tampoco llegaron todavía. Sí, claro, nos vemos.

Apenas cortaba, cuando sonó el de Omar. La voz de él retumbó en el cuarto:

— Hola, estoy saliendo para allá. Pregúntele al escribano si tengo que llevar algo. ¿Sólo el DNI? Bueno, no hay problema. Nos vemos.



Elena con el lápiz labial en la mano se lamentaba que fuera el único cosmético que tuviera en su cartera. Pensaba usarlo luego de lavarse los dientes cuando al escuchar las últimas palabras cuando suspendió todo lo que estaba haciendo para preguntar:

— ¿Vas a la escribanía?

— Sí.

— ¿A la misma del otro día?

— Sí, a la de Galván, donde nos conocimos, tenía que estar a las diez de la mañana.

— Yo también... Vos no... ¿A qué vas?

— Un tema complicado, una reunión por tierras en herencia.

— ¿Vos nos serás...? ¿Tu apellido no será...?

— Mi apellido es González. Soy Omar González.

Elena no podía salir de su asombro.

— ¡Pero... si me dijo Juan que eras de los Torres que tienen supermercados!

— Ése es el apellido de mi madre. Los Torres son muy conocidos. Pero yo soy González. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

— Yo también voy a la escribanía de Galván. Soy Elena Wilson Garrott... me tenía que juntar con vos.

Diez palabras, un instante y el mundo se partía en dos. La actividad frenética se reemplazó por una quietud espantosa. Se miraron largamente, y una inmovilidad total se adueñó del cuarto. La calma antes de la tormenta.

— Nosotros somos... —Omar no podía creerlo. —Pero si vos sos de Comodoro, te escuché hablando del clima en la escribanía como una entendida. ¡Te vi en el restaurante con una amiga que dijiste que era de toda la vida!

— ¿Y qué? Mis abuelos siempre vivieron aquí, mis padres también durante muchos años.

— Nunca me aclaraste que eras una... Wilson Garrott —le costó pronunciar el apellido, lo hizo con aprehensión, y ella lo notó.

— ¡Vos tampoco me dijiste que eras un González! Y lo que es peor: ¡yo me acosté con un González!

— Bueno, pará un poco, no lo digas así, parece que yo fuera un monstruo.

— ¿Cómo querés que te lo diga? ¡Si tu abuelo, tu tío, o qué sé yo quién de tu familia asesinó a mi abuelo! Y ahora encima vienen a reclamar tierras

nuestras.

— Sí, conozco esa historia. Pero, por lo que sé, eran épocas en que los patrones maltrataban a los peones. Y tu abuelo era un patrón bastante bravo.

— ¡Ésa no es razón para asesinar a nadie!

— También fueron asesinados muchos peones. Los González siempre fuimos idealistas.

— ¿Idealistas? ¿O habría que decir asesinos?

— ¡Qué injusta, lo decís como si yo también lo fuera! Para vos acusar es fácil. A todos los que llevan apellidos como el tuyo las cosas siempre les han sido fáciles.

— ¿Qué sabes vos de todo lo que mi familia ha tenido que pasar para tener la posición que tiene?

— Mira, Elena, esta conversación no lleva a ninguna parte, vamos a la escribanía y veremos qué proponen los abogados.

— No me siento preparada para tener una reunión con vos y los abogados.

— Bueno, no es para tanto.

— ¿Cómo que no es para tanto? A mí me enseñaron a odiar a los González y acabo de pasar la noche con uno. Yo iba a la escribanía dispuesta a pelear con vos.

Omar la miró; de pronto parecía otra, la desconocía.

— No vayas. Como quieras —le respondió malhumorado.

— Voy a avisar que cambien la fecha. Necesito pensar.

Elena tomó el teléfono y con un pretexto cualquiera canceló la reunión. Un momento después, Omar hacía lo mismo desde su celular cuando oyó el ruido de la puerta al cerrarse. Elena se había ido.

¡Por Dios, qué locura era ésta! Acababa de discutir de forma horrible con esa mujer que horas antes le había hecho tambalear su mundo. No sólo le había gustado tener sexo con ella, le había encantado tenerla en sus brazos mientras dormía. Había disfrutado compartir con ella sus dibujos y conversar durante horas en el balcón. Esa chica risueña le había gustado desde el primer instante. ¿Cuándo se complicó el asunto de esta manera?

Elena, dentro de un taxi rumbo al hotel, se decía ¡por qué diablos no le pregunte de entrada su apellido! Además su amigo había dicho que pertenecía a la familia de los Torres... Una pena, un desastre, que Omar fuera el González con el que tenía que encontrarse. Durante la noche lo había pasado maravillosamente. Él había sido dulce y cuidadoso con ella. Acostumbrada al

sexo apasionado y fuerte que tenían con Marcelo, su ternura la había sorprendido. Recordaba cómo Omar le había besado cada dedo del pie, metiéndoselos uno a uno en la boca, antes de pasar a sus piernas, para luego subir y... una oleada de excitación la recorrió a su pesar y aumentó su frustración. Debía parar con ese tipo de pensamientos. Antes tenía problemas legales que resolver con él.

Entró al cuarto del hotel, cerró la puerta y sintió ganas de llorar. Estaba a punto de hacerlo pero se decidió por una ducha, el agua caliente le haría bien.

Al salir del baño, se echó en la cama, encendió el televisor y mirando las noticias se quedó dormida; esa noche había tenido pocas horas de sueño. Se despertó pasadas las cinco de la tarde, un poco aturdida. Volvió a la televisión, no quería pensar, sólo necesitaba distraerse y el aparato cumplió su cometido. A las siete se dio cuenta de que estaba muerta de hambre. Pero no pensaba bajar al comedor; no quería ver a nadie y menos a un hombre, ni siquiera al mozo. Se pidió un sándwich y una taza de té de menta en la habitación.

Mientras comía en la cama, reparó en la bolsa llena de fotos que había traído de la estancia. La vació frente a ella y de inmediato la sábana se llenó de rostros en blanco y negro que emergían de diferentes épocas. Se sentó en el piso sobre la mullida alfombra y con parsimonia, se dedicó a mirar en detalle cada una de las imágenes.

En una foto veía a sus bisabuelos Ian y Susan con sus hijos Peter y Anne, los cuatro al lado del barco que los trajo de Sudáfrica. En otra, su abuelo Peter y su tía abuela Anne, muy jóvenes, junto a un hombre de color, todos montados a caballo; parecían felices y divertidos. Otra mostraba la galería de la estancia Maan con todos los trabajadores, unas treinta personas, desde las mujeres que ayudaban en las tareas domésticas hasta los fuertes obreros que hacían *la señalada*. ¡Cuánta gente había trabajado en la estancia durante esos años! Una imagen la impactó: era su madre, muy joven y bellísima. Siempre se había hablado de la belleza de Florence y esa foto la mostraba en su plenitud. En otra, la vio de nuevo pero esta vez abrazada a su padre, los dos muy jóvenes: él, un modelo de publicidad; ella, toda cabellos rubios salvajes sobre el rostro. En otra, sus padres ya más maduros con una niñita rubia tomada de la mano de Florence. ¡Era ella misma con sus padres! No recordaba haber visto nunca esa foto. Pero una imagen fue la que más llamó su atención: su abuelo Peter con una muchacha de trenzas que lo sujetaba del brazo amorosamente. Estaban en un pueblo que no podía ser otro

que Comodoro. Examinó el dorso de la fotografía, estaba fechada, ¡diciembre de 1907! No podía creer que fuera la misma ciudad donde ella estaba alojada en ese momento; se veían pocas casas y casi no había negocios. Había gente y antorchas a su alrededor, como si fuera un festejo. Se notaba que la chica era alguien especial. Buscó la foto de Peter y de su esposa vestida de novia: tan serios, tan rubios los dos. No, decididamente la de trenzas castañas era otra mujer.

Llevaba una hora mirando fotos. Estaba algo mareada y decidió que necesitaba tomar un tiempo para pensar en los problemas que debía enfrentar. Este asunto de las tierras se complicaba, y además... ¡tenía ganas de ver a Omar! Tomó el celular y llamó a Thompson, su abogado.

— Doctor, disculpe la hora, pero recién puedo llamarlo, quería preguntarle si se podrá armar para mañana la reunión con González y su abogado.

— Sí, claro, Elena, lo intento y en cuanto tenga noticias le aviso.

Dos frases amables más y se despidieron.

Media hora después, ella se hallaba mirando los elementos que había comprado para dibujar cuando sonó su celular. Lo atendió con ansiedad, Thompson le confirmaba que la reunión se haría al día siguiente por la mañana temprano, en su oficina.

Cuando cortó, ya lo tenía decidido, se mudaría a la estancia Maan; quería pasar allí los días que quedaban de su estadía en el sur, necesitaba paz y tranquilidad. Armaría un caballete y se pondría a pintar. No quería más preocupaciones de las que ya tenía. Mucho menos amorosas, y con quien no debía.

\* \* \*

Elena llegó a la escribanía casi quince minutos antes de lo pactado. Lo había planeado así para poder estar ya sentada y con su abogado al lado cuando Omar llegara, y evitarse pasar por los nervios de que él la viera entrar y acomodarse. Se había maquillado con esmero, y hasta había ido de nuevo a la peluquería. Vestía un traje de pantalón y chaqueta blancos. Artera o estúpidamente había elegido ese color, recordando lo que Omar había dicho

sobre las mujeres vestidas de blanco. En lo secreto y en lo no tan secreto esperaba que la viera linda. Deseaba que... la siguiera viendo atractiva.

La secretaria la recibió y la hizo pasar a la sala de reuniones. Entró confiada con paso apurado y seguro, pero su confianza se derrumbó por completo cuando vio el rostro de Omar que la observaba de frente. Él había pensado lo mismo que ella: llegar antes; y lo había logrado. Se saludaron con cortesía y no tuvieron tiempo de más; enseguida ingresó Thompson para dar inicio a la reunión. Habría guerra, se percibía en el ambiente. Los adversarios se preparaban, dispuestos a todo. Aunque por momentos Omar y Elena se miraban y la sed de victoria se les acababa. Sin saberlo, pensaban lo mismo: el día anterior, a esa misma hora, estaban durmiendo abrazados.

Thompson hizo una introducción al problema que se planteaba; el escribano Galván entró al tema de lleno.

— A mí me consta, como escribano y abogado, que el documento que tiene el señor González es auténtico y le da pleno derecho sobre las tierras de la sucesión Wilson Garrott. Está en ustedes si lo van a reconocer o prefieren que accionemos ante la justicia para que sean reconocidos sus derechos.

— Mire, doctor Galván, usted tiene que entender que todo esto es nuevo para mi cliente, la señorita Wilson Garrott. Siempre creímos que todas esas propiedades eran dominio de su familia, no sabíamos que alguien más tuviera derechos sobre ellas.

Elena no pudo contenerse e intervino:

— Tenemos un comprador en firme al que ya le habíamos dicho que sólo restaba hacer la sucesión. Imagínese, ahora hay que decirle que no somos dueños de todo.

— Bueno, señorita Wilson Garrott, ése es un problema que a mi cliente no le compete.

— ¿Cómo que no le compete? ¡Bien podrían haber abierto la boca antes! ¿Desde cuándo tienen los papeles? —dijo Elena, levantándose de la silla, apoyando la mano sobre la mesa, agregó: —¿Se puede saber quién de mi familia le vendió tierras a un González y en qué año?

No creía que hubiese sido su madre, pero ya no sabía qué pensar.

— Señores, a ver si nos entendemos... —el escribano Galván había dejado la parte complicada para el final, ya imaginaba lo que vendría después. Trató de decirlo despacio: —Los papeles por los que el señor González tiene derechos son del año 1922, y no son de una venta. Su abuelo Peter Wilson, en persona, hizo un legado a favor de Daniel González el día

21 de diciembre de 1921, estando en su propia casa, en su sano juicio y con su notario.

*¡Daniel González! ¿Daniel González?*, pensó Elena. La reunión se derrumbaba. Thompson jamás hubiera esperado esto, Elena menos aún. El silencio se adueñó del recinto durante un minuto.

— ¿Usted quiere decir que mi abuelo le cedió gratuitamente las tierras a un González en 1921?

— Así es.

Elena insistió:

— Se las cedió y el hombre después lo mató. Porque así fue, ¿no? Eso es una locura. Ellos dos nunca tuvieron nada que ver antes del asesinato, ni siquiera se conocían.

La mente legal de Thompson pensaba una solución:

— Bueno, Galván, entonces estaríamos ante un caso de indignidad. Y si es así, mi cliente podría impugnar el legado.

— Sí, «podría», pero eso queda en manos de la señorita Wilson Garrott. Ella va a tener que decidir si va cumplir o no la voluntad de su abuelo.

— No creo que él hubiera querido que hereden los descendientes de quien lo mató —arremetió Elena.

— Señorita, discúlpeme pero debería averiguar toda la historia antes de emitir juicio. Hay muchas versiones —dijo el escribano Galván.

— ¿Qué quiere decir? ¡Hable claro! —gritó Elena, perdiendo los estribos.

La reunión se descontrolaba. Únicamente Omar, con la tranquilidad que lo caracterizaba, escuchaba con atención a los demás sin decir palabra.

— Lo mejor es que nos atengamos a lo legal. No traigamos a esta reunión cotilleos de pueblo —pidió Thompson.

En ese momento, Omar decidió hablar:

— Me parece que lo mejor será tomarnos un tiempo. Ahora que la señorita Wilson Garrott y su abogado conocen la situación, necesitarán hablar en privado y dedicar unos días antes de tomar una decisión —diciendo esto comenzó a levantarse de la silla. La reunión no daba para más. Galván lo siguió mientras agregaba:

— Doctor Thompson, señorita Wilson Garrott, nosotros nos retiramos. Si están de acuerdo, nos vemos en una semana. Podría ser el próximo miércoles a esta misma hora.

Elena movió la cabeza afirmativamente. Thompson dijo:

— Estamos de acuerdo, escribano. Pero le hablo antes, porque me gustaría ver los papeles que usted tiene.

— Por supuesto, estoy a su disposición —le respondió Galván.

Thompson pidió por teléfono la agenda a su secretaria, ella se la trajo y los dos profesionales acordaron la fecha en que se reunirían para ver los documentos, Omar se acercó a Elena, que estaba junto a la ventana.

— ¿Estás bien?

— ¡Bien! ¿A vos qué te parece?

— Me imagino que no es fácil, por eso te lo pregunto... Elena, ¿dónde estás parando? Porque ahora tengo claro que no vivís acá.

— En un hotel sobre la avenida principal.

— ¿Puedo pasar a verte?

— No creo que sea buena idea.

— Un té de menta juntos...

Lo miró. Esos ojos oscuros, esa sonrisa tierna... Estaba a punto de decirle que sí cuando la voz de Thompson vino en su ayuda.

— Señores, ya está acordado, nos vemos el miércoles. Elena, ¿te quedás un minuto, por favor? Necesito cruzar unas palabras con vos.

— Sí, claro —contestó e inmediatamente sintió cómo la propuesta sobre un té de menta con Omar en el hotel se alejaba inexorablemente. De todas maneras, la situación la tenía en shock. Todo había cambiado. Un par de saludos generales más y Elena a solas con Thompson comentaban el giro inesperado que había tomado la situación con la nueva información. Su abogado le explicaba los vericuetos legales y las salidas que había para librarse de Omar González. Ahora... ¿Ella realmente quería hacerlo? Era una pregunta que esa misma semana tendría que responderse.

\* \* \*

Temprano esa tarde, Elena ya tenía listo su equipaje para dejar el hotel. En media hora llegaría un remis para llevarla a la estancia, no quería viajar otra vez con el administrador y soportar cuarenta y cinco minutos de charla continua. El ordenanza buscó sus bártulos en el cuarto y bajó por el ascensor, ella por la escalera. Se sentó en el bar del lobby para tomar un té mientras

esperaba. Tenía la mirada perdida en el movimiento de la calle a través del vidrio, cuando captó una figura conocida que entraba al hotel. ¡Omar! ¡Era Omar!

En instantes lo tenía parado junto a ella.

— ¿Qué hacés acá?

— Te dije que quería pasar.

— ¡Pero no te dije en qué hotel estaba!

— Si estás en uno céntrico de la avenida principal, no es muy difícil averiguar cuál. Una Wilson Garrott no pasa desapercibida para nadie. —Miró las valijas junto a la mesa. —¿Te vas a alguna parte?

— A la estancia Maan, quiero pensar, estar tranquila. Omar, ¿para qué viniste?

— Quería hablar con vos, tranquilizarte. Decirte que lo que decidas para mí va a estar bien. Que si resolvés oponerte a mi legado, lo entenderé. Pensé que no voy a reclamar judicialmente.

— Para vos es sencillo decirlo. Aunque yo tenga libertad para tomar decisiones, en algún momento tendré que dar explicaciones a mi familia. — Ya imaginaba lo que podían opinar sus hermanos Pedro, Pablo y Marcos sobre la situación, incluida su relación con Omar.

— No te preocupes, quedate tranquila, tenés una semana —dijo él, y en forma afectuosa agregó: —¿Me dejás llevarte a la estancia? Estoy en mi camioneta.

— No me parece que sea una buena idea.

— ¿Al menos puedo tomar un té con vos?

— Un té puede ser...

Se sentó junto a ella y comenzaron a hablar, primero con cuidado, sólo nimiedades luego té de por medio cosas importantes.

— Te extrañé, Elena. Anoche, mientras acomodaba el lío de la fiesta en mi casa, no dejaba de pensar en vos.

Elena lo miró, era sincero. Sus ojos oscuros no mentían.

— Dejame que te acerque a la estancia. No me cuesta nada, estoy de vacaciones.

Dos frases más sobre el hotel y Elena de improviso le dijo:

— Está bien, llevame —Para qué pelear, no ganaba nada con negarse. Tenía la certeza de que a pesar de ser un González, Omar era un buen hombre. Lo que no podía ni siquiera imaginar era una relación amorosa con él. Eso sería una estupidez, una ofensa a su familia y a la memoria de su



abuelo. ¿Acaso podría presentárselo a sus hermanos? Ya se imaginaba diciendo «Éste es Omar González, con quien estoy saliendo. De los González que mataron al abuelo». Ridículo. Sin contar con que serían la comidilla de Comodoro, e incluso de muchos en Buenos Aires.

Elena pidió al recepcionista que cancelara el remis. Unos instantes después se ubicaba en el vehículo de Omar. Él se disculpó:

— Perdón por el desorden, los geólogos tenemos piedras y aparatos en el auto, para nosotros es algo así como nuestra oficina.

Elena sonrió y señalando el asiento con hojas sueltas y carpetas, dijo:

— Y también tienen bastantes papeles. No hay problema, todo bien.

Atravesaron las calles céntricas de Comodoro en silencio, hasta que ya casi en ruta Omar le preguntó:

— ¿Te molesta si pongo música?

— No, por favor.

En el equipo comenzó a sonar el español Ismael Serrano; ella lo conocía, le gustaba pero no dijo nada; una coincidencia más y se largaría a llorar.

El pedido de Omar vino a salvarla:

— Contame de tu familia.

La petición le pareció coherente, eran cosas que tarde o temprano iban a tener que hablar, tenían trámites legales que resolver juntos. La situación era extraña, un trago amargo para ambos, pero había que pasarla de la manera más civilizada posible, Elena comenzó a contarle algunas cosas personales; cuando sentía que se explayaba demasiado, enmudecía de golpe. No podía olvidar que era un González, y no le gustaba desnudar su vida y la de sus seres queridos ante uno de ellos. Elena no quiso preguntar nada sobre la familia de él. Tenía demasiada aprehensión a escuchar sobre su abuelo, su tío o quien fuera que había asesinado a su abuelo Peter. Había visto demasiadas veces lágrimas en el rostro de Susan y de su madre por esa causa.

Ya casi llegaban, la conversación se había relajado con atinados temas; hablaban de cuadros, pintores y muestras, mientras el último sol de la tarde colmaba el horizonte y lo bañaba de mil tonalidades rojas y naranjas.

— Qué belleza —dijo Elena de pronto, mirando por la ventanilla de la camioneta.

A Omar la luz le hacía fruncir el ceño, pero aun así sonrió de placer ante la vista que se desplegaba.

— Paro, y así lo grabamos en nuestra retina. O mejor saco una foto. Tengo la máquina acá —dijo mientras detenía el vehículo en la banquina.

Elena pensó que siempre lo veía con una cámara cerca. Era evidente que le gustaba sacar fotos.

Bajaron de la camioneta. El viento patagónico hacía sentir toda su fuerza, pero la puesta de sol era una maravilla. Omar tomó dos fotografías; para la tercera quiso sacar los colores del horizonte junto al perfil de Elena. Le pidió permiso. Al principio ella se negó, luego se lo permitió. ¿Qué más daba? Las cartas estaban echadas.

Omar quedó satisfecho con las tomas, guardó la cámara en el bolsillo, y se dedicaron a contemplar en silencio los últimos minutos de la puesta de sol. Las ráfagas azotaban con fuerza los cabellos largos y claros de Elena, y ella se los sujetaba para poder observar en toda su dimensión el océano de fuego sobre las ondulaciones del paisaje. Él al reparar en el detalle le dijo:

— Yo te tengo el pelo. Vos mirá tranquila —le tomó el cabello muy suavemente entre sus manos.

La frase la derritió. Era dulce. Cómo decirle que no.

— Gracias.

— De nada. Pero esto algo le va costar, señorita Elena Wilson Garrott —le dijo él y le besó la nuca.

Como si la hubieran vaciado de voluntad, ella lo dejó hacer. Este hombre la convencía de lo que fuera. Se dio vuelta y comenzaron a besarse. Hasta que Omar perdiéndose en los labios de ella, olvidó sostenerle el pelo y sus manos encontraron la cintura femenina, aprisionándola.

Sólo ellos y la inmensidad. Minutos perfectos y eternos. Puro viento, piel, saliva y sentimientos. Porque a ninguno de los dos a estas alturas se le ocurría pensar que eso era pura atracción física. En algún momento, desde lo intangible, había nacido lo que sólo germina en los lugares aterciopelados del alma. Esas piezas del puzzle que se juntan encastrando a la perfección, asombrando al mundo real que los rodea, burlándose de la razón, presentando prueba científica de que a veces uno más uno, para bien o para mal, no son dos.

Mientras volvían al vehículo, Elena se dijo a sí misma: «Mal momento para enamorarte, mala elección un González». Omar pensaba: «Estás loco de remate, en vez de pelear por las tierras que te corresponden, te vas a enamorar de una Wilson Garrott y le decís que se las regalás». Era un estúpido soñador idealista, como tantos en su familia.

Ya casi era de noche cuando llegaron a la estancia. Ramírez salió a

recibirlos.

— Señorita Elena, pensé que venía en remís, creí que era la camioneta de Sosa, nuestro vecino, que tiene una igual.

— Me trajo el señor González, mi amigo —las palabras se le atragantaron y por un momento le pareció que Ramírez se sobresaltó al oír el apellido. La historia del odio en la estancia no había quedado en el olvido.

— Mucho gusto, señor González, pasen, pasen. La casa está abierta y todo en funcionamiento. Dentro del horno mi mujer le dejó empanadas recién hechas, y en la heladera y las alacenas hay una compra de supermercado. Si no me necesitan, me retiro.

— Gracias, Ramírez.

En minutos Ramírez se había retirado y Elena le mostraba la casa a Omar, él por momentos se sentía intimidado no sólo por la majestuosidad del lugar sino por el hecho de estar en donde había vivido Peter, quien había muerto asesinado por alguien de su familia. Se sentía un intruso, un espía, pero el deseo de estar cerca de Elena era más fuerte. Ella lo veía retraído, se daba cuenta de la situación, era claro que Omar también cargaba con lo suyo.

Para aflojar la tensión, Elena lo invitó a comer unas empanadas antes de su regreso a la ciudad. Mientras comían, ella le contaba acerca de las comidas bóer que en el pasado se preparaban en esa cocina, hasta que el comentario inesperado de Omar la tomó de sorpresa.

— Qué putada enamorarnos. Porque me parece que me enamoré de vos.

Elena levantó las cejas y después de unos instantes respondió:

— Sí, se supone que ahora tendríamos que estar en la oficina de Thompson sacándonos los ojos.

— Qué putada —dijeron esta vez los dos al unísono, con la mirada perdida en el vacío. Al darse cuenta de la coincidencia, se rieron con una pequeña carcajada, luego con otra fuerte y así hasta despanzurrarse de risa.

— Me río de nervios —dijo él sincero.

— Yo también. No quiero que te vayas.

— Yo no me quiero ir. Quiero hacerte el amor de nuevo. —Doblemente sincero.

Elena se mordió el labio, temió que se le notara que se había sonrojado. Omar continuó:

— Pero esta casa... este lugar que es de tu familia... Me siento un intruso —sentimientos contradictorios se adueñaban de su interior.

Elena se levantó, se sentó en sus rodillas y quedó abrazada a él, inmóvil

y en silencio. Estaba asustada. Omar la abrazó también y serenamente le dijo:

— Todo va estar bien. Quedate tranquila que esta historia tiene final feliz; el triste ya lo escribieron nuestros abuelos. A nosotros nos va a tocar la parte buena —él mientras hablaba le tocaba el pelo, ella le acariciaba el hombro.

Y en medio de las ternezas, en la antigua cocina de los Wilson los años de odio se resquebrajaban, se desmoronaban e inexorablemente caían inservibles.

Elena le puso el dedo índice en los labios y apenas dijo:

— Sshhh.

Luego lo besó en la boca y le otorgó los permisos que Omar estaba esperando. Si él creía que todo iba a estar bien, así sería.

Una hora después, estaban abrazados, desnudos y colmados en la cama grande del cuarto principal. Con las luces apagadas, sólo la claridad de una luna enorme y plateada que entraba por la ventana los iluminaba. Elena se preguntaba qué pensaría Susan si viera que un González dormía en la cama donde tantas veces lloró la muerte de su hijo. El calor de las piernas de Omar entrelazadas a las suyas le calmaba el escalofrío que le daba esa idea. Omar, pegado a su espalda, le pasaba la mano por la cintura. Había descubierto que eso la relajaba.

— Omar... ¿me escuchás?

— Sí, claro.

— Te propongo algo —dijo Elena.

— ¿Qué?

— Hagamos una tregua. El tiempo que estemos juntos, ya sea una hora o un día, no hablemos del tema de la herencia.

— Me parece bien. Acepto —respondió él.

— Omar...

— ¿Sí?

— Es tarde. ¿Por qué mejor no te quedás hasta mañana?

Él se movió en la cama buscando ubicarse sobre ella.

— ¿Te peso?

— Sí, pero hago un esfuerzo y lo soporto.

— Ajá, qué chistosa la señorita Wilson Garrott —dijo Omar, y al decir el apellido no pudo evitar impresionarse. Pero en la penumbra, los pechos blancos de Elena, en contraste con su piel bronceada, eran una invitación para

olvidar cualquier preocupación. Omar besó esos pezones rosados, suaves, tibios. No se saciaba. Respiró profundo y acomodó su rostro en el cuello de ella. Comenzaba a memorizar el perfume de su piel, el que emergía de su vientre, de su nuca. Urgido de ella, buscó penetrarla; la sintió estremecerse y gemir con esos grititos que comenzaban a serle familiares. Sintiendo su vulnerabilidad, la deseó hasta el límite de lo inimaginable. Estaba enamorado hasta la médula. Él, un hombre de 37 años, parecía un adolescente. Pero ¿acaso podía hacer algo?

A la mañana siguiente, eran más de la diez cuando ellos desayunaron juntos café recién hecho y pan casero con manteca, que un rato antes les había alcanzado la esposa de Ramírez. La mujer no había querido perderse detalle. No cejó en su investigación, ofreciendo sábanas y almohadas, hasta averiguar si durante la noche se habían usado dos camas o sólo una. Ellos se dieron cuenta pero no les importó.

A través de la ventana de la cocina, podían ver que el día se anunciaba hermoso. Las últimas tandas amarillas de flores de calafate brillaban entre los arbustos en el fondo del patio de la propiedad.

— Nunca deja de impactarme el color del calafate, el amarillo es una fiesta para la vista —comentó Omar.

— Me imagino que conocés la leyenda del calafate, que dice que quien come del árbol siempre volverá a la Patagonia —dijo Elena.

— Por supuesto, me la enseñaron en el colegio y conmigo dio resultado. De niño solía darme un atracón de bayas azules. Y acá estoy, de vacaciones en la Patagonia.

— Para mí también se cumplió. Aunque yo era un poco más sofisticada, me gustaban los dulces de calafate que hacía Susan.

— Tengo una receta que seguro no conocés. Se hace con las flores. Es algo inventado por mi familia —dijo él.

Elena lo miró divertida por unos instantes, y dijo:

— Yo también sé una con flores, pero es salada, no dulce.

— La mía también. Es una tortilla de flores.

— ¡No puedo creer, es la misma! Y yo que creía que la habían inventado los Wilson —Elena se rio.

— Y yo que era nuestra. ¡Nos engañaron a los dos!

— Si te quedás a almorzar, te la preparo y vemos si sale tan rica como la tuya —le propuso Elena.

- ¿Me estás invitando?
- Sí —contestó rotunda.
- Entonces me quedo.

La tortilla de flores de calafate salió espléndida. Hicieron una enorme con las flores del patio, almorzaron muy tarde casi a la cuatro, y después dieron una larga caminata, que terminó con mates que tomaron mientras charlaban en la galería, hasta que se puso el sol y entraron a la casa. Donde se dedicaron a amarse con paciencia y sin tiempos. Acurrucados en la cama, ya no sabían si era de día o de noche. La última claridad entraba por la ventana. Él le pasaba la mano por la cintura a Elena.

— ¿Omar? —dijo ella en un susurro.

— Sí...

— ¿Por qué no te quedás de nuevo?

— ¡Es que ya no tengo ropa!

— La ropa es lo de menos, en algún placard de la casa debe haber algo y, si no, le pedimos a Ramírez. Creo que la ropa interior de él te quedaría muy sexy. —Una risa contenida se escuchó en la penumbra.

— Seguí nomás...

Se reían, se abrazaban. El día había sido tranquilo y maravilloso. Por momentos, ninguno de los dos se acordaba de la decisión que pesaba sobre ellos.

Llevaban tres días de amor y aislamiento. Cada noche Elena procedía con el ritual de la invitación y él aceptaba. Vivían sin prisa el día a día. Omar estaba acostumbrado por su trabajo a pasar días enteros completamente solo, alejado de la civilización, sin mayores prisas que la de recolectar muestras o estudiarlas. Para Elena era nuevo; disfrutaba ese estado de calma al que no estaba habituada. Habían conseguido un par de remeras de hombre y unos jeans gastados que estaban en la casa. Con respecto a la ropa interior, Omar andaba sin ella y bromeaba con que de esa manera estaba siempre listo para los requerimientos amorosos. Cada noche y cada día se habían sucedido idénticos: comida, amor, charla y tregua sobre cualquier asunto que pudiera romper la armonía. Pero la cuarta velada fue diferente.

Habían cenado temprano unos sándwiches de pan casero, y fueron temprano a la cama. Esa noche no había luna y la oscuridad en el cuarto era total. Por primera vez, después de hacer el amor se habían dicho «te quiero».

Él se lo había susurrado antes de amarla; ella se lo dijo entre gemidos, casi sin pensarlo, como si le explotara en el pecho.

— Elena, voy a tener que irme. Tengo cosas por hacer que dejé inconclusas. Ni siquiera cerré bien la casa pensando que venía a traerte y volvía en seguida.

Ella hizo un silencio largo.

— ¿Omar? —dijo de pronto.

— ¿Mm?

— ¿Vos tenés el documento donde mi abuelo le dio las tierras a tu pariente?

— Sí, en casa tengo una fotocopia, el original lo tiene el escribano Galván.

— ¿Y tenés las partidas de nacimiento que muestran la línea que va desde Daniel González, el que le disparó a mi abuelo, hasta llegar a vos?

— Elena... ¿y la tregua?

— No, en serio, necesito ver todas esas cosas. Ya me siento preparada. Esto hay que enfrentarlo.

— Tengo todo, cuando quieras lo vemos juntos.

— ¿Cuándo te vas?

— Pensaba irme después del desayuno.

— Me voy con vos y me lo mostrás. ¿Puede ser?

— Claro, mi amor.

Faltaban tres días para la reunión y Elena debía tomar una decisión. Tendría que hablar con sus hermanos. Lo que decidiera necesariamente incluiría la relación con ese hombre que se había metido en su vida de forma abrupta, llenándolo todo. Sólo tres días... Su abogado la esperaba, ella le había pedido una semana y ni hablar del comprador, que le había dejado siete mensajes en el celular.

Durante la noche los dos se despertaron varias veces; y en la oscuridad se buscaron bajo las sábanas, abrazándose, o entrelazando las piernas medio dormidos. Aun su inconsciente temía una separación.

Se levantaron temprano, desayunaron y le avisaron a Ramírez que partían. La mañana se presentaba luminosa. Mientras Elena preparaba lo que iba a llevar, Omar le pidió:

— Traé tu bikini así probás mi piletta. Y alguna ropa, porque hoy te quedás en casa.

Ella no le contestó. No estaba muy segura pero llevó su bolso, por si decidía quedarse. Recorrieron en silencio el camino hasta Comodoro; regresar a la ciudad era como volver a la realidad. Las decisiones les pesaban. En los trayectos tranquilos, Omar manejaba con una sola mano y con la otra le acariciaba la pierna, el brazo, el pelo. No podía dejar de tocarla, no quería dejar de hacerlo.

— Elena, te lo voy a decir una vez más y ya no lo voy a repetir: lo que decidas sobre los derechos de la herencia para mí estará bien.

Elena lo miró ¿la herencia? Sí, claro, iba hablar con sus hermanos, pero ahora a esto se sumaba otra decisión más compleja, ¿qué iba a hacer con él?

Cuando llegaron a la casa de Rada Tilly, a Elena le pareció entrar a un submundo. No había vuelto desde la fiesta, el día que entró allí despreocupadamente. Ahora todo era diferente.

Omar preparó un té y regó el helecho que le habían regalado la noche de la inauguración de la casa. Estaba mustio, le faltaba agua.

— Casi se me seca.

— Como sé quién te lo regaló, mucho no me preocupa.

Omar soltó una carcajada. Se acercó a ella y le dio besos ruidosos por toda la cara. Después le dijo:

— Tengo que ir al banco y debo mandar algunos mails. Pero si te parece antes te muestro los papeles que me pediste ver.

— Sí, me gustaría.

Lo vio ir por ellos al mismo cuarto donde la noche de la fiesta le había mostrado los dibujos. Regresó con la copias y las extendió sobre la mesa de la cocina.

— Aquí están. Éste es el legado de Peter Wilson a favor de Daniel González.

Elena lo tomó en la mano y lo leyó. Luego miró la firma de Peter. Pasó el dedo por el trazo. Era. Era. Era. Pero... ¿por qué? ¿Por qué había hecho eso su abuelo? Tomó las partidas de nacimiento y se dejó guiar por Omar en la explicación.

— Daniel González tenía 29 años en 1936, y tuvo un hijo de nombre Augusto, mi papá... ¿sabés? —le explicó Omar—. Daniel insistió mucho para que mi padre se recibiera —dijo intentando contarle algo bueno pero Elena no escuchaba, prosiguió:

— Augusto González se casó con mi madre, María del Carmen Torres, y en 1966 me tuvieron a mí. Acá está mi partida de nacimiento, nací en febrero



de 1966. Soy un González.

Elena miraba los papeles extendidos sobre la mesa de la cocina y no podía dejar de pensar. Era, era, era...

— No hay vuelta que darle, vengo en línea directa. Mi abuelo, Daniel González...

— Tu abuelo, Daniel González, mató a mi abuelo Peter Wilson —lo interrumpió ella.

Omar la miró y vio su rostro afligido. Era tocar con las manos un rosal lleno de espinas, era meter el dedo en una lastimadura. Pero no había otra opción. Se miraron un rato largo. Los dolores del pasado estaban allí y ellos los habían heredado. Elena los recibió de su abuela, que le repetía la historia una y otra vez, y de su madre, que a veces intentaba algunas explicaciones. A Omar se lo había transmitido la sangre y ahora el apellido se lo refregaba en la cara dejándolo en carne viva.

Elena lo observaba y los sentimientos se le mezclaban. Omar era tierno pero aunque no viniera con ese apellido, la relación con él ya era un caso complicado. Él, un geólogo que vivía de acá para allá; ella, una ciudadina, siempre entre papeles y aviones, que pasaba más horas hablando en inglés que en español. Lo quería, le gustaba, la volvía loca en la cama, quería contarle todo lo que tenía en el alma, hablar horas con él. Comer, reír, dormir, cualquier cosa insignificante se volvía especial con Omar. Pero había una realidad: por un lado o por el otro, la relación estaba destinada al fracaso. Omar se lo leyó en los ojos. Se levantó y se abrazaron largo rato.

— Ojitos —le dijo imprevistamente—. Te voy a empezar a decir así. Tus ojos me transportan, en mi vida había visto un color igual. Son como la miel, como el sol. Yo... no creo que pueda volver a vivir sin ellos.

Ante semejante declaración, ¿qué podía decir? ¿Que estaban destinados al fracaso?

— Omar, guardá las cosas y andá a hacer los trámites. Yo me quedo acá un rato.

— ¿Un rato? ¿Recién llegás de la estancia y ya pensás hacer el viaje de regreso? Quedate hasta mañana. Ponete la bikini y nadá en mi pileta, que el agua debe estar fabulosa. Después vuelvo, nadamos juntos y esta noche te invito a cenar a un lugar divino que conozco frente al mar.

El plan era perfecto. Se quedaría un día con él y luego regresaría a la estancia.

Omar se preparaba para irse, buscaba la llave del auto, el celular, las

cuentas.

— Omar, una cosa más...

— Decime, Ojitos.

— ¿Tenés fotos de tu abuelo Daniel González?

— Sí, tengo algunas y puedo conseguir más. Dame un poco de tiempo.

— Dale —respondió, mientras pensaba que quería verlo todo. Se le antojaba conocer la cara de ese hombre, saber cómo se peinaba, qué ojos tenía, comprobar si era parecido a Omar. Quería beberse toda la copa amarga de un trago y acabándola, olvidar que alguna vez la había bebido, para poder seguir adelante.

Un rato después, Omar se había ido y Elena decidió estrenar el bikini que había comprado en Comodoro. Nadó y nadó en la pileta cubierta hasta quedar exhausta, hasta sacarse todo la rabia que le daba la situación. Quería gastar todas sus energías para no pensar. Cuando se terminó se secó, se metió en la casa y se metió en la cama de Omar. Las sábanas tenían olor a su perfume. Se volvió loca. Lo quería ya mismo con ella. Dos horas que no estaba con él y ya lo extrañaba de esa forma. ¿Cómo iba a ser su vida en Buenos Aires sin Omar? ¿Cómo iba a hacer para volver a la normalidad?

\* \* \*

Cuando Omar regresó de hacer sus trámites, buscó a Elena y la encontró dormida en su cuarto. La despertó con ternura, besos y un ultimátum.

— O venís a nadar conmigo o esta noche no te llevaré a cenar al lugar lindo que te dije.

— No, no... —se quejó—, ya cumplí con mi cuota de zambullidas.

— Está bien, pero usted sólo será perdonada si me acompaña a la pileta.

Elena se puso un short y una remera y lo siguió; cruzaron el patio, el día estaba lindo pero el viento patagónico se hacía presente como siempre. En la pileta, Omar se preparaba para meterse con un clavado en la parte más profunda. Ella se sentó en el borde de la escalera, con los pies en el agua. Lo vio sumergirse y bracear incansable en el rectángulo celeste durante largo rato. Le gustaba su color de piel, no era tan blanco como ella, que si no tomaba sol, refulgía. Por sus venas sólo corría sangre bóer y francesa. Cien

por ciento europea. Y por las de Omar ¿qué corría? Le interesaba saber. Indagar sobre los orígenes era una manía heredada de su abuela Susan y de su madre. Ya le preguntaría acerca de la estirpe de los González.

Pero había cosas que ni Omar las sabía, aunque existieran pruebas de ellas. Sólo era cuestión de tiempo para que éstas emergieran de los lugares ocultos donde estaban. Sin saberlo, Elena y Omar estaban abriendo puertas que durante muchos años habían permanecido selladas.

## CAPÍTULO 4

### Ayer

Esa noche, Ian Wilson se sintió orgulloso de su hijo Peter. Éste acababa de tener un duelo verbal con un criollo que los acompañaba en el arreo sobre los diferentes nombres que tomaban los caballos según sus pelajes. Al principio, los colonos sólo identificaban los blancos, los negros y los overos, pero ahora reconocían bayos, azulejos, zainos, alazanes, cebruno, ruanos, pangaré, y tantos otros. Peter conocía cada uno. Sin duda, pensaba Ian, su hijo estaba totalmente asimilado a esa cultura.

Poco después, entre risas, los hombres se acomodaban junto a la fogata y le pedían a Jobe que les contara la historia de su familia zulú, que había quedado en Sudáfrica. Éste comenzó a hablar de su hermano que, como era costumbre, al cumplir los trece años fue dejado en el bosque para que se defendiera solo de las fieras salvajes y así probar que ya era mayor. Luego explicó que los bailes podían durar varios días, y cómo casi todos los hombres en su aldea vivían cien años, e incluso algunos llegaban hasta ciento diez o ciento veinte. Entusiasmados, los peones le hacían preguntas: ¿Qué comen? ¿Usan tabaco? ¿Toman medicinas? Escuchar relatos de tierras lejanas de boca de un hombre de color los fascinaba. Ver su tez oscura les llamaba poderosamente la atención, así como a Ian Wilson lo había impresionado saber que en Argentina estaba abolida la esclavitud desde 1813. Esa idea de libertad racial cada vez le parecía más acertada, y poco a poco iba cambiando sus viejos pensamientos por nuevos.

Los peones también tenían anécdotas que contar, especialmente las peripecias sufridas con un puma en un arreo anterior. Uno de ellos se había salvado de milagro y mostró a todos las marcas de los arañazos del animal. La Patagonia no era tierra para débiles. Hablaban de esto junto al fogón, mientras terminaban de comer las últimas tiras de *bultong* con pan. No les quedaban provisiones, pero no se preocupaban; ya estaban a pocos kilómetros de la estancia donde les entregarían los animales. Por la mañana temprano estarían allí y pensaban quedarse un par de días antes de partir con el arreo. El dueño le había dicho por carta a Ian Wilson que, además de la venta de las ovejas y los caballos, tenía otra buena propuesta para hacerles. Valía la pena

escucharla. Wilson padre creía que, a veces, los buenos negocios se presentaban imprevistamente y hasta el momento todo venía de maravillas.

El viaje había sido sin contratiempos. En los días que llevaban de recorrido se habían recreado la vista en los paisajes inconmensurables, los amaneceres rosados y las puestas de sol llenas de fuego. Habían visto insectos y animales que ni sabían que existían, desde lagartijas verdes que corrían veloces a esconderse cuando ellos se acercaban, hasta malhumorados matuastos, que si se los molestaba cuando tomaban sol eran capaces de morder furiosos, lo cual era un peligro porque podían ser venenosos. Habían presenciado cómo un zorro cazaba piches tomándolos por la cola, y habían seguido a los desgarrados avestruces, que cuidaban sus crías con uñas y dientes; cuando los hombres habían intentado perseguir a un pichón, la madre les había hecho frente, agitando y esponjando las alas, aumentándolas varias veces su tamaño, estirando su largo cogote haciéndolo vivorear por el aire y abriendo el pico terriblemente mientras emitía un silbido penetrante de ataque; cosa que los hizo desistir a todos de su intento de caza; a pesar de la sonrisa de los más expertos.

También habían disfrutado de un par de descansos en boliches donde a los viajeros se les servía un buen puchero o un estofado con varios vasos de vino, y por la mañana una jarra de café caliente con bombilla. Sumado a las largas charlas nocturnas alrededor del fuego, estas experiencias habían contribuido a crear una verdadera camaradería en el grupo, que se hallaba satisfecho de terminar la travesía sin adversidades.

Ian estaba contento de que fuese la última noche. Estaba ansioso por llegar y hacerse de los animales de una vez. Ya no era un jovencito, su cabeza rubia pintaba las primeras canas y quería cimentar su fortuna para dejar a sus hijos bien posicionados. Miró a Peter, su hijo comenzaba a ser una gran compañía para él en todo lo que debía enfrentar en ese país. Alguna vez habían sido «verdes», como llamaban los criollos a los recién llegados; ya no lo eran, pero eso no significaba que tuvieran todo asegurado. Ian sentía cierta urgencia por realizar sus planes.

Mientras pensaba en esto, se levantó de la tertulia y le hizo una seña a Peter para que prepararan el lugar donde dormirían. Cada noche armaban tres tiendas con palos y lonas para protegerse de la intemperie. Todos se acostaban íntegramente vestidos, sólo se sacaban la gorra y los zapatos, que protegían con su propio cuerpo para evitar que se mojaran con el rocío o con la nieve en invierno. Peter al ver que su padre lo llamaba se levantó y al

tenerlo cerca, Ian le dijo:

— Mañana llegaremos. Espero que todo salga como hasta ahora y que nuestro regreso sea igual de rápido.

— Sí, padre, yo también lo espero —le respondió mientras el rostro de Mariana se le colaba en la retina. No se le olvidaba que tenía que hablar con su padre. Se dijo a sí mismo que lo haría alguna de esas noches mientras estuvieran de sobremesa junto al fuego cuando emprendieran el regreso.

\* \* \*

Unas horas más tarde, la comitiva liderada por los Wilson arribaba a la estancia El Cañadón, de Jack Clark. Los hombres fueron recibidos con algarabía, todos sabían que habían tenido un largo viaje.

Al principio, se cumplió con el ritual de las presentaciones y el recorrido por las instalaciones, como se hacía cada vez que alguien llegaba por primera vez a una estancia de categoría. Luego los habían dejado descansar y asearse. Mientras esperaban que estuviera listo el asado, Ian y Peter, que eran los únicos alojados en la casa (los demás estaban en la zona de peones), charlaron con Clark sobre las vicisitudes del viaje, las características de las ovejas, los pormenores de la economía argentina y otros intereses comunes. El dueño del lugar era hijo de ingleses y antes de radicarse en Argentina había vivido un tiempo en las islas Malvinas. Su familia era propietaria de muchas tierras en la zona de Chubut y Santa Cruz.

— Cuánto me alegra que el viaje haya sido bueno y que hayan llegado tan pronto. Los esperábamos recién a partir de mañana.

— La verdad es que no podemos quejarnos, no ha habido contratiempos. El clima ayudó.

— Es una verdadera suerte, porque como le anticipé por carta tengo una propuesta para hacerles y mejor si tenemos más tiempo para conversar de ella —dijo mirándolos a ambos.

— Recuerdo perfectamente que me lo comentó y estoy dispuesto a escucharlo.

— Mire, Wilson, no andaré con vueltas. Estoy por entrar en el negocio financiero. Tengo una propuesta para asociarme con Mauricio Braun para

fundar un banco en esta zona. Usted habrá vivido en carne propia cuánta falta hace uno por estos lugares.

— Ya lo creo. En Comodoro usamos la Casa Lahusen para hacer operaciones mercantiles, como si fuera un banco.

— Sé que está por comenzar a funcionar un Banco Nación, pero mi proyecto no puede esperar. Braun me urge para que entregue mi parte si quiero participar. Y yo la tengo, pero en propiedades que necesito vender. Mi capital está puesto en tierras y estancias que, precisamente, quiero ofrecerle a usted a buen precio.

Wilson asintió interesado. El negocio le atraía, siempre era más fácil comprar tierras en situaciones de urgencia.

— ¿Y dónde están ubicadas esas propiedades?

— Tengo una en especial que creo sería perfecta para usted. Está situada en Santa Cruz. Es una gran estancia con capacidad para que pasten 20.000 ovejas.

— ¡Veinte mil!

Wilson no tenía semejante cantidad de animales, era evidente que se trataba de una propiedad de grandes dimensiones. Pensó que de seguro valía muchos zorros colorados, como se llamaba popularmente a los billetes de mil pesos.

— ¿Y de qué monto estamos hablando? ¿Cuánto pide por la hectárea?

— Mire, Wilson, si le interesa por el precio no se preocupe, nos vamos a poner de acuerdo.

— Antes de seguir hablando tendría que ver el lugar —sabía bien la gran diferencia que existía entre las propiedades que tenían agua y las que no la tenían en cantidad suficiente.

— Por eso le decía que es una suerte que hayan llegado antes. Deberían planear quedarse unos días más antes de partir con el arreo, así podemos ir a conocer las tierras.

— Mire, Clark, todo es negociable. Podemos seguir hablando.

— Me parece perfecto. Piénselo hasta mañana y si se deciden, me avisa. Ir y volver nos llevaría una semana.

— Déjeme pensarlo.

— Muy bien, ahora dejemos los negocios y vamos a comer los corderos asados que hemos preparados especialmente para ustedes.

Ian y Peter caminaron en silencio, estaban conmocionados. Ambos pensaban que, si llegaban a comprar esa propiedad, su vida cambiaría

radicalmente, y también la de sus descendientes.

Poco después, Clark y los Wilson se unieron al grupo de unos quince hombres que se preparaban para comer los animales que acababan de ser cocinados a la llama, según la costumbre. No había mesa puesta ni utensilios, sólo unos tablones apostados sobre dos caballetes, y arriba de ellos una gran fuente llena de rebanadas de pan. Antes de comer, los hombres sacaron sus facones y los afilaron hábilmente con la chaira que circulaba entre todos, para poder cortar la carne sin necesidad de tironearla. Luego, conforme a la usanza, se acercaron por jerarquía, uno a uno, a cortar por sí mismos los trozos de cordero que iban a comer directamente de su cuchillo. La botella de salmuera pasó de mano en mano para sazonar la carne y los vasos se llenaron de vino tinto. Entre charla y charla, la comida duró más de una hora. Casi terminaban, cuando Ian se acercó a Peter y le preguntó:

— ¿Qué opinas de la propuesta?

— Hace tiempo que hablamos de comprar otra estancia más al sur. Creo que deberíamos considerarla.

— Yo pienso igual.

Después del asado, mientras un peón repartía mate cocido bien caliente, Ian Wilson se acercó a Clark.

— Quiero ver las tierras que me ofrece. Salgamos mañana o pasado a más tardar. No quiero demorar tanto el regreso.

— Muy bien. Descansen esta noche y partimos mañana a primera hora.

Ian miró a su hijo esperando su opinión, desde hacía un tiempo que había comenzado a consultarlo en todo.

— Por mí está perfecto —respondió Peter.

— No se hable más, mañana partimos a ver la propiedad —dijo su padre.

\* \* \*

Los cálculos de Clark fueron exactos. Entre ida y vuelta a la estancia La Soñada se tardó casi una semana más. Pero eso no le importó a Ian Wilson cuando vio las ventajas de lugar e imaginó las utilidades que podría obtener.



El precio al que se lo ofrecía era muy conveniente. Luego de una larga conversación con Peter, decidió aceptar el negocio. Tendrían que endeudarse un poco, nada que fuera insalvable. En vez de invertir en tantos animales como planeaban, comprarían primero la tierra y después irían agregando más crías. Un asunto que sí iban a tener que pensar era la probable mudanza de la familia a su nueva posesión. La estancia Maan funcionaba a la perfección, pero a ésta habría que ponerla en marcha. Tal vez deberían instalarse en ella por un tiempo. Ya se vería.

Ian Wilson planeaba cerrar trato con Clark durante la cena. Peter se sentó a su lado en el banco de madera bajo los árboles.

— Esta noche cerraré la compra —dijo el padre.

— Creo que debes hacerlo, es un precio estupendo, una verdadera oportunidad.

— ¿Sabes? Lo único que me preocupa es que una vez que la compremos, tengamos que dejarla en manos extrañas. Nada como el dueño para darle el empuje inicial. Tal vez tendríamos que mudarnos por un tiempo, y no sé qué dirá tu madre.

— Mamá siempre quiso vivir más al sur. Y si ella no quiere, piensa que tal vez yo podría instalarme en la estancia La Soñada.

— ¿Tú solo? —lo miró entre incrédulo y sorprendido.

— Sí, ¿por qué no?

— Pensaba que eso sucedería cuando formaras tu propia familia, no antes.

— Podría formarla pronto, no estoy tan lejos de eso.

— ¿Ah, no? ¿Y la esposa dónde está? —dijo el padre sonriendo, y agregó—: O por lo menos ve presentándome a la novia. Porque yo no he visto a nadie por los alrededores postulándose para el puesto.

— Que no te la haya presentado no quiere decir que no esté. Tengo alguien en vista.

Ian se entusiasmó:

— ¿Quién es? ¿La conozco? —y mirándolo hizo una última y rotunda pregunta—: ¿Es hija de algún colono?

— No, no es bóer... Hablo de Mariana, padre, la chica argentina que trabaja en casa.

El rostro de Ian se llenó de asombro y luego de preocupación.

— Peter, por Dios, ¡eres un bóer! ¿Qué quieres para tu futuro? Si al menos me hubieras dicho el nombre de una criolla acomodada ¡pero una

empleada!

— ¿Tú me dices eso? ¿Y todo lo que me enseñaste sobre que el dinero no es lo más importante, dónde queda?

— No se trata de dinero, hay diferencias que son irreconciliables y que a la larga se notarían en la crianza de los hijos y en las costumbres... Tú eres bóer.

— Papá, soy bóer, pero no como tú. Yo he terminado de crecer aquí, con las costumbres de este país. No creas que soy tan diferente de Mariana.

— No es tan sencillo, esa relación sólo significaría problemas para ti.

— Quiero a esa chica, deseo casarme con ella. He pensado que podríamos instalarnos en la estancia y trabajarla nosotros.

— Peter, me parece que te estás equivocando. —La firmeza que mostraba su hijo comenzaba a preocuparlo.

— No. Estoy seguro.

— No me parece que éste sea el momento para hablar de este tema. Ahora es tiempo de cerrar el negocio y después seguiremos conversando. Pero te digo una cosa, tu madre te mata o, mejor dicho, tú la matas de un disgusto.

Pensaba que lo mejor era no contradecirlo tanto, porque su hijo se empeñaría más. Así que dio por terminada la conversación.

Peter se sentía frustrado pero no vencido. Iba a insistir, tenía todo el tiempo del mundo, nada lo apuraba. No sabía cuán equivocado estaba.

\* \* \*

Ese domingo, el estado de nervios de Susan era tal que decidió no ir al servicio religioso que brindaba el pastor Sonneveld en las casas de los feligreses para todos los bóer protestantes de la zona. Prefería quedarse en su casa mascullando su desasosiego. No estaba dispuesta a enfrentar las preguntas sin respuestas que sus compatriotas le harían sobre su marido e hijo. Porque no tenía ninguna noticia sobre ellos, y ya había pasado más de una semana desde el día en que supuestamente tendrían que haber regresado. Anne veía a su madre inquieta, a pesar de que intentaba disimularlo, y ella también lo estaba. Su padre había dicho que si algo se complicaba mandaría

una persona para avisar, pero nadie había llegado.

Con esta preocupación, la partida de Mariana había pasado a segundo plano. Ya habían transcurrido dos semanas desde que los Williams se la habían llevado. La chica lloró desde que Susan le dio la noticia hasta que se fue. Pero lo peor fue el momento de la despedida. Anne y ella se habían abrazado y había costado separarlas. Los Williams, compungidos con la escena, les recordaron que a fines de diciembre estarían por Comodoro buscando a sus niñas y volverían a verse. No podían darles la ubicación de sus tierras con certeza, pues ni ellos mismos la conocían bien. A Susan no le interesaba en absoluto que esta información quedara clara. Pensaba que, con toda seguridad, su hijo se enojaría cuando regresara y se enterara de la noticia, pero con el paso del tiempo se iría olvidando de ese amor juvenil y encontraría una esposa apropiada.

\* \* \*

Los balidos lastimosos de las ovejas, el jadeo de los perros y las órdenes y silbidos de los peones en el arreo hacían parecer que todo iba bien. Pero los hombres ya no soportaban más el cansancio y los tropiezos. Por toda la ventura que habían tenido a la ida, ahora a su vuelta las complicaciones los acechaban. Marchaban con los animales desde hacía días, una de las noches sufrieron una fuerte tormenta y la lluvia hizo crecer los ríos de tal modo que se hacía casi imposible cruzarlos. Luego, Jobe y uno de los peones comieron un alimento en mal estado y pasaron gran parte de la travesía descompuestos. Incluso el propio Ian Wilson enfermó del estómago durante dos días.

De los tres perros ovejeros que habían llevado, sólo les quedaba uno; los otros escaparon la madrugada del temporal, asustados por los truenos. Y era sabido que no había arreo sin perro, al punto que muchas veces se buscaba a los trabajadores no tanto por su capacidad de trabajo sino por la de su animal. Uno de los perros era el encargado de hacer que las ovejas marcharan juntas, otro de que avanzaran hacia adelante y no hacia los costados y el tercero buscaba a las extraviadas. Ante la pérdida de dos perros, las ovejas se dispersaban continuamente y el trabajo se hacía mucho más pesado para los hombres.

Peter no había podido volver a hablar con su padre. Todas las dificultades se lo habían impedido, las horas finales se le hacían eternas. Pero ese mediodía, cuando las ovejas echadas se pusieron en círculo, con la cabeza hacia el interior y con los hocicos tocándose, que era la postura que adoptaban cuando había sol fuerte, finalmente avistaron el paisaje familiar y se sintieron aliviados.

Peter, esa siesta al saberse cerca de su casa y de Mariana, se hallaba nervioso, una locura se había apoderado de él. Se desesperaba por encontrarse con ella, y sabiendo que faltaba poco daba rienda suelta a sus sentimientos y deseos, como no lo había hecho nunca durante el viaje. Iba a verla... Iba verla... y además su padre ya sabía lo de ellos. No veía la hora de contarle a Mariana la novedad. Era un gran paso: ya no iban a tener que ocultar su relación. Pensaba en esto cuando el ladrido del perro ovejero se mezcló con el de los perros de la casa que se acercaban. Habían llegado.

Al escuchar los caballos, Susan salió a recibirlos y en seguida todos en la estancia lo hicieron. Anne, al lado de su madre, aplaudía y daba saltitos de alegría. Los hombres volvían sanos y salvos.

Hubo saludos, abrazos y frases sueltas con breves explicaciones. Pasados algunos minutos, Peter se escabulló rumbo a la cocina preocupado; le extrañaba que todos hubieran salido a saludar menos Mariana.

Susan, atenta a la reacción de su hijo, lo siguió. Detrás de ella fue su hija, la dulce Anne, que ya imaginaba lo que estaba por suceder. Puertas que se abrían y cerraban con violencia se lo confirmaban. Idas y vueltas desesperadas por la casa se lo ratificaban, recorridos a paso vivo por los pasillos se lo garantizaban. Porque no importaba dónde Peter buscara, no había nada. Nada de nada, porque si Mariana no estaba... para él era la NADA. Desesperado en medio de ese mar de vacío una pregunta se le atascó en la garganta hasta dejarlo ronco:

— ¿Y Mariana?

Y el grito que retumbó en el pasillo lo dejaría sin voz durante días.

Susan, con los ojos muy abiertos, trató de explicar lo inexplicable, de darle forma a lo amorfo, de poner en palabras lo que no tenía nombre. Pero a Peter esas razones no le entraban en el cabeza, sólo tenía espacio para una frase que su boca y su pensamiento repetían sin cesar: no está, no está.

Susan se daba cuenta de que había jugado una carta demasiado peligrosa, y aunque en apariencia había ganado la partida, algo terrible estaba a punto de suceder: el jugador se retiraría del juego. La madre tristemente

comprendía que una parte del corazón y del amor de su hijo se perdían en ese momento para siempre. Los años por venir se lo confirmarían. Ella con dolor lo recordaría en más de una oportunidad en todos los sucesos venideros. Porque como cada decisión produce un efecto mariposa en el futuro, y el simple aleteo de ella en el ahora puede ser en el después un ciclón imparable; así aquí el batido de alas que había producido Susan con sus actos desataba un engranaje que en el futuro movería montañas.

Esa tarde los gritos de Peter se escucharon por toda la estancia y duraron hasta entrada la noche. Su figura grande y triste se transformó en una sombra de reproche, un perfil de desconsuelo, una silueta de terrible desconcierto, que vagaba del cuarto a la cocina, y de allí a la galería y el patio, para luego volver a empezar. Buscaba lo que sabía no encontraría, con el presentimiento de que una parte importante de su vida se le escapaba, se le escurría como agua entre los dedos sin que él pudiera evitarlo.

Recién pasada la medianoche, el sueño y el cansancio lo vencieron, y se quedó dormido en posición fetal en el banco de la galería, bajo la ventana de la cocina. No le importó el fresco de la noche, se negaba a dormir adentro. Anne, pendiente de su hermano, le llevó una manta y mientras lo cubría, lágrimas silenciosas caían de sus ojos. Lloraba por Peter y Mariana, lloraba por ella que todavía extrañaba su tierra y por algo mucho más secreto que sólo pronunciaba con la boca cerrada. Había aprendido a decir el nombre amado sin pronunciar sonido. Por lo menos para los demás, porque a ella se le llenaba el cuerpo con la palabra Gonika. Se secó los ojos mientras pensaba lo difícil que era ser bóer en esas tierras lejanas, pero sentía que su suerte ya estaba echada y que allí construiría su destino, sin acomodarse a los designios que otros quería elegir para su vida. Ella en esta tierra iba escoger a su voluntad; si aquí en la Patagonia le había tocado vivir, se las arreglaría para encontrar lo bueno que ésta le brindaba. Sólo necesitaba crecer un poco más. Porque así como un día dejó de comer carne y nadie pudo prohibírselo, así también haría con otras elecciones. Para ella no existían las medias tintas: o hacía lo que le exigía su corazón o simplemente se moría.

\* \* \*

A la mañana siguiente, Peter comenzó con las investigaciones para recabar datos sobre la ubicación de la propiedad de los Williams. Susan no quiso ocultarle lo poco que sabía, pero la información era demasiado escasa como para poder encontrarlos si salía a tontas y a locas. A Peter lo único que le quedaba claro era lo que su hermana le había dicho: los visitantes al despedirse habían comentado que a fines de diciembre irían a Comodoro a buscar a sus niñas. Pensaba encontrarlos entonces para pedirles la ubicación de sus tierras y buscar de inmediato a Mariana. No iba a renunciar a ella. La amaba. Quería compartir la vida con ella, y sus padres tendrían que entenderlo. Aunque tuvieran que irse a vivir a otra parte para siempre. Los días que restaban hasta diciembre los ocuparía en trabajar duro. Los animales que habían traído así lo requerían, también las nuevas tierras que habían comprado. Peter comenzaba a pensar en su futuro de hombre, y no ya de hijo solamente, seguiría una relación con su padre, pero con su madre serían pocas las palabras que cruzaría. Lo que había hecho lo había herido profundamente.

Esa primera noche, en la intimidad de la cama, el matrimonio Wilson conversó acerca de la partida de Mariana. Susan explicaba sus razones para actuar como lo había hecho. De todos modos, Ian estaba tan contento de estar en su casa con su familia, que no hacía mucho caso a sus preocupaciones.

Susan finalmente sentenció:

— Elegir esposos en estas tierras no será fácil.

— Lo sé. Peter me habló algo de sus sentimientos durante el viaje.

— ¿Te nombró a Mariana?

— Sí.

— ¡Lo sabía!

— Pero ya está, mujer, con lo que hiciste todo esto llega a su fin.

El rostro de Susan se oscureció al recordar la partida de Mariana.

— No fue fácil enviar a la muchacha con el matrimonio Williams. Hubieras visto la despedida, fue desgarradora.

— Hiciste lo que creías que era lo mejor para tu hijo. Ahora deja de preocuparte por tus retoños y piensa un poco en tu esposo, que viene cansado y con ganas de estar contigo —dijo mientras quitaba la sábana que los separaba y la abrazaba.

Al sentir el contacto de su esposo y su olor tan familiar, Susan se relajó. Lo había extrañado mucho, pero afortunadamente ya estaba de vuelta. Se sacó el camisón para besarlo sin ropa. Amaba a este hombre bueno que

luchaba por su familia. Si él estaba aquí, nada podía salir mal. Tarde o temprano, el enojo de su hijo pasaría, y podrían dedicarse de lleno, todos juntos, a la nueva idea de mudarse, que poco a poco iba tomando cuerpo. Cada vez le parecía a Susan más cercana la posibilidad de ir a vivir a Santa Cruz, a la estancia La Soñada que había comprado su esposo. Ya vendrían tiempos mejores y todo el asunto de Peter se acomodaría. Mientras, se abrazaba con fuerza a Ian, sin siquiera imaginar los acontecimientos que estaban por venir y que marcarían a su familia.

\* \* \*

Peter llevaba varias semanas preparando su viaje a Comodoro. Las últimas jornadas le habían devuelto el entusiasmo y estaba más tranquilo, ya que al fin se acercaba la partida. Sólo pensaba en volver a ver a Mariana. Ni siquiera le importaban los comentarios que escuchaba sobre los cambios que se estaban produciendo en Comodoro Rivadavia. Se decía que las máquinas que buscaban agua en el pueblo habían encontrado petróleo, pero hasta el momento el gobierno no había dado un informe oficial; de todas formas, los curiosos ya arribaban de todas partes. En cierta manera, esta situación beneficiaba a los Wilson que ahora enviaban varios carros extra al pueblo, llenos de productos del campo para vender. Peter aprovechó la oportunidad, y desde el primer momento tomó a su cargo el viaje a Comodoro. Era normal que cada tres meses fueran al pueblo a cobrar lo que habían vendido y a comprar otras mercaderías, pero la coincidencia de que éste fuera en diciembre con la ansiedad evidente de Peter, confirmaba las sospechas de su madre: Peter iba en busca de los Williams. Ella había visto cómo le había indagado a su hermana sobre la fecha en que esa familia iría.

Susan se daba cuenta que su hijo había cambiado en el trato con ella. Lo comprobaba a cada momento, y cuando llegó el día en que Peter se iba al pueblo, su actitud no dejó lugar a dudas. Luego de escuchar por décima vez las instrucciones de su padre, su madre le dio un abrazo al que él no correspondió. Aun así, ella insistió en decirle algo cariñoso:

— Mira que faltan pocos días para Navidad, organízate bien, no vayas a quedar varado allá y tengas que terminar pasando la Nochebuena en

Comodoro. Quiero a todos mis polluelos aquí para la fiesta.

— No te preocupes, mamá, si tengo que pasar la Nochebuena en otro lugar, no será la muerte de nadie. No voy a pasar aquí toda mi vida.

Luego partió sin volverse atrás. Susan se refugió en su esposo, desconsolada.

— Déjalo, es un hombre —dijo Ian—. El asunto con esa chica ya está acabado.

Susan prefirió creer que su marido tenía razón y poco a poco se fue calmando. Mientras echaba una última mirada a la figura de Peter que se alejaba, decidió que lo que había ocurrido con él no iba a suceder con Anne. Se dedicaría de lleno a organizar una reunión con los colonos bóer en su casa y haría que ella estuviera presente. Ya mismo comenzaría a buscar candidatos para su hija.

\* \* \*

Susan había pasado los últimos dos días dedicada de lleno a preparar el evento bóer que se realizaría en su casa. Rogaba a Dios que les tocara uno de esos bellos y raros días sin viento; había hecho arreglar el patio y la galería, había dispuesto tabloncitos para usar como mesa, y todos los bancos y sillas que había en su casa alrededor, para sentar a sus invitados. Además se le acababa de ocurrir la idea de hacer, con un gran tronco del jardín, dos mesitas redondas para apoyar las jarras con limonada; claro que para eso necesitaba la ayuda de Jobe, el más hábil con la madera. Ya era un poco tarde para encontrarlo en los corrales o en la caballeriza, así que decidió ir directamente a la zona de las habitaciones para los trabajadores. Entró por el pasillo y golpeó con ímpetu la puerta del cuarto de Jobe. Como nadie le respondió, resolvió preguntarle a Gonika si lo había visto. Se acercó a la pieza contigua, cuya puerta estaba abierta, pero también la encontró vacía. Ya se marchaba para continuar la búsqueda, cuando algo en la cama le llamó la atención. En medio del gris de la pieza, una prenda de color rojo furioso aparecía por debajo de la almohada. Lo miró durante segundos con sorpresa, hubiera jurado que era el chal rojo que Anne había perdido la última noche que Mariana pasó en la estancia. No estaba segura, sólo alcanzaba a ver los



flecos. Pero ¿qué hacía el chal de su hija bajo la almohada de Gonika? Lo que se respondió a sí misma no le gustó. Titubeante, dio tres pasos en dirección a la cama, estiró su mano, ya estaba a punto de tomar el chal, algo la paralizó. Miles de preguntas sin respuesta brotaban de su mente, cuando desde el pasillo comenzaron a escucharse voces, entre éstas la de Jobe. Un instante, una decisión tomar con sus manos la almohada y violar intimidades para descubrir lo absurdo, lo que no debía ser... u olvidar lo que había visto. Se debatía entre las dos posibilidades cuando escuchó un grito:

— ¿Señora, dónde está? —Era la voz de Jobe, sin verla la llamaba. La india Teu le había avisado que ella lo buscaba.

— Estoy aquí —dijo Susan casi con alivio y caminó hacia la puerta.

El joven sonrió al verla. Ella se acercó y comenzó a explicarle lo que deseaba hacer con el tronco; sin embargo, mientras escuchaba a Jobe, algo la incomodaba y la distraía. Algo que, de ser verdad, podría cambiar aún más la vida en la estancia; vida que al fin en el último tiempo había tomado carriles de quietud. Susan hizo un esfuerzo por descartar las insensatas ideas que la habían acosado.

\* \* \*

Por fin llegó el sábado y el día se presentaba maravilloso. El milagro se había producido: no corría viento. La temperatura era ideal para la reunión en casa de los Wilson. Susan atribuía el buen clima a las oraciones que con tanto fervor había dirigido al cielo durante las últimas semanas. La casa bullía de actividad desde temprano.

Gonika se había dedicado, con la ayuda de Anne, a preparar sus mejores especialidades culinarias para la reunión de los colonos en la estancia Maan. Habían preparado empanadas de carne y una buena cantidad de *fregadele*

<sup>[6]</sup>, muchas *beskeid*

<sup>[7]</sup>, una fuente llena de *koeksusters*

<sup>[8]</sup> y un enorme budín de arroz con pasas. De postre, una gran torta de frambuesas, dos tartas de crema, y para los más pequeños una caja llena de

*tameleikie*

<sup>191</sup>. Los invitados también traerían colaciones, algunas bóer y otras de origen argentino, como la torta de hojaldre con dulce de leche que ya se había impuesto en las reuniones de la colectividad.

Un rato antes de que comenzara a llegar la gente, Gonika dispuso los bocadillos sobre la gran mesa con mantel armado bajo la sombra de los árboles, mientras Anne la decoraba con flores de calafate y hojas de muérdago.

— Gonika, ¿tú crees que a la gente le gustarán las comidas?

— Melk, están deliciosas, tú las has probado.

— Sí, pero la señora Marsou hace las mejores *fregadele* que he comido en mi vida.

— No es así, tú y yo hacemos las mejores... —dijo Gonika sonriendo y agregó—: Se comerán todo, no dejarán ni las migas.

Anne festejó con la risita pícaro que él tan bien conocía. Pero volvió a insistir:

— ¿Y si no alcanzan las *koeksusters*? Imagina, dirán que somos unos tacaños.

— Melk, deja ya de preocuparte. Todo saldrá perfecto.

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque cada comida ha sido preparada con dedicación y amor, y esas dos cosas nuestras manos se lo transmitieron a los alimentos cuando los preparábamos. En mi aldea dicen que si haces la comida pensando bondades, la persona que la coma lo sentirá. Al igual que si la haces rumiando odios, el sabor será malo y le caerá mal al estomago.

— ¿De veras lo crees?

— Claro, la comida está hecha de elementos vivos, y nuestras manos y el estómago del que lo come también lo son. Todo lo viviente en este mundo está comunicado por hilos invisibles que se unen entre sí.

— ¡Ay, Gonika, cuántas cosas sabes! —dijo Anne mirándose las palmas de las manos con atención.

En ese momento, Susan se acercaba con dos jarras de té frío, y al ver a su hija exclamó:

— ¡No puedo creer que todavía no te hayas cambiado!

Anne había estado trabajando hasta entonces y todavía llevaba puesto uno de los viejos vestidos de lienzo blanco que usaba para cocinar. Si se

manchaba mientras guisaba era sencillo limpiarlos poniéndolos al sol.

— A nadie le preocupará mi vestimenta, pero a todos les interesará el sabor de la comida.

Susan estaba a punto de darle una perorata, pero Anne se adelantó:

— En cinco minutos estaré lista, mamá —dijo y salió corriendo en dirección al interior de la casa.

El ruido de carros y caballos acompañado por los ladridos de los perros anunciaron que los visitantes llegaban. Los Visser, los Coulter, los Livingston, los Marillac, los Verwey y varios más comenzaban a bajarse de los vehículos y a saludarse. Todos vestían de gala, como cada vez que se reunían. Las mujeres llevaban bellos vestidos vaporosos de colores claros, con volados y bordados; los niños, blusas blancas con broderie y alforzas, y los hombres, trajes claros o conjuntos rústicos con botas altas, cinturones de cuero y sombreros al tono.

Susan recibió con alegría a sus invitados y los hizo pasar. Pensaba que había sido afortunada pues el clima auspiciaba bonanza, y una gran cantidad de pájaros lo festejaba con sus cantos y silbidos. Llegaban más colonos. En poco tiempo, el patio de los Wilson se llenó de ruidos y algarabía. Entre los calafates del fondo retumbaban alegres las frases en afrikáans.

— ¡Qué pena que no esté Peter! —dijo Johanna Hambinon.

— Es que con el tema del hallazgo del petróleo, ha tenido que ir sin falta a Comodoro para terminar las transacciones de todos los productos que enviamos.

— Nosotros también hemos mandado un carro extra lleno de lácteos. Dicen que en el pueblo están todos emocionados con el descubrimiento.

— Será una buena noticia, pero sin agua Comodoro nunca dejará de ser *Vrek van Dorat* —dijo Susan repitiendo el nombre que los colonos le habían dado al lugar, cuyo significado era «Muerto de sed».

— Sí, habría sido mil veces preferible encontrar agua. A los bueyes que tiran de los carros con tres toneladas de lana no se les puede dar petróleo cuando tienen sed.

— Opino igual —sentenció Susan, lapidaria.

— Pero qué grande está Anne —exclamó la señora Hambinon al ver a la muchacha moverse de un lugar a otro.

Susan se dio vuelta y la observó complacida. Su hija le había hecho caso: llevaba el vestido que ella le había traído de Orange, pensando en alguna reunión especial cuando fuese más grande; en el momento que lo

eligieron le quedaba enorme, pero al fin lo podía estrenar. Era amarillo muy claro, salpicado de florecitas blancas. Nadie tenía uno así. Su hija comenzaba a convertirse en una bella mujer. Llevaba el pelo rubio suelto, que le llegaba hasta la cintura; sólo un mechón de cada costado iba hacia atrás, sujeto con un ramillete de flores amarillas. Anne emanaba claridad, como si una luz propia la iluminara. Aun las maripositas que rondaban el patio la seguían. Susan hubiera deseado seguir observándola pero ya no pudo, llegaban más invitados.

Un par de horas después, casi no quedaban *fregadeles* y *beskeid*, las mismas habían sido un éxito. Los acordes del violín y el acordeón comenzaban a convocar a los más jóvenes, que iniciaron la danza. Otros se quedaron conversando animadamente sobre nuevas ideas para optimizar el agua en la huerta; los hombres, sobre el precio de las ovejas y otros temas de interés común. En un extremo del patio, la gente de color traída por las familias bóer comentaba que a Buenos Aires había llegado un contingente de personas de su raza.

— ¡Mujeres negras también! —comentó uno sonriendo. Si ya de por sí las faldas eran escasas en la Patagonia, mucho más las que cubrían pantorrillas negras.

Gonika conversaba con Jan Ant Not, un hombre un poco mayor que él, sirviente de los Visser. Jan le hablaba sobre el petróleo, pero a Gonika le costaba concentrarse. Se le hacía imposible con Anne dando vueltas por allí, vestida de esa manera, con el pelo suelto, y pegando grititos de alegría, eufórica de estar entre su gente. La veía junto a la mesa exponiendo cómo había fabricado las tortas y por primera vez desde que había llegado a este país le molestaba el color de su piel. Deseaba ser blanco para poder estar al lado de ella explicando cómo juntos habían elaborado esas delicias. Pero algo más profundo le molestaba, algo que no iba bien y no podía acertar qué. Trataba de identificar que lo amargaba cuando Anne se dirigió a ellos. Ella ignorando a Jan, se acercó a Gonika, le puso la mano en el brazo y le habló al oído con disimulo:

— ¡Nuestras *fregadeles* encantaron! La señora Marsou trajo las suyas pero no las han probado. ¡Su fuente está llena! —Extendiendo y mostrándole las palmas de las manos agregó riendo: —¡Tenías razón, hay hilos invisibles!

Luego así como vino, sin aviso se fue. Dando la vuelta una última vez para regalarle una última sonrisa. Gonika pensó que su Melk parecía una de las mariposas del jardín, pero la más bella llena de color y movimiento,

aunque también frágil como ellas, meditó. Los años de Jan Ant Not le dieron la intuición para comentar:

— Cuidado, Gonika, cuidado. Ellos son blancos, nosotros no.

El muchacho, al sentirse descubierto, reaccionó con virulencia.

— Jan, no te olvides de que en este país todos los hombres son libres. Hasta nosotros.

— Si fueras libre, no tendrías que explicármelo. Si de veras lo fueras, en este momento estarías conversando con quien realmente deseas hablar —dijo mirando a Anne—, y no aquí conmigo, bajo un árbol, en un rincón.

— Jan, ¿acaso me quieres decir que no hay esperanza para nosotros ni siquiera en esta punta del mundo?

— Para nosotros siempre será difícil, pero no para nuestros hijos. Para ellos será diferente. Concéntrate en el futuro y deja de pensar en imposibles.

Gonika caviló en esta última frase y pudo descubrir qué era lo que le causaba malestar. Cuando Anne se juntaba con los blancos, ella se le escurría como agua entre los dedos, se escapaba del pequeño mundo que juntos habían construido al calor de los fuegos de la cocina. Temía que alguna vez ese universo ya no le interesara y en una de esas reuniones ella se le esfumara para siempre. Seguro que habría muchos interesados en llevársela cuando descubrieran la perla preciosa que era, y que él conocía desde hacía mucho.

Cuando el sol ya se ponía, Ian y Susan despidieron a los últimos invitados. El día había sido largo, pero lo habían pasado maravillosamente. Siempre que los colonos se juntaban era así. En la galería de la cocina, Gonika descansaba apoyado sobre uno de los pilares, después de acomodar el desorden. Anne se le acercó.

— Tenías razón, todo salió perfecto, Gonika, ¡gracias! —Y diciendo esto, hizo lo que deseaba desde hacía mucho. Algo que había hecho por última vez cuando salió asustada y llorando del puerto de Ciudad del Cabo: lo abrazó con fuerza.

El cuerpo de Gonika se tensó, pero luego extasiado por la cercanía de Anne, no pudiendo resistirse le devolvió el abrazo con fuerza, fundiéndose durante minutos, hasta que la cordura retornó y se separaron. Entonces Anne se retiró a la casa sin decir palabra.

Ian Wilson y su mujer caminaban en dirección a la vivienda, cuando por un instante les pareció ver entre las penumbras una sombra insólita, un movimiento extraño, un espejismo. Pensaron que el cansancio del día les

había jugado una mala pasada y no lo comentaron. Había cosas que pertenecían a la esfera de lo que no se dice. Cosas que sólo podían ocurrir en la imaginación y no en la vida real. Decidieron que lo mejor era irse a dormir. No querían ensombrecer esa jornada maravillosa con presunciones ridículas e inverosímiles.

## CAPÍTULO 5

### Hoy

Era la noche, Elena y Omar ingresaban al restaurante. Había sido extraño y emocionante prepararse juntos para la ocasión, como si fueran un matrimonio rumbo a una salida habitual, cuando en realidad estaban muy lejos de semejante situación. Omar, mientras ella se vestía, la había mirado varias veces de reojo. ¡Cómo le gustaba esa mujer! Verla subirse con cuidado el cierre del vestido azul, observarla frente al espejo acomodarse con las manos el cabello y abrocharse hábilmente las sandalias altísimas, había sido una delicia extra e inesperada. Ni qué hablar de lo que sentía cuando luego de pintarse los labios, ella hacía el movimiento de refregarse uno contra el otro, buscando emparejarse el rouge. En más de una ocasión no había podido aguantarse y la había besado bajo sus quejas porque debía volverse a pintar. Por su parte, Elena se había enternecido al verlo en ropa interior, planchando la camisa blanca que iba a ponerse.

Omar había elegido bien, el restaurante era bellissimo. En la decoración prevalecían la madera y la piedra, como muchos recintos elegantes del sur; estaba iluminado por velas. Se ubicaron en la mesa que él había reservado junto a la ventana, desde donde se veía el mar.

El sommelier les entregó la carta de vinos y Omar eligió un tempranillo. Sabía que a ella le gustaban los vinos jóvenes. Aún no habían abierto el menú, cuando Elena imprevistamente dijo:

— Tomé una decisión.

— ¿Sobre qué? —preguntó Omar temeroso. No sabía si le iba a hablar sobre el tema legal, sobre la fecha de su partida a Buenos Aires, o respecto a qué harían con su relación. Cualquiera de esas posibilidades lo hacía temblar. Sabía lo que suponía cada una de ellas.

— Sobre todas las cosas.

— Te escucho.

Se armó de valentía.

— Le hablaré a Thompson y le diré que no puedo dar una respuesta definitiva yo sola, antes tengo que hablar con mis hermanos. Mañana los llamaré para ponerlos al tanto de lo que está pasando, tal vez hasta sea

necesario que vengan a Argentina.

— Me parece bien. Es mucho para vos sola.

— Sí. Además podemos perder el comprador. Esta mañana lo llamé y no le gustaron mucho las noticias.

Por momentos, Elena se sentía extraña. ¿Qué hacía contándole tanta intimidad justamente a Omar, que era el origen de todas las complicaciones?

Él sentía lo mismo. No sabía de qué lado ponerse, ya le había dicho que dejaba en sus manos la decisión de reconocer o no el legado. Con tal de no causar más malestar a Elena, era capaz de decirle que olvidara que alguna vez él se presentó con esos papeles, aun al costo de tener problemas con su madre y con su hermana Belén. Porque él también tenía una familia ante la cual responder por sus acciones. La situación era extraña y complicada y tomaba rumbos imprevisibles, pero lo importante era tener a Elena junto a él en esa noche mágica.

— Me siento tranquila con lo que voy a hacer. A mis hermanos les explicaré que yo quiero respetar tu legado. —Elena sabía a lo que se arriesgaba, sobre todo con Pedro.

Él la miró profundo. Era una decisión generosa.

— Tenés un gran corazón.

— Mi corazón sólo dice Omar, Omar y Omar. ¿Qué otra cosa puedo decidir? —dijo con franqueza.

El mozo se acercó y ellos abrieron rápidamente la carta; eligieron el mismo plato: cordero glaseado con papines andinos. Para variar de todo lo que ofrecía el menú, a ellos les gustaba lo mismo. Cuando el hombre se retiró, Elena continuó:

— Ah, y lo más importante es que pienso quedarme todos los días libres que tengo en Comodoro, con vos.

A él los ojos le brillaron. La tomó de las manos.

— Quiero que te quedes en casa, Maan está demasiado lejos.

— Vayamos los dos a la estancia.

— Si es la única alternativa para estar con vos, voy. Pero allá tenemos que estar con los ojos de los Ramírez encima de nosotros todo el tiempo.

Era verdad, en algún momento ella también lo había pensado; además, para cualquier cosa que quisieran hacer tenían más de una hora de automóvil.

— Tenés razón, va a ser mejor que me quede en Rada Tilly.

— No te vas a arrepentir, te lo prometo.

— ¿Tan seguro estás?



— Sí, ¿sabés por qué?

— ¿Por qué?

— Porque te quiero. Y quiero hacerte feliz.

Él la tomó de la mano e inclinándose la besó suavemente en la boca. Regresaba a su silla cuando el mozo apareció con los platos humeantes, despidiendo deliciosos aromas. Mientras comían, Elena se animó a preguntarle lo que hacía mucho quería saber.

— Contame algo de tu ex, todavía no me dijiste nada de ella.

— Ni vos del tuyo —respondió rápido él.

— Lo mío es sencillo; un año de novios y dos de convivencia. Primero me llevé el cepillo de dientes, después el pijama, y ya me quedé para siempre. Una vez que te metés con la decoración, se vuelve tu casa. Era mi jefe, el director de la empresa.

De seguro uno de esos estúpidos y engreído yuppies, pensó Omar y le preguntó:

— Lo decís de una manera... ¿No fue importante?

— Sí, fue importante, hasta estuvimos un tiempo buscando un hijo.

A Omar le molestó el comentario. Ese hombre había sido realmente significativo para ella. ¿Y si entre ellos no estaba todo terminado?

— ¿Por qué se dejaron?

— Veníamos mal, discutíamos mucho, el segundo año fue malo pero no terminábamos nunca de cortar. Nos llevábamos bien en otras cosas.

— ¿Qué cosas?

— Qué sé yo... —le daba pudor decirlo—, en la cama, en el sexo. Terminábamos arreglando todo ahí, y al otro día la pelea de nuevo.

Carajo, la cama, qué mal sonó eso. A Omar le daba rabia.

— Muy interesante —dijo él tratando de que no se le notara la contrariedad.

Elena vio su expresión y trató de desviar la conversación. Además ella era la única confesándose y él todavía no daba ninguna información.

— Y vos con... Silvina, se llamaba, ¿no? —Se acordaba bien el nombre, pero no era cuestión de decírselo.

— Parecido a lo que contás, el primer tiempo fue buenísimo pero después un horror; demoramos demasiado en separarnos.

— ¿Y por qué se demoraron?

— Supongo que nos queríamos y tratábamos de sacar adelante la relación.

A Elena no le gustó la respuesta. ¿Qué tenía Silvina para que él la hubiera querido tanto como para desear salvar la relación? ¿En qué ocupaba sus días? ¿Era dulce, linda, tal vez?

— ¿De qué trabajaba Silvina?

— Es modelo. Tal vez la conocés, sale en la revistas.

— ¿Modelo? —preguntó estupefacta. Ella se sabía atractiva pero ¿competir con una modelo! Se imaginaba sus piernas largas y delgadas, y ya esa mujer le caía muy mal.

— ¿Te parece raro? Es un trabajo como cualquier otro. Nos conocimos en una sesión de fotos que ella hizo en Jujuy, en la mina en donde mi empresa estaba trabajando. Los fotógrafos insistían en que saliéramos nosotros en la publicidad, pero ni locos aceptamos.

Ella lo miraba reírse, y no le gustaba que tuviera tan presente ese momento, parecía que hubiese sido ayer. Además, se imaginaba a la modelo en traje de baño posando para él y se moría de celos.

La comida comenzaba a perder gusto. A ninguno de los dos le agradaba lo que había escuchado de la boca del otro; por lo que inteligentemente después de intercambiar dos o tres pormenores más dejaron de lado el tema de los ex.

Él: «¡Así que se llevaban bien en el sexo! ¿Qué diablos hacían en la cama? ¿Hacían algo diferente?»

Ella: «Así que quisieron salvar la relación porque se querían». Se imaginaba a la modelito en traje de baño posando para él y se moría de bronca.

No les gustaba saber que tenían un pasado, se querían sólo para ellos, inclusive el tiempo que no habían estado juntos por no conocerse. No aceptaban ni siquiera viejos amores, no había lugar para ellos.

Un rato después el ambiente había mejorado y disfrutaban la velada conversando y tomando su segunda botella de tempranillo. Ya iban por el postre cuando Elena reía demasiado, todo le daba gracia. Era hora de irse, decidió Omar. Pagaron y partieron.

Cuando estaban ya frente a la casa de Omar, Elena le aclaró:

— Te juro que nunca tomo tanto.

— Yo tampoco, imagínate, soy geólogo. Vivo donde trabajo —le dijo él y empezaron a reír porque él no acertaba la llave en la cerradura.

Por fin pudieron entrar y Elena comenzó a tantear la pared en busca de la llave de luz sin éxito, cuando sintió en su espalda el cuerpo de Omar y en

el oído, su voz ronca:

— Te quiero, Elena, te quiero toda para mí.

Y sin dejar que ella se diera vuelta, le levantó el vestido azul y comenzó a besarle y morderle suavemente la espalda y las nalgas; en instantes, él se desabrochaba como podía el pantalón y sujetándole las manos contra la pared, la penetraba sin contemplación. La quería toda para él. Todavía lo atormentaba el «nos llevábamos bien en la cama». Buscaba consolarse en «nosotros nos llevaremos mejor»

Desde el instante en que él le había levantado el vestido, Elena estuvo lista para él. Quería que Omar se olvidara para siempre de esas piernas largas de modelo que torturaban su imaginación.

En la penumbra, Omar y Elena tendidos desnudos en la cama, con los pies entrelazados, ponían en palabras sus últimos pensamientos antes de entrar en el sueño.

— ¿Sabés, Elena? —dijo Omar mirando el pie pequeño de ella junto al de él.

— ¿Qué?

— Creo que realmente hacemos buena pareja. —Ahora miraba las caderas de ambos pegadas por el costado.

— ¿Lo decís por las piernas? —señaló ella dejando escapar una risita.

— ¡Ajá, estás graciosa, ahora vas a ver! —Omar le hizo cosquillas y ella se quejó entre risas.

El pensamiento que él deseaba expresar era otro; lo intentó de nuevo:

— Nos gustan las mismas cosas, nunca nos cansamos de estar juntos, jamás nos aburrimos. Hasta tus defectos congenian con los míos, vos vas muy apurada por la vida, y yo a veces muy lento. Nos complementamos.

Ella sonreía.

— Es raro encontrar a alguien con quien estés tan bien.

— ¿Por qué lo decís?

— Lo digo porque a veces creo que no sos consciente de la suerte que tuvimos al encontrarnos.

Elena al fin había entendido.

Él terminó la idea: —Tenemos un tesoro... uno de esos que no se encuentran todos los días.

Elena no respondió, no sabía qué decir. Las palabras de Omar eran ciertas, esa realidad merecía respeto pero ella todavía no se sentía preparada

para tomar ninguna gran decisión. Sólo vivía el hoy.

\* \* \*

Omar estacionó el auto en la puerta de su casa de Rada Tilly. Enseguida le llegó el aroma a comida casera, y por primera vez desde que se había mudado, sintió la agradable sensación de que ése era su hogar. El efecto lo tomó por sorpresa produciéndole un sacudón, la sensación era maravillosa, pero ¿qué pasaría cuando Elena se fuera? ¿Éste desaparecería junto a ella? En los días que Elena llevaba en su casa, le había dado ese toque, aun sin proponérselo. Se podía palpar en la heladera llena de alimentos sanos, en la frutera en medio de la mesa, en las plantas nuevas, el juego de toallas extra que había comprado en Comodoro, y en el nuevo orden en estantes y cajones. Sin contar lo que su propia persona traía consigo: cosméticos en el baño, libros en la mesa de luz, su perfume, por todos lados. Ya que en sus habituales apuros había roto un frasco lleno de L'eau, de Issey Miyake. Y claro las velas que instaló junto al hogar en el living, las que había prendido dos veces cuando se amaron en ese lugar.

— Ey, entraste tan silencioso que no te oí llegar.

¿Qué podía decirle? ¿Que de pronto lo había golpeado la desesperación de saber que ella se iría pronto?

Elena le dio un beso en la boca, Omar respondió con ganas. Charlaron dos o tres palabras sobre lo que había ido a hacer al centro, y Elena fue al grano:

— Hoy saqué el pasaje por teléfono, tengo que buscarlo en la agencia. El viernes vuelo a Buenos Aires.

Omar sacó la cuenta: dos días, 48 horas, 2.880 minutos. Eso le quedaba de aroma a hogar a su casa. Hoy era martes, El cronómetro había comenzado a correr.

— ¿Querés que almorcemos o todavía no tenés hambre? Hice pastel de carne.

— No hay apuro. Antes quiero mostrarte algo, conseguí lo que me habías pedido.

— ¿Qué cosa?

— Las fotos viejas. Al fin mi tía me las consiguió. Se las tuvo que pedir a una prima mía.

El rostro de Elena se ensombreció. Tenía largos momentos en que se olvidaba por completo de que a ellos los unía algo más que el amor, que también los ligaba la desgracia. La semana siguiente llegarían sus dos hermanos de Europa y el tercero de Córdoba para decidir sobre el legado, y también se enterarían con amargura de que el comprador parecía haber perdido interés hasta que se solucionara el tema pendiente. Y claro, estaba el asunto de qué iban hacer ellos con su relación. ¿Volverían a verse? ¿Iniciarían una relación seria? Ensimismada, le costó escuchar la voz de Omar:

— Elena, tengo las fotos en una caja, ¿venís?

En instantes ambos la abrían y miraban las viejas imágenes. Algunas eran bellas: Omar en la puerta del colegio, vestido de guardapolvo blanco con una de las medecitas caídas. Tierno, muy tierno. Omar de niño con su hermana bebé en brazos. Lindo, muy lindo. ¿Pero, y la que ella quería ver? Porque a Elena ahora sólo le interesaba una. Había pensado mucho en esa imagen, hasta había soñado con ella. Quería ver la cara del hombre que había matado a su abuelo, quería saber si Omar se parecía a él. Quería saberlo todo. Si esto siempre le había interesado, cuánto más después de lo vivido por ella en el sur. Porque todavía la maldad de ese hombre los perjudicaba, no permitiéndoles estar juntos en paz.

— Acá hay una del abuelo Daniel. —Esas palabras le chocaron a Elena, era la primera vez que Omar lo nombraba de esa manera.

Se la mostró. Era la figura de un hombre bastante mayor. Elena no pudo evitar pensar que Peter no había podido llegar a viejo.

— No, dame una de la época en que sucedió lo de mi abuelo. ¿Tenés? —Quería saber cuál era el último rostro que había visto Peter.

— Sólo hay ésta. Es de esa época, la sacaron el año de los líos.

La miró, ¡pero era muy joven! ¡Un muchachito! Ella no lo había imaginado así. Lo observó con detenimiento, tampoco había pensado que ése fuera su aspecto. Susan siempre había hablado con tanto odio de los González, que en la imaginación de Elena se asemejaba a un monstruo. Estaba vestido con bombachas de campo y alpargatas, tenía en el rostro una mezcla de seriedad y susto, llevaba pañuelo al cuello y boina en la cabeza. Aunque la foto era en blanco y negro, se alcanzaba a ver que tenía ojos claros.

— A pesar de que toda una línea de los González eran auténticos anarquistas, nunca nadie en la familia se enorgulleció de lo que hizo.

— Me imagino, sería el colmo. No hace falta que me lo digas.

— Sólo quería aclarártelo.

Inevitablemente, siempre surgía alguna rispidez ante el tema.

— ¿Qué le habrá pasado por la cabeza para hacer lo que hizo? Pensá que las consecuencias llegan hasta nosotros —dijo Elena pensando en voz alta.

— Eran otros tiempos —dijo Omar, y estaba punto de agregar una explicación pero se detuvo al ver lo sensible que se ponía Elena. A él también ya le estaba dando rabia que su familiar siempre fuera siempre el malo, y el tal Peter, el bueno. No era ningún secreto cómo eran los patronos en esa época, y su abuelo era sólo un muchachito.

Después de ver la foto de Daniel González, Elena perdió interés en ver el resto. Metió todo en la caja.

— La seguimos en otro momento —dijo.

— Sí, mejor vamos a comer.

Sentados a la mesa, sólo podían jugar con el tenedor sobre el pastel; habían perdido el apetito. Ese mediodía reinaba el silencio, pero sólo duraría unos minutos, porque a ninguno de los dos se le olvidaba que sólo les quedaban dos días para estar juntos; no era cuestión de pasar ese tiempo impregnados de viejos rencores.

\* \* \*

*Dos días después.*

Salir de la casa de Rada Tilly había sido difícil para los dos, pero para Omar llegar al aeropuerto y bajar de la camioneta la valija roja de Elena fue terrible. Era el signo inequívoco de que ella se iba. Dentro de ese pequeño cubículo colorado estaban todas las pruebas de que ella existía, sus cremas, sus peines, su camión, sus montones de sandalias y hasta su cajita con bijouterie. Todo lo que en los últimos días había desparramado por la casa. Porque después de la cena en el restaurante junto al mar, así lo habían decidido: no importaba cuál fuera la resolución final respecto a las tierras y a

la relación de ellos, el tiempo que estuvieran los dos en la Patagonia, lo querían pasar juntos. Claro que ahora lo pagaban caro, despedirse después de quince días compartiéndolo todo era desesperante. Las dos semanas le parecían a Omar toda una vida. Había aprendido a conocer a Elena en profundidad a través de los pequeños detalles: cómo se ponía la toalla en la cabeza después de ducharse, lo apurada que era para hacer todo y lo dulce que se levantaba cada mañana, un estado casi igual al de después de hacer el amor. Elena, por su parte, había experimentado lo ordenado, sereno y aplomado que era Omar. Rara vez él o algo de su incumbencia se salía de control, todo lo mantenía en su punto justo, sin exageraciones ni violencias. También sabía que le gustaba llenar la heladera de comida chatarra, donde nunca faltaban diferentes clases de fiambres, cervezas importadas y chocolates al por mayor. Y había intentado imponerle las ensaladas, que él comía entusiasmado, como descubriendo un mundo nuevo. Ahora que ella se iba todo eso quedaba en suspenso y Omar ya se sentía hueco, casi en estado de orfandad.

Los pasos desde el auto hasta la entrada del edificio del aeropuerto eran una tortura para los dos. No sabían cuándo volverían a verse, en realidad no sabían si lo harían. Elena iba a juntarse en Buenos Aires con sus hermanos que llegarían de Europa, y a partir de lo que resolvieran en esa reunión, le darían instrucciones a Thompson, sin necesidad de volver a viajar. Ella ya había tomado su propia decisión.

Elena, vestida de jean y blusa de gasa, hacía su *check-in*. Y él mirándola se descorazonaba, le daban ganas de pedirle, exigirle, reclamarle, y si era necesario rogarle y suplicarle que se quedara, que se olvidara de las tierras de la sucesión, de los apellidos y de todo, que fueran sólo Omar y Elena, una pareja libre para vivir este tesoro que juntos habían encontrado.

Por su parte Elena con su elegante bolso Vuitton en la mano y su aire de cordialidad, parecía tener todo bajo control; sin embargo, por dentro sentía una náusea y un dolor de cabeza punzante desde la noche anterior. La procesión iba por dentro. Por un momento había mirado como él se acomodaba la camisa blanca dentro del pantalón vaquero y al reconocer el movimiento familiar había estado a punto de quebrarse; era en esos detalles tontos que se daba cuenta hasta qué punto lo quería.

— Señorita Garrott, sírvase el comprobante de su maleta, el embarque será en cuarenta minutos —le advirtió la chica de la compañía.

Omar le propuso ir a tomar algo al barcito mientras esperaban. Se

dirigieron a la confitería y se instalaron en un rincón, se miraban; el alrededor no existía, por el aeropuerto podía caminar Madonna con todos sus fan vitoreándola y ellos no los habrían visto. La miraba y la veía más bonita que nunca, llevaba el pelo claro recogido en una coleta. Si en ese momento ella le pedía la vida, se la daría. Pero ¿qué podía darle él a una Wilson Garrott que no tuviera ya?

Omar revolvía el azúcar en el té de menta sintiéndose que juntos eran herida y sangre, dolor y desgarró. Elena movía el edulcorante dentro de la taza y quería llorar, gritar... estaba a punto de perder lo que todavía no terminaba de ganar. Pero ¿qué iba a hacer? Tenía una vida armada en Buenos Aires. No podía dejar todo así, como si nada, y menos por un caso difícil como un González, con el cual no estaba en un litigio judicial por puro milagro, ya que ambos tenían derecho de entrar en pleito el uno con el otro en cualquier momento. Se sintió al límite y entonces pensó que le aconsejaría su madre si estuviera viva. Aunque para Florence seguro había sido mucho más fácil con André Garrott, ¿que problemas podían haber tenido ellos? Ninguno. Elena no podía imaginar cuánto le ayudaría conocer la verdad completa sobre sus padres, esa que formaba parte de lo que no se dice en una familia. La que una vez que terminaran de acomodar el ovillo que habían empezado a desenredar con la aparición del legado conocerían.

— Quiero que sepas que estos días han sido muy especiales para mí — dijo Elena con franqueza.

— ¿Especiales? Para mí fueron tremendos, nunca pensé vivir lo que estoy viviendo... —Omar no tenía paciencia para decir lo que debía, y cuando debía; las palabras le salían a borbotones. Desahuciado agregó: —¿Y si te quedás?

— Omar...

— Rompé ese pedazo de papel que tenés en la mano y quedate.

— No puedo, tengo que volver, reunirme con mis hermanos.

— Te quiero, Elena, te quiero en serio, te quiero para todo, quiero que seas mi mujer.

— Omar...

— Elena, si desaparece esta magia que tenemos, ¿cómo hago para ser feliz, para seguir? ¿Sabés qué?

— ¿Qué?

— Te amo —al fin lo dijo. Aquello que le había quemado la boca y el alma en más de una oportunidad, cuando la miraba después de hacer el amor



o mientras la observaba cocinar, le explotó en la boca. Era la primera vez que se lo decía y le había ganado de mano a Elena.

— No me hagas esto... —Elena lloraba. Él estaba a punto de hacerlo.

El altavoz anunciaba que los pasajeros del vuelo 2518, con destino a la ciudad de Buenos Aires, debían embarcar. Elena se levantó con esfuerzo. Él la siguió, iban juntos uno al lado del otro, tiesos, rozándose los brazos. Omar sabía que si la abrazaba no la soltaría más. Caminaban como entes guiados por una orden, sin decisión propia. Si se permitían salir de ese estado automático se proyectarían rumbo a Rada Tilly, huyendo de esa espantosa despedida que ninguno deseaba.

Pero la entrada del embarque estaba frente a ellos. Lo inevitable se hacía realidad.

— Háblame cuando aterrices para saber que llegaste bien —dijo Omar mientras le tomaba las manos, buscando retenerla.

— Sí.

Un último beso en la boca, corto, salado, con gusto a definitivo, a pérdida, a que los Reyes Magos no existen, a que no hay torta de cumpleaños, a que me llevé matemáticas a marzo, a que se murió papá, a que me pierdo, a que... me muero. A injusticia.

Todos los viejos dolores, aun los del inconsciente se unían en uno, el actual. Una última mirada de naufragio. Y Elena se perdía por la entrada de la manga junto a un grupo de fornidos y rubios norteamericanos que abordaban el avión.

Se había ido, y con ella los días maravillosos que habían pasado juntos. Omar caminó rumbo al estacionamiento y puso su auto en marcha. Quería irse ya mismo de ese lugar, no daba más. Aceleró y tomó la ruta. Puso música; quería aturdirse, no pensar en nada. Miraba los serpenteos del horizonte. En el equipo comenzó a sonar la voz de Ismael Serrano, pero sólo alcanzó a escuchar tres estrofas, porque justo en «si me das un último portazo, en qué calle moriré yo» él clavó los frenos, buscó la orilla del camino y paró el auto. Deshecho, Omar, apoyó los brazos sobre el volante y sobre ellos su cabeza, Entonces lloró. Había encontrado un tesoro y acababan de robárselo.

Elena caminó por el pasillo para ingresar al avión haciendo uso de la misma fortaleza y dominio propio que venía utilizando desde que habían partido de Rada Tilly. Sabía que si no lo hacía de esa forma, le resultaría imposible. Se había preparado mentalmente para enfrentar la despedida; sin embargo, una vez ubicada en su asiento, toda su entereza se desmoronó. Quería llorar, quería vomitar, quería... quedarse. Lágrimas silenciosas caían por sus mejillas mientras el avión despegaba. Todavía no se había ido y ya lo estaba extrañando. Abrió su bolso Vuitton para buscar un pañuelo de papel y vio la bolsita con fotografías que a último momento le había dado Omar, eran las de la caja que ella nunca volvió a abrir desde que vio la de Daniel González. Omar buscando un pretexto para volver a verla le había dicho: miralas tranquila, en algún momento me las devolverás.

Elena se secó las lágrimas, estaba deshecha, pero saber que tenía esas fotos le dio algo de consuelo. No se había traído ninguna actual de Omar, así que se conformaría viendo su rostro cuando niño. De nuevo lloraba, se sonó la nariz y mientras lo hacía se lamentó no haber cargado un abrigo, el aire acondicionado estaba muy fuerte. Comenzó a pasar las fotos una a una. Apareció la del colegio, le pasó el dedo índice por la carita a ese niño que la enternecía, luego la de la hermanita, la del casamiento de los padres, algunas muy viejas con rostros desconocidos para ella, y dos muy antiguas tomadas en Comodoro... Y... ¿qué era eso? No lo podía creer, ¿acaso no era la foto que ella se había traído de la estancia? ¿Cómo había ido a parar ahí? ¿Se había traspapelado? ¿O es que Omar tenía una igual? Ante sus ojos fulguraba su abuelo Peter con la chica de trenzas en el Comodoro Rivadavia del 1900, con un fondo de antorchas prendidas y gente de festejo. Hubiera querido tener consigo su valija para abrirla y comprobar si le faltaba la suya, quizás en algún momento se había mezclado con las fotos de Omar. ¿O era otra foto idéntica? ¿Cómo saberlo? De pronto recordó que la foto que encontró en la estancia tenía la fecha escrita al dorso. Rápidamente dio vuelta la que tenía en la mano y... blanco, sólo un blanco amarillento y desteñido, ni una sola letra, ni una palabra. ¡Era otra fotografía! La misma pero otra. O sea, eran dos idénticas ¿Por qué razón la familia de Omar tenía una copia? Estaba casi segura que tenía relación con el legado de tierras que su abuelo Peter le había hecho a Daniel González. Cuando llegara a su casa lo llamaría a Omar y le contaría, tenía una punta para investigar la razón por la cual su abuelo lo había legado a Daniel, o tal vez el mismo Omar tuviera una respuesta.

Elena meditó, quizá Daniel González supo de la existencia de ese papel y por eso lo mató, para recibir antes las tierras. Pero una parsimoniosa frase de Thompson vino a su memoria: «Si el beneficiario de un legado daña al que se lo otorgó, éste no lo podrá recibir si...» Se perdía en el laberinto. Nada parecía tener sentido.

Guardó todo en el bolso menos la foto, que dejó en su falda, y cerró los ojos para pensar en Omar. Los recuerdos eran muchos y lo que sentían el uno por el otro, muy fuerte. Mezclaba estos pensamientos con algunas miradas que cada tanto le daba a la imagen de Peter y la chica de trenzas, mientras se moría de frío porque el avión parecía la Antártida, los norteamericanos felices ni cuenta se daban, y Elena entre ellos comenzaba a llorar nuevamente. Estuvo en ese estado calamitoso hasta que aterrizaron y en ese momento se dio cuenta de que casi no podía levantarse el asiento y tampoco caminar. Le dolía terriblemente todo el cuerpo, le costaba tragar y el dolor de cabeza que tenía se le había duplicado.

\* \* \*

Elena miraba Buenos Aires desde el taxi. La ciudad le producía sentimientos contradictorios: tranquilidad de saberse en un lugar familiar, e infelicidad por la distancia que la separaba de Omar.

Cuando llegó a su departamento se sintió aliviada, pero la cabeza le explotaba. Se sentía muy mal. Los nervios y el dolor de la partida, más el frío del avión, le habían jugado una mala pasada. Se sentía engripada. Decidió irse directo a la cama, ni siquiera se bañó, necesitaba descansar para sanarse. Al día siguiente llamaría a Omar para contarle de la foto. Tal vez él supiera por qué los González tenían esa foto. No imaginaba que ese plan pasaría a segundo plano porque los siguientes dos días estaría tan enferma que hasta necesitaría que la cuidaran.

\* \* \*

Elena todavía estaba en camisón. Su amiga Karina, en cambio, vestía un trajecito elegante, lista para partir a officiar de traductora en un congreso. Sentadas en el sofá del living, compartían una taza de té caliente.

— No te olvides de tomar las vitaminas, así no te volvés a enfermar de esta manera. Ya hice mi buena acción del año y no pienso venir de nuevo a cuidarte —dijo Karina, mientras se acomodaba el corto cabello pelirrojo con las manos. Llevaba dos días instalada en el departamento de Elena.

— Las estoy tomando. Gracias por venir a cuidarme.

— Sí, pero ya no tengo ropa, y como te veo mucho mejor, hoy cuando salga del trabajo me vuelvo a mi casa —dijo abrochándose las sandalias de taco alto.

— Eso te estaba por proponer, ya estarás extrañando tu departamento.

— ¿Extrañando? Ése no es el problema sino que dejé a Fido al cuidado de una vecina, imaginate.

— ¡Claro, tu bebito! —Elena se rio. Para su amiga, el caniche Fido era como un hijo. Con 35 años depositaba su instinto maternal postergado por su profesión de traductora, en su perro; sin duda, haberlo dejado con una vecina fue una gran prueba de cariño hacia ella.

— ¡Encima te burlás! ¡Mirá lo que tengo que soportar después de tomarte la fiebre, hacerte la comida y escuchar tus penas de amor durante dos días! A ver si te ponés bien y volvés al trabajo.

— No tengo nada de ganas de ir a la oficina.

— Dejá de quejarte, ya quisiera yo trabajar cómoda en esa oficina junto al bonito de Marcelo. Disfrutá lo que tenés, soy tu amiga y te lo digo porque te quiero.

— Kari, en verdad gracias, no sé qué hubiera hecho sin vos. Viste el estado en el que venía de Comodoro.

— Te pegó fuerte el geólogo...

Era verdad. Estaba enamorada, no podía pensar en otra cosa que no fuera Omar, todo el día sentía su perfume en cada cosa, imaginaba su rostro y recordaba los momentos que habían vivido. Hasta el tema de las tierras había pasado a segundo plano.

— Elena, me voy al congreso —dijo Karina y dándole un beso, le preguntó—: ¿Lo vas a llamar hoy al geólogo?

— Sí, ahora, apenas te vayas.

— Entonces me quedo, quiero saber cómo sigue la novela.

— Tonta, andate. No pienso hablar delante tuyo.

— Está bien, me voy. Ya veo cómo me tratan después de tanto sacrificio. Chauuuuuu.

Ya a solas, Elena terminó su taza de té y tomó el teléfono. Marcó el número de la casa de Omar. Estaba nerviosa. Se moría por escucharlo.

— Hola —escuchó Elena. Era él.

— Omar... soy yo... Elena.

Silencio total.

— ¿Me escuchás?

— Sí, Elena, sí. ¿Cómo estás?

— Bien...

— No me hablaste, esperaba tu llamado cuando llegaras a Buenos Aires.

— Es que estuve enferma.

— Quedamos en que me avisabas si habías llegado bien —se lo notaba ofendido. Se le mezclaba las ofensas de la falta del llamado y el haber partido sin darle esperanza. Eran demasiadas para él.

— Llegué con fiebre, muy mal, recién logro levantarme de la cama. Tuvo que venir una amiga a cuidarme.

La voz de Omar se ablandó:

— ¿Estás mejor? ¿Qué te pasó?

— Ya me siento bien, tomé frío en el avión, el aire estaba muy fuerte; además, ya salí mal de tu casa, sólo que no te dije nada.

— Elena... —Omar se enterneció, se acordaba bien lo que habían pasado ese día, y la cara que ella tenía. —Te extraño...

— Y yo a vos, no paro de pensar en nosotros.

— Yo me muero por vos. Pensemos en vernos pronto, esto no puede quedar así.

Ella también quería verlo; se acordó de la foto, lo que los separaba era también los que los unía. Y la excusa perfecta.

— Omar, escuchame, tengo algo importante para decirte.

— ¿Qué? —él se esperanzó; tal vez ella le decía que quería regresar.

— Entre las fotos que metiste en mi cartera hay una de mi abuelo Peter junto a una chica.

— ¿De tu abuelo? ¿Estás segura? —preguntó sorprendido.

— Sí, yo tengo una igual. Son dos idénticas.

— ¿Y qué hace esa foto ahí?

— Es lo mismo que me pregunto yo, y es lo que vos vas a tener que

averiguar. Estoy casi segura de que eso se relaciona con el tema del legado.

Omar se sorprendió. Eran noticias nuevas.

— Voy a averiguar con la hermana de mi padre que me las dio. ¿Con quién me dijiste que está Peter?

— Con una chica de trenzas. Están en Comodoro, detrás de ellos se ven antorchas encendidas, parece un festejo. Es muy vieja, de 1907.

— Uf, ¿quién se acuerda algo de esa época?

— ¡Ustedes, los González! ¿Acaso no trajeron el legado?

Se sintió descubierto, para algunas cosas consideraba vieja la época de Peter, pero para reclamar las tierras, no. En fin, aun así respondió:

— Pero el legado era de 1921.

— Ay, Omar, no seas...

— Tenés razón, voy a tratar de averiguar, pero... Elena, te extraño. No doy más, quiero que vuelvas.

Silencio, ella no esperaba esa frase en medio de la conversación que llevaba adelante. Él era sí.

— La verdad es que yo también te extraño. Estoy fatal. Mañana empiezo a trabajar y no quiero ir. Un pedazo de alma se me quedó en Rada Tilly.

Del otro lado de la línea, Omar sonrió, le había gustado lo que dijo. Hablaron casi una hora de tonteras, de cómo se extrañaban, de lo importante que habían sido para los dos esos días que pasaron juntos. Finalmente, cortaron con la promesa de que al día siguiente Omar la llamaría para contarle qué había averiguado. Estaban felices. A él le había vuelto el alma el cuerpo y a Elena las defensas se le habían levantado instantáneamente, se sentía repuesta y con fuerzas. La foto era la excusa perfecta para seguir en contacto. ¿Y del trato de no verse y no hablarse? Nada, ninguno se acordaba.

## CAPÍTULO 6

### Ayer

Diario *La Nación* - 17 de diciembre de 1907

*Hallazgo de yacimiento carbonífero*

Con motivo de haberse encontrado un yacimiento de petróleo en Comodoro Rivadavia, se dictó un decreto por el ministerio, prohibiendo las denuncias de pertenencias mineras y de concesiones de permiso de cateos en un radio de cinco leguas alrededor del pueblo referido [...] Para apreciar su importancia, ha salido para aquel destino por orden del ministerio, el inspector don Pablo Viteau...

*Comodoro Rivadavia, diciembre de 1907*

Cuando Peter llegó a Comodoro, se impresionó por la actividad del pueblo. Desde que José Fuchs había hallado petróleo con su máquina, la rutina se había alterado; la zona estaba llena de ruido y gente en movimiento. Todo había comenzado un año atrás, cuando el colono bóer Conrado Visser se entrevistó con el entonces presidente argentino Manuel Quintana, para explicarle el problema de la falta de agua, y éste les envió la máquina para buscarla. El hallazgo resultó muy distinto del esperado y ahora no se hablaba de otra cosa en todo el país. Algunos en el pueblo todavía insistían en que hubiera sido mejor encontrar agua, pero muchos más esperaban el informe oficial de que se trataba de petróleo para empezar a celebrar. Había un ambiente festivo dentro de esa pequeña comunidad que les permitía olvidar un poco la desgracia vivida meses atrás, cuando el pueblo fue atacado por epidemias de escarlatina y difteria que causaron la muerte de varios vecinos.

Peter caminaba por las calles del pueblo y pensaba lo difícil que le resultaría encontrar a los Williams, a quienes ni siquiera conocía. Comodoro ya tenía más de 900 habitantes, y él todavía no sabía si ellos habían arribado al lugar, tenía que empezar por averiguarlo; no iba a darse por vencido. Primero haría sus trámites y se reuniría con quienes debía, luego se instalaría en el hotel para comenzar desde allí la búsqueda. Mientras escuchaba el

golpeteo monótono de la máquina perforadora a un kilómetro de allí, el dulce rostro de Mariana se le aparecía dándole ánimos.

En la avenida principal observó con pena lo que quedaba de la Casa Lahusen después del incendio sufrido hacía poco, ésta siempre había oficiado de Banco, pero ahora las operaciones se realizaban en otro local. Peter ingresó a la casa comercial donde tendría su primera reunión. Luego pasaría por la herrería de Joaquín Da Silva, que lo esperaba para terminar de cerrar el precio por las herramientas que le habían encargado para las caballerizas.

Era la siesta cuando pudo instalarse en el hotel. Había tenido suerte, un cuarto se había desocupado justo a tiempo para él. Estaba exhausto pero feliz. En la panadería La flor de Asturias, Rogelio Riera le había dado el dato de que unos Williams vivían en la punta del pueblo, casi en las afueras. Sin siquiera abrir el bolso, comió algo rápidamente en el comedor, y peinándose con las manos su cabello rubio, partió en busca de la casa y la familia.

En la calle notó un movimiento mayor al de horas previas. Algunos corrían, otros iban cantando cancioncillas que nombraban al pueblo. Preguntó a unos muchachos qué festejaban y le explicaron que el diario *La Nación* había publicado una nota donde el gobierno nacional decía que en Comodoro Rivadavia se había encontrado un yacimiento petrolífero, y que el ministro había ordenado la visita del inspector Pablo Viteau. Era un reconocimiento informal del descubrimiento; el oficial se enviaría por telegrama. Pero todos sabían que la noticia en el diario significaba una confirmación. Para bien o para mal, Comodoro comenzaba un nuevo camino en su historia del que no habría retorno.

Peter no terminaba de entender qué consecuencias traería la noticia para ellos, tampoco eso le importaba mucho, lo único que en verdad quería era llegar a la casa de los Williams. Hacía dos meses que no veía a Mariana. Pensar en eso lo desesperaba. ¿Y si ella lo había olvidado?

Caminaba en medio del jolgorio con paso apurado. Las indicaciones que le habían dado lo condujeron hasta el final del pueblo, donde por fin reconoció la vivienda sencilla de color celeste. Golpeó. Una mujer gruesa le abrió la puerta. Peter se decepcionó; un instante le bastó para darse cuenta de que no era una bóer sino una argentina. Sin darle tiempo de nada, la mujer le espetó:

— Si viene a decirme lo del petróleo le digo que ya lo sé y ahora no puedo salir a festejar. Estoy cansada de que gente que ni siquiera vive en el



pueblo venga a darme las noticias sobre las excavaciones.

— Discúlpeme, no vengo a eso. Busco a la familia Williams.

— Los hermanos Williams han salido. Soy una vecina que les está cuidando el bebé mientras hacen unas compras.

— Soy Peter Wilson y necesito hablar con ellos.

La mujer lo observó con detenimiento; el muchacho hablaba español a la perfección, pero su acento y sus ojos azules lo identificaban como bóer. Le dio los datos confiada.

— Mire, joven, los dos matrimonios están comprando las últimas provisiones antes de marcharse mañana temprano para sus tierras. Salieron a las corridas porque se comenta que los negocios van a cerrar para festejar lo del petróleo. Se prepara una especie de fiesta en el pueblo.

— ¿Y a qué hora vuelven?

— La verdad es que no sabría decirle. Pero si va al pueblo seguro que los encuentra. Andan todos juntos, con los cuatro niños y la muchacha argentina que los ayuda.

La última frase le aguijoneó las entrañas. ¿Podía ser Mariana?

— ¿Sabe el nombre de la chica?

— ¿La de las trenzas? No, no lo sé. Vaya y búsquelos. Si no los encuentra, vuelva a la tarde que seguro estarán aquí.

Peter todavía no había terminado de escuchar las últimas palabras que ya había partido a toda velocidad. En su interior resonaban dos palabras: trenzas, Mariana. Mariana, trenzas.

Recorrió las mismas calles en dirección contraria. A su paso se cruzó con la gente que salía a festejar, algunos a viva voz; otros colgaban la bandera argentina de sus ventanas y varios cerraban las puertas de sus negocios. Sin embargo, las aguas estaban divididas, Peter escuchaba quejarse a dos hombres que caminaban delante de él, argumentando que por culpa del petróleo, ya no se buscaría más el agua que tanto necesitaban. Peter estaba distraído por la algarabía de la gente, cuando una imagen lo alertó. Dos familias, todos de cabellos muy claros, cruzaban la calle e intentaban entrar a un negocio que ya bajaba las persianas.

Aceleró sus pasos, teniéndolos cerca los miró mejor. Un vestidito floreado le resultó familiar. ¿Mariana?

— ¡Mariana! —exclamó con fuerza.

En ese momento, un grupo pasaba cantando y le tapó la voz. Pero aun así la chica del vestido floreado se dio vuelta. ¿Peter?

— ¡Peter! ¡Soy yo!

Él dio los diez pasos que los separaban y Mariana se hundió en sus brazos. Los Williams, entretenidos en pedir al dueño del almacén de ramos generales que les permitiera hacer sus compras, no se percataron del vendaval que se había desatado a su lado. Sólo una de las niñas rubias los miraba asombrada.

Mariana lloraba. Peter no la soltaba. Juntos. Un minuto, una vida. ¡Pero por Dios, juntos! Todavía abrazados se miraron a los ojos.

— Mariana, mi amor...

— Peter...

Por fin se apartaron un poco y Mariana, refregándose la nariz respingada y pecosa, susurró:

— Déjame hablar con ellos.

Los Williams entraban al negocio y Mariana tras ellos. Peter sintió un nudo en el estómago al verla desaparecer por la puerta. No soportaba que se fuera de su vista de nuevo ni por un instante. Nervioso, esperó en la entrada. En un minuto ella volvió a salir.

— Ya está, les avisé que en medio de este tumulto encontré a alguien conocido. Todavía tienen mucho por hacer en el pueblo. Vamos.

Se tomaron de la mano y comenzaron a caminar sin rumbo. La gente a su lado se dirigía a una reunión de vecinos donde alguien daría un discurso y se mostraría el diario donde había salido la noticia. Un periodista enviado desde la capital sacaba fotos de todo lo que ocurría a su alrededor. Pero a ellos nada les llamaba la atención ni siquiera el muchachito que pasó a su lado envuelto en la bandera argentina. Caminaban guiados por la nada, por el todo, por la sed de estar juntos, por las ganas de mirarse sin parar, llevados por el instinto de quien ha encontrado el tesoro que buscaba. El mundo real perdía fuerza. Se alejaban de todo. En minutos el viento salado les dio el primer indicio que luego sus ojos confirmaron. Un espejo de agua azul y la espuma blanca: habían llegado a la playa.

Se sentaron en la arena. Besos, preguntas, besos, respuestas, besos, lágrimas, besos, risas. Más besos, amor y alegría. Peter se interesaba por detalles puntuales y la llenaba de preguntas. ¿Pero por qué no le dijiste nada a mi madre? ¿Cómo te han tratado los Williams? ¿Eran buenas personas?

A ella le quedaba mucho por saber desde que no lo veía:

— ¿Cómo fue el arreo? Todo este tiempo estuve preocupada por ti.

— Fue mejor de lo que esperábamos, compramos otra estancia.

— ¿Otra más? ¿Dónde?

— En Santa Cruz. ¿Pero tú cómo has estado? —preguntó. A toda costa quería evitar que surgiera el tema de la posible mudanza.

— Bien, Peter, pero extrañando mucho, a ti más que a nada, pero también a Anne, la estancia... Ése era mi lugar. —La mirada de Mariana se perdió entre las olas.

— Mariana, escuchame con atención. Yo te quiero de verdad. Quiero que nos casemos.

— ¿Que nos casemos?

— Sí, ahora planearemos todo. Debo volver y ayudar a organizar la nueva estancia, pero iré por ti. Hablaré con los Williams para que me den la ubicación de donde te encuentras ahora.

— Ay, Peter, es bastante lejos. Hay que andar mucho por caminos que sólo son una huella.

— Mariana, si ellos fueron y volvieron, yo también puedo hacerlo. Voy a ir por ti. Te buscaré y vamos a casarnos aquí, en Comodoro.

— ¿De veras que vas a ir a buscarme? ¿Cuándo? —le decía colgada a su cuello.

— En tres meses. A principios de abril estaré donde vives. Voy a preparar todo porque necesitaré trabajar, ya sea con las cosas de mi familia o solo. Estoy dispuesto a eso.

— Mi amor... mi amor...

Hablaban, se contaban menudencias, disfrutaban de mirarse. El sol comenzaba a caer, las horas pasaban sin que se dieran cuenta.

— Peter, tengo que volver, los Williams se preocuparán y saldrán a buscarme.

— Vamos.

Caminaron hacia el pueblo que continuaba su festejo; de lejos, se veían las antorchas encendidas con el petróleo recién encontrado que fulguraban entre las primeras oscuridades. La fiesta parecía haber comenzado. En la calle principal se habían armado unas mesas y algunos vecinos disponían alimentos y bebidas, un hombre eufórico leía en voz alta la noticia del diario que festejaban. Peter y Mariana se miraron y sonrieron; a su propia alegría del reencuentro se sumaba la de la gente. El reportero de Buenos Aires que sacaba fotos para *La Nación* se acercó a esa bella pareja joven y los fotografió junto a las antorchas.

— Ustedes son el vivo retrato de Comodoro: inmigración y criollada

juntas. Si quieren después les doy una copia —les dijo y continuó plasmando las escenas de lo que allí se vivía.

En medio del bullicio, ellos dos tomados de la mano buscaban con los ojos a los Williams. Tal vez habían regresado a su casa o estaban festejando. A Peter el corazón le palpitaba con fuerza por la emoción de tener a Mariana por fin junto a él. Repentinamente se le ocurrió una idea. No estaba dispuesto a dejarla en la casa celeste así sin más, después de no verla durante tanto tiempo y sabiendo que recién volvería a verla en tres meses, cuando la hiciera su esposa.

— Mariana... —la miró. Los grandes ojos marrones observaban el festejo, sus largas pestañas se movían rítmicamente.

— ¿Qué? —dijo dándose vuelta y clavando su mirada en los ojos azul intenso.

— ¿Y si no vas a casa de los Williams?

Mariana puso cara de asombro.

— Pero, Peter, ¿adónde voy a ir?

— Conmigo... al hotel. No quiero separarme de ti.

Mariana no respondió; muy seria, sopesó los riesgos de esa decisión. Pero luego de unos instantes, lo miró con dulzura y asintió con una sonrisa. La decisión estaba tomada. No había sido difícil.

Peter la sujetó del brazo y la guió entre las personas. Cuando llegaron al hotel, comprobaron que la recepción y el comedor estaban vacíos; era evidente que hasta los dueños se habían sumado a la celebración. Peter pensó que era mejor así, de ese modo la protegería de las habladurías.

Unos pasos más y estaban en el cuarto. Mariana temblaba. Sabía lo que arriesgaba, pero confiaba ciegamente en Peter. En pocos meses sería su esposo. Por la ventanita del cuarto se veía a lo lejos el resplandor de las antorchas. El sol recién se escondía, la noche era joven. Peter la abrazó con fuerza. El miedo a perderla no lo abandonaba.

— Qué bueno que estés aquí, que estemos juntos —la apretó aún más. Se sentía al borde de las lágrimas, en descontrol. Mariana se dio cuenta:

— Peter, vamos a la cama...

La miró. ¿Acaso le estaba proponiendo lo que creía? No había esperado que ella le diera tanto. No lo planeó así, sólo había pensado estar junto a ella hasta el último minuto posible.

— ¿Estás segura, Mariana?

— Sí —dijo ella y con suavidad empezó a desarmar sus largas trenzas.

Él no iba a negarse, no podía, le faltaba la voluntad para hacerlo. Carecía de fuerza para concebir lo correcto, aquello que sus creencias y las enseñanzas de sus padres le exigían desde su interior. Todo perdía influencia en ese momento. Mariana lo trastornaba de tal manera que nada de ella era suficiente, quería más y más. Nada le alcanzaba. Hubiera querido besarla y tragarla en el beso para tenerla siempre consigo y no vivir temeroso de perderla de nuevo. Se consolaría con hacerla su mujer. Sí, sólo se consolaría, porque él sabía que ni esto le iba alcanzar. La alzó en sus brazos y el pelo larguísimo se le enredó en las manos, en el cuello, en la camisa... en toda su existencia. El perfume a lavanda de Mariana que entraba por su nariz lo volvía loco. Entonces la depositó en la cama y empezó a besarla con desvarío.

El efecto mariposa de la decisión de Susan multiplicaba proporcionalmente su aleteo. El futuro que tenía que ser se torcía, de nuevo, unos grados más hacia lo desconocido. Mientras afuera la gente festejaba, en ese cuarto de hotel la fuerza de la vida ganaba el juego.

Aún faltaba mucho para que se hiciera de día cuando esa madrugada salieron de la habitación del hotel. Mariana temía que los Williams partieran temprano.

Lo vivido les parecía un sueño. Ella todavía temblaba, no podía creer que hubiese tomado la decisión de horas antes. Peter la acompañaría a casa de los Williams, él pensaba hablar con el matrimonio para explicarles que en tres meses iría por ella. En la calle quedaban los vestigios de la fiesta del petróleo. Comodoro Rivadavia nunca sería la misma y ellos tampoco. Su amor se había sellado de manera indeleble, mucho más profundamente de lo que podían imaginar.

Cuando llegaron, las luces de la casa estaban apagadas.

— Duermen, voy a entrar por el patio —dijo Mariana.

— Está bien, pero en dos horas me tienes aquí de nuevo. Voy a venir a hablar con ellos.

— Te espero temprano.

— Sí, claro —la besó en la boca. Otra vez tuvo la misma sensación: el sentimiento de que nada de lo que obtenía de Mariana le era suficiente. Quería más, quería todo de ella. También deseaba darle todo, lo que ella le pidiese, hasta su propia vida. Ella, como si le adivinara los pensamientos, sonrió.

Él, sumergido en un mar de entrega, comenzó a sacarse el pañuelo del cuello junto al broche que lo sujetaba. Esa alhaja que ya había intentado darle y en la que iban unidos el amor de su padres hacia él, sus raíces bóer y el linaje de la familia grabado en el escudo.

— Quiero darte esto. Ya no puedes negarte, ahora eres mi mujer —puso el broche en la mano pequeña de Mariana y él mismo se la cerró.

Ella miró el objeto un instante y le dio un beso corto en la boca en señal de aceptación del regalo. Luego, con una sonrisa en el rostro y mirándolo a los ojos profundamente, se perdió por el costado de la casa. Peter se desesperó al verla marcharse. Se quedó un rato inmóvil, hasta que buscando calmarse comenzó a caminar rumbo al hotel. Se sentía vacío, huérfano.

La primera claridad del día alumbraba la puerta de la casa celeste cuando Peter ya estaba parado frente a ella, firme como un soldado. Se acercó despacio a la ventana y al ver movimiento en el interior, se animó a golpear. Elliot Williams le abrió la puerta. Peter estaba nervioso. Por primera vez en su vida, enfrentaba un problema de hombre adulto. Lo hacía con todos los principios y la fuerza que sus padres le habían enseñado que debía hacerse.

Una hora después salía de la casa, satisfecho. Había podido explicar su situación y llevaba en el bolsillo un plano con la ubicación de la casa donde estaría su Mariana. Aunque al principio la idea no le gustó mucho al matrimonio, al final terminaron por dejarle el camino despejado y aceptar que Peter pasara en tres meses a buscar a la muchacha que sería su esposa. El hecho de que fuera un bóer había influido; los Williams no querían enemistarse con nadie en ese país nuevo, mucho menos con una familia bóer y a causa de una empleada, por más que ésta fuera una gran ayuda para ellos. Se preguntaban qué opinarían Susan Wilson y su esposo sobre el asunto, aunque no pensaban meterse demasiado, bastante tenían ellos con sus propios problemas e hijos. Y algo más; el enamoramiento de la joven pareja les hacía acordar al propio. A Elliot le había costado bastante que su familia aceptara a Catherina, que era de condición más sencilla. El muchacho Wilson parecía enamorado y sincero, y ellos nada podrían hacer al respecto.

Después de la charla con Elliot, Peter sólo había podido despedirse de Mariana con un corto abrazo delante de todos, pero para él había sido maravilloso, vivir en libertad la relación lo ponía eufórico, preparado para enfrentar lo que viniera. Para los Williams, ellos eran novios próximos a casarse. Las cosas se iban arreglando, sólo les esperaba una breve separación

y luego todo sería diferente. Mariana se lo merecía, Peter no olvidaba la entrega de ella en el hotel de Comodoro. Pensar en esto lo llenaba de las más variadas sensaciones, desde la excitación como hombre, hasta un deseo profundo de cumplirle todas las promesas hechas.

De regreso en el hotel y a punto de partir, escuchó que lo llamaban:

— ¡Eh, gringo! Esto es tuyo, toma, te las doy, seguro que tu novia se a va a poner contenta.

Era el reportero de la capital quien al verlo buscó en su valija y le entregó dos copias de la fotografía que le había tomado la noche anterior junto a Mariana. Salían perfectos, los dos tomados del brazo, eran la imagen de la felicidad y la juventud, ella con su vestidito de flores, él, tan serio y apuesto. Peter agradeció al hombre y lo tomó como un signo de que una nueva etapa comenzaba para ellos. Guardó las fotos en el bolsillo, se las daría a Mariana en un par de meses cuando volviera a verla. Jamás podría imaginar el tiempo que tendría que transcurrir para que pudiera entregársela en mano y mucho menos bajo qué circunstancias.

\* \* \*

A su regreso, a Susan le bastó ver el rostro de su hijo y escuchar su tono de voz para saber que se había visto con Mariana. Una extraña tranquilidad lo embargaba y una nueva madurez lo marcaba. Había perdido el desasosiego de los días anteriores. Aun así, su madre tomó la decisión de no preocuparse anticipadamente. Los acontecimientos tendrían la última palabra y no había que adelantarse. Descansaba en estos pensamientos cuando tuvo con Peter su primera conversación trivial mientras le servía la comida. Su esposo aún no llegaba del campo.

— ¿Hijo, te ha ido bien en Comodoro? ¿Pudiste hacer todo lo que planeabas?

— Me fue muy bien.

— ¿Es verdad que el pueblo estaba alterado?

— Sí, mucho. Pero al menos se vivía un estado festivo, no la alteración angustiante de cuando pasó el asunto de la difteria.

— Yo me habría alegrado más si hubieran encontrado agua. A nosotros

el petróleo no nos sirve —dijo Susan pensando los malabares que hacía para regar su huerta.

— Pensemos que tal vez el hallazgo termine trayendo algo bueno para todos.

— Tienes razón, es mejor pensar así.

Y sirviéndole una segunda porción del cordero a la pimienta recién preparado por Gonika, Susan sintió que la normalidad se adueñaba de la casa. Su hijo ya estaba en la estancia. Todo iría bien. Una bóer siempre pensaba de esa manera. No había espacio para otra cosa. Si no, jamás se hubieran atrevido a las audacias que habían hecho, ella, su marido y todos sus antepasados.

Las fiestas de fin de año fueron tranquilas y, por primera vez desde que habían llegado a la Patagonia, todos pudieron disfrutarlas. Comenzaban a acostumbrarse a que en Navidad se comía salmón y no comidas pesadas llenas de salsas cremosas. Se habituaban a que el postre de año nuevo era ensalada de frutas y pan dulce, en lugar de torta de crema y chocolate. Las costumbres argentinas se les pegaban y poco a poco dejaban de añorar su tierra. Descubrían que Navidad también podía festejarse el 24 a la noche y no sólo el 25 a la mañana; deleitándose en Nochebuena con las exquisiteces que fabricaban Gonika y Anne, quienes cada día se perfeccionaban más en la elaboración de una cocina pluralista en sabores y orígenes.

Cuando llegó enero, el tiempo de descanso acabó y el calor tornó aún más pesadas las tareas que se hacían a diario en la estancia Maan. Al trabajo habitual se sumaban los preparativos relacionados con la estancia nueva adquirida en Santa Cruz, incluida la planificación de la mudanza que realizarían tan sólo en unos meses. Toda la familia, menos Peter, iría a vivir allí por un tiempo. Tal vez dos o tres años. Llevarían con ellos a algunos trabajadores de confianza y los demás quedarían en la estancia Maan acompañando a Peter, que acababa de cumplir sus 21 años y se encargaría de la administración de la propiedad. Más animales, más tierras y una mayor cantidad de hombres trabajando, con una huerta en crecimiento, sólo significaban una cosa: progreso y sacrificio. Ian Wilson agradecía a Dios que su hijo hubiera tomado las riendas de las responsabilidades, transformándose así en una gran ayuda. Como en ese momento, que estaban a punto de emprender con él el viaje a la estancia La Soñada, para asegurarse de que estuviera todo listo para la llegada del resto de la familia. La mudanza se



haría cuanto antes; luego llegaría el frío y sería casi imposible hacer el viaje y poner en funcionamiento la vida allí.

Eran las cinco de la mañana cuando Ian, su hijo y dos peones partieron a la nueva estancia. Peter confiado, pensaba que regresaría justo a tiempo para hacer la mudanza e ir por Mariana, para luego hablar con la madre de ella y presentarse en el registro civil de Comodoro, donde se casarían.

## CAPÍTULO 7

### Hoy

Sentada frente a la computadora de su oficina, Elena ese mediodía daba el toque final al escrito que debía enviar a Alemania para cerrar una exportación de vinos. Estaba apurada, en un rato partía hacia Ezeiza a buscar a sus dos hermanos que llegaban desde Europa. No los veía desde la muerte de Florence, su madre. Marcos, que vivía en Córdoba y a quien veía más seguido, ya estaba cómodamente instalado en su casa. Esa noche celebrarían la reunión familiar que venían planeando.

Elena envió el correo, cerró la computadora y buscó su cartera. A punto de salir se chocó en la puerta con Marcelo, su jefe y ex pareja.

— Venía a hablar con vos. Quería saber si tenés noticias de los alemanes.

— Sí, ellos abrieron el juego. Pero hay que ver, seguro van a querer millones de cajas y no sé si estamos en condiciones de venderles tanto. Te mandé copia del correo.

— Me preocupa el eterno problema que tenemos con los contenedores en el puerto de Hamburgo. Siempre les dan prioridad a los chinos.

— Estuvimos hablando del tema pero es largo, y la verdad es que ya me iba al aeropuerto, mis hermanos están llegando.

— No me dijiste que era hoy. —La miró a los ojos; algo le pasaba, últimamente siempre estaba distraída. Le preguntó: —¿Estás bien? ¿Necesitás algo?

— No, nada. Pasa que estamos con el tema de la herencia y siempre surgen complicaciones.

— ¿Graves?

— No, las normales.

Pavadas: solamente había aparecido un sujeto con papeles que le otorgaban derecho sobre las tierras, era pariente del que mató a su abuelo, titular de la sucesión, y ella se había enamorado de él. Nada más. Sólo eso, cosas normales. La voz de Marcelo la sacó de sus pensamientos.

— Cuando quieras salimos a cenar y me contás. En una de éstas te puedo ayudar —se le acercó más.

— Ando bastante ocupada, pero te aviso.

Desde que ella había vuelto de sus vacaciones, Marcelo estaba insistente con sus invitaciones: a tomar algo, a la inauguración de Mili, al recital de Sabina... y no la terminaba más. Era obvio que la buscaba de nuevo. Lo conocía bien, por algo había sido su pareja por tres años; y de no ser por Omar, ella hubiera aceptado, claro que hubiera aceptado. Pero ahora esas invitaciones le importaban un bledo. El rostro de Omar cada día se colaba en sus pensamientos, y esto lo hacía añorarlo más y más.

Una hora después, Elena y Marcos dejaban a dos hombres rubios y muy elegantes en la puerta de un hotel frente al Obelisco. Eran Pedro y Pablo Wilson Garrott, los dos hermanos mayores que acababan de arribar, la reunión familiar sería a la noche.

Rumbo a su casa, mientras conducía, Elena, escuchaba cómo Marcos le contaba que en su huerta jamás usaba pesticidas, y al preguntarle ella cómo combatía las hormigas y las plagas, él muy tranquilo le contestaba que siempre sembraba de más para que los insectos tuvieran su ración. A ella no le quedaba dudas: Marcos era un verdadero personaje.

Por la noche los cuatro hermanos Wilson Garrott se encontraban reunidos en el comedor de Elena. Se respiraba intimidad. Entre chistes, miradas y frases cortas, se ponían rápidamente al día sobre sus vidas.

— Es bueno tener una hermana mujer en el país, porque uno llega y ella se encarga de todo —decía divertido Pedro, el mayor.

— Vos, Marcos, sos el más beneficiado, si hasta te tiene instalado en su casa —comentaba Pablo, que no lograba entender la vida que llevaba su hermano en la punta de un cerro, en pleno valle de Traslasierra.

— Sí, queridos hombres, pero no se abusen porque no soy una hermana cualquiera, soy su «hermanita».

— Brindemos por la reunión de la dinastía Wilson Garrott, mitad bóer, mitad francesa.

Las copas aún tintineaban cuando sonó el timbre. Era la comida que Elena había encargado a un restaurante.

— Por Dios, Elena, que sea carne, estoy harto de comer pescado, conejo y otras *delices* que cocina mi mujer francesa. ¡Quiero carne argentina! —vociferaba Pablo.

— No te quejes, la mía es vegetariana y en casa sólo comemos

zanahorias, chauchas y arroz —le retrucó Pedro, que hacía poco se había casado en segundas nupcias con una fotógrafa argentina radicada en París.

— Pensé en ustedes y les hice preparar ojos de bife de lomo con diferentes salsas y verduras para acompañar.

— En mi casa en la montaña como sólo legumbres, pero cuando bajo a la civilización me es imposible rechazar una buena carne —comentó Marcos que luchaba para dejar de ser un vegetariano *part time*.

Elena desapareció por unos instantes y regresó con la comida; la sirvió en los platos. Mientras comían y la botella de vino pasaba de mano en mano, el tema que los convocaba surgió naturalmente:

— Gracias por habernos reunido en tu casa, Elena; la comida está deliciosa y poder estar aquí, tranquilos, no tiene comparación con un ruidoso restaurante —dijo Marcos.

— También te agradecemos el haberte hecho cargo del engorro de los trámites de la venta. Al parecer se ha complicado por el legado que ha hecho el padre de mamá —agregó Pablo.

— Sí, es un legado hecho por el abuelo Peter en diciembre de 1921.

— ¿Se han asegurado de que sea auténtico? Según entiendo, es un papel realizado a favor de Daniel González, el peón que lo asesinó, lo cual sería una locura —sentenció Pedro, el mayor.

— Ya lo vio Thompson, lo presentó en su estudio uno de los descendientes... Omar González —dijo Elena. Al pronunciar el nombre, el corazón le dio un vuelco.

— ¡Estos infelices no la acaban nunca! Los vagos de hoy son los anarquistas de ayer —dijo Pedro.

— ¡No hables así, Pedro, no seas prejuicioso! —dijo Marcos.

— ¿Prejuicioso? ¡Si es verdad! Por un lado, está la gente que se pasa la vida trabajando y por otro, los que se quieren llevar todo de arriba, incluido asignaciones, subsidios y cualquier cosa que puedan conseguir gratis.

— Lamento decirte que para esa gente vos sos rico —expuso Pablo.

— Los ricos no trabajan, y yo me levanto todos los días a las seis de la mañana, y si tengo las tierras en el sur es porque mis abuelos se mataron trabajando para dejármelas.

— El problema está en que el hombre quiere acaparar más de lo que necesita —dijo Marcos—. Yo en la montaña uso lo justo y lo necesario para vivir.

— Claro, Marcos, ¡pero bien que vivís de la renta de las tierras y que

ahora te interesa la venta! ¿O por qué estás aquí? —lo increpó Pablo.

La conversación tomaba carriles peligrosos y se alejaba del tema que los había convocado. Elena decidió intervenir:

— Omar González me pareció una buena persona.

En el comedor se hizo silencio, la frase había sonado extraña. Pedro fue el primero en reaccionar:

— ¿Buena persona? Son todos unos aprovechadores de porquería.

— No me parece —respondió Elena tímidamente.

— ¿Pero este hombre piensa llegar hasta las últimas consecuencias? — quiso saber Marcos.

— Yo hablé mucho con él —«muchísimo», pensó—, y terminó diciéndome que si nosotros nos oponemos o queremos impugnarlo, él no va a hacer nada. O sea, piensa acatar lo que decidamos.

— ¡Está claro que no haremos lugar a ese legado de mierda! —gritó Pedro.

— Está bien, pero sería bueno saber por qué el abuelo quiso darle esas tierras. Tal vez sea importante cumplir con su voluntad —dijo Elena exteriorizando la resolución que había tomado hacía mucho.

— No seas ingenua.

— ¿Se sabe algo? ¿Hay alguna pista? —preguntó Marcos.

— Todavía estoy averiguando —respondió Elena. Y añadió: —¿Y qué hacemos con Sarmiento, el comprador? Recuerden que quiere todas las propiedades.

— Lo importante es no perderlo, mañana Pablo y yo nos dedicaremos a hacer unas consultas legales y luego lo llamaremos.

— Me parece bien —asintió Elena.

— A mí también —dijo Marcos.

Estaban en manos del comprador. La conversación siguió un rato más, en un tono más acalorado del que Elena había previsto. Los comentarios de sus hermanos sobre los González eran muchos y negativos; las críticas habían durado un buen rato hasta que entretenidos con las últimas novedades de la estancia que Elena les contaba, éstas, finalmente se acallaron.

Era medianoche cuando Pedro y Pablo después del postre y el café se retiraron. Elena le armó la cama a Marcos en el living, pero ya tranquila en su cuarto sintió que extrañaba a Omar terriblemente. Le bastaba estar unos minutos a solas, para volverse loca de ganas de verlo. Hacía cuatro días que se había ido de Comodoro, y cuando lo pensaba quería llorar. ¿Por qué no era

todo más sencillo? Meditaba sobre esto, cuando sonó su celular. Seguro que era alguno de sus hermanos. Miró el visor y leyó «Omar González». ¡Omar!

— Hola.

— Hola, Elena, disculpá la hora pero no podía dormir... Necesitaba escucharte...

— Omar... te juro que estaba pensando en vos.

— Quiero verte.

— Yo también.

— Voy a viajar a Buenos Aires. Tengo que ir a la empresa para la que trabajo antes de partir a Chile por unos meses. Además... me muero si no te veo.

— ¿Unos meses? —se desesperó Elena.

— Sí, por eso te quiero ver.

— Vení, vení, vení...

Del otro lado de la línea, Omar sonreía.

— Llevo unas fotos para que comparemos. Estuve averiguando y según la hermana de papá, la chica de trenzas puede ser mi bisabuela. Pero tendríamos que volver a mirar las fotos para ver si es la misma.

— Ay, Omar, esto huele a algo romántico.

— Si la que está con Peter es ella, podría ser.

— ¿Cuándo venís? —dijo Elena, expectante.

— Tengo avión mañana a la tarde... —Hizo una pausa, quería medir la reacción de ella. Ésta no se hizo esperar.

— ¡Omar! —dijo ella en una exclamación.

— Esperame.

— ¡Claro que te espero!

Cortaron. Elena estaba feliz. Sus hermanos, su trabajo, las decisiones patrimoniales, nada le importaba. Ninguna cosa o situación tenía la capacidad de opacar la noticia que acababa de recibir. En breve estaría de nuevo frente a Omar González. Ya ni el apellido le molestaba. Su mente y su corazón repetían: Omar González, te voy a ver, te voy a ver.

\* \* \*

Esa mañana Elena trabajó todo el día en las nubes, imaginando que en pocas horas vería el querido rostro de Omar, tocaría sus manos de dedos largos y elegantes, disfrutaría de su forma pausada de caminar y esa sonrisa dulce que la derretía. Con sus hermanos se reuniría recién al día siguiente. Tenía a Marcos en su casa y sería difícil deshacerse de él, pero era lo de menos. Podía ir a dormir con Omar a un hotel.

Ella en la oficina, miraba su reloj a cada hora, deseaba que se hiciera la tarde. Marcelo pasó un par de veces a buscar informes y la miró asombrado. La notaba extraña, exultante, dispersa. Mala combinación, él no tardaría mucho en darse cuenta que ese cóctel sólo podía significar una cosa: ella estaba enamorada. Por ahora lo mejor era ser discreta, el caso seguía siendo difícil, pero... ¡lo iba a ver!

Cuando al fin se hicieron las cinco de la tarde, ella buscando su cartera salió expelida de la empresa. Quería hacer tiempo de comprarse un vestido... uno de color blanco. Pensaba ir directo al negocio donde había visto el que le gustaba. Tenía poco tiempo y deseaba arreglarse con esmero. Había convenido con Omar encontrarse a las siete de la tarde en un hotel sobre la Avenida 9 de Julio donde él se alojaría. A esa hora él ya habría terminado con todas sus obligaciones en la oficina de la multinacional para la que trabajaba. Tomó el celular para contárselo a Karina; entre el trabajo y sus hermanos no había tenido tiempo de llamarla.

Habían pasado diez minutos de las siete de la tarde, cuando Elena ingresó apurada al lobby del hotel, ubicado a sólo metros de donde paraban sus hermanos, desde aquí también se veía el Obelisco. Vestía un solero blanco de broderie, y zapatos y cartera azules. En la cartera llevaba la foto de Peter junto a la chica de trenzas. Caminó pocos pasos y lo vio. Omar, sentado en un silloncito, leía el diario. Pantalón de vestir, camisa clara, pelo castaño recién cortado. Impecable. Lo habría elegido entre cien hombres. Por no hablar de las dulzuras que ella sabía que él guardaba en su interior. Como si hubiera sentido su llegada, Omar levantó la vista. Elena había leído que esto sucedía cuando las personas tienen una fuerte conexión, como los verdaderos enamorados.

— ¡Elena! —Omar arrojó el periódico a la mesa y comenzó a caminar hacia ella. Cinco segundos y se estaba abrazando y besando sin disimulos. Sus figuras bailaban la música del reencuentro, y ese compás hacía desaparecer todo lo demás.

— Elena, qué lindo verte, cuánto falta me hacías.

— No puedo creer que estés acá, en mi mundo.

— Eh, también es el mío, vengo seguido. Te conté que mi madre vive aquí.

Sí, se lo había dicho. Pero a Elena verlo en Buenos Aires le quitaba la triste idea de que Omar y la lejana Patagonia eran una misma cosa. La volvió a abrazar y a besar con ganas, con pasión. Quería comérsela toda. Una pareja mayor los miró, la mujer le hizo un comentario al hombre. Elena y Omar se rieron y se separaron.

— O subimos a mi cuarto o voy a amarte acá mismo, delante de todos. Salvo que tengas otro plan...

— Ninguno, vamos arriba. Quería que fuéramos a casa, pero uno de mis hermanos está parando allí.

— ¿Vinieron todos?

— Sí, pero en mi departamento sólo está el que vive en Córdoba. Los otros dos están instalados en un hotel a metros de aquí.

La tomó de la mano. El ascensor marcaba el piso doce, y la habitación de Omar estaba en el segundo. Él le propuso.

— ¿Te animás a la escalera?

— Claro, para no pasar vergüenza en estas ocasiones es que hago cinta y nado todos los días.

Se rieron. Buscaron la puerta de la escalera. Hicieron los dos pisos entre besos, abrazos y apretujes contra la pared, en medio de la cuasi oscuridad. Prendían la luz y el automático cortaba antes de que ellos avanzaran dos escalones. El cuerpo de Elena era una vocación para las manos de Omar, su boca una llamada a la suya. Su perfume lo embriagaba. Ella sentía que deseaba que la amara allí mismo, no tenía ni siquiera la paciencia de llegar al cuarto. Pero él, como siempre, sí la tenía y le extendía su tiempo de placer. ¡Como lo había necesitado! Los dedos de Omar ya estaban de fiesta reconociendo humedades que le pertenecían, cuando llegaron a la puerta que daba al pasillo del segundo piso. Al abrirla y dejar entrar algo de claridad, el aspecto de Elena se hizo patente: los finos breteles del vestido colgando sobre sus hombros, la falda enrollada alrededor de la cintura, el pelo salvaje sobre el rostro, las mejillas arboladas.

— No podés salir así, sos el vivo retrato de la pasión y el sexo.

— Qué querés, me volvés loca —Elena se bajó la falda de un tirón y se acomodó el pelo con las manos.



— ¡Lista para enfrentar el mundo!

Él salió primero, dos pasos y estaban frente a la puerta del cuarto. Tres segundos y se encontraban sobre la cama arrancándose la ropa. Omar ya estaba sobre ella, como siempre pura suavidad y ternura, y ella impaciente lo urgía para que la penetrara sin miramientos. Eran todo beso y revelación. Porque a Omar la verdad se le hacía presente y no podía esperar un minuto más para decírsela; le llevó las manos hacia arriba y se las aprisionó, la miró profundamente y le dijo:

— Elena, esto no es sólo piel. Yo te amo.

— Yo también te amo, Omar —Ella lo dijo por primera vez, segura de sus palabras.

Entonces Omar se ajustó a ella y, sin dejar de mirarla, embistió suavemente su interior. Quería hacerla suya también por los ojos. Quería llenarse de ella hasta rebasar. No deseaba volver a sentir el vacío de no tenerla.

Se amaron con desvarío e intensidad. Dos veces, una detrás de la otra, sin esperar. Luego, abrazados y extenuados, conversaban en la cama.

— Estoy pensando que he perdido mi vestido y ni siquiera sé dónde.

— Te quedaba muy bonito.

— No parece, me lo has dejado puesto sólo diez minutos. Era nuevo, lo estaba estrenando para vos.

— ¿Nuevo? ¿Para mí? —se incorporó y la llenó de besos ruidosos en el cuello. Ella, muerta de risas y cosquillas, imploraba:

— No, no, no, esperá. —Entonces Omar reemplazó los besos por las caricias en la cintura. El rostro de Elena se llenó de satisfacción y el cuerpo se le aflojó.

— Mmm... ¿Y ahora qué? —dijo ella.

— Tengo hambre, vamos a cenar a algún lugar lindo que conozcas —le dijo sin dejar de acariciarla.

— Conozco uno francés muy pintoresco en San Telmo, en la calle México.

— Me gusta la idea. Pero antes quiero mostrarte algo.

Omar se levantó y buscó el sobre que había dejado sobre la mesita ubicada en la punta del cuarto. Lo abrió y extrajo varias fotos viejas.

— Mirá, acercate —le pidió él.

Elena fue por la que ella traía en su cartera y se sentó junto a él. Y allí, ambos, desnudos y enamorados, ubicados en los silloncitos miraron las fotos

que estaban extendidas sobre la mesa. Seguían desenmarañando el trozo de la historia que se había perdido. El enredo de hilos invisibles exigía transformarse en un ovillo ordenado, y ellos observando las viejas imágenes se ofrecían como artífices de esa tarea. La memoria oculta pedía a gritos ser liberada, y ambos se brindaban como paladines de esa emancipación. Para eso estaban allí, para darle paz al aleteo de la mariposa, que todavía no descansaba. Sólo que Omar y Elena no lo sabían.

— Ésta es mi bisabuela Mariana con su marido, Rodolfo González. Él era hijo de una pareja de anarquistas españoles que vinieron huyendo de Europa por sus ideas.

Elena observó a la mujer con detenimiento. No llevaba trenzas pero parecía ser la misma chica que aparecía del brazo de Peter en la fotografía, sólo que con algunos años más.

— ¿Vos qué decís? —dijo poniendo ambas fotos juntas—. Es la misma persona, ¿no?

— Creo que sí... —dijo Omar pensativo, por momentos se sentía un intruso desnudando realidades ocultas por años, pero luego de unos segundos agregó—: ¿Te das cuenta del detalle?

— ¿Cuál?

— Ella era la madre de Daniel González —dijo Omar rotundo.

— ¡O sea que la chica que estaba con Peter era la madre del que lo asesinó!

— Sí... Es evidente que eran amigos, por algo estaban juntos en Comodoro durante una fiesta con antorchas.

— O eran novios —dijo Elena, y mirando la foto más de cerca, añadió—. Te dije que esto me suena a algo romántico.

— Es posible.

— ¿No será que Daniel González descubrió que su madre, tu bisabuela, tenía algo con mi abuelo, su viejo amor, y por eso lo mató? —dijo echándose el cabello para atrás dejando sus pechos desnudos y desafiantes frente a las narices de Omar.

— Todo puede ser. Ya averiguaremos el resto. Ahora es mejor que nos vistamos, si no yo no salgo más de este cuarto. Tenerte acá desnuda para mí solo es demasiada tentación. Me quita hasta el hambre.

— A mí me pasa lo mismo, pero algo tenemos que comer. Vamos —dijo y metió las fotos en la cartera. Si podían las seguirían mirando tranquilos en el restaurante. Luego comenzó a buscar su vestido que había quedado tendido

junto a la puerta del cuarto. Omar se daba cuenta que Elena jamás dejaba la ropa sobre algo, simplemente la tendía en el suelo como si fuera el mejor placard. Mientras la observaba divertido le comentó:

— Mi bisabuela Mariana y su familia vivieron mucho tiempo en Puerto Deseado. Tal vez allá podamos encontrar algún dato.

— Deberíamos hacer un viajecito juntos.

— Me gusta la idea —respondió Omar. Con ella estaba dispuesto a ir hasta el fin del mundo.

Salieron abrazados del hotel rumbo al estacionamiento, en busca del auto de Elena. La noche era preciosa.

En menos de una hora estaban en el restaurante, sentados a una mesa junto la ventana. Pidieron *vol au vent* de mollejas y champignones, para él, y *magret* de pato a la naranja, para ella. Degustaban la comida y brindaban con vino blanco, cuando él no pudo resistir más y dijo aquello que era el motivo que lo había traído a Buenos Aires; lo que le quemaba el alma desde el día en que la vio desaparecer por la manga del avión en Comodoro.

— Elena, te amo, quiero vivir con vos. No sé cómo podríamos armarlo con tanto viaje tuyo y mío, pero lo cierto es que quiero vivir con vos. Quiero que seas mi mujer, si es necesario que lo hagamos con papeles, no tengo inconveniente.

Elena estaba estupefacta. ¿Le estaba proponiendo matrimonio?

— ¿Vos decir casarnos?

— Sí, lo que vos quieras, estoy entregado.

— Ay, Omar, esta relación tiene una serie de complicaciones que hay que ver cómo resolvemos, pero la verdad es que yo siento lo mismo.

La palabra *matrimonio* la asustaba, y más con un González... Podía imaginar la cara de su hermano Pedro cuando le contara la noticia. Pero estaba enamorada hasta la médula.

— Pensalo. Yo viajo pronto a Chile, así que tenés tiempo, pero te lo propongo en serio... —dijo mirándola profundamente a los ojos. Luego, emocionado por lo que acababa de hacer, tomó la copa y agregó: —Ahora brindemos por el amor que nos lleva a cosas impensadas.

Las copas tintinearón y la propuesta comenzó a germinar en la cabeza de Elena. Lo quería, lo amaba. No era una locura. Habría que ver cómo. Todo se podía arreglar. El Chardonnay hacía su efecto y de pronto se sentía arrojada: ya estaba eligiendo la playa donde se irían de luna de miel. Los dos estaban

felices, eufóricos. La comida, el vino, el reencuentro, los planes. Cada cosa hacía su parte en la construcción de la felicidad de la noche.

Sin pedir el postre, Omar le dijo:

— Vamos al hotel. No quiero más comida, te quiero a vos.

— Vamos —le respondió Elena sin dudar.

En algunos minutos estacionaban en el auto y caminaban rumbo al hotel, Elena no pensaba regresar a su casa. Dormiría con Omar y temprano pasaría por su departamento para cambiarse de ropa. Las menudencias de la vida normal no le importaban en absoluto ¡estaba con Omar! ¡Y él le había dicho que quería algo serio con ella! En cuanto estuvieran en el cuarto, Elena había decidido que aceptaría su propuesta.

Caminaban abrazados por la 9 de Julio, a metros ya de la entrada del hotel. Omar le acababa de dar un beso en la boca, cuando ella escuchó que la llamaban.

— ¡Elena, Elena!

La voz sonaba familiar, se dio vuelta. Pedro y Pablo Wilson Garrott venían a su encuentro.

— Hola —saludaron divertidos los dos hombres rubios. Encontrar a su hermanita con un novio del que no había dicho ni palabra, no sucedía todos los días.

— Hola —respondió Elena, tensa.

Omar, mudo, miraba la situación.

— Qué casualidad —exclamó Pablo.

— ¿Estás paseando? —agregó Pedro.

— Vengo de cenar con un amigo —dijo Elena soltándose de improviso del brazo de Omar—. Él es Omar —se mordió la lengua, casi se le había escapado el apellido.

— ¿Ustedes cómo están? —Se dio cuenta de pronto de que entre la emoción y el apuro del encuentro con Omar ni siquiera los había llamado por teléfono.

— Perfecto, también venimos de cenar, comimos pizza acá enfrente. Fue un día cansador pero productivo. Hemos estado consultando sobre el tema del infeliz ese que reclama. Un abogado amigo mío dice que podemos defendernos.

A Elena le bastó un instante para comprender de qué hablaban.

— Omar, querés ir pidiendo la llave, te veo en un minuto.

— Sí, te espero adentro.

Omar también se había percatado de qué se trataba la conversación. Pero ¿qué hacer? ¿Un gran escándalo? Ella debería haberlos presentado como correspondía. Omar subía las escaleras de la entrada del hotel pensando que era evidente que los hermanos no sabían nada de la relación entre ellos, ni de quién era él. Con razón Elena no había querido tocar el tema sobre qué opinaban sus hermanos.

Mientras tanto, Elena conversaba afuera con Pedro y Pablo. Su hermano mayor le explicaba:

— Mi amigo nos dijo que ese legado está viciado de indignidad, ya que Daniel González asesinó a la persona que se lo otorgó. Y su heredero, en este caso Omar González, lo recibe con el mismo vicio. Es decir que el legado sirve, siempre y cuando nosotros no nos opongamos —explicaba vehementemente Pedro.

— ¿Y ustedes qué piensan a hacer? ¿Se van a oponer? —preguntó Elena.

— Por supuesto que nos vamos a oponer. ¿O acaso vos pensás aceptarlo?

— Sí. —A Elena le castañeteaban los dientes por el fresco de la noche y los nervios.

— Estás loca y encima estás temblando. Terminemos de hablarlo mañana. Andá a despedir a tu amigo.

— Sí, me parece lo mejor. Mañana cenamos juntos en casa —alcanzó a decir ella con un hilo de voz.

— Elenita, quedate tranquila que mañana te explico bien todo. Lo vas a entender —agregó Pedro.

Muerta de frío, subió los escalones abrazándose a sí misma; como siempre, no había traído abrigo. Adentro Omar la esperaba.

La vio acercarse y de inmediato le inquirió:

— Hablaban del legado, ¿no?

— Sí.

— Y de mí también.

— Sí.

— ¿Les dijiste algo sobre nosotros?

— ¡No, Omar, cómo querés que les diga! —La conversación con sus hermanos la había dejado alterada.

— No es tan descabellado, te estoy proponiendo que seas mi mujer y vos no sos capaz de presentarme ni de explicar que no soy la clase de la

persona que ellos piensan.

— Ya se los dije cuando nos juntamos ayer. También les dije que yo no me iba a oponer a tu legado.

— ¡El legado me importa un carajo! Quiero saber qué pensás vos.

— Que tenés razón y que sos una buena persona.

— ¿Y entonces, Elena, por qué no actuás en consecuencia? ¿Qué te pasa? Realmente esperaba otra cosa de vos —dijo con dureza. Elena nunca lo había visto así, era una faceta desconocida para ella. Siempre tan tranquilo jamás había estallado así.

— ¡Pasa que yo no puedo solucionar todos los problemas que se presentan! Y la verdad es que este lío empezó porque tu abuelo mató al mío, y no al revés. Al final, los Wilson Garrott tenemos menos culpas que los González. Mirá cómo habrá sido de bueno mi abuelo Peter que le dejó tierras al tuyo, que lo terminó asesinando.

— Por algo lo habrá matado, pensá que el asesino era sólo un muchacho. Peter no debe haber sido ningún ser maravilloso.

Lo miró enojada, a punto de contestarle una barbaridad, pero eligió decirle lo que sabía le dolería más.

— ¿Sabés qué? Me voy. No sé qué hago acá con vos.

— Sí, la verdad. Andate de una buena vez.

Elena se dio media vuelta y se marchó. Omar buscó las escaleras; subiéndolas a paso vivo un dolor lo punzó: sólo unas pocas horas antes habían pasado por ese lugar con Elena, matándose a besos. El odio Wilson-González nunca iba a acabar.

Elena de camino al auto se limpiaba con las manos las lágrimas del rostro, pero una vez dentro de él estalló en un llanto cargado de sollozos. Estuvo así varios minutos hasta que se sintió en condiciones para manejar hasta su casa. Al llegar, su estado era deplorable. Su hermano Marcos le preparó un té y se dispuso a escucharla. Ella, sin soportar más el peso de lo que vivía en secreto, le contó todo. Marcos, todo paz y amor como era, no dudó un instante de que el legado, las tierras y los odios se podían ir por el retrete porque eran lo de menos; lo importante era el sentimiento que había nacido entre ella y ese hombre, juzgaba que los apellidos no tenían ningún peso. Hablaría con sus hermanos para convencerlos

Elena se sosegó pensando que al día siguiente se levantaría temprano e iría a hablar con Omar. Se amaban y juntos iban a encontrar la solución.

Por la mañana desayunó temprano y se preparó para pasar por el hotel de Omar antes de ir al trabajo. Cuando llegó y en el lobby preguntó por él, le respondieron que había salido muy temprano rumbo al aeropuerto. La joven recepcionista, tal vez pensando que le hacía un favor, le aclaró lo que había alcanzado a escuchar de boca del huésped:

— El señor nos dijo que tenía vuelo a Chile.

Elena salió a la puerta de inmediato, necesitaba aire. Se asfixiaba. Quería llorar y al mismo tiempo se sentía ofendida y enojada.

¡Así que se había ido sin siquiera avisarle! ¡No podía creerlo! En esta discusión todos tenían razón y al mismo tiempo ninguno. Y eso Omar no lo entendía, era un obstinado que sólo miraba su situación. Era egoísta de su parte que no comprendiera todo lo que ella tenía que enfrentar. Elena se sentía dispuesta a lo que fuera por él, pero necesitaba tiempo para acomodar las nuevas circunstancias, esto no se hacía de un día para el otro. Porque, si no, todo se rompía, hasta ella misma. ¿Qué le quedaba si se peleaba con toda su familia? Nada. No podía ni quería transformarse en la traidora de los Wilson Garrott. Necesitaba poder explicarles lo que había vivido, lo que sentía, precisaba espacio para arreglar los líos.

Ya en el avión rumbo a Chile, Omar también meditaba. Se sentía defraudado. Había estado dispuesto a todo por esa mujer que le había trastornado la vida y ella se lo había rechazado. No había valorado la importancia de lo que le ofrecía, ni siquiera había sido capaz de ponerse firme frente a esos engreídos de sus hermanos. Él los había escuchado hablar con ese afectado acento francés. Los eternos rencores entre los González y los Wilson continuaban.

## CAPÍTULO 8

### Ayer

#### *La Soñada, principios de 1908*

A Peter y a su padre les tomó casi un mes poner todo a punto en la estancia La Soñada para la mudanza de la familia. Eran muchos los arreglos que había que hacer. Se agregaron dos cuartos nuevos a la casa y se arreglaron todos los pisos; también habían decidido ampliar el riego haciendo ellos mismos la nivelación, la construcción y el mejoramiento de los canales que ya existían. Compusieron todos los alambrados del predio e hicieron uno de los famosos baños de creolina contra la sarna para las ovejas. Como el dueño anterior se había encargado de la señalada y de la esquila, ellos no necesitaron hacerlas. También aprovecharon para despedir a los peones que no les convenían y tomar a otros más calificados.

Se daban cuenta cuán sacrificada era la vida de los pobres infelices que realizaban las tareas más rudas en la estancia. Casi no tenían beneficios y su vida era pura privación. Trabajaban para comprar alcohol y se conformaban con darse algún gusto, como adquirir en el almacén un poncho nuevo o un regalo para una mujer. Los trabajadores despedidos de La Soñada se fueron mascullando bronca contra los «gringos», destilando una pendencia contagiosa. Los Wilson, aún siendo inmigrantes, reconocían cuán rápido se propagaba por las estancias ese terrible tizne y llegaba a contaminar el tejido de toda la sociedad patagónica, como una espantosa gangrena social que avanzaba sin parar, que se llevaba tanto a pobres como a ricos hacia un abismo desconocido. Pero así estaban las cosas, y cada uno ocupaba su puesto en el ajedrez de la vida, sin haber podido elegirlo. Porque si por ellos hubiera sido, se habrían quedado en el estado independiente de Orange y no habrían tenido que huir de los malditos ingleses en busca de libertad a este punto lejano del planeta. Los Wilson se daban cuenta de que si bien algunas veces sus ojos celestes y su pelo claro les abrían puertas, otras veces eran odiados y discriminados simplemente por ser extranjeros. Por esta razón estaban dispuestos a hacer todos los sacrificios necesarios para ser de esta tierra, como los que llevaban haciendo en los últimos meses en las dos



estancias. En La Soñada el trabajo había sido duro y recién cuando todo estuvo listo, padre e hijo partieron de regreso. Peter pensaba constantemente en cómo aprovechar mejor el tiempo para lograr celeridad en la mudanza. Se daba cuenta de que debía apurarse en llegar a Maan y, desde allí, volver a La soñada para ayudar a su familia a instalarse. Sólo entonces podría ir a buscar a Mariana. Tal vez llegara un par de semanas más tarde de lo prometido, y esto lo preocupaba; no quería que ella sufriera sin razón.

Mariana, una vez instalada con los Williams, sentía que todo lo vivido en Comodoro había sido un sueño. Tenía un calendario que le habían regalado en Casa Lahusen y con una cruz, como si fuera un presidiario, marcaba cada día que pasaba y la acercaba a la fecha en que Peter había prometido ir a buscarla. Lo hacía de noche porque durante el día llevaba una vida muy ocupada, entre los quehaceres de la casa y el cuidado de las niñas. Se levantaba antes de la 6 y desnatava la leche del día anterior para hacer la manteca, luego preparaba el quesillo para el desayuno y colocaba la leche cuajada a escurrir. Mientras tanto preparaba el café y ordenaba los dormitorios. A las siete en punto desayunaban todos juntos en la mesa. Luego Elliot y su mujer partían a ocuparse cada uno de sus cosas, él de las ovejas y del campo y ella de la huerta. Durante el resto del día, Mariana cuidaba de las tres niñas, limpiaba y se encargaba de preparar las comidas. El «peón del patio» (como se lo llamaba al encargado de esa zona) le traía los cortes carneados y ella iba a buscar los huevos y las verduras a la huerta. La actividad terminaba por la tarde, y a las siete y media cenaban. Los Williams eran bastante estrictos con los horarios. Mariana esperaba ansiosa que las pequeñas comenzaran pronto las clases con la institutriz de los vecinos alemanes, así tendría un poco de descanso. Lo necesitaba porque desde hacía un tiempo lo único que deseaba era dormir. Se sentía muy cansada.

Sólo los fines de semana eran más relajados. Un sábado por la noche estaban todos en el comedor, a pesar de ser la diez de la noche. Las niñas, tendidas sobre el suelo, jugaban con dos caballitos de madera fabricados por un peón; Elliot leía un libro en un rincón y Mariana bordaba un juego de servilletas junto a Catherina, que le daba instrucciones de cómo hacer la vainilla al estilo bóer. La mujer complacida ante el cuadro que ellos mismos formaban en el comedor, satisfecha comentó:

— Me gustan los sábados por la noche, estar todos juntos y tranquilos, son los mejores momentos de la vida.

— Señora Catherina, usted tiene una linda familia.

— Sí, una buena familia es uno de los mejores regalos que la vida nos puede dar. Tú pronto emprenderás la tuya. Ya falta poco para que venga Peter Wilson a buscarte, según nos dijo cuando vino a Comodoro.

Mariana, que recordaba ese día perfectamente por ser uno de los más importantes de su joven existencia, respondió con ojos llenos de añoranza:

— Así es, señora.

Catherina Williams, viendo la expresión en el rostro de Mariana, decidió que era un buen momento para hacerle el comentario que desde hacía tiempo quería.

— Mariana, tú eres muy joven y, dado que vives en mi casa y bajo nuestro cuidado, siento que es mi deber decírtelo. Antes de irte con Wilson, tienes que asegurarte de que su proposición sea realmente seria.

— Señora, yo conozco muy bien a Peter. Él tiene sentimientos leales hacia mí. Tenemos planes juntos desde hace mucho.

— No es que piense mal de Wilson pero... él es sólo un muchacho.

— Peter vendrá a buscarme para casarnos.

— Si esto sucede, aunque aquí seas muy necesaria, estaremos felices por ti —declaró la mujer mientras seguía bordando. Mariana se sintió tranquila de haber podido hablar con la señora Williams y explicarle que Peter la quería de verdad. Luego la conversación dio un giro y comenzaron a hablar sobre el zorro que en los últimos días se había metido en el gallinero robándoles todos los huevos.

Minutos más tarde, Mariana, que dormía en el cuarto con las niñas, miraba aliviada sus rubias cabecitas descansando sobre la almohada. Les había contado más cuentos de los permitidos y ahora las tres descansaban plácidamente. A pesar de que el sueño y el cansancio la urgían a apagar la vela, sola y en paz por primera vez en el día, no quiso dejar de tachar en su calendario el día transcurrido, el último de febrero. Faltaba solamente un mes para que Peter viniera por ella. Acercó el pequeño almanaque a la luz del candelero y, con el lápiz que guardaba en el cajón de la mesita, hizo la marca triunfal. Como si fuera un documento importante, observó el mes entero lleno de marcas y entonces una idea se le cruzó por la cabeza, y el corazón y el estómago le dieron un vuelco: ¡hacía más de dos meses que no le venía el período! Se desesperó. Según lo que ella sabía, después de haber estado con Peter en el hotel, la ausencia de sangre solamente podía significar una cosa: estaba embarazada. Le parecía increíble pensar que pudiera ser así, pero

recordaba que su madre le había advertido muchas veces que eso podía suceder si tenía intimidad con un hombre. Era un problema terrible, demasiado grave como para poder solucionarlo. Agobiada por el tremendo sueño que la perseguía desde hacía un tiempo, Mariana no pudo más y cerró los ojos apenas apagó la vela.

Tras el regreso de Ian y Peter a la estancia Maan, habiendo dejado ellos La Soñada en condiciones, todos en la casa trabajaban para poder mudarse cuanto antes.

Susan, Anne y la india Teu llevaban una semana empacando ropa y enseres, por más que Ian les había explicado que no hacía falta llevar demasiado porque la casa estaba bastante equipada. La obsesión de Susan era tener todo listo, empaquetado y etiquetado, y esto llevaba tiempo. Para colmo, durante el fin de semana unos viajeros que iban camino a Colonia Sarmiento y venían de Comodoro, les habían pedido albergue en la estancia. Susan tuvo que sacar las sábanas y la ropa blanca que ya estaba limpia y empacada para armarles las camas. Había sido una complicación, pero lo había hecho con gusto. La gente le había dado pena, era una familia con un niño pequeño que llegaba descompuesto por el viaje. El viento lo tenía a mal traer, al punto que le había hecho subir la fiebre. Anne, compasiva, le había preparado al chico un postre del cual él solamente pudo probar dos bocados, a pesar de que ella se lo había dado con la cuchara en la boca.

Susan pensaba que la Patagonia no era para todos y que por suerte los viajeros se habían quedado en su casa sólo una noche. Al mediodía siguiente partieron y ella pudo volver a lavar y empacar todo.

Desde primera hora del lunes anterior a la mudanza, Susan iba y venía por la casa haciendo los últimos ajustes de lo que iban a llevar. Ella y Teu terminaban de cerrar un baúl con una tanda de ropa de cama, cuyo planchado les había llevado varias horas. Susan estaba agotada, y al no ver a Anne por ningún lado, se dio cuenta de que desde el desayuno su hija no aparecía para ayudar.

— ¿Qué le pasa a Anne que no viene? Ya le he dicho que no hace falta ponerse a preparar comidas. Ahora hay que pensar en la mudanza.

— Hoy no estuvo por la cocina. Ayer tampoco. Me dijo Gonika que se sentía mal. Creo que todavía está en su cuarto —respondió Teu.

— ¿En su cuarto? —Susan, atareada como estaba desde hacía días, no se había percatado de que su hija no estaba en la cocina. Hacía una semana que

no tenía ojos más que para los baúles, la ropa y los utensilios de la mudanza. Le pareció raro que estuviera en su habitación y decidió ir a ver qué estaba sucediendo.

Al entrar a la pieza, una sola mirada con ojos de madre le bastó para darse cuenta de que algo andaba muy mal. Anne estaba en el lecho tapada hasta la cabeza y murmuraba incoherencias. Lo primero que Susan pensó fue que eran malestares provocados por el miedo a mudarse, pero tocándole la frente comprobó que ardía de fiebre. Su madre no imaginaba que Anne teniendo a Gonika a su lado, ya no extrañaría en ningún lugar, la etapa del desarraigo estaba completamente superada; ésta, en cambio, era una verdadera enfermedad.

— ¿Anne, qué te pasa? ¿Desde cuándo estás así?

— Mamá, me siento mal —dijo ésta a punto de llorar. Su voz sonaba extraña y ronca.

— Teu, trae agua fresca para beber y alcánzame paños húmedos para la cabeza. Haz que llamen a Ian o a Peter, que están en el campo. Necesitamos que alguno busque al doctor.

Susan se preocupó al observar los síntomas. Había pasado muy poco tiempo de la epidemia de escarlatina y difteria, y ambas enfermedades tenían síntomas similares a los que presentaba Anne. Se acordó de la familia Spinozzola, que había perdido a sus tres hijas, y se encomendó a Dios con una oración.

\* \* \*

Al mediodía llegó el doctor Cornelio Dirks, médico y colono bóer en quien los Wilson confiaban plenamente. El hombre les confirmó el diagnóstico: difteria. Y también la noticia de que este año otra vez había epidemia en Comodoro y ya se hablaba de cerrar nuevamente las escuelas.

A la tarde, Anne tosía sin parar, con un sonido semejante al ladrido de un perro. A todos les daba escalofrío escucharla. El estado de su aparato respiratorio era delicado. El médico les había dicho que debían cuidarla mucho. Se le engrosaría el cuello por la inflamación de los ganglios y probablemente se le formaría una membrana en la garganta. También les

explicó que algunas personas no sobrevivían a la enfermedad. Cuando se pronunciaron estas palabras, la familia entró en un abismo de preocupación y desazón. A esto se sumaba el caos de no encontrar nada por ningún lado, porque todo ya estaba empacado. Nadie sabía bien qué hacer, si seguir preparando la mudanza, ir a trabajar o simplemente quedarse en la puerta del cuarto de Anne, rogando que sanara pronto. Cosa que hizo Gonika durante las primeras horas; luego, desesperado al no ver mejorías, decidió ir a consultar a una india que vivía en la toldería, famosa por conocer la planta indicada para cada enfermedad. Teu lo acompañó.

Susan estaba casi segura de que su hija se había contagiado del niño enfermo que traían los viajeros de Comodoro que habían pedido refugio. Maldijo la costumbre patagónica de dar cama y comida a todos los que las pidiesen.

Cuando Peter llegó a la casa y se enteró de lo que ocurría por boca de su madre, el primer pensamiento que le vino a la mente fue que la mudanza no se haría el día planeado y que el tiempo de retraso seguiría corriendo en su contra; pero al ver a su hermana, afiebrada y con el cuello hinchado, se sintió culpable por su egoísmo y decidió preocuparse por lo que urgía en ese momento: la salud de la pequeña Anne. Era su única hermana, sangre de su sangre y lo necesitaba a su lado.

Los días pasaron y los cuidados amorosos para con Anne fueron muchos y dieron resultados. Las tazas de té que le traía Gonika, los ungüentos que le aplicaba el doctor Dirks, las noches en vela de su madre, rogando arrodillada al lado de la cama, y el cariño de su padre y su hermano, que sin hacerle caso a Susan y sin temer la enfermedad entraban al cuarto y la besaban, al fin trajeron la mejoría que se esperaba. Anne se recuperaba de a poco. Estaba débil pero sanaría. La única preocupación era si le quedarían secuelas, como fiebres reumáticas o problemas en el corazón, aunque confiaban en que no sucedería.

Para cuando Peter se enteró de que su hermana estaba fuera de peligro y que se reanudaban los planes de la mudanza, ya llevaba varios días sin dormir y comiendo poco y nada: la preocupación por Anne y la de no cumplir la promesa hecha a Mariana se lo habían impedido. Pero le bastó la orden de su padre para retomar el plan de partir a La Soñada con entusiasmo. Lo que él deseaba era estar ya de regreso de esa estancia para ir a buscar a su amada.

Mariana tenía más de tres meses de embarazo y de Peter no sabía nada. Por las noches se desesperaba pensando que pronto se le notaría el abdomen abultado. Al mismo tiempo, se enternecía al pensar que dentro de ella se gestaba un hijo de Peter, un niño, que imaginaba rubio y de ojos claros como él. Peter se había retrasado más de un mes en la fecha que le había dicho vendría por ella, Mariana pensaba que algo debía haberle pasado, porque él le había prometido volver. Por momentos la asaltaban las dudas: ¿y si había perdido interés en ella? No, no podía ser. Si eso pasaba, ella tendría que hablar con la señora Williams cuando su embarazo avanzara. Se imaginaba la situación y creía morir de vergüenza, porque se acordaba muy bien de sus advertencias de cerciorarse de que Peter Wilson la quisiera de verdad. Si él no venía, no se quedaría en casa de los Williams para que todos vieran su vergüenza. Ante esta situación, la única posibilidad era volver a la casa de su madre. Ya le parecía escuchar sus regaños. Ella siempre le había dicho que lo peor que podía pasarle era que un hombre la dejara con un hijo en las entrañas, era lo más infame del mundo, y lo sabía porque ella misma lo había sufrido. Ser mujer y estar sola en esa situación es terrible, le repetía. Y ahí comenzaba a contarle cómo tuvo que trabajar y soportar cosas que no le desearía a nadie. Mariana sabía lo que era ser señalada como la hija sin padre. Imaginar estas situaciones la destrozaban. Además pensaba que si su padrastro no la aceptaba en la casa, su madre no podría hacer nada. Ella ya tenía muchos niños por criar.

Cada vez que llegaba a este punto, Mariana interrumpía sus negros pensamientos con una frase que se repetía a sí misma buscando tranquilizarse: «Peter me quiere y vendrá por mí». Y de esa manera seguía viviendo sin enloquecer.

A pesar del cansancio que sentía desde hacía varios días, esa mañana Peter estaba exultante. Montado en su caballo veía cómo las ruedas de los carros daban las primeras vueltas partiendo hacia La Soñada y se sentía feliz. Miraba hacia la estancia Maan, que quedaba atrás, ocupada únicamente por algunos peones, y pensaba que pronto regresaría para instalarse en ella solo. Tenía un plan: volvería a la estancia para administrarla, tal como habían ideado con su padre, durante los años en que el resto de la familia vivía en La Soñada, pero una vez instalado allí lo primero que haría sería buscar a Mariana. Se casarían en Comodoro y, ya casados, su familia no podría decir nada. Les explicaría a sus padres que todo se haría conforme a lo hablado,

pero él no estaría solo sino con su esposa. Porque con Mariana trabajarían juntos en la estancia Maan.

Pensaba en estas cosas cuando la pregunta de Anne, que iba en la parte delantera del carro, lo sacó del ensimismamiento.

— Peter, ¿estás seguro de que hay suficientes ollas en la casa nueva? — Anne, temerosa de que tuviese que sacrificar alguna de sus actividades por falta de utensilios, se interesaba por ellos.

Peter se dio vuelta y la miró sin entender. Parecía que las palabras no le entraban en la cabeza. No comprendía su significado. La presión de las últimas semanas se hacía sentir en su físico.

— Peter, ¿me escuchas? —La voz de su hermana le llegaba desde el más allá.

— ¡Peter!

Necesitó un largo rato de concentración para que su cabeza se comunicase con su lengua, y recién entonces las palabras le salieron de la boca con dificultad:

— Sí, Anne, sí... Quédate tranquila...

Anne lo miró preocupada. Algo extraño le pasaba a su hermano.

El viaje de los Wilson a La Soñada, con todos sus carros, bártulos y gente de confianza, ya casi llegaba a su fin. Consideraban que Dios los había acompañado, porque todo había salido a la perfección. El clima había sido excelente y encontraron los caminos en buen estado. Para mejor, como ya habían hecho el mismo trayecto otras veces, terminaron animándose a tomar un atajo que les ahorró un día entero de marcha. A Peter el último trecho se le hizo eterno. No quiso decir nada, pero montado en su caballo sentía que el sol lo quemaba vivo y que la cabeza se le partía. Además desde la mañana le ardía terriblemente la garganta.

Cuando llegaron y estaban todavía descendiendo de los vehículos, Peter al mirar la puerta principal se relajó y, con un hilo de voz, exclamó: «Al fin». Al hacerlo el mundo se le dio vuelta y la oscuridad lo cercó, mientras caía estrepitosamente frente a los ojos atónitos de todos.

Segundos después, Anne gritaba, Ian actuaba y Susan rogaba. Ya imaginaba lo que estaba ocurriendo: su hijo se había contagiado la difteria. No podía ser otra cosa.

Las predicciones de Susan eran ciertas: Peter había contraído difteria.

Aunque por momentos la familia sintió temor, debido a que era una enfermedad muy mala, los tranquilizaba saber que él era un hombre fuerte. Peter luchó contra la enfermedad y le ganó, aunque tardó un par de semanas en restablecerse. Ayudó en su curación el hecho de que ya habían pasado por eso con Anne y conocían los métodos para paliar la dolencia, a pesar de que aún no se hubiese descubierto ningún remedio específico.

En cuanto comenzaron a verse las mejoras, Peter empezó a hablar de partir. Y cuando estuvo completamente repuesto, aunque todavía estaba débil, se marchó junto a dos peones. Sus padres hubiesen querido que se quedara más tiempo descansando en La Soñada, donde ya estaban instalados, pero él, desesperado al ver que la fecha prometida a Mariana había pasado hacía mucho, decidió partir a cualquier precio, aun el de su salud. Entre todos los contratiempos llevaba un atraso de tres largos meses. Era demasiado.

En casa de los Williams todo parecía normal, aunque no lo era. Elliot, Catherina y las niñas estaban perfectamente, sintiéndose menos forasteros y más acostumbrados a la vida patagónica, pero a Mariana la abrasaba un dolor inexplicable. Desde su llegada, había pasado por diversos estados de ánimo y malestares físicos. Al principio, la había invadido una gran somnolencia que no la dejaba ni pensar, luego vinieron las náuseas, que ocultó como pudo, y ahora que se encontraba con seis meses de embarazo y llena de vitalidad, se sentía acuciada de dudas y angustias.

¿Por qué Peter no había ido por ella? ¿Acaso se había arrepentido? ¿O es que nunca la había querido como dijo? Mirando el calendario se sentía enloquecer: hacía seis meses que no veía a Peter, casi cuatro desde la fecha en que él debería haber venido por ella. Y lo más tremendo: ¡tenía un embarazo de seis meses o sea que el niño nacería en tres meses!

Pronto no podría ocultar más su estado. Hasta ese momento, el invierno tan crudo le permitió taparse con la ropa de abrigo, pero eso se acabaría pronto. Su delgadez mostraba cada vez más su panza redonda y rotunda. Iba a tener que tomar cuanto antes la decisión de contarles a los Williams toda la verdad o marcharse de la casa.

Esa tarde, Mariana preparaba la merienda para las niñas inmersa en su dilema, cuando escuchó la voz de Catherina haciéndole la misma pregunta que ya le había hecho en dos oportunidades:

— Mariana, ¿no has tenido noticias de Peter?

Ella suspiró. Le era difícil responder.



— No... no tengo, usted sabe que las cartas aquí no llegan, y eso hace que la comunicación sea muy difícil.

Catherine se dio cuenta de que Mariana estaba a punto de quebrarse. Decidió llevar la conversación hacia otro punto, buscando darle un consejo que la consolara.

— No debes preocuparte, tú eres joven y encontrarás un esposo que te quiera bien y con quien formar una hermosa familia.

— Sí, pero Peter... yo... —estaba a punto de largarse a llorar y contarle toda la verdad, pero Catherina continuó:

— Mira, Mariana, a veces a los hombres los asusta el compromiso, sobre todo cuando son tan jóvenes como Peter, y entonces desaparecen. Pero no te inquietes, lo más probable es que el que va a ser el padre de tus hijos aparezca más pronto de lo que tú crees.

Al escuchar la última frase, Mariana rompió en llanto. Catherina la abrazó conmovida. Mientras lo hacía, Mariana decidió que jamás le contaría la verdad a los Williams; no quería pasar por la vergüenza de explicarles que esperaba un hijo de un hombre que no la quería, alguien que había huido al compromiso. Porque Catherina era bóer, como los Wilson, y debía entender bien qué era lo que estaba pasando. Tal vez hasta se había comunicado de alguna manera con Susan Wilson y hablaba conociendo el tema.

\* \* \*

Entretanto, Peter marchaba en su búsqueda y cada día de camino le pesaba como un suplicio. Lo torturaba pensar que Mariana sentiría que él le había fallado. Por la noche, cuando él y sus hombres, con los caballo agotados al límite, detenían la marcha y prendían la hoguera, rogaba que su querida Mariana estuviera bien y esperándolo. Cuando la angustia se le hacía insostenible, trataba de encontrar cordura pensando que ella no podía hacer otra cosa que esperar.

\* \* \*

Mariana caminaba por las calles de Comodoro y sentía que sus pies le pesaban toneladas. Le faltaba la respiración. Un terrible malestar se apoderaba de ella y no era fruto de los más de seis meses de embarazo que ya tenía: la destrozaba saberse en ese lugar, donde había estado con Peter la última vez que se vieron. Era como si cada esquina, cada árbol y cada cartel guardaran un trozo de su historia con él. Ya casi llegaba a la pensión donde pensaba pasar la noche, una de las tantas que ahora pululaban en Comodoro a consecuencia del descubrimiento de petróleo. Agradecía que el frío del invierno le permitiese vestir ropa larga y holgada, por si alguien en el pueblo la reconocía. El largo tapado marrón que le había regalado Catherina la abrigaba y ocultaba su vientre. Pensaba instalarse en la posada por un día y dedicarse a pensar qué iba a hacer con su vida. Necesitaba decidir si iría a la casa de su madre o si se las arreglaría sola, instalándose en otra ciudad. Durante el tiempo que trabajó con los Williams había ahorrado todo lo que le habían pagado; ese dinero ahora le serviría para vivir y enfrentar el nacimiento de su hijo, donde fuera que él naciera. Cuando consideraba la alternativa de ir a casa de su madre, se veía explicándole su embarazo y su ingenuidad ante las promesas de Peter, y como él le falló. Entonces le parecía escuchar todo lo que ella, con razón, tendría para decirle: «Cuántas veces te lo advertí, has repetido mi historia de vergüenza. Te esperan años de miseria y dolor».

Y lo peor de todo es que tendría razón. La había prevenido en muchas oportunidades pero para ella hubiera sido imposible relacionar los consejos de su madre a lo que había vivido con Peter. Esos dichos eran una cosa y el amor con él, otra. Pensaba que la vida era más complicada de lo que había creído, haciéndose adulta se daba cuenta. Tan sólo unos meses atrás era una niña ingenua y soñadora. Pero ahora ya no. Había aprendido la lección. Cuando puso el pie en el escalón de entrada de la pensión tuvo esto en claro. Sabía que debería hacer de tripas corazón y afrontar sola lo que fuera.

Unas horas después, Mariana ya estaba instalada en el cuartucho. Después de comer algo, se sentó en una silla junto a una mesita de madera y con un lápiz en la mano y dos hojas de papel frente a ella. En una había hecho una lista de las ciudades en las que podía llegar a instalarse; la otra contenía cálculos sobre cómo afrontar el pago de pasajes, la comida y el alojamiento durante los tres meses siguientes. No podría trabajar; nadie

tomaría a una embarazada en estado tan avanzado. Si había sacado bien las cuentas, podría enfrentar lo que se le avecinaba. Seguiría el plan de instalarse en Puerto Deseado o en Río Gallegos. Allí tendría a su hijo y luego comenzaría a trabajar. Una vez encarrilada su vida, pensaba buscar a Peter para contarle que habían tenido un hijo. Aunque él no se hubiera portado bien, tenía que saberlo.

Buscó en su bolso una tercera hoja de papel que le había dado Asunción Peñaloza, la dueña del hospedaje. Quería escribirle una carta a su madre, ella no sabía leer, pero pensaba pedirle que lo hiciera a la persona que se la daría. Asunción ya le había dado el dato de quién podía viajar y entregársela. Tomó el lápiz y comenzó a escribir.

*Querida madre, antes que nada espero que todos ustedes estén bien. Supongo que te llamará la atención que te escriba, pero he decidido hacerlo porque he tomado una importante decisión, y es la de dejar mi trabajo en el campo con los Williams. Creo que lo mejor para mí en este momento es mudarme a la ciudad. Allí hay muchas más oportunidades y...*

Se detuvo. El niño que llevaba dentro se movía con fuerza, y ella emocionada lo sentía. Se enterneció, se tocó la panza y le habló con lágrimas en los ojos, palabras dulces, durante largos minutos. Luego, más segura que nunca, continuó con su esquila. Su hijo merecía algo mejor que encerrarlo en casa de su madre, donde su padrastro lo trataría sólo como a unas manos más que servían para trabajar.

Cuando terminó de escribir se levantó de la silla e hizo algo que venía pensando hacer desde hacía bastante. Tomó la tijera que le habían prestado en la pensión y, frente al espejito que colgaba de la pared, se cortó las trenzas sin desatarlas. Nunca más las usaría. Las iba a vender. Todo el dinero que pudiera juntar le sería útil. Además, de niña de trenzas ya no le quedaba nada. Era una adulta con decisiones importantes que tomar, pensaba, con lágrimas en los ojos y las trenzas en las manos.

Dos días después Mariana ya estaba a bordo del barco a vapor *El Apolo* que la llevaría a Puerto Deseado. El viaje no estaba siendo para ella un suplicio como había pensado, sino todo lo contrario. Era un oasis en medio de sus problemas, un recreo antes de lo que le esperaba a su llegada. Una sola vez en el barco se había sentido mal y un matrimonio español, ya mayor, de

apellido González, que viajaba rumbo al mismo lugar que ella para instalarse junto a sus hijos, la había socorrido. Además, al enterarse de que iba sola a Puerto Deseado y en su estado, se habían ofrecido a ayudarla en lo que necesitara a su llegada. Charlar con ellos en la cubierta era para Mariana descubrir un mundo nuevo; la pareja defendía ideales anarquistas y se los explicaban con lujo de detalle. Ella los escuchaba con admiración; sentía que le abrían las puertas a un mundo nuevo. Le gustaban los González, eran decididos, fervorosos y apasionados en lo que creían. Mariana oía por primera vez concepciones como la que los seres humanos tenían derecho a no aceptar amo ni soberano, y la posibilidad de luchar contra quienes detentan el poder aun cuando éstos fueran representantes del Estado. Todas ideas poderosas y nuevas por completo para su joven oído y su tierno corazón, que se hallaba cansado de que siempre otros decidieran por ella.

\* \* \*

Comodoro Rivadavia y las tierras cercanas a la estancia Maan, junto a la inocente niñez de Mariana, habían quedado atrás. La muchacha respiraba una nueva realidad que todavía no acertaba a saber si era buena o mala.

En el humilde cuartito de la casa de Puerto Deseado resonaban llantos de un recién nacido. Mariana se sobresaltó, corrió hasta la cuna y lo alzó. Se abrió el camisón y lo prendió a su pecho para alimentarlo, y el niño se calmó de inmediato. Respiró aliviada, había temido no poder calmarlo. Sus miedos de madre novel la acompañaban. Era la primera vez que estaba a solas por completo con su hijo desde que había nacido, esa misma mañana. El matrimonio González la había ayudado todo el tiempo desde su llegada a Deseado. A tal punto, que hasta la habían alojado en una de las habitaciones de su casa. Al llegar el momento del parto, Rosa y Manuel se habían encargado de ir al puerto en busca de un médico, como se acostumbraba en estos casos y en los de gravedad, ya que los barcos anclados allí siempre tenían uno a bordo. La otra posibilidad habría sido esperar al doctor Mazzuchelli, el único facultativo en la zona, quien bajaba cada dos meses al pueblo desde Cabo Blanco donde residía junto a su familia; pero no había tiempo para eso.

El médico del barco había hecho su trabajo y Mariana, su parte; con valentía, había puesto al servicio de la vida sus fuerzas de joven madre. Y ahora tenía el premio junto a ella, entre las cobijas, succionando su pecho sin ninguna preocupación. Lo observó. Era blanquísimo, de pelito castaño; le había mirado los ojos y habría jurado que eran claros, pero Rosa le dijo lo que ya había escuchado antes: que al principio todos los bebés tienen los ojos azulados. Su hijo era lo único que le quedaba de Peter, ese hombre que tanto había amado y que sabía que tendría que olvidar. Deseaba llorar, y estaba a punto de hacerlo cuando vio que el niño, extenuado, soltaba su fuente de alimento. Lo acomodó y lo arropó. Lo miró colmada de amor, y pasándole el dedo índice por la frente sintió su suavidad y una ola de ternura que la invadía. Quería brindarse por entero a ese ser dulce y pequeño, al que desde hacía sólo horas le conocía el rostro, pero al que ya amaba profundamente ¿Qué podía darle a ese bebé? No tenía nada, salvo amor. Había nacido sin techo, en breve ella debería irse de la casa de los González, ya bastante la habían ayudado. Nacía sin padre y sin familia, aunque Peter la había amado en algún momento, estaba segura. Pensaba en todo esto, tratando de consolarse, cuando algo vino de repente a su memoria que la hizo levantar de nuevo de la cama. Fue hasta el bolsito de cuero marrón que estaba sobre una silla en el cuarto donde guardaba sus únicas pertenencias y, hurgando en él, encontró lo que buscaba. Con el pequeño envoltorio se acercó a la cama y se sentó junto a la criatura. Desenvolvió el pañuelo blanco y extrajo el broche bór de plata que Peter le había dado la noche que habían pasado juntos en Comodoro. Con devoción tomó las dos puntas de la sabanita donde estaba envuelto su hijo e hizo pasar la joya, quedando la misma abrochada a la tela y refulgiendo sobre el pecho de su niño.

Su bebé, los recuerdos, el broche... Los sentimientos la arrasaron. Se acercó al pequeño y le llenó la cara de besos; su amor y la prenda de su padre eran lo único que tenía para darle. En medio de estos pensamientos, su boca paladeó la suavidad de la piel del bebé junto a la sal de sus lágrimas; las cosas no habían salido como esperaba, pero igual se sintió agradecida. Llegaría el día en que su hijo sería grande y ella le explicaría que esa joya había sido importante para su padre y que por eso había querido dársela a ella, aunque el final de su historia de amor no hubiera sido feliz.

Los llantos comenzaban a transformarse en sollozos cuando escuchó que golpeaban a la puerta. Rodolfo, el hijo de los González, le traía una sopa. Él también la ayudaba generosamente, al igual que sus padres. Se limpió la cara

y lo hizo pasar. Sentía hambre, hacía muchas horas que no probaba bocado. El hombre entró con una sonrisa. Se acercó a la cama y Mariana tomó el tazón con las manos; al ver la sopa humeante, olvidó sus desgracias por un instante. Rodolfo González lo notó y volvió a sonreír.

## CAPÍTULO 9

### Hoy

Eran las tres de la tarde cuando Elena terminó de traducir el contrato del español al inglés en el que había estado trabajando desde la mañana. Con un suspiro largo se acomodó para releerlo; quería mirarlo en tranquilidad, temía que tuviera algún error. Llevaba dos días llorando por Omar y la tristeza la desconcentraba. El convenio debía ser entregado en media hora, cuando llegara la gente de la bodega mendocina a buscarlo. Al releerlo, comprendió que había incurrido en el terrible error de no mirar las indicaciones donde se especificaba que el documento debía ser traducido ¡al francés, y no al inglés! Aunque ella dominaba ambas lenguas a la perfección, ya no hacía tiempo para entregarlo, era un trabajo que requería demasiado cuidado. Abatida, se levantó de la computadora y le pidió a la secretaria que hablara de inmediato con la empresa bodeguera para cancelar la cita. Les estaba explicando que era necesario cambiar el día de entrega del contrato cuando Marcelo, que había escuchado lo sucedido desde su estudio, ingresó al sector del secretariado.

— Elena, ¿podés pasar por mi oficina, por favor?

— Sí, claro. Termino y voy.

En instantes, ambos se hallaban sentados frente a frente en el escritorio de él.

— Elena, éste es el tercer percance que te sucede en la semana; primero fue la confusión en la dirección de fletes que le dimos a la aerolínea, después vino el olvido de los recibos en la entrega de las máquinas que exportamos, y ahora esto... ¿Qué te pasa?

Ella lo miró pensando qué mentira le expondría; no le iba a decir justamente a él que era una tonta que se había enamorado de quien no debía, que la venta de sus tierras estaba suspendida y que su relación amorosa era un lío, ya que después que le habían propuesto matrimonio, una terrible pelea sobre la herencia había arruinado todo, llevándose a su enamorado a Chile. Ahora no sabía cuándo lo volvería a ver y ni siquiera podía llamarlo al celular; donde él estaba casi no había señal y lo que ellos tenían por conversar era largo y engorroso, difícil de tratar a la distancia y por teléfono; y también la cruda verdad que ella cubría con toda clase de excusas: estaba

asustada por lo que tendría que enfrentar si seguía adelante con esa relación. Pensaba que si al menos se solucionara el problema de las tierras, le sería más fácil anunciar a su familia que estaba saliendo con un González, más precisamente con el nieto del hombre que había asesinado a su abuelo.

Resumió la respuesta mitad mentira, mitad verdad:

— Estoy muy cansada, todo este asunto de los trámites de la sucesión y la venta me tienen mal.

— Me parece que te ha afectado más de lo crees. Es como si recién ahora estuvieras en crisis por lo de la muerte de tu madre. Tal vez hacerte cargo de la herencia es revivir ese dolor.

Elena no creía que Marcelo tuviera razón, pero no iba a contradecir sus conjeturas psicológicas.

— Tal vez estás en lo cierto.

— ¿Y si te tomás unos días? Cuando te fuiste a la Patagonia, volviste antes de lo planeado y terminaste mezclando descanso con trámites.

— ¿Pero qué hacemos con el trabajo pendiente?

— Lo solucionamos con un reemplazante. Buscame uno y podés irte hoy mismo. Sería una buena oportunidad de probar a alguien, ya que siempre hablamos que necesitás una persona que te ayude.

La idea no le desagradó. ¿Pero quién? Si lograba conseguir ese reemplazante, podría hacer lo que hacía mucho tenía en la cabeza: volver a Comodoro e investigar la historia de su familia hasta el fondo. Quería saber por qué su abuelo había dejado un legado a su asesino, y si Florence, su madre, lo había sabido desde siempre. Y si era así ¿por qué no le había contado nada? Además, la abuela Susan odiaba a los González y Florence su madre, no. ¿Por qué? Tenía la loca idea de que una vez que todo saliera a la luz, ella y Omar podrían vivir libres su amor.

— Elena, buscate una persona y tomá un tiempo de descanso —dijo Marcelo, caminando en dirección a la puerta.

Elena pensaba a todo velocidad en quién podía reemplazarla. De pronto, el rostro de su amiga pelirroja vino a socorrerla: ¡Karina! ¿Cómo no lo había pensado antes?

— Creo que sé de alguien que podría trabajar unos días en mi lugar y hasta podría quedarse con nosotros; es una persona de mi absoluta confianza.

Marcelo, interesado, dio la media vuelta y regresó. Así no podían seguir. Elena necesitaba descansar y cerrar los capítulos abiertos de su vida. Si no lo hacía, iba a terminar cometiendo un error insalvable. Cuando regresara tal



vez volviera a ser la que siempre había sido, esa mujer que tanto lo había atraído y con la que había mantenido una relación. Desde hacía un tiempo, él parecía haberse transformado en un ser invisible para ella. Ni siquiera lo registraba, y eso tenía que cambiar.

\* \* \*

Elena miraba sus valijas sobre la cama y se sentía feliz. Su avión a Comodoro partía en pocas horas. Marcos, a su lado, también festejaba, no sólo porque la veía contenta sino porque además su hermana le dejaba el departamento por el tiempo que durara su viaje. Ella pensaba instalarse en la estancia para realizar la investigación que venía planeando. Disponía de un mes. Marcelo así se lo había dicho el día anterior cuando le presentó a Karina Angelis. Con respecto al comprador de las tierras, Elena había hablado con el hombre para pedirle una prórroga a fin de arreglar los papeles y poder concretar la venta; éste había aceptado. Pedro y Pablo también se quedarían en Argentina un tiempo más. Durante una de las reuniones familiares habían llegado a la conclusión de que era conveniente esperar unas semanas más antes de tomar resoluciones definitivas. No lograban ponerse de acuerdo. Pedro y Pablo opinaban de una forma, Elena y Marcos de otra. Cuando arribara a Comodoro, lo primero que haría sería hablar con Thompson para ponerlo al día con las novedades.

Y Omar... Pensaba en él y se enojaba, o bien se enternecía y lo quería a su lado al instante. Durante su último encuentro él le había dicho que estaría un mes en Chile y después regresaría a Comodoro. Ya vería ella qué hacer. Si no podía estar sin él cruzaría la cordillera para buscarlo. Lo cierto era que todo cerraba en ese mismo plazo de treinta días. Tenía la firme decisión de investigar y arreglar todo en ese lapso. Se estaba jugando de punta a punta. Era su fecha límite.

Pensó que dividiría la investigación entre hablar con gente mayor de la zona y visitar el Archivo Histórico de Comodoro, donde buscaría datos en las crónicas policiales de diarios antiguos. Tal vez allí encontraría algún detalle importante sobre Daniel González. También iría al Registro Civil de Puerto Deseado; recordaba que Omar le había dicho que allí habían vivido Mariana

y su esposo durante bastante tiempo. No perdía la esperanza de poder visitar la casa de su tía abuela Anne. En su maleta llevaba todas las fotos antiguas que tenía, incluidas las dos que le había dado Omar, las que el día de la pelea terminaron quedando en su cartera. Elena esperaba que le sirvieran como pista.

Una vez que Elena llegó a la estancia Maan, le pareció que nunca se había ido. Las cosas estaban igual a como las dejó el día en que, sin pensarlo mucho, se fue con Omar a la casa de Rada Tilly. En el enorme cuarto de la abuela Susan habían quedado algunas prendas suyas sobre la cama y, junto a la ventana, el caballete y los implementos para pintar que había comprado en el comercio artístico de Comodoro y que nunca había llegado a usar, porque el amor le ocupó todas las horas. Sentada sola en la cocina, le parecía mentira que allí hubieran comido la famosa tortilla de flores de calafate cuya autoría familiar Omar y ella se habían disputado. Acostarse en la cama grande y taparse con el quillango de cuero de guanaco, el mismo que habían usado juntos, la llenaba de melancolía y de otros sentimientos más carnales; lo quería con ella en esa cama, haciéndole el amor.

Trataba de entretenerse pensando en las actividades que la esperaban, pero era difícil. En unas horas, Ramírez la llevaría a casa de su amiga Agustina, que había concertado una cena con su abuela, doña Edith, de 85 años. Elena le había explicado que necesitaba hablar con gente mayor de la zona para preguntar detalles que sólo ellos podían saber o recordar. Agustina, sin entender mucho de qué se trataba el asunto pero amiga fiel como era, había preparado la reunión en un clima de intimidad, aprovechando que su marido ese jueves tenía velada de hombres con asado y naipes. Por otra parte, había tenido una larga reunión con Thompson, y él opinaba que todos los hermanos Wilson Garrott debían ponerse de acuerdo, ya fuera para aceptar o rechazar el legado, y para vender o retractarse de la venta. Cualquiera fuera la decisión que tomaran, tenía que ser unánime o sería un desastre para todos, que acarrearía el desmembramiento de la propiedad y la pelea familiar.

Era la noche y Elena manejaba la camioneta de Ramírez rumbo a Comodoro. Unos minutos antes el hombre había aparecido con cara de sueño para llevarla, pero ella le propuso ir sola. Ramírez entre las pocas ganas que tenía de ir al pueblo y la claridad de saber que la camioneta era de los Wilson Garrot, no dudó en aceptar la propuesta. Elena, ahora mientras manejaba y

escuchaba el CD de Ismael Serrano, sentía que se moría por Omar. Tenía sus momentos de amor, y éste era uno de ellos. Lagrimeó durante un buen trecho, hasta que vio la entrada de la casa de Agustina y trató de recomponerse; debía pensar en las preguntas que le haría a doña Edith.

Cuando su amiga abrió la puerta y vio el estado deplorable en que se encontraba, le dijo:

— Ya veo que seguís con mal de amores y para colmo se te agregan los líos de la venta... Vení, pasá, que te voy a mimar un poco.

— Estoy fatal.

— ¿Cuántos días te vas a quedar en Comodoro?

— Los que sean necesarios para dilucidar toda la historia que te conté por teléfono. Creo que la verdad va a ayudar a arreglar lo mío con Omar.

— Espero que realmente encuentres lo que buscás, por lo pronto aquí la abu Edith está lista para ayudarte.

Y ya no pudieron hablar más porque uno de los hijos de Agustina lloraba, y otro pedía por su madre tirándole del pantalón.

Agustina, en medio de su ajetreo como madre de tres niños pequeños, se había hecho tiempo para cocinar lo que sabía le gustaba a su amiga: goulash de cordero.

Comieron y charlaron de menudencias hasta que doña Edith alertada de que se le pediría información, ansiosa por ir al grano, dijo:

— Elenita, me ha dicho mi nieta que deseás saber algunas cosas. Preguntame lo que quieras, que mi memoria es prodigiosa.

Elena sonrió. Su amiga le había dicho exactamente lo contrario.

— Gracias, doña Edith. La molesto porque sé que usted nació aquí y me puede ayudar.

— Nací en la estancia de al lado de la de tu familia. La conocí a Susan y a tu madre. Qué mujer bella era Florence; cuando volvió a Comodoro, todos hablaban de ella. ¡Y cómo lo hizo sufrir a Garrott! Pero al fin lo terminó enderezando —miró fijo a Elena y agregó—: Vos sos muy bonita y parecida a ella.

A Elena le llamó la atención la frase «enderezar a Garrott». En otro momento preguntaría más sobre sus padres, pero ahora estaba interesada en una parte diferente de la historia.

— Dígame, ¿se acuerda qué se comentaba sobre mi abuelo Peter?

— A él lo asesinaron y a los pocos días nació su hija Florence. Pobrecita su esposa, era tan joven cuando falleció en el parto... —Eso Elena ya lo

sabía, ella buscaba datos de épocas anteriores.

— Y antes de casarse, ¿a Peter se le conocieron otros amores?

— Se decía que contrajo matrimonio cuando ya era bastante grande; antes de eso hubo una mujer a la que quiso mucho —la abuela de Agustina hablaba en voz más baja, como si se tratara de un secreto—. Una chinita de baja condición, con quien no le permitieron formalizar.

— ¿Una bóer?

— No creo, si hubiera sido bóer, nadie se habría opuesto. Eran otras épocas.

Doña Edith tenía razón.

— ¿Una empleada? ¿Una chica de trenzas tal vez?

— ¿Cómo saberlo? Yo era una chicuela cuando él murió. Lo que sí recuerdo es algo que sucedió el día que tu bisabuela Susan llegó con Florence en brazos a la estancia Maan para instalarse nuevamente aquí, después de haber vivido años en La Soñada. Traía gente que la ayudaba, entre ellos indios, y yo los escuché con mis propios oídos cómo contaban que Peter, antes, había tenido un hijo varón. —La anciana arqueó las cejas y con el dedo índice en alto, añadió: —Claro que era gente muy fantasiosa y puede que no haya sido verdad.

— ¿Un hijo antes? ¿Con quién? ¿Con esa chica que quiso mucho? —preguntó Elena, ansiosa.

— No tengo idea, muchacha. Te cuento lo que recuerdo, porque después de escuchar esa conversación, me quedé esperando mucho tiempo que viniera ese hermano de la bebita a jugar conmigo.

Ante cada palabra, Elena se enfervorizaba más y más.

— Calmate, que todo puede ser un invento de la gente —dijo Agustina, y acercándosele casi hasta el oído, mirando a su abuela de reojo, agregó— y de la edad.

— ¡Cuántas cosas se dicen! —exclamó Elena.

— Tenés razón, hijita, se dicen, hay que ver cuáles son verdad. A veces en las familias lo más importante es *lo que no se dice*.

— ¿Cómo saber si esa chica de trenzas fue empleada en casa de los Wilson? ¿A quién preguntar? ¿Quién puede saber más cosas de esa época? —decía Elena poniendo en voz alta sus pensamientos.

— Probá hablar con alguna de las familias bóer que quedan en la zona. Ellos pueden saber algo más.

— Sí, había pensado ir a la casa de alguno de ellos. Agustina, ¿sabés

algo de los Richmond?

— Poco, casi todos los de nuestra edad se fueron a Córdoba a estudiar y se quedaron allá. Pero creo que el matrimonio grande sigue viviendo en la misma casa que antes, aquí en Comodoro.

— Voy hablarles por teléfono. Ramírez seguro tiene el número.

Luego, la charla volvió a cuestiones triviales, como la queja de Agustina por lo mucho que trabajaba su marido, el dolor de huesos de la anciana y lo gordo que estaba Ramírez. Pero a Elena los pormenores que había relatado doña Edith la habían dejado turbada y ya no pudo concentrarse en nada más.

Ya a solas con Agustina, ésta quiso que le contara con pelos y señales la pelea con Omar. Al hacerlo, Elena no pudo evitar volver a llorar.

Al día siguiente Elena decidió quedarse en la estancia. Había desayunado y se dedicaba a pintar lo que veía por la ventana: un patio agreste, lleno de matas de calafate, madreselvas y laburnos, junto a la galería de la casa del administrador, la parte más antigua de la casa. Pintaba la vieja edificación con gusto, pensando cuántas cosas habría visto ese recoveco de la casa, momentos felices y otros no tanto de la gente de su sangre. En más de una oportunidad, sus antepasados se habrían sentado allí a meditar cómo salir adelante en esa tierra agreste. ¡Cuántas personas ya fallecidas habrían pasado por el lugar! Se acordó de esa foto que había encontrado en el cajón del placard de la habitación cuando llegó; en ella estaban todos los trabajadores de la estancia ubicados en la galería. Le vino a la memoria la imagen: entre hombres y mujeres eran casi treinta personas. Un rayo de lucidez atravesó su mente: ¡si la chica de trenzas, la bisabuela de Omar, había trabajado en la casa Wilson, ella tenía que estar en esa foto!

Fue al placard en busca de la caja de los últimos zapatos que se había comprado donde guardaba las fotos, y comenzó a revolver hasta que dio con la que buscaba. Entonces se sentó en el piso, junto a la ventana, para poder ver mejor lo que se revelaba ante sus ojos: muchos hombres, seis mujeres, una muy joven... ¡de largas trenzas hasta la cintura! ¡Ahí estaba, la bisabuela de Omar entre los trabajadores de la estancia Maan! Obviamente había sido empleada en casa de los Wilson, pero también era la misma que estaba en la foto con Peter, durante esa fiesta en Comodoro, tomados del brazo, sonrientes. No tenía dudas, ellos dos habían tenido algo, estaba segura. Por eso Peter le había dejado el legado a los descendientes de ella...

Miró largo rato, esa y las demás fotos, buscaba estudiar el rostro de la

chica, el de su abuelo, el de Susan. Pasaba el dedo índice sobre las figuras, queriendo escudriñar lo que ellos habían sentido, deseando indagar qué lazos invisibles había allí. Finalmente, decidió levantarse y seguir pintando; la idea de que había existido amor entre Peter y Mariana la ponía ansiosa. Necesitaba pruebas contundentes de que realmente había sucedido. Al día siguiente muy temprano iría al registro civil de Puerto Deseado para pedir información sobre la fecha en que Mariana se casó y tuvo sus dos hijos. Tenía un presentimiento.

Tomó el pincel, la paleta, y continuó su trabajo sobre la tela. Pintar la tranquilizaba. No era el primer cuadro que hacía, llevaba hecho un par y le gustaba lo que había captado. Eran retratos de la querida estancia.

\* \* \*

Esa mañana Elena había salido bien temprano desde la estancia conduciendo la camioneta de Ramírez rumbo a Comodoro. Y ahora siendo recién las nueve ya caminaba por las calles de la ciudad llevando en su cartera la fotocopia del periódico *El Chubut* del fatídico día de enero de 1922, cuando se publicó la noticia de la muerte de Peter Wilson. La había obtenido del Archivo Histórico de Comodoro; al principio ella había examinado la crónica del día en que Peter murió, pero al no hallarla, la empleada de la repartición le había sugerido que la buscara en las noticias del día siguiente, y allí lo había encontrado claro como el agua. La había conmovido leer la noticia como si fuera algo reciente. Recordándole la sensación a la que solía sentir cuando su bisabuela Susan le contaba el hecho con lágrimas en los ojos. Pero lo que más le impresionó fue leer el nombre de Mariana Manso, madre del asesino, sabiendo que ella era la chica de trenzas que estaba junto a Peter en la foto, tomados del brazo, enamorados.

Elena pensaba en estas cosas mientras abría la camioneta y se metía en ella; deseaba releer tranquila lo que había conseguido. Sentada en el coche sacó el papel del bolso y volvió a leer:

En el día de ayer la sociedad santacruceña se ha visto nuevamente ensombrecida por una muerte. Esta vez le ha tocado a un ciudadano de una de

las respetables familias de inmigrantes que están en este país hace muchos años. Se trata de PETER WILSON, quien fuera asesinado por el jovencísimo peón de la estancia El Zurco de nombre Daniel González, quien luego de haber raptado a Wilson, junto a dos personas más de dudosa reputación, lo remató de dos tiros. El occiso era hijo de Susan y Ian Wilson, pioneros bóer de la zona, actualmente familia de estancieros. La madre del asesino, Mariana Manso, domiciliada en Puerto Deseado, al enterarse de la terrible noticia en la puerta de su casa, se tendió sobre la tierra exclamando la frase «no ahora», por lo que tuvo que ser asistida por los vecinos.

En horas de la mañana se supo que el peón Daniel González se entregó a la policía a última hora del día de ayer; las autoridades han anunciado que se le aplicará todo el rigor de la ley a pesar de su temprana edad; la medida se anunció por medio de un comunicado donde se explicaba que la sociedad patagónica entera está cansada de tantos hechos violentos. Como es de público conocimiento, las luchas en las estancias entre peones y patrones, sumadas a la intervención del ejército, se llevan decenas de vidas cada mes.

Aquí, en Comodoro, los vecinos...

Elena detuvo la lectura, lo guardó, lo hubiera releído cien veces, pero debía continuar camino al registro civil de Puerto Deseado, era el paso siguiente en su investigación. Tenía varios kilómetros por delante, debía apurarse si quería llegar en horario de administración pública.

### *Puerto Deseado*

Caminaba a paso rápido por la calle Colón, en Puerto Deseado. Había estacionado el auto bastante lejos del registro civil; estaba bien de horarios y había elegido caminar. Durante el último tiempo le había tomado gusto al aire fresco y cortante sobre la cara. En la mano llevaba una recomendación hecha por Thompson, que debía entregar al jefe del registro para que le facilitara en el día la documentación que buscaba.

Ya dentro de la delegación, le llevó unos minutos dar con la secretaria del funcionario, y luego otros tantos que la chica le llevara el papel al hombre; finalmente, ella la acompañó a la oficina donde debían solicitar los documentos.

Una mujer gruesa sentada frente a un escritorio levantó la vista cuando la oyó entrar, la miró por encima de los lentes y dejó de mala gana su taza

con café con leche sobre una pila de expedientes.

La chica que acompañaba a Elena, explicó:

— La señorita necesita unas partidas urgentes.

Elena, mientras miraba la inscripción de la taza que rezaba ¡SOY MALA Y QUÉ!, intervino.

— Las necesitaría para hoy, por favor.

— ¿Para hoy? Está difícil —dijo la mujerona.

— Mari, la manda el Jefe, viene con nota de Comodoro.

— Siempre lo mismo, todos dicen que es urgente. Dígame sus datos.

— No son para mí. Son para... la familia de mi novio. Les estoy haciendo un favor.

— Dígame de una vez qué documentos busca. —Qué le importaba a ella lo que la rubia pizpireta le explicaba.

Antes de que la mujer se arrepintiera, Elena comenzó a pasarle su listado. La muchacha que la había acompañado se retiró.

— O sea que usted quiere la partida de matrimonio de Mariana Manso y Rodolfo González, y la de nacimiento de sus dos hijos, Daniel González y Ángel González.

— Exacto.

— Y la de defunción de todos.

— Sí, y por favor, cualquier otra cosa importante que encuentre relacionada con ellos. La familia está haciendo una investigación porque hay una herencia por repartir.

— Vuelva al mediodía —dijo la empleada secamente, mientras extendía su brazo para entregarle un comprobante. Sin querer empujó con el codo la sugestiva taza, que luego de algunas oscilaciones acabó en el piso hecha añicos, no sin antes derramar todo su contenido sobre los papeles. La mujer intentó secarlos con la mano, pero Elena con rapidez sacó de la cartera sus pañuelos tissue y la ayudó a limpiar documento por documento. Luego le ayudó a recoger los trozos de la taza, bajo las quejas de la oficinista que se negaba a aceptar la ayuda.

Elena salió rauda del registro. Pasaría gran parte de la mañana en Puerto Deseado, pero quería tranquilidad. Caminó nuevamente varias cuadras disfrutando del aire límpido y de la vista de las rocas, las casitas pintorescas y la ría que se divisaba a lo lejos. En la calle principal buscó un bar, se sentó y pidió un té de menta. De la cartera sacó una libreta y tachó las averiguaciones que ya había cumplido. Todavía le quedaban algunas por realizar. Volvió a



mirar las fotos que Omar le había dado y fue inevitable que terminara pensando en él y en lo fuerte que era el sentimiento que los unía. Transcurrían los días y no se le pasaba lo que sentía por Omar. Si estaba en Puerto Deseado buscando eslabones perdidos en la historia de la Patagonia rebelde, era porque estaba convencida de que la verdad iba a traerles a ellos la tranquilidad y la libertad que necesitaban para vivir su amor. Si Peter Wilson le había dejado parte de sus tierras a Daniel González era por algo, y cuando supieran por qué, sus hermanos tendrían que aceptar el legado.

Ya había pedido otro té y comido un tostado cuando miró su reloj. La hora había pasado volando, pagó apurada, debía buscar la documentación.

Caminó las seis cuadras que la separaban del registro civil e ingresó al edificio. La funcionaria la reconoció de lejos y tomó los papeles.

— Acá tiene todo, señorita... señorita...

— Elena Wilson Garrott.

La mujer pestañeó buscando agilizar su memoria. Wilson Garrott, Wilson Garrott... ¿Dónde había escuchado ese nombre? ¡Claro, en la inmobiliaria donde trabajaba su hermana! Con razón venía tan recomendada. Esa gente tenía tierras por toda la Patagonia.

— Le busqué todo lo que me pidió: casamiento, nacimiento de los dos hijos y defunción de todos, y también algo más que pensé le podía interesar...

Elena recibió los papeles; la mujer se había dejado uno, lo levantó en alto y le señaló:

— Este documento revela que el mismo día que se casaron Mariana Manso y Rodolfo González le cambiaron el apellido al primer hijo, Daniel González. Antes de eso, el niño era Daniel Manso.

Elena quiso asegurarse de lo que escuchaba.

— A ver si comprendo, Daniel nació cuando ella era soltera y Rodolfo González le dio su apellido al niño el día que se casó con ella.

— Así es.

— ¿Pero Rodolfo González era el padre de ese niño?

— Señorita, hay cosas que sólo Dios sabe. Tome, llévese todo —y le entregó el último papel.

Elena le agradeció; creía que la mujer jamás le hubiese entregado esa documentación extra de no ser por los tissue que ella siempre llevaba en su cartera para llorar tranquila la ausencia de Omar. La sensación de vacío la atacaba varias veces al día y cuando menos la esperaba.

Salió afuera y, sin paciencia para llegar de nuevo al bar, se instaló en la placita ubicada a pocos metros del registro. Sentada en uno de los bancos, comenzó a leer la documentación:

En la ciudad de Puerto Deseado, el día 10 de diciembre de 1908, se inscribe el matrimonio entre Don RODOLFO GONZÁLEZ de 24 años, español... y Doña Mariana MANSO, de 19 años, argentina...

En la ciudad de Puerto Deseado, el día 10 de diciembre de 1909 se inscribe al niño Daniel Manso como Daniel González...

Los miraba y se convencía: Mariana Manso, la abuela de Omar, la chica de trenzas que estaba con Peter en Comodoro en diciembre de 1907, se casó al año siguiente con Rodolfo González. Y al hijo que tuvo de soltera le pusieron el apellido del marido.

Sacó conclusiones: si Mariana estaba de novia con Peter en diciembre de 1907, y a los siete meses había nacido Daniel González, ese bebé bien podría haber sido hijo de Peter. A la exaltación de este descubrimiento se le sumaba algo más electrizante y terrible: si este Daniel González era hijo de Peter ¡entonces a su abuelo lo había matado su propio hijo!

Pero ¿por qué? ¿Y cuál había sido la razón por la que Peter hizo el legado a su favor recién en 1922 y no antes? ¿Por sentimiento de culpa? Estas preguntas todavía no tenían respuesta. No todavía. Al igual que cuál había sido el motivo que llevó a González a matar a Peter. Siempre se había hablado de una pelea de un peón contra un patrón en plena época de la Patagonia rebelde. Pero a estas alturas pensaba que de seguro había algo más.

Caminaba rumbo a su automóvil cuando una revelación apareció clara ante sus ojos: ¡Omar y ella eran parientes! Algo lejanos, pero parientes al fin. ¡Peter, su abuelo, era también bisabuelo de Omar! En algún punto remoto, ambos compartían la sangre bóer. Necesitaba contárselo; sí, le iba a hablar, le venía perfecto para sus ganas de escucharlo. ¿Qué diría él de las novedades?

## CAPÍTULO 10

### Ayer

El sol caía en la tarde patagónica cuando los Williams al escuchar a los perros ladrar, salieron a ver quién llegaba y se encontraron con un hombretón rubio. Les llevó unos minutos reconocer a Peter Wilson. En algo más de medio año había cambiado bastante, estaba mucho más delgado y los rasgos de hombre se le marcaban en el rostro. Una barba rubia le cubría el mentón. Ya no era un muchachito.

Lo hicieron pasar y, mientras Catherina le servía café, le explicaron lo que había pasado con Mariana. Semanas atrás, ella le había pedido a Elliot que cuando fuera al pueblo, como hacía una vez al mes, la llevara con él. Allí tomaría el ferrocarril; había decidido que quería trabajar en una ciudad y no ya en el campo. Ellos habían intentado hacerla desistir pero la chica no se había dejado convencer; a pesar de que por momentos la habían visto dudar, y de que el día de la partida había llorado mucho cuando se despidió de las niñas. Desde el instante en que Elliot la dejó en el pueblo, no habían vuelto a tener noticias de ella. Nunca dijo dónde se instalaría, pensaban que ni siquiera ella lo sabía.

Peter no podía creer lo que escuchaba. Sus oídos no daban crédito a la novedad.

— Pero, habíamos quedado que yo volvía, no puedo entender que se haya ido sin esperarme...

— Supongo que pensó que ya no vendrías —dijo Catherina, que recordaba perfectamente lo que la chica había sufrido.

— Sí, pero podría haber esperado un poco más. ¿Acaso tenía tanta necesidad de irse?

— Peter ¿por qué no la buscas?

— Eso haré, aunque es como buscar una aguja en un pajar. No sé por dónde empezar.

— Ella nombró en varias oportunidades el deseo de ver a su madre y a sus hermanos. Deberías ir allí, tal vez tengan noticias de ella. Puede haber pasado por su casa antes de partir a la ciudad, como dijo que haría.

— A Mariana nunca le gustó la ciudad, siempre disfrutó del campo...

— A veces las personas cambian y toman decisiones como ésa, sobre todo cuando son jóvenes —dijo Elliot, tratando de encontrar alguna razón.

— ¿Y qué explicación les dio?

— Nos dijo que quería progresar y que en la ciudad iba a encontrar más oportunidades. Ella es una chica muy trabajadora. No dudo que así será. Seguramente, buscaba nuevos horizontes.

Peter, exhausto, escuchaba y sentía que todo era un mal sueño: estar ahí con los Williams, las explicaciones de ellos, la ausencia de Mariana. Aún le parecía mentira el hecho de que ella, la noche del petróleo en el cuartito del hotel de Comodoro, se le hubiese entregado.

Los Williams se percataban del desconcierto de Peter y les daba pena el desencuentro, porque durante meses la chica lo había esperado ansiosamente. Lo único que les quedaba por pensar era que ella se había cansado de hacerlo.

Entre explicaciones y charla la noche había caído y Catherina lo invitó a Peter a cenar con ellos.

— Tengo un rico estofado de pollo —le dijo, tratando de sacarlo de los lúgubres pensamientos que veía que lo embargaban.

Sin ganas de probar bocado, Peter aceptó por cortesía. Lo único que deseaba era estar solo para pensar en lo que había pasado. Sentado a la mesa, mientras conversaba con ellos sobre la mudanza de su familia, el contagio de difteria y la actividad en la nueva estancia, su mente estaba en otro mundo y su alma de luto. A escondidas su corazón lloraba la pérdida. Aunque por momentos temía quebrarse frente a ellos.

Transcurrida la cena, en pocos minutos Catherina organizó cómo dormirían, atenta al cansancio que mostraba Peter. Puso a sus hijas junto a ellos en el cuarto principal y le dejó el dormitorio de las niñas al muchacho.

Una hora después todos estaban ya en la cama. Peter solo en la pieza, sentado en el borde de su lecho se quebró. Gruesas lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas y su barba, mientras se tapaba la cara con las manos. El sueño que había tenido de compartir la vida con la mujer que amaba se le rompía en mil pedazos, y con él, un trozo de futuro, al que ahora debería darle forma nueva, lo que no sería fácil. Pensó en el rostro de Mariana y sollozos ahogados comenzaron a salir por su garganta. Si ella lo hubiera esperado, a estas alturas estarían juntos.

En el cuarto de al lado, Catherina, acostada junto a su esposo con el oído atento, alcanzó a escuchar algo.

— ¿Escuchas, Elliot? ¡El muchacho está llorando!

— ¡Mujer, déjalo sufrir tranquilo!

— ¡Pobre! ¡Qué desencuentro! Aunque la verdad es que si ella lo quería, debería haberlo esperado más. Pobrecito, me da mucha pena.

— Es joven, se le pasará. Terminará olvidándose de esa chica. La vida continúa y te empuja a seguir adelante —dijo con sabiduría.

— Es verdad —asintió su esposa.

Aunque era una verdad a medias. La vida empujaría a Peter, pero nunca se iba a olvidar de Mariana.

El efecto mariposa que había desatado Susan al no respetar la libertad de elección de su hijo, esa noche producía un nuevo aleteo y el simple batido de alas de seda comenzaba a convertirse en una brisa que tomaba fuerza.

\* \* \*

Corría un viento helado al caer la tarde. Peter llevaba dos días de ardua marcha, cuando al fin comenzó a reconocer el paisaje árido que lo rodeaba. En algunas horas más estaría en la estancia Maan. En medio de su tristeza se alegraba, quería llegar a un lugar de cobijo, no sólo porque estaba entumecido de frío, sino también porque deseaba meterse en la cama, taparse hasta la cabeza y olvidar que el mundo existía; dormir para perder conciencia de los dolores y de todo lo que había pasado en los últimos días.

Había salido de casa de los Williams a la mañana siguiente de la charla esclarecedora, bien de madrugada, sin deseos de quedarse ni un minuto más. No tenía nada más que decirle a esa gente, ni ningún otro tema por conversar con ellos. Mariana se había ido. Eso era todo. Se despidió del matrimonio, agradeciéndoles la hospitalidad y partió a todo galope, como huyendo de la noticia que había recibido. El viaje había sido rapidísimo, sólo había parado lo necesario para que el caballo descansara, mientras él comía pan con algunas tiras de *bultong*.

En busca de una última esperanza, unos kilómetros atrás había pasado por la casa de la madre de Mariana. Lo recibió uno de los hermanitos más grandes, de unos 10 u 11 años, y en dos palabras le contó que ese día temprano su mamá y su papá habían salido en el carro con dos de los niños

más pequeños. Ambos tenían fiebre y el cuello hinchado, y como en Comodoro había tanta peste se habían asustado y querían un doctor para ellos. El niño le había repetido que de Mariana no sabían nada nuevo, ella vivía y trabajaba con una gente de apellido Williams.

Peter pensaba en todo esto, mientras le castañeteaban los dientes y su cuerpo temblaba, no sabía si de frío, de cansancio o de dolor de cabeza, porque todo ese día, desde temprano se había sentido mal. Le dolía el cuerpo y, lo peor, también el alma.

Bien entrada la noche, Peter llegó a la estancia Maan y encontró todo muy quieto. Le resultaba extraño acostumbrarse a que su madre o su padre no salieran a recibirlo, pero iba a tener que habituarse a vivir solo. El silencio era total y no se veía luz alguna. Era sábado, seguramente todos los peones estaban de parranda en el boliche, tomando caña. Con esfuerzo metió el caballo en la caballeriza y se dirigió a la casa. Ya allí fue directo a su cuarto e hizo lo que venía añorando durante el último trecho de camino: se sentó en el borde la cama, se sacó las botas y, sin desvestirse, se metió entre las sábanas. Aun en medio de sus malestares, esbozó una sonrisa; jamás podría haber hecho eso si Susan hubiese estado en la casa, ella no lo habría permitido. Se tapó con el quillango de guanaco hasta la coronilla, y en posición fetal, temblando sin parar, se quedó dormido como un niño grande.

La primera luz del día domingo entró por la ventana y Peter tomó conciencia de sí y de dónde estaba. Todavía temblaba sin parar. Otra vez se hallaba enfermo. Le dolía todo el cuerpo. ¿Sería de nuevo difteria? Nada lo asustaba. Se tocó el cuello para confirmar si lo tenía hinchado; su barba rubia le raspó las manos, pero al menos estaba deshinchado. Se daba cuenta de que hacía mucho que no se preocupaba por su aspecto, ni por su salud, ni por nada que no fuera Mariana. Tenía fiebre, pero ¿qué podía hacer? Estaba solo, nadie iba a venir a traerle un té ni un plato de comida. Y él no saldría de la cama. Así estaban las cosas y no se podían cambiar. Al darse cuenta de esto, por un momento tuvo deseos de quedarse allí, temblando de fiebre hasta morir. Pero no pudo pensar mucho más porque entró de nuevo en un mundo de sueño y destemplanza bastante parecido al desvanecimiento.

Pasó todo ese día y parte del siguiente encerrado en la casa, sin salir de la cama, levantándose sólo para ir al baño y tomar agua. Recién el lunes al mediodía una de las indias, conforme a las instrucciones que había dejado

Susan, entró a la casa a limpiar; cuando ingresó al cuarto y lo vio en semejante estado, la mujer comenzó a preparar de inmediato todos los brebajes e infusiones que creyó que lo ayudarían a mejorar.

Por la tarde, los potingues habían surtido algún efecto y la fiebre había bajado. Los ojos atentos de la mujer, que cada tanto aparecía por la puerta del cuarto, lo habían descubierto mejor; a última hora del día, ya más tranquila y antes de retirarse a la zona de trabajadores donde dormía, le avisó que en el comedor le dejaba una olla con carne y verduras calientes. Peter se sentía mejor. Se levantó y caminó por la casa; se daba cuenta de que las fuerza físicas le volvían lentamente pero no así las emocionales, que todavía le faltaban para seguir adelante. ¿Pero qué hacer?

Sentado en la sala de la casa, hurgando en su corazón en busca de una salida que le diera fuerzas, recordó las enseñanzas de su padre y cómo éste leía las Sagradas Escrituras en los momentos difíciles. Entonces, tratando de encontrar sostén en un ser superior, fue en busca de la Biblia guardada en el mueble. Se acomodó junto al farol y la abrió al azar; al hacerlo, un texto saltó a la vista: «Dios es el que sacia de bien tu boca, de modo que te rejuvenezcas como el águila». Pensó en el águila, en lo que se decía de ella en el continente africano, en lo que ésta debía hacer para seguir viviendo cuando envejecía y su pico y sus uñas ya no le servían. El ave, sola, en el lugar más alto que puede encontrar, golpea con fuerza el pico contra la roca hasta arrancárselo. Luego, sangrante y lastimada, espera a que le crezca de nuevo, para quitarse también las uñas, una a una, con el pico nuevo; por último, se despoja de las plumas. Cuando todo vuelve a crecer, ya completamente renovada, tiene la oportunidad de prolongar su vida. El águila se arranca, con dolor, la vieja vida para poder seguir adelante, para no morir.

Peter volvió a leer el texto y pensó que él necesitaba hacer eso. Precisaba extirpar a Mariana de su cabeza, junto con todos los planes que había hecho con ella. De lo contrario, jamás podría seguir adelante.

Entonces, haciéndosele carne esta decisión, pronunció entre lágrimas: Mariana..., Mariana... Mariana, tratando de borrar de un plumazo mental la vida que había pensado vivir junto a ella. Y allí, en la casi penumbra de la sala, con la cabeza entre las manos, le pidió a Dios que lo ayudara a renovarse como el águila y se prometió a sí mismo que esta etapa se acababa para siempre. Debía salir adelante, era un bóer. No habían venido a esa tierra para echarse atrás. Muchos bóer, aun algunos de su propia familia, habían dado la vida para que él pudiera estar en libertad, buscando progresar. Se

levantó y miró por la ventana. A través de ella se alcanzaba a ver el horizonte patagónico iluminado por la luna. Permaneció sumergido en estos pensamientos y en esta visión durante un buen rato.

Por fin, en procura de hacer más real el cambio interior, se sentó a la mesa y se sirvió los alimentos, que aún estaban calientes; y comiendo por primera vez en días, se sintió vigoroso y optimista. Entonces buscando exteriorizar la metamorfosis experimentada comenzó a calentar agua en tres ollas grandes. Iba a darse un buen baño en la tina, como hacía mucho no tomaba. Por la mañana también se afeitaría y se cortaría el pelo. Necesitaba ir al campo para dar instrucciones a los peones y no permitiría que lo vieran en ese estado. Nunca más volvería a caer como lo había hecho. No deseaba volver a sentir jamás esa debilidad en su vida. Jamás.



## CAPÍTULO 11

### Hoy

#### *Chile. Desierto de Atacama*

Omar caminaba por el desolado paisaje del desierto, vestido con ropa de fajina. Sentía el viento en la cara y miraba el abierto cielo azul pensando cuánto le gustaba su trabajo; amaba los espacios abiertos y la naturaleza en su forma más agreste. Acababa de recoger muestras en busca de indicios de cobre, y llevaba las rocas al lugar donde estaba parando junto con los cinco hombres que componían su equipo. Se habían instalado provisoriamente en un hotelito del poblado más cercano. Tenían pensado armar el campamento unos kilómetros adentro, para ganar tiempo haciendo los muestreos más rápidamente. Se hallaban cerca de La Escondida, una de las minas de cobre más grandes del mundo. Allí también trabajaban algunos de sus amigos, geólogos de minas, igual que sus padres. Omar era geólogo de exploración; había elegido esa especialidad desde el comienzo. No habría soportado pasarse la vida encerrado dentro de una mina.

Por suerte, la crisis económica en la zona había pasado y ahora había movimiento. En 1999, la estafa de un yacimiento de oro, que resultó inexistente, había hecho caer las bolsas del mundo y el descrédito había suspendido toda actividad en el lugar. Una vez reanudado el dinamismo había muchísimo trabajo por hacer. Esto a Omar, en medio de su triste realidad personal, le venía de maravillas. Se sentía terriblemente dolido y decepcionado por la actitud de Elena. Se había enamorado de ella como un adolescente y le había propuesto todo, hasta casarse, pero ella no había estado a la altura de las circunstancias. Los días que llevaba en el lugar le estaban haciendo bien; entusiasmarse con el trabajo y llenar sus horas lo ayudaban a olvidar. Necesitaba volver a su vida anterior, en la cual ninguna mujer tenía tanta importancia ni ocupaba tanto espacio.

Decidió apurar los pasos hasta la camioneta. Su amigo Rubén, que trabajaba para la misma multinacional, lo esperaba en el hotel. Habían quedado en cenar juntos. Hacía bastante que no se veían, más precisamente desde la fiesta que Omar había hecho cuando inauguró la casa en Rada Tilly,

y era una buena oportunidad para volver a encontrarse.

\* \* \*

En el hotel, Omar se dio un baño, se cambió y bajó a cenar al comedor. Estaba cansado. El día había sido duro pero se sentía satisfecho de haber conseguido el material que necesitaban para el muestreo. Ni bien entró al saloncito, Rubén le hizo una seña desde una mesa en la punta. Omar se acercó y se abrazaron.

— ¡Tanto tiempo!

— ¡Sí, mucho, desde la inauguración de tu casa!

— Es verdad, pero aquí estamos, de nuevo entre piedra y campo —dijo Omar.

— No nos quejemos, es lo que elegimos. ¿Todo bien lo tuyo? ¿Cómo te fue con el muestreo? —preguntó Rubén, que estaba al tanto de lo que venía haciendo Omar.

— Mejor de lo esperado. Ya casi terminamos. ¿Y vos?

— Igual. El clima ayudó y parece que vamos a terminar antes de lo planeado —dijo Rubén mientras le hacía una seña al mozo, que se acercaba con una botella de cerveza.

— Pedí tu preferida.

— Se ve que me conocés —dijo Omar. Mientras servía el líquido dorado en los vasos, le hizo a su amigo la pregunta obligada: —¿Qué vas a hacer en tu semana de descanso? —se refería al siete por siete, el sistema de trabajo que tenían los geólogos de la empresa: una semana hacían trabajo de campo y la otra descansaban.

— Me voy a instalar en Antofagasta, es poco tiempo para regresar a mi casa en Buenos Aires. ¿Y vos? ¿Te volvés para Comodoro? —preguntó Rubén.

— No sé, no creo —le respondió Omar.

— ¿Y la chica de la fiesta? Me contaste por teléfono que estabas en algo con ella. ¿No volvés para verla?

Omar pensó cuán atrasado de noticias estaba su amigo. La última vez que habían hablado, Elena estaba instalada con él en Rada Tilly. Un

aguijonazo de dolor lo atravesó.

— Eso se acabó.

— Mirá que te oí entusiasmado como hacía mucho que no estabas.

— A veces las cosas no salen como uno las planea, ni todo es lo que parece.

— ¡Mujeres, Omar! ¡Mujeres! —dijo palmeándolo y agregó—: Si no te vas a Comodoro, quedate conmigo en Antofagasta. El departamento que dispuso la empresa es el mismo de la otra vez, es lindo y espacioso —dijo refiriéndose al que la compañía alquilaba para los geólogos cuando les tocaba el período de descanso y se hallaban lejos de sus casas.

— La verdad que estaba muy bien ubicado.

— Sí, y los muchachos del 5° C ya me llamaron, dicen que nos esperan a comer una mariscada el fin de semana que viene.

— No sería mala idea.

— Si necesitás una ayudita para decidirte, te cuento que cuando hablaron me dijeron que las chicas del 3° preguntaron por nosotros.

— Tal vez sea lo que estoy necesitando —dijo Omar pensando en voz alta.

— Amigo, un clavo saca otro clavo. —Rubén se rio y levantó la copa para brindar: —Por las mujeres que se van... ¡y por las que vendrán!

Brindaron y comenzaron a degustar con ganas las milanesas con puré. Aunque Omar no sabía si la mujer de la que estaba enamorado se había ido de su vida para siempre, necesitaba seguir adelante. En ese momento, sonó su celular: era Elena. Se tomó unos segundos y finalmente decidió no atenderla. No quería amargarse, vaya a saber con qué estupidez le saldría ahora. Después de todo, ella se había portado muy mal con él.

\* \* \*

### *Estancia Maan*

Apenas caían los últimos rayos de sol y Elena, de regreso de Puerto Deseado ya en la estancia Maan, estaba metida en la cama. Había ido directo al cuarto y se había tapado hasta el cuello con el quillango en medio de

lágrimas, mientras mordisqueaba sin interés un chocolate, que había comprado por el camino buscando consolarse.

¿Por qué Omar no la había atendido? Él mismo le había dicho que en los lugares donde trabajaba la señal muchas veces era mala, pero ella lo había llamado en tres horarios diferentes del día y no le había respondido ni devuelto el llamado. ¿Se habría enojado para siempre? ¿Acaso ya nunca iba a contestarle? ¡Y ella tenía noticias tan importantes para contarle! Con los datos que había juntado ya casi tenía la certeza de que ese hijo de Mariana Manso era también hijo de Peter.

Estaba ávida por averiguar todo lo que pudiera cuanto antes, para luego hablar con sus hermanos y explicarles por qué ella no se oponía al legado. Además quería contarles de su relación con Omar, si es que ésta todavía existía. Pensar que entre ellos todo había acabado la hizo volver a llorar y a reincidir con el chocolate, que ya había abandonado en la mesita de luz. Estaba dispuesta a ir a buscar a Omar a donde fuera para decirle lo que sentía por él y para que se enterara de las cosas que ella venía descubriendo. Quería terminar su pesquisa de datos lo antes posible para ir en su busca.

Miró la hora. El reloj marcaba las siete de la tarde; aún tenía tiempo de ir a visitar a los Richmond a su casa. Ramírez les había avisado que Elena quería verlos y la pareja de ancianos bóer había respondido que pasara por su casa cuando quisiera, que sería un gusto recibirla. A pesar de los años, los lazos bóer subsistían, y eran incondicionales si se los necesitaba. Se lavó la cara, se puso un jean y una camisa blanca, y a pesar del cansancio, fue a visitarlos.

Estacionó la camioneta, que a estas alturas ella usaba más que el propio Ramírez, y caminó las cuadras hasta la casa; estaba en el barrio Pueyrredón, las residencias eran lindas y grandes. Golpeó a la puerta y mientras esperaba, disfrutó del entorno. No tardó en aparecer Lucrecia Richmond, que la recibió con los brazos abiertos.

Elena llevaba una hora conversando con Lucrecia. Aunque ésta le había contado detalles que Elena no conocía de la vida de algunos colonos bóer, no eran precisamente los que a ella le interesaban en este momento.

Con respecto a los Wilson Garrott, Lucrecia le comentó que cuando murió Peter ella era una niña pero sus padres habían sido muy amigos de Ian y Susan, tanto en los primeros tiempos, cuando habían vivido en la estancia Maan, como después, cuando Susan regresó con Florence en sus brazos.

De Peter solamente recordaba que era apuesto y esquivo para contraer matrimonio, a pesar de todas las candidatas que le buscaba su madre, mediante cenas que organizaba todas las semanas y a las que invitaba a las familias bóer con hijas en edad de casarse. La mayoría de las veces, Peter ni siquiera se presentaba a comer.

A pedido de Elena, la señora Lucrecia hizo memoria y terminó recordando que en algún momento, sobre todo cuando se mudaron de la estancia Maan a La Soñada, había habido algunas habladurías. Se había dicho que se mudaban para alejar a sus hijos de relaciones que no les convenían, pero sólo eso. Aunque seguramente había sido por Peter, porque era descabellado pensar que Anne miraría al que no debía. Ella era una chica un tanto extraña, le gustaba andar descalza todo el tiempo y no comía nada que hubiese respirado.

Lucrecia aprovechaba para contarle otros recuerdos, como las maravillosas reuniones bóer de esa época, que duraban una jornada entera: de día realizaban caminatas, paseos a caballo o competiciones, tales como las famosas carreras de embolsados, y de noche jugaban a las cartas, bailaban al son de los violines o se contaban historias alrededor de una fogata. En una de esas tertulias, ella se había puesto de novia con su actual marido, con quien llevaba más de 60 años felizmente casada, y había formado una familia de 6 hijos, 21 nietos y 3 bisnietos, uno más argentino que el otro, pero todos amantes y respetuosos de su ascendencia y costumbres bóer. A uno de sus nietos le había tocado pelear contra los ingleses durante la guerra de Malvinas y lo había hecho gustoso, porque amaba el país y no olvidaba todo lo que los ingleses habían hecho sufrir a su familia en los tiempos del estado independiente de Orange, cuando tuvieron que emigrar.

Un poco descorazonada por no haber conseguido la información que buscaba, Elena se disponía a partir cuando Lucrecia Richmond, ya en la puerta la tomó del brazo y le dijo:

— Una cosa más, que no me animé a decirte antes. Al fin y al cabo ya han pasado muchos años y tú por algo estás investigando, así que te lo diré porque puede serte útil. Siempre se dijo que Peter Wilson había dejado embarazada a una empleada de la estancia, a la que Susan, su madre, hizo desaparecer despidiéndola.

Elena quedó estupefacta; a esa altura ya no pensaba que fuera a decirle algo importante. Impresionada, sólo atinó a darle las gracias y marcharse. Minutos después, mientras manejaba, ya no le quedaban dudas: Peter Wilson

y Mariana Manso habían sido los padres de Daniel González, por eso su abuelo le había querido dejar un legado en su favor. Ahora sólo le faltaba averiguar si cuando ocurrió la desgracia del asesinato ellos sabían que eran padre e hijo.

Además le confirmaba que Peter, su abuelo, ¡era el bisabuelo de Omar!

Mañana volvería a intentar hablar con él. Y si no la atendía, probaría pasado mañana y si tampoco lo hacía insistiría hasta el día en que él, hartado, le contestara el teléfono. Una mujer no se daba por vencida tan fácilmente cuando un hombre la había hecho sentir tan amada como Omar lo había hecho con ella.

# SEGUNDA PARTE

## CAPÍTULO 12

### Ayer

*Estancia La Soñada, octubre de 1920*

Peter cruzaba el patio a paso rápido cuando Ian Wilson lo llamó. Aminoró la marcha y se acercó a su padre, que estaba sentado en la puerta de la carpintería a unos metros de la casa. Tal vez quería decirle algo importante, o tal vez sólo una tontera. Últimamente, era lo que hacía la mayoría de las veces; su padre no era ni la sombra de lo que había sido, y no porque su cuerpo se hubiese envejecido o enfermado, sino que le fallaba la mente. Desde hacía un par de años, las ideas se le enmarañaban y los pensamientos se le volvían incoherentes; esto iba en aumento y el doctor decía que no tenía cura. Era un lento deterioro sin remedio. Los años traían cambios y no todos eran buenos; porque así como en lo económico se mostraba el gran progreso acaecido para ellos, en otras áreas se veía el desgaste que traía el sacrificio. Aunque había algo indiscutible: Ian Wilson había vivido por y para su familia. Y había gastado su existencia en hacer progresar estas tierras. Peter meditaba en esto cuando llegó hasta él, e Ian, sin preámbulos, sentenció:

— Los peones están desconformes.

A Peter la frase lo tomó por sorpresa.

— ¿Los peones? ¿Por qué? ¿Te dijeron algo? —le preguntó; tal vez en esta oportunidad estaba lúcido.

— No, pero yo lo sé. Están desconformes.

— ¿Y con qué, papá? —le preguntó de forma condescendiente. La afirmación de su padre no era ninguna novedad.

— Con muchas cosas. Deberíamos hacer algo.

— Sí, papá, quédate tranquilo, yo me encargo —dijo Peter palmeándole la espalda.

— Con muchas cosas... —volvió a repetir Ian para sí mismo—. Muchas cosas, muchas...

Peter se alejó rumbo a la casa. A pesar de que era triste ver a su padre así, comenzaba a acostumbrarse. Cavilaba que en realidad las personas se acostumbraban a todo; como él se había habituado a vivir en otro lugar que



no fuera Orange, a pelear con los peones y hasta a aceptar los amores contrariados. Porque cuando, años atrás, se enteró de que Mariana se había casado, tenía hijos y vivía en Puerto Deseado, pensó que moriría, pero el tiempo había puesto paños fríos al asunto, y ahora aquí estaba, sumergido en su ardua y entretenida vida laboral.

Al llegar a la vivienda, fue directo al cuarto que había inaugurado meses atrás como oficina; buscaba esquivar a su madre que lo esperaba para hablar de un tema que a él no le interesaba. Cuando entró, observó que dos hombres estaban trabajando todavía. Los interrogó:

— ¿En cuánto terminan?

— Falta poco, patrón. Lo que pasa es que colocar esta caja fuerte no es cualquier cosa —dijo uno tratando de explicar la demora. No quería hacer enojar a Peter Wilson; todos sabían cuán duro podía ser él.

— Es importante que quede bien. A la tarde tengo que atender aquí gente de Buenos Aires.

— No se preocupe, señor, todo estará listo mucho antes.

Peter miró satisfecho la enorme caja, al fin tenía una de excelente calidad. La primera la había encargado tiempo atrás a Alemania y cuando ya casi llegaba en el buque *Presidente Mitre*, tuvo la mala suerte que la nave fuera interceptada por los ingleses, quienes alegando que el dueño del barco era alemán (sus enemigos en la guerra), le incautaron toda la carga, incluida su adquisición, sin siquiera tener en cuenta que el barco mostraba matrícula argentina.

La guerra mundial había traído consecuencias como éstas, y ahora su finalización acarrearía otras: el precio de la lana había caído tanto que el kilo pasó, de valer más de nueve pesos, a sólo tres. Y mucho tenía que ver con el hecho de que el mercado inglés estaba saturado de ella; toda la producción de Australia y Nueva Zelanda había llegado a Londres y no se había podido vender, y puesto que las lanas patagónicas siempre habían sido de inferior calidad, ni siquiera salían de los puertos argentinos, y eso que se habían cansado de ofrecerlas a precio bajísimo. En todas las estancias del sur, eso significaba crisis, baja de salarios, desocupación y disputas entre patrones y trabajadores. Pero así era la vida, pura lucha, y él, a sus 35 años, lo tenía más claro que el agua.

Peter tomó los papeles que debía leer y se dirigió al comedor; ganaría tiempo estudiándolos hasta que llegaran las personas que esperaba. Su madre aprovechó para hablar con él.

— Hijo, sé que estás con muchas obligaciones, pero por favor no te olvides de que el jueves vienen los Cook a cenar.

— Madre, ya sabes que no me interesan tus tejes y manejes para buscarme esposa. No creo que pueda estar presente, hay una reunión con los ganaderos para tomar algunas decisiones importantes.

— Peter, no podrás boicotear todas las presentaciones de jovencitas que te organizo. Vas a tener que terminar aceptando a alguna, ¿y sabes qué?, te quedarás con la peor candidata. La más bigotuda y malhumorada. Y bien merecido que lo tendrás —dijo su madre, aunque sabía bien que las mujeres en edad casadera morían por su hijo, tanto las que eran bóer, como las que no.

Desde que Peter se había instalado en la estancia La Soñada por causa de la enfermedad de Ian, Susan no se cansaba de buscar que su hijo sentara cabeza y formara una familia. No tenía certezas, pero se decía que cuando Peter iba a Buenos Aires, alguna historia tenía, y eso la preocupaba. Para colmo, cada vez se le hacía más difícil conseguir una buena chica bóer, ya que en los últimos años, desde que se había creado la Unión Sudafricana, muchos compatriotas estaban regresando en respuesta a las tentadoras invitaciones que la comunidad británica les hacía.

Peter le sonrió a su madre en señal de tregua y le dijo:

— Madre... —al hacerlo le señaló la puerta con la mirada para que comprendiera que daba por terminada la charla. Con ella no funcionaban las sutilezas, y él necesitaba leer bien el contrato. En minutos tenía que atender al delegado de los trabajadores de la estancia que seguramente vendría a pedirle algún beneficio, y él tendría que decidir si se lo daba. En la estancia Maan nunca se habrían aceptado injusticias como los castigos corporales que los capataces daban a los peones menores de edad en las estancias inglesas. Pero eso era una cosa, y otra muy diferente que se abusaran y vinieran a pedir más horas de descanso, cuando él era el primero en empezar la jornada y el último en terminarla.

Un rato después, Peter ya estaba instalado en su escritorio y dos hombres sencillos, vestidos de bombachas y alpargatas, se sentaban de frente a él para llevar adelante la conversación pendiente. Atrás de él refulgía la enorme caja fuerte que habían terminado de colocar; ésta ya contenía todos los papeles importantes de los Wilson, aunque sólo Peter tenía la llave. Él era la cabeza de la estancia.

— Díganme, muchachos, qué los trae a hablar conmigo.

— Patrón, usted sabe, acá todos tenemos familia y queríamos preguntarle si... —el peón más joven tartamudeó pero fue interrumpido por el hombre mayor:

— Patrón, nos atrevemos a plantear la petición porque en esta estancia las cosas se hacen de frente. Nosotros no vamos a ir a buscar a la federación obrera ni a nadie para pedir algo.

El sólo escuchar el nombre de la organización ya malhumoró a Peter.

— ¡A ver si hablan de una vez!

— Mire, queremos saber si en vez de que solamente se descance el domingo, podríamos cortar la jornada de trabajo el sábado al mediodía. Así se agregaría un poco más de descanso, y los que tenemos la familia a varios kilómetros podríamos ir a verla.

Peter los fulminó con sus penetrantes ojos azules. Hizo unos instantes de silencio y luego les lanzó a viva voz una perorata llena de negativas. En instantes, los dos peones se marchaban cabizbajos.

Su estancia no tenía a nadie en condiciones de esclavitud, pero hacía mucho que manejarla con mano dura le daba resultado. Si no se trataba con rigor a los trabajadores, éstos se lo pasaban tomando vino sin hacer nada útil. Extender el descanso del fin de semana sólo serviría para que estuvieran más horas en el bar.

Peter volvió a la sala en busca del famoso contrato que deseaba leer. Al entrar, le llamó la atención ver a Anne y a sus padres, sentados en el sofá junto a las visitas. Con tanta discusión no las había oído llegar.

— Hijo, acércate, los Derick han venido a despedirse. Se vuelven a Sudáfrica.

Otros más que regresaban. La oferta británica de devolverles las tierras era demasiado tentadora para rechazarla; sobre todo si no habían pasado tantos años en la Patagonia como para empezar a amar este lugar.

Peter saludó con cortesía al matrimonio bóer y a sus dos hijos: un joven y una chica. Hacía mucho que nos los veía; le llamó la atención lo grande que estaba la hija, tendría unos veinte años, era rubia y muy bonita, con unos ojos color ámbar que era imposible dejar de mirar.

— ¿Cuándo regresan, señor Derick? —preguntó Ian Wilson. Desde que los visitantes habían llegado era la tercera vez que lo hacía.

— Lo haremos el mes entrante, si Dios quiere —respondió la mujer pacientemente dejando pasar el error.

— Es una pena, los extrañaremos —dijo Susan.

— ¿Y por qué se van? —preguntó Peter. Aunque ya conocía la respuesta, quería oírlos y dar su opinión en contrario.

— Es que Inglaterra, con gran tino, ha recapacitado y nos devuelve todas las tierras que en su momento nos confiscó.

— Lo hacen porque les conviene y no por otra cosa —contestó sarcástico Peter.

Susan salió al rescate, a veces su hijo era demasiado directo:

— Yo ya no podría regresar, extrañaría demasiado las pequeñas cosas, como mi jardín. ¿Les gustaría que les muestre las variedades de jazmines, clavelones y malvas que he logrado que crezcan?

— Sí, claro, la mañana está espléndida. Vamos a verlo.

Todos salieron afuera y comenzaron a conversar mientras admiraban las flores. Pero Anne en instantes se escabulló rumbo a la cocina. Frente a los jazmines Peter no dejaba de hablar con la chica. Su madre lo notó, le llamó la atención. Era evidente que la joven le había gustado, no podía desaprovechar la situación. No se le había ocurrido pensar en Virginia Derick como candidata, le parecía demasiado joven y además ella y su familia estaban a punto de marcharse. Una lástima. Aunque siempre existía la posibilidad de que se arrepintiesen, o de que la chica se quedase... casada.

Anne entró en la cocina cuando Gonika terminaba de preparar la comida para el almuerzo.

— ¿Qué haces aquí, Melk? ¿Todavía no se fueron los Derick?

— No, mi hermano y mi madre están entreteniéndolos. Yo vine a visitarte y a preguntar si necesitas mi ayuda.

— Siempre necesito tu ayuda —le respondió con dulzura.

Anne observó la pulcritud de la cocina y el estado de la elaboración del plato.

— No lo parece. ¿Sabes, Gonika? Estoy cansada de esperar.

— En sólo minutos estará lista la carne.

— No hablo de la carne sino de nosotros. Estoy harta de disimular.

A veces, su dulce Anne tenía esas cosas, saltaba repentinamente de un tema a otro, aunque ahora la intromisión le pareció a Gonika una excelente oportunidad para terminar de decidir lo que llevaban meses, y aun años, planeando. Él nunca había querido presionarla pero ya iba siendo tiempo de cumplir el sueño de estar juntos, y de hacer realidad lo que ya lo era, pero a

escondidas.

— Melk, ésa es tu decisión, yo te he hecho mil propuestas. Desde las más elementales, cuando éramos muy jóvenes, hasta la que tú conoces de comprarnos una casa. Sabes que tengo suficiente dinero ahorrado. Claro, será algo sencillo.

— Lo sé.

— Podríamos vivir tranquilamente de lo que cocinamos, como ahora. Nuestros dulces, conservas y quesos ya son famosos en la zona.

— Gonika, a veces pienso: tengo 26 años ¿cuánto debo esperar? Y ahí es cuando me respondo: ¡ni un minuto más!

— Si estás decidida, nos ponemos espalda contra espalda para cubrirnos y que venga el que sea —dijo haciendo referencia a una famosa pelea con disparos sucedida años atrás en la Patagonia.

Ella sonrió y le preguntó:

— ¿Nos casaríamos?

Aunque ya sabía la respuesta, le gustaba escucharla de boca de Gonika.

— Sabes que lo haremos cuando tú quieras. Tal vez al principio habría que ir despacio, por tu madre. Decir que te quieres mudar a otra casa porque quieres vivir sola. Y que yo te acompañaría para servirte. Al fin y al cabo, eres mi ama.

— ¿Tu ama? —Anne, explotó en una carcajada. Eran palabras que los años vividos en Argentina habían hecho caer en desuso entre los bóer. Aunque de seguro a su madre no le sonarían descabelladas.

Anne se acercó al hombre de color; como siempre, su melena rubia y sus vestidos blancos contrastaban terriblemente. Pero en medio de la disparidad los dos cuerpos se unieron en un abrazo; y un beso en la boca enredó el pelo rubio en el cuello oscuro. Eran el uno para el otro, habían nacido con un alma cuya forma encastraba a la perfección con la del otro. No había mayor placer para ellos que el de cocinar juntos, conversar de tonteras o de las cosas importantes de la vida, hacer el amor o simplemente estar juntos en silencio.

Se separaron con esfuerzo, y ella dijo:

— Me voy, te veo a la siesta en el pajar.

Él asintió. El pajar; la sombra de los álamos que estaban en la loma durante el verano; el cuarto de Gonika en invierno con la salamandra prendida, que él había hecho colocar para que su Melk no tuviera frío en las noches heladas cuando ella se escabullía de su cuarto y desnuda se movía entre las sábanas de la cama de él; ésos eran sus lugares de encuentro, los

sitios donde los dos cuerpos, uno blanquísimo y delicado, otro azabache y fuerte, exigían estar juntos, sin aceptar las prohibiciones del entorno. Donde ambos se deleitaban sin importarles la minucia de la diferencia del color. Esos lugares los habían cobijado bondadosamente como comprendiéndolos. Allí habían escondido durante años este amor que ya no deseaba ocultarse más, sino que quería mostrarse.

A unos metros de donde llevaban adelante la conversación Gonika y Anne, los peones reunidos en su barraca confirmaban la realidad que cada rincón de la estancia tenía vida propia y secreta; y que cada recoveco del lugar era una vena que latía. Porque así como algunos sitios, como el pajar, destilaban amor, otros rezumaban odios y rebeldías. Los trabajadores no estando ajenos a esa vida interior de La Soñada; ese mediodía, en vez de almorzar, encerrados redactaban un pliego con una lista de cosas que creían justo exigir: que en recintos de 16 metros cuadrados no durmieran más de tres hombres, que se entregase un paquete de velas a cada obrero mensualmente, que no se trabajase los sábados, un mejoramiento de las raciones de alimentos, un sueldo mínimo mensual de cien pesos y algunas otras exigencias. Esa misma tarde, en el camino junto a la loma, se había programado una reunión con la organización que comenzaba a nuclear a los obreros. Antonio Soto, uno de los caudillos, los esperaba para explicarles la situación. Todos los trabajadores, sin importar a qué estancia pertenecían, querían lo mismo. Y tanto los Wilson como los otros estancieros, sumergidos en su vida privada y su afán de progreso, no sabían leer los signos de los nuevos tiempos que se avecinaban.

## CAPÍTULO 13

### Hoy

Elena colgó el tubo del teléfono en la casa de la estancia. Acababa de hablar con su hermano Pedro y le había dicho que tenía importantes noticias para darle y que éstas eran tan trascendentales que necesitaba hacerlo en persona a todos juntos. Él, un tanto impresionado por el tono de voz que ella había usado, le había respondido que los tres viajarían al día siguiente a Comodoro. Elena pensaba contarles a sus hermanos todo lo que había averiguado y, además, que estaba enamorada de Omar. Luego deberían tener una reunión con Thompson; sólo imaginar ésta ya la ponía nerviosa. Para colmo, había hecho el intento de hablar con Omar, pero él seguía sin responder sus llamadas. Buscó tranquilizarse tomando en la cocina un té con las galletas de arándanos que le había enviado la esposa de Ramírez, pero no lo logró.

Miró el reloj, eran las cinco de la tarde. ¿Qué hacer? Si se quedaba encerrada en la estancia se volvería loca. Tenía la mente llena de ideas y el corazón repleto de sentimientos. Se le ocurrió ir a Comodoro a visitar la famosa muestra de pintura que nunca llegaron a visitar con Omar. Se puso un jean y una camisa de seda impecable, y en media hora estaba en ruta rumbo a la ciudad. Necesitaba distraerse, el día siguiente sería difícil.

Estacionó la camioneta a unas cuadras del hotel, cerca del puerto. Quería caminar, sentir el aire del mar. Por primera vez el viento patagónico no le molestaba, sino al contrario; le gustaba que la empujara con violencia y que ella tuviera que oponer resistencia para no ser arrastrada. Necesitaba gastar energía, descargarse, sentir el fresco en la cara. Los días se acortaban, cada vez se ponía más frío, el viento arreciaba, así era Comodoro, pero se daba cuenta de que, desde hacía un tiempo, ella ya no renegaba del clima del lugar, y que estar allí le gustaba casi más que Buenos Aires. Se impresionó de su propio pensamiento, algo en su interior estaba cambiando. Al ponerse sentimental, inevitablemente su mente la llevó a Omar. Ingresando en el hall del hotel Lucania Palazzo, donde se realizaba la muestra, hizo un nuevo intento de comunicarse con él. Pero lo mismo de siempre, el contestador se encendía automáticamente. Intentaría disfrutar de la muestra, y en un par de

horas haría un nuevo intento. Tarde o temprano él debería atenderla.

Ingresó a la sala y los colores ocres, amarillos y naranjas de los cuadros dieron un golpe a su retina que sacudió su melancolía. Eran puestas de sol captadas en diferentes lugares de la Patagonia, algunas en el mar, en la montaña, otras en ciudades, en plazas. Eran bellas, todas tenían la característica de la luminosidad del sol como únicamente se ve en el sur. Le habían hablado muy bien del artista, era joven pero prometedor. Se hallaba disfrutando a pleno las imágenes, cuando escuchó una voz masculina:

— Elena... Elena Wilson Garrott, ¿qué hacés acá?

Se dio vuelta.

— ¡Eric! ¡Y sí, en qué otro lado podíamos encontrarnos...!

— Es cierto, amiga mía, compañera de aburridas lecciones.

Se abrazaron. Era un amigo querido con quien habían compartido cursos de pintura en la Capital.

— Estoy en Comodoro para hacer unos trámites relacionados con las tierras de mi familia. ¿Y vos?

— Yo me volví para acá, la vida en esa ciudad loca que es Buenos Aires no es para mí. Claro que voy seguido, organizo muestras en ambas ciudades. Son dos lugares donde hay muchos extranjeros que compran obras.

— Pero estuviste varios años viviendo en Capital.

— Sí, aguanté como cuatro, pero ahora estoy aquí, feliz de la vida, enseñando pintura, organizando muestras, y sin dejar mi viejo trabajo de guía, porque los turistas que llevo de paseo son buenos compradores de obras de arte.

— O sea, los llevás de recorrido y después les vendés cuadros —dijo Elena, divertida.

— Sí, para eso organizo muestras como ésta.

— ¿La organizaste vos? Es muy buena. Franco Brasoli es muy talentoso.

— Es lo que se viene. ¿Y vos, seguís pintando?

— Es una actividad que tenía abandonada, pero la verdad es que desde que me instalé aquí hice una serie de cuadros, y hasta me gusta como quedó.

— ¡Me encantaría verla!

— Pasá por la estancia cuando quieras. Voy a estar unos días más.

— De acuerdo, quién te dice que no hacemos una muestra juntos y se las vendemos a los gringos que traigo la semana que viene.

— Ay, Eric, seguís igual de loco.

— Eso no se arregla. Te hablo y coordinamos, pero contame un poco de



tu vida. ¿Desde cuándo estás acá? ¿Seguís con tu novio, el que era tu jefe? ¿Qué es la de la vida de tus hermanos?

— Es largo, ¿tenés tiempo para un café?

— Claro, acá en Comodoro no corremos como los porteños.

Buscaron el bar del hotel, se sentaron y tranquilos se dedicaron a contarse las últimas idas y venidas de sus vidas. Eric tenía más ajeteos amorosos que Elena, ya que iba por la cuarta convivencia con una mujer. Esta vez le había tocado el turno a una belga que en uno de sus viajes se había quedado a vivir en la Patagonia.

Conversaron alrededor de una hora y quedaron en que él pasaría al día siguiente por la estancia para ver las pinturas. Elena le pidió que fuera al mediodía, porque por la tarde llegarían sus hermanos.

Elena se observó en el espejo mientras pensaba cómo las cosas a veces se daban de manera inesperada. Acababa de despedir a Eric, después que él había cargado en el vehículo todas sus últimas obras. Su amigo se había entusiasmado tanto con lo que había visto que quería exponerlo ya mismo, antes de que ella se marchara de Comodoro. La muestra de Franco Brasoli ya terminaba y pondría las pinturas de ella. Y lo más impresionante era que después deseaba llevarlas a Buenos Aires. Llamarían a la exposición «Estancia patagónica». ¿Qué otro nombre podrían ponerle si había pintado cada rincón de la casa, del patio y hasta de los corrales, de una y mil maneras? Antes éste hubiera sido un momento soñado, ahora por todo lo que estaba viviendo en lo personal, pasaba a segundo plano. Así era la vida, regalaba cosas deseadas cuando ya no nos parecían tan necesarias para ser felices. En este momento, Omar y todas las decisiones que debía tomar con su familia tenían prioridad.

En dos horas debía recoger a sus hermanos por el aeropuerto. Iban a reunirse y hablar todos juntos, planeaba contarles lo que sentía por Omar. Al pensar en él, hizo casi automáticamente lo que venía haciendo desde hacía varios días: buscó su celular para llamarlo. Haría un nuevo intento. Uno más. El aparato sonó dos veces pero esta vez no fue el contestador lo que escuchó. La voz conocida, tantas veces soñada, le respondió del otro lado:

— Hola...

Elena, nerviosa, se mordió el labio inferior; de tanto esperarlo ya no creía que él iba a responder.

— Hola, Omar...

— Elena... ¿qué hacés, cómo estás?

— Bien, estoy en Comodoro... Te llamé muchas veces, pero no sé si no hay señal o no me querés atender.

En la línea hubo silencio hasta que a Omar, como siempre, la sinceridad le ganó la partida:

— Supongo que fueron las dos cosas... Viste cómo terminamos la última vez.

— Sí, me acuerdo que al otro día te fuiste sin avisarme. —Ella se dio cuenta de que estaba por empezar a echarle en cara su partida, y decidió no hacerlo: —Necesitaba escucharte... quiero verte.

— Ay, Elena, sos muy cambiante y yo no estoy para esas cosas. Vos sabés la propuesta que te hice.

— Sí, la recuerdo muy bien. Pero antes de hablar de eso tengo algo para decirte. —Elena quería contarle lo que le quemaba las entrañas. Temía que discutieran y no poder hablar de su descubrimiento, de las verdades que permanecieron ocultas por años y que los afectaba para vivir en libertad su amor.

— Si estás en Comodoro, deben ser noticias del legado y la sucesión.

— Algo así, pero sentate porque la información que tengo es tremenda.

— Ya me senté, contame. —Omar se acomodó tranquilo en el silloncito de la recepción del hotel; pensaba equivocado que ya nada lo podía sorprender. Se pasó la mano por el cabello corto y lacio, aguardando la voz de Elena.

— Mirá, Omar, de acuerdo a lo que he averiguado, tu bisabuela Mariana trabajó en la estancia Maan, y tuvo un romance con mi abuelo Peter, idilio al que los Wilson se opusieron desde el principio.

— Qué raro, tu familia siempre tan comprensiva.

— Dejá de pelearme y escuchá. Peter y Mariana tuvieron un hijo: Daniel González.

Silencio absoluto.

— ¿Un hijo? ¿Elena, qué decís?

— Sí, siete meses después de que les tomaron la foto en la que están juntos nació la criatura. Después de un tiempo, Mariana se casó con Rodolfo González y éste le dio su apellido al niño, que antes se llamaba Daniel Manso.

Hizo una pausa. Otra vez silencio el silencio era total, hasta que se escuchó la voz de Omar.

— Elena, si eso es verdad, ¡mi abuelo Daniel González mató a su propio padre!

— Así es.

— ¿Estás segura?

— Sí, tengo todas las partidas que pedí en el Registro Civil de Puerto Deseado que lo prueban, y he hablado con algunas personas de la zona que estaban vivas en esa época; todos coincidieron en que se rumoreaba que Peter, antes de tener a Florence, mi madre, tuvo un hijo varón con una empleada.

— ¿Una empleada? ¿Tu familia sabía algo de esto?

— No creo. Nunca se habló nada. ¿Y la tuya? —le respondió Elena.

— Jamás escuché nada. ¿Será por eso que tu abuelo le dejó el legado al mío?

— Es probable —dijo ella.

— Pero al momento del... asesinato —a Omar le costó decir la palabra, hizo un respiro antes de continuar, lo que hablaban ameritaba ser lo más claro posible, prosiguió—: ¿Peter y Daniel González sabían que eran padre e hijo?

— Es lo único que me falta averiguar. Y saber si hubo otra razón por la cual él lo mató o sólo fue la lucha entre un peón y un patrón.

Elena se daba cuenta de que con cada palabra suya, Omar se conmocionaba más y más.

— Elena, quiero ver todos los papeles, porque si esto es verdad, vos y yo somos parientes...

— Sí, algo lejanos, por suerte. Pero compartimos la sangre bóer.

Omar del otro lado de la línea se estremeció, sintió cómo se le erizaba la piel en la espalda y los brazos. ¿Bóer él, que tanta rabia sentía por los Wilson? ¿Él y Elena parientes? No lo podía creer.

— Omar, vení conmigo a Comodoro. Mis hermanos están por llegar y voy a hablar con ellos de todo esto, y también de nosotros.

— ¿Te vas animar? —No terminaba de creerle.

— Sí, por vos todo.

— Elena...

— ¿Vas a venir?

— Mi plan era volver recién en quince o veinte días.

— Pero esto amerita que vengas antes, también hoy se decide lo del legado. En unas horas los Wilson llegan a la estancia para resolverlo. Y además... quiero verte, gordi —dijo usando el sobrenombre que había usado

en algunos momentos de intimidad.

Omar sintió cómo bajaban todas sus defensas.

— Creo que puedo arreglar para viajar. Te aviso. Yo también te quiero ver.

— ¿Sabés? Yo fui a buscarte al hotel al día siguiente de nuestra discusión, y vos ya no estabas —dijo Elena mientras se le quebraba la voz.

— ¿Fuiste? —y enternecido agregó—: Esperame en Comodoro, voy a llegar mañana o pasado.

Pediría una licencia, era una situación excepcional relacionada con una herencia, no podían negárselo; y aunque le dijeran que no, viajaría igual. Escuchar a Elena, con su voz suave y el tonito ansioso, lo había sacudido. Imaginar tenerla con él tan sólo en horas lo llevaba a tomar cualquier decisión.

— Vení que te espero. Además tenés que estar para la muestra de mis pinturas en el hotel Lucania Palazzo.

— ¿Muestra? —preguntó sorprendido.

En su mente ya no cabía una noticia extraña más, pero la voz de Elena lo narcotizaba. Deseaba escuchar todo lo que ella quisiera contarle. Miles de noticias, durante mil horas.

Entonces ella le contó lo que su amigo Eric le había propuesto; hablaron de eso y de otras menudencias hasta que siendo momento de cortar, lo hicieron; pero ambos se habían quedado con ganas de más. Era comer el plato preferido en cucharita de café. Ellos querían conversar de todo, abrazarse, reírse juntos, besarse, querían... querían una vida juntos.

## CAPÍTULO 14

### Ayer

*Estancia La Soñada, fines de 1921*

Peter Wilson trabajaba en su escritorio, le dolía la cabeza. Durante la noche no había podido dormir bien y acababa de tener una fuerte discusión con su mujer; Virginia desde que estaba embarazada había aumentado la presión para convencerlo de que volvieran a Sudáfrica y allí se instalaran. En ese lugar estaban sus padres, y muchos bóer que de diferentes partes del mundo, incluida Argentina, habían regresado ante la propuesta de Inglaterra. Pero él no quería irse, su vida estaba aquí, en la Patagonia; después de tantos años, se sentía argentino. Éste era su país y no estaba en sus planes regresar. Ni siquiera le gustaba que ella le hablara permanentemente en afrikáaner. Con el tiempo esa lengua había perdido familiaridad para él, todavía lo manejaba a la perfección, pero a veces sentía que le faltaban palabras cuando quería explicar algo importante; el español se había convertido en su idioma. Con su esposa habían discutido muchas veces a los gritos, pero ahora con un hijo en el vientre lo amenazaba con irse. Virginia Derick había resultado ser una chiquilla caprichosa y frágil porque cuando él se ponía firme en algo, ella terminaba enfermándose. Claro que en verdad era muy joven, pero él se estaba hartando, tenía demasiados problemas como para ponerse a lidiar con esos menesteres domésticos.

Todavía sentía el sabor amargo de la disputa con su mujer cuando entró el administrador. A Peter le llamó la atención que lo hiciera sin llamar. Venía agitado.

— Patrón, los huelguistas han tomado la estancia Enjoy.

La propiedad estaba a sólo un paso de La Soñada, eran sus vecinos. Peter se levantó con violencia de la silla y pegó un puñetazo en la mesa.

— ¡Maldición! ¿Es que esto no va acabar nunca?

Pleitos entre patrones y trabajadores, muertes de ambos lados, infelices fusilados por el ejército; el peligro siempre acechaba a los que vivían en la región. La sociedad patagónica se convulsionaba y Peter, en medio de ella, sentía que se ahogaba: la esquila que nunca se hacía a causa de las frecuentes

huelgas, la lana que no se podía vender, los bancos que apretaban... Por más que los gobernadores eran cambiados y el gobierno nacional intervenía, todo seguía igual, sin solución a la vista.

— ¿Cuándo fue? ¿Cómo te enteraste? —interrogó nervioso Wilson.

— La tomaron esta mañana. Me lo informaron los gallegos Pérez, que pasaron por acá.

Si bien la banda violenta del anarquista Alfredo Fonte, alias «el Toscano», había sido desarticulada, todavía quedaban grupos pertenecientes a la asociación obrera que entraban a las estancias, tomaban armas, comida y se llevaban de rehenes a los patrones y al personal administrativo.

— Tenemos que reforzar la seguridad, quiero a hombres de confianza apostados con armas. Si vienen a La Soñada no me voy a quedar de brazos cruzados. Vamos a hacer lo que en la estancia Bremen —dijo Peter haciendo alusión al establecimiento alemán de Laguna Cifre donde los dueños se habían defendido; la revuelta había terminado con dos obreros muertos y algunos heridos. Luego, mirando por la ventana, dijo para sí: —¡No entiendo por qué no les damos de una vez por todas algo de lo que piden, y así podemos seguir adelante!

Peter, como otros estancieros, comenzaba a pensar en soluciones diferentes con tal de terminar el litigio.

— Señor, ¿armas y algo más?

— Ponga uno o dos centinelas que estén atentos, por si después de Enjoy se nos vienen encima. ¡Hágalo ya mismo!

— Sí, señor —respondió el administrador y salió con rapidez.

Peter se quedó pensando qué otro recaudo podía tomar. Por momentos sentía que la situación lo superaba. Hacía mucho que no dormía bien, estaba intranquilo y casi todas las noches tenía pesadillas. Incluso llegó a pensar que los malos sueños eran producto de lo que había vivido el día que casualmente se cruzó con el grupo de soldados del capitán Viñas Ibarra en el camino. Charlaba con el militar y compartían una bebida caliente, cuando llegaron dos delegados de la asociación obrera para pactar la rendición de un grupo apostado en una estancia. El militar escuchó las explicaciones de los dos hombres mientras tomaba su café; cuando terminó, con una simple seña de su mano indicando cuatro, los hizo fusilar con esa cantidad de tiros, sin una palabra o una explicación. Para Peter había sido una experiencia traumática; sin embargo, si sacaba bien la cuenta, sus pesadillas venían de antes; sólo que a partir de ese momento se habían intensificado. El sueño era recurrente:

caminaba tranquilo entre los árboles de un bosque cordillerano, deambulaba sintiendo el aroma a plantas húmedas y tocando con la yema de los dedos la corteza de los troncos. Sereno y pleno, se tendía sobre la hierba y miraba pedazos de cielo mientras el sol formaba en el suelo manchas luminosas al penetrar entre las tupidas ramas. De pronto, aparecía una mariposa con sus colores rosados y un circulito en cada ala. Él la miraba hipnotizado, y enseguida aparecía otra y otra más. Venían cinco, diez, cientos de ellas, todas aleteando frenéticamente, acercándose más y más a su rostro, impidiéndole primero la visión y luego la respiración, destilando sobre él su polvillo nacarado, apretujándolo con las alas, asfixiándolo. Y entonces se despertaba ahogado, sosteniéndose la garganta con las manos.

Estos pensamientos lo agotaban física y emocionalmente. Los espantó y decidió continuar con sus actividades. Entonces vio a Anne parada en la puerta de su oficina. Hubiera deseado desaparecer, porque aun ella en ese momento le molestaba. Su voz cantarina se hizo oír en el recinto.

— Necesito hablar contigo, Peter.

— Anne, éste no es el momento.

— Lo mío no puede esperar.

— ¡Es que no entiendes! ¿Tan urgente es?

— Inaplazable. Quiero avisarte que pasado mañana me marcho de casa.

Gonika viene conmigo —decidió ser directa ya que él no estaba de humor para detalles.

Su hermana en varias oportunidades le había contado lo que ella y Gonika sentían el uno por el otro. La noticia no lo había sorprendido; para él siempre había sido claro como el agua, aun desde los primeros tiempos. En algunos momentos él mismo le había aconsejado que tomaran una decisión, pero hacía ya años que pensaba diferente. No deseaba más problemas.

— Anne, deja de tomar decisiones ridículas. No necesitas irte de esta casa y amargar a toda la familia. Si lo que quieres es seguir viendo a Gonika, acá podrás verlo hasta el resto de tus días.

— Pero es que no quiero verlo, quiero vivir con él.

— ¡Vivir! ¡Vivir! Ridículo.

— Peter, ¿qué te pasa? Yo no voy hacer lo que tú hiciste. No voy abandonar mis sueños.

— ¡Qué sabes tú de sueños! La vida es mucho más dura de lo que te imaginas.

— ¿Acaso crees que no lo sé? ¿O te has olvidado que yo también vine

en el barco desde Orange y casi muero de tristeza en este país? ¿Acaso crees que no conozco lo que es enamorarse de la persona que todos creen que no es la indicada, sólo porque tiene otro color de piel? Pero acá vivimos en un país libre. No hay diferencias entre negros y blancos. ¡La ley nos ampara!

— La ley te amparará, pero convertirás el nombre de nuestra familia en la comidilla de todos. Pronto tendré un hijo y debo pensar en él.

— Peter, vives equivocado. Nada te hace feliz. Renuncias a todos tus sueños. Escondes en algún lado de tu mente todos tus deseos. Ocultas las partes de tu vida que te traen dolor. Te preocupas por el hijo que vas a tener... ¿y el otro que anda por ahí y que nunca has visto, qué? ¿Ése no cuenta como hijo?

Peter se puso pálido. Su rostro se trastornó.

— ¿De qué hablas?

— ¿Acaso me vas a decir que no lo sabes?

— ¿Que no sé qué?

— Parece que en esta casa nos hemos vuelto especialistas en «lo que no se dice».

Peter se levantó de la silla y tomó a Anne por los hombros con rudeza.

— ¿Qué es lo que no sé, Anne?

— Vamos, Peter... Sabes que Mariana vive en Puerto Deseado y tiene varios hijos. Pero dicen que cuando se casó ya tenía uno. ¿Y de quién crees que es hijo ese muchacho? Por su edad fue concebido cuando ustedes estaban juntos. Dicen que tiene tus ojos. —Anne habló abiertamente, harta de ocultamientos, pero al ver la sorpresa de su hermano, no podía creer que no lo supiera.

Peter se desplomó en la silla. Un caballo le había pasado por encima, un carro, una vida.

— ¡Déjame solo, Anne, y haz con tu Gonika lo que quieras!

— Eso es lo que pienso hacer. Sólo deseaba decírtelo antes, porque esta noche cuando hable con mamá, la casa se transformará en un caos. Y eso que al principio le disfrazaré la situación —dijo Anne y se marchó, pensando que su hermano cada vez se parecía menos al que fuera alguna vez.

Peter se tomó la cabeza con las manos. ¡Por Dios, qué decía Anne! Si era verdad, la historia podía ser completamente diferente de la que siempre había creído. Y si era así, entonces él en muchos aspectos había arruinado su vida. Y venía a enterarse justo ahora que esperaba un hijo de esa muchacha rubia, a la que no quería.



Cuando en la estancia se conoció la incomprensible decisión de Anne de mudarse sola a una casa, la desesperación se apoderó de su madre. Porque el día que Susan se enteró de la noticia por boca de su hija, al principio creyó que era una broma; luego se le ocurrió pensar que era imposible para ella comprar una casa, pero cuando la muchacha le explicó que junto a Gonika habían reunido el dinero, ahorrando lo que ganaban vendiendo sus comidas, no pudo decir nada más. Había algo en el asunto que le disgustaba, algo tan terrible que ni siquiera se atrevía a ponerlo en palabras. Que la asustaba aun encerrarlo en una frase con dos signos de interrogación en cada punta. Porque era una pregunta maldita; la cual si tenía respuesta, no quería conocerla nunca. La misma la perseguía como un verdugo ¿Acaso Anne y Gonika tenían algo? ¿Acaso Anne y Gonika tenían algo? ¿Acaso Anne y Gonika tenían algo?

El mismo día que Anne partió en busca de su destino, con el carro lleno de enseres, junto a Gonika, una india, un peón y los tallos de ruibarbo, retoños de los traídos por sus padres desde Orange, Peter también lo hizo rumbo a Puerto Deseado, en busca de ese fragmento perdido de su pasado. Había decidido viajar para hablar con Mariana. No le importaba que estaba casada, él también lo estaba. Lo único que buscaba saber era si Mariana había criado un hijo suyo, y si era así, averiguar si el muchacho necesitaba algo, o si lo podía ayudar de alguna manera en su futuro. En la estancia había dicho que iba a reunirse con otros estancieros por el asunto de las huelgas, lo que no dejaba de ser verdad, ya que aprovecharía para obtener noticias de sus amistades que tenían contactos en el gobierno. Tomaría el tren.

Anne y Gonika acababan de llegar y, de pie frente a la sencilla propiedad de la cual ahora eran dueños, se sentían ricos. Mientras la observaban, ella soñaba: un lugar para ser libres, un espacio donde no ser juzgados; él imaginaba: una tierra donde ser hombre, apenas eso. Llegar hasta allí no había sido fácil, no tanto por lo lejos sino que era un lugar de difícil acceso, por eso lo habían elegido. Era perfecto para ellos y para la intimidad que necesitaban.

En algún momento irían a Comodoro Rivadavia para hacer el trámite de casamiento en el registro civil. Aunque su amor iba más allá de eso, les gustaba jugar con la idea de que hubiera un lugar en el que nadie les miraría el color, en el que lo único importante sería su nombre, su edad y su decisión

de estar juntos. Una dependencia donde serían una pareja más haciendo un trámite legal. Ya habría tiempo para eso, ahora la vida los empujaba hacia las tareas comunes, que no por triviales carecían de importancia: había que sembrar, arreglar el techo de la casa, cocinar para ganar dinero y terminar de pagar lo adquirido.

Gonika la tomó de la mano y le dijo:

— No tengamos miedo, si ponemos amor en lo que hacemos, no hay manera de que salga mal.

Ella miró el fondo de sus ojos negros; le creía hasta la muerte.

El día de la llegada bajaron juntos del carro los objetos con los que fundarían su casa. Lo primero que deseaba hacer Anne era sembrar los rizomas de ruibarbo. La emocionaba saber que eran tallos nacidos de los que habían venido con ellos en el barco desde Sudáfrica. Quería destinar gran parte de la huerta a esta planta, y hacer con ella muchos *rubap-pai*

[\[10\]](#) para vender.

— Venderemos cientos de pasteles y los haremos famosos en todo el país. Algún día una señora elegante tomara un té con pastel de ruibarbo en una confitería de Buenos Aires.

— Si tú lo sueñas, así será. ¿Ahora dime cuántos metros quieres destinar a los *rubap*? —le preguntó Gonika, que llamaba a la planta como se la conocía en África.

— Muchos, Gonika, muchos. Este trozo de tierra será un vergel de ruibarbos y tú me ayudarás a mantenerlo bello. Nunca pero nunca deberá secarse esta plantación, aun cuando nosotros ya no estemos estas plantas seguirán aquí. ¿Me prometes que me ayudarás a que así sea?

— Te lo prometo, Melk —le dijo sonriendo, y la besó en la boca para sellar su compromiso, sin imaginar cuán lejos llegaría su promesa.

Cuando Peter descendió del tren en Puerto Deseado, sintió que lo embargaba un nerviosismo adolescente que hacía mucho no sentía. Era una especie de inseguridad y hasta de miedo, parecidos a los que había conocido en su juventud y a los que había renunciado la fatídica noche en que, medio muerto de dolor, leyó en la Biblia la promesa del águila.

Al estar frente a la casa donde le habían dicho que vivía Mariana con su familia, casi no pudo golpear para que le abrieran, le temblaban las manos. Pero al fin al hacerlo se decepcionó, nadie acudió al llamado por más que los

nudillos le quedaron rojos de tanto llamar a la sencilla y prolija casa. Una vecina, al ver su insistencia, se acercó.

— No hay nadie. La señora Mariana salió con sus hijos. Parece que a su marido lo han detenido y deportado. Es uno de los líderes de la asociación obrera.

Si a Peter la imagen de ese hombre que dormía con la mujer que alguna vez él había amado ya antes le caía mal, cuando se enteró de la noticia le cayó peor. La vecina se ofreció a ayudarlo. Pensaba que un hombre tan distinguido como el que buscaba a la señora Mariana no podía venir a traerles otra cosa que buenas noticias. Se notaba en el rostro que la apreciaba. Peter le preguntó si podía volver con una carta para que se la entregara a ella en persona. Ella aceptó.

Luego se marchó y buscó un bar, una confitería o lo que fuese que encontrase. Necesitaba tranquilidad por unos minutos. Sentado en una mesita de La Leonesa comenzó a escribir. Ensimismado, no se percataba de lo que ocurría en el local, a su alrededor. Algunos parroquianos salían y otros entraban; pero cuando casi terminaba y sólo faltaba su firma a la carta, una conversación captó su atención. Peter, frente a la ventana, se hallaba de espaldas al mostrador donde ésta se desarrollaba.

— ¿Y nadie sabe nada de él? —preguntó Don Cipriano López, el dueño del lugar.

— No, le he preguntado a la policía y me responde con evasivas —respondió una voz femenina.

— ¿Habló con el agente Peñaloza? Es una buena persona.

— Sí, me dijo que algunos han sido deportados en el vapor *Vicente Fidel López*. Pero la verdad es que no sé nada seguro desde el día en que clausuraron la Federación Obrera de Puerto Deseado y se lo llevaron.

— Mire, Mariana, no se preocupe, tarde o temprano va a tener noticias.

Al oír el nombre, Peter no pudo seguir escuchando, se dio vuelta de inmediato. Lo que vio lo dejó estupefacto.

## CAPÍTULO 15

### Hoy

Por primera vez después de años, ese mediodía la estancia Maan volvía a ser un hogar. Se notaba en el ingreso, donde no sólo se hallaba la camioneta de Ramírez sino también dos vehículos más de vidrios polarizados que los hermanos habían alquilado, para usar durante los días que pasarían en el lugar. Se lo descubría en las risas y el bullicio que reinaba en el comedor, alrededor de la mesa con mantel de tela blanco sobre la que descansaban platos con comida humeante. Los hermanos Wilson Garrott estaban todos reunidos allí. Los ojos verdes y los cabellos claros dominaban la sala.

Estaban comiendo en el lugar donde tantas veces lo habían hecho sus antepasados llegados de Sudáfrica, y eso les daba un sentido de pertenencia y alegría. Una emoción que los hacía considerarse parte de un engranaje del cual ellos sólo eran piezas pequeñas pero necesarias e imprescindibles. Un sentimiento augusto que los hacía cómplices: no importaba lo que fuera que tuviesen que enfrentar, si estaban unidos todo saldría bien.

Habían comido cordero hecho por la esposa de Ramírez. Habían bebido un malbec patagónico y se habían reído a carcajadas de los comentarios de Marcos sobre su frustrada vida naturista. Desde que estaba lejos de su casita en la montaña cordobesa, Marcos había engordado varios kilos y los pantalones estaban a punto de no cerrarle. Pero próximos a hablar de los temas urticantes, esa misma impresión de unidad que los había acompañado desde que llegaron, ahora los empujaba a abrirse para entender que nada valía tanto como para pelearse entre ellos. La última vez que estuvieron en el departamento de Elena habían llegado a probar lo amargo de la discusión entre hermanos, y no deseaban volver a paladearlo.

Ya habían terminado de comer cuando Elena comenzó a relatar, paso por paso, todo lo que había descubierto. Mostró las partidas que lo corroboraban; también contó los comentarios hechos por la abuela de Agustina y por Lucrecia Richmond. Nerviosa, acomodaba cada tanto su largo cabello hacia atrás. Los tres hombres la escuchaban atentamente y a medida que su hermana avanzaba en las explicaciones, el postre en los platos perdía interés para ellos. Algo en las noticias les quitaba el apetito.

— Elena, si todo eso es verdad, es terrible. Quiere decir que a Peter lo mató su propio hijo —dijo Pablo.

— Sí, pero tengo la sospecha de que ellos dos no sabían que eran padre e hijo —le respondió ella.

— Pobre mujer esa Mariana, pobre chico, y pobre Peter... Morir así, en manos de su hijo —exclamó Marcos.

— La desgracia del odio —dijo Pedro.

— A ver si entiendo... El descendiente de Daniel González, ese tal Omar que presenta el legado ¿sería nuestro pariente? —dijo Marcos.

— Sí, y es tan dueño de las tierras como nosotros porque Peter quiso que su hijo heredara. ¿Qué diría el abuelo si nosotros nos negáramos? —preguntó Elena.

— No es tan simple... Esa misma persona a quien él le dejó tierras, terminó matándolo.

— ¡Pero ellos no sabían que eran padre e hijo! —insistió Elena.

— Ésas son presunciones —retrucó Pedro.

— Como sea, tenemos que decidir si vamos a reconocer o no el legado —dijo Marcos.

— ¿Quieren pensarlo y después lo votamos? —preguntó Elena.

— ¡Votemos ya, para qué esperar! Mañana tenemos reunión con Thompson. Propongo que cada uno exponga sus razones a favor o en contra —dijo Pedro.

— Yo opino que siempre hay que respetar la última voluntad de un difunto, haya pasado lo que haya pasado, por algo tomó la decisión. Voto a favor de respetar el legado —dijo Marcos levantando la mano.

— Yo voto en contra. A esa gente no le quiero dar nada; además es una complicación con el comprador —dijo Pablo.

— Yo a favor —dijo Elena.

— ¿Podés explicar tus razones? —le exigió Pedro.

Marcos la miró a los ojos, y levantó las cejas como si fuera una señal de largada.

Elena carraspeó, luego dijo:

— Me parece que el descendiente, Omar González, es una buena persona, un geólogo de buena familia. He hablado mucho con él.

— ¿Y...? —insistió Marcos dándole el pie para que dijera lo que faltaba.

— ¡Y nada! ¡Sólo eso, Marcos! —respondió Elena pensando que su

hermano era un metido. Enseguida, la culpa la carcomió; le había prometido a Omar que les diría la verdad a sus hermanos, que no se avergonzaría ante ellos de la relación. Entonces tomó coraje e intentó explicar lo inexplicable: que los sentimientos se instalan donde se les da la gana, sin preguntar.

— Conversé mucho con él, nos hicimos amigos, salimos un par de veces y... y... me enamoré de ese hombre. Nos enamoramos los dos.

El silencio fue total durante segundos hasta que las palabras pronunciadas penetraron en la mente de los tres hombres. El primero en reaccionar fue Pedro, que abriendo sus ojos verdes y frunciendo el rostro como si hubiera recibido un golpe dijo:

— ¿Qué?

Elena, que ya había tomado impulso, continuó:

— Es el hombre con el que me vieron el día que nos encontramos en el centro, cerca del hotel.

— ¿Elena, qué decís? —preguntó Pablo.

— Estamos enamorados y hasta me propuso matrimonio.

— Si ese hombre es descendiente de Peter, es familiar nuestro... tuyo, ¿no?

— Sí, pero lejano. Sacá las cuentas.

— Hermanita, te pasaste. Esto es una locura —dijo Pedro sarcástico.

Elena echó mano al último argumento que tenía a su favor:

— Más allá de mi vínculo con él, me parece mezquino de nuestra parte no darle lo que le corresponde. Yo voto por que respetemos el legado. No quiero pelearme con ustedes pero esta relación es importante para mí.

— ¿Tan importante? ¡Si apenas se conocen! —gritó Pedro.

— Lo quiero, nos queremos. Nos conocemos bien, estuvimos varios días conviviendo en la casa que él tiene en Rada Tilly.

Ya que estaba les decía todo y que el mundo se cayera. No le importaba. De alguna manera, el sentimiento del amor la ponía orgullosa como una niña que ha hecho una gran proeza. Como sucede cada vez que alguien ama, que sin importar a quién, la grandeza del afecto llena todo de magia y audacia, Elena parecía estar contándoles que se había enamorado del príncipe de Gales.

Pedro se levantó de la mesa y fue hasta la ventana. Parecía herido físicamente.

— ¿Es que los González y su mierda no se van a acabar nunca?

— Tranquilízate Pedro, eso no nos lleva a ninguna parte —dijo Marcos.

— Voy a hacer café —dijo Elena y también se levantó. Le daba rabia y también pena ver así a su hermano. Por ser el mayor, Pedro siempre la había mimado como a una hija y ahora pretendía hacer de padre.

Ella desapareció por la puerta de la cocina; desde allí, mientras ponía la cafetera escuchaba los gritos y exclamaciones de sus hermanos, que ni entre ellos se ponían de acuerdo. Cuando tuvo el café listo apareció de nuevo en el comedor con las tazas llenas y les dijo:

— Acá se los dejo. Me voy a dar una vuelta así ustedes pueden hablar tranquilos. Y mientras, nos calmamos.

— No, Elena, no hace falta que te vayas —dijo Marcos.

— Tampoco me voy para siempre, vuelvo en un par de horas. Me llevo la camioneta de Ramírez.

— Está bien, Elenita, andá, vos también necesitás tranquilizarte. Cuando vuelvas hablamos de nuevo. ¿Por qué mejor no llevás uno de nuestros autos? —dijo Pablo.

Una hora después, Elena estacionaba el vehículo sobre una calle de Comodoro, frente al mar. Desde el auto veía el agua y algunos transeúntes que pasaban caminando, luchando contra el viento. Se sentía satisfecha y en paz con lo que acababa de hacer; luchaba con esa decisión desde hacía casi un mes y al fin había logrado dar un paso adelante. La relación con Omar lo valía, aunque él tenía que entender que los tiempos para ella eran más lentos, no podía hacer un cambio rotundo de un momento a otro. Necesitaba asimilar todo, como el asunto de las cosas ocultas en la historia de su familia, que recién ahora salían a relucir. Tenía el presentimiento de que todavía le faltaba una parte por averiguar...

Se impresionaba al pensar cómo su vida había cambiado tanto en tan poco tiempo: estaba enamorada, haría una muestra de pintura... y también todo lo que había descubierto. Deseó con todo el corazón que Omar estuviera con ella para abrazarla y, mientras lo deseaba con fuerzas, sonó su celular.

¡Era él! ¡Omar! No lo podía creer.

— Elena, un minuto nada más, estoy en el campo y hay mala señal. Era para avisarte que mañana llego a Comodoro. Pero en el último vuelo, bien tarde, porque tengo que llevar unas muestras. Así que nos vemos pronto. ¿Estás bien?

— Sí, pero quiero verte.

— Yo también.

— Hablé con mis hermanos.

— ¿Hablaste con quién? Se corta. No te escucho...

— Te cuento a la vuelta.

— No te escucho... pero esperame que voy.

Cortaron. Lástima que no había podido decirle lo de los hermanos, pero venía. Y eso era lo importante. Lo iba a ver. Le contaría. Lo besaría. Lo...

Optimista y feliz con la noticia de la llegada de Omar decidió festejar tomando un chocolate en el centro. Encendió el auto y se dirigió a la confitería del Hotel Austral.

Ya había anochecido cuando Elena regresó a la estancia. Guardó el auto en la cochera e ingresó a la sala. Al verla, sus tres hermanos se llenaron de alivio.

— ¡Al fin! Nos tenías preocupados —exclamó Pablo.

— Les avisé que volvía en un par de horas.

— ¡Pero pasaron cinco!

— Muchachos, vivo sola hace muchos años. No estoy acostumbrada a que alguien en casa se preocupe si me demoro.

— Lo que pasa es que te fuiste en medio de la discusión —le recordó Marcos.

— ¿Y a ustedes cómo les fue? ¿Decidieron algo?

— Sí, todo. Ya hablamos con Thompson —dijo sin preámbulo Pedro.

— ¿Qué hablaron? —dijo Elena, preocupada.

— No hay nada en este mundo que valga la pena que nos peleemos. Si hay que darle tierras a un González, se le darán —dijo Pablo.

— Ya le avisamos a Thompson que haga lugar al legado y que averigüe si Omar González estaría dispuesto a venderle su parte a nuestro comprador. Así no perderíamos al interesado en comprar todo junto —agregó Pedro.

Elena respiró hondo, sentía que le quitaban un gran peso de la espalda. Aliviada propuso:

— Yo puedo hablar con Omar, estoy segura de que él no va a tener ningún problema en vender a quien nosotros le digamos. Él puede tomar la decisión que quiera, su familia ha dejado todo en sus manos.

— Mirá, hermanita, de nuestra parte todo bien, lo hacemos por vos. Pero cuidate, esta gente nunca fue de fiar. ¿Mirá si esta persona sólo busca congraciarse con vos para que lo ayudes en sus propósitos de heredar?

— Los entiendo pero ya van a conocer a Omar y podrán ver qué clase de



persona es.

— Bueno, que venga, queremos conocerlo —dijo Marcos tratando de distender el ambiente.

— Le pedí que vuelva a Comodoro. Llega mañana a la noche, y pasado lo invito a comer.

— Ehhh, más despacio. Que venga a tomar un café. Creo que todavía no me siento preparado para sentarme a la mesa con un González —dijo Pedro.

— Opino lo mismo —se sumó Pablo.

— Como quieran... Gracias por la decisión que tomaron. Sé que no debe haber sido fácil para ustedes —dijo Elena.

— Cuando venga González avisanos y armamos la reunión con Thompson.

— Sí, claro —respondió Elena satisfecha.

Ya no faltaba nada. Mañana a esa hora estaría con Omar. Si él llegaba a la noche, ella no pensaba esperar hasta el otro día para verlo. Además todo estaba encaminado. ¿Acaso algo podía salir mal ahora que lo más importante se había arreglado?

Elena en la puerta de la casa del administrador saludó a la mujer de éste; acababa de darle instrucciones sobre la comida de esa noche. Ella se marchaba a Comodoro a recibir a Omar. Sandra Ramírez les estaba ayudando con los quehaceres diarios durante esos días en que los alojados eran muchos. Habían contratado una nueva empleada doméstica pero empezaba a trabajar al día siguiente; los Wilson Garrott comenzaban a tener camisas por lavar, pantalones por planchar y la casa se ensuciaba. Los tres hombres pedían en cada almuerzo y cena, platos sustanciosos, ellos no se conformaban con pan y queso como lo hacía Elena. Quería a sus hermanos pero no estaba acostumbrada a tanto servicio filial como requerían tres hombres.

La jornada había sido buena, lo habían pasado muy bien juntos como si fueran una especie de vacaciones familiares. Disfrutaron de una cabalgata, una recorrida por la estancia y un asado. Al día siguiente, ella comenzaba su muestra de pintura en el hotel y también tendrían la reunión con Thompson. Pero a Elena sólo le importaba Omar. Quería darle la sorpresa de ir a buscarlo antes de lo pactado. Se estacionaría en la puerta de su casa y allí lo esperaría. Tenía tanto para contarle, tantos besos para darle. Y muchos planes... deseaba ir con Omar a conocer la casa de su tía abuela Anne antes de venderla, siempre había escuchado decir que era un lugar especial.

Miró el reloj, eran las siete de la tarde, debía apurarse. Sus hermanos la habían demorado, el camino era largo y la ruta de noche era peligrosa, aunque fuera en el auto y no en la camioneta debería manejar despacio.

## CAPÍTULO 16

### Ayer

Peter sintió que su mundo se derrumbaba. Allí estaba ella. Ese rostro tantas veces imaginado. Ese cuerpo delgado que tantas noches había soñado. Se levantó. Sus pies lo dirigieron hacia ella; por propia voluntad ni siquiera hubiera podido moverse.

— ¡Mariana!

Ella al escuchar su nombre en esa voz vagamente conocida, se dio vuelta con rapidez.

Unos instantes, una vida.

— ¿Peter?

¿Cuánto hacía que no veía ese rostro... quince años? ¿Dieciséis?

Un par de palabras nerviosas, y ella les ordenó a los dos chicos que la acompañaban que fueran a la casa. Peter los miró de reojo buscando los ojos azules; ninguno tenía ese color y sus edades no coincidían, uno de once o doce años, el otro menor aun. Se miraron unos segundos y luego se sentaron en la misma mesa frente a la ventana.

Mariana llevaba el pelo cortado al hombro y su piel aún tersa mostraba las pecas de siempre. Peter ya tenía algunas líneas alrededor de los ojos, pero casi nada. Todavía eran jóvenes. A sus treinta y cinco años, Peter seguía siendo un hombre atractivo.

— ¿Tienes problemas con tu esposo? —preguntó Peter.

— Está desaparecido. Todo el grupo de líderes de la Asociación Obrera de Deseado lo está.

Peter la escuchó. ¿Qué iba a contarle? ¿Que consideraba a esos hombres sus acérrimos enemigos? No, de ninguna manera, no era tiempo para estúpidas diferencias.

— Mariana, ¿puedo ayudarte en algo? —escucharse pronunciando ese nombre lo conmovió.

— No lo creo, todo es tan confuso en estos tiempos... Pero, ¿tú qué haces aquí?

— Vine a ver a unas personas por el tema de la huelga y... y... — mentía, se tocó nervioso el pelo claro con la mano. Ella recordó el

movimiento que en otro tiempo le había sido tan familiar, y una descarga de electricidad recorrió su cuerpo. Peter, no consciente de lo que había provocado, continuó:

— Necesitaba hablar contigo.

— ¿Conmigo?

— Sí, pensarás que soy un tonto pero hace un semana, mi hermana Anne me dijo que... —¿Cómo decirlo sin que doliera? ¿Cómo nombrarlo sin lastimarse? Sin lastimarla. ¿Cómo hacerlo sin ahogarse en los recuerdos?

— Anne... siempre la recuerdo, ¿ella está bien? —interrumpió Mariana.

— Sí, perfectamente —dijo Peter, que se perdía. No sabía por dónde empezar. ¿Contándole que su hermana y Gonika estaban empezando una vida juntos? Lo mejor era ir directo al grano. No sabía cuántos minutos iba a tener a Mariana sentada frente a él en esa mesa. No podía perder tiempo.

— Anne me contó algo que yo no sabía, algo que jamás imaginé... Me dijo que tuviste un hijo mío.

Mariana se desfiguró. ¿Cómo se atrevía a venir aquí, después de tantos años, y hacerle semejante pregunta? Se había enternecido al verlo, pero que le preguntara eso, así, era demasiado. Su voz y su expresión se endurecieron:

— Un poco tarde para preguntar, ¿no?

— Sí, pero aquí me tienes...

Mariana fijó su vista en la ventana. Afuera la gente caminaba, hablaba y se reía como si nada, pero para ella el mundo se había detenido. Pensó en contarle algo, aunque no todo. Eligió con qué comenzar.

— Peter, ese año que dijiste vendrías por mí me cansé de esperarte. Los meses pasaron y nunca apareciste —las palabras le dolían, la delataba el leve temblor en la voz y la manera en que restregaba la uña sobre la madera de la mesa.

— Pero fui a buscarte —él también tenía mucho para reclamar.

La sorpresa se pintó en el rostro de Mariana:

— ¿Cuándo?

— Algunos meses más tarde de lo prometido, es cierto, pero cumplí. Los Williams me dijeron que te habías hartado y te habías ido. ¿También tú podrías haber esperado un poco más?

Mariana se desangraba por dentro. El rompecabezas del pasado estaba de nuevo allí y, para colmo de males, las piezas no encajaban. Suspiró largo y profundo. Iban a tener que hablar.

— Peter, me fui porque me daba vergüenza que ellos se dieran cuenta de

que no venías por mí.

— De todos modos, podrías haber esperado un poco más.

— Me fui porque estaba embarazada y me moría de vergüenza de que los Williams pensarán que yo ya no te interesaba.

La frase detuvo el mundo de Peter. Era verdad. Habían tenido un niño. Ella continuó:

— Cuando venía a Puerto Deseado, en el barco conocí a una pareja que me ayudó. Ellos tenían un hijo. Ese hombre es mi esposo. Siempre me quiso, sin importarle que yo tuviera un niño de otro. Él lo ha criado como si fuera suyo, junto a los otros dos que viste.

Peter la interrumpió:

— ¿Me dejas contar mi parte?

— Ya estamos aquí, habla. Quiero escucharla.

Y así, durante dos largas horas conversaron, se dieron explicaciones, lavaron los pensamientos errados en el agua de las verdades. No era fácil, el tiempo había pasado y el mundo era otro. Ambos tenían una existencia armada. Peter le contó que se había casado hacía poco, pero no quiso decirle que su mujer esperaba un niño.

— No puedo creer, toda una vida suponiendo una cosa y es otra — susurró.

Mariana otra vez con la mirada perdida en la ventana. No sabía si alegrarse de saber que Peter Wilson alguna vez la había buscado o amargarse porque recién ahora se enteraba. La vida había sido buena con ella a pesar de los complicados comienzos.

— A mí me pasa lo mismo —dijo Peter y esperó unos segundos para preguntar—: ¿Y mi hijo?

El orgullo pintó las facciones de Mariana sin que pudiera evitarlo.

— Es bueno, trabajador, está lleno de ideales.

— Puedo imaginármelo. ¿Cómo se llama?

— Daniel.

— ¿Daniel?

— Sí, como el niño de los Smith, el que nació ese año que tú y yo... ¿Recuerdas? Siempre me gustó el pequeño y el nombre.

Claro que recordaba... Al mirar a Mariana, de golpe todos los recuerdos dormidos se habían despertado. Esa familia los había visitado y ella entusiasmada había tomado al niño en brazos haciéndole señas a él para que también lo mirara.

Mariana agregó:

— Es lindo, tiene ojos azules. —La frase hacía realidad esa verdad lejana: que ellos dos alguna vez habían compartido la intimidad de sus cuerpos en una cama. Se puso tensa, casi se ruborizó. Él se dio cuenta y para ayudarla, preguntó:

— ¿Y dónde está, qué hace?

— Trabajaba en una estancia pero ahora con las huelgas está en casa. No quiero que se mezcle con los líos de los anarquistas. Es demasiado joven aún. Todavía no cumple los 18 años.

Peter podía imaginárselo, por supuesto igual a él.

— Yo pasé por donde me dijeron que vivías y no había nadie.

— Habrá salido.

— Mariana, escúchame, quiero ayudar a mi hijo, tú sabes cuántas tierras y animales tenemos los Wilson. Quiero darle algo de todo eso.

— No creo... sería confuso para él. Aunque sabe que mi marido no es su padre, ama al hombre que lo crió.

— Mariana, por favor, no puedes negarle lo que es su derecho.

— ¡Y tú no puedes venir así y querer arreglar todo en un momento!

— Piensa cómo le cambiaría la vida.

— Ay, Peter, por ahora no. Más adelante veremos. Tengo muchos problemas, imagínate que mi esposo no aparece. A mí nunca me interesó lo económico.

— Ya lo sé, pero éste es el momento para hacerlo. Toda la Patagonia está trastornada y yo... no tengo un buen presentimiento. Sabes, he estado teniendo sueños feos... Si algo me pasara, él no recibiría nada.

A pesar de la buena voluntad de Peter, Mariana sentía que sólo venía a sumar una complicación más a las que ya tenía. Quería llorar.

— Déjame ayudarte —dijo él al notar su preocupación, y la tomó de la mano. Ella se sobresaltó. Él no podía hacer eso allí en La Leonesa, el dueño la conocía. Se soltó de inmediato. Mariana se daba cuenta cómo, en sólo horas, habían retomado una cálida familiaridad.

— Peter, no... no hagas eso. Primero tengo que arreglar mis problemas y después veré tu propuesta. Tal vez hasta hable con Daniel, pero ahora no puedo.

— Está bien, pero ten esto, era para ti.

Tomó la esquila y le puso su nombre al final, con dos palabras más, llenas de audacia. La situación vivida lo envalentonaba. Se la entregó y ella la

guardó en el bolsillo, sin leerla. Se despidieron con un beso, como pudieron, a los dos les temblaban las piernas. El reencuentro los había trastornado pero el puente entre el pasado y el presente había sido construido.

Peter, cuando ella se retiró, quiso quedarse unos minutos más en el lugar, no estaba en condiciones de salir a la calle. En cambio, Mariana partió apurada, aún debía hablar con el comisario; pero antes quería ver a sus hijos, quería ver los ojos de Daniel y complacerse pensando que eran del mismo azul intenso que los que acababa de contemplar.

Cuando ella llegó a su hogar no pudo comprobar lo que deseaba, solamente se hallaban en la vivienda sus hijos más chicos. Daniel no estaba. La misma vecina comedida que se había acercado a Peter, le avisó que su hijo mayor le había dejado el recado de que iba a una reunión en casa de la familia de unos de los dirigentes desaparecidos. Su madre se preocupó, era demasiado joven y las ideas anarquistas de su marido lo enfervorizaban con facilidad. Decidió hablar seriamente con él cuando regresara. Pero Mariana pasó la noche en vela. Había esperado escuchar las pisadas de Daniel, que nunca llegaron.

Al día siguiente por la mañana, Mariana estaba tranquila y ansiosa al mismo tiempo. Temprano había hablado con el comisario y el hombre le había avisado que su marido se encontraba bien, en Río Gallegos, junto a los demás detenidos. Lo tendrían allí un tiempo más y luego los dejarían en libertad. Pero la ausencia de Daniel la perturbaba. Había pasado por la casa donde se hizo la reunión; y se había enterado de que algunos hombres salieron para el campo a llevar comida a los obreros huelguistas. Daniel no sólo formaba parte del grupo, sino que era uno de los más entusiastas.

\* \* \*

### *Primeros días de 1922*

Daniel llevaba varios días sin regresar a su casa cuando a Mariana le llegó la noticia de que, muy cerca de Puerto Deseado, el teniente coronel Varela había tomado treinta prisioneros. Se desesperó, temía que su hijo estuviera entre ellos. Y todos sabían lo que el militar hacía con los

prisioneros: a la gran mayoría de ellos los fusilaba al azar.

Los principales diarios, *La Prensa*, *La Razón*, *La Nación*, influidos por las peticiones de los estancieros, hablaban de cómo la Patagonia ardía con los asaltos de los anarquistas bandoleros. Para frenar esa situación y evitar que Chile aprovechara para quedarse con tierras, el presidente Yrigoyen había autorizado al ejército a usar todos los métodos necesarios para reprimir las revueltas. Varela y Viña Ibarra lo hacían a cualquier costo.

Mariana no sabía qué hacer, estaba sola, pues si bien su marido se hallaba sano y salvo, aún no lo liberaban. Llegar hasta allá era imposible, una locura para una mujer. Pensó en Peter, en la charla que habían tenido y en la carta que le había entregado. Las dos palabras finales la tenían movilizada desde su lectura. Él le había escrito: «Te quiero». Entonces recordando no tuvo dudas, él haría lo que le pidiera. Se decidió. Su hijo lo necesitaba y Peter había aparecido justo a tiempo en su vida. Además era un estanciero próspero y respetado, podía salvarlo de las manos de Varela. Le encargó sus hijos a una vecina y tomó el tren que la llevaría a la estancia La Soñada. Nunca había ido, y por lo que Peter le contó, vivía allí con su esposa. No le quedaba claro si también residía Susan con ellos. Esperaba encontrar a Peter. No sabía qué le depararía esa visita, pero la vida de su hijo estaba en juego.

Cuando bajó del tren en la estación, no le fue difícil encontrar un automóvil Ford que hacía regularmente esos trayectos para que la llevara hasta la estancia. No quedaba muy lejos y todo el mundo conocía a los Wilson. El trecho hasta llegar a La Soñada lo pasó entre viejos recuerdos y nuevas preocupaciones: la cocina de la estancia Maan, Gonika, Anne y Peter se mezclaban con el joven rostro de Daniel pronunciando exaltadas palabras sobre el anarquismo.

Al llegar a La Soñada, transitando por el camino de ingreso, Mariana sintió un vuelco en el corazón; le parecía estar en la estancia Maan, porque todo allí había sido distribuido igual. Los álamos de la entrada, la carpintería en el costado izquierdo y hasta las caballerizas pintadas de gris. Se estremeció pensando que tal vea la atendiese Susan o la esposa de Peter, pero nuevamente tomó valor recordando a qué iba.

La Providencia quiso que uno de los peones que estaba en la entrada la viese y le dijera:

— Ya le aviso al patrón que usted ha llegado.

Mariana le pidió al conductor del Ford que la esperase, pensaba tardar una hora a lo sumo. El hombre aceptó y estacionó bajo la sombra de un árbol,



dedicándose a fumar.

Unos minutos después, ella ya estaba en la oficina de Peter. Se sentía extraña. Tantos años sin verse y ahora tan cerca un encuentro del otro. A él se lo notaba sorprendido y feliz por la visita. En pocas palabras ella le explicó la situación, no había tiempo que perder.

— Mariana, gracias por venir a pedirme ayuda. He pasado tantos años sin saber que tenía un hijo, sin hacer nada por él, que te agradezco la oportunidad que me das.

— Estoy tan preocupada, Daniel es un idealista como su padre... — pronunció las palabras y sólo después se dio cuenta de lo que había dicho.

Dolía, dolía mucho, pensó Peter. Pero siguió adelante como si nada.

— Yo me encargaré de averiguar sobre él. Y si es necesario iré personalmente a hablar con Varela. Lo conozco, me he cruzado con él en un par de oportunidades y me respeta.

— Gracias, Peter. Jamás voy a olvidar esto —Mariana se levantaba de la silla cuando él le pidió:

— Espera, tengo que darte algo —se dio vuelta y fue directo hacia la enorme caja fuerte. Movi6 la combinación y luego sacó de su bolsillo la llave. La puerta se abrió con un chirrido. Extrajo dos hojas escritas con letra muy prolija.

— Es un legado, lo hice con mi notario después de que nos vimos. Aquí explica qué tierras son para nuestro hijo —dijo la frase paladeando cada palabra, como tomándose revancha por la frase de Mariana «idealista como su padre».

— Peter, no habíamos quedado en...

— Mariana, son de él. Le pertenecen. Una copia queda aquí y otra es para que la tengas tú.

Mariana lo miró profundo, como hacía miles de años no lo hacía. Buceó en el fondo de sus ojos azules y encontró esa clase especial de bondad, que los años le habían enseñado que era difícil de hallar. Un tesoro que, sin saberlo, sólo Mariana podía encontrar en Peter a esas alturas.

— Espera, Mariana, tengo algo más —se volvió de nuevo a la caja y de allí sacó dos fotos pequeñas y ajadas. Eran idénticas. La imagen de una joven pareja refulgía en cada una de ellas. Mariana tomó una y la miró con detenimiento. ¡Eran ellos la noche que pasaron juntos en Comodoro! La noche en que concibieron a Daniel. No lo podía creer, se los veía tan jóvenes, tan enamorados. Había olvidado por completo que alguna vez se la sacaron.

— La guardé durante todos estos años pensando que algún día podría dártela.

— Peter... —atinó a decir Mariana, con los ojos llenos de lágrimas.

Él se le acercó buscando abrazarla y ella se dejó. No pensaba mezquinarle ninguna ternura a ese hombre que había guardado con cariño tantos años esa foto. Peter la tuvo unos minutos entre sus brazos. Miles de pensamientos pasaban por la cabeza de ambos. Miles de emociones, por sus corazones. Luego de un largo rato la liberó y, mirándola casi a punto de llorar, como lo hacen los hombres cuando están quebrados, le dijo:

— Mariana... aún hueles a lavanda.

Ella sonrió.

— Claro, es mi aroma preferido, sólo que ya no me froto florcitas contra la piel, sino que me compro colonia —sintiéndose descubierta, agregó—: Ay, Peter, que «tonti» eres.

Esa palabra fue música para Peter. Ese vocablo era sólo de ellos; se miraron a los ojos durante unos minutos.

— Mariana, no te preocupes, yo me encargo de Daniel. Si tengo noticias, te las hago saber, mandaré a alguien o iré yo mismo.

— Las esperaré ansiosamente.

— Mariana...

— ¿Sí?

— Cuando todo esto termine, quiero hablar contigo de muchas cosas más.

La frase caló el alma de Mariana. Peter, Peter... ella también quería seguir hablando. Punzada por la culpa, quiso pensar en su marido pero no pudo, su imagen se le había borrado por completo. Tuvo temor de olvidar cómo era su rostro. Buscó tranquilizarse, era sólo el momento; ese día veía la vida en azul intenso. Ya habría tiempo de volver a la normalidad y de que las cosas se acomodaran. Se sintió privilegiada de que dos hombres la hubieran amado tanto como lo habían hecho Peter y su esposo. La vida la había resarcido por tantos dolores.

Mariana se marchó y poco después también lo hizo Peter. Buscó el coche. Estaba demasiado apurado para el caballo.

Peter iba a toda la velocidad que su automóvil le permitía. La bifurcación en el camino le mostraba que estaba cerca de la estancia Las Pircas, a pocos kilómetros del lugar donde el coronel Varela se encontraba

con los treinta prisioneros. Esperaba llegar a tiempo. Iba ensimismado en lo vivido sólo un par de horas antes con Mariana, cuando escuchó una serie de disparos. Disminuyó la marcha.

Un hombre en medio del camino le hacía señas de que frenara. Se detuvo. Le costó hacerlo a la altura de la persona, iba demasiado rápido. El hombre corrió hasta el vehículo, Peter lo miró extrañado. Un segundo de sorpresa y el individuo se abalanzó sobre él con violencia.

Peter alcanzó a gritar:

— ¡Pero qué diablos qu...!

Comenzaron a forcejear y Peter ya casi ganaba cuando aparecieron dos personas más y lo redujeron. Tenían armas.

— Bajate, gringo cabrón, si no querés que te demos leña acá mismo.

Peter hizo caso, parecían fuera de sí. Quiso mirarlos pero lo empujaban, alcanzó a ver que iban mal trazados, uno tenía una barba de semanas y todos tenían puesto el brazalete rojo y negro de anarquistas. De seguro eran peones huelguistas que vivían en el campo. El de barba volvió a hablar:

— Ustedes los estancieros son muy machitos hasta que ven un arma —y señalando al más joven agregó—: Atalo ya mismo, parece forzado el inglesito.

— No soy inglés, soy bóer —ni siquiera bajo estas circunstancias Peter iba a permitir que lo confundieran con uno de sus eternos enemigos.

— ¿Bóer? No importa, sos bien rubio así que Varela te va a querer salvar lo mismo. Te vamos a cambiar por diez de los nuestros que él tiene prisioneros. Qué poco valemos nosotros, ¿no? Y bue', así están las cosas, pero el que tiene el arma en la mano soy yo. Apurate, caminá, no te hagas rogar.

Le ataron las manos a la espalda con una soga y lo subieron al auto; el de barba se puso al volante pero recién después de varias maniobras infructuosas pudo arrancar y dirigir el vehículo; obviamente no sabía manejar. En minutos llegaron a Las Pircas. Era evidente que la estancia estaba tomada, y por las conversaciones que Peter escuchaba, los dueños estaban maniatados en el sótano. Lo dejaron en el piso de la cocina, donde comenzó a esperar la oportunidad de escapar. Se desesperaba pensando en su hijo Daniel y en que el tiempo corría en su contra. El más fuerte y experimentado era el peón de barba, los otros eran muy jóvenes, aunque sólo los había visto de reojo. Desde donde estaba los escuchaba hablar en la sala. Se nombraban entre ellos «petiso», «capataz», «Danilo», pero también decían

algunos apellidos. Adivinó que el mayor se apellidaba Méndez. El plan que urdían era que uno de los muchachos y el hombre mayor se presentarían ante Varela para explicarle que tenían a un estanciero y que lo querían canjear por diez peones, entre ellos, el hermano de uno de los tres.

Como pudo, Peter se levantó para ver qué posibles armas podía haber en la cocina donde se hallaba. Alguna conseguiría. Estaba observando a su alrededor cuando los hombres abrieron la puerta.

— ¿Ya estás parado, gringo? ¿Quién te dio permiso? Átenlo a una silla y pónganle un trapo en la boca. Mejor si está sucio, así aprende algo de la vida dura este *finoli* —dijo Méndez y se rio a carcajadas. Los otros también lo hicieron. Había odio hasta en las risas.

Peter se sintió agredido y ofendido por la frase. ¿Finoli yo, que trabajo desde los 14 años, que me he partido el lomo toda la vida, que me levanto antes del amanecer hasta los domingos, que tuve que venir huyendo de los ingleses a esta tierra seca para transformarla en un vergel que ahora todos aprovechan? ¿Finoli por qué? ¿Porque uso un pantalón más caro y soy rubio? ¿Sólo por eso?

Estaba dolido de que ellos lo vieran de ese modo. Y mientras estos pensamientos lo inundaban y miraba a Méndez con detenimiento, un destello de lucidez le hizo ver, por primera vez, el porqué de esa lucha sangrienta entre hermanos en ese país que también ya era el suyo. De pronto lo comprendió todo. Él tenía el deber de entender aun antes que ellos, porque gozaba de ciertos privilegios que los otros tres hombres, no. Sobre él pesaba la obligación antes que sobre ellos, porque se había criado en medio de muchas cosas buenas que los otros no sabían ni que existían. Él tenía que entender... Miró a los dos muchachos y al de barba, eran como niños violentos tratando de arreglar a la fuerza todo lo que estaba mal.

— Listo, Méndez. Ya está —le escuchó decir a uno de los muchachos.

Peter comenzaba a identificarlos, a conocerlos. Había observado que uno de los jóvenes era meticuloso, llevaba las uñas limpias y estaba afeitado; sabía que Méndez tenía un hermano entre los que iban a fusilar. ¿Y si les contaba que él iba camino al campamento en busca de su hijo? Se chocó con la dura realidad: jamás le creerían. ¿Un hijo de un gringo entre los huelguistas? Imposible.

Terminaron de hacer los nudos y se fueron. Gracias a Dios se habían olvidado de la orden del trapo en la boca. Peter se paró, atado a la silla, y como pudo caminó con cuidado, no debía caerse y hacer ruido. En algún

cajón del mueble de la cocina tenía que haber cuchillos. No se daría por vencido. Debía apurarse, la vida de su hijo podía estar en peligro y le había prometido a Mariana velar por él. Afuera escuchó que el vehículo arrancaba con dificultad; otra vez lo manejaban manos inexpertas.

A tres kilómetros de allí, en el campamento de Varela, había llegado Méndez con uno de los muchachos. No habían pensado encontrar el panorama que allí veían, se sentían intimidados. Los prisioneros temblaban de miedo y de frío. Diez de ellos habían pasado la noche desnudos y atados a un alambrado. En el suelo yacían tres cuerpos; eran los peones rebeldes que le hicieron frente.

— Venimos a hacer un canje. Tenemos a un estanciero, un inglés — agregó Méndez buscando darle más valor al trueque que querían hacer. Usó su mejor voz de hombre seguro.

Varela lo escuchó, caminó lentamente alrededor de ellos, mirándolos, y luego con voz ronca dijo:

— ¿Un inglés? ¿Y dónde lo tienen? —dijo con sorna.

— A unos kilómetros de aquí.

— ¿Ah, sí? —Instantes de silencio total; la voz ronca volvió a hablar con autoridad: —Les digo algo y una sola vez. Van, lo buscan, me lo traen acá y se rinden incondicionalmente.

— ¿Rendición incondicional? Usted se equivoca.

— ¿Que yo me equivoco? —dijo mientras levantaba la mano en dirección a su capitán, haciendo la seña de cuatro dedos. Todos sabían lo que eso significaba. Hasta Méndez, que al ver la mano de Varela comenzó a correr a toda velocidad. El muchachito que lo acompañaba tardó unos segundos más en darse cuenta de lo que estaba pasando. Cuando lo hizo, también comenzó a huir pero un disparo lo alcanzó y cayó al suelo inmóvil. Méndez se escurrió entre las matas de calafate mientras los disparos seguían persiguiéndolo. Pero milagrosamente le escapó a todos. Un soldado gritó:

— Va mal herido, mi capitán. De ésta no se salva.

Varela hizo un gesto de asentimiento y en su interior agradeció que esta guerra sin cuartel terminara pronto, como parecía estar sucediendo. Estaba harto de sangre, pero quería llevarle él mismo los resultados conseguidos al Presidente de la Nación. Decirle personalmente «la rebelión se ha sofocado», «el peligro de que Chile aproveche la revuelta se acabó». Sabía que estaban en la recta final, como también que sobre él pesaban muchas muertes. Aun

así se sentía tranquilo, pensaba que la historia podría decir que fue un militar sanguinario pero nunca un desobediente. Y eso era lo que realmente valía para él, lo que las enseñanzas de años de carrera habían grabado a fuego en su interior.

Tres horas después de su partida, Méndez llegó de vuelta a la estancia Las Pircas. Rengueaba y le sangraban la pierna y la mano derecha. El que llamaban Danilo, asustado por los gritos, salió a recibirlo. Lo llevó adentro y lo acostó sobre la mesa de la cocina para limpiarle las heridas ante los ojos de Peter, a quien en el apuro ignoraron. El muchacho le limpiaba la herida con las medicinas del botiquín que había encontrado mientras Méndez le contaba las novedades: que le habían disparado al petiso, que en el campamento había hombres muertos tirados en el piso y, lo más importante, que a los uniformados no les interesaba ningún canje. El improvisado enfermero al escuchar esto último apretó de más la pierna.

— ¡Ay, mierda, pará, que duele! —pidió el herido mientras miraba la caja llena de remedios, vendas y ungüentos, y exclamaba—: ¡Cuánto le hemos pedido al desgraciado del patrón un botiquín así para los peones! Un botiquín cada cien trabajadores, pero nunca nos dio nada. Mirá todo lo que tienen acá para una familia. En la estancia cuando un peón se corta esquilando, sólo había trapos, y a joderse... —dijo la última esperando la aprobación del Danilo. Éste se la dio con la cabeza y Méndez, conforme, continuó: —Está podrido, todo está podrido en esta tierra. Se ha perdido el valor de lo importante y nosotros, los anarquistas, tenemos el deber de enseñárselos de nuevo, al costo que sea.

— Sí... pero ahora ¿qué hacemos? —Danilo parecía más asustado que preocupado por arreglar el mundo. Lo delataban sus ojos azul intenso.

— Hay que buscar un doctor, pero primero tenemos que decidir qué hacer con el inglés.

Peter que los escuchaba, mientras esperaba la oportunidad de usar el cuchillo que tenía escondido entre sus ropas y con el que ya se había cortado casi todas las sogas que lo ataban, al oír que de nuevo le decían *inglés*, se levantó hecho una tromba sobre Danilo y comenzó a forcejear. Méndez trató de incorporarse pero no le era fácil; estaba alto sobre la mesa y la pierna y la mano le seguían sangrando.

Los cuerpos de los dos contrincantes daban vueltas sobre el piso: Danilo arriba, Peter abajo. Danilo abajo, Peter arriba. Una vuelta, dos, tres. Hasta

que Wilson pudo poner el cuchillo en la garganta del muchacho. Estaba a punto de hundirlo en la piel, entre el pañuelo y el broche, cuando lo vio. El broche era de plata y tenía el escudo bóer de su familia. La imagen por un instante lo distrajo, y Danilo ganó terreno en la pelea. Ese broche, ese broche... ¡El broche!: Mariana, Comodoro, la noche del petróleo... ¡Su hijo!

La pelea continuaba. Méndez, que ya casi se había bajado de la mesa, iba en camino del arma que sabía no podría disparar con la mano derecha, herida como estaba. Entre los dos hombres el forcejeo seguía y la mente de Peter unía el broche, el nombre Danilo, el apellido González que había escuchado en las conversaciones, los ojos azules del chico y la edad que tenía. Ya casi estaba convencido, cuando escuchó el grito de su oponente que lo terminó de persuadir:

— Gringo cabrón, opresor de mierda, como que me llamo Daniel González que de ésta no te salvás.

Entonces Peter lo comprendió todo. Y el universo se desplomó sobre él.

Méndez que al fin había llegado hasta su revólver, lo empujó con la pierna sana, el arma quedó a centímetros de Daniel. Peter, con el cuchillo en el cuello del muchacho, todavía pensaba que podía reducirlo, pero al ver que el joven extendía el brazo en dirección al revólver comprendió que no podría hacerlo a tiempo de frenar el disparo, salvo que le hundiera el filo en la garganta en ese mismo instante. Entendió que allí se decidía su existencia. La pelea iba al todo o nada. O mataba o lo mataban. O daba su vida o se la quitaba a Daniel González. No habría medias tintas, sería definitiva. Y entonces mientras miraba cómo el brazo de su hijo se movía lentamente tanteando el arma, comprobó que era verdad lo que había escuchado de boca de los más viejos: que no importaba la clase de muerte que uno tenga, siempre habrá unos segundos para repasar la existencia que se ha tenido y darse cuenta de que el fin ha llegado.

La sangre le golpeaba con fuerza en las sienes. ¡Ay, rebeldía de la Patagonia, que me pides mi vida o la de mi hijo! ¡Ay, Patagonia rebelde que te llevas mi vida! Yo que te he dado todo, yo que te he amado tanto. Porque no puedo hacer otra cosa que entregársela voluntariamente a este muchacho, al que no le he dado nada de lo que se merecía. Con el cuchillo en el cuello, las dos miradas azules intensas se contemplaban el corazón. Una con odio, la otra con cariño.

Dos tiros se escucharon en la cocina de la estancia Las Pircas. Manchas rojas se desparramaron por todas partes. Peter sintió que algo se le escapaba,

pero que otra cosa nueva y desconocida llegaba. Se estaba muriendo, se daba cuenta. A su lado, Daniel González, inmóvil, no alcanzaba a entender si él mismo también no se estaba muriendo; todo era confuso, no se sabía de quién era la sangre. Pero en segundos González se dio cuenta de que el ileso era él. Peter extendió su brazo y lo dejó caer sobre el muchacho, quien, atónito, no entendía por qué el gringo loco lo quería abrazar antes de morir, ni por qué lo miraba así, como con cariño...

Peter cerró los ojos, sentía el aleteo de una mariposa, de dos, de cien. ¿Era su pesadilla haciéndose realidad? No alcanzó a responderse porque la nada se lo tragaba. Flotaba en ella. Se iba feliz, había tomado la decisión correcta. El joven dueño de esos asombrados ojos azules, sano y salvo se lo confirmaban.

Un suspiro largo y esforzado lo dejó sin vida; y el aleteo del efecto mariposa que tiempo atrás había desatado Susan Wilson, cuando entorpeció el derecho a la libertad de su hijo, llegaba a este tiempo transformado en un ciclón. El batir de alas de seda del ayer arribaba al hoy como un vendaval que se llevaba todo.

\* \* \*

Cuando golpearon a la puerta de la casa de Mariana para contarle las negras noticias, ella en un primer momento había salido al jardín pensando que era el enviado de Peter con novedades de Daniel. Y mientras miraba las margaritas, silenciosa, escuchó el terrible relato de lo que había sucedido, pero no pudo terminar de oírlo. Su cuerpo tendido entre la tierra y las flores se convulsionaba en llanto. Se arrastraba entre las plantas y con las manos se echaba tierra en la cabeza y se la metía en la boca. Lloraba por Peter, su gran amor de joven; por su hijo que nunca conocería a su verdadero padre y que iría preso por asesino; por la Patagonia, esta tierra que le había dado tanto pero que también ahora le quitaba; porque por momentos podía ser dulce como el amor y por otros amarga como la muerte; este terruño que en los bosques se pintaba de verde esperanza y en los hombres de rojo, porque les exigía la vida. Pero que a ella, a pesar de todo, amarla con toda el alma no le costaba.



Las lágrimas de Mariana se hacían barro sobre su blusa blanca, mientras los vecinos que se habían juntado a su alrededor, la ayudaban a levantarse del suelo para llevarla adentro de su casa.

Un largo rato después, ya sola, inerme y destrozada sobre su cama, tomaba una decisión: esta copa de hiel se la bebería sola. Lo que había pasado quedaría dentro de ella y no saldría más. Era tan terrible que no estaba dispuesta a vomitar ese veneno y contaminar con él a los que no lo habían probado, incluido su propio hijo Daniel y su marido. No podía contarle. Era parte de lo que no se habla y no se dice.

Esa noche, rezando por su hijo Daniel, por la muchacha rubia que ahora era viuda, y por esa criatura de apellido Wilson que ella sabía vendría al mundo sin padre, se hizo a sí misma una promesa: lo que ese niño huérfano necesitara y ella pudiera darle, se lo entregaría. Fuera lo que fuere, y en el momento que sea. Era hijo de Peter, al que tanto había amado, y hermano de Daniel.

Sin saberlo, así sería, sólo que tendrían que pasar muchos años para cumplir con lo que esa noche había prometido en la sencilla casita de la calle San Martín, de Puerto Deseado, ese enero de 1922.

\* \* \*

La noticia de la muerte de Peter corrió como reguero de pólvora por los pueblos de la Patagonia. Sin embargo, la conmoción duró poco; después de todo, sólo era una muerte más que se sumaba a las de los treinta peones que acababa de fusilar Varela, más el muchacho que fue ejecutado el día que llegó con un tal Méndez exigiendo un canje. Pero a los que sí hirieron las novedades hasta descalabrarlas de dolor fue a las personas que amaban a los que ese día desaparecieron. Como Mariana, Susan, Anne y el propio Ian que, aún confuso, entendió con desesperación y llanto que nunca más vería a su hijo. Virginia, sintiéndose desamparada sin esposo y sin padres, en esta tierra extraña, aunque embarazada, deseó morir.

Pasado el primer momento de dolor, duelo y lágrimas, Susan quiso conocer detalles y buscó explicaciones minuciosas; deseaba saberlo todo. Grande fue su sorpresa cuando entre los pormenores se enteró de que la

madre del asesino era aquella antigua empleada suya que alguna vez tuvo que hacer salir de la estancia Maan, porque tenía amoríos con su hijo. Una menudencia que contribuyó a amargar un poco más su dolorido corazón de madre. Averiguó que el asesino se llamaba Daniel González, un muchacho anarquista, de padre y abuelos españoles anarquistas. Un González había cometido el crimen, pero la culpa la tenía la familia entera, que cultivaba la planta donde crecía la semilla del anarquismo. La muerte era imputable al muchacho, pero también a todos los González. Ellos, todos, eran malditos una y mil veces, por siempre jamás. Sólo ese pensamiento —en algunas oportunidades— la consolaba un poco.

## CAPÍTULO 17

### Hoy

Había anochecido y Elena había estacionado frente a la casa de Omar. Desde el vehículo miraba el frente de la construcción y los recuerdos se agolpaban en su interior. Había llegado allí por primera vez para una fiesta sin mucha expectativa, y ahora resultaba que el dueño de casa era su pariente, ella lo amaba y él le había propuesto casamiento. ¡Cómo había cambiado su vida en tan poco tiempo!

Quería verlo, ya no soportaba más la espera. Sin paciencia para esperar hasta el otro día, había decidido ir esa noche ¿Qué cara pondría él cuando la viese? ¿Y cuando le contase que ya les había dicho a sus hermanos que lo quería? ¿Qué le diría cuando se enterara de que también contó que se instalaron juntos en esa casa? ¿Harían el amor esa noche? Sí, claro. Ella se moría por él.

Sumergida en estos pensamientos, en la penumbra de su vehículo, vio llegar un auto que estacionó en el frente de la casa. No era la camioneta de Omar. Una pareja iba dentro, manejaba la mujer. Bajaron unas cajas y caminaron rumbo a la entrada de la casa. Elena miró mejor y no pudo creer lo que veía: ¡era Omar! ¡Omar con otra mujer! Una de las cajas se cayó al piso y los escuchó reírse. Miraba y no entendía. Era la chica que había estado la noche de la fiesta, la que le había regalado el helecho, la que... había tenido algo con él.

A Omar se lo veía muy campante y risueño. Trataba de abrir la puerta, haciendo malabarismos con las cajas, y ella se le apoyaba risueña en la espalda, haciendo el teatro de que los bultos eran muy pesados. Él se dio vuelta para ayudarla y ella se le tiró encima con todos los paquetes. Trastabillaron, los dos se reían a más no poder. Estaban jugando como sólo pueden hacerlo un hombre y una mujer cuando... «cuando se gustan», pensó Elena.

Sintió un nudo en la garganta. Quería llorar. Estaba enojada. Dolorida. Lastimada. Los sentimientos se le mezclaban. Qué hacer: ¿arrancar el auto e irse muy lejos y olvidarse que alguna vez había conocido a Omar González? ¿O quedarse, golpear esa puerta y decirle todas las barbaridades que pasaban

por su cabeza? Ella había desafiado a toda su familia por él, y ahora tenía que ver eso.

Estuvo unos minutos encerrada a punto de llorar, hasta que el orgullo y el amor propio pudieron más. Ella era una Wilson Garrott. Bajó del auto decidida, tanto que ni siquiera se acordó de ponerle alarma al auto. Cruzó la calle y golpeó la puerta, como si fuera una extraña en esa casa que había abierto y cerrado a su antojo los días en que estuvo instalada allí. Mientras esperaba, escuchó la voz de Omar que preguntaba: «¿Querés un té o un café?» No alcanzó a escuchar la respuesta porque la puerta se abrió y ante ella apareció un Omar asombrado.

— Elena...

— Qué sorpresa, ¿no?

— Recién llego del aeropuerto...

— Sí, te vi llegar, estaba en el auto estacionado al frente —señaló el auto alquilado de sus hermanos.

— Ah, no lo reconocí... Pasá, qué bueno que viniste.

— No quiero molestar.

La miró enojado:

— No hables así, Romi es empleada de la empresa por donde enviamos las muestras.

— Veo que tiene un servicio muy personalizado.

— Elena, pasá por favor....

— No voy a pasar, ya vi demasiado. Qué pena, Omar. Qué pena. Yo que creí que lo nuestro era especial.

Omar salió y cerró la puerta. Ya veía que ella no iba a entrar.

— Elena, a Romina la conozco de hace mucho tiempo, por eso me traje desde el aeropuerto y me ayudó. Ya se iba.

Intentó abrazarla:

— Si vine a Comodoro, es solamente por vos.

— No te me acerques —dijo Elena escapándose—, yo que tenía tantas cosas lindas e importantes para hablar con vos.

— Decímelas. Hablemos.

— No, me voy.

— No te vayas —intentó atraparla. Ella fue más rápida y en segundos se subió al auto. Él le pidió que se quedara.

— No me voy a quedar. Mañana te veo en la reunión con Thompson. Sólo quería decirte que te quedés tranquilito, González, que los Wilson

Garrott te van a hacer el favor de regalarte las tierras del legado.

— ¡Ah, parece que al fin salió a relucir la verdadera Elena!

Ella lo observó altanera. Él prosiguió:

— Yo me vine hasta Comodoro sólo para verte, porque hasta ahora no me has prometido nada. Y más aún, todavía no me dijiste si aceptás algo de lo mucho que te he querido dar.

Omar acercó su cara a la ventanilla del auto, a centímetros de ella, y mirándola fijamente, agregó:

— ¿Y resulta que sos vos la que se enoja porque me ves con una amiga de toda la vida? Estás muy equivocada —dijo retirando los brazos que tenía apoyados en el auto; dando media vuelta, comenzó a cruzar la calle en dirección a la casa.

Elena miró cómo se iba, y lo decidió: ella también se marcharía. Arrancó el auto.

\* \* \*

Por la mañana, Elena necesitó mucho hielo y maquillaje para disimular su noche de insomnio, llanto y pesadillas. Por suerte, la reunión con Thompson no era temprano, y la inauguración de la muestra sería recién al atardecer, como el mismo Eric había anunciado en las invitaciones. Tomó una de la pila.

*Tenemos el agrado de invitarlos a la inauguración de la muestra de Elena Wilson Garrott: «Estancias Patagónicas».*

*Al caer el sol, los esperamos con champagne, cuadros, arte y belleza en el hotel Lucania Palazzo.*

Ni siquiera eso le daba placer o alegría, estaba demasiado triste. Se sentía fatal. La noche anterior no había pegado un ojo, y cuando finalmente lo hizo tuvo un sueño horrible: al lado de su cama estaban las cajas que Omar y esa tal Romina llevaban, ella las abría para ver qué tenían dentro y salían cientos de mariposas que inundaban su cuarto. Ella intentaba volver a meterlas adentro, pero no podía; las mariposas no le permitían ver nada, y apenas si podía respirar. Pero una mano de piel oscura, que al principio la

atemorizó, vino en su ayuda y guardó las mariposas dentro de las cajas. Se despertó sofocada y con miedo. Eso sumado a la amargura pasada con Omar, la tenía a mal traer. Thompson se había tenido que encargar de avisarle a Omar la hora en que lo esperaban en el estudio.

Durante el desayuno sus hermanos le preguntaron cómo le había ido con Omar y ella, avergonzada, no se atrevió a contarles. Ni siquiera a Marcos — que presintió algo— quiso decirle la verdad.

Al mediodía se verían con Omar. Después de la escenita de la noche anterior, Elena intentó prepararse psicológica y físicamente. Para lo primero se repetía a sí misma: soy una Wilson Garrott, soy una Wilson Garrott. Y para lo segundo, se arregló a más no poder. Nada de jeans; traje de vestir color manteca y tacos bien altos. Y los ojos ámbar maquillados con rímel y delineador. Pensaba lo que piensan las mujeres en situaciones como éstas: matarlo con la mirada.

Todos tomaban un café en la cocina antes de partir. Elena, aunque trataba de disimular, estaba más callada que nunca. Sentía que debería estar festejando, sus hermanos habían tomado la decisión esperada por cariño a ella. Pero también sabía que debería hablar con Omar para pedirle que accediera a vender las tierras al mismo comprador que ellos, como había convenido con sus hermanos.

Una hora más tarde, todos ingresaban a la sala de reuniones del estudio del doctor Thompson. Minutos después también lo hacía Omar con su abogado, el doctor Galván. Elena puso su mejor esfuerzo y se encargó de presentar a Omar y sus hermanos. En el ambiente había cierta tirantez, pero también cierto alivio al ver que por fin las cosas tomaban una dirección, en lugar del desesperante letargo de los últimos meses.

Thompson les explicó los trámites legales y todos dieron el visto bueno; se firmaron algunos papeles y se solicitaron los documentos de identidad de cada uno de los firmantes. Elena y Omar, sentados uno al lado del otro, representaban bien su papel. Aunque Omar no tenía claro cuál era, ya que no sabía qué había hablado ella con sus hermanos. No tenía certeza de si ellos estaban al tanto de la relación que había tenido con Elena. No la creía tan valiente como para eso.

Estaban en la recta final de la reunión cuando a Thompson le pareció que el desenlace, después de tantos vaivenes, merecía unas palabras de cierre:

— Señores, como saben, mi padre era abogado de ustedes, así que por el

aprecio que les tengo a los Wilson Garrott después de tantos años de relación, y como hombre de ley que soy, ahora que han llegado a un acuerdo, si me permiten, voy a tomarme el atrevimiento de decirles unas palabras —los miró expectante, aguardando una respuesta.

— Lo escuchamos —dijo Pedro Wilson. Los demás asintieron.

Thompson prosiguió:

— Estimados, creo que han tomado la mejor decisión. Este trámite llegará a un final satisfactorio para todos. Si se hubieran complicado con disputas judiciales, habría significado una pérdida en todos los sentidos. González, sé la buena voluntad que ha puesto en todo desde el inicio. Claro que ahora se lleva su beneficio —concluyó sonriendo.

Luego, posando los ojos en la única presencia femenina de la sala, agregó:

— A ti, Elena, te felicito porque has sido el eje que ha logrado la unidad de todos. Sé las charlas que has tenido con los demás y cómo has trabajado para conseguir información. Señores, fue un placer haberlos ayudado.

Todos miraron a Elena, incluido Omar, que empezó a tener la certeza de que ella había hablado con los Wilson más de lo que él había creído. Comenzaba a pensar que tal vez ella no fuera tan cobarde como pensaba.

Unas frases más y la reunión se dio por terminada. Los tres hermanos varones le dieron la mano a Omar González. Tarde o temprano, todos empezaban a aceptar que tenían la misma sangre. El amor de Peter y Mariana los había unido y eso no lo podía cambiar nadie, aunque quisieran. Lo mejor era aceptarlo. Tímidamente nacía en todos la necesidad de olvidar viejos rencores. El aleteo de mariposa que había desatado Susan Wilson se suavizaba transformando el ciclón que alguna vez había sido en una brisa suave, fresca, que traía alivio a las heridas de los viejos tiempos.

Pedro pensaba que si Elena se había enamorado de ese hombre, las cartas ya estaban echadas; nada se podría haber hecho que no causara más dolor. Elena se daba cuenta de que el mismo amor de Peter y Mariana era el que había hecho que ella y Omar se conocieran, y al meditar sobre eso le daban ganas de ponerse a llorar allí mismo. Porque con Omar, las cosas no podían estar peor. En la sala de reunión, algunos aceptaban la taza de café que acababa de traer la secretaria, otros conversaban ultimando detalles, y Omar se acercaba sigiloso a Elena. Tenía la idea fija de hablar con ella; cuando la tuvo frente a él, fue directo al grano:

— Elena, gracias. Si esto termina así, es gracias a vos. Perdoná lo de anoche, es que sentí que me perseguías por algo pequeño cuando a vos te he querido dar lo más grande de mí.

— Omar, yo hablé con mis hermanos, me puse de tu lado. Y hasta les conté de nosotros...

La miró estupefacto. No esperaba tanto.

— ¿De verdad?

— Sí, y me fue bien, como habrás visto. Por eso iba a tu casa de sorpresa, para contarte, pero vos...

— Te quiero, Elena. Te quiero de verdad. Te quiero para siempre.

Lo miró y sin dudarlo le respondió:

— Yo también te quiero.

Mirándose a los ojos, allí, en medio de la frialdad del ambiente jurídico, ellos se sentían en el paraíso. Sólo existían ellos dos. Estaban a punto de besarse cuando Omar le propuso:

— Elena, vayamos a tomar algo.

— No puedo, Omar, ¡hoy se inaugura mi muestra!

— ¡Hoy! ¿A qué hora? Quiero ir.

— En un rato —sacó de su cartera una invitación y se la dio—. Yo me voy desde aquí, quedé con el organizador que iba a llegar antes para ultimar detalles.

Omar la miró complacido.

— Pensarás que soy tonto, pero me hace sentir orgulloso.

Elena sonrió.

— Un día vamos a hacer una muestra juntos.

Omar soltó en una carcajada.

— ¡Pero yo soy geólogo!

— ¡Y artista también! Vos te reís pero va a suceder, acordate.

— Vamos, Elena, te llevo —los interrumpió Pablo.

— Sí, vamos que es tarde... —Se dio vuelta: —Omar, te espero.

— Voy a cambiarme y nos vemos en el Palazzo —respondió Omar.

Parecía que las cosas se iban arreglando. La brisa fresca del aleteo de la mariposa se esparcía por el ambiente.

El salón del hotel donde se exhibían las pinturas se hallaba repleto de gente. Eric decía que la muestra era un éxito. Muchos habían venido interesados en el arte, pero algunos curiosos sólo querían ver a la bella Elena



Wilson Garrott. En Comodoro Rivadavia abundaban las leyendas sobre esa familia, aunque no quedaba claro cuánto era verdad y cuánto leyenda. Elena charlaba con unos y con otros, todos querían conversar con ella. Omar que había llegado hacía unos minutos, también, pero no quería interrumpirla. Sus hermanos dialogaban con gente de Comodoro que conocían, algunos hacía años que no veían. Omar observaba cómo Elena hablaba en complicidad con Eric en la punta del salón y sentía un malestar; no quería que ningún hombre tuviera tanta familiaridad con ella. Entonces comprendió lo que ella había sentido la noche anterior, cuando lo vio con Romina.

Omar miraba los cuadros y un cúmulo de sentimientos encontrados lo embargaba. Se sentía orgulloso de que los hubiera pintado Elena, la mujer de la que estaba perdidamente enamorado, pero también se impresionaba al pensar que en esa estancia había vivido un antepasado suyo. Estudiaba cada obra y descubría en todas un significado. Había aprendido a conocer el alma de Elena; se daba cuenta antes que cualquier otra persona lo que ella había querido captar en las pinturas. El cuadro de la galería de la casa reflejaba la paz del lugar y los ecos de tantas personas que habían pasado por allí; en el de las matas de calafate, la fuerza de la vida mostrándose en su color oro; en el de los corrales con los corderos, el poderío de la Patagonia; en la pintura de la chimenea del comedor, la majestuosidad de la sala unida a las viejas historias contadas mientras se asaban las batatas directo en el fuego. Recorrió todas las pinturas, hasta que vio la que mostraba los últimos rayos de luz sobre la cama grande del dormitorio en penumbras. Ese momento se había repetido cada noche de las que habían pasado juntos en la estancia. Esperar a que el día acabara, abrazados en la cama, cubiertos por el quillango. La habían bautizado con Elena «la hora mágica», al igual que ahora era el nombre del cuadro. Absorto como estaba, la voz femenina a su lado lo tomó de sorpresa:

— ¿Le gusta la muestra, señor?

Era Elena. Se dio vuelta y la observó, estaba radiante.

— Mucho. «La hora mágica» me encanta.

— Cuando termine la muestra, se la regalo. Mañana le ponemos vendido y listo.

Omar sonrió. Era tan bonita.

— Elena, cuando termine la muestra, vení a mi casa en Rada Tilly.

— Hay una cena en la estancia con mis hermanos y unos pocos conocidos. Estás invitado. ¿Vas a venir?

— A vos no te puedo decir que no a nada. ¿Y después de la cena qué?

— Después me voy con vos a Rada Tilly.

La miró y ya no le importó nada, la besó en la boca en medio de todos, a ella tampoco le interesó. Que dijeran lo que quisiesen.

A partir de ese momento, por más que Elena paseó por el salón para charlar con otras personas, ambos estuvieron pendientes el uno del otro en todo momento. Se miraban, se sonreían, se amaban con los ojos. Las horas transcurrían lentas, todavía debían pasar por una cena para al fin poder estar juntos y solos en Rada Tilly.

El arribo de los autos a la estancia llenó de movimiento la residencia. Las antorchas que Ramírez había hecho colocar en la entrada iluminaban el ingreso a los quince invitados que llegaban a comer el asado preparado para el festejo. El administrador y su mujer habían organizado todo, y la nueva empleada le había dado el toque femenino a los detalles que Elena le había pedido. La casa estaba impecable, había flores en los floreros, manteles de lino y vajilla fina.

Para los cuatro hermanos Wilson Garrott, las experiencias del día, desde la reunión con los abogados hasta la muestra de Elena, habían sido fuertes. Y ser anfitriones en la casa que había sido de sus abuelos y bisabuelos los llenaba de emoción. Todos llevaban en su mente los nombres de Peter y Mariana juntos, unidos como tal vez ellos hubieran querido, como se hubieran merecido. Elena sentía que esa velada era un festejo que, en cierta manera, les debía a ellos.

Pedro se acercó a Omar y comenzó a hacerle preguntas sobre su vida y su trabajo: cuál era su especialidad en la geología; si su madre era de la familia de los Torres dueños de supermercados; cuándo se había hecho construir la casa en Rada Tilly, etc., etc. A Elena le pareció un interrogatorio típico de un padre con un yerno, pero no le molestó; al fin y al cabo, necesitaban conocerse para aceptarse. Por su parte, Marcos y Omar habían encontrado un poderoso punto en común: su pasión por la naturaleza. Y ahora que veía a Pablo acercarse a ellos con una botella de champagne en la mano, ella se relajaba por completo. El círculo se cerraba, los vínculos aparecían tímidamente.

Omar notaba cómo Eric buscaba todo el tiempo a Elena para comentarle cosas, pero a él ya no lo enojaba. Ella era suya, los ojos ámbar de largas pestañas se lo demostraban a cada momento. El beso apasionado que él le

había robado en el dormitorio de la estancia cuando ella se fue a cambiar sus zapatos altos por unos más bajos, también.

Y ahora ya casi al final de la velada cuando todos estaban entretenidos con el helado de lavanda y la tarta de frutilla, menos ellos dos que siempre huían de lo dulce, Omar le decía al oído:

— Vámonos, vamos a Rada Tilly.

Al ver que cada uno estaba en lo suyo, Elena decidió hacerle caso y escaparse. Se acercó a Marcos, el más compinche de sus hermanos.

— Marcos, me voy con Omar a su casa. No tengo ganas de quedarme hasta que se vayan todos. Por favor si alguien pregunta decile que me esperaban en Rada Tilly para un brindis. En cierta manera es verdad, sólo que es un brindis privado.

Marcos lanzó una carcajada.

— Andá tranquila, yo me ocupo también de los sabuesos —dijo mirando en dirección de sus dos hermanos, entusiasmadísimo con los bombones de almendras.

Elena puso en un bolso un jean, unas remeras, zapatillas, ropa interior y algo de abrigo. Sabía lo que pasaba cuando iba a la casa de Omar; en pocos minutos se transformaba en su hogar y ya no quería irse más de allí.

Durante el viaje, hubo risas, confidencias, promesas, besos y suspiros. Otra vez Omar, en los trechos que podía, manejaba con una sola mano; no quería dejar de tocar la piel de Elena ni un instante. Y ella lo acariciaba y lo besaba sin parar.

Frente a la casa de Omar se bajaron de la camioneta enredados en besos y abrazos, con la ropa arrugada y corrida de lugar; en instantes la puerta se abrió y ellos fueron libres dueños de la casa, de la noche, del mundo; y amándose en esa cama que ella conocía bien, se sintieron eternos. Omar, conmocionado por estar dentro de ese cuerpo amado y deseado, le dijo con voz entrecortada:

— Quiero que seas mi mujer, quiero esto siempre.

\* \* \*

Desayunaron café con leche y tostadas con manteca. Se habían levantado tarde pero no les importaba, era un día único y así lo querían vivir. Despertarse y descubrirse en la misma cama, después de todo lo sufrido por no verse en el último tiempo, era un tesoro demasiado valioso para no disfrutarlo como se merecía. Ya habría tiempo de volver a la rutina y pensar cómo organizarían sus vidas cotidianas para poder estar juntos.

Elena miraba a Omar hacer las tostadas y se sentía agradecida. Al fin habían podido dar cauce a su amor, y en esto habían ayudado sus investigaciones y sus hallazgos familiares. Haber descubierto que Peter y Mariana tuvieron un hijo y que Omar era su pariente lo había cambiado todo, y si bien todavía le quedaban algunas dudas, como saber cuándo Peter le había dado el legado a Mariana y si había habido algo más entre ellos, eran detalles que difícilmente llegaría a conocer. También sería difícil saber si su madre conocía esa parte de la historia familiar. Le parecía raro que ella no estuviera al tanto, ya que Florence siempre manejó toda la papelería de la estancia. Y algo que siempre le había llamado la atención y ahora más que nunca: que su madre, a diferencia de su abuela Susan, no la hubiese educado en odio hacia los González. Florence le hablaba con dolor de la muerte de su padre pero, a diferencia de Susan, nunca los nombraba con rencor ni les aplicaba el apelativo de *los maditos*.

Como fuera, la parte de la historia que habían desentrañado hasta el momento a ellos les regalaba la felicidad que ahora disfrutaban, y eso les permitía creer que podían cumplir cualquier sueño o cosa que se propusieran. Ese sentimiento de omnipotencia embargaba a Elena cuando le propuso a Omar hacer algo que hacía mucho deseaba: visitar la casa de su tía abuela Anne Wilson. Le pareció un plan perfecto para ese día.

Omar le había respondido: —Podemos hacer lo que quieras, estamos de vacaciones y juntos. Me gusta la idea. Vamos.

\* \* \*

Era la siesta cuando la camioneta de Omar trataba de subir por la empinada cuesta el último trecho que les quedaba para llegar hasta la casa. Les habían explicado que el camino estaba en mal estado porque casi no se

usaba y el gobierno no lo mantenía, pero la cuatro por cuatro de Omar había sorteado todos los problemas.

En un punto del trayecto el camino se angostó y debieron continuar a pie. El sol aún estaba fuerte y la vegetación era tupida a ambos lados del sendero. Era evidente que en otro tiempo eso había sido una calle, pero el desuso la había convertido en una pequeña senda. Luchaban contra algunos arbustos que les impedían avanzar y se enredaban en el jean de Elena, cuando vieron a pocos metros la casa rodeada de pinos. Era una construcción con tejas rojas, muy sencilla, de aire atemporal y romántico. A medida que se acercaban, les llamó la atención que la vivienda estaba perfectamente pintada de blanco y en los canteros había clavelinas, violetas y otras flores. Elena y Omar se miraron sorprendidos; mientras lo hacían, los ruidos de una guadaña provenientes de la parte posterior del terreno los convenció de que había alguien trabajando.

— ¿Vive alguien aquí? —preguntó Omar, pues el inmueble no parecía deshabitado.

— No que yo sepa.

Omar batió las palmas para hacerse anunciar mientras caminaban unos metros bordeando la propiedad. La figura de un hombre de unos sesenta años se presentó ante ellos con una herramienta en la mano; trabajaba quitando los yuyos en una gran plantación de ruibarbos. Elena conocía muy bien la planta, en la estancia Maan también la tenían, se decía eran los retoños de las traídas de Sudáfrica por su familia. La esposa de Ramírez preparaba con ellas una salsa usando la antigua receta de Susan Wilson.

El trabajador parecía sorprendido, no los había escuchado llegar. Elena le explicó quiénes eran y él se presentó; se llamaba Juárez; saludó a Omar extendiéndole la mano, y a ella la miró sonriendo, mientras le decía:

— Mucho gusto, señorita, es un placer conocerla, porque la verdad en tantos años que cuido este jardín para su familia, nunca había conocido a ningún Wilson.

— No sabía que le pagábamos a un cuidador —dijo Elena en tono de disculpa; ella nunca había visto en los papeles que se le abonara a alguien por hacer esa tarea.

— Nadie me paga, no lo hago por dinero, sólo soy un vecino que cumple una vieja promesa.

— ¿Una promesa? ¿Usted vive por aquí?

— Sí, vivo cerca del arroyo, es una larga historia, pero vengan, tengo

llave de la casa, pasen a tomar algo.

A Elena no le interesaba tomar nada pero a estas alturas quería conocer la casa por dentro y escuchar a ese hombre que, ya veía ella, tenía otro trozo de historia familiar. Porque jamás había escuchado que alguien cuidara esa casa. Además ¿de qué se trataba esa promesa?

Omar caminaba junto a Elena mientras se preguntaba cuántos secretos más tendría esa familia, cuántas cosas todavía quedaban por descubrir. En verdad, pensó, los Wilson eran terribles... Una repentina punzada le recordó que él también era uno de ellos, que por sus venas corría una cuota de sangre Wilson. A fin de cuentas, esa tal Anne Wilson era hermana de su bisabuelo. Todavía estaba impresionado ante esa idea cuando ingresaron a la casa, y Juárez les sirvió dos vasos de agua fresca.

La cocina era limpia y luminosa. La casa parecía habitada de tan bien cuidada. Daba la impresión de que en cualquier momento ingresaría la dueña de casa, saludándolos. Hablaban sobre la pureza del agua del lugar hasta que Elena, ya sin paciencia, le pidió:

— Cuénteme de su promesa, señor Juárez, por favor.

Juárez le relató que hacía muchos años, cuando era un niño, su padre le había prometido al dueño de las tierras que rodeaban la casa de Anne Wilson que siempre cuidaría la plantación de ruibarbos.

— ¡Pero la dueña de la casa siempre fue mi tía!

— La casa era de una Wilson, pero las tierras de alrededor pertenecían a un tal Smith.

— ¿Smith? Debe ser un inglés o un bóer —dijo Elena, ya que por el apellido no podía ser otra cosa.

— Era un bóer de color. Su nombre era Gonika y ese apellido lo eligió cuando tuvo que anotarse en el registro civil de Comodoro Rivadavia.

— ¿Un bóer de color?

Elena rebuscaba en su memoria y entonces recordaba lo relatado en su familia: que los Wilson habían venido de Orange con alguna gente de raza negra a su servicio, que después de unos años se fue de la estancia buscando su propio destino. El hombre continuó:

— Gonika Smith se volvió a Sudáfrica y antes de irse vendió todas sus tierras, menos una porción junto al río que le dio a mi padre a cambio de que cuidara la plantación.

Omar miraba a Elena, la veía ponerse ansiosa como él sabía que le pasaba en algunas ocasiones: se sentaba en el borde de la silla y comenzaba a

mover la punta de los pies. La tomó de la mano suavemente para calmarla, y lo logró.

— ¿Y dónde vivía ese Gonika Smith? —preguntó Omar.

— Yo era muy chico en ese entonces, tenía unos cinco años, pero por lo que mi padre contaba creo que vivía aquí mismo, en esta casa.

Elena pensaba que tenía que haber sido uno de los criados de la familia. Le dio pena la situación y preguntó:

— ¿Sabe por qué él se volvió a Sudáfrica? —Y agregó: —¿Y por qué ese hombre quería tanto a esos ruibarbos como para hacer ese trato con su padre?

Juárez suspiró y dijo:

— Señorita, tanto no sé. Supongo que será porque eran plantas que ellos habían traído de Sudáfrica cuando emigraron.

— Así que su papá ya los cuidaba... ¿Y usted piensa seguir cuidándolos? Porque la casa está en venta —preguntó Elena, pensando que pronto la casa de Anne entraría en la sucesión y pasaría a tener nuevos dueños.

Por unos instantes, el rostro del hombre se llenó de sorpresa; sólo fueron segundos hasta que recobró el aplomo y respondió:

— Sí, los seguiré cuidando. Primero porque que el que disfruta la propiedad que Gonika Smith entregó en su momento, soy yo. Ahí tengo una quinta preciosa, de donde saco verdura que vendo en toda la zona. Si quiere se la muestro... —dijo mirando a Elena, pero como ella no respondió, prosiguió—: Y después porque la promesa termina cuando dejemos de recibir las cartas, ése fue el trato.

— ¿Qué cartas?

— Las que recibimos de Gonika Smith.

— ¿Le siguen llegando?

— Dos veces al año llegan a esta casa. ¿Quiere que se las muestre?

— ¡Claro!

El hombre se levantó y caminó unos pasos hasta un viejo aparador de madera rústica, abrió las puertitas inferiores y sacó una caja de cartón color marrón con una gran cantidad de sobres adentro. Elena no pudo esperar a que Juárez se acercara a ella y se levantó de la silla. Omar hizo lo mismo.

— Tome, mire —dijo poniendo la caja sobre la mesa—, aunque no hay mucho por leer, ya que el señor Smith siempre escribe la misma frase y sólo cambia el saludo.

Elena sacó el papel de carta de uno de los sobres y leyó:

POR FAVOR, RECUERDEN CUIDAR LOS RUIBARBOS.  
GRACIAS. UN SALUDO AFECTUOSO,  
GONIKA

Omar sacó otra:

POR FAVOR, RECUERDEN CUIDAR LOS RUIBARBOS.  
GRACIAS. ATENTAMENTE,  
GONIKA

Y así sacaron una tras otra. Todas eran iguales, sólo variaba el saludo. El remitente era siempre Ciudad del Cabo.

La mente práctica de Omar le hizo preguntar:

— ¿Pero cuántos años tiene este hombre?

— No lo sé. Escribe desde 1945, y cuando se fue ya no era un muchachito. Pero la verdad es que, desde que murió mi mujer, cuidar esta plantación se ha vuelto casi la razón de mi vida. Dos veces al año, en julio y en diciembre, espero ansioso que lleguen las cartas que envía este hombre que parece eterno. Porque debe tener más de cien años...

— ¿No será que la escribe otra persona en vez de Gonika? ¿Un hijo, tal vez...?

— No lo creo, siempre es la misma letra. Pero encargarme de cumplir con este cometido me hace sentir especial e importante. Lo haré mientras me den las fuerzas, y si las cartas siguen llegando cuando ya no lo pueda hacer, le pasaré el legado a alguno de mis hijos. Aunque ellos viven en Puerto Deseado... —dijo con la vista perdida.

Omar y Elena se miraban asombrados, no podían creer lo que estaban presenciando: la mesa llena de cartas, un hombre ya mayor que cumplía a rajatabla una promesa antigua y extraña. Y todo se relacionaba con la tierra de los bóer.

— Ahora, si me disculpan, tengo que volver a mi tarea, quiero terminar antes de que anochezca. ¿Quieren llevarse algunos ruibarbos?

Omar por cortesía respondió que sí con la cabeza. Elena, en su mundo, ni escuchó la pregunta; lo que había visto y oído todavía la tenía absorta.

— Señorita Wilson, no importa que ustedes vendan la casa, yo seguiré manteniendo los ruibarbos, salvo que el nuevo comprador los quiera sacar.



— No se preocupe, Juárez, es una hermosa plantación, no creo que nadie la quiera arrancar. Además todavía no se han hecho todos los papeles, y al comprador no creo que le interese el tema —dijo Elena, recordando que Sarmiento era un potentado porteño, un inversionista que lo que en realidad quería eran las estancias y las tierras cerca de los lagos para construir un hotel internacional. Sintió pena de que alguna vez toda esa historia romántica y esa bella casita relacionada con su familia y la sangre bóer cayeran frente al avance del capitalismo y sus apuros.

Antes de despedirse de Juárez, mientras caminaban rumbo a la senda que los había traído a la casa, Omar le dijo al hombre:

— ¿Usted me permitiría copiar la dirección de las cartas por si mi novia quiere escribirle a esa persona y preguntarle algunas datos de su familia?

A Elena se le iluminó el rostro. Omar, calmo y aplomado, siempre la ayudaba en los detalles que a ella, por apurada, se le escapaban.

— Esperen un minuto —dijo Juárez, dando la media vuelta rumbo a su casa.

En unos minutos reapareció con una de las cartas en la mano.

— Tomen, se las doy, una menos no va a cambiar nada. Creo que para recuerdo tengo suficientes, a dos cartas por año desde 1945 son más de cien... —les dijo sonriendo mientras extendía su mano y le daba el sobre cuadrado con una estampilla sudafricana que mostraba una gran flor roja.

— ¡Gracias! —dijo Elena, y le dio un sonoro beso en la mejilla que lo dejó emocionado. Juárez pensó que eran jóvenes y se los veía enamorados, entonces se animó a preguntar:

— ¿Y ustedes hace mucho que son novios?

— Más o menos —respondió Omar sonriendo.

— Miren, el tiempo pasa volando. Cásense, no esperen más, y quédense a vivir en la Patagonia, ésta es una tierra mágica, no se arrepentirán de criar aquí sus hijos. Es la mejor parte del mundo, cuando todo esté arruinado, aquí todavía tendremos un vergel.

Los dos le agradecieron el consejo y Omar, tomando de la mano a Elena que ya se quería quedar conversando, comenzó a guiarla rumbo a la camioneta. Los kilómetros de vuelta eran muchos, oscurecía y estaban bastante alejados de toda civilización.

El viaje de regreso fue silencioso. La experiencia vivida había sido intensa para los dos. Durante un buen rato disfrutaron del atardecer, y a pesar

de que Omar estaba apurado para no hacer de noche la peor parte del trayecto, estacionó a la orilla de la ruta para contemplar los últimos rayos rojos y dorados que los iluminaban. El momento les hizo recordar lo vivido aquella vez que Omar tomándole el pelo con la mano para que pudiese ver tranquila el paisaje, la había besado en medio de la tristeza por creer que lo de ellos era un imposible. Llenos de recuerdos y gratitud por como habían cambiado las cosas, se besaron con ganas y sin apuros, disfrutando el hoy; las caricias iban en aumento, los botones de la camisa de Elena ya estaban desprendidos y la boca de Omar se deslizaba húmeda, estremeciendo el escote bronceado, cuando ella le pidió:

— Quiero que me ames ahora.

— ¿Acá? —preguntó sonriendo, Omar.

— Sí, acá —dijo ella mientras se sacaba los pantalones.

— No me haré rogar a semejante propuesta —dijo él haciendo lo mismo. El camino estaba desierto, nada los interrumpiría, sólo unos aguiluchos volaban en el cielo.

— ¿Pero sabes qué? Quiero que me ames lento... porque quiero sentir el movimiento de cada milímetro de tu piel sobre la mía, de cada pliegue. No me quiero perder ningún trocito de tu piel —dijo Elena mientras se trepaba, ya sin ropa, sobre Omar y comenzaba a besarlo.

Unos instantes y el sol caía con lentitud en el horizonte, y en la cabina de la camioneta blanca, los movimientos suaves, pausados y rítmicos, lo acompañaban en un mismo compás.

El vidrio comenzaba a empañarse, la oscuridad total a extenderse en el horizonte, cuando los dos, en medio de suavidades y ternezas, explotaron en temblores ensamblados. Elena y Omar eran presos de ondulaciones y estremecimientos como nunca.

Minutos después, Omar se vestía y pensaba que sin dudas lo que tenían era único. A su lado, un idéntico pensamiento acometía a Elena.

\* \* \*

Cuando llegaron a la casa de Rada Tilly era de noche. Omar propuso:

— Nos bañamos y vamos a cenar.

— Omar, tengo que volver a la estancia, mis hermanos se van mañana a Buenos Aires.

— ¿A qué hora salen?

— A la tarde.

— Entonces no hay problema, mañana temprano te llevo. Hablá con ellos para que se queden tranquilos.

Imposible decir que no a semejante propuesta. Mientras Elena hablaba por teléfono con Pedro, Omar decidió ir a nadar un rato a la pileta cubierta. Media hora después, regresó con la malla azul mojada y un suéter de hilo; la noche se había puesto fresca. Entró a la casa y vio las dos tazas humeantes de té de menta sobre la mesa de la cocina, y en el sillón ropa de mujer desparramada; en el cuarto de baño se vislumbraban cosméticos femeninos y en el aire se esparcía el perfume L'eau de Miyaki, impregnando todo de sensualidad. Omar se paralizó, detalles, esas pequeñas cosas eran el signo inequívoco de la presencia de Elena en el lugar. Su interior se conmocionó, eran el toque de hogar a su casa, porque si ella no estaba, su vivienda no era un hogar. Se impresionó de qué manera y hasta qué punto ella se había metido en su vida, y cuánto la necesitaba; porque a estas alturas él la precisaba para vivir. Caminaba rumbo al dormitorio cuando vio aparecer a Elena en ropa interior negra de puntillas, tacos altos y el pelo mojado por completo. En la mano traía un vestido. Extendiéndolo, preguntó:

— ¿Éste está bien o te parece demasiado formal?

Y Omar ante esa visión de la mujer que amaba, luego de haber visto los detalles de ella en cada rincón de su casa, sintió que se conmocionaba; por un lado estaba a punto de llorar y por otro su instinto de hombre le exigía amarla con violencia. Iba de un extremo al otro preso entre las dos emociones.

— ¿Qué te pasa? ¿Tomaste frío? ¡Sos loco, cruzar todo el patio desde la pileta con el viento que hay! —dejó el vestido y se acercó con un toallón en la mano, dispuesta a secarlo.

Cuando la tuvo cerca, Omar la abrazó y le dijo:

— Elena, te amo, casate conmigo, tengamos un hijo... —y entonces la besó, la besó y la besó. Y cuando no quedaba un centímetro del cuerpo de Elena sin que la boca de Omar se hubiera apropiado de él, entre caricias y gemidos, ella alcanzó a decir:

— Sí, casémonos, sí... Tengamos un hijo... Cuando quieras.

El conjunto negro y todos los resguardos se perdieron esa noche.

Una hora más tarde entraban al restaurante, Elena de vestido negro, Omar de jeans y camisa clara. Pidieron la comida y conversaron. Eran palabras importantes, frases que decidían su futuro. Elena lo miraba, no podía sacar sus ojos de encima de él, sentía que nadaba en Omar González. Sí, nadaba en él. Daba braceadas en el agua calma de apellido González; ese que pronto también sería el de ella. Las palabras de este hombre que amaba resonaban en el salón, y ella seguía nadando. Él le explicaba los planes para el porvenir y ella se zambullía en él, una y otra vez; sólo por momentos emergía a la superficie y tomaba una pequeña bocanada de aire, el suficiente para seguir viva y poder continuar nadando. Flotaba, braceaba y se sumergía una y otra vez. Nada que no fuera ese mar le importaba, quería ahogarse dentro de Omar González; sentía que estaba a punto de hacerlo cuando la voz del mozo vino a salvarla:

— Señores ¿están listos para ordenar?

La frase los volvió a la realidad.

— Sí, por favor —respondió Omar saliendo del ensimismamiento en el que estaban.

En instantes, les servían el lomo a la pimienta que los dos habían ordenado en idénticos pedidos; como siempre sus gustos eran tan parecidos que casi todas las veces terminaban pidiendo lo mismo sin proponérselo. Mientras disfrutaban de la comida, Omar le dijo:

— Si vamos a casarnos, hay que pensar dónde.

— Primero pensé en hacer la boda en Capital, pero ahora... ¿Qué opinas en la estancia?

— Sería un gran lío pero supongo que es posible. La idea me gusta.

— En la estancia se casó Florence, mi madre.

— Sí, vi una foto. Hablando de madre... Donde sea que nos casemos, antes tenés que conocer a la mía, y también a mi hermana. Tenemos que ir juntos a Buenos Aires.

— Cuando quieras... —dijo Elena, un poco nerviosa con la perspectiva de conocer a su futura suegra.

— ¿Cuándo vas hablar con tus hermanos?

— Deberías llevarme hoy en vez de mañana de vuelta a la estancia. Si vamos a casarnos en breve, ellos deben saberlo cuanto antes para organizarse. ¡Qué lío tantas cosas!

— Elena, no te olvides que lo importante es nuestra decisión, y no toda esa sarta de detalles y pormenores que llevan tiempo y ponen nerviosos a

todo el mundo.

— Tenés razón, lo trascendental somos nosotros. Si en medio de los preparativos me lo olvido te doy permiso para que me lo recuerdes. He visto a muchas de mis amigas estar tan ocupadas con los detalles al punto de olvidarse de lo más importante: que se están casando con el hombre que quieren.

— Yo te lo voy a recordar. Pero ahora escuchame con atención, tengo una propuesta para hacerte.

— ¿Una propuesta? —preguntó sorprendida. Ya le había hecho la más importante ¿acaso faltaba algo?

— Quiero llevarte a Sudáfrica, y que juntos busquemos a Gonika.

Los ojos de Elena se iluminaron. Era algo que quería hacer, pero sumergida en el amor como estaba, no habría sido una decisión que hubiera tomado sola en ese momento.

— ¡Mi amor!, ¿cómo supiste que me gustaría hacer ese viaje?

— Lo vi en tus ojos mientras lo escuchabas a Juárez.

— Me encanta la idea, sería lindo ir de luna de miel...

— Te propongo hacer al revés: ir ahora y casarnos a la vuelta. Así tendremos tiempo para hacer todo con tranquilidad. Será algo así como nuestro viaje de boda por adelantado. Después podemos tomarnos una semanita por aquí cerca.

— Me gusta ese plan.

— Es que quiero darte todos los gustos. Además... te quiero viviendo en mi casa, ya mismo.

¿En qué casa vivirían? Aún no lo sabían. Lo importante era que estarían juntos. Tal vez vivieran en el departamento de Elena y dejaran Rada Tilly para las vacaciones y las ocasiones especiales. Aún tenían que verlo.

Elena le tomaba las manos a Omar, y disfrutaban de la conversación y la compañía, era una noche especial. Se amaban, preparaban un viaje, disponían su boda, un futuro feliz los esperaba unidos.

Unos minutos más, y Omar pagaba la cuenta mientras le decía a Elena:

— Es temprano, tus hermanos deben estar despiertos, ¿te parece que vayamos ahora a la estancia y hablemos de todo esto con ellos?

— Sí, me parece lo mejor.

— Pero te aviso una cosa: después te traigo a casa. Hoy dormís en Rada Tilly. —Elena sonrió.

## CAPÍTULO 18

### Ayer

*Buenos Aires, San Telmo, marzo de 1922*

Era mediodía y todo Buenos Aires parecía cocinarse dentro de un gran horno. Una atípica ola de calor azotaba la ciudad desde hacía una semana y la sofocación no permitía dormir por las noches. Al contrario, parecía que la gente se sacaba la modorra a las ocho de la noche y recién a esa hora comenzaba a vivir su vida. Las noches de San Telmo bullían de actividad. En cambio después del almuerzo, los gritos y movimientos en el conventillo comenzaban a calmarse y el letargo caía como una manta pesada cubriendo el lugar, sobre todo por esos días, en que un brote de varicela afectaba a las familias con hijos pequeños en toda la ciudad.

Eran las dos de la tarde y dentro de los cuartuchos se escuchaban los últimos movimientos previos al sopor de la siesta. Los niños, que llegaban a casa después de cumplir su primer día de clase, terminaban los almuerzos preparados por sus madres. Los olores se mezclaban en el patio del inquilinato y ya no era posible discernir si provenían del tuco de los Didatini, de las frituras de los Muller o de los cocidos de los Ramírez.

En el cuarto de la familia Dufour, los niños ya habían comido. Salvo Jean Pierre, que como siempre, todavía no llegaba, su madre preocupada se quejaba.

— ¡Merde! Siempre lo mismo, es el último en llegar. Esa bendita plaza lo atrapa ni bien pasa por allí. Sólo el hambre lo trae de regreso.

La inquietaba saber que Jean Pierre estaba en la plaza. Si bien era el lugar de reunión de los muchachitos del barrio, ella sabía que además de esa actividad inocente se desenvolvían otras que no lo eran. Se decía que en la plaza se levantaban apuestas para juegos de azar organizados por adultos, usando a los niños, que se planeaban atracos y otras actividades *non sanctas*.

— ¡Ya verá cuando vuelva!

Un piso más arriba de la habitación de los Dufour, en la habitación de los Garrott reinaba el silencio desde hacía rato. Los niños habían almorzado

temprano y Colette, su madre, estaba descansando. Llevaba días durmiendo poco. Uno a uno, los cuatro hijos del matrimonio Garrott habían contraído varicela, y aunque los primeros en enfermarse ya estaban casi totalmente repuestos, los últimos todavía habían tenido fiebre durante la noche. Ahora todos descansaban como podían en medio del calor. Los más pequeños dormían profundamente y los dos mayores jugaban a los naipes en un rincón, mientras el sudor mojaba sus flequillos castaños.

André, que había sido uno de los primeros en enfermarse, sentía que con cada hora recobraba vitalidad y nuevas energías; se mantenía atento tanto al juego de cartas que jugaba con su hermano como a la ventana que daba a la calle, donde buscaba algo más que lo entretuviera. Sólo le molestaba la picazón en los abscesos. Se rascaba con tal violencia, que a veces le brotaba un hilillo de sangre.

Desde el patio central del inquilinato llegaban voces de niños jugando que al convertirse en gritos, eran sofocadas por los adultos. Ante los ojos de un extraño, todo en el conventillo parecía sumergido en una calma despreocupada. Pero si se observaba bien, podían advertirse algunos detalles que mostraban tensión. En un rincón del patio dos españolitos palmoteaban sus manos sin llegar a realizar el chasquido, mientras cantaban en voz casi inaudible *Por el Puente Triana*. En el otro extremo, cuatro niños italianos jugaban a las canicas. El centro del patio permanecía vacío, nadie se instalaba allí. Parecía que todos tenían en claro que a esa hora no se podía estar en ese lugar: la zona tenía dueño.

Mientras cedía a la tentación de rascarse con violencia, André vio, a través de la ventana, movimientos extraños en el patio. Las corridas de dos muchachitos rumbo a la calle, el ingreso apurado de su vecino Marco a la habitación y algunos pasos violentos en las escaleras le dieron la pauta de que los dos hermanos Capoletti, junto a sus primos adolescentes de igual apellido, habían salido a cobrar sus cánones.

La pandilla no permitía moverse en libertad por el patio o por la plaza a ningún chico que no pagara el usufructo que ellos cobraban. Cuando alguien se negaba a hacerlo, porque no tenía el dinero o porque no quería, ellos lo llevaban a la rastra por los pasillos del inquilinato hasta un cuartucho alejado de todo, lleno de trastos viejos, y allí se encargaban de darle una lección que no olvidara. En los últimos meses, los Capoletti habían aplicado tal violencia sobre dos de los chicos del conventillo que la policía estaba investigando el caso. Pero las familias se negaban a hablar de lo que sucedía por miedo a las

represalias. Se limitaban a soportar, alentados por el sueño de que alguna vez saldrían para siempre de ese lugar. Al que consideraban de paso, hasta que consiguieran mejores trabajos que las tareas que lograban cuando bajaban de los barcos que los traían de Europa.

André escuchó un silbido desde el exterior que captó su atención y lo hizo asomarse a la ventana de la calle. Entonces observó a Marco que, desde la abertura contigua a la suya, exclamaba:

— Tienen a Jean Pierre, se lo llevaron, lo agarraron en la plaza. Hace dos semanas que no paga, su papá sigue sin trabajo y todas sus monedas fueron a la comida. Esta vez tu amigo no se salva.

André conocía perfectamente la situación. Había escuchado a sus propios padres hablar de la desgracia de los Dufour, que llevaban semanas sin conseguir trabajo. Su amigo también se lo había contado. Jean Pierre no iba a pagar y tampoco podría defenderse, no al menos con la violencia que el caso requería si realmente deseaba salvar su pellejo. Los Capoletti eran cuatro quinceañeros altos y fornidos. Y su amigo más bien debilucho. A más Jean Pierre era demasiado bueno, demasiado blando, demasiado todo lo que no se podía ser; pero, como fuera, era su mejor amigo y André no podía permitir que lo golpearan. Una mezcla de ira y de miedo se instaló en su pecho y le exigía hacer algo. ¿Pero qué hacer?

Marco vio el rostro de André contraído por la ira y agregó:

— Vi cómo empujaban a Jean Pierre y él temblaba entre dos grandullones —Sabía que esa frase era el empujón que Garrott necesitaba.

Con una rápida mirada, André, aún apoyado en la ventana, se aseguró de que su madre estuviera dormida. Sopesó la situación. Se movió con prisa y, ante los ojos atónitos de su hermano, tomó la cachiporra de su padre y un cuchillo de la cocina que enganchó en el cinto de su pantalón.

Apresurado, cruzó el patio, se metió en los pasillos, subió las últimas escaleras y entrando al cuartucho de los trastos vio lo que temía: dos de los italianos golpeaban con dureza a su amigo en el estómago y en el rostro. Desde donde estaba veía la espalda de los grandullones y la cara ensangrentada de Jean Pierre. Se dio vuelta buscando a los otros dos pero no los encontró. Seguramente estaban en la calle para dar la alerta, por si llegaba la policía.

Se acercó sigiloso, con la cachiporra en alto entre sus manos. Jean Pierre seguía recibiendo golpes, y entre puñetazos alcanzó a cruzar sus ojos con los de André y esbozó una sonrisa con la boca ensangrentada. André, silencioso,



se aproximó aún más y se concentró por completo en asestar un golpe certero en la cabeza del muchachote de camisa blanca. El garrotazo fue rotundo y éste cayó al suelo inconsciente. Con rapidez, dio otro golpe igual al de cabello rubio que, estupefacto, no alcanzó a comprender lo que sucedía hasta que fue tarde.

André miró a su amigo tendido en el suelo, lastimado, y la furia se adueñó de él. Sin control, comenzó a pegarle al rubio, que no había perdido el conocimiento. Lo golpeó y lo golpeó. Ni siquiera escuchaba los gritos de Jean Pierre que le reclamaba:

— ¡Basta, André! ¡Basta o vamos a tener problemas peores!

André, que seguía fuera de sí, propinándole cachiporrazos al rubio, alcanzó a ver que el de camisa blanca salía del desmayo y comenzaba a quejarse. Entonces aún enfurecido, dejó al que golpeaba y se sentó sobre la espalda del otro. Sacó el cuchillo, se lo puso en la garganta y exclamó con voz ronca:

— Si vuelves a tocarlo, a él, a mí o a cualquiera de los nuestros, te mato, te juro que te mato. Te degüello. No lo hago ahora porque no se me da la gana, ¿entiendes?

El muchacho movió la cabeza afirmativamente

— ¡Maldición! ¡No te escucho! —dijo y apretó más el cuchillo al cuello hasta dejarle una línea de sangre—. ¿Entiendes?

— Sssííí —alcanzó a articular el italiano.

André aflojó el arma blanca e insistió:

— Dilo.

— Sí... entiendo...

Jean Pierre tocó el hombro de su amigo que seguía enceguecido de furia y le gritó:

— ¡Vamos, déjalo, ya está!

André levantó la cabeza en dirección a Jean Pierre, volvió sus ojos hacia su propio brazo lleno de cáscaras de varicela y entonces se restregó violentamente con las uñas arrancándose las que pudo. De inmediato, su brazo comenzó a chorrear sangre; él ni siquiera se percató, sino que acercando al italiano la mano llena de costras le dijo:

— Esto es para ti, para que te la contagies —y le metió las cáscaras en la boca por la fuerza.

— ¡Basta! —dijo Jean Pierre, tomándolo con violencia del brazo.

Entonces André, como si en su cabeza ya no tuviera pensamientos

propios, se dejó guiar por su amigo hasta la calle.

— Roguemos que no hayas matado al Payo, porque ése era el Payo, si no lo sabías, el que le arrancó dos uñas al español.

André no respondió. El corazón todavía le latía con violencia y el brazo le seguía sangrando. No le importaba, no le dolía. Jean Pierre lo llevó abrazado todo el trecho hasta la calle.

Horas después, cada uno de los muchachos entraba a su cuarto en el conventillo. Lo hacían sigilosos, ambos esperaban reprimendas. Pero sus familias estaban demasiado ensimismadas en un nuevo plan. Francis Garrott, padre de André, leía por tercera vez en voz alta a su vecino Dufour la carta que había recibido. Éste lo escuchaba con atención. Todavía no dominaba por completo el español y temía perderse alguna parte importante. Las dos mujeres, sentadas en silencio en el borde de la cama, rumiaban sus miedos y sus esperanzas. La esquila notificaba que una estancia en el sur de la Argentina pedía ovejeros y administradores. Sueldo fijo, casa y gastos de traslado pagos. Era tentador. Si bien la Patagonia quedaba lejos, era mejor que el hambre y el conventillo.

\* \* \*

*Santa Cruz, Patagonia, 20 de mayo de 1922*

La comitiva de tres automóviles serpenteaba por el camino empinado. Luego del viaje en el vapor que los había llevado de Buenos Aires a Comodoro Rivadavia, los Garrott y los Dufour llevaban largas horas en los vehículos, uno para cada familia, y el tercero para los bártulos de ambas. El empleador patagónico, sabiendo que era un punto determinante a la hora de conseguir buenos trabajadores, había cumplido con la parte de la carta que especificaba «con gastos de traslado pagos».

Sentado en el asiento trasero del Ford modelo 1922 que traqueteaba, André Garrott miraba el perfil de su padre, que iba adelante junto al chofer. Buscaba comprender si la situación era todo lo grave que a él le parecía. Iban por el segundo día de viaje y si bien el primero había sido malo por el cansancio, el frío y el viento, éste se presentaba peor. Habían empezado la

jornada después de un descanso reparador en la cama de una pensión perdida en medio del camino, adonde los había guiado uno de los choferes.

A pocas horas de la salida, esa mañana, había comenzado a nevar, y lo que en un principio eran sólo unos copos ahora se había transformado en verdadera tormenta de nieve. Todo lo que en el camino había captado su atención ya no lo hacía; las esqueletos blancos y fantasmagóricos de animales en el camino y las formaciones de rocas gigantes como castillos habían perdido su atractivo. La nieve parecía ser el único interés de la comitiva. Los autos detenían su marcha cada tanto y los choferes intercambiaban opiniones sobre lo que convenía hacer. Hasta se había barajado la posibilidad de regresar. Las últimas patinadas de los Ford en el camino habían dejado a Francis Garrott mudo y con la mandíbula apretada, y a su esposa al borde de las lágrimas. La mujer tocaba nerviosa el cabello del más pequeño de sus hijos, que iba dormido en su regazo. En el auto de los Dufour la situación no era muy distinta. El argentino que los había buscado por el puerto con las instrucciones les había sugerido que esperaran para partir; porque aunque no era época de grandes nevadas, había escuchado que se venía una. Pero esperar era un pensamiento imposible de aceptar para ellos. Querían instalarse lo más pronto posible en el que sería su lugar. No importaba que las nevadas se hubieran adelantado unas semanas, el invierno aún no se había declarado por completo y ellos no eran unos novatos si de nieve se trataba. En Francia habían conocido los climas rigurosos. Sin embargo, a esta altura comprendían que esto se trataba de algo muy diferente.

— Señor Garrott, ¿cómo van su esposa y los niños allá atrás? — preguntó por cortesía el chofer. Sabía cómo iban, sentía cómo les castañeteaban los dientes tanto a ella como a los niños.

— No se preocupe, van bien.

— Le pregunto porque pensamos con el otro conductor que lo mejor va a ser detenernos antes. Faltan unas horas para llegar y la tormenta no amaina.

— ¿Parar? ¿Y dónde piensan hacerlo? — preguntó Garrott observando la soledad del camino.

— A unos pocos kilómetros de aquí hay una bifurcación que lleva a la estancia La Soñada, de la familia Wilson. Podemos pedir pasar la noche allí.

— ¿Y si continuamos?

— Nos arriesgamos a que los autos comiencen a patinar y terminen dejándonos en el camino. Sería poner en riesgo la vida, porque oscurece y si nos quedamos varados, con este frío, moriríamos congelados. —El chofer

conocía demasiados casos que habían terminado así en ese camino.

— Si la tormenta continúa para cuando lleguemos allí, haremos lo que a usted le parezca mejor —dijo Garrott.

— De acuerdo, señor —respondió el hombre, contento de no tener que empezar a convencer al francés y agregó—: Además, queda sólo un trecho corto y será sencillo hacerlo por la mañana.

### *Estancia La Soñada*

En La Soñada, Susan lanzaba un suspiro de preocupación y con la última claridad de la tarde volvía a mirar por la ventana. La nieve lo cubría todo, el color blanco dominaba por completo su visión. Los copos caían intensamente desde hacía horas. Ese año el invierno había empezado antes de tiempo, una tormenta así no era común para la época. Las temperaturas habían bajado abruptamente desde hacía unos días y el temporal era tremendo.

Esa tarde había tenido que dar albergue en los cuartos de servicio a dos familias francesas que, a causa del clima, no alcanzaron a completar su viaje a una de las estancias vecinas; una complicación más que se sumaba a las otras que ella tenía ese día; los Garrott y los Dufour casi no hablaban español ni nada que no fuera francés; aunque Susan sabía por experiencia que las inclemencias del tiempo, tarde o temprano, terminaban uniendo a todos en la Patagonia, sin importar idiomas ni nacionalidades, ya que era la única manera de vencerlas y no morir en el intento. A ella no le preocupaba la nieve o el frío. Había aprendido a convivir con ellos, a que se podía estar encerrada en la casa muchos días, incomunicada con todo lo que no fuera su estancia durante un mes; y con 25 grados bajo cero afuera. El frío, la nieve y el viento eran sus fieles compañeros desde hacía años y ya había hecho las paces con ellos. Pero esa tarde era diferente. Hoy la tormenta debía parar. Hoy no podían quedarse incomunicados. Antes de caer la noche el doctor debía llegar a la estancia o Virginia, su nuera, iba a tener que parir sola, con la única ayuda de ella y del resto de las mujeres de la casa; porque si los franceses no habían podido avanzar tampoco podría hacerlo el doctor.

Un grito proveniente de la habitación contigua la sobresaltó y le dio la certeza de que tendría que hacer de partera. Lo había hecho en un par de oportunidades con alguna vecina y con una de sus domésticas, pero éste era el nacimiento de su primer nieto y ella hubiera querido asegurarse la

presencia de un doctor. Debería conformarse con la india Teu, que tenía experiencia en esos menesteres pero con niños aborígenes.

— Mi primer nieto —dijo en voz casi inaudible, y al hacerlo los ojos se le llenaron de lágrimas que cayeron por su piel de mujer rubia sometida a los rigores patagónicos—. ¡El primer hijo de mi hijo y nace en medio de tanta desgracia!

El pequeño iba a nacer sin padre. Hacía sólo meses que le habían depositado el cuerpo sin vida de su hijo Peter en la mesa de la cocina, después que Daniel González le disparara dos tiros en la estancia Las Pircas.

— González —repitió Susan entre dientes. Siempre los odiaría. En esta casa su nieto se criaría en la aprehensión de ese apellido, ella se encargaría de eso. Porque iba a llegar el día en que él vengaría a su padre. No necesitaba que fuera con muertes, había venganzas más sutiles, de índole económica, de rechazos y desprecios. Injusticias como la que había sufrido su hijo cuando le quitaron la vida, y este pequeño lo lograría.

Caminaba por el pasillo cuando se abrió la puerta del cuarto y apareció Teu.

— Señora, la niña va a sacar pronto la criatura. No se puede esperar al doctor. Preparémonos.

— Además el doctor no va a llegar. Se hace de noche y el temporal empeora.

Susan, a punto de entrar al cuarto, sintió el peso de la mano de la india sobre su brazo deteniéndola.

— Señora... el niño...

— ¿Qué sucede? —preguntó asustada.

— El niño trae primero los pies. He metido la mano dentro y lo he sentido.

— ¿Un parto de nalgas? ¡No puede ser! ¡Y nosotras solas, sin doctor! — Una vez más las lágrimas empujaron en sus ojos. Toda complicación le recordaba la muerte de su hijo. Le parecía que las cosas salían mal porque él no estaba allí. Peter se hubiese encargado de traer al médico, pensaba idealizándolo. Creía que si él aún estuviera vivo, nada habría salido mal.

Con tristeza empujó la puerta del cuarto y entró. En la penumbra vio la cama grande donde la muchacha rubia de cabellos revueltos emitía quejidos con los ojos cerrados. Junto al lecho, una cuna de madera ganaba protagonismo, en el otro costado había una mesita repleta de sábanas y toallas limpias, sobre las que descansaba una tijera.

— ¿Tienen lista el agua hervida?

— Sí, señora, pero no la traigo porque se congela en el trayecto.

Susan había tratado de mantener caliente la casa, en especial ese cuarto, pero era casi imposible.

— Está helado, me preocupa el bebé —dijo Susan.

— Señora, lo fregaremos con ginebra apenas nazca. Ya la hice preparar.

Susan encendió el farol y se sentó en una silla al lado del lecho. La india se quedó detrás. La noche sería larga y los recuerdos, muchos. Trató de centrar su vista en el cuadro de la habitación, que siempre la transportaba: una vista soleada y veraniega de la ciudad de Florencia, en Italia. Pero la pintura esta vez no logró captar su atención.

Las preguntas la acribillaban. ¿Cómo sería su nieto? ¿De pelo rubio como sus padres? ¿De ojos color ámbar como su nuera o azul intenso como su hijo? ¿Cómo harían para seguir adelante sin Peter? Él se había hecho cargo de todo en los últimos años, su marido padecía de esa enfermedad que le nublaban las ideas y hacía incoherentes sus pensamientos, y ya no podría ser nunca más el que había sido. Todo el progreso económico perdía sentido. Susan se sentía sin fuerzas para hacerse cargo, su nuera no era la clase de mujer para eso, y faltaba tanto para que creciera su nieto... Tal vez debería hablar con Anne, para que abandonara, de una vez por todas, esa idea ridícula de vivir sola. Además, habría que afrontar la crianza del niño... Virginia estaba sola. Su familia no regresaría a la Argentina, y si lo hicieran, sería para llevársela junto al niño, cosa que Susan no aceptaría. No permitiría que nadie se llevara lo único que le quedaba de Peter.

Se encontraba sumergida en estos pensamientos cuando el grito de su nuera la sacó de su ensimismamiento. El momento se acercaba. Teu fue en busca del agua caliente y regresó pronto.

— Señora, es la hora.

Las dos mujeres comenzaron su trabajo. Le hablaban a Virginia y le daban ánimo, mientras maniobraban con las manos.

— Vamos, hija, vamos... —exclamaba Susan.

Los gritos inundaban la habitación. Por momentos la chica hacía tanta fuerza que casi llegaba a incorporarse.

— ¡Vamos, el bebé debe salir ahora, si no se nos muere! —la exhortó Susan.

— Vamos, empuje, niña —dijo la india—. Señora, déjeme a mí —y moviendo con destreza sus manos empujó, movió, acomodó y jaló hasta que,

entre gritos descalabrados, surgió un cuerpecito blanquecino, que no lloró ante el chirlo certero de la india. Lo intentó de nuevo. Nada. La criatura tenía un color azul mortecino.

Susan se desesperó: —¡¡Dios mío, no llora!!

La india se envolvió los dedos en un trapo pequeño y los introdujo en la boca de la criatura, despejando la parte posterior de la faringe para permitir el paso del aire por la apertura de la laringe. Entonces, un sonido ronco rompió el silencio de la habitación y un sollozo débil se transformó en llanto violento.

— Ahí tá —exclamó satisfecha Teu.

Gruesas lágrimas comenzaron a correr por las mejillas de Susan. Era su nieto, hijo de su hijo. En él veía a Peter. Con los ojos inundados, afirmó:

— Peter, se llamará Peter.

— Pero, señora, es una niña.

Las palabras de la india fueron una cachetada.

— ¿Una niña?

— Sí, una niña.

La sorpresa la dejó estupefacta, se limpió la cara con la manga del vestido. Sus manos tenían sangre.

— Señora, hace demasiado frío, traiga la ginebra. Tenemos que fregarla ya mismo.

Susan la miró sin entender. Ella hubiera jurado que en la habitación hacía 40 grados. La noticia de que era una niña todavía la tenía shockeada. Pero al ingresar la orden a su cerebro, salió como una autómatas en busca de la bebida. Fregarla era algo que se hacía cuando un niño llegaba en pleno invierno y era imposible mantener caliente el cuarto.

Con un trapo embebido en licor limpiaron a la pequeña, la fregaron con energía y la abrigaron. La depositaron en la cuna y se dedicaron a la madre, que preguntaba con voz débil:

— ¿Cómo está el niño?

— Perfecto, ahora nos encargaremos de ti —le respondieron.

Teu trabajaba en el cuerpo de Virginia mientras movía la cabeza, negando. Algo no estaba bien, la sangre no paraba. Las cuatro manos ágiles cambiaron las sábanas pero las nuevas en minutos se volvieron a inundar de rojo. Virginia no hablaba, y a cada minuto la palidez mortal de su rostro aumentaba. Susan se preocupaba, y cuando escuchó a Teu decir palabras en su idioma y la vio cortar con la tijera una puntita de los cabellos rubios de su

nuera y alzarlos en alto como si le hablara al techo, recién comprendió que la muerte otra vez rondaba su casa. Por más que las dos aplicaban todas las maniobras, operaciones y recursos que conocían, nada parecía servir. Virginia se iba en sangre.

La hora avanzó, y con ella la desgracia. Conmocionadas, tenían que reconocer que la vida no estaba en manos humanas. Eran minutos desesperados que se sumaban a la impotencia. Porque antes de la madrugada tuvieron que admitir que ya nada podían hacer. El alba las encontró llorando un cuerpo joven, preparando biberones y organizando un velorio.

Esa helada noche, Susan Wilson se había convertido en *ouma*.

\* \* \*

A metros de allí, en los cuartos de servicio fuera de la residencia principal de la estancia La Soñada, los Garrott y los Dufour descansaban en las camas que Susan Wilson había ordenado se armaran provisoriamente. En la penumbra del cuarto, André Garrot, sin poder dormir, se dedicaba a recordar la belleza de la vivienda de la mujer que los había albergado, y se prometía a sí mismo: «Yo tendré un hogar así. Cueste lo que cueste». Se decía sí mismo que había sido bueno conocer ese lugar, ya que ahora podría desear tener uno igual. «Si no lo hubiera conocido, no sabría lo que quiero. Ahora lo sé.» Los pobres a veces necesitaban conocer las cosas que los ricos tenían para poder saber qué desear.

El día había sido muy importante para André, tal vez el más importante de su vida. Porque ahora tenía algo que perseguir, algo que desear. No imaginaba que durante esa jornada había transcurrido otro suceso que cambiaría su vida; y no era precisamente haber conocido la casa de los Wilson.

\* \* \*

La noche de la muerte de Virginia Derick había caído la nevada más



tremenda en años y había continuado durante la mañana. Pero ahora al caer la tarde, un silencio sepulcral se tendía sobre La Soñada. Los copos habían cesado dejando una quietud blanca. Susan se hallaba sentada al borde de su cama en el cuarto, meciendo a su nieta recién nacida con la mirada perdida en la ventana. Nada parecía alcanzarla cuando giró con desinterés la cabeza y sus ojos se hundieron en la vista soleada del cuadro del Ponte Vecchio de Florencia; la pintura por un instante captó su atención y Susan en uno de los pocos raptos de claridad que tendría esa tarde, exclamó:

— Florence. Mi nieta se llamará Florence. Algún día será como el sol del cuadro y vengará el nombre de su padre.

La niña blanquísima, rubia y de ojos color miel, tendría que encargarse de ello.

\* \* \*

### *Seis meses después*

Colette Garrot le pidió a su hijo André que trajera leña. A pesar de que el invierno ya se había ido, algunas tardes todavía era necesario encender la chimenea. Gracias a Dios habían pasado los días helados en los que ni siquiera con fuego se calentaba la casa. En Francia, ella había vivido inviernos duros y nevados, pero ninguno como el que habían pasado en la Patagonia. En este país había contemplado al despertarse, verdaderos paredones de nieve en la puerta de la casa, había visto las manitas lastimadas de sus hijos hasta casi brotarles sangre, y sus mejillas tan rojas que ni la vaselina los calmaba. Todo era difícil en esa tierra y presentía que seguiría siéndolo por bastante tiempo más. Intuía que todavía faltaban años para los cambios grandes. El futuro se auguraba difícil, pero ya estaban aquí y había que seguir luchando con lo cotidiano. Tareas que por ser habituales no dejaban de ser importantes y complicadas. Traer agua de afuera en pleno invierno era una labor ardua; ésta se congelaba y había que volverla a su estado líquido. También había que preparar la comida en la cocina a carbón y lavar en el patio los utensilios usados, dentro del mismo fuentón donde por la noche bañaba a sus hijos, este era un quehacer trabajoso al igual que recoger

la leña necesaria para el día.

Miró por la ventana y vio a su hijo en el fondo del patio, entre los arbustos de calafate, haciendo este trabajo. Observó su pelito lacio y castaño e imaginó sus hermosos ojos verdes oscuros. Su André era un niño fuerte en muchos sentidos, pero sabía bien que las primeras noches en que pasó frío y no hubo comida en la casa habían dejado marcas en él. A pesar de que ella y su marido habían tratado de rodear a sus hijos de amor, igual habían sentido algunas carencias, sobre todo André, que por ser mayor se daba cuenta de todo. Veía algunas consecuencias en su hijo, quien a pesar de su corta edad siempre ansiaba saber el precio de cada cosa, quería conocer el monto del sueldo que le pagarían a su padre, deseaba estar al tanto de qué ventajas ofrecían en otros trabajos y se desvivía por inventar cualquier negocio que le diera dinero. Colette esperaba que finalmente esas marcas dejadas por las privaciones trajeran algo bueno en su vida, y no todas fueran pérdidas y heridas.

Por su parte, ajeno a las lucubraciones de su madre, André, en el patio, juntó los troncos que ésta le había pedido para encender el fuego y los puso sobre la carreta que su padre había improvisado para acarrearlos hasta la casa. Mientras la empujaba sintió el sol sobre su cara y pensó que al fin sentía algo de calor verdadero. Era el primer día en que calentaba de verdad. Estaba harto de la nieve y el frío.

Ya casi llegaba a la entrada de la casa cuando divisó algo de chispeante color amarillo, en un rincón del patio. Parecían destellos de sol diseminados entre el verde para alegrar el día. Dejó los troncos y se dirigió al lugar donde emergía el color; ya cerca vio que eran flores, cientos de ramilletes amarillos de esa planta que había escuchado a los criollos llamar *calafate*. Las miró, las miró, y las miró, el color amarillo lo hipnotizó. Era un síntoma de alegría y vida, un presagio de que la primavera existía también en esta tierra y una señal de que los peores meses habían pasado, esos que habían coincidido con los días de extrañar París, la escuela, el idioma, los parientes, los amigos, y llorar en silencio por las noches. Al fin esas tristes jornadas iban espaciándose; aunque todavía algunas veces por la noche, él lloraba acurrucado en la punta de la cama sin que nadie lo supiera. Su madre también lo hacía, él la había escuchado. Pero ahora frente a estos capullos amarillos, aun siendo un niño, sentía que se auguraban tiempos mejores. Tomó una flor y se la guardó en el bolsillo.

Llegando a la puerta, antes de entrar a la casa, se volvió a mirar otra vez

las estrellas doradas sobre la mata verde... la flor del calafate. Nunca iba a olvidar el optimismo que lo había inundado al verlas. André Garrott acababa de inaugurar un ritual que repetiría cada primavera, buscando certezas de que lo malo siempre tiene un final. Una liturgia que iba a repetir durante los años que viviría en la Patagonia. Para él, la flor del calafate siempre sería mágica.

### *Los Wilson*

La primera claridad de la mañana penetraba por las ventanas de la estancia La Soñada, mientras la india Teu preparaba el pan en la cocina. A su lado, Susan desayunaba apurada; pensaba partir temprano hacia casa de Anne. Iría en el auto, acompañada de un peón. Si bien ella manejaba y el camino no le daba miedo, podía suceder que el vehículo fallara y necesitara a alguien que hiciera de mecánico. No conocía la casa de su hija, siempre era Anne quien venía y lo hacía en pocas oportunidades. El terrible invierno no había ayudado a las visitas pero gracias a Dios ya se terminaba; además, pensaba que iba siendo tiempo de olvidar las ridículas ideas que se le habían ocurrido con respecto a Anne y Gonika. Iba a presentarse en casa de su hija para hablar de temas importantes. Quería que Anne y ella se mudaran juntas a la estancia Maan.

Pensaba en estas cosas mientras tomaba el último sorbo de su café, cuando escuchó un llanto. Era Florence, debía tener hambre. Teu, que ponía el pan en el horno, dijo:

— Yo le aviso a la nodriza.

Susan le respondió afirmando con la cabeza. La india había buscado y conseguido una aborígen para que alimentara a Florence. La habían traído a la estancia con su propio hijo y ahora vivía junto al pequeño en la zona de los trabajadores; a la casa sólo entraba para alimentar a la bebé Wilson. Así habían solucionado el problema de la leche materna.

A Susan criar su nieta en La Soñada se le complicaba, la estancia era grande, el trabajo mucho, y las órdenes por dar demasiadas. Estaba sola para todo, nadie la ayudaba, la enfermedad de su marido empeoraba cada día; Ian tenía pocos momentos de lucidez y se recluía en el cuarto que fuera de Peter cuando niño. Allí pasaba largas horas sentado en un silloncito mirando por la ventana, ensimismado en su propio mundo enmarañado, que a veces transcurría en Orange y otras en la Patagonia; Susan extrañaba a su marido, éste no era su compañero de toda la vida, era un perfecto desconocido;

también extrañaba a Peter, aunque estaba agradecida de que al menos le había quedado algo de él: su pequeña hija. Florence no se parecía en nada a su familia, sino más bien era el retrato de Virginia. Pero ese pedacito de piel suave y rosada que desde hacía un tiempo le sonreía cuando ella entraba al cuarto, era carne de su carne, sangre bóer ciento por ciento, y la amaba igual o más que lo que amó a sus propios hijos.

Los padres de su difunta nuera habían aceptado que ella la criara. Los Derick nunca habían pensado en regresar a la Argentina y menos ahora que su hija ya no estaba. Comprendían la desgracia de los Wilson de perder a Peter y les había parecido de buena gente dejarles a Florence, sobre todo porque ellos nunca habían llegado a verla y a encariñarse. Los hijos varones instalados con ellos les habían dado otros nietos y los tranquilizaba saber que la niña estaba en buenas manos bóer.

Pero aun así Susan sentía que debía hacer cambios. La niña era prioridad para ella y la única manera de atenderla bien era liberándose de los múltiples quehaceres que le imponía La Soñada. Pensaba poner un buen administrador y ella mudarse nuevamente a la estancia Maan, ésta se hallaba ubicada en una zona más civilizada y tenía un clima menos riguroso. Además tendría cerca muchas familias bóer, cosa que no sucedía en La Soñada.

Susan se levantó con rapidez de la silla. El auto con el peón ya estaba en la puerta. Tenían varias horas de viaje por delante.

Era la hora de la siesta. Sentada desde hacía una hora en la cocina de la casa de su hija, Susan se sentía extraña. Por primera vez veía a Anne como una persona adulta e independiente. Le había ofrecido comida, pero el viaje le había quitado el hambre. Terminó aceptando un té con galletas recién horneadas. En la casa de su hija estos tentempiés siempre estaban a la orden del día.

Le contó las noticias de Florence y luego quiso hablar de la propuesta que tenía en mente, pero se sentía cohibida por Gonika, que no se movía del lado de Anne. Esperaba que terminara de colar los dulces que estaba preparando y las dejara solas. Había un nuevo desparpajo en ese hombre que no terminaba de gustarle.

— ¿Las damas quieren probar el de frutilla? —pregunto él.

— No —respondió Susan, secamente. Anne hizo lo mismo con una sonrisa.

— Mami, ¿no te molesta que siga batiendo estos huevos? Debemos

entregar un gran pedido para una fiesta de casamiento —dijo mientras cascaba uno a uno los doce huevos metiéndolos en la fuente.

— No hay problema. ¿Siguen teniendo mucho trabajo? —preguntó Susan. Su hija jamás le pedía dinero; vivía de lo que ganaba.

— Sí, mucho. Nuestros productos son muy buscados, casi no damos abasto.

— ¿Y quién los ayuda a prepararlos?

— Ya no tengo más a la india que traje. Ahora vienen dos personas cada mañana, pero luego se van. Esta propiedad no tiene zona de servicio para empleados como las estancias.

Susan se quedó pensando en cómo cuernos se organizaban para que durmieran Gonika y el peón que había traído. Pero Anne la sacó de sus pensamientos con su pregunta.

— ¿Y tú como estás, mami? ¡Sólo hablas de mi sobrina!

— Yo estoy bien. Ya sabes, mucho trabajo, pronto tendremos la esquila —respondió Susan, observando cómo Gonika para pasar al otro lado de la cocina en busca del azúcar le apoyaba la mano en la cintura a su hija.

— En papá no habido mejoría ¿verdad?

— Al contrario. Las desgracias de los últimos tiempos lo han puesto peor. A Daniel González no se le ha dado un gran castigo como hubiéramos esperado. En uno de sus pocos momentos de lucidez lo comprendió y le hizo muy mal.

— ¡Ay, mamá, cuánto lo lamento! ¡Pero ya deben olvidar ese odio! —dijo Anne, que sabía más que su madre sobre el origen de Daniel González.

— No es fácil la vida en la estancia sin Peter —dijo Susan, y estuvo a punto de quebrarse, pero se llevó una mano a la cabeza y se refregó la frente. Luego continuó: —¿Y no sabes lo que es ver a la pequeña Florence sin madre ni padre! ¡Me parte el alma que tenga que tomar la leche del pecho de una india! —y al decir estas últimas palabras no pudo contenerse más y estalló en sollozos. Sacó rápidamente su pañuelo y trató de recomponerse. No le gustaban las escenas.

Anne dejó lo que estaba haciendo y la abrazó. Las dos lloraban juntas. Gonika se acercó y sacó de su bolsillo un pañuelo, que entregó a la joven. Así estuvieron unos minutos, hasta que Anne le propuso a su madre ir a lavarse la cara. Susan fue hacia el pasillo, donde estaba el lavatorio con una jarra sobre una mesita. Desde allí escuchaba a su hija, que sollozaba. Luego regresó a la cocina pensando ¿cómo hacía Anne, siendo tan sensible, para vivir alejada de

la familia? Pero al ingresar lo que vio la dejó helada. ¡Gonika la abrazaba! Con un brazo fuerte y oscuro le rodeaba la cintura, y con el otro le acariciaba el cabello rubio tiernamente mientras le secaba las lágrimas.

Tosió con fuerza. No sabía qué otra cosa hacer. Esto era demasiado. Necesitaba hablar ya mismo con su hija. La pareja se separó, sin nervios ni violencias, dándose una mirada afectuosa.

— Anne, tengo cosas importantes que hablar contigo... a solas.

— Ven, mamá, pasa a mi cuarto —dijo su hija, más repuesta, y Susan comenzó a seguirla por el pasillo.

— Pasa, mami —dijo abriendo la puerta del cuarto.

Susan, que aun estaba en shock, entró.

— Siéntate, por favor —dijo Anne y señaló la cama.

Susan se sentó, pero no pudo empezar a hablar. Los detalles de esa habitación la perturbaron. La cama era matrimonial y debajo del quillango asomaban unos zapatos de hombre. Sobre una silla descansaba un pantalón de Gonika.

No sabía por dónde empezar. ¿Debía hablar abiertamente sobre lo que veía? Se horrorizó ante la idea de ponerlo en palabras. No podía ser verdad. Anne y Gonika se apreciaban, pero no eran una pareja. No. Las palabras le salieron a borbotones:

— Anne, he venido a pedirte que te mudes conmigo a la estancia Maan. Quiero criar allí a Florence. Me parece que es el mejor lugar para hacerlo y necesito que me acompañes.

— No puedo, mamá.

— ¿Cómo que no puedes? ¡Deja ya la estúpida idea de vivir sola y lejos de todo!

— Mamá... sé que no quieres verlo... pero míralo —dijo señalando el cuarto—, yo no vivo sola. Vivo con Gonika. No puedo irme.

— ¡¿Gonika?!

— Sí, él es mi marido.

A Susan la respuesta le explotó en la cara y súbitamente todos los caminos la llevaron al final del laberinto. La maraña en la que había estado perdida a sabiendas durante años ahora la empujaba hacia la salida con violencia. En su mente se unieron el chal rojo debajo de la almohada, la imagen confusa de un abrazo el día de la fiesta bóer, miradas, palabras, y la partida de ellos juntos desde la estancia. Todo cobró sentido.

Susan sintió que su mundo se derrumbaba. El día de la muerte de Peter

ya se había caído, pero esta vez se le desplomaba de una manera diferente.

— Estás loca de remate. No puedo permitirte.

— Ya está hecho, mamá.

Pero a Susan no le entraba ninguna frase ni idea, sólo podía verse a sí misma como a una niña en Orange y a su propia madre retándola porque ella jugaba con la hija de una de las mujeres de color que trabajaban en su casa. Se veía sentada en la falda de su padre, que con ternura le explicaba las cosas de la vida, entre ellas por qué los negros eran «casi humanos» y por qué ellos como blancos tenían la obligación de cuidarlos, como se hace con los niños pequeños en una casa.

Susan, educada bajo estos conceptos lejanos, no podía asimilar los nuevos que esta tierra joven le brindaba y que Anne ya había hecho propios. Las viejas ideas habían ido y venido demasiadas veces por el cerebro de Susan Wilson, creando surcos que ahora jamás podrían borrarse.

— ¡Si esto es lo que decides, me voy!

Caminó lentamente hasta la cocina y observó a Gonika. No pudo evitar la mirada de cariño que hubiera querido ahuyentar. Era un buen hombre, inteligente y siempre había amado a su Anne. ¡Pero no era blanco! El rostro oscuro y armonioso de Gonika se lo confirmaba una y mil veces desde la punta de la cocina. Sin volverse, puso la mano en el picaporte y abrió la puerta.

Subió al auto y le dio la orden al peón de que partieran inmediatamente y entonces con el vehículo en marcha, comenzó a llorar. Lo hizo todo el camino. En esta vida sólo le quedaba su marido enfermo y su nieta Florence.

\* \* \*

Cuando su madre partió, Anne derramó algunas lágrimas por ella. Pero en poco tiempo regresó la quietud al hogar. Anne y Gonika sabían que tenían un tesoro y nada ni nadie les haría cambiar de idea. Habían tenido que superar muchas pruebas para estar juntos y esa tarde acababan de pasar la última.

Gonika con voz serena y dulce le dijo a su mujer:

— Anne, creo que ya es tiempo de que pasemos por el registro civil.

¿Estás de acuerdo?

— Sí, completamente —dijo ella, mientras miraba su plantación de ruibarbos por la ventana.

— Podemos ir mañana mismo, no tenemos por qué esperar.

— Me parece bien —respondió Anne, acercando su rostro al cuello de Gonika, que la abrazaba con fuerza.

Una vez que Susan Wilson llegó a su casa, aunque era pasada la medianoche, fue asaltada por un ataque de energía. Ni siquiera comió ni descansó sino que se puso a organizar los baúles con todo lo que necesitarían llevar a la estancia Maan. Quería partir lo más pronto posible y mudarse cuanto antes. En Maan, Florence encontraría su destino; ella tendría la responsabilidad de llevar adelante lo que quedaba de los sueños de los Wilson. Esto incluía el oscuro deseo de vengar el nombre de Peter.



## CAPÍTULO 19

### Hoy

Elena y Omar entraron a la estancia Maan por el camino bordeado de álamos. Las luces de la entrada estaban encendidas. Llegaban justo a tiempo para el café que los hermanos Wilson tomaban cada noche en el living. Estacionaron en la puerta de la casa. Desde dentro se escuchaban voces masculinas y por la ventana se los veía a los tres cómodamente sentados en los sillones de pana.

Pedro, al ver llegar a Elena, comentó:

— ¡Hermanita, al fin, creíamos que Omar González te había raptado!

— Pasen, pasen, llegan justo para el café —dijo Marcos en tono conciliador.

Saludaron, se sentaron y comenzaron a charlar acerca del éxito de la muestra y de lo bien que había salido el festejo posterior con amigos en la estancia. El diálogo era ameno, todos estaban de buen humor. Elena disfrutaba de observar a Omar y sus hermanos en plan amistoso. A él se lo veía mucho menos tenso y a la defensiva que al principio. Por un momento, hasta pareció olvidarse de ella mientras hablaba con Pablo. Comentaban el caso de la estafa de las minas que en 1999 había desestabilizado las bolsas mundiales. El hermano de Elena había ido a cubrir el hecho como periodista; Omar estaba al tanto de los pormenores porque durante ese tiempo había trabajado en la zona.

La empleada nueva trajo bombones de almendra que Marcos había pedido y Elena aprovechó la distracción para acercarse a Omar y tomarlo de la mano. Era el momento de dar la noticia de la boda.

— Ahora que están todos bien predispuestos por los bombones, aprovecho para darles la noticia que me trajo a la estancia esta noche. Pensaba venir mañana, pero esto no podía esperar...

Los tres varones Wilson Garrott hicieron silencio y fijaron su vista en Elena. En el último tiempo, habían recibido una noticia importante tras otra y esperaban que ésta no hiciera desaparecer la reciente paz que se vivía en la familia. Elena notó en sus rostros la preocupación.

— Tranquilos, es una buena noticia. Omar y yo vamos a casarnos.

Hubo unos segundos de silencio.

— ¿Cuándo? —preguntó Pablo.

— Muy pronto. Por eso quería venir a avisarles, para que se organizaran y pudieran volver en breve con sus familias al casamiento.

Los tres hombres estaban estupefactos. Omar decidió hacer una intromisión.

— Pensamos casarnos en dos meses. Sería una gran alegría para Elena y para mí que pudieran estar todos, sabemos que viven lejos pero en este momento ustedes son su única familia.

— Dos meses... ¿No es un poco apresurado? —preguntó Pedro.

— Puede parecer demasiado pronto pero nos queremos. También sé que nuestra relación comenzó a partir de un hecho triste como fue la muerte de Peter y eso todavía puede despertarles dudas sobre mi persona, pero Pedro, Pablo, Marcos... —dijo mirando a los hermanos uno a uno a los ojos—, yo amo a Elena.

Ella fue en su rescate.

— Además, ya no somos unos chiquilines, Omar tiene treinta y siete años y yo, por si no se acuerdan, treinta y seis.

Las explicaciones habían sido contundentes y no habían dejado lugar a dudas. Eran maduros y se amaban, si no Omar no hubiera dado la cara y ella nunca se habría animado a tomar semejante decisión. En todos estos años, Elena jamás había sido impulsiva ni arrebatada. Ellos, como hermanos, no podían hacer otra cosa que apoyarla.

Marcos rompió el hielo.

— ¡Esto se merece un brindis! Ya mismo traigo el champagne.

Mientras iba en busca de la botella, Pedro y Pablo abrazaron a Elena y saludaron a Omar. Se notaba que aún tenían sus dudas e interrogantes, pero ya habría tiempo de averiguar más.

Marcos descorchó la botella y llenó las copas, todos brindaron. Elena comenzó a explicar los planes. La boda sería en la estancia. Pedro y Pablo comentaron que tendrían que organizarse para tener una licencia en el periódico donde trabajaban. Por supuesto vendrían con sus mujeres y sus hijos. Elena se entusiasmaba. Hacía mucho que no veía a sus sobrinos, algunos tenían casi la edad de ella. La última vez que había estado con ellos había sido en uno de sus viajes de trabajo.

Entre charla y charla, se hizo la madrugada y Elena veía que Omar le pedía con la mirada que se fueran. En un aparte, Pedro se le acercó y le dijo:

— Elena ¿estás segura de lo que hacés? Si necesitás que hable con Omar para pedirle que te dé más tiempo, lo hago, ¿eh?

— No, Pedro, está bien.

— ¿Y qué sabés de la vida y de la familia de este muchacho?

— Ya te cuento, dame un segundo y conversamos tranquilos —le dijo Elena, mientras se levantaba para hablar con Omar. Era evidente que su hermano necesitaba una charla profunda con ella.

— ¿Ya nos vamos? —preguntó Omar.

— Mirá, creo que lo mejor es que hoy me quede acá. Mis hermanos están un poco ansiosos con el asunto del casamiento. Andá vos a Rada Tilly y nos vemos mañana.

El desencanto se pintó en el rostro de Omar.

— Amor, andá, así yo me encargo de ellos y se tranquilizan.

— Está bien, si vos decís que es necesario. Pero mañana después de que partan, te paso a buscar.

— Te espero —y lo besó tiernamente.

Omar saludó a los tres hombres y ella lo acompañó a la puerta. Se despidieron entre besos y promesas. Cuando regresó, sus hermanos la estaban esperando. Al fin estaban a solas en familia.

— Elena, ahora contanos... sobre todo los datos que vos sabés que nos van a tranquilizar —dijo Pablo sin preámbulos.

Ella les contó lo que sabía de Omar, de su familia, de su trabajo y un millón de detalles más que le daban la certeza que él era una buena persona y de que la amaba de verdad.

Los Wilson Garrott escuchaban con atención y poco a poco sus rostros se relajaban, y hasta se permitían sonreír ante algunas palabras de Elena.

Al día siguiente, Elena acompañó a sus hermanos al aeropuerto para despedirlos. La charla de la noche había sido esclarecedora. Ellos confiaban en el criterio de Elena. Se iban a Buenos Aires y desde allí regresarían a Francia donde harían lo imposible para organizarse y volver con sus familias al casamiento; su única hermana se casaba. Si todo salía bien, verían a Elena en pocas semanas más.

Los tres serían sus padrinos. Se reunirían en la estancia unos días antes de la boda para estar en los preparativos. Pero antes de eso estaba el viaje a Sudáfrica. Elena y Omar estaban entusiasmados; si Gonika Smith existía y lograban hablar con él, saldrían a la luz muchas cosas que les atañían a

ambos, porque ese hombre había sido contemporáneo de Peter y Mariana.

Por la tarde, Omar pasó a buscar a Elena para llevarla con él a Rada Tilly.

— ¿Se fueron?

— Sí.

— ¿Todo bien?

— Muy bien. Se quedaron bastante tranquilos con mis explicaciones.

Él le sonrió.

— ¿Llevás todo lo que te hace falta para el viaje? Mirá que aquí volvemos para casarnos —dijo Omar, y al escucharse le pareció mentira.

— Tengo todo —respondió ella, mientras subía al vehículo con un gran bolso.

— Hablé con mi mamá y mi hermana sobre el casamiento.

— ¿Qué dijeron?

— Al principio casi se mueren, pensá que no tenían ni idea. Mamá insiste en que vayamos a su casa antes de viajar a Sudáfrica.

— Podríamos ir el sábado apenas llegemos a Buenos Aires. También tengo que avisar en mi trabajo... —dijo ella, pensando cómo tomaría Marcelo el anuncio de su repentino casamiento.

\* \* \*

### *Buenos Aires*

Para Elena estar en su departamento con Omar era unir sus dos mundos: el que había construido con él a través de los sentimientos y el universo en el que ella siempre había vivido. A esto se sumaba la alegría y la emoción de ir juntos a Sudáfrica.

Habían llegado por la mañana, y a la tarde partieron rumbo al domicilio de Magalí, la madre de Omar, en pleno barrio de Caballito. Elena manejaba nerviosa.

— ¿Seguro que no hace falta llevar nada más que la bebida?

— No, tranquilizate.

— ¿Qué dijo cuando le avisaste que te quedabas a dormir en mi

departamento?

— Nada, Elena, soy grande. Ya no vivo con ella hace mucho.

— Digo, porque no estaría bueno hacerla enojar por tan poco...

— No se va a enojar y dejá de preocuparte. Buscá dónde estacionar porque es en la otra cuadra.

Unos minutos después, una mujer alta y delgada, de pelo castaño a la altura de los hombros, les abrió la puerta y los hacía pasar con una sonrisa.

Magalí había enviudado hacía un año y medio. Era geóloga y toda su vida había trabajado junto a su marido, también geólogo. Pero después de su muerte había decidido jubilarse. Era simpática, conversadora y vegetariana. Esa noche había preparado empanadas de verdura.

— Omar no me dijo que eras vegetariana —dijo Elena a Magalí, mirándolo a él.

— Cómo te voy a decir, en tan poco tiempo no se pueden contar todos los detalles familiares —respondió Omar, y al decir esta frase se arrepintió.

— Es cierto. ¡Hace tan poco que se conocen! La verdad que la boda de Omar me toma de sorpresa —dijo Magalí.

— Será que me llegó la hora —dijo él, divertido.

— Mi hijo ha tenido otras mujeres pero jamás habló de casarse. Es la primera vez, así que debes ser muy especial para él, Elena.

Se la veía entre la disyuntiva de aceptar lo que Omar decidía o dejarse ganar por los temores.

— Mamá, vas a tener que organizarte porque volvemos del viaje y a los pocos días es la boda.

— Por supuesto. Yo viajaría a Comodoro con Belén —dijo Magalí, refiriéndose a su hija menor y hermana de Omar.

— Tengo muchas ganas de conocerla —acotó Elena.

Belén vivía en Mendoza con su marido y su pequeño hijo. Era bioquímica. Con Omar se veían poco, a lo sumo tres o cuatro veces al año.

— Tenemos que esperar a la vuelta del viaje. Nos vamos en tres días, ya hice la reserva en la agencia.

— Omar me dijo que viajan ahora porque después les sería imposible por los trabajos.

— Así es. Estamos felices. Tendremos dos lunas de miel, porque después nos tomaremos cuatro o cinco días por acá cerca.

— Elena, ¿vos cuántos hermanos tenés?

Ella le contó a Magalí cómo estaba compuesta su familia y le confesó

que le daba pena no tener a sus padres en ese momento de felicidad. Eso pasaba por haberla tenido a ella ya de grandes. A veces pensaba en esto y se enojaba, pero después se daba cuenta de que ellos siempre se habían amado mucho y por eso habían tenido varios hijos, y a ella a último momento.

Ya habían comido el postre y tomado un té de menta, cuando Omar invitó a Elena a conocer el que había sido su cuarto en los últimos tiempos de su adolescencia y en los comienzos de la universidad. Ella aceptó, divertida.

En la pared había un póster inmenso de Durán Durán y en la punta de un escritorio, un frasco enorme de vidrio lleno de piedras. Le contó que ya antes de ser geólogo se dedicaba a coleccionar rocas extrañas. Un banderín de River flameaba sobre la cama de una plaza en la que se sentaron.

— Me encanta estar acá y ver tus cosas de antes —dijo Elena, mirando a su alrededor.

— A mí me gusta que estés.

— ¿Puedo? —dijo ella y puso la mano en la manija del cajón de la mesa de luz.

— Claro, aunque te advierto que ni yo sé qué hay adentro.

Ella lo abrió y sus dedos largos y delicados desenrollaron un cordón con una cruz de madera. Omar le contó que era de su comunión. Vio una foto de él con sus abuelos, un mazo de cartas, la libreta universitaria y un broche de plata, de esos que se ponen en el cuello con un pañuelo. Le llamó la atención y lo tomó entre sus manos. Lo miró mejor. No podía creer lo que veía. ¡La joya tenía el escudo bóer de los Wilson!

— ¡Omar! ¿Sabés qué es esto?

— Un broche, era de mi papá y según entiendo antes fue de mi abuelo Daniel.

— Tengo uno igual en casa.

— ¿En serio?

— ¿Sabés qué es la figura que tiene grabada?

— No.

— Es el escudo bóer de los Wilson.

— ¡No te puedo creer! —dijo asombrado, Omar recordaba que su padre se lo había dado cuando él era un muchacho, sin decirle más que él también lo había recibido de su padre.

— Omar, esto es una confirmación más de que Daniel González era hijo de Peter y Mariana.

— Me doy cuenta. ¿A vos quién te dio el tuyo?

— Mi mamá, y a ella la abuela Susan; había pertenecido a Ian, su marido. Es una reliquia que trajeron de Orange. Seguro que Peter también tenía uno y se lo dio a su hijo Daniel. ¿Pero cuándo? ¿Cómo?

— Me emociona pensar que haya tanta historia en este objeto mínimo y que yo sea parte de ella —dijo Omar, observándolo con detenimiento. Luego agregó: —Nunca pensé que iba estar emparentado con los Wilson.

Un rato más tarde, la pareja se despidió de Magalí. Elena y su futura suegra se dieron un abrazo. Afortunadamente, se habían caído bien. La madre de Omar pensaba que esa chica rubia y risueña por fin haría que su hijo sentara cabeza. Ya iba siendo tiempo de que se casara y tuviera hijos. Se había olvidado de preguntarles si querían ser padres pronto. Las edades de ellos no estaban para esperar.

En el camino de regreso, Elena y Omar programaron los últimos detalles previos al viaje: llevar la ropa a lavar, sacar la licencia internacional de conducir, buscar los pasaportes, pasar por el banco...

En solo tres días se iban, el vuelo duraría siete horas.

## TERCERA PARTE

*Uno de los mayores beneficios que la vida patagónica le da al hombre es el de adquirir una profunda y auténtica filosofía. Son tan indomeñables los elementos naturales, ya sean el viento, la nieve, el hielo, los ríos y la distancia, que al final uno termina amoldándose a todo y cobrando notable aplomo y serenidad.*

ANDREAS MADSEN, colono patagónico en el 1900,  
*De Cazando pumas en la Patagonia.*



## CAPÍTULO 20

### Ayer

*Estancia Maan, verano de 1942*

Florence se subió al vehículo y cuando se puso en marcha, sintió el familiar traqueteo del camino patagónico en todo su cuerpo. El vaivén no era agradable ni cómodo, pero la hacía sentir de nuevo en casa y al abrigo de lo querido. Un suspiro de satisfacción brotó de sus labios e hizo que el chofer la observara por el espejo retrovisor. Era una mujer hermosa. Se decía que la joven Florence Wilson era el vivo retrato de su difunta madre: pelo rubio y un óvalo perfecto por rostro, donde destacaban los ojos color miel de largas pestañas y la nariz respingada. Era una pena ver tanta belleza rodeada de semejante tragedia; todos en la zona conocían la triste historia de su padre asesinado por un peón y su madre muerta en el parto. A esto se sumaban los vaivenes económicos que esta situación había causado a la familia y que Susan Wilson había tratado de capear como había podido.

Florence miró por la ventanilla. Al ver ese paisaje que conocía tan bien se percató de que lo había extrañado. Dos años sin regresar a la Patagonia era mucho. El último período de sus estudios se había prolongado demasiado. Ella solía pasar las fiestas de fin de año y los tres meses de vacaciones en casa de su *Ouma* Susan, como en toda su niñez. Su abuela había sido para ella una verdadera madre.

Estaba segura de que en esta oportunidad le esperaban tiempos especiales. Debía contarle a *Ouma* su deseo de aceptar el trabajo de traductora que le ofrecían en Buenos Aires. Durante el último año lo había hecho de manera informal, ya que el instituto le enviaba escritos para que los tradujera. Si se decidía a aceptar, sería un golpe duro para Susan, que la esperaba para tomar decisiones en la estancia y le había sugerido por carta que contaba con ella para comenzar con nuevas explotaciones. Florence no creía que le gustara hacerse cargo de la estancia por el resto de vida. Pero mientras miraba esa estepa árida, antes de llegar a la casona, presentía que la decisión no sería fácil. Este lugar le amarraba el alma. Repleta de pensamientos, se acomodó el vestido blanco a lunares azules que traía puesto.

El sueño la vencía y no quería llegar en mal estado, aunque se daba cuenta de que el atuendo no era el más apropiado para estas latitudes.

Minutos después dormía profundamente. El chofer se preguntaba si la muchacha sabría todas las historias que pesaban sobre su familia, las buenas y las malas. Aunque quién podía saber cuáles eran verdaderas.

Habían transcurrido dos horas desde la llegada de Florence Wilson a la estancia Maan. Susan, en la cocina, todavía se hallaba exultante y emocionada. El encuentro con su nieta había sido una alegría muy grande. Preparaba las *fregadele* que a ella tanto le gustaban, mientras pensaba lo cambiada que la veía desde la última vez. Estaba más aplomada. Los 20 años la habían convertido en una mujer. Esto era bueno porque tocaba tomar decisiones importantes que ya no podían postergarse más. Varios compradores, incluido ese francés oportunista, venían intentando comprarle las tierras. Susan no quería venderlas, pero tendrían que hacerlo si nadie explotaba el lugar. Garrott, dueño de la estancia Azul, tenía fama de especulador y astuto. Ella no olvidaba que había tenido que venderle las hectáreas que rodeaban a La Soñada en un precio bajísimo años atrás, durante la crisis producida por la muerte de su marido. Y ahora acechaba de nuevo como un puma, listo para apropiarse de la estancia Maan.

En su familia, a pesar de las muchas desgracias, siempre habían sabido cómo salir adelante. En esta oportunidad era la pequeña Florence quien tenía que recibir la posta para hacerlo. Susan había luchado mucho desde la muerte de su hijo, pero asimismo algunos bienes se habían perdido, como La Soñada, que ahora estaba en manos de un inglés. Pero la vida continuaba y las cosas cambiaban.

Susan escuchó pasos y enseguida la voz cantarina de Florence:

— ¡*Ouma*, estás preparando *fregadele*!

— ¡Es que al fin tengo a quién consentir!

La joven, sonriendo, le estampó un sonoro beso en cada mejilla y le preguntó:

— ¿Y lo haces todo tú sola? ¿No te ayuda Alen? —dijo refiriéndose a la hija de la india Teu, que ahora también trabajaba en la casa reemplazando a su madre, demasiado mayor para las tareas pesadas.

— Me gusta hacer las especialidades bóer con mis propias manos. ¿Te ha ordenado Alen la ropa de la valija? —dijo, mientras ponía la mesa para dos.

— Sí, y me explicó que esta misma noche hay una reunión a la que tú y yo debemos asistir... —Florence hizo una pausa, y continuó: —La verdad es que no tenía muchos deseos de reunirme tan pronto.

— La reunión se hará en casa de una familia amiga. Es para tratar los temas que nos preocupan como estancieros y en los que la Sociedad Rural no nos apoya lo suficiente —le respondió Susan mientras servía la comida humeante en los platos.

— ¡Qué astuta eres, *Ouma*! Quieres meterme de a poco en cuestiones de estancieros... Pero te perdono porque has cocinado mi plato preferido —dijo la muchacha riendo mientras saboreaba el primer bocado.

Eran las ocho de la noche cuando Florence y su abuela descendieron del auto frente a la casa de la familia Anchorena. Otros vehículos ya estaban allí estacionados. A pesar de que Florence se había ofrecido a conducir el vehículo, uno de los peones las terminó llevando, Susan había insistido en que como era de noche y su nieta estaba cansada del viaje lo mejor era que manejara otra persona. En la puerta de la residencia, antes de entrar, Susan miró de reojo a su nieta. Se había puesto un vestido verde ceñido al cuerpo, lo suficientemente serio como para no ser criticada; pero ella era sobradamente bonita como para que no quedara un ojo sin verla. El cabello rubio le caía suelto sobre la espalda. En el frente dos *chignones* se lo recogían hacia los costados.

— ¡*Ouma*, deja de mirarme, me parece que estoy en un examen como los del instituto!

— Eres linda, hijita —dijo con cariño Susan—. Linda, por fuera y por dentro.

Ella sabía muy bien lo que había en ese corazón. Aunque a veces Florence se ponía rebelde y mostraba su carácter, esto no le preocupaba. Pensaba que lo iba a necesitar para lidiar con las decisiones que se presentarían en los tiempos venideros.

Al cabo de unos minutos, Susan y su nieta ya habían saludado a todos. Muchos querían conversar con Florence, hacía tiempo que no la veían. La sala estaba llena. Unas veinticinco personas se servían vino en las copas y comían bocadillos que la dueña de casa había dispuesto sobre dos mesas en las esquinas del gran comedor.

Los temas centrales de la noche eran el precio de la lana, la necesidad de un mejor transporte para enviar las mercaderías a Buenos Aires y la exigencia

de que la Sociedad Rural los representara mejor en sus peticiones; además, claro, estaban los cotilleos de siempre: la bancarrota del pobre Alberto Albornoz, el casamiento de la hija menor de los Campos, la compra de la estancia de sus vecinos por parte de los Meyer...

En un rincón de la sala, Florence conversaba desde hacía demasiado tiempo para su gusto con doña Cándida, la dueña de casa, que al saberla recién llegada de Buenos Aires quería que le contara con lujo de detalles cuál era la moda en la Capital. Parecía creer que ella venía de París. Al parecer, la mujer estaba más interesada en averiguar cómo gastar su dinero que cómo cuidarlo, aunque esto último era el motivo de la reunión esa noche. Éstas eran algunas de las cosas que Florence consideraba típicas de pueblo y le molestaban. Sentada junto a ella casi no podía disimularlo y respondía a las preguntas con monosílabos.

— ¿O sea que tú crees que en la Capital se consiguen los mismos vestidos que hacemos traer de las tiendas europeas? —preguntaba doña Cándida de modo insistente.

Florence ya no entendía las preguntas de la mujer. ¡Ella no había dicho eso de los vestidos! ¿O sí? Los últimos minutos no le había prestado atención a su charla, así que podía haberle respondido cualquier cosa. Ya no sabía cómo salir de ahí cuando una voz masculina vino en su socorro.

— Doña Cándida, disculpe mi atrevimiento. Los caballeros se han quedado sin bebidas y están todos alrededor de la mesa de licores con las botellas vacías.

André Garrott estaba de pie frente a las dos derrochando encanto con su impecable traje claro y las manos en los bolsillos del pantalón.

— ¡Ay, por Dios, estaba tan entretenida con Florence que recién llega de Buenos Aires, que me olvidé de controlar las mesas! —Miró a la chica y agregó: —Querida, ¿conoces a André? Es un hombre fascinante, te dejo en buenas manos —y sin esperar respuesta se marchó apurada.

Florence miró agradecida al caballero, que le pareció joven aunque mayor que ella. Llevaba el cabello castaño corto con un mechón lacio sobre la frente, como dictaba la moda. Los rasgos armoniosos del rostro destacaban sus penetrantes ojos verde oscuro. Su figura era imponente.

— Me daba la sensación de que doña Cándida la tenía un poco mareada con su charla y pensé en venir a salvarla —dijo. Su sonrisa espléndida la tomó por sorpresa.

— ¿Tanto se me nota? —preguntó Florence perturbada. Era un hombre

tan desenvuelto que casi amedrentaba.

— Tranquilícese, sólo yo me di cuenta. La he estado mirando desde que llegó. Usted aquí reluce.

Lo miró ruborizada sin saber qué responderle durante algunos segundos, hasta que logró decir:

— Gracias, pero convengamos en que aquí no hay damas de menos de cincuenta años...

— Es verdad, pero eso no quita que usted sea muy bonita. —El joven volvió a mostrar su sonrisa encantadora. —¿Así que recién llega de la Capital? Yo voy seguido por negocios. ¿Y usted, qué hacía allí?

— Acabo de terminar mis estudios. He perfeccionado mis idiomas inglés y francés.

La miró asombrado. Las mujeres que él conocía sólo iban a Buenos Aires de compras.

— La felicito. Algún día todas las mujeres estudiarán y nosotros tendremos que cuidarnos, porque avanzarán hasta ocupar nuestros puestos de trabajo más preciados.

La respuesta la dejó estupefacta.

— Gracias, aunque ¿de verdad cree que eso sucederá? —Le había gustado la opinión del caballero. No era común encontrarse con hombres que pensaran de esa manera. A varios de los que conocía ni siquiera les parecía bien que ella estudiara. Sonrió.

— Lo digo de veras. Ustedes son tan perseverantes y aplicadas que lograrán todo: trabajar, criar hijos y ganar dinero.

¿Así que él era desenvuelto? Pues ella también lo sería. Lo miró de frente y le preguntó:

— Y a usted ¿lo asusta una mujer con esas características?

— En absoluto. Quiero una así para mi vida.

La respuesta le dio la certeza: era soltero.

— Florence, ¿le traigo algo de beber? Ya veo que doña Cándida ha tomado el control de la situación —dijo, señalando la mesa llena de bebidas.

— Sí, por favor, un vaso de agua o jugo.

André se levantó y fue en dirección de la mesa, mientras Florence lo observaba. Era un hombre refinado y elegante, se notaba que tenía mucho mundo. Probablemente fuera «el hijo de papá» de alguno de los peces gordos que se encontraban en la sala.

En instantes, estaba de vuelta con dos copas llenas de jugo de manzana.

Le extendió una y le dijo:

— No es lo que prefiero, pero la acompaño. A una dama debe escoltársela siempre. —Y agregó: —También traje algo de comer.

Le entregó un platito con trozos de carne de cordero y un tenedor pequeño junto a una servilleta blanca. Había cargado lo mismo para él. Florence le agradeció. Probaron algunos bocados. Ella lo miraba comer y conversar y descubría cuán pulido era. Era un hombre muy diferente de los que ella conocía. Después de un rato de charla, André le pidió permiso para tutearla y ella se lo concedió. Charlaban con confianza cuando Florence se animó a preguntarle:

— Me imagino que tienes tierras y ovejas, como todos aquí.

— Sí. Pero en el último tiempo he incursionado en otras actividades, como vender ropa a Europa.

Florence se interesó. Esto no era algo común en su medio. Estaba claro que no era un nene de papá y que manejaba sus propios asuntos.

— ¿Te dedicas a la ropa?

— Así es. Era demasiado deprimente venderles lana a los ingleses y ver cómo ellos fabricaban las prendas, llevándose la mejor parte de la ganancia. Eso fue lo que me llevó a este negocio.

El tema apasionó a Florence, que quiso saber más. Él le contó la parte glamorosa del asunto: que hacía fabricar la ropa en grandes talleres de Buenos Aires para luego enviarla a los países que estaban en guerra. Pero no le dijo que había cientos de personas humildes que hilaban la lana a mano a precios bajísimos en el sur.

Muchos decían que él se aprovechaba de la situación, si bien quienes realizaban la tarea lo hacían gustosos, porque esto significaba la comida para sus hijos.

Llevaban tiempo conversando cuando el anfitrión hizo tintinear su copa con una cuchara y pidió silencio para comenzar con los temas que los convocaban.

— Ha sido un placer hablar contigo, Florence Wilson —dijo el joven.

— Para mí también, y muy aleccionador, André...

— André Garrott.

A Florence ese apellido le sonó de algún lado. Rebuscó en su memoria y recordó que era el nombre de ese francés que les había comprado tierras años atrás, cuando ella era una niña y él seguramente un jovencito.

Se despedían cuando otro joven se acercó a ellos, venía en busca de su

amigo André. Vestía igual que éste, de traje claro impecable, aunque su persona no era tan llamativa. Era rubio, de cabello enrulado y ojos marrones, y bastante más bajo que André.

— Amigo, aquí tienes los datos que me pediste —dijo, extendiéndole algunos papeles. Y agregó: —Discúlpeme, señorita, buenas noches.

Florence lo miró mejor y halló en su rostro un tinte de ingenuidad que le gustó. Garrott tomó los papeles y le presentó a Florence y Jean Pierre Dufour. Los tres intercambiaron un par de frases, pero interrumpieron la charla para escuchar a Anchorena. Florence fue en busca de su abuela y se sentó junto a ella, en la otra punta del salón. Mientras se ubicaban, Jean Pierre le comentó en voz baja a André:

— ¡Qué linda es la chica Wilson! Un poco joven, ¿no?

Su amigo sólo asintió con la cabeza.

El dueño de casa comenzaba a explicar las ventajas de que los estancieros actuaran todos juntos cuando Susan le dijo a su nieta al oído:

— ¿Sabes quién es el hombre con quien conversabas, verdad?

— Sí, André Garrott.

— Hablaste mucho con él. ¿Te dijo algo de comprarnos la estancia?

— ¡No! ¿Por qué preguntas eso?

— Hace tiempo que quiere hacerlo. En casa te lo explico. Ahora prestemos atención a don Anchorena.

Florence pensó que con razón Garrott le había brindado tanta atención y tan buen trato.

El dueño de casa terminó con su explicación y le dio lugar al primer disertante, uno de los hermanos Suárez. Éste habló unos minutos, lanzó cinco frases fuertes y los estancieros ya estaban discutiendo sin llegar a ninguna conclusión.

Anchorena trató de apaciguar los ánimos:

— Todos sabemos que la guerra en Europa nos ha traído ventajas en lo comercial y no debemos desaprovecharlo discutiendo. Les pido, señores, que propongamos planes concretos.

— Más que un plan, nosotros necesitamos que el gobierno construya un nuevo ramal del ferrocarril para poder enviar la lana y los cueros a Puerto Deseado de una manera más rápida —señaló uno de los concurrentes.

— ¡Es una vergüenza que todavía tengamos que hacerlo en carretas! — se acaloró nuevamente Suárez.

— Esta situación no sólo es un oprobio, sino que además estamos

perdiendo de venderles más mercadería a los ingleses —se le escuchó decir a Susan Wilson.

— Pidamos a la Sociedad Rural que abogue por nosotros ante el Presidente de la Nación —propuso Gabriel Navarro, que tenía un hermano en esa organización.

— Con todos los líos políticos en los que está sumergido, el Presidente no nos escuchará —se oyó desde el fondo.

— Si pensamos de esa forma, entonces para qué nos juntamos. ¡Siempre es lo mismo en estas reuniones! —exclamó Alberto Albornoz, cuya mala situación económica lo predisponía negativamente en estas convocatorias. Para colmo, tenía que compartir la velada con su acreedor, el francés Garrott, a quien adeudaba una fuerte suma de dinero.

Las voces otra vez subían de tono hasta transformarse en gritos y la confusión reinaba desde hacía algunos minutos, cuando la voz de André Garrott se hizo oír en la sala.

— Señores, propongo que hagamos un petitorio formal para el señor Presidente de la Nación, el que no sólo firmemos nosotros sino también los estancieros ingleses, que son los más fuertes de la zona. Aquí tengo los nombres de todos —dijo señalando los papeles que le había entregado Jean Pierre. No mencionó que también tenía informes sobre la cantidad de hectáreas y animales que tenía cada uno y a cuántos miles ascendían sus ventas anuales. Él había solicitado una investigación exhaustiva de todos, consideraba que siempre era bueno conocer a fondo la situación de la competencia.

Uno de los presentes preguntó:

— ¿Y cómo vamos a conseguir que firmen esos flemáticos, si ni siquiera les interesa venir a nuestras reuniones?

— ¿Venir? ¡Si los ingleses no salen nunca de sus estancias y ni siquiera hablan nuestro idioma! Hasta hacen hablar en inglés a sus peones —dijo el ingeniero Peralta, que había visitado hacía días una estancia inglesa para reordenar los linderos que limitaban su propiedad, y le había llamado la atención escuchar a peones argentinos de sólo quince años hablar el inglés mejor que el español. Lo escuchaban desde niños por haber nacido en ese lugar y se había transformado en su lengua.

— Es simple, iremos a verlos a sus casas y les hablaremos en su idioma —dijo Garrott.

— ¿Ah, sí? ¿Y quién va a ir? Porque yo a esos infelices no pienso



dirigirles la palabra —dijo Alberto Albornoz. Los viejos resentimientos estaban a flor de piel. Los británicos, al saberlo en problemas económicos, habían sido los primeros en comprar gran parte de sus animales a muy bajo precio.

— Si queremos conseguir un nuevo ramal de ferrocarril, debemos dejar de lado nuestras diferencias. Señores, negocios son negocios —dijo Garrott, sonriendo, y tratando de aflojar el ambiente, agregó: —Yo me ofrezco para ir a verlos. Claro está que tendrán que acompañarme algunos de ustedes que dominen bien ese idioma. Como saben, lo mío es el francés —volvió a sonreír.

Era evidente que Garrott era un experto en relaciones públicas. Además, los había puesto a todos de buen humor. Florence lo escuchaba hablar y comprobaba cómo mantenía fascinado a su auditorio. No volaba una mosca. ¡Hasta su propia abuela parecía hechizada!

— Yo también me ofrezco —dijo Anchorena, y añadió—: Hablo muy poco inglés pero estoy dispuesto a ir.

Desde otra punta, Jean Pierre Dufour levantó la mano.

— Yo también iré, aunque lo mío también es el francés.

La frase no llamó la atención de nadie. Todos sabían que Dufour trabajaba para Garrott. Era su amigo y colaborador desde siempre.

— Perfecto. Ahora sólo nos falta un traductor. Por favor, señores, ¿quién puede ser? —Garrott observaba a los presentes y éstos se miraban unos a otros. Nadie en la sala hablaba inglés y a nadie le había interesado aprenderlo nunca. Esa lengua les era odiosa. Los británicos no se integraban tan rápidamente como los demás inmigrantes que llegaban a Patagonia.

Garrott clavó sus penetrantes ojos verdes y oscuros en Florence:

— Señorita Wilson, usted que acaba de arribar de Buenos Aires con sus conocimientos recién adquiridos en traducción al inglés, ¿sería tan amable de acompañarnos?

Toda la concurrencia se dio vuelta y miró a Florence. Era verdad, la chica recién venía de completar su perfeccionamiento en idioma, nadie más adecuado. Ella todavía no había respondido y ya muchos comenzaban a afirmar con la cabeza o con palabras.

— Yo... tendría que pensarlo —dijo a media voz.

— Por favor, no lo piense mucho, la necesitamos, señorita Wilson. Iríamos mañana mismo.

Susan miró a su nieta y la vio indecisa. Pensó que no era mala idea que

su niña fuera con el grupo y se inmiscuyera en los temas que ella justamente creía que deberían comenzar a interesarle.

— Ve, Florence, ve. Podrás ayudar y practicar lo que has aprendido. Y verás de cerca la problemática de nuestras estancias, que es lo que precisas conocer.

Florence sin alternativa respondió:

— Si realmente me necesitan, estoy dispuesta a acompañarlos.

— Perfecto —respondió Garrott, observándola con satisfacción, mientras agregaba—: Los que nos comprometimos a ir saldremos para la estancia de John Brady mañana temprano. Iremos en mi automóvil.

Tomada esa decisión, el grupo se tranquilizó y comenzó a dialogar sobre cuestiones menos candentes, como la próxima reunión con la Sociedad Rural y los cauces que estaba tomando la guerra, que a ellos, como vendedores a los países beligerantes, los comprometía.

Tres horas más tarde, los temas de conversación languidecían. Los últimos comentarios versaban sobre los nuevos medicamentos que se estaban usando con buen resultado para la sarna en las ovejas; todo lo importante ya había sido tratado. La reunión llegaba a su fin. Algunos estancieros se retiraban y Anchorena los despedía en la puerta. Al ver libre a Garrott, Alberto Albornoz se le acercó.

— Ha sido una reunión fructífera. Espero que traiga los resultados que esperamos. Yo los necesito más que nadie.

— ¿Cómo van sus cosas, Albornoz?

— Nada bien, de eso quería hablarle... Sé que vence mi fecha para devolverle el dinero que me prestó.

André lo miró por un instante; no había pensado hablar del asunto en ese momento y en ese lugar.

— Vamos, hombre, usted sabe que con que me devuelva los intereses...

— Es que ni eso he podido juntar.

— Hoy estamos cansados para conversar de estas cosas, pero venga a verme a mi casa, allí arreglaremos algo.

— Iré esta semana —dijo Albornoz, contrariado. Sabía bien que el francés siempre estaba listo para comprar tierras a buen precio y si no conseguía la suma que le debía, debería entregarle las suyas. Se maldecía a sí mismo, si eso sucedía se lo tendría merecido. Él solo se había metido en la boca del lobo el día en que fue a pedirle prestado dinero. Aunque no por eso Garrott dejaba de darle rabia.

— Lo espero, Albornoz —dijo André desde la puerta.

El hombre asintió con la cabeza y sintió deseos de escupir al hacerlo. ¿Por qué a unos les iba tan bien en los negocios y a otros tan mal? El francés parecía tener luz propia. Todo lo que hacía prosperaba. Sus decisiones siempre eran las acertadas, como si un sexto sentido lo guiase. Como si fuera poco, su simpatía y su atractivo físico lo ayudaban en sus propósitos.

André y Jean Pierre ya estaban fuera, donde los esperaba Félix Garrott, hermano menor de André, que había oficiado de chofer. Somnoliento por la siesta dormida durante la reunión, les abrió la puerta del lujoso Chevrolet con las manos entumecidas. Ellos ingresaban al coche y vieron que, a unos metros, Florence y Susan Wilson hacían lo mismo. El peón que las había conducido al lugar las ayudaba.

— Me parece excelente ir con ella mañana —comentó Jean Pierre, sonriendo, mientras añadía—: Por razones que saltan a la vista.

— No hacen falta tus comentarios, vamos a dormir, que mañana tendremos un día arduo.

— Pero si nos esperan las chicas de Gigio —protestó Félix, de pronto fresco como una lechuga por el descansito que acababa de hacer. Quería ir a una casa sobre la ruta, donde siempre eran bienvenidos.

— Esta noche no habrá parranda, mañana será un día difícil —respondió André con autoridad. Sus treinta años, contra los veintiuno de Félix, y su condición de jefe, le permitían dar la orden y que fuera respetada a pesar de las quejas. Jean Pierre, como siempre, apoyó a su amigo André.

Entretanto, en el auto de las Wilson, Susan le daba recomendaciones a su nieta para el día siguiente.

— Mañana presta mucha atención a todo lo que se hable. Es importante para nuestras futuras decisiones.

— ¿Cómo es eso de que el francés quiere comprar Maan?

— Él siempre quiere comprar todo, es insaciable. Si pudiera, compraría la Patagonia entera.

— ¿Su familia tiene mucho dinero?

— ¡No, para nada! Cuando sus padres vinieron de Francia trabajaron de administradores de la estancia. Ahora él los mantiene. Garrott trabaja desde los catorce años. Cuando andaba por los veintiuno nos compró las hectáreas que tuve que vender por la muerte de tu abuelo. ¡Y buen negocio que hizo, logró el mejor precio que te puedas imaginar! —dijo Susan con un dejo de rabia.

— ¡Pero *Ouma* Susan, ahora nosotros no necesitamos venderle!

— No precisamos el dinero como en esa época. Pero si no explotamos nuestras propiedades, tendremos que venderlas o de lo contrario nos darán pérdida. Es una decisión que debemos tomar juntas en estas vacaciones. Si piensas quedarte en Buenos Aires, habrá que vender. Yo ya no puedo sola con todo.

Florence se sintió descubierta. No pensaba que su abuela tuviera tan claras las decisiones que se debatían en su corazón. Con rapidez le respondió:

— *Ouma*, mañana será otro día y nos preocuparemos de eso. Ya me contarás más.

— Sí, Florcita mía, pero nunca te olvides de que esta tierra es tuya, la ganamos con sudor y llanto junto a tu abuelo y tu padre. Cada palmo tiene una lágrima nuestra derramada o un toque de nuestras manos para hacerla progresar.

— Lo sé, *Ouma*. Y estoy orgullosa de eso.

— Pero lo más importante es que aquí, como bóers, encontramos nuestro lugar. Nos instalamos y dejamos de correr, porque jamás pensamos en regresar, como otros. A esta tierra le hemos dado todo y ella nos lo ha dado todo. No dudes de que tú también encontrarás aquí tu destino, pero necesitas darle una oportunidad.

— ¿Debo darle una oportunidad a la tierra?

— Sí, aunque en realidad es dártela a ti misma. Tienes veinte años, la edad en que se toman las decisiones más importantes de la vida. En este tiempo decidirás dónde vivirás, con quién te casarás y cómo ganarás tu pan cada día. Sé cuidadosa, Florence, no menosprecies lo que la Patagonia te ofrece.

Florence la miró sorprendida. Nunca lo había pensado de esa manera. Era verdad, en breve tendría que decidir todas esas cosas, aunque por el momento no veía ningún candidato para casarse. Pensaba equivocada, sin darse cuenta que había más de uno cerca y que pronto ella debería elegir entre los dos.

## CAPÍTULO 21

### Hoy

Pisar tierra sudafricana fue una experiencia fuerte y conmovedora para Elena y para Omar. Ella ya había estado allí con sus padres y sus hermanos cuando era adolescente, pero en esa oportunidad sólo le había interesado ir de safari para ver los animales salvajes. Llegar ahora al lugar de sus ancestros junto a Omar, que también tenía sangre bóer, la impresionaba. Ansiosa pensaba que ese sujeto de nombre Gonika tal vez estuviera vivo y pudiera darles información sobre su familia.

Omar también estaba nervioso, ya no sabía qué más podía llegar a descubrir sobre su propia vida. Al principio, habían pensado en disfrutar unos días de paseo y luego ir a buscar a Smith, pero la impaciencia llegaba a tal grado que ya no querían ir a la playa ni a los paseos previstos. Sólo pensaban en visitar la dirección que figuraba en la carta que les había dado el cuidador de la casa de Anne Wilson.

El día de su llegada se instalaron en un hotel cerca del muelle Victoria & Alfred, y ahora se hallaban en el Waterfront de Ciudad del Cabo, tomando algo en un barcito pintoresco de la bahía. Mientras miraban los barcos y el agua ellos decidieron que no esperarían, a la mañana siguiente irían a la casa de Gonika Smith. Necesitaban descubrir qué les esperaba en la dirección de Villa Waterkant, y recién entonces podrían seguir adelante con su viaje.

— ¿Vos seguís pensando que alguien de más de cien años puede estar vivo? —preguntó Omar, un tanto incrédulo.

— ¿Y por qué no? Entre los tehuelches había muchos longevos, en la estancia de mi abuela hay una foto de una india de ciento veinte años.

— Si estás tan segura, deberías ir pensando qué le vas a preguntar a ese hombre.

— ¡Uf, tantas cosas! —dijo Elena.

— Prepárate, puede ser que esté vivo pero no lúcido —Omar trataba de ser objetivo; no quería que ella se desilusionara si las cosas no salían como planeaba.

— No creo. ¿Entonces quién envía las cartas? Aunque tal vez no nos quiera atender.

— En ese caso, nos vamos a la playa y listo. Nada nos hará perder el buen humor.

Y así se quedaron hablando de las diferentes alternativas que se les podían presentar, hasta que el sol cayó y contentos de que todo por el momento iba bien, decidieron regresar al hotel. Pensaban cenar algo liviano y acostarse en seguida. El día siguiente seguramente sería intenso.

Se levantaron temprano, desayunaron en el hotel y con el auto fueron hasta la playa. Querían dar una caminata y adentrarse en el barrio Villa Waterkant para visitar al misterioso Gonika. Era un día soleado y una suave brisa marina los acompañó en su paseo mientras caminaban por la arena tomados de la mano. Optimistas y de buen humor se subieron al automóvil que habían alquilado. Según las indicaciones del recepcionista del hotel, estaban a veinte minutos del suburbio que buscaban. El viaje hasta llegar fue divertido. Manejar con el volante del lado derecho, como en Inglaterra, era complicado para Omar. Cada dos por tres se olvidaba de la diferencia y se cambiaba de carril, como si estuviera en Argentina, y Elena le advertía: ¡Estás en contramano! Y entre risas y preocupación él de nuevo se encauzaba en la dirección correcta. Elena miraba la ciudad prolija, los autos modernos, más europeos que americanos, las calles limpias, y encontraba una extraña convivencia de detalles del primer y tercer mundo. En algunos sectores había viviendas sencillas junto a modernas autopistas, pero el sello victoriano de los ingleses estaba en todas partes.

Cuando llegaron a la zona que buscaban, estacionaron el vehículo; según sus cálculos estaban cerca de la dirección de la carta. El barrio era lindo, las casas pintorescas de tonos pastel, las había amarillas, verdes y naranjas, algunas de dos plantas pintadas de dos colores y otras más sencillas de una planta; muchas eran realmente antiguas. Los rayos de sol iluminaban las floridas construcciones, dándoles a Omar y a Elena la inequívoca sensación de estar en un país muy diferente de Argentina. Mientras caminaban se cruzaban con gente que hablaba en afrikáans; Elena lo entendía y cuando esos sonidos tomaban la forma de palabras en su cabeza, sentía que una pequeña parte de ella compartía algo con esos hombres y mujeres de color que caminaban a su lado.

Los dos se hallaban un tanto conmocionados cuando al fin encontraron la calle y el número indicados en el sobre. La vivienda era de color rosa furioso. Golpearon decididos con el pequeño llamador de bronce de la puerta.

Varios cactus con enormes pimpollos amarillos estaban dispuestos en macetas a cada lado de la abertura. Entonces la puerta se abrió y se encontraron con una muchacha de color, vestida con ropa brillante y de cabellos muy cortos; que sorprendida les preguntó en afrikáans qué buscaban. Elena hizo una breve exposición, estaba nerviosa y no sabía si había utilizado las palabras correctas, pero la chica asintió con la cabeza, moviendo sus grandes aros rojos al compás y les pidió que esperaran un momento. Elena le había explicado que deseaban ver a Gonika Smith. Él conocía a su familia, los Wilson, ya que habían vivido juntos en Argentina.

Mientras aguardaban, Omar la tenía tomada de la mano, ella le apretaba la de él. Estaba nerviosa y anhelante. En instantes apareció un hombre de unos treinta años, de piel más clara que la de la muchacha y rasgos suavizados. Casi podía pasar por un latino. Se presentó como el esposo de la muchacha. Era el nieto de Gonika Smith. Su padre se llamaba Peter. Elena y Omar se miraron al escuchar ese nombre. Comenzaban a temer otro ocultamiento de aquellos que por años se habían mantenido en la familia.

El muchacho les explicó que Gonika y su hijo Peter vivían cruzando la calle desde hacía un par de años, pero como ésta había sido su casa por mucho tiempo, seguían usando esa dirección para algunas cuestiones. Él los acompañaría hasta la vivienda. Caminaron unos metros, cruzaron a la otra vereda y mientras lo hacían, les dijo que su nombre era Jack y que su abuelo en algunas ocasiones le había contado cosas de la Argentina. Su propio padre había nacido allí, pero Gonika había vuelto a Sudáfrica con él siendo pequeño. Elena se concentraba en el idioma, no quería perderse ni un detalle de lo que le contaba.

Jack Smith se detuvo y esta vez les tocó esperar frente a una casa color celeste. En pocos instantes, asomó la figura de un hombre impresionante, al que era difícil calcularle la edad, aunque seguro tenía más de cincuenta años, era alto, de bellas facciones occidentales, ojos de color azul intenso y piel renegrada; los miraba sorprendido. Elena y Omar jamás habían visto esa mezcla de razas, salvo en las revistas. Otra vez tuvieron que explicar quiénes eran y qué buscaban, pero en esta ocasión al terminar los hicieron pasar.

Sentados en un sillón rojo del luminoso living lleno de plantas exuberantes, Elena y Omar esperaban a Gonika Smith, ¡que parecía que sí existía, estaba vivo e iba a hablar con ellos! Mientras lo aguardaban, su nieto Jack les contaba que suponían que su abuelo tenía por lo menos ciento diez años. Ante las exclamaciones de Elena y Omar, él les relataba que en la aldea

zulú a la que Gonika había pertenecido, los hombres llegaban a los ciento veinte o más. Jack no creía que él fuera a llegar a tanto porque su sangre se había mezclado; su abuela era blanca, bóer y argentina, le explicaba. Se llamaba Anne Wilson.

— ¿Escucharon su nombre alguna vez? —preguntó inocente el joven hombre.

Y entonces Elena sintió que su mundo se le derrumbaba de tanta emoción y a Omar también una buena parte del suyo, porque acababan de descubrir un trozo de la historia de ambos. Todavía no salían de su asombro, cuando apareció Gonika Smith.

Llevaban una hora hablando con Gonika en una jergonza extraña que mezclaba el afrikáans y el español. Por momentos Elena tenía que pedirle que repitiera algo, porque su conmoción, los idiomas mezclados y la voz del anciano hacía que se le perdieran detalles, y ella no quería perderse ninguno. Pero una cosa era cierta: el hombre centenario estaba completamente lúcido. En realidad, al mirarlo, no podía saberse si tenía setenta y cinco, ochenta y cinco o noventa años, a lo sumo. Era como si su cuerpo se hubiera quedado estático en el tiempo en un estado de envejecimiento intermedio. Su cabello era blanco y sólo tenía dos grandes y profundas marcas a cada costado de la cara, que de seguro años atrás habrían sido líneas, después arrugas y ahora fuertes surcos, auténticas cicatrices que el tiempo había dejado.

A pesar de que les explicó que ya no veía bien para leer, sus ojos negros brillaban sin edad. Era alto, delgado y erguido, aunque se movía con paso lento y vacilante; tal como si ya no quedara nada en el mundo con el poder de apurarlo, tanto para vivir de una manera apresurada como para morir. Parecía haberse escapado de las leyes que rigen la naturaleza. Elena sentía lo mismo que cuando había conocido a una india tehuelche de más de cien años.

La charla había comenzado de modo dificultoso e inseguro, hasta que Gonika pareció entender al fin quiénes eran ellos y los recuerdos le afloraron como en una película, con detalle y color. Se emocionó al saber que esa chica rubia que tenía enfrente era pariente de *su* Anne. Porque así llamaba a Anne Wilson, que había sido su esposa ante la ley. *Con todos los papeles* —aclaraba orgulloso. En la Argentina habían tenido a Peter, su pequeño hijo, que era ahora ese hombretón recio y elegante, de piel oscura, rasgos armoniosos y ojos azules, cuyo aspecto también era atemporal como el de su padre. Porque arrugas no tenía y su porte era firme.



Gonika les había contado, riendo, cómo a su hijo lo habían perseguido las mujeres, «*todas, las rubias y las de color, hasta que se casó*», decía en afrikáans. Aunque ahora Peter era viudo.

El nieto de Gonika en algunas ocasiones participaba en la charla y hacía preguntas, al igual que Omar, a quien Elena le iba traduciendo. Gonika contaba su historia de amor con entusiasmo. Había amado a Anne desde niño, cuando vivía en Orange con los Wilson. Pero era un amor imposible, la madre de Anne se había opuesto. Su padre no había llegado a enterarse porque había enfermado. Elena le explicó que Susan, a pesar de ser su bisabuela, había sido para ella como una abuela. Gonika por momentos parecía no escuchar; se concentraba en relatar pormenores como los de su casamiento; había sido a escondidas en un pueblo lejano, para que no los reconocieran. Anne se había puesto flores en el pelo. Les contaba sobre la felicidad de tener su casita, de la belleza del verde y de la nieve allá arriba, lejos de todo; de los inviernos que pasaban encerrados sin comunicación con el exterior, siempre solos pero felices. Omar le contó que hacía poco habían ido a esa casa y que estaba bien cuidada, igual que la plantación de ruibarbos. Elena le traducía. Gonika, emocionado, les relataba cómo Anne le había hecho prometer que esos ruibarbos nunca morirían, que tendría que cuidarlos siempre. Le narraba sobre el pastel de ruibarbo que cocinaban juntos y les decía que en la actualidad su hijo y su nieto se ocupaban de una pequeña fábrica de dulces y conservas que él había fundado cuando volvió de la Argentina. De eso vivían.

Gonika seguía hablando. Les contó cómo con Anne habían desafiado todo para poder estar juntos y, se los repetía, era algo de lo que se sentía orgulloso. El calor comenzaba a sentirse y Peter Smith había traído vasos con té frío para todos. Pero Elena, emocionada como estaba, no sentía la temperatura. Pensaba que ese hombre, Peter, era su pariente, primo hermano de su madre, y vivía en esa tierra que había sido de sus abuelos por generaciones. Hablaba ese idioma que ella también entendía porque lo había aprendido de Susan y Florence. Omar trataba de sacar cuentas en su cabeza sobre el parentesco que lo unía a esa familia y en medio de la maraña de datos sólo le quedaba uno: su abuelo Daniel era primo hermano de ese Peter oscuro de ojos azules. Todo lo demás se perdía en la nebulosa de la complicación. Su mente de geólogo, práctica y racional, se extraviaba entre los laberintos de los parentescos y esa lengua para él misteriosa.

Tomaron té helado, mientras Gonika les relataba cómo Anne se enfermó

y falleció. Había tenido difteria de chica, una de las pestes de la época, y su corazón había quedado debilitado desde entonces. En esa época todos se habían enfermado, hasta el hermano de Anne. Pero lo importante había sido que antes de que su Anne muriera, llegó su madre Susan, justo a tiempo para reconciliarse. Habían estado encerradas en el cuarto la tarde en que llegó y habían arreglado sus desacuerdos. Y en medio del llanto la mujer había conocido a su nieto. A partir de allí Susan la había visitado todos los días hasta que Anne partió, en paz. Parecía que el tema iba a ensombrecer al anciano cuando de repente voló hacia sus años de felicidad. Elena lo escuchaba hablar entusiasmado y estaba lista para preguntarle sobre Mariana, Peter y sobre su madre Florence, pero Gonika se quedó callado por unos momentos. Estaba cansado. Se lo dijo en voz baja a su hijo y éste les pidió cortésmente que volvieran otro día. Temía que no fuera bueno para su padre llegar al agotamiento. No estaba mal, sin embargo era evidente que necesitaba descansar.

— Demasiados recuerdos para un solo día —les decía su hijo Peter sonriendo.

Elena y Omar, respetuosos, dieron por terminada la visita y saludando se retiraron. Ya afuera, se sentía como si hubieran comido demasiado rápido un plato succulento; en pocas horas habían profundizado sobre el pasado con ese hombre y su parentela, y ahora caminando por las calles coloridas eran simples turistas, intrusos en un mundo que no era el de ellos. Pensar que a dos cuadras estaba su auto los consoló. Necesitaban un lugar familiar donde refugiarse. Elena se sentía huérfana. Había encontrado una familia, pero éstos eran verdaderos extraños. El sentimiento del hallazgo la conmocionaba.

Caminaban tranquilos entre las casas prolijas y coloridas, por momentos comentando la experiencia que habían tenido y por otros marchando silenciosos. Al llegar al auto Omar le pidió:

— Sigamos recorriendo, la mañana es hermosa y la zona parece segura.

— Estoy realmente sorprendida... Tantos años sin saber nada de esto. Jamás se habló en mi familia de que Anne se hubiera casado con un africano, uno de los criados que se llevaron de aquí cuando emigraron.

Llevaban cinco minutos de marcha cuando arribaron a una zona de bares, negocios y bonitos restaurantes. Estaban en Cape Quarter. Allí, entre los entretenimientos destinados a los turistas, sintieron que volvían a la normalidad. Entraron a un bar para tomar y comer algo. Las horas habían pasado y era pasado el mediodía. Habrían estado más de tres horas con

Gonika. Pensaban en él y en sus palabras y comenzaban a sentir que el haber entrado a esa casa y encontrado parientes que hablaran de la Argentina, había sido un sueño. No era una experiencia fácil de asimilar, pero estaban juntos y tenían su amor para disfrutar y ser felices.

Pidieron el almuerzo y trataron de hablar de ellos y de sus planes, sin embargo todo los llevaba de nuevo a Gonika. Estaban seguros de que al día siguiente por la mañana regresarían a verlo, como les había propuesto Peter. Al fin y al cabo, eran parientes y a Elena aún le quedaban muchas cosas por preguntar. Ya imaginaba que así como había descubierto que Daniel González era el hijo de Peter y Mariana y que Peter era el hijo de Anne y Gonika, seguramente habría otras revelaciones que ese hombre podía hacerle. Siempre le había llamado la atención que su madre no odiara a los González, a diferencia de su abuela. Algo bueno debían de haber hecho y ella quería saberlo, sobre todo porque eran parientes del que pronto sería su marido. Tenía sed de saberlo todo, quería conocer de una vez los secretos de su familia, no deseaba más sorpresas; éstas ya bastantes dolores de cabeza le habían traído.

Tomaron un jugo de frutas y comieron sándwiches de salmón ahumado, un bocadillo típico de Cape Town. Entonces más relajados, ya en clima de vacaciones, decidieron ir a cambiarse y bajar a disfrutar el mar.

Una hora más tarde Elena lucía su bikini blanca e intentaba meterse al agua en la playa Clifford. La habían elegido por ser una de las más bonitas. Omar la observaba divertido renegar en la orilla. El agua estaba helada como hielo, el Atlántico traía corrientes congeladas de la Antártida. Pero el lugar era bellissimo, las altas palmeras acompañaban las olas turquesas y la arena blanca, junto a sofisticadas casas claras que asomaban en la montaña mirando el agua.

La playa Clifford era tranquila, pero los pocos que tomaban sol observaban a Elena. Ella era una mujer de belleza poco común, nadie en el lugar llevaba los cabellos tan largos y sus formas espigadas y bronceadas del verano argentino hacían que hombres y mujeres se dieran vuelta para mirarla. Era una especie de latina rubia. El paso de su familia por la Argentina dejaba su huella en el arreglo personal.

Omar la vio salir del mar helada y temblando. La abrazó. Se reían juntos. La vida era buena con ellos, y querían disfrutarla. Le decía al oído que la quería y ella le respondía lo mismo, una y otra vez.



## CAPÍTULO 22

### Ayer

André Garrott esa mañana tomó sus recaudos contra el calor desde temprano. El día se anunciaba caluroso esa mañana de diciembre. Los pájaros cantaban a trino vivo y el viento abrasador comenzaba a correr con fuerza, cuando su Chevrolet azul entró en la estancia Maan a buscar a Florence. Vestía traje claro y sombrero de igual tono.

El vehículo se estacionó y Garrott, Anchorena y Dufour destinaron unos minutos a saludar a Susan y a prometerle que cuidarían bien a su nieta. Luego partieron rápidamente, complacidos de llevar a Florence Wilson con ellos. Sería de gran ayuda a la hora de hablar con los estancieros que iban a ver ese día.

Susan se había sentido tranquila mientras miraba cómo se marchaban. Al fin y al cabo ella quería que su nieta fuera independiente y que se adentrara en las cuestiones relacionadas con la tierra. A Susan la vida y el sufrimiento le habían cambiado el orden de las prioridades descubriendo, a fuerza de lágrimas, que no había nada mejor que la paz; al punto que para conseguirla había estado dispuesta a renunciar a la venganza que se juró los primeros años tras la muerte de Peter.

Antes de la partida de Florence, mientras desayunaban juntas en la cocina, Susan la había interiorizado sobre sus acompañantes. Anchorena y su esposa eran muy respetados en la zona, tenían hijos mayores y su posición económica estaba consolidada; incluso habían casado a sus hijas con estancieros importantes. Sobre Garrott sólo le faltaba agregar que era muy astuto y no daba puntada sin hilo. Florence debería estar alerta. De Dufour se comentaba que era un buen muchacho, siempre fiel a André e íntimo amigo suyo, compartían desde viajes de negocios hasta largas sesiones de caza mayor. Los padres de Jean Pierre seguían trabajando como administradores de una pequeña estancia cerca de Chile, y el joven vivía solo en una pequeña casa en Comodoro.

Esa mañana, André iba al volante y se había encargado de acomodar a Florence junto a él en el asiento de adelante. La observaba de reojo y le parecía bellísima con su pollera blanca plisada, sus tacones altos y una blusa

rosa de hilo que le marcaba las formas. Durante las dos horas que duró el viaje conversaron animadamente los cuatro. André apenas pudo preguntarle a Florence algo sobre su vida en Buenos Aires. Al llegar a la casa de John Brady la ayudó a descender del automóvil y le dijo:

— Florence, si necesitas algo me lo dices. Lo que sea, no dudes en avisarme.

— Gracias, André. Estoy bien. Vamos a lo nuestro, que al fin llegamos.

El inglés los recibió y ellos le explicaron quiénes eran. No tardó en hacerlos pasar y en armar una mesa bajo los árboles del parque para ofrecerles *a little lunch*. Brady era un hombre bastante mayor, y ellos no dejaban de admirar la prolijidad, la elegancia y la parsimonia de su estilo británico, que se reflejaba en la mesa primorosa de mantel bordado, en la vajilla de plata, en los bocadillos exquisitos que les sirvieron y en el atuendo elegante de Brady y de su mujer, la que a esta altura del día iba vestida de seda clara, guantes blancos hasta el codo y capelina al tono.

André se concentraba en cumplir con su misión pero no quería dejar de atender a Florence. Le servía agua, le acercaba la silla y se preocupaba de que tuviera un lugar preponderante en las conversaciones. Jean Pierre había intentado acercarse a ella pero parecía que la chica Wilson pertenecía a André; era evidente que éste no quería acercamientos ni siquiera del propio Jean Pierre. Dufour no sabía bien a qué atribuirlo y pensaba preguntárselo cuando estuvieran solos. Anchorena, que era un hombre experimentado, se daba cuenta de los devaneos alrededor de la bella Florence Wilson. Él mismo recordaba haber intentado seducir en su juventud a Virginia, su madre, tan bella como la joven.

Florence cumplía con su papel de intérprete de manera impecable, pero se daba cuenta de que Garrott entendía todo lo que se decía. Cuando ella hablaba en inglés André parecía desnudarla con la mirada y ella, para no ponerse nerviosa, evitaba sus ojos. Se daba cuenta de cuán inteligente y perspicaz eran las acotaciones de Garrott, pocas pero siempre acertadas, incluso brillantes.

El matrimonio Brady no tardó en comprender la razón de la visita y decidieron firmar el petitorio que Garrott, de manera previsoramente, había llevado para ellos traducido a su idioma. Pensaban entregarle al Presidente uno en español y otro en inglés, este último con la firma de los estancieros británicos. La pareja también sufría la necesidad de un nuevo ramal de ferrocarril en la zona. El envío de la lana y demás mercaderías al puerto era

un problema inclusive para ellos.

Después de varias horas de explicaciones y cortesías, Garrott y sus compañeros se marcharon satisfechos. Habían logrado su objetivo. Tenían dos horas de viaje por delante hasta la estancia siguiente, pero la charla dentro del vehículo era interesante y eso los ayudaba a paliar el calor de la tarde.

Ni bien llegaron a la demás estancias británicas, los sucesos se repitieron. Los ingleses los trataban con respeto y aceptaban el petitorio de buen grado. Era lo que ellos también necesitaban.

Pero en su última visita la parafernalia inglesa llegó a su máxima expresión. Porque a las siete de la tarde cuando arribaron encontraron a los británicos dueños de casa en medio de la rutina de la cena familiar, él vestido de smoking y ella de solero largo al piso de encaje negro, con todas las joyas de oro puestas. No obstante, más allá del esplendor, la firma se consiguió con rapidez. Al salir de la exquisita mansión cuando subían al auto, Florence comentó con Jean Pierre:

— Cuando vi a Mrs. Cooper vestida de esa manera me sentí tan fuera de lugar. Ella tan elegante, de oscuro, preparada para la cena, y yo de puro blanco para el día.

— Usted nunca estará fuera de lugar, no importa lo que haga. Usted es mucho más bella que esa inglesa y que cualquier otra.

Garrott alcanzó a oír la frase e hizo una mueca de disgusto. Ya dentro del vehículo cambió la cara. La vuelta era triunfal. Hasta el momento habían conseguido lo que fueron a buscar y sólo les quedaban algunas visitas para el día siguiente.

— Se me ocurre que podríamos dividir las entrevistas que nos restan. Yo me animo a ir con el ingeniero Peralta a las dos estancias de su zona. Ustedes podrían ir a las ubicadas en el este —propuso Anchorena.

Garrott no tardó en responder:

— Me parece que no habrá problema. Veo a los británicos muy bien predispuestos, tienen la misma necesidad de transporte que nosotros. ¿Cómo estás tú, Florence, para continuar mañana?

— Me comprometí y terminaré mi tarea —respondió, pero no era sólo compromiso, también disfrutaba de poner en práctica sus conocimientos y de participar en las negociaciones entre los estancieros de la Patagonia.

— ¡Así me gusta, pequeña! —dijo Garrott.

A ella no le agradó el comentario paternal. André tenía treinta años,

solamente diez más que ella; él mismo se lo había dicho. ¡Tampoco era para que le hablara de ese modo!

El último trecho hasta Maan lo hicieron bien entrada la noche. El movimiento del coche y el cansancio hicieron que Florence se adormeciera. Había refrescado. André la miraba acurrucada, tapada con su saquito de hilo rosa, y pensaba que esa chica rubia y decidida lo enternecía. El hecho de haber pasado todo ese día escuchándola hablar en inglés con su voz delicada, lo había impactado. Él, que deseaba que las Wilson le vendieran la estancia Maan, se había ablandado demasiado, y eso iba en contra de sus convicciones. En la Patagonia el débil no subsistía. Él había aprendido esa lección desde muy niño. Lo mejor era no tener puntos vulnerables.

Al despedirse de Garrott y Dufour, Florence sintió como si los conociera desde hacía tiempo. El día había sido largo y habían compartido mucho. Pensó que Jean Pierre era dulce y atento. Y André tenía una personalidad arrolladora, no dejaba nada a su paso; todo lo cubría. Haberlo visto en acción le hacía sentir admiración por él.

En cuanto ingresó a la casa, su abuela la esperaba con cordero al horno con papas, que le sirvió mientras le pedía que le contase cada detalle de lo acontecido. Florence hizo lo que pudo. Estaba demasiada cansada, quería irse a descansar para enfrentar el día siguiente con energía. Le esperaba mucha actividad.

El nuevo día trajo mucho calor pero en el vehículo se vivía un clima distendido. Al saber que los ingleses aceptaban el petitorio de buen grado, la presión era menor. Anchorena, el mayor del grupo, ya no estaba y los tres formaban un equipo de trabajo joven y alegre. Les bastaba mirarse para saber lo que el inglés de turno debía escuchar. Lo único que por momentos empañaba la camaradería era esa especie de rivalidad que emanaba de André, e iba en aumento a medida que pasaban las horas.

En la primera visita, Dufour se había sentado junto a Florence y la había atendido y ayudado en todo momento. Le parecía tan femenina y delicada con su vestido blanco a lunares que aunque había querido, no habría podido resistirse a su encanto. Cuando se marcharon, hizo algunos comentarios chistosos que ella celebró risueña y hasta lo tomó del brazo. El mal humor de Garrott era visible. Jean Pierre se lamentaba de no haber podido hablar a solas con su amigo para preguntarle si realmente tenía interés en la chica. El día anterior no habían podido hacerlo ya que primero lo habían dejado a él en



su casa y luego a Anchorena, y esa mañana la primera en subir fue Florence. Así lo había programado André.

Parte del viaje ella se había sentado atrás en el vehículo, y en otro trecho pasó adelante, con Garrott al volante, mientras Jean Pierre dormitaba. André le contó algunas anécdotas de su niñez, pero cuando ella le hizo preguntas él se puso hosco y cerrado, como si hubiera temas que no deseara tocar. A Florence esto no le pasó desapercibido y reconoció de inmediato los síntomas de dolor de su propia niñez. Crecer sin padres no había sido fácil para ella. Miró a André que seguía ensimismado y sintió una oleada de pena y ternura. Creía saber lo que sentía. Decidió dejarlo tranquilo, y se dedicó a Jean Pierre. Éste ya estaba despierto y recibía animadamente las preguntas de Florence sobre cómo estaba compuesta su familia. Incluso le contó anécdotas parisinas que en algún caso comprendían también a André. Quedaba claro quién había sido siempre el más terrible del grupo y quién llevaba la voz cantante. El relato de Jean Pierre también revelaba cuán humildemente habían vivido los Dufour y los Garrott en Francia y durante los primeros años en la Patagonia. Florence nunca había conocido la escasez y le costaba imaginar cómo sería llevar una vida de carencias, frío y miseria. Se preguntaba cómo había hecho Garrott para llegar a ser el que era y tener lo que tenía. ¿Había hecho concesiones para estar donde estaba? ¿Cuántas? ¿Demasiadas?

Florence llevaba ya un buen rato conversando con Jean Pierre y André comenzaba a mostrarse contrariado cuando ella le dijo a Dufour:

— Debe haber sido muy emocionante vivir la niñez en una gran ciudad como París.

— En parte sí, no puedo negarlo.

— Han tenido infancias muy citadinas antes de llegar a la Patagonia. La mía fue al revés. Campo y soledad de niña y luego me enviaron a estudiar a la ciudad. Buenos Aires es increíble pero a veces se extraña mucho la vida en la estancia.

— ¿Y qué es lo que tanto extrañabas, Florence? —quiso saber Jean Pierre.

— Tantas cosas, la paz, la naturaleza, cabalgar... —dijo ella con ensoñación, como quien va enunciar una larga lista de vivencias. Estaba a punto de abrir una catarata de añoranzas cuando Jean Pierre le propuso:

— Pero ahora estás aquí, de modo que es fácil de solucionar. Me ofrezco para pasar a buscarte un día y llevarte de cabalgata. Supongo que caballos no te faltan.

— Claro que no. En Maan hay muchos y muy buenos.

— ¿Te parece el sábado?

Una sonrisa iluminó el rostro de Florence al sentir cerca un sueño que acariciaba desde que había tomado la decisión de viajar al sur.

— Perfecto. La verdad es que si cabalgo sola, lo hago por trechos cortos pero si voy con alguien me animo a ir mucho más lejos.

Sentado al lado de Florence, Garrott sentía una tensión en todos los músculos del cuerpo. La vena azul en el cuello le latía con fuerza. Sentía una rabia inusitada contra su amigo pero también contra sí mismo, por no poder refrenar la contrariedad que le causaba ver a Florence cerca de otra persona, aunque fuese Jean Pierre.

Absorto pisó el freno repentinamente. Las ruedas emitieron un chirrido estridente y los tres se bambolearon hacia delante con violencia.

— ¡Por Dios! —exclamó Florence.

— André, ¿estás bien? —preguntó Jean Pierre.

— No pasa nada... Creo que es momento de hacer un descanso — respondió con parsimonia, como si nada hubiese ocurrido, y se bajó del vehículo alejándose algunos metros sin esperarlos.

Jean Pierre conocía bien a su amigo y creyó intuir lo que había sucedido, pero dudaba. André tenía estos arranques, pero nunca por una mujer.

Florence se acercó a André y lo tomó del brazo.

— ¿Estás bien?

Ella creía que los culpables del arrebato habían sido los recuerdos de su niñez difícil. André puso la mano en el brazo de Florence, y sintiendo su piel le respondió con un ligero temblor en la voz:

— Estoy perfecto, vamos, sigamos. Aún nos queda el último maldito inglés.

La última visita transcurrió sin contratiempos pero también sin algarabía; el buen ambiente se había arruinado. Cada minuto que pasaba la situación entre los dos hombres era más tirante, pero aun así la firma final se obtuvo con éxito y les permitió emprender el regreso con luz diurna. Regresaban en silencio, cada uno ensimismado en sus pensamientos. Todavía era de día cuando el auto dejó a Florence en el ingreso de la casa de la estancia. Jean Pierre se ubicó en el asiento junto al conductor. Florence saludó a los dos hombres con un beso e ingresó por la puerta de madera maciza mientras los despedía con la mano. Ambos le sonrieron. No había alcanzado a entrar cuando Garrott partió velozmente. Entonces Dufour

explotó:

— ¡Merde! ¡Mil veces merde! ¿Se puede saber qué te pasa? ¡Primero ese humor de perros y después casi nos matas!

— ¡No me pasa nada! ¿Entiendes? ¡Nada! Es que has estado ridículamente estúpido con la chica Wilson —le echó en cara André.

— ¿Yo estúpido? ¿Y tú? —gritó Jean Pierre.

— A mí ella no me interesa.

— ¿No te interesa? ¿Sabes qué? Al menos yo no lo oculto. Si quieres algo con ella, dímelo de una vez y te la dejo para ti. ¿Tienes interés en ella? ¡Respóndeme! Porque si me dices que sí, no la buscaré para cabalgar. ¡Pero dilo, André!

— ¡Búscala, no me importa! Pero no llenes mi auto con tus flirteos adolescentes.

— Quieres que me haga a un lado y no eres capaz de reconocerlo. Entonces no te la mereces. Seguiré adelante con mi plan de cabalgata.

— ¡Yo no quiero nada! —gritó Garrott.

— He visto cómo la miras... cómo le hablas.

— Ya basta, Jean Pierre, o te bajo aquí mismo del coche.

— ¡Qué más quiero que bajarme de tu maldito auto! Ojalá hubiera venido en el mío para no tener que soportar tu odiosa compañía.

El Chevrolet se detuvo bruscamente levantando una polvareda. Jean Pierre Dufour se bajó con violencia y el abrigo rosa que Florence había olvidado en el auto se deslizó del asiento. Quedando a sólo centímetros del suelo.

— Se olvidó el saco... Se lo llevaré —dijo Jean Pierre y lo tomó. Pero al hacerlo Garrott se lo tironeó mientras decía:

— ¡Yo lo llevaré!

Dufour no se dio por vencido y volvió a la carga buscando recuperarlo y así estuvieron forcejeando bajo el rumor del motor, hasta que el braceo se transformó en un golpe y luego en otro. Cuando menos se dieron cuenta los dos se golpeaban con furia dentro del vehículo. Dufour tenía la mitad del cuerpo fuera del automóvil, Garrott estaba casi recostado sobre el asiento del acompañante y ambos enfurecidos seguían lanzándose puñetazos. Hasta que André logró arrebatarse el saco rosa a Jean Pierre, se enderezó como pudo y sin darle tiempo a nada a su oponente, arrancó el motor. Jean Pierre quiso perseguirlo pero no pudo, sino que terminó en el suelo tragando el polvo que el automóvil levantó al irse.

André recorrió los pocos kilómetros que lo separaban de la estancia Maan con los últimos rayos de sol. Se bajó del Chevrolet y con sangre fría se acomodó la ropa. Metió la camisa blanca dentro del pantalón oscuro y desechó el saco; el mismo con el forcejeo se le había descosido. Se peinó el cabello lacio y castaño con la mano, buscando prolijidad. Llevaba su pelo a la moda: largo adelante y muy corto atrás y a los costados. Para mantenerlo se retocaba en la peluquería una vez por semana. Tomó el saco rosa con una mano y con la otra golpeó la puerta de la casa, iluminada por la última luz del día. Mientras esperaba que le abrieran una pregunta cruzó su mente con fuerza ¿qué carajo estaba haciendo allí? pero no alcanzó a responderse. La puerta se abrió y vio a Susan Wilson que lo miraba sorprendida.

— Señor Garrott... ¿sucede algo?

— No, señora Wilson, su nieta solamente ha olvidado su abrigo y decidí traerlo.

— Gracias por haberse tomado la molestia, permítame que llame a Florence. Pase, por favor.

— No es necesario. Solamente la saludaré y me marchó.

— Como prefiera. Espéreme.

En instantes apareció Florence. Llevaba el pelo suelto, iba descalza y aunque aún tenía puesto el vestido a lunares, era evidente que se había sacado las enaguas. La tela se le pegaba a la piel en las curvas. André sintió una conmoción en su cuerpo; inspiró profundamente.

— ¡Me olvidé el abrigo! Gracias por traérmelo.

— No es nada, Florence —dijo y se lo entregó.

No quería mirarla como lo estaba haciendo, pero no podía evitarlo. Se daba cuenta que su mirada era igual a la que tenía cuando alguna de las chicas de Gigio se desnudaba frente a él. ¡Sólo que Florence estaba completamente vestida! Necesitaba recobrar la cordura cuanto antes.

— ¿Estabas lejos de aquí?

— No mucho, pero quería venir...

— ¿Venir a qué? —preguntó ella, sin comprender la pausa.

A avisarte que mañana por la mañana paso a buscarte para que vayamos a pasear.

No parecía una invitación sino más bien una orden. La frase la tomó por sorpresa. André estaba raro.

— ¿Me estás invitando?

— Sí.

Garrott se daba cuenta de lo extraño de la situación. ¡Por Dios! ¿Qué le pasaba? ¿Estaba perdiendo todos sus modales!

— ¿Y... se puede saber adónde iremos?

— Saldremos de día de campo. Estate preparada.

La miró fijo y ella sintió que esos ojos verde oliva la desnudaban. Él se acercó lentamente ¡la iba a besar! Y teniéndola a sólo centímetros, sintiéndole la respiración agitada, se detuvo.

— Me marchó. Mañana vendré por ti a las diez. No te preocupes por nada, yo traeré todo lo que necesitamos.

Y así como vino, extraño, callado, y huraño, sin las grandilocuencias propias de él, se fue. Florence pensó que era sábado y que había quedado en cabalgar con Jean Pierre el siguiente fin de semana. Los dos franceses le parecían agradables, pero André era una especie de hombre tierno que escondía su vulnerabilidad bajo un disfraz de éxito. Ella había espiado en su interior y sentía que quería protegerlo y cuidarlo.

Susan Wilson observó cómo Garrott arrancaba el auto y despidió a su nieta y al francés con la mano desde el umbral de la puerta de casa. La impresionaba ver cómo su Florence se hacía adulta. Ella ya se manejaba sola, especialmente desde que había vuelto de Buenos Aires. Susan trataba de respetar sus decisiones, pero había algo que la inquietaba y no era precisamente que saliera sola con un hombre, sino que éste fuera Garrott. No era un mal candidato. Era un trabajador incansable y gozaba de una posición económica más que cómoda. Pero temía que el único interés del francés fuera comprar la estancia Maan y que los acercamientos a su nieta fueran parte de un plan. Todo el mundo sabía que él no tenía límites cuando se trataba de hacer un buen negocio. Y ella no quería que este hombre hiciera sufrir a Florence.

La pareja había partido y André Garrott conducía con lentitud por el camino. No había apuro. La idea era disfrutar del día. No había vuelto a ver a Jean Pierre y era mejor así. Ya habría tiempo de aclarar el malentendido de la tarde anterior.

Garrott había puesto todo lo que había encargado a la cocinera de su estancia en la parte de atrás del vehículo: pan casero recién horneado, cuatro clases de quesos, ciervo ahumado, jamón, vino, agua, manteles, copas, platos,

servilletas y hasta dos almohadones. Y por supuesto, su postre preferido: *crepe suzette*. Éste nunca faltaba en su casa ni en su mesa desde que él pudo empezar a pagarlo siendo sólo un muchacho. Sería un día de campo a la francesa. A pesar de la orden de no traer nada, Florence traía una provisión de *beskeid* (galletas con pasas de uva) y de *koeksusters* (masitas fritas), que habían sido preparadas a los apurones, en la noche, por ella y la india Alen.

Llevaban un rato de marcha cuando Garrott detuvo el motor. Habían llegado a la zona elegida. Ambos vestían ropa liviana, a causa del calor. Florence un vestido de algodón y tacones bajos, André ropa clara. El lugar era un montecito con árboles de agradable sombra, el pasto una alfombra. Desplegaron toda la civilización que habían traído, un mantel a cuadros hacía de mesa y dos copas con vino indicaban festejo. André había recobrado su habitual aplomo y encanto y ahora galante, la seducía.

— Ven, siéntate aquí al reparo, haremos un brindis —le dijo él, ya que como siempre el viento hacía su aparición.

Ella se acomodó con él junto al tronco de un árbol y alzaron las copas.

— Por este país y por la Patagonia, que ha acogido a nuestras familias sin importarle si somos franceses o bóer —dijo André.

— También porque esta tierra nos permite disfrutar momentos como éste —agregó Florence, que no dejaba de valorar lo que había extrañado tanto mientras vivía en Buenos Aires.

— ¡Salud! —dijeron ambos y el cristal tintineó.

— Gracias, Florence, por aceptar mi invitación.

— Lo hice con gusto, aunque fue un poco intempestiva —dijo con una sonrisa.

— A veces las mejores cosas suceden así —esgrimió Garrott en su defensa, que había recobrado su compostura. Lejos estaba el día anterior en que por celos había perdido la cordura.

André chocó su copa contra la de ella y propuso un nuevo brindis:

— Por este día, por esta reunión.

Se distendieron. Comieron, conversaron y rieron como si se conocieran desde siempre. Él le estaba dando una larga clase sobre las distintas clases de quesos cuando Florence lo interrumpió divertida:

— Ay, Garrott, no te pongas tan francés, no sé si podré soportarlo.

El comentario y la espontaneidad lo tomaron por sorpresa, pero con una carcajada se justificó:

— ¡Es inevitable que un francés hable de quesos!

Charlaron sobre trivialidades mientras probaban el delicioso *crepe suzette*. Luego André la invitó a caminar. Acomodaron los trastos y partieron, llevando una manta azul para extender.

Llegaron a una fuente de agua y se refrescaron las manos, André también el rostro. Extendieron el cobertor azul y se sentaron bajo un maitén. Era un lugar bellissimo. Él le contó que solía ir allí desde chico, aunque obvió decirle que lo hacía con Jean Pierre. No quiso nombrar a su amigo, en el fondo no deseaba que ella lo recordara.

La serenidad del lugar y el espacio sin tiempos invitaba a hablar. André quiso saber sobre la vida de Florence en Buenos Aires, sobre sus planes y sobre la relación con su abuela. Ella le confió que estaba en la encrucijada de regresar a la Capital a seguir con su profesión o quedarse en la Patagonia. Le contó que amaba este lugar.

Por su parte Florence se interesó en saber cómo era la relación de André con su familia. André le explicó que sus padres vivían en una casita en Comodoro que él les había procurado. Félix, su hermano menor, vivía con ellos y trabajaba para él. Los otros tres, una mujer y dos varones, se habían marchado hacía años a Río Gallegos, donde vivían y trabajaban. A veces él los ayudaba económicamente. Ella también quería saber cómo había hecho André para progresar tanto en poco tiempo. Él se sentía raro frente a las preguntas inteligentes de esa joven rubia que le inquiría sobre cosas que nadie jamás se había atrevido a preguntarle, ya sea por temor o porque simplemente a ninguna persona le había importado. Él hablaba y ella lo escuchaba con atención. Garrott se impresionaba ante el interés, nunca ni siquiera Jean Pierre había querido saber tanto detalle de lo que le pasaba y lo que sentía. Por primera vez le abría su vida a otra persona y el sentimiento no le desagradaba. Ella lo hacía sentir cómodo. Las primeras preguntas lo habían abismado, pero ahora se deslizaba suavemente por ellas y perdía el temor.

Llevaban horas conversando, serenos y cómodos sobre el cobertor, cuando él se atrevió a preguntarle:

— ¿Tu padre fue asesinado por un peón, verdad?

— Así es. Y mi madre murió cuando yo nací —lo dijo de una sola vez. Siempre después de una pregunta venía la otra.

A André le costaba entender cómo alguien que había pasado por esas cosas podía tener el carácter alegre y dulce de Florence. Se animó a preguntarle más, ella misma minutos antes le había hecho mil preguntas.

— ¿Cómo ha sido tu vida sin ellos? ¿Sufriste mucho su ausencia?

— En algunos aspectos sí, y en otros no. Porque como no llegué a conocerlos, no podía extrañarlos. Pero a veces, cuando veía a los demás niños con sus padres, añoraba eso, aunque no lo conocía —dijo ella y dándole algunas explicaciones más sobre estos sentimientos, por un instante sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

— Florence, te puse triste. Perdóname —dijo André y la abrazó. Ella se dejó abrazar. Al sentirla pegada a él, André hubiera querido quedarse así para siempre, consolándola, besándola y, por qué no, desnudándola, le sugería su cabeza de hombre.

Florence se sintió con derecho de preguntar sobre la niñez de André, que intuía que no había sido nada fácil.

— Los primeros tiempos de tu familia en la Patagonia fueron duros ¿verdad?

— Sí —fue la única respuesta.

— ¿De qué trabajaba tu padre?

— En Buenos Aires le habían prometido un puesto de administrador, pero cuando llegamos a la Patagonia el puesto ya había sido ocupado y terminó trabajando de ovejero. Pero, ¿sabes qué...? Es hora de regresar, hemos dejado las cosas bastante lejos —se incorporó y le extendió la mano.

Florence comprendió que él no iba hablar. Aceptó la ayuda y tomando la manta partieron. Junto al auto comieron las *beskeid* que ella había traído. A André le encantaron, nunca las había probado, bromeando decía que ya no podría vivir sin ellas.

— Tienes que darme la receta para mi cocinera. ¿Las hiciste tú?

— Sí, anoche, pero como ya era tarde tuvo que ayudarme una empleada. Respecto a la receta... no sé si puedo dártela —dijo divertida.

— ¿Qué pasa, es secreta? —dijo él con picardía.

— No, pero habrá que preguntarle a Susan —respondió riéndose. Se lo decía en broma, sin embargo era verdad que su abuela odiaba dar las recetas que llamaba «de la familia»

— Vas a tener que conseguirla, ya te dije que no sé si podré volver a vivir sin *beskeid* —dijo André, que comía una tras otra.

Florence reía a carcajadas. Él la observaba y se daba cuenta de lo mucho que le gustaba esa chica. Le agradaba cómo fruncía la nariz respingada cuando sonreía, lo atraían sus labios carnosos, su piel de porcelana, la voz suave y la forma de sus manos, libres de joyas. Algunas horas en su compañía y ciertos detalles se le habían vuelto una obsesión: el pequeño



lunar en la piel blanquísima de su escote, el bretel de raso de su sostén, que cada tanto le resbalaba sobre el hombro de terciopelo, y que a él le desataba la imaginación; y algo que lo estaba volviendo loco: el fri fri del roce de su enagua de seda cuando caminaba, prenda que había alcanzado a ver en un par de oportunidades cuando Florence se sentaba. Toda ella era exquisita. Un bocado delicioso para engullir lentamente.

Para Florence había sido un día excepcional. Se había sentido muy cómoda con André, no había imaginado que fuera una persona tan sensible. Había hablado con él como nunca antes lo había hecho con un hombre; le había contado casi todas las cosas importantes de su vida. Le atraían sus maneras de caballero. Cuando se le acercaba y sentía su perfume, no quedaba en ella una vena que no le latiera. Jamás le había pasado esto con nadie. Quería que la besara.

La tarde estaba en su apogeo cuando comenzaron a juntar las cosas. Era hora de regresar. Había sido un día de descubrimientos, una jornada de hallazgos. Sentimientos, atracciones y almas abiertas había sido la constante del día. En el vehículo iban en silencio, no necesitaban hablar para sentirse a gusto. Cada uno iba avasallado por múltiples emociones. A los lados del camino cientos de plantas de calafate mostraban sus flores y en el horizonte la puesta de sol patagónica bailaba su danza diaria en naranja y fuego. André estacionó junto al camino y dijo:

— Mira qué belleza.

Mientras ella se deleitaba con el espectáculo amarillo de las flores mezclándose con la puesta de sol, él miraba cómo los rayos se reflejaban en el cabello claro de Florence en destellos dorados. Entonces ya no pudo contenerse e hizo lo que deseaba desde el día en que la había conocido. La besó. Se besaron. La boca de ella le supo a *crepe suzette*, a *beskeid*, a sol, a calafate y a todo lo que siempre le había gustado. Para ella ese beso tuvo el sabor del fin de una búsqueda.

Se abrazaron y el desierto camino patagónico se vistió de fiesta, de encuentro, de revelación y de respuestas. Para André Garrott, éstas fueron que Florence era su flor del calafate, ese capullo amarillo que le decía que se acercaban tiempos buenos, como cuando era niño. Las de ella que difícilmente podría vivir lejos de este hombre y esa tierra. La Patagonia y André Garrott iban juntos y se le metían en la sangre en ese instante de sol, se le grababan a fuego para siempre en su interior.

Separándose se miraron a los ojos, y los de oliva se metieron en los de

miel. Unos instantes de silencio y hablaron.

— Lo que pasó fue especial —dijo André desde la certeza que le daba su frondosa experiencia.

— También para mí —dijo ella con la sola confirmación de su corazón.

André arrancó el coche. Florence dio una última mirada al sol que se escondía en el horizonte.

— Esto es precioso y siempre lo será. Ahora y en el año 2000.

André se rio de su ocurrencia. Quién podía saber qué ocurriría en ese año tan lejano.

Ella sin saberlo había acertado, porque en ese milenio remoto y en esa misma recta del camino su única hija mujer diría lo mismo en una situación semejante.

## CAPÍTULO 23

### Hoy

Durante su segundo día en Ciudad del Cabo, Elena y Omar repitieron el itinerario: desayuno en el hotel, caminata por la playa y partida hacia lo de Gonika. Pero esta vez empezaron más tarde, habían trasnochado. Una cena en un elegante restaurante del Waterfront había sido la responsable. Pero valió la pena. Habían comido mirando el agua y los barcos del puerto. Él le había dicho de mil formas diferentes que la amaba y ella, en la cama, se lo había demostrado de mil maneras.

Al llegar a casa de Gonika y Peter, golpearon con timidez. No conocían suficientemente a los Smith y temían estar molestando. Pero Peter les abrió con una expresión risueña en su rostro oscuro y de ojos claros.

— *Hallo, Goeiemôre!* (¡hola, buen día!)

Gonika los esperaba sentado en el sillón rojo, rodeado de plantas. Los saludaba y le decía feliz, que había recordado muchos detalles más de su vida en Argentina.

Enseguida los té helados volvieron a aparecer y las narraciones entretenidas y minuciosas de Gonika también. Eran los cuentos de las mil y una noches. Pero una constante se repetía en los relatos: su amor por Anne.

— ¿Gonika, usted se acuerda de Peter y Mariana? —se animó a preguntar Elena.

— Sí, mucho.

— ¿Puede contarnos su historia?

— Peter amaba a Mariana y Mariana amaba a Peter... —decía en español y continuaba en afrikáans. Les explicaba cómo Susan había enviado lejos a Mariana para salvar a su hijo de un mal matrimonio.

— No respetaron su amor ni su libertad —decía sabiamente llegando al meollo del asunto, que tantos problemas había traído a todos en la familia, y agregaba: —Ellos se reencontraron en el pueblo, en... en...Comodoro Rivadavia —eran pocos los nombres que Gonika no recordaba.

Les relataba que ellos estuvieron juntos y allí habían concebido un hijo, pero que Peter no lo supo hasta que el muchacho creció.

— Anne se lo dijo a Peter justo antes de que nos fuéramos de la casa. Mi

esposa sufría mucho por su hermano, le daba pena.

Elena le exponía que Omar era nieto de ese hijo. Gonika por momentos se confundía. ¿No le habían dicho que ellos dos eran novios? ¿Cómo podían ser parientes también? Le volvían a explicar, creían que había entendido pero algunas certezas se perdían por las dificultades del idioma, la ancianidad de Gonika y lo insólito de la situación en que nació ese amor.

Gonika continuaba, no podía dejar de hablar: Anne y él sabían que el hijo de Peter y Mariana había matado a su padre, pero el muchacho nunca había llegado a enterarse. Todo fue a partir de que Peter quiso ayudar al chico, porque Mariana se lo pidió. —Eran épocas de violencia —agregaba Gonika, y se tomaba el tiempo para hablar de los problemas sociales de la época bajo la impaciencia contenida de Elena y Omar. También les contaba que Peter quería hacer heredar a su hijo. Se los dijo en una única visita que les hizo en su casa, poco antes de morir. Gonika no sabía bien cómo había terminado todo eso. Elena intentó explicarle sobre el legado, los González y Omar, pero el anciano se perdía otra vez en algún dato que no le permitía entender toda la historia.

Para Omar escuchar lo que Elena le traducía de Gonika era magia pura. Le parecía increíble conocer detalles de la vida de Peter y Mariana, esas dos personas que tenían tanto que ver con la historia que él vivía junto a la mujer de su vida. Lo pensaba y una pregunta surgía en su boca con bronca y con fuerza.

— ¿Y por qué Peter y Mariana no terminaron juntos?

Elena con dolor la repetía en afrikáans, y Gonika con la sabiduría que dan los años frente a las desgracias del destino, le respondió con parsimonia:

— Porque cuando se enteraron de todos los desencuentros y malentendidos, ambos ya estaban casados con otras personas. —Había aprendido que los infortunios a veces se toman la revancha mucho tiempo después, como alcanzaba a vislumbrar en el amor de Omar y Elena.

Gonika, sintiéndose en confianza y con algo de curiosidad, quiso saber cómo habían seguido las vidas de las personas que había conocido en la Argentina. ¿Cuándo había muerto Susan y a causa de qué? ¿Las estancias La Soñada y Maan aún pertenecían a la familia Wilson? ¿Cómo era la Argentina ahora? ¿Y la Patagonia? ¿Cuántos hijos había tenido Florence? Elena, al ver su interés, le respondía contenta. Peter Smith escuchaba interesado y sorprendido. Parecía que los recuerdos de su padre eran una catarata cuya compuerta había sido abierta y que no se cerraría hasta agotar su caudal. En

medio de la charla, Gonika siempre se las ingeniaba para terminar hablando de Anne, de lo bella, inteligente y buena que era y de cuánto se habían amado.

Llevaban más dos horas de conversación y Elena se disponía a averiguar sobre Florence, su madre, cuando Peter Smith los invitó a hacer una pausa y a comer algo. Él sonriendo y mirándolos con sus impresionantes ojos azules les sirvió galletas en una fuente de madera con forma de cocodrilo... ¡eran *beskeid!* Una sonrisa se instaló en el rostro de Elena al pensar que estaban hechas con la receta de la abuela Susan. Se lo contó a Peter Smith y entonces él les relató algunos recuerdos aislados que tenía de la Patagonia, esa tierra de la cual sólo le quedaba algo del idioma, ya que todavía manejaba un poco el español. Su padre al principio le había hecho practicar, pensando que un día volvería a la Argentina y podría hablarlo. Pero él no había regresado. La familia y el trabajo en la fábrica de dulces lo habían anclado en Sudáfrica.

Elena y Omar lo invitaron a que los visitara en la estancia. Le prometían que le gustaría y que le prepararían ricos asados, y lo instaban a llevar a Gonika con él. Peter y el anciano asentían, pero todos sabían que era imposible que el anciano viajara. Los años eran demasiados, se notaban en que había hablado demasiado y ahora necesitaba descansar. Ese mediodía otra vez se quedaban con gusto a poco. Gonika se retiró a dormir, los esperaba a la mañana siguiente. Esta vez, Elena y Omar se quedaron un rato más conversando con Peter, contándoles los paseos que habían hecho y lo que les quedaba por visitar. Elena, por momentos, miraba la decoración de la habitación y veía la influencia africana en cada detalle. Las lámparas de madera tallada, los marcos de las puertas de rústicos troncos claros, los cuatro banquitos ubicados junto al sillón rojo, cada uno con la forma de un animal diferente, los colores brillantes por doquier.

Partieron con un extraño sentimiento de alegría. Empezaban a acostumbrarse a que esos sudafricanos eran parte de su familia.

## CAPÍTULO 24

### Ayer

André y Florence llevaban casi una semana de charlas profundas, besos y paseos; Sus salidas al campo, o a tomar el té a la confitería El Sportman de Comodoro, se habían repetido. Al principio, ella no había querido llevarlo a su casa para no alarmar a su abuela, pero la relación se afianzaba e iba siendo tiempo de ponerlo frente a Susan.

André había aceptado entusiasmado la invitación a una merienda en la estancia Maan. Florence al planearla había recordado que sólo faltaba un día para la cabalgata programada para el sábado con Jean Pierre Dufour; la que ahora no le interesaba en absoluto. Pensaba que si en verdad Jean Pierre se acordaba y venía, ella iba a cancelar la salida. Por su parte los dos hombres después de la pelea habían evitado cruzarse, porque si bien los dos sabían que el enojo se les pasaría, por ahora no tenían ganas de verse. Menos aun André que estaba de lo más entretenido con la chica.

Cuando Florence llegó a su casa después de su última salida con André, su abuela vio lo que observaba todos esos días cuando él la dejaba en la puerta: su nieta parecía caminar entre nubes.

— ¿Qué está pasando contigo y Garrott? Ten cuidado, Florence. Ve con cautela con el francés.

— No te preocupes, es una buena persona.

— Sí, y muy buen negociante también.

— Mira, *Ouma*, mañana vendrá a visitarme a casa. Podrás conversar con él y sacarte las dudas.

— ¿Toda la semana juntos y mañana de nuevo?

— Así es, y le he prometido que haremos *beskeid*. Además quiere que le demos la receta.

— ¡La receta no se la daré ni muerta! No al menos por ahora. ¿A qué hora va a venir?

— Me pidió permiso para visitarnos por la tarde —explicó Florence sin más detalles. Los días que habían pasado juntos eran una experiencia fuerte pero aún no quería decir que entre ellos había realmente una relación. Todavía no eran novios.

— Bueno, lo esperaremos con las *beskeid*. Pero ve despacio, Florcita.

Susan pensaba que sería bueno tenerlo en la casa. Aprovecharía para sondearlo y ver cuáles eran sus verdaderas intenciones. No pensaba ir más allá de eso, los años le habían enseñado que a los jóvenes hay que dejarlos actuar según sus sentimientos, pues, si no, podían desatarse verdaderas tormentas en sus destinos. Se ejercía una pequeña violencia en sus decisiones, un simple aleteo de mariposa, y con los años éste se transformaba en un tornado. La lección la había aprendido a fuerza de lágrimas, frustraciones y muchísimo dolor. Hacía mucho que había desistido de conseguir un candidato bóer para Florence. Las familias paisanas venían mezclándose con argentinos e inmigrantes; ya no era como años atrás, cuando ella había criado a sus hijos. Pero como fuere, André Garrott tendría que pasar por su interrogatorio. Pensó que lo mejor era irse a dormir temprano para organizar la actividad del día siguiente. Y cuando quiso comentárselo a su nieta, ésta ya se había ido a la cama, ¡y sin probar bocado! Averiguando con Alen, la india le comentó que ni siquiera había preguntado por la cena. Esto le dio aún mayor certeza a su presentimiento. Su nieta estaba enamorada. Florence y Garrott de seguro habían iniciado una relación.

André manejaba su vehículo rumbo a su casa luego de dejar a Florence en la estancia. Pensaba en las sorpresas de la vida. Jamás se le habría ocurrido enamorarse de la chica Wilson, pero lo estaba ¡y de qué manera! Recordaba perfectamente cuántas veces le había propuesto a Susan comprar la estancia; la mujer siempre se había negado. Obviamente, que él siempre ofrecía precios tan bajos que sólo podía aceptarlos alguien en estado de necesidad. Pero ésas eran las reglas del juego en los negocios y ahora nada de esto importaba. Florence se había vuelto su prioridad. A tal punto era así que estaba regresando de un día de campo cuando debería estar preparando su viaje a Buenos Aires para llevar el petitorio. No le importaba, volvía feliz, sentimientos excelsos hasta ese momento desconocidos para él, lo colmaban.

Entraba por el camino de álamos de su estancia cuando vio algo que le quitó el buen humor. El auto de Alberto Albornoz estaba estacionado en la entrada. Hizo juego de luces y el Ford lo siguió. Era evidente que Albornoz había venido más temprano a hablar con él y, al no encontrarlo, se había quedado esperándolo.

Se saludaron con un apretón de manos y entraron en la residencia.

— Espero que no haya tenido que esperar mucho. La verdad es que no

pensé que vendría hoy.

— Me enteré de que está por irse y deseaba hablar con usted antes de su viaje.

— Así es, en dos o tres días me voy a Buenos Aires. Pero cuénteme usted qué noticias tiene de lo suyo.

— Ninguna nueva, por eso estoy aquí. Sé que tenemos que arreglar, pero ahora no le puedo devolver su dinero.

— ¿Y qué quiere que hagamos? —dijo Garrott.

— Si todavía está interesado en comprar mis tierras, estoy dispuesto a vendérselas. Tengo otras deudas además de la suya y con la diferencia podría pagarlas también.

Garrott no podía creer lo que escuchaba. ¡Quería pagarle con tierras, y que el además él le diese dinero! Albornoz estaba loco.

— Albornoz, usted saca mal las cuentas. Sus tierras apenas alcanzan para pagar su deuda conmigo.

— No creo. Hace un tiempo alguien me hizo una propuesta muy buena por mis tierras.

— Usted lo dijo, hace tiempo. Las cosas cambian. Si consigue una oferta mejor, acéptela. Conmigo ya sabe a qué atenerse.

Albornoz decidió encaminar su petición por otro lado.

— Mire, Garrott, sólo le pido que me haga una buena propuesta económica. Usted se queda con la tierra y me da algo de dinero para que yo pueda saldar mis deudas. Necesito salir de esta situación.

La insistencia de Albornoz lo irritaba. Parecía creer que él lideraba una entidad de beneficencia para quebrados. Nada más equivocado que eso y él se lo haría saber.

— Me parece que ya lo he ayudado mucho. Le he prestado dinero y lo he esperado más de lo que convinimos para la devolución.

— Hágame un ofrecimiento. Es una buena propiedad —insistió Albornoz.

Garrott pensó que si no lo hacía el hombre no se iría más y él estaba cansado y hambriento. Además tenía que preparar su viaje.

— Sus tierras valen el equivalente al dinero que le he prestado con más sus intereses. Pero bueno, digamos que si usted las pone a mi nombre esta semana, en este momento yo consideraría pagada la deuda y le daría 30.000 pesos más.

— ¡¿30.000?! Con esa suma no hago nada. Yo había pensado 300.000.



— Imposible. No tengo nada más que decirle.

Albornoz se daba cuenta de que la conversación llegaba a su fin.

— Bueno, déjeme pensarlo y mañana le contesto.

— Como quiera.

Se saludaron fríamente y Albornoz partió apesadumbrado y furioso. Se sabía perdido. Ya dentro de su vehículo, sabiéndose solo golpeó con sus manos el volante. «¡Maldito francés! ¡Maldito yo! ¡Quién me mandó a pedirle dinero justamente a él, que no da puntada sin hilo!»

En la casa, André Garrott una vez libre de la presencia de Albornoz, fue directo a la cocina. Desde allí provenía un aroma delicioso y tenía hambre. Pero mientras la cocinera le servía el estofado del día se le apareció el rostro de Florence; y en el momento en que probó el primer bocado, también su cabello rubio, sus ojos ámbar y su perfume a jazmín. Y entonces le sucedió algo que jamás le había ocurrido: una punzada de nervios y emoción en el estómago le quitó los deseos de comer. Apoyó los codos en la mesa y se puso las manos en la cabeza. ¡Estaba enamorado! No sabía alegrarse o preocuparse. Tampoco sabía si estaba preparado.

Esa tarde en la estancia Maan todos estaban frenéticos por la visita que André Garrott haría en breve. Parecía que la llegada del francés los había vuelto locos. Florence quería que la casa luciera en todo su esplendor, por lo que Alen no había parado de lustrar el piso de madera de la sala y sacar brillo a la platería. Florence se había comprometido a hacer las galletas y ya iba por la segunda tanda de horneado, porque la primera se le había quemado. Susan Wilson iba y venía nerviosa por la casa, pensando qué preguntas hacerle a Garrott para averiguar lo ella quería saber.

Susan ponía el mantel en la mesa y Florence traía las *beskeid* recién hechas, que esta vez habían salido bien, cuando su abuela le dijo:

— Escucha, Florence, quiero serte sincera. Temo que Garrott se esté relacionando contigo sólo para convencernos de que le vendamos la estancia. Ya te he contado cuántas veces me insistió para que lo hagamos.

— ¡Ay, *Ouma*, no sigas con eso! Te puedo asegurar que no es así.

— Si tú me dejas, yo podría hacerle unas preguntas y así sacarnos las dudas.

— ¡Pero claro! Hazle todas las preguntas que quieras.

Las charlas que ellos habían tenido, el primer beso en la puesta de sol y los demás que habían seguido le daban seguridad para responderle a su

abuela. Por no hablar de lo que veía en esos ojos verdes cuando la miraban.

— Bueno, pero necesito unos minutos a solas con Garrot.

— Ningún problema, desapareceré y tu podrás hacerle tu interrogatorio nazi.

— No bromees con eso. La guerra es algo serio —dijo Susan. Las noticias en los diarios contaban que en Europa los nacionalsocialistas cometían atrocidades.

— Lo siento —dijo Florence, besándola en la frente, y se retiró para darle los últimos retoques a su cabello. Había pasado gran parte de la tarde con la buclera, tratando de hacerse el peinado de moda. Su cabello claro estaba lleno de largos y suaves bucles. Pensaba poner a cada costado las hebillas de plata con brillantes que había heredado de su madre.

Mientras terminaba de preparar la tetera, Susan pensó en tenderle al francés una pequeña trampa y así tal vez lograría que afloraran sus verdaderas intenciones.

Garrott arribó a la estancia Maan impecablemente vestido y perfumado. Florence estaba mostrándole el jardín cuando le dijo:

— Te advierto que tomaremos el té con mi abuela

— Me lo imaginaba, ningún problema. La conozco desde hace mucho —dijo. Se preguntaba si Florence sabría que tiempo atrás cuando tenía 20 años, había hecho negocios con ella, comprándole unas tierras a muy buen precio. No era algo de lo cual él deseaba hablar, así que ni nombró el hecho.

— Y también te advierto que no quiere darte la receta de las *beskeid*.

André estalló en una carcajada.

— ¡Aja! ¡Tarde o temprano me la dará!

— ¿Y cómo piensas convencerla?

— Usaré alguna artimaña, algún encanto o tal vez le cuente lo especial que es su nieta para mí —dijo, mirándola profundo, otra vez se perdía en la miel de los ojos de largas pestañas.

Florence, al observarlo, no quiso esperar su iniciativa. Se le acercó y lo besó en la boca. André se sorprendió por un segundo, pero al instante se hallaba respondiendo a esa boca que no quería dejar de besarla nunca. Se besaban con pasión. Él la había tomado del talle, pegándola a sí, cuando Florence le dijo:

— Qué bueno que soy especial para ti, porque tú lo eres para mí, y mucho. Ven, entremos, que mi abuela ya debe estar ansiosa.

Garrott era apasionado en todo lo que hacía. Cuando la besaba parecía que no se iba a detener hasta que ella misma le pidiera que por favor le hiciera el amor. Cuando hablaba lo hacía con vehemencia, desplegando todo su encanto y su poder de convicción; si de negocios se trataba, jamás se daba por vencido cuando quería lograr algo. Era igual con cualquier cosa en la vida, él era así; nada podía detenerlo. Le tendió la mano y entraron en la casa.

Susan saludó a André y los tres se sentaron a la mesa. El té los esperaba y una dura prueba también.

Charlaban en tranquilidad de la belleza del jardín y de la esquila que comenzaría como siempre en diciembre, cuando Susan comentó:

— Me ha contado mi nieta que ayer hicieron un bonito paseo.

— Así es, tuvimos un día magnífico. Gracias por permitirle venir —dijo Garrott astutamente, se daba cuenta de que era Florence quien decidía sobre su vida y Susan la respetaba. Ella misma la había criado así.

— Me alegro de que lo hayan pasado bien y de que tuvieran una jornada de descanso. Sobre todo porque usted pronto viajará a Buenos Aires en una misión muy importante.

— El Presidente ha dicho que nos dará una audiencia, partiré en dos días. Creo que con todas las firmas que hemos reunido, él tendrá que oírnos —dijo orgulloso mientras comía su décima *beskeid*.

Susan lo observó y le dijo:

— ¿Le sirvo más té, señor Garrott? —pensaba que el francés era con las galletas igual que con los negocios: insaciable.

— Sí, por favor.

— Voy a buscar más agua caliente... y más galletas —dijo Florence y desapareció por la puerta de la cocina.

Susan continuó la charla. Era el momento de llevar a cabo su experimento. Necesitaba averiguar cuáles eran las intenciones verdaderas de Garrott.

— Valoro mucho que lleve personalmente el petitorio de todos nosotros. Sé que es época de mucho trabajo en las estancias, pero siempre pensé que usted era el más indicado para ir a la audiencia.

— Sí, es un mes difícil, porque entre la esquila, que está próxima, y los demás negocios que manejo a veces me falta tiempo.

— Tener tierras y ovejas da mucho trabajo. Y la energía tiene un límite.

— Yo soy de la idea de que uno no debe ponerse límites. Si no, nos frenamos antes de tiempo.

— Ya veo que usted piensa así. La verdad es que no sé cómo hace para manejar tantas cosas. Yo, a mi edad, me siento un poco cansada. La estancia da mucho trabajo, requiere una energía que ya no tengo.

La frase resonó en la cabeza de Garrott. ¿Acaso le estaba ofreciendo la estancia que él siempre había querido? No lo había dicho abiertamente.

— A veces hay que saber tomar decisiones a tiempo —respondió Garrott no queriendo dejar para a la oportunidad.

— También lo creo así. Sobre todo si uno no tiene quién lo acompañe en los emprendimientos —respondió Susan, tirando el anzuelo con carnada.

Garrott lo tomó de inmediato. El cebo era demasiado tentador.

— Recuerde, Susan, que a mí siempre me ha interesado Maan.

El Garrott negociante que llevaba dentro afloraba a cada palabra sin que nadie pudiese impedirlo.

— Lo sé —dijo Susan e hizo silencio. No deseaba ser el cazador; quería que él mismo hundiera su boca en el cebo.

— Si va a vender, Mrs. Wilson, quiero hacer la primera oferta.

— ¿De veras todavía le interesa? —preguntó Susan, a punto de sacar la caña del agua con el pez atrapado por completo.

— Nunca dejó de interesarme. Su propiedad siempre ha estado en mis pensamientos. Yo podría hacerle una oferta.

Ya estaba. El pez había caído.

— ¿Una oferta? ¿Ahora?

— Sí, ahora mismo —se desbocó Garrott. Su mente comercial sacaba cuentas, imaginaba las ovejas que agregaría a esa tierra, soñaba que uniría la propiedad con otra que él tenía al lado, que tiraría abajo los cercos que las separaban, que... codiciaba, él codiciaba... y sólo veía ganado y tierras, porque el rostro de Florence, que hasta hacía minutos lo tenía claro y nítido, de pronto se había desvanecido; estaba lejano y neblinoso.

— ¿De cuánto sería su ofrecimiento? —preguntó ella.

Garrott pensó, pensó. Susan Wilson había dicho que estaba cansada, que no tenía energía, que no tenía quién la acompañara en la tarea... Estaba claro que deseaba vender.

— Y... 3.000.000 de pesos.

Susan levantó la caña y desenchajó el pez, que ya no era un pez sino un pescado, un simple pescadito listo para ser cocinado.

— Garrott, su oferta es ridículamente baja. Y como siempre, usted busca aprovecharse de la oportunidad. ¿Pero sabe una cosa? Ésta no era ocasión

para hacerlo. Está mi nieta de por medio. Le pido que si no tiene real interés en ella y lo único que desea son nuestras tierras, se aleje de inmediato de Florence.

André Garrott quedó estupefacto. No podía creer lo que acababa de suceder. Se había dejado llevar por la codicia que lo movía cada vez que hacía negocios, y ahora se daba cuenta de lo que había hecho. No estaba seguro si la conversación con Susan Wilson había sido verdadera o una trampa de ella, pero esto poco importaba; él se había equivocado tremendamente.

La aparición de Florence en la puerta de la cocina con el rostro desencajado se lo mostraba claro como el agua. Ella que había oído toda la conversación desde ese cuarto, no podía dar crédito a lo escuchado. Estaba a punto de llorar, pero se contuvo. Caminó unos pasos hasta quedar frente a André, que inmóvil en la silla la miraba derrotado.

— *Ouma*, por favor déjanos solos.

Susan Wilson se levantó con esfuerzo. La victoria tenía sabor amargo. Desenmascarar al francés era ver sufrir lo que más amaba sobre esta tierra. Los pies le pesaban. Con dificultad llegó al pasillo y fue en dirección a los cuartos. Necesitaba recostarse.

André y Florence se miraron durante unos segundos que a ambos les parecieron eternos. Garrott pensaba en qué decir y nada le parecía apropiado.

Por fin la que habló fue ella:

— André, quiero que te vayas ya mismo de mi casa. Eres un negociante, nada más que eso.

— Yo...

— Jamás te venderemos nuestras tierras. Nunca. Si las quieres, tendrás que pagarlas con sangre.

— Yo no deseo tus tierras...

— No es lo que parecía hace un momento. ¡Ya vete!

Sin respuesta, André Garrott se levantó desahuciado. No sabía qué decir ni podía explicar nada. Las carencias y penurias sufridas alguna vez le habían dejado daños irreparables, que hoy lo habían traicionado. Caminando rumbo a la salida, sus piernas tiesas y duras casi no le respondían; como pudo llegó hasta la puerta y como un autómata se subió al coche. Manejó hasta su estancia casi sin darse cuenta, su mente todo el camino sólo escuchaba una voz que lo acusaba una y otra vez.

Florence al saberse sola estalló en llanto. Luego se fue a su cuarto y allí

lloró durante toda la noche. Susan había aparecido en su habitación a última hora con un té y algunas palabras de consuelo, pero éstas no surtieron efecto y ella recién terminó su lloro a la madrugada, cuando la venció el sueño.

Dos días después del fatídico suceso del té, Garrott partió hacia Buenos Aires. Félix, su hermano menor, lo llevó en el auto a la estación del ferrocarril, donde tomaría el tren hasta la Capital. Las cuarenta y ocho horas transcurridas desde su conversación con Susan Wilson habían sido las más penosas de los últimos años. Él había pasado encerrado en su habitación sin ver a nadie, viejos traumas y heridas habían reaparecido por estos días. De no haber sido por Félix, que había creído que estaba enfermo y al pensarlo repuesto le había insistido que viajara, él ni siquiera hubiera ido a Buenos Aires. Con Jean Pierre no se había visto en bastante tiempo, y la verdad que ya tenía ganas de verlo, le hubiera gustado contarle todo lo sucedido; él habría tenido una palabra sabia para decirle. Al fin y al cabo, aunque se hubieran peleado, eran amigos íntimos desde la infancia.

André se sentía maltrecho por dentro. Él que siempre se ufanaba de su tacto y simpatía irresistible, justo en esta oportunidad venía a equivocarse de esta manera. Había arruinado todo, estar enamorado resultó como él creía: un estado de vulnerabilidad. Pensaba en Florence y le dolía el alma. Se daba cuenta de que ella necesitaría tiempo, así que él recién le hablaría al volver. Lo que sentía por ella valía la pena de todas las luchas. Ensimismado como estaba, la voz de su hermano lo volvió a este mundo:

— ¿Y entonces, qué instrucciones le doy al administrador?

Hizo un esfuerzo y le respondió:

— Que esta semana controle los alambres linderos, los molinos y que comience a contratar a la gente para hacer la esquila.

— ¡Ah, otra cosa! Mientras estuviste enfermo vino Albornoz a decir que acepta tu propuesta. Trajo todos los papeles.

— Encárgate de llevarlos al notario, él terminará el trámite. Ya veremos qué hacemos con esas tierras.

— Espero poder hacer todo.

— Busca a Jean Pierre para que te ayude.

— Me dijeron que estaba trabajando para enviar el cargamento de ropas a Inglaterra, pero no lo he visto. ¿Se puede saber dónde está? Hace días que no aparece por la estancia.

— Estará ocupado. ¡Arréglate como puedas! —respondió malhumorado.

No estaba para complicaciones, bastante tenía con las personales. La guerra en Europa había aumentado en gran manera los pedidos de prendas de lana que fabricaba y que le insumían cada vez más tiempo. Pero ahora eso no le importaba. Las fuerzas le alcanzaban apenas para cumplir con su misión de la audiencia presidencial.

Mientras los hermanos Garrott se despedían en la estación del ferrocarril, Jean Pierre llegaba a la estancia Maan para cumplir con la cabalgata prometida a Florence.

Si bien Dufour esta semana no se había visto con André, sí se había hecho tiempo para cumplir con todas sus obligaciones laborales por anticipado para tener el día libre. Sabía por el administrador que su amigo había estado enfermo y que ahora partía para Buenos Aires, ya repuesto. Por un momento había estado a punto de ir a verlo, pero terminó desistiendo. Esperaría a su regreso, los ánimos ya estarían calmados por completo. Creía que la pelea entre ellos había sido una estupidez, provocada por el cansancio y la tensión de las visitas a los ingleses. Ellos no iban a enemistarse por nimiedades como quién le llevaba el abrigo olvidado a una chica, aunque fuera el de Florence Wilson.

Golpeó a la puerta. Pensaba ir a cabalgar y pasar un buen momento, nada más. Ya no deseaba líos con su amigo. Alen lo recibió y lo hizo pasar. En seguida apareció Florence.

Ella en medio de su crisis, había olvidado por completo la cita. Lo saludó y estaba a punto de disculparse, cuando recordó con rabia lo que había hecho Garrott y decidió aceptar la salida. No pensaba quedarse en su casa llorando por quien no valía la pena.

Le pidió unos minutos a Dufour y regresó vestida de amazona, lista para partir. Le haría bien una buena cabalgata. Había soñado mucho con ese momento.

— Dime si prefieres que vayamos a buscar mis caballos o que usemos los tuyos —le propuso Jean Pierre.

— No vale la pena perder tiempo, aquí hay muchos. Vayamos por ellos —dijo Florence, tajante.

En la caballeriza eligieron los animales, los ensillaron cuidadosamente y partieron al trote.

Eran las dos de la tarde cuando Susan Wilson miró por la ventana y vio

a su nieta junto a Jean Pierre Dufour. Llegaban montando las dos yeguas nuevas. Esa mañana Susan había estado desde temprano encerrada con el administrador, planeando la esquila y cuando salió era casi el mediodía. Alen le había avisado que la joven dejó el recado que estaría cabalgando con Dufour. Observó por la ventana que venían riéndose y se sintió escindida. No quería otro hombre junto a su nieta durante un tiempo, pero se alegraba de verla más animada. Desde el incidente con Garrott, Florence casi no había salido de su cuarto. Estaba por ir a saludarlo cuando escuchó que se despedían. Florence entró a la casa como un torbellino.

— ¡*Ouma*, estuviste encerrada horas! Le pedí a Alen que te avisara que iba a cabalgar un rato.

— Estaba reunida con el administrador y bien harías tú en venir a estas reuniones para aprender.

Florence la miró sorprendida. No se le había ocurrido. Sin embargo, cada día se interesaba un poco más en las tareas de la estancia. Sabía que si ella no se hacía cargo de Maan, algún día un inescrupuloso como Garrott se quedaría con el lugar que le pertenecía. Su visión de las cosas había cambiado. Buenos Aires y sus atractivos de a poco perdían brillo para ella.

— Me encantaría estar presente. La próxima vez que te reúnas, me avisas.

Susan Wilson sonrió satisfecha. La tierra y el viento estaban haciendo su parte. La Patagonia extendía sus redes sobre su pequeña. Los pájaros, los corrales, los calafates y las puestas de sol comenzaban a dejar su marca; demandaban los corazones que le pertenecían, como a ella misma alguna vez se lo habían exigido.

La voz de Florence sacó a su abuela de las cavilaciones:

— El día que salimos a juntar la firma de los ingleses acordamos esta cabalgata con Jean Pierre.

Susan la miró, levantando las cejas.

— ¡No sé qué opinas tú, pero con tanto francés dando vueltas, esta casa ya parece *la petite Paris*!

Florence comenzó a reír. Su abuela tenía razón. *Ouma*, al verla de tan buen talante, sintiéndose feliz de que su nieta comenzara a sumarse en las reuniones con el administrador, también estalló en carcajadas. Ya calmadas Susan le señaló:

— Pequeña, esta vez ten cuidado con los franceses.

— Quédate tranquila, con Jean Pierre sólo nos une la amistad.



— No tengo nada contra eso.

— Me alegra, porque mañana repetiremos la cabalgata. El paseo me ha hecho muy bien.

— ¿No dijiste que estarías presente cuando le diera instrucciones al administrador?

— No te preocupes, allí estaré. Hemos quedado con Jean Pierre en hacer las cabalgatas sólo por la tarde y no más de dos horas.

Susan frunció el entrecejo pero no dijo nada. Veía una nueva madurez en Florence. Lo notaba en sus decisiones, en su rostro y en sus palabras. La desilusión de lo sucedido con Garrott había influido. Y Susan no pudo evitar pensar en la verdad que contiene el dicho «no hay mal que por bien no venga».

\* \* \*

En la estancia Maan se instauró una nueva rutina. Por la mañana, Susan y Florence se reunían con el administrador para coordinar y organizar el trabajo. Allí ambas tomaban decisiones sobre la esquila, los nuevos métodos de sanidad para los animales y cómo combatir los zorros colorados que venían haciendo destrozos en la hacienda. Decidían qué víveres e insumos debería comprar el administrador para el establecimiento y cómo se haría ese año la venta y el retiro de la hacienda; y lo más importante: cómo comerciarían la lana que los países europeos en guerra demandaban cada vez más.

Una vez que terminaban la reunión con el hombre, abuela y nieta comían juntas el almuerzo sencillo preparado por Alen, al que casi no prestaban atención, absorbidas como estaban por los temas de la estancia. Luego descansaban un rato y a las seis en punto llegaba Dufour para la cabalgata, que duraba hasta las ocho. La pareja regresaba con la última luz del sol y él jamás se quedaba, pero tampoco había faltado nunca.

Una tarde, al volver Florence y Jean Pierre de su paseo encontraron a Susan ocupada con la jardinería en el frente de la casa.

— Han llegado justo a tiempo para ayudarme —les dijo.

Luchaba con unas lavandas añosas que se habían puesto feas y trataba

de podarlas. No era fácil, los tallos se habían convertido en troncos.

— Señora Wilson, me parece que necesita un hombre de brazos fuertes —dijo Jean Pierre.

— Sí, y que esté dispuesto a arremangarse —respondió Susan y le extendió la pala.

Jean Pierre no dudó un instante. Se inclinó y comenzó con la tarea, mientras Florence le contaba a su abuela que en su paseo habían visto un cactus con una enorme flor blanca, dos clases de lagartijas desconocidas y un pichón de becacina.

Habían pasado algunos minutos y el arbusto ya había sido podado.

— Creo que el trabajo está listo, señora, ahora podrá seguir con sus flores —dijo Jean Pierre, mirando el espacio libre que había quedado en el cantero después de haberle quitado la parte fea a la planta.

— Le agradezco, señor Dufour, y si mi nieta Florence está de acuerdo, creo que podemos darle unas *fregadele* de premio. Esta noche cenaremos eso con estofado de ciervo a la cacerola. Si quiere acompañarnos, será un placer.

— Me parece una excelente idea —añadió Florence.

Jean Pierre miró a las mujeres sorprendido. No había esperado tanto por podar una lavanda, pero la idea lo atrajo de inmediato. Eso significaba estar otro rato con Florence. Le costaba despedirse de ella al regresar de la cabalgata. Le agradaba estar con la chica, Florence Wilson le gustaba, lo pasaban muy bien juntos.

— Me encantaría cenar con ustedes —respondió.

Se quedaron unos minutos afuera conversando sobre las lilas, los jazmines, los laburnos y las malvas, los clavelines, las madreselvas y otras plantas que Susan había ido acopiando en el jardín a lo largo de los años. La claridad se extinguió por completo y dio lugar a una hermosa noche de verano. Una luna enorme brillaba suspendida en el firmamento y milagrosamente no corría viento.

— La noche es una belleza, pero nuestro estómago nos pide la cena —dijo Susan. Entraron en la casa.

Había pasado media hora y los tres se hallaban sentados en la mesa del comedor saboreando las *fregadele*. Hablaban de la esquila que estaba por comenzar.

— ¿Ya saben qué día será la esquila en Maan? —preguntó Jean Pierre.

— De momento los esquiladores están con el ingeniero Peralta y luego

éstos pasarán a nuestra estancia... será en pocos días —dijo Florence.

— A esta altura del año siempre es un problema organizarse para ver quién los contrata primero —dijo Susan.

— Creo que en algún momento esto cambiará. He escuchado una idea muy interesante sobre hacer la esquila en septiembre —dijo Jean Pierre.

— ¿Por qué en ese mes? Jamás se ha hecho en primavera —se sorprendió Susan.

— Dicen que si se le saca la lana en septiembre, la oveja está más liviana durante la peor etapa de su preñez —explicó él.

— Es inteligente... —dijo Susan y pensó en todas las ovejas que se morían al final de la gestación. Al caerse, no podían levantarse por el peso del vientre y de la lana.

A Jean Pierre le interesaba la opinión de Susan y continuó:

— Además se trabajaría sólo con la oveja y no habría que estar llevando el cordero al galpón para que después de la esquila encontrara a su madre. Sería mucho menos engorroso.

— La verdad es que no lo había visto así. Es un concepto innovador que podría ser muy beneficioso.

— ¿De dónde salió la idea? —preguntó Florence, a quien estas cosas cada vez le interesaban más.

— Alguien la escuchó en un viaje a Australia. Aunque no sé si allá la estarán aplicando o es una simple teoría.

Susan observaba a Dufour conversar. Trataba de encontrar parecidos y opuestos con el otro francés que hacía poco se había sentado a su mesa. Pensaba en su nieta y trataba de imaginar qué era lo que podía atraerle de cada uno. A Jean Pierre lo veía mucho más tranquilo que a Garrott, a quien había tratado bastante. Garrott era un hombre vehemente, que se engullía la vida de un bocado. Esto incluía los negocios, las personas y hasta la comida. Mientras lo hacía brillaba donde estuviera. Dufour en cambio tenía un ritmo menos intenso y de seguro por eso se llevaba bien con André. Su serenidad se traslucía en lo metódico de sus horarios. Había venido a la estancia todos los días exactamente a la misma hora. Hablaba y reía menos, pero era más dulce y menos tenso, y eso era bueno si su nieta comenzaba a fijarse en él, como le parecía que estaba sucediendo. Era evidente que Jean Pierre ya se hallaba interesado en ella; al venir a la estancia todos los días no hacía otra cosa que mostrar su apego a Florence. Ya lo había dicho: su casa era una *petite Paris*, no pasaba un día sin que un francés pisara su sala. Susan notaba cómo Dufour

miraba a Florence cuando hablaba, cómo le alcanzaba la sal y cómo la incluía siempre en cada plan futuro. A Florence, en cambio, no la veía tan entusiasmada pero bastante bien lo trataba y no le rechazaba ninguna de sus invitaciones. Esperaba que este francés no tuviera una cara oculta como el anterior.

Al terminar la comida, Florence trajo el postre de calafate y Jean Pierre no quiso probarlo. Otra gran diferencia con Garrott, que cada vez que le servían algo dulce por poco asaltaba la mesa, pensaba tanto Susan como su nieta.

La velada ya casi llegaba a su fin cuando se tocó un tema urticante pero que a todos interesaba:

— Y dígame, señor Dufour, ¿tiene alguna noticia de Garrott? ¿Sabe algo de cómo le está yendo en Buenos Aires? —preguntó Susan. No quería nombrarlo delante de su nieta pero tarde o temprano tendría que hacerlo.

La pregunta tomó a Jean Pierre por sorpresa. No podía contarles que no había tenido comunicación con él porque la última vez se habían agarrado a golpes. Decidió minimizar la situación.

— No he tenido muchas novedades de él, pero tengo entendido que lo han recibido en la Casa Rosada. Habrá que ver los resultados —mintió.

No sabía absolutamente nada de su amigo. Ya se enteraría cuando volviese de la Capital y se juntaran. Entre cabalgata y cabalgata, Jean Pierre había descubierto que Florence le interesaba mucho y no creía que esto fuese un problema. Lo más seguro era que Garrott ya se hubiese olvidado hasta del nombre de la chica. Al fin de cuentas entre ellos nunca había habido nada. Salvo la visita a la casa de los ingleses.

— ¿Cuándo regresa André? —preguntó Susan.

— Tendría que estar llegando mañana o pasado —respondió Jean Pierre.

— Supongo que Garrott nos contará las noticias en la próxima reunión de estancieros —agregó Florence, tratando de que no se notara el temblor de sus labios.

— ¿Y cuándo será la reunión para que nos informe? —preguntó Susan.

— Será en tres días, en la casa del ingeniero Peralta.

— Seguramente a esas alturas ya tendremos novedades y allí nos encontraremos todos para hablar también de la esquila —agregó Susan.

— Señora Wilson, me contó Florence que la esquila se hará pasado mañana. Si necesita algo no dude en avisarme —se ofreció Dufour, que nunca terminaba de entender cómo esta mujer podía hacer todo.

— Gracias, señor Dufour, pero para mí estas tareas no son novedad. Las hago sola desde que mi marido enfermó y mi hijo falleció. Aunque ahora la tengo a Florence —dijo, mirándola con cariño. En el último tiempo ella la estaba ayudando mucho.

— Así es, *Ouma*, en esta esquila trabajaré a la par tuya.

— A veces tengo la sensación de que mi Florence quiere esquilas las ovejas con sus propias manos.

— ¡*Ouma*! ¡Sé perfectamente que ésa es tarea de la comparsa! —dijo, refiriéndose al grupo de esquiladores que llegaban desde el norte del país para trabajar turnándose en las diferentes estancias. La comparsa era muy esperada.

— Estoy seguro de que su nieta estaría dispuesta, he visto que no le teme a nada —dijo Jean Pierre que comenzaba a conocerla.

— Eso no lo duden —dijo Florence.

Entre bromas y comentarios, se levantaron de la mesa. El invitado se marchaba. Susan lo despidió en el comedor. Dejaría las cosas en la mesa para que Alen las juntase por la mañana y se acostaría enseguida. Al día siguiente comenzarían a rodear el campo para traer las ovejas del corral chico a fin de tenerlas listas para la esquila.

— *Ouma*, acompaña a Jean Pierre hasta la puerta —le avisó Florence a su abuela. Ésta asintió con un gesto y los dos jóvenes salieron.

La hermosa luna seguía allí, iluminando como en los tiempos en que Peter, el padre de Florence, se sentaba a mirarla aguardando que la persona que esperaba terminase con las tareas de la cocina. Por un momento Florence miró hacia la galería de la antigua cocina de la casa y dormitorios de los empleados y reflexionó:

— ¡Imaginar que en este patio y bajo esta misma luna mi familia vivió tantas cosas! No llegué a conocer a mi padre pero me consuela saber que puedo estar en el mismo lugar y bajo la misma luna que él...

— Es verdad, no lo tienes a él pero tienes su lugar en el mundo. Peter Wilson habrá disfrutado muchas noches como ésta.

— Hay un cielo bellísimo —dijo Florence, contemplando las estrellas.

— Tal vez hasta haya besado a tu madre aquí mismo —dijo Jean Pierre. Y miró a Florence bajo la luna. Se acercó de improviso y la besó. Florence respondió al beso, pero no hubo soles ni trinos de pájaros ni fuegos artificiales. Sólo fue un beso.

— Florence, quiero hacerte una propuesta...

— Yo no creo...

— Shsss —dijo Jean Pierre y puso su dedo en la boca de ella, al tiempo que agregaba: —¿Escúchame, sí?

Ella asintió.

— No voy a venir a Maan por dos días y quiero que durante ese tiempo pienses si aceptarías tener una relación conmigo. Algo serio. Te estoy proponiendo un noviazgo.

— ¿No vendrás por dos días? —preguntó ella obviando la parte importante.

— Así te podrás dar cuenta si me extrañas.

Florence sonrió. Jean Pierre la trataba de manera muy diferente a la de Garrott, que había sido pura pasión y atropello, y ninguna propuesta. Pero al pensar en André no pudo evitar el deseo de verlo. Nada era sencillo. Los sentimientos se movían por los caminos que se le antojaban al corazón. Pero aquí estaba ella con Dufour y André se hallaba muy lejos, de seguro interesado sólo en sus negocios, como siempre.

— Está bien, Jean Pierre, lo pensaré.

— Sí, por favor —dijo él, y le dio un pequeño y tierno beso en los labios a modo de despedida.

Tres palabras entre ellos y Dufour se marchaba feliz en su coche. Le había propuesto un noviazgo y ella no le había dicho que no. Debía esperar dos días para ver qué pasaba. Usaría ese tiempo para organizar la esquila. Y aprovecharía para ver a su amigo André, que regresaba al día siguiente.

\* \* \*

André Garrott salió del despacho presidencial y necesitó sentarse unos minutos en la antesala. Quería pensar y disfrutar del momento, estaba eufórico, exultante. Había conseguido lo que quería. Dos días antes él le había entregado aquí al Presidente su petitorio, y hoy si bien el mandatario no lo pudo atender, éste había dejado dicho con su secretario que la autorización para el ansiado ramal del ferrocarril había sido concedida.

En breve, todos los estancieros de su zona podrían enviar los productos al puerto de manera expeditiva, como requerían los tiempos. Atrás quedarían

los días de carreta y sus consiguientes complicaciones. Sonrió. Se sentía orgulloso de estar en ese lugar y de que le hubiera ido bien. Después de tantos años de lucha y penurias en su familia, él, un Garrott, había estado con el Presidente de la Nación y éste le había concedido su petición. Argentina era un país generoso con los que ponían el hombro.

Se felicitaba además porque el petitorio había sido su idea, y la había llevado a cabo con Jean Pierre y Florence. Al pensar en ellos se percató de cuánto deseaba compartir con ambos el triunfo. Estar aquí sólo era la mitad del festejo. Necesitaba a su amigo y a Florence para que fuera completo. Pensó que a su regreso haría las paces con Jean Pierre y que a Florence... Florence... a ella la buscaría para decirle que la quería, que lo perdonara. Le explicaría lo que fuese necesario para no perderla. Era una mujer especial, la anhelaba para él.

Se levantó del sillón, bajó las escaleras y salió a la calle. Necesitaba preocuparse un poco por sus cosas. Quería pasar por los talleres que preparaban el pedido de ropa que enviaría a Europa el mes entrante.

Ya afuera y al aire libre, la ciudad de Buenos Aires le supo maravillosa. El sol le daba en la cara y se sentía optimista para verse a sí mismo y decidir hacer cambios. Se sentó en un banco de la Plaza Lorea y se prometió intentar ser mejor persona para merecer a Florence. Quería recuperarla. No iba a darse por vencido. Nunca lo había hecho y menos ahora, que lo movía un sentimiento tan fuerte.

Pasó media hora allí, sentado, planeando la parte práctica de las transformaciones que quería realizar en su vida y organizando lo que les diría a Florence y a Susan Wilson; porque también debería hablar con ella. Se sentía confiado. Florence no podía haber cambiado tan rápido, él se acordaba lo que habían sentido al estar juntos, de sus charlas e intimidades. ¡Necesitaba volver a tener eso con ella! Se tranquilizó pensando que pronto lo tendría.

En el centro decidió comprarle un regalo a Florence. Una hora después tenía en su bolsillo un anillo de oro y rubí y en la mano un enorme paquete con un vestido de seda roja importado de Francia. Quedaría espectacular con su cabello rubio. Apuró sus pasos, quería llegar temprano al taller para ver lo de las prendas. Esa misma noche regresaría a la Patagonia.

## *La Patagonia*

Esa tarde calurosa de diciembre, en la estación del ferrocarril el tren pitaba anunciando su llegada. En el andén pocas personas aguardaban a sus seres queridos, pero sí muchas esperaban cargas o hacían trámites para enviarlas. Ansioso, Félix Garrott buscaba la figura de su hermano entre la gente. La máquina se detuvo y en minutos los dos hombres de traje se abrazaron, saludándose. Luego caminaron hasta el coche mientras comentaban la parte del viaje que había realizado en el vapor.

André Garrott se sintió raro al no ver el rostro de Jean Pierre Dufour, esperándolo. Su amigo era quien siempre lo iba a buscar a su regreso de los viajes a Buenos Aires. Ya dentro del vehículo, Félix le preguntó ansioso:

— ¿Y? ¡Cuéntame ya mismo cómo te ha ido!

André lo miró y con su sonrisa ganadora, dijo:

— Mejor imposible. ¡En unos meses tendremos un ramal nuevo!

— ¡Bien, Garrott! —festejó su hermano, con una mano en alto.

— El Presidente mismo dio la orden.

— ¿Te atendió? ¿Es como dicen?

— Me recibió cuando llevé el petitorio. Es bastante parecido a lo que describen.

— Hermano, creo que el petitorio fue una decisión excelente. Los estancieros te deben esto a ti. ¿Y el resto cómo fue?

— Fui a ver la ropa a los talleres, todo marcha muy bien. Estuve ultimando detalles del envío para los ingleses. ¿Aquí como va todo?

— Preparando la esquila, contratando a la gente. Mucho trabajo.

— ¿Te ha ayudado Jean Pierre? ¿Qué sabes de él? —dijo André con apremio.

— Sí, mucho. Está bien, lo he visto a diario —respondió Félix.

André respiró aliviado. No podía ser de otra manera. La pelea entre ellos era una tontería que se solucionaría con un abrazo, pensó mientras miraba el paisaje patagónico que le mostraba que pronto estaría en casa.

— Avísale que he llegado y que nos vemos en un rato en la oficina de la estancia.

— ¿Ahora, a la tarde? ¡Olvidalo! La última semana hasta se ha levantado de madrugada con tal de estar libre a las cinco para sus citas amorosas.



— ¿De qué hablas?

— Todas las tardes durante los últimos días solamente se ha interesado en ver a Florence Wilson. Parece que van juntos a cabalgar —al decir esto Félix pegó sus dedos índices en señal de unión. André Garrott al verlo sintió una sensación de náusea. La frase le había caído como un balde de agua helada. ¿Jean Pierre visitaba a Florence todos los días? ¿Y ella lo aceptaba? Se iba una semana y sucedía esto. ¿Le hacía semejante cosa a él que había hecho un pacto consigo mismo para ser mejor persona por ella? Él que estaba dispuesto a lo que fuera. Ya vería Jean Pierre todo lo que él tenía para decirle. Y también ella. Pero... ¿cuándo iba a hablarles? ¿Tenía derecho? Las lucubraciones de su mente le quitaban la cordura mientras el auto continuaba el viaje rumbo a la estancia.

— ¿Estás bien? Te has quedado callado —preguntó Félix.

— Estoy cansado. Y la verdad es que no esperaba esa noticia de Jean Pierre.

— ¿Qué tiene de malo? Si la chica lo acepta... —Félix se encogió de hombros, miró a André y buscando alegrarlo, añadió: —Yo no la he visto desde que ella regresó de estudiar, pero dicen que es preciosa —dijo con un guiño y dibujó con las manos las curvas de una mujer.

— ¡Qué haces, qué dices! ¡Acábala ya con las señas! —le respondió André a su hermano con un manotazo.

Félix levantó las cejas. No entendía qué le pasaba a André.

— Tranquilízate, ya llegaremos a casa y podrás descansar —Pisó el acelerador para llegar cuanto antes. Era evidente que el agotamiento tenía a su pobre hermano de mal humor. Decidió no molestarlo más. Una semana de trabajo en la ruidosa Buenos Aires extenuaba a cualquiera, aun al incansable André.

Eran casi las seis de la tarde cuando André Garrott llegó a su casa y su hermano lo despidió para que pudiera descansar. En la puerta le había dicho:

— Espero que te repongas pronto, hay mucho por hacer y pasado mañana comienza la esquila. Tómame la tarde. Y si tienes tiempo, mira los papeles que te dejé en el escritorio. Son de la transferencia de las tierras de Albornoz.

André no había escuchado ni una de las palabras de Félix. Su mente volaba en el cielo de la estancia Maan. ¿Acaso a esta hora llegaba Jean Pierre para su visita diaria? ¡Maldición! No podía soportar la idea.

Ya dentro de la casa siguió torturado por esa pregunta y otras de igual naturaleza, hasta la noche. Había intentado comer algo y no había podido. Quiso ver los papeles en su oficina, quería dar la orden de que le diera a Albornoz un poco más de dinero por sus tierras. La decisión era parte del cambio personal que se había propuesto, pero tampoco logró concentrarse en eso. Ya veía que su noche, a pesar del cansancio, sería mala. En ese estado de alteración le sería imposible dormir.

Florence Wilson en su casa no tenía una tarde mejor, la propuesta de Jean Pierre la hacía pensar y las conclusiones que sacaba no eran buenas. Ella no sentía nada por Dufour, aunque el noviazgo le vendría bien para quitarse de la cabeza de una buena vez a Garrott. Jean Pierre era una buena compañía, pero no quería jugar con sus sentimientos. Tenía que meditar qué iba a hacer y éste no era el momento. Los preparativos de la esquila estaban a pleno y oía los ladridos de los perros mientras las ovejas eran arriadas para la actividad del día siguiente.

\* \* \*

Ese viernes en la estancia Maan la jornada había comenzado a las cinco de la madrugada. Y ahora a las ocho, el galpón de la esquila hervía. El barullo era ensordecedor. Los hombres gritaban, el rumor de las tijeras mecánicas retumbaba por todas partes y el balar de cientos de ovejas y corderos que se llamaban mutuamente tratando de encontrarse en medio de esa mezcla de sonido, lo llenaban todo. El ruido de las pezuñas sobre el piso de madera se unía al olor a nafta, estiércol, orina de animales, sudor, grasa y lana recién cortada. Los peones encargados de hacer entrar a las ovejas al brete contiguo al galpón de esquila, chorreaban sudor con tierra mientras empujaban a los animales que se resistían, y azuzaban a los perros.

Florence se había presentado allí en pantalones, que no eran usuales en una dama pero eran necesarios para la actividad que se avecinaba. Su abuela al verla en el desayuno había exclamado:

— Nunca pensé que iba a vivir para ver a una nieta ir de pantalones a la esquila.

Pero se consolaba al pensar que era muy bueno que Florence estuviera a su lado haciéndose cargo de obligaciones que antes no le interesaban. En medio del jaleo a nadie le importaba la ropa, el ambiente lleno de adrenalina, gritos y emoción centraba su interés en otras cosas. Era el momento más esperado del año. Era rendir la última materia y recibirse porque si la esquila no salía bien, todo el trabajo de los meses anteriores no valía nada. Era el centro de las esperanzas y el peso de esto se sentía en cada movimiento.

\* \* \*

André Garrott se levantó y se miró en el espejo de su cuarto. Agradeció no verse como se sentía físicamente; estaba fatal. No había pegado un ojo en toda la noche pero su ánimo estaba bien dispuesto. Había tomado una decisión importante y eso lo ponía optimista. Todavía tenía una ficha para jugar en este juego. La misma era demasiado valiosa pero lo que sentía por Florence Wilson lo hacía pensar que ameritaba usarla. Iría a la estancia Maan. Había escuchado que allí estaban de esquila pero no le importaba. No podía esperar un minuto más para hacer lo que quería. Se dio un baño y se puso uno de sus mejores trajes. La ocasión lo merecía. Eligió el azul oscuro, nada de claro ni de rayas. Hoy no. Se puso el perfume que se hacía traer de París y se peinó con gomina. Mirándose de nuevo en el cristal, éste le devolvió la imagen que esperaba: la camisa blanca refulgía bajo el saco y sus penetrantes ojos verdes resaltaban con el traje oscuro. Estaba prolijo a más no poder. El peinado impecable revelaba sus rasgos armoniosos, su nariz recta y sus pómulos altos. Levantó el puño en alto y lo movió en son de victoria, como hacía cuando iba a cerrar algún negocio importante, y salió en busca de su Chevrolet.

## CAPÍTULO 25

### Hoy

En Ciudad del Cabo amaneció nublado y el paseo al teleférico planeado por Omar y Elena quedó suspendido. Table Mountain, el cerro de cima plana que dominaba toda la ciudad, estaba cubierto de nubes. Ellos confiaban en que tal vez, cuando terminara la visita diaria a Gonika, el tiempo hubiese mejorado y pudieran subir a la aerosilla de la gran colina para ver la ciudad. Suponían que ésta sería la última vez que iban a casa de los Smith; ya faltaban pocas cosas por preguntar. A Elena le daba pena despedirse. Conocer a Gonika había sido una experiencia inolvidable para ella.

Después de desayunar, fueron a la casa celeste como cada día. Mientras esperaban frente a la puerta, Elena se reía de las bromas de Omar; él le decía que estaba comiendo mucho y eso aumentaba sus curvas. Elena lo retaba divertida y le pellizcaba el brazo con suavidad. Peter Smith abrió la puerta. No tenía su habitual sonrisa.

En pocas palabras, un poco en afrikáans y otro poco en español, les contó que su padre no tenía un buen día y que había querido seguir durmiendo. Esto no era muy común en él, pero no veía ningún otro síntoma preocupante. Tal vez habían sido demasiados recuerdos, sólo eso, y había que dejarlo descansar.

Elena y Omar ante la explicación no pudieron evitar sentirse consternados, en pocos días habían pasado muchas horas con el anciano compartiendo historias de sus seres queridos. Era un hombre dulce, amable y de buen humor. Empezaban a quererlo. Decidieron dejarle a Peter una tarjeta con la dirección y el teléfono del hotel donde se hallaban para que les avisara cómo evolucionaba; ellos podían venir o no a verlo, según lo que les indicase Peter fuera lo mejor.

Regresaron directamente al hotel. A Elena la noticia y los embutidos del desayuno le habían caído mal.

Un par de horas después todavía se hallaban en la habitación, sin ánimo de nada. Omar intentaba distraerse con las noticias de la CNN, mientras Elena se recuperaba. Recostada en la cama, molesta por todo, en un momento le recriminó:

— Por Dios, Omar, te pido por favor que no te pongas tanto One de Calvin Klein, porque el perfume me está matando.

— ¡Si siempre te gustó! —Y distraído agregó: —¿No estarás embazada, no? —Lo dijo sin pensar, ensimismado en las noticias de la crisis económica argentina que pasaban por el noticiero mundial.

Elena pestañeó varias veces en la oscuridad. Una, dos, tres veces. Ató cabos y rabos, sacó cuentas y de golpe se sentó en la cama.

Él al verla le preguntó:

— ¿Qué te pasa, seguís muy mal?

— ¡Omar... creo que tenés razón! ¡Estoy embarazada!

Instantes y, al mundo con todas sus noticias importantes, se los tragó la tierra. Las palabras de Elena habían penetrado en su mente y turbado le respondía:

— ¿Qué decís? ¿Por qué pensás eso?

— ¡Por qué va a ser! ¡Hace tiempo que no nos cuidamos!

— Además de eso, digo...

— Tengo náuseas, me molestan los olores y este mes no tuve mi período.

— Vos me contaste que una vez buscaste tener un hijo... —Tuvo que nombrar lo que no quería decir. Pero Elena lo salvó.

— Esto es diferente... nunca me había pasado.

Omar se volvió loco de alegría. Él le había dicho que quería un hijo con ella la noche que le pidió casamiento. Se reía como un chico y le besaba la panza.

— Esperá un poco, tengo que hacerme un examen para estar segura. Por favor, andá a la farmacia y comprá uno de esos tests de embarazo de venta libre.

— ¿Cómo se pide eso en afrikáans? —preguntó Omar, preocupado.

— Ni idea. Pedilo en inglés o hacé señas, seguro te van a entender.

Omar se levantó de la cama, se puso los zapatos y salió disparado. En cinco minutos estaba de vuelta: se había olvidado la billetera. Se fue de nuevo, no sin antes besarle otra vez la panza, la cara y las manos, mientras alborotaba sábanas y almohadas.

Media hora después festejaban juntos la fabulosa noticia: iban a ser padres. Lloraban y se reían entre las corridas de Elena al baño para vomitar. Esa noche sin importarles los malestares fueron al restaurante más elegante

del Waterfront; uno de estilo inglés, de madera blanca con forma de castillo, donde se cenaba a luz de la luna en los balcones que daban al mar. Allí brindaron con champagne, Elena sólo media copa; ya no podía tomar más hasta que naciera el niño, había sentenciado Omar; y en medio de la bella noche sudafricana jugaban a elegir nombres para el bebé, ella de varones, él de niñas. Cada uno tenía su propio presentimiento y predilección sobre qué sería su hijo.

Querían contarle la noticia a todo el mundo, pero estaban lejos de la parentela y la novedad no era algo para decir por teléfono. Pensaron que si Gonika se sentía bien lo visitarían para hacerlo partícipe a él y a su hijo Peter, de la buena nueva; que para ellos en ese momento se asemejaba al estallido del universo. Aguardaban la llamada de Peter que les diera el visto bueno para regresar.

## CAPÍTULO 26

### Ayer

Esa mañana, André Garrott salió de la estancia Azul a toda velocidad; en sólo cuarenta minutos estaba en la estancia de las Wilson. Era el día de la esquila y se notaba una actividad enardecida. Había vehículos estacionados bajo los árboles y los hombres iban y venían del galpón.

Se bajó del auto y decidido se dirigió hacia donde suponía estarían las dos mujeres; a su alrededor había un tumulto de gente, él ni lo miró. Caminó veloz treinta metros y quedó frente al galpón. Ingresó con paso seguro; un alboroto ensordecedor lo recibió, gritos y ruidos retumbaron en su cabeza; pero él también lo ignoró. Algunos lo saludaron, otros se dieron vuelta a mirarlo. Se daba cuenta de que su ropa no era la adecuada para lo que allí acontecía, aunque sí para lo que él iba a hacer. Mientras caminaba, allí en medio del lío vio lo que buscaba: el pelo rubio, largo y sedoso de Florence. Sus cabellos refulgían entre los demás, se enterneció. Junto a ella estaba Susan Wilson. Ambas observaban una oveja herida por un esquilador «chanchó», como se apodaba a los que lastimaban a la hacienda. Susan le solicitaba al contratista que despidiera a ese empleado y lo mandara «a chancar a otra parte», le decía que ya eran varios los animales heridos y ella no lo iba a tolerar. Una pequeña discusión se desataba cuando André se acercó; debido al ruido reinante ninguna de las dos notó su presencia hasta que él tocó el hombro de Florence.

Ella se dio vuelta y lo miró sin entender. Ese rostro no encajaba con el lugar ni con la situación. Sin darle tiempo a nada, André exclamó:

— Quiero hablar contigo.

— ¿Ahora? —Ella seguía sin comprender.

— Sí, ya mismo. Vamos —y la tomó del brazo. Entonces se acordó de Susan, giró sobre sí mismo y viendo a la mujer atónita por lo que acontecía, le dijo:

— También necesito hablar con usted, señora Wilson.

Susan, al observar su cara, no dudó un instante en seguirlo. André caminaba a paso raudo por el patio llevando a las dos mujeres, una a cada lado, cuando llegaron a la casa e ingresaron a la sala.

— Por favor, siéntense —les pidió Garrott.

Ambas lo hicieron y él se puso en cuclillas frente a la joven.

— Escúchame, Florence, la última vez que estuve aquí me equivoqué. Te pido perdón a ti y a tu abuela —se dio vuelta y miró Susan. Luego, nuevamente con los ojos en ella le dijo: —Florence, yo te quiero, te quiero de verdad. Quiero algo serio contigo, un noviazgo, un matrimonio... y la verdad es que tus tierras me importan un bledo.

— La última vez que nos vimos no lo parecía, estabas obsesionado en comprarlas al precio más bajo posible —dijo Florence desconfiada.

— Ya te dije que me equivoqué.

— ¿Y cómo hago para creerte? ¿Cómo hago para estar segura de que los negocios, las tierras y el dinero no son lo único que te interesa? ¿Cómo hago?

— ¡Porque yo te lo digo, Florence!

— ¡No, Garrott, estás equivocado! No puedo estar segura que para ti seré más importante que todas esas cosas.

— Tendrás que creerme.

— No sé si puedo.

— Haz el esfuerzo...

— No, Garrott. No.

Él desvió su mirada hacia a la ventana. Luego se volvió hacia ella de nuevo y le respondió tranquilo:

— Pues entonces para que me creas voy a poner a tu nombre todas mis posesiones. Hoy mismo iré al notario y haré los papeles. Todas mis tierras quedarán para Florence Wilson. Nada de eso me interesa si tú no me crees.

Florence lo observó. ¡Hablaban en serio!

— ¿Qué dices, André?

— Eso. Que voy a darte todo. Bueno, no todo, algo me dejaré para volver a empezar. Necesito seguir ganando dinero para cuando nos casemos. —Aún en ese trance, mantenía su mente práctica y negociante.

Susan a estas alturas de la conversación ya creía que a André el amor lo había trastornado o peor, que él siempre había sido un loco.

— Vamos al notario ahora mismo —le dijo, tomándola suavemente del brazo—. Te digo de verdad que quiero darte todo. Si no estás a mi lado, mis posesiones no me interesan —Garrott tenía los ojos llenos de lágrimas.

Al ver esta situación, Susan se levantó de la silla.

— Creo que esto deben resolverlo a solas. Por mi parte, señor Garrott, acepto sus disculpas por el comportamiento de la otra noche. Y espero que su



cambio sea genuino.

Les dio un beso a cada uno porque creía que la situación lo ameritaba y se retiró. La verdad que cuando veía esos sufrimientos románticos, ella agradecía ser vieja. No le habría gustado estar en los zapatos de ninguno de ellos. Las decisiones que debían tomar eran importantes e implicaban riesgos, pero respetaría la elección de Florence. Ella misma había aprendido sus lecciones. Se dirigió al galpón donde se estaba realizando la esquila. Para algunos, como ella, la vida continuaba; para otros, como su nieta, recién comenzaba. Esperaba que su pequeña diera el primer paso con el pie derecho.

En la sala, André Garrott abrazaba a Florence y con ternura le llenaba la cara de besos, éstos se mezclaban con la sal de las lágrimas. Ella lloraba, él también; se decían cosas al oído, se acariciaban. Garrott la tenía apretada contra sí, sintiéndola toda, sintiéndole el alma. No quería soltarla nunca más. Ella se asustaba del sentimiento, lo besaba y se perdía en esa boca que hasta hacía tan poco, no conocía. Se extraviaba en él hasta no encontrarse, hasta amalgamarse por completo con André y emerger como una nueva ella. ¿Cómo alguien en tan poco tiempo ocupaba tanto espacio en su corazón? Abrazados, los cuerpos y almas hablaban, y se daban las respuestas sin necesidad de palabras.

Afuera, las ovejas, con dolor, miedo y gritos, se desprendían de la lana acopiada en su cuerpo durante un año; en la sala un hombre se deshacía sin queja de la ambición atesorada en toda una vida. ¿Por qué, para qué le servía, si por ésta malograba lo más importante, lo que realmente amaba? Junto a él, una mujer desechaba su orgullo y sus temores sólo porque su corazón así se lo exigía.

\* \* \*

Esa mañana, André Garrott miró por la ventana de su oficina en la estancia Azul y vio el auto de Dufour estacionarse bajo los árboles de la entrada. Nervioso, corrió la cortina, y se sentó. Después de lo sucedido el día anterior con Florence en la esquila había decidido citarlo en su escritorio. Lo aguardaba hacía minutos. Como hombres y amigos, necesitaban aclarar la

situación. Florence le había contado la propuesta que Jean Pierre le había hecho y cómo ella pensaba rechazarla. André quería hablar con él antes de que ella lo hiciera. La amistad que los unía desde siempre lo merecía. Repasaba mentalmente lo que iba a decir y los recuerdos lo llenaban de sentimientos encontrados. Recordaba sus diabluras de niños, los miedos al llegar a la Argentina y cómo se habían defendido, sus primeros y tímidos negocios, en los que Jean Pierre siempre lo había apoyado. Habían compartido todo, hasta las mujeres, claro que no las de la clase de Florence. Mucho tiempo atrás, cuando Gigio recién había inaugurado el burdel sobre la ruta y ellos eran muy jóvenes, los dos se habían enamorado de una jovencita italiana que el hombre había traído para trabajar. Durante más de un año ambos se habían acostado con ella, pagando su exclusividad, ideando planes estrambóticos con la loca idea de sacarla de esa vida. Pero los años habían pasado, esas experiencias eran lejanas, y ahora veían la vida de manera diferente.

André sentía que estaba en una encrucijada en su vida, harto de correr tras quimeras, ocultar dolores y vivir para ser aceptado por sus éxitos. Florence había aparecido justo a tiempo para ayudarlo a ser una mejor persona. La había elegido a ella con todo lo que esto significaba. Pensaba emprender una vida nueva, quería formar una familia y darle prioridad a otras cosas que no fueran el dinero. Era su oportunidad y esperaba que Jean Pierre lo entendiera.

Las meditaciones de Dufour durante los últimos minutos no eran muy diferentes, sólo que un tinte ingenuo y atrasado de noticias le hacía pensar en cómo tomaría André la relación que había nacido entre Florence y él a partir de las cabalgatas diarias. No imaginaba ni por casualidad todo lo que había sucedido entre ella y Garrott desde que se conocieron, y mucho menos lo que había ocurrido el día anterior.

Jean Pierre entró en la oficina y lo saludó. Incómodos, trataron de romper el hielo hablando sobre el viaje de Garrott a Buenos Aires, hasta que André no aguantó más y fue directo al grano.

— Quería verte hoy mismo. Tenemos cosas más importantes que mi viaje por hablar.

— ¿Quieres empezar tú o empiezo yo? —preguntó Jean Pierre. Él también tenía lo suyo por contar.

— Lamento la pelea que tuvimos. No deberíamos haber llegado a las manos.

— Yo también lo lamento, compañero —dijo Jean Pierre a punto de levantarse para abrazar a su amigo. Pero André al verlo lo detuvo con un gesto; consideraba que era mejor exponerle todo cuanto antes. No quería que lo pensara que estaba ablandando para lo que venía.

— Estuve con Florence, me contó de tu propuesta...

La frase tomó a Jean Pierre por sorpresa.

— ¿Cuándo estuviste con ella?

— Ayer.

Hubo un instante de silencio absoluto. Garrott continuó:

— Mira, Jean Pierre, las cosas han sucedido muy rápido y casi sin pensar. Después de la pelea y antes de tus cabalgatas, Florence y yo salimos algunas veces y la visité en su casa.

— ¿Salidas, visitas? Nunca me contó.

— Lo que sucede es que habían terminado mal. Ella se ofendió por algo que hice.

— Qué raro.

Garrott se contuvo de responder a la provocación. Se daba cuenta de que en esa mañana era Jean Pierre el que perdía, y él quien ganaba. Prosiguió con serenidad:

— Lo cierto es que ayer fui a su casa, le pedí perdón y ella me absolvió.

— ¿Y qué más? Porque no lo veo tan grave.

— Hemos decidido comenzar una relación. Ya hablé con su abuela.

Nervioso, Jean Pierre se tocó su cabello claro y enrulado. ¿De qué estaba hablando André? ¿Cuándo habían sucedido todas esas cosas?

— ¿Una relación...? Pero si yo se lo pedí primero y ella aún no me contestó.

— Por eso te cité. Te dirá que no y será por mi causa.

En la mente de Jean Pierre las ideas iban y venían, cada una se apoyaba sobre otra y juntas armaban un terrible argumento: ¡André le estaba robando a Florence! ¡A él que era su mejor amigo y que siempre lo había apoyado en todo! A él que lo ayudaba y lo defendía cuando otros lo criticaban, y nunca le pedía mucho para sí mismo. Si mal no recordaba ésta era la única vez que deseaba algo y no estaba dispuesto a ceder.

— ¡No puedes hacerme esto! —gritó Dufour.

— Estamos enamorados, Jean Pierre. ¿Qué quieres que hagamos?

— ¡Tú siempre tienes repuesta para todo, André! ¿Pero sabes qué? Me estoy cansando de tus caprichos, de que siempre quieras todo lo mejor para ti.

Vas y tomas tu parte y la de los demás también. Esto mismo estás haciendo ahora.

— No es así, Jean Pierre. No es así.

— Nunca te he cuestionado porque jamás nada me ha interesado más que nuestra amistad. ¿Pero sabes qué...? ¡Me harté! En esta oportunidad no me haré a un lado, no te daré mi parte. Tal vez estés equivocado y Florence me diga que sí. Los besos que tuvimos fueron especiales.

La última frase tiró por la borda la compostura que Garrott venía demostrando.

— ¡Eres un mentiroso!

— Pregúntale a ella, que te dirá. Me voy ahora mismo a hablar con Florence.

— ¡Vete, ya verás cómo te recibirá!

Jean Pierre se levantó de la silla con violencia y luego de dar un portazo en la oficina y otro peor en la puerta principal, se alejó de la estancia.

\* \* \*

### *Diciembre 1942*

Había pasado un mes desde la esquila y todos los estancieros de la zona ya habían realizado la suya. En algunas el trabajo había durado cinco días, y en otras diez y hasta veinte. Pero al fin ya no quedaba ni una oveja que no mostrara su cuerpo desprovisto de abrigo, y todos se hallaban satisfechos. Ahora tocaba la comercialización de la lana y de los demás productos que cada uno promovía. Pronto serían las fiestas de Fin de Año y los estancieros hablaban de pasar juntos el año nuevo para festejar los grandes resultados obtenidos con el esfuerzo de todos, como lo era la extensión del ferrocarril, que en esos días había comenzado a construirse. Los obreros habían llegado junto al envío de los materiales, y se podían ver los durmientes, y el acero acopiados a los costados del camino, a mano de los hombres que los usaban.

Florence y André llevaban semanas de plenitud y felicidad. Aunque antes habían tenido que pasar por ciertas tristezas, las charlas que cada uno tuvo que tener con Jean Pierre habían sido algunas de ellos, así como también

la esquila corta y fría que él le había enviado a Garrott avisándole que se iba a Buenos Aires, donde una vez instalado pensaba dedicarse a exportar mercadería a los países beligerantes y a desarrollar otros negocios: por lo que le pedía su parte en las operaciones que con André habían realizado en los últimos años. Su amigo le había dado todo lo pedido con dolor, al pensar que una etapa llegaba a su fin. Pero se daba cuenta de que, al menos por ahora, esto era lo mejor. Las cosas entre ellos necesitaban enfriarse, el tiempo arreglaría lo demás. Una amistad de toda la vida no se perdía de un día para el otro, opinaba confiado. Aunque a veces cuando recordaba lo que le había dicho sobre los besos de Florence, todavía le daba rabia. Reconocía que era por demás celoso con ella ¿pero qué podía hacer? Él era así y la quería demasiado. En el último tiempo había descubierto que la amaba profundamente. Cada día que pasaban juntos estaban más seguros de que todo había valido la pena. Descubrían que se complementaban, que disfrutaban de las mismas cosas y les gustaba hacer planes juntos. No había nada que pudiera competir con el gusto que hallaban en la compañía del otro.

André la llenaba de regalos. Y por más que cada vez que él aparecía con un nuevo paquete envuelto en papeles de colores y lleno de moños, ella le decía que no hacía falta, que no necesitaba nada, él seguía trayéndole perfumes, flores, vestidos, libros, muñequitas de porcelana y otras excentricidades como mates de plata, prismáticos para observar las diferentes especies de pájaros y hasta un cachorro pastor inglés, el que fue entregado ante los ojos atónitos de Susan, quien consideraba que, a este hombre apasionado, los sentimientos lo habían transformado. Porque Garrott así como era exaltado e impetuoso en todas las cosas de la vida, también lo era en el amor, donde Florence le respondía. Entre ellos los besos eran largos, fogosos, y las caricias osadas. Los momentos de intimidad eran buscados y disfrutados. Florence hacía un esfuerzo para poner límites, pero Susan los había encontrado en más de una oportunidad besándose de manera escandalosa en la sala. Una vez había tenido que toser bastante hasta que se dieron cuenta de que tenían compañía. Susan planeaba tener una seria conversación con su nieta y aguardaba la ocasión. Ella no quería problemas, Garrott y Florence eran demasiado conocidos en la región y un traspie podía arruinar la reputación de su nieta para siempre.

André la visitaba una y hasta dos veces en una misma jornada. Ella, cada siesta, amasaba galletas para el té de él. Esa tarde, mientras tomaban la merienda frente a una fuente llena de *beskeid* en el centro de la mesa, Susan

los miraba y se daba cuenta de la peligrosa familiaridad que tenían en el trato y cuán enamorados estaban.

Durante la charla, André les confirmó la noticia del convite de Fin de Año.

— Me parece una espléndida idea que los estancieros que han trabajado juntos durante todo este año hagan una fiesta —dijo Susan.

— ¿Tú crees que los ingleses vendrán, André? —preguntó entusiasmada Florence.

— Habrá que hacer la prueba —respondió él.

— ¿En dónde haríamos la reunión? —preguntó Susan.

— En casa de Anchorena. A su mujer le gusta ofrecer la casa para los eventos. Y ésta sería una gran fiesta, con cena, música y baile, el 31 a la noche.

— ¡Me encanta! —dijo Florence, batiendo palmas.

Garrott la miraba reír entusiasmada y pensaba que su sonrisa era lo más bello que había visto en su vida.

— Además la fecha encaja perfectamente con algo que quiero hacer —anunció Florence.

Su abuela la miró con interés. Garrott también. Lo que ella quisiera, así fuera la luna, él se lo daría, pensaba André, que no conocía las medias tintas.

— ¿Qué deseas hacer, Flor? —le preguntó él.

— Hace tiempo tengo una idea que pienso llevar a cabo la semana antes de la fiesta de Fin de Año. —Hizo una interrupción, miró a su abuela y con voz dulce le dijo: —*Ouma*, quiero visitar a la tía Anne.

Un silencio se hizo en la sala. Susan Wilson no se esperaba eso; ella casi no nombraba a su hija. Si lo había hecho una vez desde que Florence había llegado era mucho.

— ¿Y a qué viene esa idea insólita? —se quejó Susan. Hablar de semejante tema delante de Garrott solamente podía ocurrírsele a su nieta.

— *Ouma*, ella es mi única tía y quiero verla, hace años que no lo hago.

— No sé, justo ahora...

Su abuela se movió incómoda en la silla y Florence volvió a la carga:

— Pasado mañana será Navidad y después no hay compromisos hasta la reunión de Año Nuevo. Tenemos una semana para elegir el día de la visita.

— Deberíamos esperar un poco —insistió Susan.

— ¿Esperar qué? No entiendo por qué nunca la visitas ni por qué ella viene a la estancia sólo dos veces al año. ¿No te parece que nuestra familia es

demasiado pequeña como para vernos tan poco?

La pregunta fue una estocada para Susan, que, inerme, sintió cómo se le escurrían sus pobres argumentos. A Garrott el tema lo había tomado desprevenido; observaba cómo se desarrollaba la conversación sin saber si era mejor meterse o callarse. Había escuchado algunos comentarios chismosos sobre Anne Wilson, pero nadie sabía a ciencia cierta cuál era la verdad. La casa de Anne era de difícil acceso y nadie llegaba hasta el lugar, salvo los pocos carros que iban a buscar sus productos cada tanto.

Susan hizo un último intento de detener a su nieta, aunque si la conocía bien sabía que no resultaría.

— Puede ser, pero es un viaje largo para ir un solo día. Yo todavía estoy cansada de las actividades del último tiempo. Y tú no puedes ir sola.

— *Ouma*, si no quieres ir te entiendo, pero de todos modos yo viajaré.

— No puedes ir sola —insistió.

— Lo sé —dijo Florence y miró a Garrott—. ¿André, tu me acompañarías?

Él pensó que ya era momento de sacar a relucir su don de gentes y buen humor. Las mujeres no lograban ponerse de acuerdo y quería ayudar.

— Claro, si usted lo aprueba, señora Wilson. Nadie más sabio que una abuela para aconsejar a una nieta.

Susan estaba a punto de comenzar un discurso sobre lo que tenía permitido una dama, cuando Florence le ganó de mano.

— *Ouma*, yo he hecho muchas concesiones por ti y por esta estancia. Estoy aquí, trabajo a la par tuyo y me dedico de lleno a lo que siempre quisiste —hizo una pausa y agregó, con dulzura y firmeza—: No pongas impedimentos a algo tan sencillo como visitar a mi única tía, que vive a sólo un día de camino.

Susan ya no dijo nada. Su nieta tenía razón.

— Me pongo a disposición de lo que ustedes decidan —dijo André.

Florence veía a su abuela anonadada.

— *Ouma*, es tiempo de olvidar viejos rencores o lo que sea que las ha llevado a estar distanciadas tantos años. ¿No ves que se acercan tiempos felices para nuestra familia? —dijo optimista, pues los escollos que ella y André venían superando le daban ánimo para pensar que todo tenía solución.

— Florence, si quieres ir, ve. Sólo debes tener en cuenta que una vez que vayas, ya nunca volverás a ser la misma.

Florence se asustó. ¿Qué era lo que su abuela quería decir? Decidió no

prestarle atención. La vida era bella y no valía la pena vivirla con amargura. Ella no quería estar alejada de la única otra persona de su familia que quedaba, no importaba lo que hubiera hecho.

En instantes en la mesa se planeaba el día en que ella y Garrott irían, la hora en que saldrían y qué llevarían. Susan, silenciosa, pensaba que los aleteos de mariposa que uno despertaba con sus decisiones no terminaban nunca de hacer su parte en el futuro de los integrantes de una familia. ¡Cuántos dolores de cabeza se ahorraría uno si comprendiera esta verdad de joven!

El sol caía sobre el horizonte patagónico y Florence despedía a André en la puerta. Bajo los árboles, contra el Chevrolet azul, Garrott le hablaba al oído mientras la mantenía pegada a su cuerpo.

— Me siento orgulloso de cómo le hablaste a tu abuela. Fueron palabras sabias.

— Gracias por apoyarme.

— Eres linda, me gusta tu corazón.

— ¿Sólo mi corazón? —dijo risueña.

— Me gustas toda, ¿quieres ver cuánto?

La apretó con más fuerza y la besó con pasión durante largo rato. Esta mujer lo ataba y él no quería desatarse nunca más en la vida. Ella pensaba que ese hombre la hacía descubrir un mundo de emociones y sensaciones maravillosas que la hacían feliz; quería estar siempre a su lado, pasase lo que pasase. Eran palabras y promesas sencillas en tiempos felices, pero difíciles de sostener en épocas tormentosas.

El Chevrolet azul patinaba por el angosto camino patagónico. La carga que llevaba no era la culpable de la oscilación sino la senda arenosa. Garrott, vestido como para una fiesta, había pasado a buscar a Florence, y ella había abarrotado el vehículo de objetos de toda índole. Quería llevarle varios regalos a su tía Anne. En el baúl y en el asiento trasero había plantas, semillas, frascos de dulce y compotas, panes y tortas, una provisión importante de *beskeid*, libros al por mayor, algunas ropas exclusivas, como un chal y un sombrero comprado en la nueva casa de modas de Comodoro, y tres cajas de artículos de perfumería. Le había parecido que su tía, por ser mujer y por vivir lejos de todo, valoraría este presente más que todos.

Los rayos de sol entraban por la ventanilla, el vehículo volvía a patinar,



pero ninguno de sus dos pasajeros se amedrentaba, la travesía era demasiado mágica y feliz para preocuparse por ello. Florence pensaba que pronto se encontraría con la única hermana de su padre y se emocionaba. La había visto por última vez cuando era sólo una adolescente, y además iba acompañada por André, que cada día ocupaba un lugar más importante en su vida. Garrott disfrutaba que la mujer que amaba le hubiese pedido su compañía en algo tan significativo para ella; porque era evidente que algo les esperaba en esa casa a la que se dirigían, y ella, pudiendo ser llevada discretamente por un peón de la estancia, había preferido ir con él.

Observaban la belleza agreste del paisaje cuando el camino se estrechó de tal manera que tuvieron que descender del auto para continuar a pie. Florence, entusiasmada, quería llevar todos los paquetes en sus brazos. André tuvo que hacerla entrar en razón. Después regresarían por los obsequios. Ella tomó solamente la bolsa de *beskeid*. Llevaban caminando algunos metros sin saber qué les esperaba del otro lado de la loma, cuando vieron aparecer una sencilla casita blanca, rodeada de pinos, un frondoso jardín de flores y una enorme plantación de ruibarbos. Marcharon un trecho más y se anunciaron batiendo palmas. Un hombre alto, de botas y sombrero, apareció en la entrada. Su piel era oscura como el azabache. Florence lo observó y apretó tan fuerte las galletas contra su regazo que muchas se quebraron. André la tomó de la mano y la guió rumbo a la casa.

Florence, Garrott, Gonika y Anne llevaban una hora tomando té de arándanos, comiendo *beskeid* y charlando amigablemente sobre cotidianidades. Aún no era momento de hablar de verdades ocultas, aunque, a la vista de las circunstancias, éstas ya no lo eran tanto. Conformaban un extraño cuarteto de una tía, con su sobrina casi desconocida, acompañada de un enamorado elegante y un hombre negro, que era más tierno y amable que los tres juntos. En medio de las extrañezas, un sabor dulce a reencuentro embargaba a las mujeres, las que por momentos cuando hablaban se tocaban las manos con cariño. La sangre bóer en común ponía su cuota de felicidad en el cuadro.

— ¡Ay, pero si nos hemos olvidado de traer del auto los demás obsequios que tengo para ti! —exclamó Florence. Se incorporó y añadió: — Vamos, André, acompáñame.

Garrott estaba a punto de decir que iría él solo, cuando Gonika señaló:

— De ninguna manera, Florence. Si Garrott está de acuerdo, iremos

nosotros, los hombres.

— Me parece una idea excelente. Vamos —dijo Garrott, y Gonika lo siguió.

Las mujeres se quedaron solas y comenzaron a hablar de intimidades.

— ¡Me alegra tanto que hayas decidido venir de visita! Y dime, ¿cómo está mi madre?

— *Ouma* está llena de vitalidad. No se perdió ni un día de esquila.

— Siempre ha sido así.

— Le insistí mucho para que viniera pero...

— Me imagino. Hay cosas que no aceptará nunca.

— Le he dicho que nuestra familia es demasiado pequeña como para estar distanciadas.

Anne miró a su sobrina. Era igual a Virginia, su madre, ojos ambarinos, cabello dorado y rasgos exquisitos, pero por lo poco que había alcanzado a tratarla, ella poseía el mismo buen corazón de su hermano Peter. Le habló con sinceridad, no tenía nada que ocultar. Si a veces no hablaba de su situación abiertamente era para no lastimar a los demás, como sucedía con Susan. Pero a Florence la veía diferente, era fuerte y además muy joven.

— Florence querida, yo estoy casada con Gonika hace muchos años. Él vino con nosotros desde Sudáfrica, era nuestro sirviente y siempre nos quisimos, pero mi madre nunca lo aceptó. Aunque no pierdo las esperanzas —y al decir esto sus ojos se llenaron de lágrimas.

— ¡Tía! —dijo Florence, abrazándola.

Anne se recompuso y agregó:

— Es una larga y bella historia que te contaré si tenemos tiempo. Pero no creas que vivo amargada, al contrario, soy muy feliz aquí, con mi marido y... mi hijo.

— ¿Tienes un hijo? ¡No lo sabía!

— Está afuera, jugando. Ya vendrá y lo conocerás.

— ¿Cuántos años tiene?

— Es pequeño para nuestra edad, tardamos bastante en tenerlo.

— ¡No puedo creer! ¡Y yo sin saberlo!

— A último momento resolvimos que no nos ganaría el miedo a la crítica. Y la verdad es que ha sido la experiencia más maravillosa que puedas imaginar.

Florence no salía de su asombro cuando la puerta se abrió y aparecieron Gonika y André con los paquetes.

— Todavía hay más, pero no podíamos traerlo todo de una vez — explicó Garrott.

— ¡Ay! ¿Para qué se molestaron? —preguntó Anne.

Florence comenzó a explicar la elección del chal, del sombrero y de cada uno de los regalos mientras los hombres salían a encender el fuego. Gonika quería hacer un asado, era noche de festejo. Pondría a asar papas, berenjenas, pimientos y tomates para Anne, ella seguía sin probar la carne. Florence le entregó a su tía la caja llena de perfumes y Anne le dio las gracias.

— Te traje todo esto, pero tía, estás esplendida. Tienes una hermosa piel, tendrás que darme el secreto —dijo Florence. Estaba asombrada por el aspecto atemporal de Anne y Gonika. Era difícil imaginar su edad.

— Comida sana, mucho amor y algunas cositas como fregar el rostro con miel y azúcar y luego avena y leche por quince minutos todos los días — dijo Anne divertida. Hacía años que no hablaba de cosas de mujeres. Y agregó: —Mi esposo es un caso aparte, come de todo y siempre alardea de que en su aldea en Sudáfrica los hombres viven ciento veinte años.

Ambas estallaron en ruidosas carcajadas. En ese momento, un chiquillo de unos seis años entró en la casa revolucionando todo y detrás de él, Gonika y Garrott. Florence saludó al niño con cariño. Su piel era trigueña, sus ojos claros y el pelo oscuro. Se negaba a dejarse abrigar por sus padres. André aprovechó que estaban entretenidos para decirle a Florence:

— Flor, necesito ropa más adecuada —dijo mirando su traje impecable de última moda. Luego añadió en tono desesperado: —Consígueme algo, el marido de Anne quiere que lo ayude con el asado.

Florence lo miró asombrada.

— ¿Cómo sabes que es el marido?

— Me di cuenta cuando llegamos. Además él después me contó, vi al niño... ¡Qué importa, consígueme ropa, por favor!

Ella no pudo evitar sonreírle y estamparle un beso en cada mejilla. A Garrott le tenía sin cuidado el color de piel de Gonika y aceptaba con naturalidad ese matrimonio que pondría los pelos de punta a muchos. Su preocupación era no tener la ropa adecuada para la ocasión. André era muy diferente a cualquiera.

Comieron el asado, todos juntos en la cocina de la casa, mientras hablaban de muchos temas: de la ampliación que Gonika le hacía a la casita,

de la última esquila, de los nuevos perros ovejeros que tenían en Maan... Pero la guerra y sus consecuencias se tornó la cuestión principal. Al escuchar a Gonika, Garrott se daba cuenta de que era un hombre preparado. Le gustaba leer y se hacía traer periódicos del mundo con los muchachitos que venían a buscar sus productos. La guerra era un tema que le interesaba, Gonika opinaba que el planeta ya no volvería a ser el mismo cuando ésta finalizara. Garrott también observaba a Florence y se daba cuenta de su sensibilidad, del cuidado amoroso con que trataba a esa extraña familia de tres integrantes; y como, a todo lo que no entendía por salirse de los cánones normales, ella lo cubría con amor y seguía adelante sin ponerse a pedir explicaciones.

Florence miraba a su tía, tenía al niño dormido con la cabeza en su falda, y el cuerpecito recostado en una de las sillas. Le acariciaba el cabello, tan llena de cariño, que le impresionaba. La criatura se llamaba Peter, en recuerdo del hermano muerto. También la conmovían a Florence las miradas de Anne y su marido. Gonika disfrutaba de la felicidad que embargaba a su esposa al estar con otra mujer de la familia y agradecía al cielo que Florence Wilson hubiera tenido la generosidad de venir y de que sólo le importaran las cosas trascendentes.

Ya habían terminado el postre y el café cuando Anne armó una cama para Florence en el cuarto de su hijo y otra a Garrott en la sala. Solo en su lecho, André lamentaba no poder dormir con Florence todavía. Él quería estar con ella, no sólo porque la deseaba terriblemente como mujer, sino porque quería compartir todo con Florence. Amaba a esta mujer dispuesta a pasar largas horas de viaje por ver a alguien de la familia; la quería para madre de sus hijos. Una idea comenzaba a darle vueltas en la cabeza: quería casarse con ella y pronto.

Durante el día siguiente también disfrutaron mucho; un desayuno lleno de charlas y un almuerzo divertido se sumaron a los buenos momentos. Florence aprovechó para jugar con el pequeño Peter, el niño era muy despierto para su edad y le encantaban los rompecabezas, tenía varios de madera. Los armaban juntos y ella observaba la piel trigüeña de sus manitos junto a las suyas blanquísimas, y se admiraba al pensar que fueran primos hermanos. Anne alcanzó a contarle a su sobrina un poco de su historia con Gonika y Florence algo de su noviazgo con Garrott, que al lado de lo relatado por su tía, era una reseña tranquila y banal.

Luego de almorzar pastas amasadas por Gonika, la pareja preparó todo

para su regreso, lo que incluyó cargar el vehículo de nuevo con regalos, esta vez era Anne quien se los enviaba a su madre. Le dio a su sobrina algunas especialidades de su cocina, como potes con mermelada de ruibarbo y frascos con salsa agridulce de la misma planta que ella cosechaba de su enorme plantación hecha con raíces traídas de Sudáfrica.

Antes de partir hablaron de volver a verse, aquí o allá, no importaba. Se despedían con desgano. La compañía, el reencuentro y la tranquilidad del lugar los invitaban a quedarse, pero debían regresar. Le habían prometido a Susan que Florence sólo pasaría una noche fuera de la casa. Tenían muchas horas de viaje por delante. Su abuela a causa de su culpa por no ir a lo de Anne había terminado autorizando que la chica durmiera en otra casa sin chaperón, pero no querían abusarse. Ya en la puerta se dijeron las últimas palabras.

— Tía Anne, hablaré con *Ouma*, y ella tarde o temprano lo entenderá. Te prometo que llegará un domingo en que almorzaremos todos juntos.

— Ojala que así sea, pequeña —dijo Anne besándola con cariño en la frente, y agregó: —Y ya sabes, vuelve cuando quieras.

— Regresaremos cuando estemos casados —dijo André.

— Sería maravilloso. Podrán quedarse muchos días, estará lista la parte nueva de la casa y se instalarán allí, en una cama grande bien cómoda — prometió Anne.

— Excelente idea —asintió Gonika, buscando que les quedara claro que siempre serían bienvenidos en su casa.

— Esa propuesta me agrada mucho —dijo Garrott con una sonrisa al imaginarse con Florence en una gran cama.

Los hombres se dieron la mano. André saludó a Anne y Florence besó al pequeño Peter. La visita llegaba a su fin.

El Chevrolet azul se alejó por el camino. A Florence el viaje le dejaba un sabor agridulce. Por un lado estaba feliz por haber venido a conocer la verdadera historia de su tía pero por otro sentía lo que su abuela le había anticipado, que ya nunca volvería a ser la misma; aunque no por las razones que ella hubiera creído. Florence sabía que ya no iba a tener paz hasta que *Ouma* abrazara a ese pequeño de ojos azules llamado Peter, como su propio padre, pero de piel morena.

Florence se miraba en el espejo grande y ovalado de su cuarto y se preguntaba si el vestido rojo que André le había regalado en Navidad no sería demasiado despampanante para la fiesta de los estancieros. El satén se le pegaba al cuerpo y sólo el elegante drapeado de la tela la salvaba de que fuera escandaloso. Pero era demasiado tarde para pensar en ponerse otra ropa. La cena de Año Nuevo en la casa de los Anchorena comenzaría pronto y André pasaría a buscarlas en una hora. Tenía deseos de ir pero también estaba agotada, había sido una semana intensa. Colaboró en esto el viaje a lo de Anne, el estrechar vínculos con ella, Gonika y el niño, y el hablar abiertamente con su abuela sobre la necesidad de aceptar la vida que su hija había elegido. Pedirle a Susan que recapacitara, había dejado una marca de desaliento en Florence, no había logrado que Susan cambiara de opinión. Además a todo esto se le había sumado que, en Navidad, André había insistido para que el día 25 almorzaran con su familia. Susan también había sido invitada pero eligió quedarse a descansar.

Ese día Florence conoció a Colette y a Elliot Garrott, los padres de André, y a Félix, su hermano menor, que trabajaba con él. Los demás no había podido venir, sus obligaciones laborales no le permitieron viajar. El almuerzo fue tranquilo. Colette observaba a Florence con detenimiento. Su hijo nunca había traído una muchacha a la casa. La madre de André era una mujer dulce y callada, y no podía ocultar la devoción que sentía por su hijo. Elliot, en cambio, hablaba y reía mucho. Florence lo encontraba tan encantador como André. Le había dicho que era muy bonita y que sólo había conocido una muchacha, allá en París, con ojos tan bellos como los suyos, *del color del sol*.

Por su parte, Félix era sinónimo de animación. Al principio la había mirado receloso, la encontraba culpable de que su hermano ya no quisiera las mismas diversiones de antes, ni siquiera aceptaba ir de cacería. Pero el muchacho luego de charlar con Florence había descubierto que tenía con ella muchas más cosas en común que simplemente la edad.

Después de un almuerzo sosegado bajo la sombra de los árboles, en el patio en la vivienda que el matrimonio Garrott tenía en pleno Comodoro Rivadavia, André la había llevado de vuelta a la estancia. Sentados en la sala, estando los dos solos, tomando un café, él por primera vez le había contado lo que Florence hacía tiempo quería saber: sus duros comienzos en la Argentina. Él le relató las noches de hambre, los llantos de su madre, los de

él, el frío, la añoranza, los intentos de su padre por hacer navidades felices en medio de la pobreza y la miseria. Le contó las promesas que se había hecho a sí mismo de vivir mejor y de lograr cosas, incluidas la de comprar alguna vez la casa de los Wilson. Parecía que el espíritu navideño y la visita de ella a su casa habían abierto una compuerta cerrada por años. Florence con esa información sentía que alcanzaba a entender algunas actitudes de él. Era evidente que esas épocas duras habían marcado el carácter de André; él siempre ambicionaba más y más, como una forma de asegurarse que no volvería a pasar necesidades. La charla había durado horas y Florence había visto cómo a André en varias oportunidades se le hacía un nudo en la garganta y estaba a punto de llorar. Después de esa confesión navideña había nacido entre ellos una nueva intimidad, que se unía a la surgida por lo vivido en casa de Anne.

Ensimismada en sus pensamientos mientras se preparaba para la fiesta de los estancieros, Florence no oyó a su abuela acercarse a la habitación.

— ¡Florence, qué hermoso te queda el vestido!

— *Ouma*, ¿no crees que es demasiado llamativo?

— Está perfecto. Termina de arreglarte tranquila, yo me tomaré un té digestivo hasta que llegue André. Sospecho que esta noche comeremos mucho.

Su nieta sonrió y movió la cabeza. Su abuela siempre se cuidaba, pero ella jamás la había visto enferma de nada. Se calzó los zapatos rojos que le hacían juego, se puso los pendientes de oro que habían pertenecido a su madre y peinó su cabello, lo llevaría lacio y sin ningún arreglo. El mismo le llegaba casi a la cintura, y ella sabía que era parte de su encanto como mujer. Se maquilló apenas las pestañas y se pintó los labios de rojo. Justo cuando estuvo lista escuchó que su abuela recibía a André, y que éste le elogiaba la elegancia a Susan.

Se apuró en salir del cuarto y fue directo a la sala, Garrott que jugaba con Babá (bebé en afrikáans), el cachorro que le había regalado, al oír que se acercaba se dio vuelta, y cuando la vio, quedó estupefacto.

— ¡Por Dios, Florence, qué bella estás! —exclamó. En sus treinta años y en sus múltiples viajes había conocido muchas mujeres hermosas, pero ninguna como Florence; estaba convencido de que ese encanto nacía de su interior.

— Tú no te quedas atrás, me gusta tu traje. —El tono verde oliva le hacía juego con los ojos. Completaba el conjunto una camisa blanca de

algodón italiano y tiradores al tono.

Florence giró sobre sí para que la viera de cuerpo entero.

— Es el vestido que me regalaste.

— Sí, estás preciosa. Ahora vamos, seré la envidia de la fiesta cuando me vean llegar con dos damas tan elegantes.

En minutos Babá era sacado fuera y ellos partían entusiasmados. En el auto, Susan se alegraba al pensar que también irían los Klarkent, familia bóer de los primeros colonos, ahora también estancieros.

La casa de los Anchorena relucía en la preciosa noche de Año Nuevo. Sus dueños habían acondicionado hasta el último detalle, armando el convite en el parque. La mesa estaba puesta primorosamente con copas, vajilla italiana y jarrones con flores silvestres sobre manteles rojos. Se servían bocadillos para calmar el hambre hasta que estuviera listo el asado, del que se encargaba un grupo de peones. Ésa sería la cena para todos, incluidos los mismos trabajadores. Una pandilla de niños jugaba a las escondidas entre los árboles del patio y el murmullo de una treintena de personas, alegre y despreocupado, se desparramaba por el lugar.

André se bajó del auto con las mujeres Wilson justo cuando, en la puerta de la residencia, Carlos Anchorena despedía a Alberto Albornoz. Éste, ensombrecido por su mala situación económica, no había querido asistir a la fiesta aunque sí había pasado a saludar al dueño de casa, a quien también debía dinero.

Subiendo los escalones de la entrada, André se cruzó de frente con Albornoz, quien lo saludó fríamente con un movimiento de la cabeza. Garrott al verlo se acordó que había tenido la intención de arreglar sus asuntos con una propuesta más favorable, pero los vaivenes amorosos sufridos en ese tiempo habían hecho que pospusiera el plan y ya era demasiado tarde. El notario había hecho los papeles y no era apropiado hablar de eso allí; la fiesta los esperaba, y dispuestos a disfrutarla saludaron a Anchorena e ingresaron.

Susan se dedicó de inmediato a conversar con la señora Klarkent, que tenía noticias recién llegadas de Sudáfrica: la guerra también dejaba secuelas allí. Florence y André caminaban rumbo al parque cuando él fue arrancado de su lado por algunos hombres que tenían cosas de negocios para comentarle.

En instantes André se sumergía en una charla sobre las últimas noticias de la guerra: el fracaso de la invasión alemana a Rusia. Los soldados alemanes no podían mantener la ofensiva por no estar acostumbrados al frío



extremo como los soviéticos, a esto se sumaba que no les llegaban las provisiones, que los motores de los tanques se congelaban por las temperaturas bajo cero y los uniformes eran inadecuados, ya que al mojarse por la nieve no abrigan. La Argentina les vendía esa ropa, fabricada con lana patagónica.

— El precio de la lana está en baja y tiene que ver con que Alemania ha mermado su demanda de uniformes.

— Se habla de que los alemanes en Rusia están a punto de rendirse.

— Y no es para menos, están siendo exterminados por el frío y por la nieve, más que por los soviéticos.

— Leí un artículo en el diario que decía que los soldados alemanes arriesgan su vida para sacarle a los rusos muertos los uniformes que resisten el agua y la nieve.

— Son prendas de cuero forradas con piel de animales, se mojan mucho menos que las fabricadas con lana.

— Yo he empezado a averiguar si podríamos fabricar algo parecido a la ropa rusa para ofrecérsela a Alemania, pero los tiempos no nos dan. Los alemanes se rendirán antes.

— Aunque capitulen en Rusia la guerra continuará y mientras eso suceda, la lana se seguirá vendiendo —decía con buen tino Anchorena, y otra vez, todos volvían a exponer sus opiniones sobre cuánto tiempo más duraría la guerra.

Mientras tanto, en la galería, las mujeres comentaban el resultado de la invitación cursada a los estancieros británicos para la velada.

— ¿Tú crees que los ingleses vendrán esta noche? —preguntó la recién casada Ana Peralta de Echegoyen, ansiosa de exhibir su nuevo estado civil ante la sociedad inglesa.

— De los cinco matrimonios que invitamos sólo dos dijeron que sí, aunque les pareció tardísimo la hora del encuentro —respondió Cándida Anchorena.

— Por lo que sé todos ellos se reúnen mañana a almorzar en la estancia Taylor —aclaró Ana.

— ¡Es imposible hacer lazos con ellos, son tan distintos a nosotros! —dijo Elisa, la hija mayor de los Anchorena.

— Es que no les agradan los festejos —señaló Manuela Gómez.

— Sí que les gustan, pero festejan diferente —dijo Florence. Los había visitado en sus casas y no le caían tan mal.

— ¡Qué van festejar, si son unos estirados! ¡Acuestan a sus niños a la seis de la tarde en verano y aquí recién se hace de noche a las once! —dijo Elisa, que una vez había intentado invitar a una pareja inglesa a su casa y le habían respondido que sólo sacaban de la casa a sus niños por la mañana.

— Es una crueldad —exclamó Cándida Anchorena apoyando a su hija.

No había alcanzado a terminar la frase cuando uno de sus nietos, que corría por el parque, se enganchó en el mantel y éste se fue a parar al suelo con toda la mesa puesta.

La anfitriona, al ver el desastre, se salió de las casillas y, olvidándose de las críticas que acababa de hacer a los británicos, dijo a su hija:

— ¡Por Dios, Elisa, controla a tus hijos! Si no, terminaré dándole la razón a los ingleses cuando dicen que somos unos cavernícolas y unos libertinos en la crianza de los niños.

Manuela Gómez, que desde que había llegado no le quitaba los ojos de encima a Florence, trató de cambiar de tema.

— Me encanta tu vestido. Un pajarito me contó que fue regalo de André Garrott. ¿Ya son novios oficiales?

Se decía que ellos dos iban y venían solos por donde se les daba la gana, pero Garrott ni siquiera había dicho que la relación era seria. Ya todos sabían que él era un colibrí que iba de flor en flor.

Florence trató de ser sincera. Los tejes y manejes de la sociedad patagónica no le interesaban. A veces extrañaba de Buenos Aires el desparpajo ante ese tipo de cosas. Respondió con naturalidad:

— Supongo que podríamos decir que somos novios. Aunque recién hoy André hará el anuncio en público, aprovechando que están todos.

La respuesta captó la atención de las mujeres, menos la de Cándida Anchorena que junto a una de sus empleadas todavía estaba acomodando el lío del mantel. La esposa de Peralta estaba lista para regresar a la carga con más preguntas cuando los dos matrimonios ingleses hicieron su aparición.

Los cabellos embutidos en tirantes rodetes y los elegantes vestidos negros de las dos mujeres inglesas enseguida contrastaron con los cabellos sueltos y los atuendos claros y de colores vistosos de las argentinas. Y ni hablar de los dos esposos británicos, que vestían smoking blanco y moño negro, contra los sobrios trajes parisinos de los estancieros nacionales.

El grupo seguía con los saludos y las observaciones cuando el dueño de casa invitó a todos a pasar a la mesa. El asado estaba a punto. En el gramófono sonaba *La última vez que vi París*, la canción que acababa de

ganar el Oscar.

Los invitados disfrutaban de la ensalada de fruta y algunos adelantados ya iban por el té digestivo mientras conversaban animadamente en el parque. Las empleadas de los Anchorena, de delantal blanco y cofia, acomodaban en una mesa especial las botellas de Dom Pérignon para el brindis. Quedaban minutos y 1942 se escabullía por completo.

Garrott, que junto a dos hombres descorchaban las bebidas, aprovechó la distracción de éstos y, tomando dos copas, las llenó y desapareció con ellas en busca de Florence.

Cuando ella lo vio de lejos, abandonó su charla con Elisa y fue en su dirección.

— Te me habías perdido, y ya te extrañaba —dijo Florence.

— Yo también a ti. ¿Sabes que hoy hace exactamente un mes que nos conocimos, en esta misma casa?

El detalle memorioso tomó por sorpresa a Florence.

— ¡Es cierto, no lo había pensado! Mi amor... —se pegó a él.

— Mira —dijo André y le mostró las copas—, te propongo que nos escapemos y recibamos, juntos y solos, el año que comienza.

Florence dudó. Ya bastante la había torturado Analía Peralta con lo que estaba permitido y lo que no. Él insistió:

— Nadie se dará cuenta y para nosotros será un momento único. No lo olvidaremos más en la vida.

— Tienes razón. —Tomados de la mano se alejaron de las luces y empezaron a caminar hacia la arboleda.

El resto del grupo sumergido en su propio mundo se acercaba entusiasmado a la mesa de bebidas para el brindis. Hasta Susan Wilson charlaba animada con la señora Klarkent. Siempre había viejos recuerdos que compartir y tierras lejanas por añorar.

Florence y André ya habían llegado al reparo de un maitén añoso donde sólo la luz de la luna los iluminaba, y se miraban a los ojos con las copas de champagne en la mano.

— Por el Año Nuevo. —André levantó su copa y añadió: —Pide un deseo, yo también lo haré.

Ella apretó los ojos con fuerza. Él por unos instantes se quedó mirando ese rostro querido y esa boca que lo enloquecía; al fin cuando pudo concentrarse también pensó su petición.

— Por nuestros deseos de Año Nuevo —dijo ella, y chocaron las copas. Bebieron en silencio hasta que André habló:

— ¡Si supieras cuál ha sido mi deseo! —dijo él.

— Dímelo.

— No sé si debo. Dicen que entonces no se cumplirá.

— Pues yo sí te diré el mío, no creo en esas cosas —dijo Florence y depositó su copa en el césped junto a la de André—. Pedí poder hacerme cargo de la estancia este año, como *Ouma* siempre ha querido, y pedí estar junto a ti todos los días durante todos los días de este año. Porque tú eres lo más importante para mí.

André la miraba hablar y sentía que podía tocarle el alma, era como si se la recorriera con el dedo índice y claramente percibiera cada arista, cada relieve de su corazón, cada textura aterciopelada de sus emociones, él la sentía, la percibía con el alma en carne viva. Sus palabras eran magia, sus deseos coincidían, sus planes concordaban. Ella... ella era su flor de calafate, esa que desde niño le anunciaba que lo bueno se acercaba.

Florence, apoyada contra el tronco del árbol, lo miraba llena de amor. De lejos escuchaba sonar la música, de cerca podía oír la respiración agitada de André, el cuerpo de ella pegado al suyo lo enardecía.

— Te quiero, André.

La miró. Ella era real como el pan. Otros perfumes femeninos habían pasado ante él pero éste... éste lo embriagaba, le penetraba por cada poro, lo dejaba herido, lo desarmaba. Se le metía dentro a vivir para siempre. Ella era real, le quitaba la soledad, las ausencias, la quería para él, la quería toda, la quería... para toda la vida.

— Y yo a ti —respondió él y la última palabra se le confundió con el largo beso que plantó en la boca de Florence. Rendido la besaba con desvarío y ella, aprisionada entre el árbol y el cuerpo de André, se entregaba a esa boca como nunca antes. Se sumergían el uno en el otro, nadaban y se ahogaban; dejaban de ser dos y comenzaban a ser uno nuevo; dos en uno. De pronto la mano de Garrott, que estaba tiesa en la cintura del vestido rojo, se despertó e hizo lo que siempre había querido y nunca él se lo había permitido: bajó lentamente y recorrió las nalgas redondeadas de Florence, luego hábilmente se introdujo por debajo del ruedo del vestido y subió por la piel suave de la pierna hasta tocar la seda de su ropa interior. Entonces sus dedos de hombre demandaron más, pidieron piel, piel, piel... y la encontraron. Ella creyó volverse loca, su boca dejó escapar un gemido, luego

otro y otro. Eran los primeros de esa naturaleza, en su vida.

Se besaban con desesperación sin saber a donde irían a parar y sin tampoco importarle, cuando escucharon ruidos de petardos y el cielo se iluminó con fuegos artificiales. En la entrada de la casa, Carlos Anchorena y los demás hombres se encargaban de lanzarlos. Florence, en un intento de volver a la cordura, alcanzó a balbucear:

— Deberíamos regresar...

Garrott abrió los ojos como si volviera del más allá y respondió con voz ronca:

— Sí, deberíamos... quiero que hagamos el anuncio.

— Es verdad, vamos, y en cuanto se tranquilicen anunciamos nuestro noviazgo.

— Es que antes necesito hacer algo. Debo preguntarte algo —dijo él con tono preocupado.

— ¿Preguntarme qué?

— ¿Florence, quieres casarte conmigo?

Como siempre, André Garrott iba más allá de lo que ella imaginaba. No conocía medias tintas. Era todo o nada.

— ¿Casarnos? ¿Cuándo?

— Ahora, ya. Si me dices que sí, anunciamos la boda en vez del noviazgo.

André corría a una velocidad única, como sólo él podía hacerlo. Ni siquiera la misma Florence, que lo amaba, podía alcanzarlo.

— ¡Pero si hace un mes que nos conocemos!

— ¿Y qué? Nos amamos. ¿Acaso no quieres vivir conmigo, por siempre, aquí en la Patagonia?

Sin esperar respuesta, André volvió a tomarla por la cintura con firmeza y comenzó a besarle la boca, el cuello, los ojos. Le aseveraba que la amaba, que la amaría siempre. Con sus dos manos le sostenía con firmeza las nalgas.

Florence, perdida en las caricias, doblegada, al fin le respondió lo que él esperaba:

— Claro que quiero casarme contigo. Te amo.

Minutos después, el dueño de casa sacaba los últimos Dom Pérignon de su bodega para volver a brindar. Una noticia así no se festejaba a diario. Un estanciero amigo se casaba, y nada menos que André Garrott, que había sido un hueso duro de roer. La bella Florence Wilson finalmente lo había cazado

¡y en tiempo récord!

Florence y André estaban de la mano. Susan Wilson los miraba y no salía de su asombro. Esperaba que su nieta no se equivocara; aún no las tenía todas consigo respecto del francés, aunque en el último tiempo había hecho más que buena letra y había ofrecido demostraciones contundentes.

## CAPÍTULO 27

### Hoy

En Cape Town el día amaneció bellísimo. Omar y Elena paseaban desde temprano por el Kirstenbosch, uno de los jardines botánicos más bellos y grandes del mundo. Vestían remeras blancas, bermudas y zapatillas, se protegían del sol con gorros y lentes, y llevaban una botella de agua mineral en la mano. La temperatura era perfecta y ellos disfrutaban de la jornada y de su amor como simples turistas. Caminaban de la mano en ese mundo de terciopelo verde y de exóticas especies de flores multicolores.

Hacía tres días que estaban recorriendo la ciudad, y estaban maravillados de su belleza y múltiples atractivos. Habían visitado Greenmarket Square, que era la plaza del mercado verde, donde muchos artesanos de gran nivel vendían sus productos. Omar le había comprado allí a Elena una gargantilla de plata, y para él, en un raptó de hippismo, un buzo de muchos colores, muy abrigado, cosido a mano, para usar mientras hacía su recolección de muestras en la montaña. Ella se reía y le decía que así su equipo de hombres no lo perdería de vista. También habían visitado el barrio musulmán Boo-Kaap, con sus calles empedradas y sus casas del siglo XIX, pintadas de colores brillantes, rojos, amarillos, morados, fucsias y verdes. Todo un espectáculo de colores, en donde la mayoría de los habitantes eran descendientes de esclavos traídos en barco por la compañía holandesa. En sus callejuelas se habían cruzado con mujeres de turbante y largos vestidos que las tapaban por completo. Elena, comparando su jean y su remera blanca, se había sentido agradecida de vivir en Argentina. Y claro, todos los días realizaban el infaltable paseo diario por el Waterfront, lugar que se había convertido en el preferido para tomar algo en tranquilidad.

Esa tarde ya casi terminaba su visita por el Kirstenbosch y caminaban en medio de ese campo enorme cuidado como un exquisito jardín, marchaban entre los senderos enmarcados por perfectas líneas de florecillas que mostraban sus diferentes colores.

— Necesito descansar —dijo Elena. Le hizo una seña a Omar y se sentaron sobre el césped verde que crecía parejo a los costados del camino. Pájaros silvestres de colores vistosos se acercaban pidiéndoles migas de

alguna galleta sobrante.

— Me encanta este lugar, es el paraíso. Hay una vegetación exuberante pero cuidada y prolija hasta donde dan los ojos. Nunca me imaginé que pudiera existir algo así —dijo él, impresionado por la magnificencia del lugar.

— Mira esas fuentes de agua, allí junto al banquito. Son la conjunción perfecta entre la mano del hombre y la naturaleza. —Y ella suspirando, agregó: —Creo que todavía nos quedan algunas zonas por ver —dijo Elena algo cansada, ya que estaban en el lugar desde la mañana.

— ¿Como te sentís, Ojitos?

— Perfectamente, hoy no tengo náuseas, sino todo lo contrario. Tengo hambre, mucho hambre.

— Entonces es hora de marcharnos —dijo Omar, que había comenzado a cuidarla especialmente.

Tomaban algo fresco en la confitería del hotel cuando un recepcionista se les acercó para entregarles un papel con un mensaje en inglés. Les avisaban que a mediodía habían recibido una llamada de Peter Smith, diciendo que los esperaba esa noche para cenar. Se pusieron contentos. La noticia significaba que Gonika estaba bien. Ambos habían regresado cansados pero la idea los entusiasmó. Se bañarían y partirían temprano a la casa de Villa Waterkant. Si sus cálculos no fallaban, según las costumbres de ese país, la cena era a las siete.

Cuando se hizo la hora partieron. Omar elegante, Elena de vestido blanco. Estacionaron el auto y aguardaron que les abrieran la puerta de la casa celeste. Ya no había nervios en la espera como al principio, sino alegría. Tenían la sensación de que iban a encontrarse con viejos conocidos. La escena se repetía: Peter los hizo pasar y Gonika, de pantalones negros y camisa gris, los esperaba sentado en el sofá. El reencuentro era feliz. Media hora más tarde los cuatro juntos comían en el comedor, era la primera vez que Elena y Omar pisaban ese cuarto, y ahora ya dentro de él, se sentían realmente en África. La guía de una planta que nacía en una maceta iba por toda la pieza bordeando los marcos de puertas y ventanas; era un pothus, pero sus hojas tenían el tamaño de un televisor. La acompañaban en su serpenteo por las paredes algunas que otras enredaderas, como una de pequeñas flores amarillas. Elena, maravillada, se detuvo a admirar el detalle. Nunca había visto esa convivencia de la naturaleza dentro del hábitat humano. Casi parecía



una selva, salvo por los detalles de civilización que estaban en el ambiente.

Peter les dijo en afrikáans:

— En este continente los hombres convivimos con las plantas, ellas nos necesitan y nosotros a ellas. Las cuida mi padre... Tomen asiento, por favor —y les señaló la mesa pequeña y cuadrada. Había sólo cuatro sillas. El juego era de madera roja y cada respaldar tenía tallado un rostro de hombre africano, todos diferentes. Sobre el mantel rojo descansaba una línea recta de pequeñas velas encendidas. En el medio dos recipientes de madera contenían la comida, especialmente elaborada por los dueños de casa para hacer sentir su hospitalidad a la pareja. Una de las fuentes estaba repleta de carne de avestruz, cebú y cocodrilo; cada carne mostraba su color, que iba desde el negro al blanco. El otro recipiente contenía las verduras y el arroz.

Elena, en medio de sus malestares, no quería ni mirar el primer bol; temía que sus náuseas provocasen un desastre delante de todos. Omar sin prejuicio probaba cada carne y decidía que su preferida era la del cocodrilo. Lo encontraba semejante al carré de cerdo. Elena comía únicamente arroz y zanahoria; pero en minutos la disculpaban, porque Omar les contaba la noticia del embarazo. Los anfitriones respondieron con felicitaciones y sonrisas. Ella les explicaba que a la vuelta les esperaba la boda, y nuevamente los felicitaban.

Peter se ausentó por unos minutos y volvió con una botella de Amarula. Sirvió la cremosa bebida en cuatro copitas y pidió una bendición para el niño por nacer antes de brindar. A Elena ya le caían las lágrimas cuando lo que dijo Gonika terminó de desatar su llanto. El anciano, en perfecto español, la miró con cariño.

— Eres linda, niña, te pareces a mi Anne. Tienes su mismo pelo.

Entonces para ella la sangre bóer se hizo real y le hizo sentir a ese hombre de más de cien años como su abuelo, al que no había conocido.

Omar la veía llorar y trataba de consolarla. Era evidente que el embarazo la había puesto sensible, antes casi no la había visto llorar y ahora lo hacía a cada rato, pensaba enternecido y preocupado por lo que vendría en los próximos meses.

Los ánimos se calmaron por completo con el postre que trajo Peter: una gran fuente con trozos de fruta junto a una crema de chocolate negro para untar uno por uno. No conocían todos los frutos, había algunos oscuros pequeños, otros fosforescentes; los había cortados en mitades amarillas y también óvalos perfectos de color naranja que jamás habían visto antes.

La velada era sentimental, extraña, profunda, única. Los cuatro estaban allí, unidos por el amor de Peter y Mariana, de Gonika y Anne. Los dos hermanos Wilson que ya no estaban, pero que hacían sentir su paso por esta vida ensamblando continentes, personas y costumbres, enlazando corazones y sentimientos.

Les daba pena marcharse, pero la hora pasaba y Omar sabía que Elena había caminado kilómetros en el botánico y él deseaba que reposara.

— Vamos, Elena, tienes que descansar, ahora ya no estás sola, ustedes son dos —propuso, y le tocó la panza.

— Tienes razón, es hora de irnos —respondió ella.

Le dio un beso en la mejilla a cada hombre. Nunca los había saludado de esa manera. Luego ellos abrazaron a Omar, también eso era nuevo.

Ya en la puerta, a la luz de una hermosa luna de verano africano, Elena se animó a preguntarle a Gonika mientras lo tomaba del brazo:

— ¿Usted conoció a Florence y André, mis padres?

El anciano hurgó en su memoria durante unos segundos, y como si hubiese hallado el archivo que buscaban, respondió seguro:

— Claro que sí, ellos fueron buenos con Anne y conmigo. Una vez lo salvé a André. Pasó algo terrible con su amigo Jean Pierre, me acuerdo de la policía...

Omar tomó a Elena del brazo y dijo:

— Si están de acuerdo, regresaremos mañana.

Ya veía que Elena y Gonika se entusiasmaban y se pondrían a conversar en la puerta. Era tarde. Miró a Peter y en él encontró coherencia y complicidad. Peter tomó a su padre del brazo y empezó a llevarlo adentro.

Se despidieron con la promesa de venir a escuchar el relato de Gonika sobre lo acontecido con Jean Pierre. Elena había escuchado nombrar a ese amigo de la infancia de su padre, pero todo lo sucedido en la Patagonia durante el tiempo que Florence y André habían vivido en ese lugar parecía poco interesante y nada memorable, como su misma madre le había dicho alguna vez.

Por un momento, Elena se preguntó si su padre habría estado involucrado en algo malo, porque Gonika había dicho que lo salvó y nombró a la policía, pero decidió no preocuparse; el anciano también había dicho que lo quería.

## CAPÍTULO 28

### Ayer

Hacía días que la estancia Maan era un hervidero de visitas, preparativos y personas que hacían su parte en el engranaje que se desataba cuando dos individuos decían la palabra para la boda al mismo tiempo, como lo habían hecho Florence y André en la fiesta del Año Nuevo. Había tanto por organizar que Garrott iba una y dos veces por día a Maan. La ceremonia religiosa y la fiesta se realizarían en el parque de la estancia. Se trabajaba contra reloj, podando árboles, plantando flores, poniendo champas de pasto verde y pintando puertas y ventanas. Conforme a las creencias protestantes de los Wilson, los casaría el pastor de la congregación de la iglesia holandesa reformada. Garrott desde el principio había estado de perfecto acuerdo; ella le había preguntado si quería agregar la bendición de un sacerdote, y él había respondido: *Lo que tú elijas estará bien, tú eres mi religión*. Claro que él nunca había sido muy religioso, no a la manera tradicional. Solía decir que arreglaba solito las cosas con El de Arriba.

La boda se haría en Maan por pedido de Susan Wilson. La joven pareja pensaba que estaba en su derecho; al fin y al cabo, era como si se casase una hija suya, porque la había criado como si lo fuera. Susan era joven cuando tuvo que hacerse cargo de su nieta tras la muerte de Virginia y aún seguía teniendo la vitalidad de una madre. Los abuelos paternos de Florence, que se habían mantenido en contacto por carta, ahora, al saber que la nieta que no conocían estaba por casarse, hablaban de viajar a la Argentina.

Los novios planeaban una gran recepción durante el almuerzo, después de la ceremonia, que incluiría comida francesa, vajilla italiana, los más variados postres y el mejor vino y champagne, una gran orquesta y un enorme cargamento de rosas blancas que llegarían en barco desde Buenos Aires. El souvenir sería una moneda de oro con la imagen y el nombre de ellos dos, junto a la fecha del casamiento. André Garrott era así, todo a lo grande. Incluso Florence había tenido que poner límite a algunas de las excentricidades planeadas por él, que le habían parecido lujos innecesarios.

Las tarjetas de invitación ya habían sido repartidas y desde ese momento no pasaba un día sin que se agregara un nuevo obsequio para el futuro

matrimonio, sumándose a la gran cantidad que ya desbordaba el comedor. Mucho se hablaba de que sería la boda del año en la Patagonia. Garrott tenía infinidad de conocidos y relaciones; habían recibido presentes desde Chile, Perú, Brasil y hasta desde Francia e Italia. Por momentos Florence se asustaba y se preguntaba con quién se estaba casando. ¿Conocía lo suficiente a su prometido, ese hombre importante? Pero su corazón enamorado la tranquilizaba y le decía que no se equivocaba. Entonces se dedicaba a soñar con la luna de miel, la que debido a la guerra en Europa había tenido que planearse dentro del país. El lugar elegido era el Hotel Edén de La Falda, en Córdoba, ícono del lujo de la aristocracia argentina. Allí se habían alojado príncipes europeos, artistas renombrados, presidentes de la Nación y hasta el mismísimo Albert Einstein. A ellos los entusiasmaba conocerlo.

André había querido hacer traer de París el vestido de novia pero Florence no había aceptado; temía que el barco no llegase a tiempo por la guerra y además quería tener la libertad de probárselo todas las veces que fuera necesario. Ella había terminado decidiéndose por lo más simple, contra todas las insistencias de Garrott de que fuera a Buenos Aires para hacérselo, Florence que no deseaba estar viajando en medio de los preparativos, había optado por comprar un género importado en la sedería La Selecta, de Comodoro Rivadavia. El traje lo estaba confeccionando Adèle Moreau, una modista francesa a la que todos los estancieros patagónicos recurrían para las ocasiones importantes. La mujer iba dos veces por semana a la estancia para hacer las pruebas a la novia. Esa mañana, era uno de esos días y Florence se miraba al espejo con su vestido blanco, junto a su abuela y la modista que, arrodillada, le ponía alfileres al ruedo.

— ¿Te parece bien este largo o lo quieres un poco más corto? — preguntó la francesa mientras se incorporaba.

— Así está bien —respondió Florence.

Adèle tomó la tela del traje por la espalda, apretó la pequeña cintura de Florence e hizo que sus senos desbordaran el escote.

— Creo que así estará mejor. Me parece que has adelgazado pero es normal por los nervios. Puedes quitártelo.

Florence desapareció unos instantes y Susan aprovechó para preguntar:

— ¿Y cuándo estará listo?

— La semana que viene, justo a tiempo. Su nieta será una de las más bellas novias que he vestido.

Susan sonrió satisfecha. Florence apareció nuevamente y luego de

algunos saludos y últimas recomendaciones, la modista se retiró.

— Necesitamos hablar de los invitados —dijo entonces Susan.

— Dime, *Ouma*.

— Está confirmado que vendrán tus abuelos desde Sudáfrica. Al fin podrás conocerlos.

A Florence la noticia no la conmovió demasiado. Había vivido toda su vida sin ellos y podía seguir así. Tranquila respondió:

— Supongo que será una buena experiencia. A mí me han confirmado todas mis compañeras del Instituto en Buenos Aires que vendrán.

— ¡No faltará nadie! —exclamó nerviosa Susan Wilson.

— Sí, alguien faltará, *Ouma*... tía Anne. ¿Te acuerdas que te dije que le envié una carta con una invitación?

— Por supuesto.

Cómo iba a olvidarse, si la respuesta de esa carta la había torturado cada día desde que Florence la envió. Ya que si su hija contestaba que venía, Anne y Florence serían la comidilla de todo Comodoro. Y si decía que no, a ella se le partiría el alma de saber que no estuvieran todas juntas en ese día tan importante. Porque la compañía de Gonika no le importaba, y puesto que al nieto no lo conocía, menos podía extrañarlo, pero a su hija... ¡cuánto deseaba verla! Esperó la respuesta con el corazón en la boca.

— Me ha manifestado que no vendrá. No le parece correcto presentarse en público con su familia justo el día de mi boda. Y tampoco quiere venir sola.

— Florence, querida, las cosas son más complicadas de lo que uno quisiera —dijo Susan acongojada.

— Me dice que si tú quieres algún día podemos juntarnos todos, en su casa o en la tuya.

— Aún no me siento preparada para responder que sí de lleno, pero te diré algo: pienso que va siendo tiempo de arreglar esta situación. Al fin y al cabo, es mi hija.

— ¡Cuánto he anhelado escuchar esas palabras! —dijo Florence y la abrazó.

Susan le devolvió el abrazo. Se daba cuenta de que pronto la joven se iría de la casa y ella se quedaría sola de nuevo. Porque si bien Florence planeaba seguir administrando la estancia junto a ella, lo cierto era que viviría con su marido en la estancia Azul. A su edad, ella iba a tener que replantearse cómo sería su vida de allí en adelante.

Todavía estaban juntas en el cuarto cuando escucharon la voz de André Garrott, que ingresaba a la casa llamando a Florence. Era su segunda visita en el día. En instantes, él vestido de traje claro nuevo, la miraba con sus penetrantes ojos verdes y le contaba entusiasmado las últimas novedades. A esta altura del día, André y sus pensamientos ya iban a la velocidad de la luz.

— ¿Qué noticias quieres primero, las buenas o las malas? —preguntó él.

— Las malas.

— Jean Pierre no vendrá a la boda. He recibido un telegrama de disculpa.

— ¿Piensas que realmente sigue enojado?

— No lo sé. Sólo me dice que no vendrá porque no está en el país. Me enteré de que se encuentra en Estados Unidos en viaje de negocios.

— ¿Y cómo hizo para llegar hasta allá si nadie viaja en barco por miedo a las minas y a los bombardeos? —preguntó Florence.

Aun los viajes de civiles eran peligrosos en tiempo de guerra. Mucha gente moría a causa de los explosivos sembrados en el mar y de los ataques que por error se hacían a barcos comerciales.

— Ha partido en un avión Douglas DC-3. Una locura. Imagina que tardan cinco días en llegar.

André sospechaba que se había ido justamente para no estar presente en la boda.

— ¿Te pone muy mal que Jean Pierre no esté?

— Sólo lo necesario para recordarme que es mi amigo, pero no tanto como para empañar mi felicidad. Sabes que te amo y esta boda es lo que más quiero —la abrazó y la besó con pasión. Florence le respondió pero pronto se separó de él. Ya sabía ella cómo terminaban últimamente sus caricias... Por suerte faltaba poco para la noche de bodas. Trató de distraerlo.

— Ahora cuéntame las buenas noticias.

— Han confirmado su presencia los siete estancieros ingleses que invité. Y no sólo eso. Al saber que me caso y que me convierto en un respetable hombre de familia, quieren que hagamos juntos algunas exportaciones.

— No te engañes, André, te buscan por tu capacidad. ¿Es una propuesta muy importante, verdad? —Florence sabía muy bien cuán hábil era su prometido para los negocios, y eso no pasaba desapercibido para los astutos ingleses.

— Sí, mucho. Imagina que al estar en guerra están vendiendo una gran cantidad de mercaderías a su propio país y a las naciones aliadas. Es muy

bueno que me quieran en su grupo.

— ¡Cuánto me alegro! Yo también tengo planes que redundarán en nuestro beneficio —dijo Florence y comenzó un tema de conversación que en los últimos tiempos entre ellos se repetía: cómo tirarían abajo los linderos que separaban Maan de la estancia de Garrott, como unirían fuerzas en el trabajo, qué ventas y cuáles negocios harían juntos. Desde hacía un tiempo una misma actitud los unía, cuando se trataba de trabajo, ovejas, estancias y operaciones, ambos eran iguales. Sus mentes prácticas los hacían encontrarse también en ese vértice, y disfrutar de ello.

*12 de febrero de 1943*

Era el día de la boda y un sol radiante resplandecía en Maan.

André Garrott miró a Florence y a su alrededor desaparecieron las doscientas personas que lo rodeaban en el parque de la estancia. La belleza y la dulzura de su mujer siempre lo volvían loco, pero ese día, desde que la había visto aparecer ataviada para ser su esposa, lo mantenían esclavo. Observarla despidiéndose de los invitados, con ese vestido blanco que le apretaba cada curva y saber que en unas horas la tendría toda para él, lo trastornaba. Su flor del calafate al fin era suya por completo. Su flor del calafate ahora llevaba el apellido Garrott. La sensación le recordaba a la vivida el día que compró la primera tierra y la puso a su nombre, sólo que esta vez, en lugar de sentirse invencible, se sentía vulnerable. Extraña cosa el amor, pensaba maravillado al recordar la emoción que le había visto a Florence en los ojos cuando le levantó el velo esa mañana para que ella diera el sí ante el altar, lleno de rosas blancas, y frente al reverendo.

Para Florence la jornada había sido por demás intensa, verse acompañada hoy en la mañana de su boda por sus abuelos sudafricanos, a los que había conocido hacía sólo dos días, reunirse con sus amigas del instituto, a las que no veía desde que había venido a la Patagonia, y conocer a los hermanos de Garrott eran emociones demasiado fuertes; que unidas a la despedida de su abuela Susan, y al hecho de saber que en breve tendría su noche de bodas, le hacían galopar el corazón.

André fue tras ella buscando rescatarla. Hacía rato que querían irse y no podían, siempre aparecía otra persona para hablarles. La tomó de la mano y le dijo:

— Es hora de irnos. Servirán los últimos cafés y no quedará nadie.

Afuera nos espera Félix para llevarnos a mi estancia... que ahora también es tuya.

Florece le sonrió y nerviosa le apretó la mano.

Habían programado pasar la noche de bodas en la estancia Azul, que en realidad por la hora sería su tarde de boda. Se instalarían dos días en el lugar, hasta que ya tranquilos y más descansados partirían a su luna de miel en Córdoba.

André fue en busca de su hermano y ella pasó por su cuarto; necesitaba sacar de allí el pequeño equipaje que había preparado, y también quería cargar la cajita de madera que sus abuelos sudafricanos le habían traído de regalo. Florence había hecho una mirada rápida a su interior y había alcanzado a ver que tenía un brazalete de oro para ella, unos gemelos de oro para su esposo y dos fotos de su madre cuando niña. Todas cosas que quería observar en tranquilidad antes de partir al Hotel Edén. Puso en la misma caja el broche bóer de plata que su abuela le había obsequiado unos días antes y que había pertenecido a Ian. Susan había querido que Florence lo tuviera. Le contó que le había entregado uno igual a Peter en uno de sus cumpleaños pero al morir él, entre el dolor y las mudanzas, éste terminó perdiéndose, porque nunca más lo vieron.

Florence guardó todo en la pequeña maleta marrón y dio una última mirada a su cuarto. Ya no dormiría más allí. Los ojos se le llenaron de lágrimas, estaba triste y feliz al mismo tiempo, una etapa terminaba, pero se había casado con el hombre que amaba. Se apuró. André ya la esperaba afuera, lo había visto por la ventana.

Una hora más tarde, André la entraba en brazos por la puerta de su nuevo hogar. Florence se reía de la ocurrencia y de los nervios. Una cosa era besarse a escondidas y otra muy diferente era estar a solas con él en la casa, a su entera merced.

André la depositó en la cama grande, en la que tantas veces había soñado despierto con ella. Florence estaba preocupada por comenzar a preparar el camisón que estrenaría ese día, cuando los besos de Garrott la tomaron de sorpresa. Se quejó:

— André, tengo que ponerme el camisón que he preparado.

— No me importan los pijamas, sólo me importas tú —dijo él, trastornado.

Entonces ella ya no pudo planear nada porque las manos grandes,



deseosas y emocionadas de André se enredaron en los metros de tela blanca, intentando quitarle el vestido que se negaba a salir. Un intento, dos, y al fin desesperado, entre besos, reconoció derrotado:

— No puedo sacártelo... no puedo con los malditos broches.

Ella se rió con ganas y comenzó a quitárselo con manos ágiles, junto a las prendas íntimas, ante los ojos verdes y desprevenidos de André, que al verla desnuda por completo y por primera vez, creyó volverse loco de deseo. No pudiendo contenerse la besó con ansias e hizo lo mismo que en la fiesta de Año Nuevo bajo el árbol, sólo que ahora no había ropa que se interpusiera en sus propósitos: hundió suavemente sus dedos diestros y experimentados en el interior húmedo de Florence, igual que esa vez. Recordaba bien lo que había producido en ella esa noche. Y no se equivocó, en instantes Florence ya no respondía de sí, se perdía en las manos y la piel de André, sin importarle si estaba en su noche de bodas o en cualquiera de esas tardes en que, besándose con André, ella se quedaba sin aliento. Garrott, a diferencia de ella, a cada instante y en cada suspiro y gemido, pensaba: *Es mi noche de bodas, es mi esposa, mi mujer. Es mía.*

A Florence el temor a la primera vez se le extraviaba bajo las sábanas, que conforme pasaban los minutos, y entre gemidos de placer, comenzaban a mostrar una pequeña mancha roja.

Horas después, abrazados en la penumbra del cuarto, Florence pensaba lo tonta que había sido al tener miedo. Al fin y al cabo, conocía bien a ese hombre. No imaginaba cuántas veces en el futuro la asaltaría la terrible pregunta: ¿Alguna vez había conocido realmente lo que había en el corazón de André Garrott?

*Enero de 1944*

Habían transcurrido casi once meses desde la boda y la vida para el matrimonio Garrott había entrado en una deliciosa rutina que incluía a Babá, al que habían mudado con ellos. Atrás quedaban las incertidumbres de cuando se conocieron, los preparativos intensos y agotadores de su casamiento, el largo viaje de bodas y la puesta en funcionamiento de una nueva vida cotidiana.

En el Hotel Edén, lo habían pasado maravillosamente; habían recorrido a caballo el Camino del Cuadrado y disfrutado de las distinguidas veladas en

las que André había usado todos y cada uno de los elegantes trajes que había llevado; al igual que le pedía a ella que estrenara los vestidos que le había regalado. Habían hecho muchos amigos nuevos, entre ellos una joven pareja, Amalia y Marthin, ella argentina y él suizo, de apellido Miller, que solían ir por las noches a cenar. Incluso habían quedado en volver a verse.

Pero ya estaban de vuelta en el sur, dedicados por completo al trabajo, que incluía la administración de las estancias Maan y Azul. Se sentían plenos y satisfechos. Saber que se acercaba la esquila los llenaba de expectativas, a pesar de la labor extra que esto significaba.

Esa mañana, Florence terminaba de reunirse con el administrador, le había dado algunas órdenes sobre temas importantes. André recién regresaba del viaje que había hecho a Chile en busca de soluciones para los nuevos problemas que planteaba el recrudecimiento de la guerra. Las reglas de juego en los negocios cambiaban día a día.

Florence tomaba un café de pie en la cocina y estaba a punto de salir a dar la vuelta por el campo como hacía cada mañana, cuando entró su marido.

— ¿Qué haces aquí, André? ¿No dijiste que hoy ibas a descansar?

— Imposible. Me acuesto y empiezo a pensar todo lo que hay por hacer. Cuando Félix me buscó en la estación, me puso al tanto de una noticia que me dejó ansioso.

— ¿Qué te ha contado?

— Que Jean Pierre está de regreso. Lo vio en Comodoro y le dijo que en cuanto yo volviera de Chile me avisara, que quería reunirse conmigo.

— Pero eso es bueno, debe querer retomar la amistad.

— A veces pienso que es eso y otras creo que quiere algún beneficio económico adicional, por los años que trabajó conmigo.

— No seas tonto, él es una buena persona, no vendrá a pedirte nada.

A Garrott la respuesta de su mujer le hizo ver las cosas de otra manera.

— Tienes razón. A veces se me ocurren tonterías. ¿Sabes qué? Por momentos extraño su compañía.

Finalmente, se animaba a poner en palabras los sentimientos que lo embargaban desde hacía tiempo. Una frase pequeña que encerraba mucho. André y Jean Pierre habían tenido buenos tiempos y demasiadas cosas compartidas como para olvidarse de todo. Por años habían sido los mejores amigos y lo extrañaba. Florence lo sabía, como también estaba segura de que Jean Pierre era una buena persona, un hombre tranquilo y sosegado, lo cual transformaba a Dufour en una excelente compañía para su vehemente esposo.

Estaba convencida de que los dos amigos tarde o temprano tendrían un acercamiento.

— Me parece una idea estupenda que se junten. Si crees que puedo ayudarte en algo, me lo dices.

Garrott miró a su esposa con gratitud. Ella siempre tenía una buena palabra para decirle, un pensamiento que le traía paz y le hacía ver las cosas de otra manera. ¿Cómo era su vida antes de ella? No lo recordaba, de esa época sólo le quedaba una sensación de vacío.

— Eres dulce... Te quiero —dijo, y le dio un beso en la boca.

Una hora después él ya estaba con Félix de nuevo, pidiéndole que organizara el encuentro con Jean Pierre para la mañana siguiente.

\* \* \*

La jornada recién comenzaba cuando André partió apurado y nervioso, manejando. Vería a Dufour después de casi un año de alejamiento ¡Y pensar que antes no pasaban dos días sin verse! Creía que era una pena que todo se hubiese arruinado, aunque confiaba en que habría alguna manera de enmendar la situación. Esperaba que al encontrarse con Jean Pierre, éste no estuviera enojado y tampoco viniera con pedidos absurdos. Habían quedado en verse en el bar de Comodoro donde lo hacían siempre antes de distanciarse.

André llegó más temprano de lo pactado y se sentó a la mesa acostumbrada. Pidió un café y miró por la ventana, meditabundo. Quería compartir de nuevo la vida con su amigo. A Florence la amaba con el alma, era su mujer. Pero su amigo... ah, su amigo... ¡ojalá recapacitara! Nadaba en las aguas apacibles de viejos y queridos recuerdos cuando lo vio cruzar la puerta. En instantes lo tenía frente a él, saludándolo distante, pidiéndose otro café y felicitándolo fríamente por su matrimonio. Se miraban y se encontraban iguales y cambiados al mismo tiempo. Eran los de siempre, pero su amigo llevaba barba y estaba muy flaco. Dufour observaba que André no tenía el mismo corte de pelo; la moda lo dictaba corto y con gomina y lo usaba así.

Para romper el hielo, hablaron del viaje de André a Estados Unidos.

Luego se adentraron a lo suyo. Jean Pierre abrió el juego.

— He querido verte para decirte que lamento mucho todo lo que pasó entre nosotros... También siento haberme perdido tu boda, pero la verdad es que no estaba en condiciones de disfrutarla.

— Te entiendo. De veras te entiendo...

— ¿Sabes? Estos meses me dieron la oportunidad de rever lo que pasó y creo que estuve mal.

— ¡Yo también estuve mal! —dijo André en un arrebato, sin poder ya contenerse.

— Espera, escúchame un minuto más, tengo algo importante para decirte...

— Te escucho.

— Al estar lejos también tuve ocasión de comprender cuáles son las personas realmente importantes en mi vida, y tú eres una de ellas.

André lo miraba emocionado.

— Mira, Jean Pierre, eres como un hermano para mí, y hasta aun más cercano que alguno de ellos —dijo Garrott con sinceridad.

— Tú también lo has sido para mí.

Se observaron en profundidad, midiéndose durante instantes, luego se levantaron al mismo tiempo y se unieron en un ruidoso y torpe abrazo. Los malentendidos se deshicieron al sentir la familiaridad del apretón. André Garrott y Jean Pierre Dufour se reencontraban y su compañerismo borraba las rencillas y los rencores que habían florecido en alguna ocasión.

Una hora más tarde, los dos junto a sus respectivos autos se despedían y Garrott le decía:

— Tienes que venir a casa a comer

— Iré cuando quieras —le respondió Jean Pierre, demostrando que lo de Florence era un capítulo cerrado.

— Te espero esta noche con cordero a las brasas.

— No insistas, que me tendrás allí.

— Te insisto. Quiero que vengas —dijo Garrott mirándolo a los ojos.

— Está bien. A la noche me tienes en tu mesa. Llevo el vino —dijo encendiendo el auto, y saludándolo con la mano arrancó.

André, feliz, se disponía a hacer lo mismo cuando un grupo de tres hombres pasó delante de su vehículo. Le pareció que uno de ellos se daba vuelta a mirarlo, pero no alcanzó a ver quién era, pues eufórico como estaba

no prestó atención a la mano en alto. El Chevrolet azul partía y a media cuadra del barcito, Albornoz pensaba: «¡Encima no me saluda! ¡Ah, Garrott, la vida tiene tantas vueltas, ruega que alguna vez no estés tú abajo y yo arriba porque te acordarás de mí!»

André contento y despreocupado se alejaba con la convicción de que era un gran día.

Esa tarde Garrott llegó temprano a su casa y dio instrucciones a los peones para que pusieran a asar un cordero, y a Florence le pidió que organizara una cena especial. Se había reconciliado con su amigo de toda la vida. Había que festejar. Miraba a su amada esposa y juzgaba que lo tenía todo, sentía que ese día era lo más parecido a la felicidad perfecta.

\* \* \*

Florence se observó en el espejo y se sintió satisfecha. Jean Pierre venía a la casa y la coquetería femenina la había llevado a arreglarse de manera especial. Era inevitable, al fin y al cabo era una mujer y ese hombre había estado enamorado de ella. Pero se hallaba feliz de que su marido se hubiera reconciliado con su amigo. Esperaba que pasaran un buen momento durante la cena, se había esmerado con los preparativos. Desde su cuarto escuchaba silbar a André, estaba contento, comenzaba a conocerle algunas cosas, aunque no todas todavía.

Terminaba de peinarse cuando oyó la puerta y la voz de su mucama que recibía a Jean Pierre. Florence se apuró para llegar al comedor, también su marido que llegaba del patio. En instantes la pareja saludaba a su invitado y empezaban a conversar con naturalidad. La charla transcurría por carriles amistosos cuando el peón que estaba a cargo del asado vino a avisar que el cordero estaba listo. Ya en la mesa, André le preguntaba a su amigo:

— Así que te has comprado una casa más grande en Comodoro. ¿Y cómo te sientes?

— Igual que en la otra —dijo sonriendo mientras se encogía de hombros—, con la misma ventaja de ir a tomar café al bar de Antonio cuando quiero, y la desventaja de no poder comer corderos asados como éste.

— No puedo imaginarme vivir en un lugar que no sea el campo —dijo André turbado; el solo pensamiento ya le producía desosiego.

— Entre las cosas que más extrañé durante mi estadía en Norteamérica estaban estos asados, las salidas a cazar, el bar y, claro, el paisaje patagónico.

— Me dijo André que fuiste y volviste en avión, cuéntame un poco más sobre eso.

— ¡Uf! Cinco días de viaje desde Buenos Aires a Estados Unidos. Tuvimos que hacer muchas escalas. —Entonces Jean Pierre comenzó a contar la historia que había contado decenas de veces, pero que a los oyentes los cautivaba.

La hora había pasado volando y la velada terminaba de modo excelente. Habían hablado de hacer negocios justos, de ir de caza y de repetir el asado. Jean Pierre se levantaba de la mesa para retirarse cuando André le entregó el souvenir del casamiento. Tomó la moneda entre sus manos y al percatarse de que era de oro, emitió un silbido.

Garrott comentó:

— ¿Es linda, no? Ahora, discúlpame. El cordero era grande, ha quedado mucho y ya que te es difícil conseguirlo, haré que te preparen un paquete.

— No hace falta, no te molestes.

— No es ninguna molestia, permíteselo —le pidió Florence. André desapareció en busca de lo prometido.

Pasados unos minutos, Garrott ya le había dado instrucciones al peón e ingresaba nuevamente al comedor, cuando algo que vio le acertó un golpe de desazón y contrariedad. Las manos de su amigo y las de Florence se tocaban sobre la moneda, los rostros de ambos estaban muy juntos y se reían divertidos. Florence vio la expresión de su esposo e intuyó algo. Se apartó rápidamente y explicó las risas.

— Dice que en la moneda parecemos los reyes de Inglaterra —al decirlo comenzó a reír nuevamente. Jean Pierre también lo hizo.

Garrott sonrió, tratando de olvidar la imagen; pensó que debía tener cuidado con sus celos, éstos podían llegar a arruinarlo todo. Aunque la verdad no le había gustado nada la confianza entre Pierre y Florence.

*Marzo de 1944*

Hacía más de un mes que Garrott y Dufour habían estrechado vínculos; volvían a tomar juntos café, repetían cenas en la estancia mientras recordaban viejos tiempos. Aun habían comenzado con tímidos acercamientos de negocios: una operación de arrendamiento de tierras por parte de Dufour a Garrott para ampliar su hacienda de ovejas, una venta de lanas en conjunto y otros detalles que ponían felices a todos. Incluida Florence, Susan, Félix, y demás parientes y conocidos que estaban al tanto de la reconciliación.

Dos veces por semana, Florence pasaba por la estancia Maan. André la llevaba temprano y por la tarde la pasaba a buscar. Ella aprovechaba para tener su reunión con el administrador, dar una mirada a los corrales y cuando el tiempo se lo permitía hasta hacía una cabalgata por los campos para controlar todo. Esa mañana llevaba horas mirando papeles en la oficina de la casa cuando llegó Susan con café y *koeksusters*.

— Aquí te preparé lo que me pedías hace rato, haz un recreo. Te vendrá bien. — Hacía rato que veía a su nieta, preocupada, mirando papeles.

— Es que siempre pasa lo mismo. Cuando creo que hemos juntado suficiente dinero para volver a comprar las hectáreas que tuvimos que vender cuando murió papá o las que se perdieron cuando falleció el abuelo, aparece un gasto imprevisto y no se puede.

— Florence, no te preocupes, alguna vez volverán a ser nuestras.

— Me daría mucha pena que no fuera así. Mi anhelo es que esta familia recupere todo lo que alguna vez tuvo.

Susan sabía que esto era así, la veía trabajar arduamente tras esa meta. Quiso tranquilizarla:

— Las pertenencias materiales no son nada al lado de las del corazón, éstas son las únicas que importan en verdad.

— Es que justamente pienso en eso: esas tierras no valen sólo por lo económico, tienen otro valor para nosotras.

— Tranquila, querida mía, ya vendrá el tiempo en que las recuperaremos. Recuerda que «Basta para cada día su propio afán» —dijo Susan citando las Sagradas Escrituras, como le gustaba hacerlo—. Ahora disfruta del día, que está precioso.

Florence miró por la ventana unos instantes y respondió:

— Tienes razón, *Ouma*.

— ¿Por qué no te tomas dos o tres días de descanso? No vengas a Maan, quédate remoloneando en tu casa.

— No es mala idea, lo pensaré. Ahora dame una torta frita, me muero por una. Con tanto trabajo se me ha abierto el apetito.

Desde hacía un tiempo la atacaban las ganas de comer determinadas cosas y si no las conseguía le parecía que se iba a morir. Creía que esto se relacionaba con el mes que llevaba sin su período. Estaba casi segura de que estaba embarazada, si era así, pronto le daría la feliz noticia a André, pero quería estar más segura. Pensaba en esto y en la propuesta de su abuela y se le ocurría que no sería mala idea tomarse unos días con André y contarle la buena nueva en medio de algún paseo, tal vez podría ir a visitar a Anne. Pensó en su tía y sintió deseos de verla.

Esa tarde, André llegó optimista a buscar a su esposa. El capataz de la estancia estaba mejor después de un accidente sufrido días antes. Un toro lo había embestido y arrastrado por el corral. Aunque no sabía si podría seguir trabajando en la estancia, al menos salvaría su vida, y eso lo ponía contento. Cuando Florence subió al vehículo él le contó la buena noticia y ella por su parte le comentó las novedades de Maan. Al verlo tan bien dispuesto le planteó la idea de tomarse unos días para visitar a Anne. Él se entusiasmó.

— Sería una estupenda idea ir a visitarlos, nos insistieron mucho que regresáramos. —El viaje anterior le traía recuerdos felices. Añadió: — Podríamos aprovechar la visita para ir de caza con Jean Pierre. No lo hacemos desde antes de la pelea.

— No tengo problema —dijo Florence. No era precisamente lo que había pensado, pero también era verdad que su marido no había salido de caza desde la boda.

— ¿Piensas que podríamos ir este viernes y quedarnos hasta el lunes?

— Seguro, amor mío, pero déjame hablar con Jean Pierre. No creo que me diga que no. De lo contrario iremos nosotros dos.

A él le gustaba complacer a Florence en todo. Desde que se había casado, su amor por ella no había mermado ni un ápice sino al contrario. Esa mujer lo hacía feliz.



Era sábado y el día de verano se anunciaba ideal para la actividad que el matrimonio Garrott planeaba junto a Jean Pierre. El auto ya estaba cargado y estaban en la puerta de la casa de Dufour a punto de comenzar el viaje.

Florence acababa de desayunar y ya tenía hambre de nuevo. No le quedaban dudas de que estaba embarazada pero todavía no había hablado con André. Tenía decidido contarle la noticia cuando estuvieran tranquilos en el vergel de Anne y Gonika, aunque esperaba que realmente se presentara la oportunidad de conversar, porque veía a André de lo más entusiasmado con sus planes de caza. Su marido acomodaba los rifles en el baúl mientras silbaba contento. Hacía más de un año que no salían a cazar con Jean Pierre, y poder hacerlo en un lugar silvestre como era donde vivía Anne Wilson y conjugarlo con la visita que su esposa deseaba hacer, era el programa perfecto.

Garrott se hallaba pensando que serían unos días estupendos cuando vio aparecer a Dufour. La marcha comenzaba, partían animosos imaginando que los esperaban múltiples emociones; lo que jamás sospecharían era cuáles y de qué clase.

\* \* \*

Cuando bajaron del auto, al llegar a la casa de Anne y Gonika, se dieron cuenta de que las muchas horas de viaje se les habían pasado volando. Jean Pierre los había entretenido contándoles su vida allá en los Estados Unidos, las diferentes costumbres y el mayor desarrollo que ese país tenía.

Desde que llegaron Anne no dejaba de atenderlos, claro que de la manera que ella sabía hacerlo. Ofreciéndoles toda clase de exquisiteces elaboradas por sus manos y las de su esposo. Habían recibido de manera amable a Jean Pierre y al enterarse del plan de salir a cazar, Anne les puso una única condición: que lo hicieran lejos de la casa. Gonika se ofreció a acompañarlos a un lugar excepcional donde los ingleses solían ir a cazar pumas y jabalíes. Además había guanacos, zorros y varios otros animales que podían interesarles. En algunas ocasiones él iba solo y cazaba los animales que iba a consumir.

En un momento de tranquilidad mientras los hombres preparaban el asado para la cena, Anne le había pedido a Florence que le contara detalles de su casamiento. Quería saber quiénes habían ido, cómo era el vestido y cuál había sido el menú. Anne escuchaba a su sobrina y exclamaba: «¡Qué hermoso! ¡Cuántos detalles! Debe ser emocionante». Florence imaginó con tristeza que el suyo no habría tenido esos detalles. Debió haber sido simple, como todo en su vida y en ese lugar; lo veía en la cocina sencilla, en la gran mesa del comedor con largos bancos a cada lado para sentarse en vez de sillas, y en el orden meticuloso de las cosas. Pero había algo inmaterial allí que lo enriquecía, y eran el cariño, el amor y el respeto que se respiraban.

Florence hacía estas observaciones mientras ponía la mesa con Anne, y el pequeño Peter jugaba con bolitas, cuando Jean Pierre ingresó con el regalo que había traído para la dueña de casa. Anne recibió el paquete y lo abrió. Era una gran caja de té inglés. Cuando lo vio, pegó un gritito de alegría y dijo:

— ¡No hacía falta que se molestara, aunque me encanta el regalo!

No era fácil de conseguir y mucho menos donde ella vivía.

— Me alegro mucho, lo traje de mi viaje al país del norte y esperaba la oportunidad de regalárselo a alguien especial.

— ¡Gracias! Me imagino que haber vivido casi un año en ese país debe haber sido una experiencia enriquecedora. Un idioma diferente, otra idiosincrasia...

— Sí, ya lo creo.

— Jean Pierre, explícale a tía Anne lo que nos contabas sobre el trabajo de las mujeres —dijo Florence, que aún no salía de su asombro por las peculiares costumbres.

— Cuénteme —dijo Anne, interesada. A veces sentía que su mundo cabía en la palma de una mano.

— Simplemente les comentaba que las mujeres solteras allá trabajan y se mantienen. Algunas hasta viven solas.

— ¿Y la sociedad cómo ve eso?

— Las respetan. Nadie se atrevería a pensar mal de ellas porque son independientes.

— ¡Qué diferencia con nuestro país! Mire, Jean Pierre, ahora estoy preparando la ensalada, pero en cuanto termine me gustaría que me cuente cómo vio el tema racial allá. Ya se dará cuenta por qué me interesa.

Anne había leído que en los últimos años había una gran migración de gente de raza negra desde los estados de Texas y Luisiana a California, en

busca de trabajo en la industria armamentista, en un intento de escapar al racismo. Ya que en una fábrica no importaba su color, sino sólo sus manos fuertes.

— Cuando quiera, Anne. Pero le anticipo que no es precisamente el punto fuerte de ese país.

— Me lo imagino, pero aun así me interesa —dijo Anne, y se fue a la cocina para terminar de preparar la comida.

A Florence le atrajo el tema. Al fin y al cabo tenía un tío de color y un primo hermano mulato. Se acercó más a Jean Pierre. No quería que la escucharan hablar del asunto y creyeran que era por prejuicio.

— Dime, ¿es verdad que la gente de color se ha ido del campo a las grandes ciudades y allí consiguen buenos trabajos?

— Por un lado, los sindicatos interracialistas han logrado el acceso de la gente de color a trabajos calificados en la industria del acero y la alimentación. Pero por otro, en las grandes ciudades no pueden tener casa propia.

— ¿Por qué? ¿Porque son... negros? —Se le acercó aún más para susurrar esta última palabra.

— Sí. Les niegan el acceso a las hipotecas o se las encarecen y cuando algún privilegiado reúne el dinero para comprar su casa, las inmobiliarias los hacen desistir de los barrios buenos, porque son de los blancos.

— Pienso en él que es de mi sangre —dijo Florence mirando al pequeño mientras se acercaba al oído de Jean Pierre para añadir—: y entonces se me parte el alma al saber que no importa en dónde viva, siempre le faltarán oportunidades.

Ella tenía los ojos llenos de lágrimas, Jean Pierre al ver su estado, teniéndola tan cerca le puso la mano en el hombro, diciéndole:

— No te preocupes, Florence, cuando él sea mayor las cosas habrán cambiado.

Ella lo miró y asintió.

Así estaban, muy juntos, solos, ella compungida y él observándola cuando André entró al comedor y al ver la escena, estuvo a punto de iniciar un escándalo. Lo hubiera hecho pero detrás de él llegó Gonika con la fuente llena de carne y llamó a todos a la mesa. Florence y Jean Pierre, que no captaron el vendaval de ira que poseía a Garrott, se acercaron a la mesa, mientras hablaban dos palabras más del mismo tema, quedando ubicados uno al lado del otro en el mismo banco; y cuando André fue a sentarse al otro

lado de Florence, el pequeño Peter le sonrió y le ganó de mano, teniendo que sentarse frente a su mujer; que según sus propias conclusiones se hallaba demasiado pegada a Jean Pierre. Estaba seguro, aunque no alcanzaba a verlo, que la cadera de ella se rozaba con Dufour.

La cena transcurrió en tranquilidad porque a pesar de que Garrott estaba que lo llevaba el diablo debido a lo que veía enfrente, nadie detenía su mirada en él. Había demasiado por contar y mucho por compartir. André ya no estaba seguro de qué era cierto y qué era fruto de su imaginación. Miraba a Jean Pierre alcanzarle la sal a su mujer y se ponía incómodo. Observaba a Florence sonreír por un chiste de Dufour y sentía que hervía. Qué decir cuando inclinaban la cabeza y entre ellos cruzaban algunas palabras en privado... Las manos le transpiraban, el cuello y la espalda por la tensión le dolían, estaba ya harto y a punto de explotar cuando la llegada del postre le trajo el alivio de que la cena terminaba y podría levantarse.

Salió a tomar aire fresco en la noche. Pensaba qué hacer cuando su esposa apareció junto a él.

— Qué bella noche ¿verdad, amor? El verano es lindo. Lo estoy pasando estupendamente.

Garrott, al escuchar su comentario, no pudo contenerse y exclamó:

— ¡Ya lo noté! ¡No has hecho otra cosa que hablar con Jean Pierre.

Florence lo miró asombrada.

— No seas ridículo.

— ¡Ja! ¡Si te hubieras visto como te veía yo! ¡Porque, oh casualidad, te fuiste a sentar junto a él!

— Eres un tonto celoso —dijo Florence y se retiró. No tenía deseos de pelear. Había salido con la idea de contarle la noticia del embarazo pero los estúpidos comentarios de André le habían quitado las ganas.

Media hora después estaban en la cama que Anne les había armado en la parte nueva de la casa. Seguían enojados y cada uno se había ubicado en un extremo del lecho. En la oscuridad, despiertos y sin saberlo, ambos recordaban lo mismo: cuánto habían deseado, en la visita anterior, poder dormir juntos y hacer el amor; y ahora pudiendo hacerlo, el disgusto se los impedía. Por un instante, André creyó que era momento de acabar con la discordia y extendió su brazo para tocar a Florence pero no la halló. Era evidente que ella no quería acercamiento de ningún tipo, y si las cosas estaban así, él nada podía hacer.

Florence, que recordaba la visita anterior, presa de melancolía sintió

deseos de reconciliarse. Estiró las piernas bajo las sábanas para encontrar a André. Muchas veces en la noche así lo hacían. Pero su pie se movió solitario entre las cobijas, sin encontrar a su marido. André esa noche no quería nada con ella. Sintió deseos de llorar pero el cansancio y el sueño la vencieron. En instantes ella soñaba con cientos de mariposas negras que buscaban ahogarla. Era la segunda vez en la semana que tenía la misma pesadilla. Garrott a su lado, nervioso, padecía insomnio. Cada uno presentía la desgracia a su manera.

\* \* \*

Por la mañana se despertaron temprano. Los tres hombres planeaban partir a cazar apenas estuvieran listos. Estarían ausentes una noche. Desayunaron copiosamente. Anne trajo su famosa torta de arándanos, que nunca faltaba a su mesa.

— Me encanta esta torta. Tienes que enseñarme a prepararla —dijo Florence, que ya iba por la segunda porción. Desde su embarazo tenía una debilidad por los dulces, casi tanto como su marido.

— Te daré la receta.

— Podría comerme de ella cien porciones.

— Pues entonces toma la mía, nunca pruebo lo dulce —dijo Jean Pierre y le pasó su porción.

Garrott, que devoraba su porción, vio esto y pensó que era el colmo de la intimidad. ¡Jean Pierre empujaba la torta con la misma cuchara que había usado! Eso lo hacía un hombre con una mujer cuando se tenían mucha confianza. ¡Florence no debía permitirlo! ¿O acaso ella lo permitía porque realmente tenían mucha confianza? Trataba de recordar situaciones extrañas entre ellos y encontraba cientos: cuando miraban juntos la moneda y Jean Pierre casi la tenía tomada de la mano; los dos siempre conversando; Florence invitándolo a comer y haciéndole sus platos favoritos. ¿Y ayer? Las dos cabezas juntas y ella llorosa. ¿Qué había entre ellos? ¿Por qué lloraba su mujer? ¿Qué le había dicho Jean Pierre para que se pusiera así? Se torturaba pensando y una demencia de celos y rabia lo trastornaba.

Sin terminar el desayuno salió afuera y comenzó a cargar los últimos

bártulos que llevarían en su salida. Con violencia metía las frazadas, los rifles, la tienda que armarían, la caja con los comestibles. Se movía con rudeza cuando oyó la voz de Florence.

— ¿Se puede saber qué cuernos te pasa, André Garrott?

— ¡Es que te veo! ¡Te veo!

— ¿Y qué es lo que ves?

— Cómo tratas a Jean Pierre. Cómo te mira. Cómo te diriges a él.

Florence pensó que podía ser cierto, a veces Jean Pierre era demasiado amistoso con ella, pero no para que André se pusiera de ese modo.

— Estás loco de remate.

— ¡No es así! —la tomó por los hombros con rudeza y sentenció—: Tú tienes algo con él.

— Suéltame, que me haces daño. No tengo nada con él pero te aseguro que él nunca me ha tratado así.

Ésa fue la estocada final. Su mujer y Jean Pierre tenían un romance. Ya no tuvo dudas. Ella continuó:

— Hoy pensaba darte una noticia hermosa y la has arruinado. Iba a contarte que espero un niño.

La miró sin saber si ponerse contento o largarse a llorar, si pedirle perdón o continuar enojado. Pero el enojo le ganó la mente y su boca sin permiso pronunció la terrible frase:

— ¡Espero ser el padre!

Florence alzó su mano y le dio una bofetada. André se tocaba la cara sorprendido cuando Gonika y Jean Pierre se acercaron. Florence entró en la casa.

— André, estás cargando todo solo, déjanos ayudarte —dijo Gonika.

— Quiere demostrar que es más fuerte, no nos dejará nada —bromeó Dufour.

— Cállate, Jean Pierre —le dijo André con rabia.

— Siempre ha sido así de competitivo, aun de niños —prosiguió Jean Pierre y miró a Gonika.

— Cállate —repitió André y dio un empujón a su amigo.

— Garrott, ¿qué te pasa? —preguntó Dufour ya molesto.

— ¿Qué me pasa, qué me pasa? Ven, sígueme.

Jean Pierre caminó tras él y se alejaron. Gonika, mientras tanto, continuó cargando las últimas cajas; esperaba que Garrott y Dufour pudieran arreglar su entredicho; cualquiera que hubiese sido éste, deberían hacerlo, de

lo contrario compartir el paseo sería un suplicio. A unos metros bajo los árboles, los amigos discutieron durante un buen rato. Por momentos Gonika alcanzaba a escuchar algunas palabras. Le parecía saber cuál era la razón de la pelea. Luego, ya más tranquilos, regresaron. Estaban listos para partir.

Una vez que los hombres se hubieron marchado, Anne y Florence aprovecharon que Peter dormía y se pusieron a conversar. Florence no pudo contenerse. Entre lágrimas le contó a su tía la noticia de su embarazo y la discusión que había tenido con su marido. Anne la calmó con palabras comprensivas y sabias. Su tía tenía razón. La pelea era algo del momento y no tenía nada que ver con la vida armoniosa y feliz que llevaban en la estancia. Era una circunstancia nimia que ya pasaría.

Pero las horas transcurrían y algo en el interior de Florence la llenaba de ansiedad, aunque no podía determinar qué era. Esa noche durmió mal y por la mañana se despertó con la primera luz del alba. Miró la cama y vio manchas de sangre. Se asustó. ¿y su embarazo? En minutos Anne la ayudaba y otra vez la tranquilizaba.

Eran las once de la mañana cuando escucharon la bocina del auto de André. Les llamó la atención la violencia con que la tocaba y también la hora. Los esperaban de vuelta recién por la tarde o la noche.

Anne salió a la puerta y junto a ella el pequeño Peter. Florence estaba en cama después de lo sucedido en la mañana.

En medio de los bocinazos, el auto se estacionó y cuando descendieron del auto, lo que Anne vio no lo olvidaría por el resto de su vida.

— Por Dios... qué es... —alcanzó a decir. Miró a su niño y le ordenó: —¡Adentro, Peter, ya mismo!

— Mamá...

— ¡Adentro, he dicho!

\* \* \*

Una vez que el pequeño Peter entró a la casa, también lo hizo por detrás Anne. Sólo que ella iba en busca de una sábana.

Afuera Gonika y André bajaban a Jean Pierre todo ensangrentado. Tenía

una herida de bala pero también múltiples y extrañas heridas. No se movía, pero aún respiraba. Había que ir urgente al hospital. ¿Pero qué había sucedido? Envolvieron al herido en una sábana limpia y lo metieron en el asiento trasero del auto.

La frágil y dulce Anne, ante la situación extrema que se le presentaba, sacó a relucir un costado en su carácter que nunca antes había necesitado. La tranquilidad en la que había vivido siempre y el cuidado amoroso de Gonika la habían mantenido al margen de violencias. Pero esa mañana un espíritu diferente le hizo decir:

— Vamos, Garrott, necesitamos un médico ya mismo. Luego explicaremos a la policía el accidente. Cualquiera que éste haya sido. Iré yo contigo, André, en tu auto.

— No, iré yo. He visto lo que sucedió —intervino Gonika.

— No, querido esposo —dijo Anne con dulzura y le apoyó la mano en el hombro—. Por varias razones es mejor que vaya yo, primero que por tu color puedes terminar en un problema. Segundo, no importa que hayas visto lo que pasó, ya veremos qué decir. Y tercero yo soy mujer, una Wilson. Garrott es mi pariente y estaba en mis tierras. Mi familia es respetada, la policía me reconocerá de inmediato. Tú quédate a cuidar de mi sobrina.

— No, Anne, insisto, debo ir yo. Tú no podrás con la situación.

— Claro que podré. ¿Sabes qué? Piensa en tu hijo, imagina lo que sería para él que su padre además de ser de color tuviera problemas legales. No sé lo ocurrido pero lo solucionaremos de la mejor forma.

Ella había sido cruda pero tenía razón. Gonika dudó todavía un instante y al fin dijo:

— Andando, los minutos cuentan.

André y Anne subieron al auto. Jean Pierre respiraba con dificultad.

Aún perturbado, Gonika entró en la casa. Florence estaba sentada en la sala con el rostro desfigurado. Estaba claro que ella había visto la situación por la ventana.

— Gonika... ¿qué pasó?

— Me parece mejor que hablemos después. —Gonika necesitaba pensar, cambiarse, lavarse. Tenía manchas de sangre por todos lados.

— Necesito saber qué hizo mi marido. Quiero la verdad, Gonika, cuéntamela.

Gonika se sentó en el sofá frente a ella.

— Florence, ¿estás segura de que éste es el momento de saberlo todo?



— Sí, es el momento. Llevo un hijo suyo en mi vientre.

Habían transcurrido algunos minutos y a varios kilómetros de la casa, el Chevrolet azul serpenteaba a toda velocidad el camino, pero era demasiado tarde. En el asiento trasero, Jean Pierre acababa de dejar de respirar. Anne y André aún no lo sabían.

## CAPÍTULO 29

### Hoy

Al día siguiente de la cena en casa de Gonika, Omar y Elena se levantaron tarde. Ella todavía estaba agotada de la jornada anterior y decidieron quedarse a descansar. Suspendieron todos los paseos, incluida la visita al anciano; podían ir cualquier otro día, todavía les quedaban varias jornadas en Cape Town.

Desayunaron en el cuarto y tendidos en la cama comenzaron a planear la boda. Omar trajo el bloc de hojas y la lapicera del hotel. Hicieron la lista de los invitados, eligieron el menú, la decoración y los mil detalles que Omar, cada tanto, cuando Elena se preocupaba, le recordaba que no eran lo importante de una boda, como ella misma le había pedido que lo hiciera. El vestido de novia no le preocupaba, lo había elegido antes del viaje a Sudáfrica; a su regreso sólo tendría que darle el toque final en el lugar donde lo había encargado.

Luego de una hora de pormenores y planes, Omar se dedicó a mimarla. A ella le dolía la espalda y él se ofreció a hacerle un masaje. Elena se hallaba boca abajo en la cama mientras él, con sus manos grandes, le acariciaba la cintura y la miraba. Observaba su piel bronceada, reparaba en los pequeños, cortos y dorados vellos, que sensuales aparecían a la altura de la cintura, y entonces sentía que se moría por esta mujer. Ella tenía el poder de sacar lo más sublime y lo más bajo de él. Por un lado se enternecía al saberla vulnerable, llevando un hijo suyo en el vientre, y sólo quería protegerla; pero por otro, sentía que hacía aflorar en él su instinto de hombre, arrastrándolo a pasiones bajas y desenfrenadas, queriéndola amar con violencia y descaro. Todo empezaba y terminaba en ella; Elena encerraba el total, la suma del todo. La dulzura, la pasión, el dolor, la risa, el ardor y la calma. Aún se sumergían en ella, los lapsos, los ciclos y los períodos con que el hombre había clasificado las eras para no perderse en la nebulosa. Porque el pasado sin ella se le presentaba estéril e infructuoso ya que todo lo vivido con anterioridad a Elena era sólo una sombra de lo real, momentos solitarios e incompletos. El futuro también era de ella por el hijo que tendrían y los años que soñaban juntos, pero en el presente era donde ella se le hacía más patente

que en cualquier otro tiempo, ya que aquí la imagen de Elena lo cubría todo, llegando en algunos momentos como éste a narcotizarlo. Un vello rubio, un trozo de piel dorada... la vida misma. La abrazó por detrás, pegándose a ella; no quería soltarla nunca más en la vida. Elena no le veía la cara, pero sentía su pecho contra la espalda e intuía los poderosos sentimientos que recorrían a Omar; la conexión entre ellos era fuerte. Y así, abrazados, se quedaron un rato largo. Elena sintiendo la suavidad de la sábana contra su cara, y Omar el perfume de la piel de ella. Minutos eternos, hasta que la carne le ganó a las emociones y, desnudándose a los apurones, se amaron con la desesperación de quien el amor lo lleva a descubrir que somos finitos, que hoy estamos con la persona amada pero en un instante la vida pasa, los años se van, y ya nada volverá a ser igual.

Dos horas después del momento profundo que habían vivido, la pareja bajó a almorzar al restaurante de lugar. Querían seguir tranquilos dentro del hotel, aún no tenían ganas de reanudar su vida de turistas. Se hallaban sentados a punto de hacer su pedido al mozo, cuando el mismo recepcionista de la otra vez se les acercó para entregarles un mensaje que había llegado para ellos telefónicamente esa mañana temprano. La persona le había insistido mucho para que se los diera personalmente. Peter Smith les avisaba que cuando desearan ir a la casa de Waterkant serían bienvenidos. Él especificaba que su padre quería volver a verlos.

Como siempre las noticias del anciano los alegraron. Seguramente lo iban a visitar al día siguiente, o recién al otro. Esa tarde irían a la playa y a la mañana cuando se despertaran pensaban hacer compras en el Mercado de la Plaza Verde. Elena quería llevarle un presente a su amiga Karina, y Omar, a su madre y a su hermana. Almorzaron algunas ensaladas exóticas, luego subieron, se cambiaron y fueron al mar.

\* \* \*

El Pan African Market (Mercado Panafricano) de la bulliciosa Long Street esa tarde estaba atestado de gente. Parecía como si todos en Ciudad del Cabo hubieran elegido el mismo lugar para salir, después de dos días de

lluvia. Todos querían aprovechar la bonita tarde para pasear y hacer compras. También Elena y Omar, que caminaban tranquilos entre los puestos de las artesanías.

Elena miraba a través de sus anteojos oscuros las tres estatuillas y no terminaba de decidirse. Eran hermosos tallados en color negro, y los elegía para cuando vivieran juntos con Omar. Él, que acababa de comprar un platito luego de regatear con el vendedor cómo se usaba, se acercó a ella:

— ¿Y? ¿Cuál llevás? ¿La mujer, el hombre o el niño? —dijo refiriéndose a las tres efigies que causaban la duda de Elena.

— No sé, me gustan las tres... el hombre serías tú, la mujer yo, y el niño nuestro hijo —dijo ella, observando las obras con admiración, y mordiéndose el labio agregó—: Creo que llevaré los tres, si no, la familia queda incompleta.

Omar sonrió. Elena, con tal de comprar, terminaba creyéndose que los tres africanos motosos de las estatuillas eran la familia que ellos dos comenzaban a formar con el bebé que tendrían. La besó en el pelo, ella era así. Él la amaba con todas sus cosas, incluida esta ocurrencia. La ayudó a cargar las dos bolsas de regalos que llevaba en las manos y que había comprado en la hora y media pasadas en el lugar.

— *Let's go...* Elena, es hora de irnos —dijo arrastrándola. Las compras no acababan nunca y Gonika estaba esperándolos. Aunque en realidad no le habían avisado que pasarían esa tarde, pero en virtud del último recado enviado por Peter creían que no era necesario. Lo peor que podría pasar es que no los hallaran en la casa y tuvieran que dejar la visita para otro día.

Se subieron al auto, acomodaron las bolsas con las compras y partieron entusiasmados a Villa Waterkant. Ya frente a la casa celeste, Elena bajó la planta que le traía de regalo para Gonika. Sabía que él y su hijo las amaban; la casa estaba repleta de ellas.

Peter los hizo pasar y sentarse en el living, les contó que su padre no había estado bien en los últimos días. Gonika se hallaba en cama y no se levantaba, pero desde su última visita no había parado de hablar de su vida y sus recuerdos; había preguntado muchas veces por ellos.

Omar se ofreció a retirarse y volver en otra oportunidad cuando estuviera mejor, Peter dijo:

— Él quiere verlos. Me ha pedido que los llamara pero yo no quise molestarlos, por eso sólo les mandé un mensaje.

Elena quiso saber de qué estaba enfermo Gonika, y Peter le contó que el

médico había dicho que eran tan sólo achaques de sus muchos años. Minutos después, Omar y Elena entraban al cuarto. Era un dormitorio sencillo en el que destacaba el acolchado de colores brillantes. Peter puso dos sillas a cada lado de la cama. Gonika los reconoció de inmediato y una sonrisa le iluminó el rostro. Le preguntó a Elena por su bebé señalándole la panza. Y les dijo que los esperaba porque deseaba contarles dos historias que a ellos les interesarían.

Peter les explicó que era como si su padre, desde el día en que los conoció a ellos, hubiera abierto el baúl de su memoria y ahora la posibilidad de recordar y contar su vida lo mantenía entusiasmado y vivo.

Gonika los interrumpió:

— Tu padre era un hombre refinado y elegante —dijo mirando a Elena, él hablaba mezclando el afrikáans y el español, y de vez en cuando agregaba algunas palabras en inglés. Sus frases eran atropelladas y no era fácil seguirlo. —Tu madre era hermosa y él muy celoso. Todo estaba lleno de sangre... Jean Pierre, su mejor amigo, se murió en sus brazos... Florence se enojó, ese día se pelearon con Jean Pierre, pero igual nos fuimos a cazar... Era enorme, enorme...

Elena miró a Omar. ¿Acaso lo que Gonika estaba contando era una historia real? No, no podía ser. La pareja se hizo un gesto de condescendencia en acuerdo tácito de no contradecirlo. Era viejo, estaba enfermo.

Ella tomó la mano del anciano buscando calmarlo, pero su hijo Peter, dándose cuenta de lo que creían, aclaró:

— Esa historia es verdad. Hasta yo, que era un chico, me acuerdo de algunos detalles de lo sucedido ese día.

Gonika, con la mano de Elena entre las suyas, ya más calmo, perdió su mirada en el pasado, como atrapando fantasmas con sus ojos para traerlos al presente. Entonces de nuevo comenzó con su relato, pero esta vez las palabras fluyeron en forma ordenada, pausada, y tranquila:

— André, Florence y Jean Pierre nos visitaron en la casita de los ruibarbos y los tres hombres fuimos a cazar. Las mujeres se quedaron en la casa. André había discutido con Florence y con Jean Pierre por celos. Tonto... ella sólo tenía ojos para él.

»Fuimos a donde yo sabía que cazaban los ingleses, era un lugar hermoso... Salimos a primera hora y llegamos temprano. Durante el viaje nadie hablaba, era evidente que ellos dos habían discutido antes de salir. Ni bien estacionamos el auto vimos algo que se movía entre los matorrales,

sigilosos nos quedamos quietos y un puma salió a toda corrida. Era una hembra enorme, de casi tres metros entre hocico y cola. El bicho nos había olfateado de lejos, de seguro estaba muerta de hambre y sus cachorros también, si no, no hubiera estado merodeando.

Gonika hizo una pausa, los oyentes estaban de una sola pieza. Celos, peleas, pumas en medio de la Patagonia agreste. Para la mente práctica y realista de Omar, la historia era demasiado, pero el rostro de Gonika los convencía de que ese hombre había vivido todo eso. Elena aguardaba ansiosa que el anciano continuara, luego que Peter les ofreciera algo de tomar y ellos desistieran.

Gonika retomó el relato, con expresión ensimismada:

— A partir del momento en que vimos al puma estuvimos más alerta. Ese día cazamos solamente algunos zorros, porque guanacos no había por ninguna parte, lo que nos hizo presumir que éstos, por el verano, habían subido a las mesetas más altas. Por eso sabíamos que el puma tenía hambre, se había quedado sin caza menor. Esa noche nos acostamos frustrados, las presas no eran muchas ni grandes y el ambiente seguía tenso, Jean Pierre y André todavía no se hablaban.

»A la mañana siguiente, salimos de la tienda y encendimos el fuego para poner la pava. Me fui a buscar más leña pero a unos metros comencé a oírlos discutir nuevamente: que no es así, que sí es así... Yo estaba por seguir, pero un mal presentimiento me hizo regresar. Caminé unos pasos y ahí entre los matorrales, casi frente a ellos dos, vi lo que sucedió esa mañana.

»El último en gritar fue Jean Pierre.

»—¡Qué quieres, que empecemos como la vez que peleamos en el auto, dime...dime!

»Todo pasó en segundos. Tu padre estaba con el rifle en la mano, limpiándolo, escuchaba con parsimonia las últimas frases de su amigo, cuando detrás de los arbustos apareció nuevamente el enorme puma observándolos a ellos dos, como presas. Por un momento fue como si el animal se decidiera por Dufour que, ciego de enojo, seguía gritando sin percatarse de la presencia del puma. Él no hubiera escuchado ningún ruido, mucho menos esos pasos sigilosos. En ese instante los reflejos de tu padre, o algo que escuchó, lo hicieron mirar en dirección al animal, que hasta allí yo creía que se retiraría. Pero la fiera se acomodó para atacar y cuando justo estaba por hacerlo, André viéndolo cargó el rifle haciendo ruido, y se le eyectaron los ojos. Su amigo, alertado por el chasquido del arma, al fin paró

de gritar, y al ver el rostro de tu padre y cómo subía el arma para disparar, balbuceó:

»—Por Dios, André... No te atrevas...

»Creyendo que estaba por tirarle a él, se lanzó por el aire sobre Garrott justo en el momento en que el tiro salía en dirección al puma. Pero Jean Pierre al no llegar a tiempo de parar el supuesto ataque, terminó quedando entre el proyectil y el animal, que se abalanzaba sobre ellos salvajemente.

»Jean Pierre cayó herido al piso y sobre su cuerpo el animal, que con las patas traseras le desgarraba el vientre abriéndole las entrañas. Tu padre volvió a tirar al puma pero no le dio, y el animal, al percatarse de quién era el agresor, abandonó a Dufour y lo atacó a él, derribándolo junto a Jean Pierre, que no se movía. Otra vez hizo lo mismo con las patas traseras, mientras le clavaba las uñas delanteras en los omóplatos. A estas alturas yo hacía ya segundos que había corrido hacia la escena y desesperado había buscado mi rifle entre los bártulos de la tienda. Cuando di con él, me acerqué a centímetros de la lucha y disparé certeramente. El puma dejó de moverse y con esfuerzo saqué a tu padre de debajo de la fiera. Si lo dejaba, sus estertores finales lo habrían matado. Sólo tenía rasguños.

»Lo que siguió después fueron apuros, sangre, intentos por salvar a Jean Pierre... Ese día vi llorar a tu padre...

Gonika hizo una nueva pausa. Los oyentes, sobrecogidos, no dejaban de mirarlo ni por un instante.

— Cuando llegamos a la casa, Jean Pierre casi no respiraba y nosotros estábamos en un shock tan grande que, si no hubiera sido por mi Anne, no habríamos sabido qué hacer y hasta hubiéramos terminado todos presos. La situación era dudosa. Hasta tu propia madre sospechaba de André; con ella tuve que tener una larga charla, contándole todos estos detalles para que me creyera. Pobre Florence, pobre André... Y peor de que todos, pobre Jean Pierre... porque ese día murió. Es la segunda vez en mi vida que cuento esto, nunca lo había vuelto a hacer salvo para Florence.

Al decir esto, Gonika hizo silencio y se quedó largo rato mirando al techo hasta que cerró los ojos, cansado. Peter, Omar y Elena se quedaron junto a él en silencio cinco minutos, diez o quince, nunca lo sabrían. El relato había sido uno de los más espeluznantes que jamás escucharían en su vida; a ninguno de ellos les quedaban dudas de que la imaginación de Gonika nada había tenido que ver con lo narrado, sino que todo era la verdad de los hechos acontecidos.

Media hora después, Elena, Omar y Peter tomaban en el comedor un té de *roibos* (arbusto rojo sudafricano) en el comedor. Desde donde estaban, escuchaban los ronquidos del anciano.

Peter Smith les explicó sus temores: su padre, a partir de las evocaciones que había comenzado con ellos, había entrado en ese estado extraño en que quería sacar fuera todos los recuerdos que tenía guardados dentro de sí; pero al ir acabando éstos, sin tener ya qué recordar, parecía que también se le iban las ganas de vivir. Les pidió que por favor volvieran a visitarlo.

Elena y Omar, consternados, aceptaron; sabían bien que en algunos días deberían partir; habían planeado con la agencia de viajes visitar el antiguo estado de Orange, la tierra donde habían vivido *Ouma* Susan, su esposo y sus hijos. Y además tarde o temprano deberían regresar a la Argentina.

Algunos minutos después saludando a Peter se marcharon. Mientras subían al auto para regresar al hotel, ellos comentaban lo impresionante que estaba siendo el viaje, éste había superado ampliamente las expectativas con las que habían llegado. Además de la belleza del lugar, estaba siendo una verdadera aventura en donde cada día tenían una nueva revelación. Gonika era la biografía viviente de la familia Wilson Garrott. Elena se sentía agradecida de haberlo conocido, porque sus relatos de todas las épocas y personajes de su familia le permitían acercarse a un pasado que había permanecido oculto para ella. Y le permitían sacar una sabia reflexión: que la vida pasaba demasiado rápido. No importaba cuán emocionantes fueran las cosas vividas, ni cuánto se amara o se sufriera, la vida transcurría igual y lo mejor era vivir intensamente cada momento, como si fuera el último.



## CAPÍTULO 30

**Ayer**

*Julio de 1945*

Florence escuchó el llanto del bebé y se sobresaltó. A pesar de que su hijo Pedro ya estaba por cumplir los 8 meses, no terminaba de acostumbrarse a que nunca lloraba por algo grave. Se levantó de la cama y lo alzó de la cuna. Mientras se metía de nuevo en su lecho y lo acomodaba en su regazo para darle el pecho, vio los rayos de sol que entraban por la ventana y se dio cuenta de que era casi mediodía. Otra vez, por culpa de la mala noche, se perdería la reunión con el administrador de la estancia Maan. Pedrito, que llevaba ese nombre en honor a Jean Pierre, había tomado la costumbre de despabilarse a las tres de la madrugada y quería estar con la luz encendida, gorgojeando y haciendo monerías; si no le prestaba atención, comenzaba a los llantos.

Desde hacía tiempo Florence pasaba malas noches y le costaba cumplir con sus obligaciones laborales. Se desalentaba pensando que era una cosa más que se interponía en sus planes de recuperar las tierras que habían sido de su familia; los mismos inexorablemente se postergaban y se alejaban. Trataba de ser objetiva, y de no afligirse, quería ser agradecida, era una realidad que el nacimiento de su hijo había traído tiempos felices. Atrás había quedado la desgracia de Jean Pierre, que a todos había entristecido. A ella, por la desventura irreparable de lo acontecido; a Anne y a Gonika, porque la fatalidad fue en su casa. Pero el que más había sufrido era André, que perdió a su mejor amigo y de esa manera. Al principio la culpa lo torturaba, pensaba que su actuar alocado, aunque fuera indirectamente, había tenido que ver con el infortunio. Pero luego de largas charlas con Florence había conseguido calmarse. Los hechos dolorosos lo habían vuelto más reflexivo y taciturno. Pensaba tres veces antes de hablar y diez antes de actuar, estaba convencido de que esto era lo mejor. Había comprobado que un hecho aparentemente insignificante podía desatar tormentas.

El nacimiento de su hijo les había traído una frescura nueva, que les hizo olvidar en parte las tristezas vividas. Comprendían que la vida era un

constante cambio, tanto en lo personal como en lo universal, porque aun la guerra que parecía inacabable había terminado hacía casi dos meses. Descubrían que nada era seguro, salvo que todo lo que los rodeaba cambiaría.

Mientras pensaba en todo esto, Florence miraba a su hijo con ternura. Buscaba encontrar nuevas fuerzas en ese pequeñito, que era una oportunidad que la vida le daba. Era lindo como su padre, los mismos rasgos e idéntico color de ojos. De ella no había heredado nada. Lo acostó con cuidado de nuevo en su cuna y lo besó con dulzura. Luego decidió vestirse, si no tenía tiempo de ir hasta Maan al menos trabajaría en las cosas de la estancia Azul. Se sacó el camisón y quedó en ropa interior. Frente al espejo, inspeccionaba sus formas después del embarazo cuando escuchó ruidos en el pasillo. Por el espejo alcanzó a distinguir a André que entraba por la puerta. Traía papeles en la mano y venía apurado; como era su constante, pero Florence ya estaba acostumbrada.

Al verla, se plantó en su rostro la encantadora sonrisa de siempre. Era un hombre atractivo.

— Así los quería encontrar... A mi hijo durmiendo y a ti desnuda. Dos verdaderos milagros —dijo Garrott, ya que Pedrito era un noctámbulo consumado y ella últimamente siempre estaba cansada o medio adormecida.

André, hipnotizado, caminó hacia Florence mientras no se perdía detalle del cuerpo desnudo de su mujer. Observaba su piel nacarada y la encontraba espléndida, a pesar de haber tenido un bebé hacía tan poco. Sus formas femeninas se habían acentuado. Sus senos blanquísimos, ahora llenos de leche, estaban enormes y sus nalgas aún más redondeadas. Apoyó su pecho contra la espalda de ella y sintió el aroma que emanaba de la nuca de Florence. Se la mordió despacio dos, tres veces, luego le pasó las manos suavemente de arriba abajo por los senos hasta terminar bajándolas despacio, buscando pliegues y humedades. Ella gimió. Él sabía qué y cómo le gustaba a su mujer, y esta chica rubia lo volvía loco como el primer día. Tres minutos de besos ardientes y caricias certeras, y ella, que sintiendo el frío del espejo contra sus pezones, gemía largo y suave, mientras él la penetraba con voracidad. André Garrott y Florence Wilson seguían siendo los mismos, sólo que juntos habían superado reveses y ahora llevaban adelante una familia. Se amaban de todas las formas en que podían hacerlo un hombre y una mujer.

Minutos más tarde Florence hacía orden en los papeles que estaban sobre el escritorio de la estancia Azul. Había pasado tiempo sin ordenar y los

documentos comenzaban a amontonarse. Tenía tres carpetas en su regazo cuando oyó el ruido del vehículo de André que arrancaba a toda velocidad. Había olvidado preguntarle dónde iba y en qué negocio andaba. Aunque en verdad no hubiera entendido del todo sus explicaciones, hacía tiempo que estaba desentendida de las actividades laborales de su marido. Criar a su hijo le llevaba más energía de lo que había supuesto al principio. Trataba de calmarse pensando en que ya vendrían tiempos más tranquilos. Al fin y al cabo, todos los niños crecían.

Se apuró, aún no descartaba pasar un rato por la estancia Maan. Tenía sueños por cumplir que todavía no había abandonado, aunque los veía lejos.

\* \* \*

Eran las ocho de la noche cuando Florence se acercó a la mesa del comedor con la fuente de *fregadele* en sus manos. En la mesa había una fuente con papas y otra con ensalada. Había cocinado la mucama, ella no tuvo tiempo de hacerlo. Toda su tarde había transcurrido en la estancia Maan con Susan. Aún no empezaba la cena y ya no veía la hora de terminar para poder hablar con André. Por suerte Pedrito se había dormido temprano. Sirvió la comida y estaba a punto de ponerle la salsa de ruibarbo que siempre le mandaba Anne, cuando al ver el pote en la mesa, no pudo contenerse y estalló en llanto. Garrott la miró desconcertado.

— ¡Florence, mi amor, qué tienes! —dijo, levantándose intempestivamente de la silla para ir junto a su esposa.

Ella le respondió entre lloros:

— Es que... hoy he ido a lo de *Ouma* y mi trabajo está atrasado... no me alcanza el tiempo... no hago nada bien... soy un desastre.

— No es así, Florence... yo voy a ayudarte.

— Los planes que tenía de recuperar las propiedades que fueron de los Wilson se alejan más y más... El tiempo pasa y...

— Ya habrá oportunidad, ya verás.

— Y Pedrito que duerme tan mal... Siempre estoy cansada. Cuando llora de noche ya no quiero cuidarlo... y entonces siento que soy muy mala madre.

— Eso lo solucionaremos, le pondremos una nana —dijo Garrott con firmeza. No soportaba verla sufrir ni siquiera por Pedrito.

— Y hoy cuando regresé de Maan me encontré con el muchachito de los fletes y me entregó una esquila que creí que era de Anne, ¡pero era de Gonika! Está preocupado porque mi tía sigue enferma. ¡Imagínate, él nunca me había escrito!

— Cariño, no te preocupes, la visitaremos muy pronto.

— Pero ella quiere ver a *Ouma* y mi abuela no da el brazo a torcer.

— Yo estoy dispuesto a hablar con ella. Verás que todo se soluciona — dijo André, mientras besaba y abrazaba a su mujer buscando consolarla.

Era evidente que ella estaba sobrepasada. Nadie que durmiera sólo dos horas seguidas por noche podía estar en su sano juicio. Se pondría en campaña de conseguir una niñera. La ayudaría con la estancia Maan y hablaría con Susan de la posibilidad de visitar juntos a Anne. Al fin de cuentas, comenzaba a querer a esa familia como a la suya.

Con respecto a recuperar las tierras de los Wilson, ya vería qué se le ocurría. Estaba claro que Florence no tendría paz hasta que las consiguiese. Desde que la había conocido que hablaba acerca de eso. Pero era un problema que se arreglaba con dinero. Entonces recordó que había una buena oportunidad de negocios dando vueltas, una propuesta peligrosa, algo que no estaba muy seguro si debía o no debía hacer... Le habían insistido pero él todavía no se decidía. Sabía que la respuesta ya no podía esperar y la angustia de su esposa le daba la excusa perfecta para no perderse la ocasión. En la mente se le unían su ambición personal y la debilidad que sentía por Florence transformándose en un cóctel peligroso para la situación que se presentaba: en pocas horas se llevaría a cabo en Comodoro una reunión decisoria sobre la propuesta *non sancta*.

Mientras tenía abrazada a Florence, con la otra mano miró su reloj. Si cenaban rápido y ella se dormía pronto, llegaría justo a tiempo a esa reunión que podría darle los dividendos que necesitaba para comprar las viejas tierras de su esposa, aunque también sabía que si no jugaba bien sus cartas podría tener muchos dolores de cabeza. Debía ser cuidadoso.

Florence, en su regazo, comenzaba a calmarse.

— André, tú me das tranquilidad. Gracias, amor, me haces sentir que todo va a estar bien.

— Así será, ya verás. Ahora vamos a comer. Tu comida preferida te levantará el ánimo. Mañana pondremos en práctica las soluciones.

Eran las diez de la noche cuando Florence se quedó dormida plácidamente en su cuarto. A Pedrito lo habían pasado con cuna y todo a su cuarto, una habitación de color celeste que habían decorado y preparado desde antes del nacimiento pero que nunca había estrenado. André le había pedido a la mucama que si el niño lloraba lo atendiera, porque Florence necesitaba dormir al menos una noche completa. La falta de sueño la estaba quebrando emocionalmente y él quería cuidarla.

Garrott tomó el sombrero y su sobretodo más abrigado. La noche era helada. Ese invierno de 1945 estaba siendo muy crudo y lo esperaban dos reuniones que seguramente le llevarían hasta la madrugada. Salió con las manos en los bolsillos y en la caminata hasta el auto sintió cómo se le helaba la nariz. En instantes estaba arriba del coche. Por el camino no se cruzó con nadie, no había un alma dando vueltas a esa hora. Al llegar a Comodoro extremó las precauciones, debía estar seguro de que nadie lo siguiera.

En el pueblo se dirigió al Gran Hotel de la calle San Martín para encontrarse con la persona que, según lo pactado por teléfono, lo esperaría en recepción. El contacto había surgido a través de un empleado del Banco Germánico de América del Sur, del que Garrott era cliente. Dentro del lobby, un hombre se le acercó y en pocos minutos de charla Garrott le confirmó su decisión de participar.

— Me alegro, ahora déjeme que avise —dijo y se retiró a hacer una llamada en el mostrador. El individuo, que se había presentado como José Valdivia, se iba a encargar de guiarlo hasta el lugar donde se llevaba a cabo la reunión.

Poco después Valdivia se subía al auto de André.

Garrott le calculó unos cincuenta años y, por la tonada, dedujo que era porteño. Sin embargo conocía perfectamente la zona, guiaba a André con soltura hacia donde se dirigían. A medida que avanzaban por el camino, Garrott notaba que iban a una estancia que él había visitado de niño y que pertenecía a un chileno. Ahora el lugar había pasado a manos de un alemán radicado en el extranjero, al que nunca había visto.

Llevaban casi una hora de marcha cuando llegaron a la casona y estacionaron en la entrada junto a otros seis o siete autos. Dentro de la refinada residencia todos saludaron a Garrott y éste, mientras devolvía los saludos, se dedicó a observar con atención; era parte de lo que siempre hacía cuando estaba por cerrar un negocio. Ocho hombres conformaban el grupo que participaría de la reunión. Tres eran alemanes muy rubios que entre ellos hablaban en su idioma; el mayor, vestido con un sobretodo de cuero, era quien daba las órdenes. Un cuarto hombre también era extranjero y cuando departía mezclaba el alemán, el inglés y el español; por su flema, era indudablemente británico. Los otros cuatro eran argentinos, de seguro miembros del gobierno o gente con mucho poder por la manera que decidían lo que se haría. Repasaban el plan una y otra vez, mientras bebían vodka en vasos de fino cristal.

Los pasos a seguir estaban calculados al milímetro. Un submarino alemán se presentaría en la costa del Golfo de San Matías haciendo juego de luces, y desde la playa se le respondería con otras en señal de que todo estaba en orden para continuar. Inmediatamente, de la nave descenderían seis botes neumáticos con un grupo de veinte personas junto a una gran cantidad de cajones de madera que contendrían una carga de material muy importante. Deberían hacer más de un viaje de ida y vuelta al submarino. Una vez en la playa, los camiones de Garrott estarían esperándolos para conducirlos a una estancia cercana y de allí a Bariloche. Terminada la operación, los últimos que quedaran en la nave se encargarían de hundirla en mar abierto; pondrían explosivos en la torreta para asegurarse de que nadie nunca más entrase al interior. En la organización de la misión participaban varios pesos pesados, incluidos el gobierno suizo, el Vaticano, la Casa Rosada e importantes empresarios, según especificaban las palabras de los hombres reunidos. También en la sala se nombraban personas, que aunque no estaban allí, habían participado en el diseño de la operación, algunos de los cuales Garrott los conocía o había escuchado nombrar antes: Whilkening, Freude, Schäffer, Dettelman, Schultz, Klay... algunos ex tripulantes de barco alemán *Graf Spee* y hasta empresarios encumbrados. Los mismos que con el tiempo serían recordados en libros e investigaciones por lo que estaba a punto de suceder.

Las botellas de vodka se habían vaciado y todo lo importante ya había sido hablado, cuando el hombre con el sobretodo de cuero señaló:

— Señores, de más está decir que la carga deberá ser cuidada como la vida misma. Saben que es el salvoconducto de muchas vidas, es... —se

emocionó al decirlo—: Es el tesoro del Reich.

Hubo un minuto de silencio. Hasta que uno de los argentinos respondió:

— Así se hará.

Y otro de ellos agregó:

— Hay que tener en cuenta el gran peso que tendrán las cajas, no podrán ser transportadas por cualquiera, tendrán que ser hombres fuertes.

— Los alemanes que bajen del *U-boot* lo harán, pero será necesario que haya otros de apoyo —dijo, dirigiéndose a Garrott.

— Yo me encargaré de llevar a siete hombres más junto a mis camiones —le respondió él con seguridad.

— Deberán ser todos de extrema confianza.

— Lo serán —dijo Garrott, y no pudo evitar pensar que los años vividos en Argentina le daban la certeza de que los criollos tenían la boca más grande que la cabeza; no eran como los alemanes, ni los ingleses, ni siquiera como los franceses, eran una extraña mezcla de español con italiano que no podía quedarse callada. Esperaba encontrar ayudantes discretos. Buscaría hombres rústicos y sencillos, que no preguntaran ni pensarán mucho.

Cuando André Garrott salió de la reunión, lo hizo otra vez acompañado de Valdivia, a quien depositó en el mismo hotel en que lo había recogido. Luego se fue a su casa. Eran las cuatro de la mañana cuando al fin llegó y pasó directo a su cuarto. Prendió la luz de la mesita y en la cama vio a Florence descansando plácidamente, ella ni siquiera lo había oído entrar. Se felicitó de haberle pedido a la mucama que ese día se hiciera cargo del niño. Apagó el velador y despacio se acostó a su lado. Estaba cansado pero el sueño no venía. La tensión de las últimas horas no le permitía dormir. Se preguntaba si no estaría tomando demasiados riesgos por darle un gusto a su mujer. Mientras los minutos pasaban y él se torturaba con esto, un aullido punzante le heló la sangre. Prendió la luz. Florence sentada en la cama, sollozaba, asustada.

— ¿Qué tienes, amor? ¡Cálmate, es sólo un mal sueño!

— Es que no sabes...

— Lo que fuera que soñabas no es verdad. Pedro, tú y yo estamos bien.

— Es que las mariposas me ahogaban...

— *Mon amour, les papillons sont beaux...* cálmate —le dijo y le acarició el cabello mientras la abrazaba.

Florence no le respondió, no quiso explicarle que el sueño era feo, ni

decirle lo peor: recordaba haber soñado lo mismo el día anterior al accidente de Jean Pierre. Rogó a Dios que no se avecinara ninguna desgracia. Y para consolarse trajo a Pedrito con ellos a la cama. Se durmieron los tres abrazados. No podían saber que era la última vez que dormirían juntos en la Patagonia.

Por la mañana temprano, André fue en busca de Evaristo Fierro, su capataz. No hacía mucho que trabajaba en la estancia pero no le quedaba otra que confiar en él. El anterior había estado junto a Garrott diez años, pero después del accidente con el toro ya no podía trabajar más en el campo; el mismo André lo había tenido que ayudar a poner un bolichito para que viviera de eso. Fierro estaba desde hacía un año; parecía serio, trabajador y también ambicioso, lo cual no era malo, deducía André.

Lo hizo llamar con un peón y lo esperó en la oficina. Cuando se presentó, Garrott fue directo al grano y le explicó lo que necesitaba.

— Necesito ocho camiones, ocho conductores y siete hombres rústicos y fuertes. Habrá que mover cajas pesadas.

— ¿En la estancia?

— No afuera... en la playa.

— ¿Mañana a qué hora?

— A las once de la noche.

— ¿De la noche?

— Sí, de la noche. Pero saldremos para San Antonio a la tarde. Esto que hablamos queda entre nosotros. Ni una palabra a nadie, se lo explica a los peones también. Se les pagará diez veces lo que se paga normalmente por la tarea.

— Yo me encargo, señor.

En media hora Fierro salía con todas las instrucciones. Estaba contento; buscaría a siete hombres de confianza, pero también hablaría con Alberto Albornoz. Ésta era la oportunidad que Albornoz le había pedido que le avisara cuando surgiera. Y ahora que se le presentaba, para él significaba un coche nuevo. Porque eso era lo que le había prometido si le avisaba algo como esto. Fierro esperaba que le cumpliera. Apuró sus pasos, todo tenía que estar listo en pocas horas. Incluida la charla con Albornoz.

Ese día Garrott en medio de sus líos se hizo tiempo para almorzar con su esposa. Lo alegró verla de mejor ánimo. Mientras servían el cordero asado en



los platos le explicó su plan:

— Mira, Florence, esta tarde tengo que salir para Rawson, tal vez hasta tenga que llegar a San Antonio.

— ¿San Antonio? ¿Para qué?

— Tengo que cerrar unas operaciones.

— ¿Dónde vas a parar?

— Supongo que pararé en el hotel El Vasquito —dijo como al azar. Sabía que esa noche no habría horas de sueño para él.

— ¿Y cuándo regresas?

— Mañana temprano.

— Bueno, es corto. No tendré tiempo de extrañarte. Cuídate, amor — dijo ella, que no conseguía olvidar la pesadilla de las mariposas que la ahogaban.

Garrott salió con los camiones y los hombres temprano por la tarde. No quería imprevistos, deseaba hacer el trecho en serenidad. Y así fue que llegaron al Golfo San Matías, tranquilos, justo a tiempo para la tarea que los esperaba. En el lugar esperaban dos argentinos, el inglés y los tres alemanes que harían la tarea con Garrott. La noche no podía ser mejor, no había luna.

Apostados en la playa vieron el juego de luces que llegaba desde las oscuras aguas. Se las respondieron. Y entonces todo empezó. Los primeros botes neumáticos aparecieron en la playa cargados con enormes cajas de madera, en cuyo frente se leía la inscripción: «Geheime Reichssage». Los conocimientos de Garrott en ese idioma le permitieron entender que significaba: «Secreto de Estado».

Las desembarcaron todas y luego también las personas lo hicieron. Hombres rubios y al último dos mujeres, también de cabellos claros. Venían nerviosos, hablaban únicamente en alemán, poco y en voz baja. No miraban a nadie, como si quisiesen ser invisibles. Los peones de Garrott hicieron su parte en la aventura que sería recordada por pocos, negada por muchos y ocultada por algunos. En horas habían finiquitado todo. Un grupo intentaba hundir la nave, luchando contra la bajamar. Y André se preocupaba porque pronto se haría de día y ellos aún no habían empezado la marcha. Pero una vez que partieron, en menos de una hora estaban en el lugar donde se había planeado descargar todo, una estancia escondida entre una gran arboleda no muy lejos de la playa.

De nuevo tuvieron que bajar las cajas, ahora de los vehículos. Aún

quedaban minutos de oscuridad cuando los camiones de Garrott partían vacíos, tan desocupados como si nunca hubieran cargado nada. Como si todo hubiera sido un sueño. Porque esa madrugada no hubo ni un imprevisto, ni una sola contingencia o complicación en el transporte del tesoro del Reich. Esa fortuna conformada por una gran cantidad de lingotes y monedas de oro, dólares, francos suizos y diamantes; riqueza valuada por lo menos en mil millones de dólares.

Datos éstos que Garrott no sabía. De haberlo imaginado no se habría conformado con la suma pactada, esa que le permitiría comprar la estancia La Soñada y todas las tierras que los Wilson habían vendido y, claro está, con el agregado de algunas otras propiedades que él ya tenía en vista.

\* \* \*

Esa mañana, luego de la extenuante noche, André llegó a su casa antes del mediodía, y a Florence le llamó la atención el estado del traje de su marido. Jamás en la vida lo había visto tan mal trazado. Se lo veía rendido. Le preguntó si todo había salido bien.

— Sí, todo en orden, solamente ha sido un viaje un poco averiado, después te contaré —dijo y la abrazó.

— ¿Por qué no te vas a dormir un rato?

— Tienes razón —le respondió.

Sin comer y ni siquiera cambiarse, fue directo a la cama y así como estaba se acostó y se quedó dormido de inmediato.

Era bien entrada la noche cuando Florence, preocupada, se acercó a verlo de cerca. Él, al escucharla, se despertó y mirándola, lo primero que le dijo fue:

— Me muero de hambre, ¿está lista la cena?

— Por eso venía, para que comamos juntos.

— Dame unos minutos y me doy un baño.

Se bañó, se perfumó y se vistió con uno de sus mejores trajes, el parisino de color verde que hacía juego con sus ojos. Estaba contento, quería darle a su mujer la noticia de que pronto tendría las tierras que tanto había deseado. La mitad del pago por el trabajo hecho ya estaba a su nombre en el Banco

Alemán Trasatlántico, uno de los más importantes de Sudamérica con el que trabajaban todos los alemanes. Él había dejado instrucciones en la institución bancaria para que un apoderado comenzara inmediatamente con los trámites de compra de La Soñada y de las tierras que rodeaban a la estancia. Nadie se resistiría a la suma que pensaba ofrecer.

La otra parte del dinero se la darían en efectivo por la mañana. Un hombre vendría a la estancia a traérsela. Así habían quedado. Esperaba olvidarse pronto de cómo la había ganado. Si bien en otras oportunidades había hecho negocios que bordeaban lo oscuro, nunca como esta vez. Si los estancieros ingleses tomaban conocimiento de esto, le costaría el vacío por parte de ellos durante toda la vida; aun tendría que lidiar con el descrédito familiar ya que la resistencia francesa había luchado terriblemente contra los nazis. Ni qué hablar de lo que podría suceder si entraba en juego lo legal, podía ir desde un problema con la justicia argentina hasta la persecución por parte de los aliados para juzgarlo. André pensaba en esto con aflicción pero se tranquilizó diciéndose que el asunto no tenía por qué complicarse, al fin y al cabo hasta el propio gobierno argentino estaba de por medio.

A punto de sentarse a la mesa miró a Florence: ella le daba besos a Pedrito en el cuello y éste se reía a carcajadas. Y entonces por un momento tuvo miedo de perderlo todo. Ella llevaba un vestido rojo que le hizo acordar al que tenía puesto la noche en que la besó contra el árbol y la tocó por primera vez, en aquella fiesta de Año Nuevo, en casa de Anchorena. Conmovido, se le acercó y la tomó por detrás.

— Garrott, ¿qué te sucede que estás tan mimoso?

— Te invito a cenar.

Florence se dio vuelta. La comida estaba lista, los platos y los cubiertos puestos, pero él la miraba con esa sonrisa seductora que ella conocía tan bien, y que esta vez además de sensual, le parecía dulce, muy dulce. Era como si a André esa noche la dulzura le brotara por cada poro. ¿Cómo iba decirle que no?

— Está bien. Acepto. Dejaremos a Pedrito con la mucama y comeremos en el hotel nuevo, es el mejor restaurante.

— Como digas.

Una hora después se hallaban brindando con champagne por su amor. Habían pedido trucha en salsa de almendras, la especialidad de la casa. Era una cena maravillosa. Tanto que André no quiso siquiera hablar de las tierras que iba a comprar. Se lo contaría por la mañana. No imaginaba que él tendría

que pasar mucho tiempo hasta que pudieran volver a cenar en una paz como ésa.

*Comodoro Rivadavia. Casa de la familia González*

Eran las nueve de la noche y el matrimonio González aún no había cenado. En su casa siempre se comía tarde. Mariana y Rodolfo tenían por costumbre esperar a que Ángel, su hijo menor, llegara de trabajar para comer los tres juntos. Los dos mayores, Daniel y Rubén, estaban casados y vivían con sus esposas. A Daniel, el más grande de los tres, todo le había costado el doble, cargar con una imputación ante la justicia por el crimen en que se había visto envuelto, había sido difícil. Pero ahora estaba encaminado, sin problemas ni persecuciones. Había ayudado el que ella y su esposo siempre le habían inculcado que era importante estudiar y ser buen trabajador.

En la casa todavía vivía Ángel, que a sus 25 años seguía siendo el benjamín. No importaba si le tocaba hacer guardia, realizar procedimientos en la jefatura o lo que fuese, sus padres siempre lo aguardaban para cenar. Ser policía no era un trabajo fácil en esa época y en esa zona.

Años atrás, los González habían tenido que mudarse de Puerto Deseado a Rawson y luego a Comodoro Rivadavia, abandonando sus ideas anarquistas para ayudar a su hijo Daniel en la causa judicial por asesinar a un patrón durante los años tumultuosos de la Patagonia. El abogado les había sugerido cambiar de lugar, para que ya no los identificaran con esas ideas, y que ingresaran a su hijo Rubén a la fuerza policial. Ellos le habían hecho caso. Pero resultó que la maniobra también terminó influyendo en Ángel, que cuando creció quiso seguir los pasos de su hermano.

No era que Rodolfo, el padre, hubiese abandonado la bandera roja y negra de la anarquía, pero ya no manifestaba sus ideas abiertamente ni en lugares públicos, aunque las tenía grabadas a fuego en su corazón. La vida le había enseñado que no había nada mejor que la paz, más allá de cualquier otra cosa. Y ahora ver bien a sus tres hijos le bastaba para ser feliz.

Mariana terminó de poner la mesa. Frente al espejo del recibidor se pintó los labios y se acomodó los cabellos castaños que le llegaban al hombro, entre ellos algunas canas refulgían delatándole la edad, la que su nariz respingada se negaba a reconocer. Rodolfo, que abría una botella de vino, la observó arreglarse.

— ¿Viene alguien?

— Claro. Ángel avisó que traía a un amigo de la policía a comer. Acuérdate de que están de patrullaje especial.

— Tienes razón, me había olvidado.

Desde hacía unos días su hijo estaba comisionado en controles extraordinarios en la zona.

Mariana calentaba el puré y las milanesas cuando los dos muchachos risueños y ruidosos ingresaron en la casa. A pesar del cansancio de la larga jornada, no perdían el buen humor que su juventud les contagiaba. Apenas llegaron, su hijo les presentó a su amigo Julián, un muchacho un par de años mayor que él. Luego, mientras se sentaban a la mesa del comedor, Ángel exclamó:

— Mamita, usted sí que sabe atenderme, ¿cómo voy a querer casarme así?

— Avísame con cuál te vas casar, porque sé que visitas a tres —dijo su padre.

Bromearon sobre el tema hasta que la conversación tomó otra dirección.

— Me parece que los tienen demasiadas horas patrullando —dijo Mariana.

— Es que recibimos denuncias sobre avistamientos de submarinos nazis y de actividades ilícitas relacionadas con ellos.

— Otra vez lo mismo —dijo Rodolfo. Era *vox populi* que en la zona se los había visto de noche y hasta de día.

— Dicen que desde que se rindió el U-533 en Mar del Plata se los ve no sólo aquí, sino en toda la costa argentina —dijo Julián.

— No hace falta una gran investigación para darse cuenta de que el U-533 no iba solo. Alemania, desde que terminó la guerra, ha denunciado la desaparición de muchas de estas naves —sentenció Ángel.

— Más que desaparecidas están escondidas, esperando la oportunidad de hacer desembarcar a sus jefes nazis —dijo Rodolfo enfáticamente.

— Se rinde uno y cuatro andan ocultos buscando recalar para desembarcar a los fugitivos que traen escondidos.

— Estaba claro que los nazis importantes no iban a quedarse en Alemania esperando que los atrapen y que cuando desembarquen aquí, nadie oirá ni verá nada porque están bien amparados por el gobierno —agregó Mariana.

— Salió en el diario que el ejército tenía un submarino detectado, y que cuando estaban por atacarlo se recibió una orden escrita del Ministerio de

Marina para que no lo hicieran.

— ¿Acaso esperaban otra cosa? Ya saben cómo piensa el ministro de guerra —dijo Mariana haciendo referencia a Juan Domingo Perón, que ostentaba el cargo.

Ella se levantó de la mesa en busca del postre. Pensaba que cada vez que dos o tres hombres se reunían, inevitablemente la conversación terminaba con noticias de la guerra y de política. Mariana en la cocina servía el arroz con leche en las compoteras y las depositaba en la bandeja cuando escuchó que Ángel le explicaba a su padre:

— Mañana temprano tenemos órdenes de registrar la estancia Azul. La jefatura recibió información de que allí se entregará una gran suma de dinero proveniente de actividades ilícitas relacionadas con los nazis.

Julián le respondía con las últimas noticias:

— Espero que cuando vayamos no nos suceda como a los policías de Piedra Negra, que siguiendo los rastros de alemanes fugitivos desde la playa llegaron a una estancia, y cuando ya estaban dos kilómetros dentro de la propiedad se toparon con cuatro hombres que sólo hablaban alemán y que los corrieron con ametralladoras en la mano.

— ¡No lo puedo creer! —dijo Rodolfo.

Julián continuó:

— Sí, y como los policías no tenían orden de allanamiento, hablaron con su superior para ver qué hacían y éste demoró dos horas en contestarles. Cuando finalmente lo hizo, les pidió que se olvidaran de los alemanes que habían visto y volvieran inmediatamente.

Los presentes hicieron algunas exclamaciones hasta que Ángel buscando tranquilizarlos acotó:

— No creo que nos suceda eso mañana, la estancia es de Garrott, un francés arrogante que tiene varios enemigos ganados. Uno es el que lo denunció. Habrá que ver qué encontramos, tal vez ya esté alertado.

— Como sea, hijo, ten cuidado —le rogó su padre.

— No hay problema, hasta habrá un periodista que está siguiendo esa pista. Se ve que quieren defenestrar al tipo ante toda la sociedad. Además de que probablemente irá preso por bastante tiempo, o peor, será pedido por los aliados para ser juzgado.

— Están pasando demasiadas cosas como éstas y necesitan un chivo expiatorio.

Mariana escuchó la última frase y se le cayó de las manos una de las

computeras, haciéndose trizas.

— ¿Estás bien, Mariana? —le preguntó su esposo.

Ella desde la cocina respondió en un hilo de voz:

— Sí.

Minutos después, todos comían el postre y comentaban las noticias de que Rubén se mudaría a Río Gallegos. Hablaban de las virtudes de esa ciudad, pero Mariana ya no podía concentrarse en nada. Esa noche en su mesa, el apellido Garrott se había unido a la palabra «desgracia». Y ella sabía bien que éste iba atado al nombre Wilson. André Garrott era el esposo de Florence Wilson, la hija que Peter había tenido y que creció huérfana. Todavía a veces, cuando dejaba libres sus pensamientos, y no le ponía ningún freno, éstos, al final del camino la llevaban a la tristeza; porque sabía que Peter había muerto muy joven y con pocas satisfacciones en la vida. Las dos charlas que ellos habían tenido le confirmaban que los malentendidos a Peter le habían malogrado el futuro, aún más que a ella misma, que había podido rehacer su vida junto a Rodolfo; y había logrado criar a sus tres hijos de manera digna y amorosa, salvando aun a Daniel de la desgracia.

Cuando los pensamientos sobre la triste vida de Peter llenaban su mente, como en esta oportunidad, a pesar de los años, a Mariana todavía se le llenaban los ojos de lágrimas.

Habían pasado dos horas desde que el invitado se había ido y Mariana ya estaba en cama, intentando leer para distraerse. Su marido, a su lado, dormía profundamente. Ángel en su cuarto de seguro también. Pasaba una página del libro y otra vez aparecía en su mente la misma cadena de palabras: Garrott-desgracia-Florence. Deslizaba una hoja más y sus pensamientos volvían a explotar en Garrott-desgracia-Florence.

Así estaba enlazada a ese trío ortográfico triste y preocupante; hasta que su corazón dolido y sus recuerdos latentes no dieron más y le hicieron cerrar el libro de golpe. Ella, aquel fatídico día en la puerta de su casa en Deseado, había hecho una promesa: lo que la hija de Peter necesitara ella se lo daría si estaba a su alcance. Y la ocasión se le presentaba esa noche. Había llegado el momento de cumplir con lo prometido. Ella quería hacerlo, deseaba consumarlo en honor al sentimiento puro que la había unido a un Wilson. Tan excelso había sido ese sentimiento que hasta un hijo con esa sangre había tenido. Miró a Rodolfo, su compañero de toda la vida en las buenas y en las malas, también le tocaría acompañarla en esto. Él no estaba al tanto de todo

porque ella nunca le había contado a nadie que Daniel había asesinado a su propio padre. ¿Para qué? Solamente hubiera sido echar más dolor al dolor. Como tampoco nadie sabía del sobre marrón donde ella guardaba celosamente el legado de Peter, esperando el momento justo, que quién sabe si alguna vez llegaría.

— Rodolfo... —le tocó el hombro e insistió—: Rodolfo, ¿me escuchas?

Entre sueños éste le respondió: —¿Uhm?

— Necesito algo. Una cosa muy importante.

El hombre abrió un ojo. Ella recalcó:

— Se trata de algo de vida o muerte.

Rodolfo abrió los dos ojos y se incorporó en la cama.

— Tengo una deuda que pagar, una promesa por cumplir.

— Ay, Mariana, si lo que querías era despertarme y preocuparme, te juro que lo has logrado.

— ¿Sabes? Hay una familia muy querida para mí... y necesito ayudarla. Ya mismo.

— Explícate mejor —dijo.

Entonces Mariana abrió su boca y liberó verdades antiguas y ocultas, las últimas que le quedaban por decir, algunas iban acompañadas de lágrimas.

Rodolfo la escuchó con atención durante casi media hora. No alcanzaba a entender cómo había hecho ella para aguantar todos esos años sin contarle que Daniel le había disparado a su propio padre. Le daba pena que Mariana todavía sufriera por asuntos tan viejos. La miró y cuando creyó que ella terminaba porque se limpiaba la nariz con el pañuelo, no lo dudó. Se levantó y se puso los pantalones.

— Vamos, Mariana, tenemos que verlos esta noche. Mañana será demasiado tarde.

Ella le sonrió. Rodolfo seguía siendo el buen hombre de siempre, el que había querido casarse con ella aun teniendo un bebé de meses de otro padre.

En minutos, los dos cambiados y abrigados, partían en el auto, que al principio no había querido arrancar por el frío de la noche helada.



## CAPÍTULO 31

### Hoy

Elena y Omar habían dejado pasar un día desde la tarde en que Gonika les relató la terrible muerte de Jean Pierre, pero constreñidos por el cariño que le habían tomado al anciano, habían vuelto a su casa; y ahora siendo la tarde estaban en el living de su vivienda aguardando que Peter les diera el permiso para pasar al cuarto a verlo. Gonika no se levantaba de la cama desde hacía unos días, pero pedía constantemente por ellos, según les había explicado su hijo con sus expresivos ojos azules.

Elena pensaba en cómo Gonika, en tan poco tiempo, se había ganado todo el cariño de su corazón, cuando vio que Peter les hizo señas para que pasaran.

Llevaban algunos pocos minutos de charla y Gonika comenzó a hablar diciéndoles que ésta era su última historia. Ya no tenía mucho más para decir que fuera realmente importante pero este relato era trascendental, porque les dejaría una enseñanza. Como había sido un secreto durante mucho tiempo, ellos deberían tomarlo con madurez. Él se había enterado de lo que estaba por contarles a través de su Anne y a ésta se lo había contado Florence.

— Tu madre... —le dijo el anciano mirándola a los ojos desde la cama.

Otra vez Elena lo tomaba de la mano para que se calmara, siempre al principio de los relatos una gran emoción lo embargaba, confundiéndolo y haciendo que se le mezclaran los idiomas. Sólo segundos de cercanía física con ella y el anciano se encarrilaba. Sus frases salían de su boca, lentas, ordenadas, precisas y claras.

— Hay algo más que debes saber... Te ayudará a entender una gran verdad: a veces las bondades cubren a las maldades. Tiene que ver con Mariana, Mariana de Peter.

Elena se movió en la silla y miró a Omar, esa parte de la historia los tocaba a los dos por igual. El amor de esa mujer por su abuelo había hecho que ellos hoy estuvieran juntos y esperando su primer hijo. Centraron sus ojos y oídos en Gonika listos para absorber todo lo que quisiera decir. Tal vez surgiría algún dato nuevo.

Gonika, acostado, sin sacar sus ojos del techo, comenzó su relato:

— Mariana había amado tanto a Peter que sentía una deuda con esa hija que él había tenido con Virginia, su mujer. A la muerte de Peter, había hecho la promesa de ayudar a esa criatura cuando lo necesitase y con lo que fuera.

Gonika hizo una pausa y tosió. Peter le ofreció agua y éste la aceptó. Elena trataba de imaginar a su madre como una criatura y se le hacía difícil. Omar, por su parte, pensaba emocionado en la generosidad de espíritu de su bisabuela. No cualquiera hacía semejante promesa.

— Y la vida le dio a Mariana la oportunidad de cumplirla... —La voz de Gonika era más clara que nunca, como si el agua le hubiera hecho un efecto salúfero. Se notaba un cambio aun en la elección de las palabras y en la precisión del idioma con que hablaba. Nada podía frenarlo ni confundirlo, despejado continuó: —Terminada la guerra, André Garrott se metió a ayudar a los nazis a cambio de una gran suma de dinero.

Elena abrió los ojos, no podía creerlo. Gonika, como adivinando sus pensamientos, agregó:

— No fue el único, muchos lo hicieron en la Argentina durante esos años, pero André tuvo la mala suerte de que alguien lo delatara. Traicionado, estaba a punto de quedar al descubierto ante todos ya que si llegaba a saberse, podía ser capturado por los aliados y su familia vilipendiada, porque la infamia habría llegado hasta ustedes, sus hijos. Pero Mariana lo ayudó y lo salvó, por amor a Florence, para cumplir su promesa. Ella hizo algo impensado, valiente y generoso.

Elena lo escuchaba y quería preguntarle mil cosas, pero Gonika iba en otra dirección:

— Te confieso esto no para que juzgues a tu padre, porque él lo pagó bien caro, nunca más pudo regresar a vivir a su amada Patagonia. Te lo cuento para que entiendas cómo a veces lo que comienza como un acto de maldad o una decisión equivocada, al dar la vuelta completa al universo que no vemos, puede retornar transformada en algo bueno si en su periplo las personas de buen corazón han intervenido, poniendo su toque bondadoso.

»Susan a pesar de sus intenciones protectoras se equivocó al prohibir a Peter la posibilidad de elegir y al separarlo de Mariana, pero su mala acción fue tocada por las manos bondadosas de Mariana y esto terminó trayendo salvación para tus padres. ¡Pero cuánto dolor hubo, por querer torcer lo que no se debía!

Gonika hizo una pausa, en el ambiente reinaba un silencio absoluto. Omar, Elena y Peter miraban a Gonika con atención. Él prosiguió:

— Ese aleteo de mariposa, incorrecto, que con el tiempo puede transformarse en un ciclón, si es tocado por los buenos corazones a lo largo de su recorrido, podrá llegar al fin de su vuelta convertido en brisa fresca. No lo olvides nunca, toda buena acción no sólo tiene el resultado que ves, sino que hace su aleteo mucho más allá de lo que ves, sus efectos van mucho más allá, en el mundo invisible, en el futuro de tus hijos. Su influencia se multiplica. No te conformes nunca con los ciclones que producen las malas acciones, sino combátelos con tus acciones amorosas. Pequeñas o grandes, todas tienen un valor y una influencia en el mundo intangible.

Gonika había puesto en palabras todos sus últimos pensamientos en un español perfecto, como si hubiera vivido todos esos años sólo para dar esa explicación en esa precisa hora. Elena estaba impresionada de la enseñanza que acababa de recibir, así como de la transformación que había sufrido Gonika en ese momento para darla. Parecía inspirado por algo mucho más grande que su alma de ser humano finito. Sentía como si la bondad misma se hubiese hecho presente en el cuarto y lo inundara todo. Los tres sentían cómo ésta los penetraba de arriba abajo, de lado a lado.

Elena lloraba. Omar y Peter estaban visiblemente conmovidos. Ella se arrodilló junto a la cama del anciano. Esto iba a cambiar su vida, porque esta lección le llegaba justo en el tiempo en que iba a ser madre y cuando había encontrado el amor de su vida; y había venido a hallarla aquí, en la tierra de sus ancestros, en las palabras de un anciano de color descendiente de esclavos. Antepasados que también eran los de Omar.

Gonika sonreía, feliz.

Ese día la visita fue larga, porque después de ese momento tan especial se quedaron junto a su cama muchas horas más, hasta que muy entrada la noche, ellos sin ganas tuvieron que partir al hotel.

Temprano en la mañana, Omar y Elena todavía dormían cuando en el cuarto recibieron una llamada. La atendió Omar, medio dormido. Escuchando la explicación que el recepcionista le daba en inglés, él no alcanzaba a entender todo, pero en medio de las frases una se le hizo clara: Peter Smith los esperaba en Waterkant. Su padre había muerto esa noche.

El día anterior había sido mágico y extraño, pero éste también se presentó igual, porque si bien el entierro de Gonika los puso triste, para ellos también fue profundamente revelador. Participar de este rito en África fue extraordinario ya que a lo que ellos conocían como velorio, aquí se le sumaron algunos rituales más produciendo una mezcla ilustrativa de cómo se vivía la muerte en esa cultura. La familia y los amigos del anciano no estaban tristes, solamente se despedían de él. Gonika había vivido una buena vida, razón de sobra para despedirlo de modo feliz. Había amado, había sido amado, tenido hijos y desperdigado generosidad y afecto en todos los que lo rodeaban.

El hijo y el nieto de Gonika se encargaron de lavar su cuerpo con agua de lluvia recolectada especialmente para estos casos y de ponerle ropa de colores brillantes que jamás había sido apoyada en el piso. El clima no era de llanto y sufrimiento. Gonika se unía a sus antepasados, que lo esperaban junto al Dios creador. Alguna vez, todos se reunirían en ese más allá desconocido, porque la vida era corta y la eternidad larga, así que no lo verían por un poco de tiempo, pero sí lo encontrarían para siempre.

— Muchos entierros significan muchos nacimientos —les había dicho Peter en el cementerio; era un proverbio africano sobre que la vida continúa. Y agregó: —La vida se va pero vuelve de muchas maneras, algunas ni siquiera las entendemos bien, pero están. Porque se va Gonika pero viene tu hijo, viene esa flor —dijo, señalando la panza de Elena y un pimpollo del jardín.

Al terminar la ceremonia, un grupo de gente que amaba a Gonika se reunió en su casa y comieron comida que Peter había hecho preparar especialmente para ese evento. Elena y Omar por unos momentos sintieron lo mismo que los demás: el agradecimiento de haber tenido la dicha de conocer a ese hombre tan especial.

Era de tarde cuando al fin se marcharon, estaban exhaustos, el día había sido largo y las emociones muchas. Fueron al hotel y ya en el cuarto se acostaron directamente, sin siquiera prender la televisión. Durmieron hasta el otro día, cuando el sol fuerte de las doce los despertó, y todo lo vivido les pareció un sueño.

Pero la enseñanza final de Gonika se les había grabado a fuego y ahora los acompañaba, clara y real.

Después del entierro, Elena y Omar pasaron dos días más en Ciudad del Cabo, pero ya nada fue lo mismo para ellos. Saber que no estaba Gonika esperando su visita en la casa celeste de Villa Waterkant los ponía tristes y nostálgicos. Por lo que después de despedirse de Peter y de hacerle prometer que los visitaría en la Argentina, partieron conformes. Ya era tiempo de marcharse de Cape Town. Visitarían la provincia donde antes había estado ubicado el estado de Orange, el lugar originario de los Wilson. La idea comenzaba a devolverles el entusiasmo.

De camino al lugar, mientras Omar manejaba el auto alquilado, Elena le dijo:

— Gracias por haberme traído a Sudáfrica, Omar.

— Yo no te traje ¡vinimos juntos!

— Sí, pero sola nunca me habría decidido a venir.

— Imaginate, te habrías enterado de que estabas embarazada estando sola... Me moría si me perdía de estar a tu lado en ese momento.

— No quiero imaginármelo. —Ella lo miró y mientras lo besaba le dijo: —Te quiero. Me encanta tener un hijo tuyo adentro mío.

— Y a mí me hace feliz que crezca adentro tuyo. Lo envidio... —dijo, y se empezaron a reír.

Habían pasado unos minutos e iban en silencio cuando Omar agregó:

— Aunque el viaje ha sido fascinante, inesperado, ya tengo deseos de regresar a casa, a Argentina... a la Patagonia.

— ¡Yo también! —le dijo ella y volvieron a reírse. La frase les había hecho acordar de los tiempos del comienzo de la relación en que vivían de coincidencia en coincidencia, y ella le decía a cada rato: ¡Yo también! Eran lindos recuerdos aunque de tiempos tormentosos; se sentían agradecidos de que los mismos ya hubieran pasado. Pero era verdad... los dos extrañaban la Patagonia.

\* \* \*

Llegar a Free State Province, caminar por Bloemfontein, ver los atardeces del Orange River mientras los rayos se reflejaban en el agua y sentir los aromas de esas tierras sabiendo que allí habían vivido sus

antepasados, era emocionante. Recorrer la orilla del río Vaal y comprobar por qué en África su nombre significaba «pálido» eran experiencias que no podían explicarse con palabras.

Cuando les llegó el día de partir al aeropuerto para regresar a la Argentina, Omar y Elena se sentían otros. En los veinte días pasados en África habían cambiado terriblemente, habían madurado como personas y ni qué hablar como pareja, que con sólo mirarse se entendían; y como familia, volvían con un hijo de ambos gestándose en la panza de Elena, que todavía seguía chata, sin mostrar ni un signo de embarazo; sólo delataba la presencia de ese minúsculo ser, al que ya comenzaban a amar, las náuseas que de vez en cuando la acometían. Omar la miraba y le decía que estaba más linda que nunca, le sentaban los senos y las caderas más grandes. Entonces ella, preocupada, le preguntaba:

— ¿Estoy gorda? ¿Te parece que engordé en el viaje?

Omar se reía y le respondía:

— Tonti, tonti, tonti.

Lo que él sentía por ella, iba más allá de dos kilos de más o de menos.

## CAPÍTULO 32

### Ayer

En la estancia Azul, Florence y André ya habían regresado de su cena. Lo habían hecho tarde y cansados, pero felices.

Florence ya estaba en camisón y André preparaba su pijama cuando tocaron a la puerta. El golpe apurado y la voz del peón que los llamaba los preocupó. El encargado de cuidar de noche les anunciaba que una pareja de desconocidos, gente mayor, pedía por ellos. Les avisaba que no los había querido dejar pasar sin antes consultarlos, porque era tarde para visitas.

— Parece gente buena, vio, pero a esta hora no me pareció prudente dejarlos pasar sin su permiso.

— Dígales que pasen y acompáñelos hasta aquí —dijo Garrott. Pensaba que de seguro se trataba de algo relacionado con alguno de sus trabajadores. Le sugirió a Florence que se quedara en la cama y no se preocupara.

Ella, a regañadientes, le hizo caso. En minutos, Garrott recibía a la pareja. Parados en el lujoso hall, las dos personas lo observaban, él hombre estudiándolo, ella con un dejo de ternura, como a un hijo.

— Disculpe la hora, señor Garrott, pero vengo por algo que no podía esperar —dijo la mujer.

— Pasen, por favor —dijo André, señalando los sillones de la sala.

Los tres se sentaron y ella tomó la palabra:

— Soy Mariana Manso, y Peter Wilson, el padre de Florence, fue una persona muy querida para mí. Lo conocí siendo una chiquilla y siempre pensé que el día que su hija necesitara algo, la ayudaría si podía.

— Discúlpeme, pero aún no entiendo. Mi esposa Florence está en la cama y muy bien...

— Señor Garrott, he querido venir a alertarlo de algo que va a suceder mañana, está relacionado con todo este asunto de los nazis.

A Garrott le bastó escuchar esa palabra para unirla a las anteriores y adivinar lo demás. Porque cuando Mariana habló y explicó la razón por la que estaba allí, su mente ya tenía todas las respuestas: los nazis, el dinero, la llamada anónima de un enemigo, la policía... el infortunio. Sólo una parte en esta historia que la mujer contaba le sorprendía. Ella le había explicado que

era la madre de Daniel González, el asesino del padre de Florence, y que ese Daniel era el hijo de Peter Wilson.

Aún no sabía qué responder, cuando en la puerta de la sala vio el rostro desfigurado de Florence. Ella envuelta en su bata azul, se acercaba de pantuflas a las visitas, y sin siquiera saludarlos, mientras le corrían lágrimas por las mejillas, comenzaba a hacerles preguntas que iban desde el año 1910, hasta los nazis y su oro.

Eran las tres de la mañana cuando Mariana y Rodolfo subieron a su auto. Las horas en la estancia Azul habían sido tan intensas como el frío de esa noche. Ella temblaba por la baja temperatura y por los nervios. Estaba helada, se tomó fuerte del brazo de su marido que manejaba y cerró los ojos. Cuando lo hizo, una corriente de aire cálido la envolvió, confortándola. No le importó averiguar de dónde venía, sólo quería disfrutarla, quedarse allí, al abrigo de ese calor. Mariana no adivinaba que era el último vestigio del aleteo de mariposa que alguna vez, hacía mucho, había desatado Susan Wilson y ahora llegaba hasta ella transformándose en su cobijo, dando la vuelta, cerrando ciclos. Todo había terminado. Las buenas y malas acciones se mezclaban y se equilibraban. Se recuperaba la armonía, el equilibrio, la proporción; y el proverbio que dice «el aleteo de las alas de una mariposa pueden provocar una tormenta al otro lado del mundo» se cumplía y se desvanecía al mismo tiempo; por lo menos en la vida de ella. Las generaciones que vendrían iban a tener que acomodar la porción que les tocaría.

Cuando el matrimonio González se había retirado de la estancia Azul, Florence y André se miraron sin saber cómo se hacía para continuar. Fueron minutos de indecisión, donde ella sopesó muchas cosas, sabiendo que lo que hiciera marcaría su futuro. André sentía un abismo bajo sus pies. Así estuvieron hasta que ella se lanzó en sus brazos. Se abrazaron hasta hacerse doler. Lo que viniese lo enfrentarían juntos, los dos, los tres con Pedrito; con los que vinieran. Porque su familia seguiría adelante.

Sabían que sería duro, aunque no imaginaban cuánto, ya que André jamás podría volver a la Patagonia. Pagaría con dolor lo que había hecho.

Allí no podían quedarse, tenían que marcharse ya mismo a cualquier lado. Buenos Aires era una buena opción, a ella siempre le había gustado. Florence se lo propuso y él aceptó, sin saber que tendría que aprender con



lágrimas a vivir en esa ciudad, porque extrañaría tanto la estancia, su tierra y su viento, que creería volverse loco.

Una hora después, Florence preparaba una sola valija. A la capital sólo llevaría lo indispensable, después habría tiempo de hacerse enviar algo de todo lo que en una vida habían juntado; porque no se trataba de ropa o de muebles, sino de recuerdos, vivencias y afectos. Aun Babá, que ya era parte de la familia, se tendría que quedar. Mientras tanto, André, en la oficina, organizaba como podía los papeles que necesitaba transportar y los que haría desaparecer.

Por la mañana, cuando llegara la policía a registrar, ellos ya no estarían, la mucama explicaría que ellos conforme a sus planes se habían ido a vivir a Buenos Aires.

Él había organizado que la gente que tenía que traerle el dinero no viniera; les había enviado con un peón, esa misma noche, una misiva diciéndoles que no lo hicieran debido al peligro. Si la policía se quedaba apostada esa mañana esperando horas en la estancia Azul, sería en vano: nadie vendría con el dinero.

Ya estarían viviendo en Buenos Aires cuando Florence se enteraría que con ese maldito dinero se había comprado de nuevo la bendita estancia La Soñada, la que su familia después de muchos sacrificios para ganarla había terminado perdiendo. Pero que ahora recuperarían al igual que todas las demás tierras.

Aunque todo tenía un costo y éste había sido demasiado caro: no podrían quedarse en la Patagonia, ni criar sus hijos allí, ni siquiera alcanzarían a despedirse de ninguna de las dos familias; las volverían a ver después de mucho tiempo; y a Florence entre otras cosas le quitaría la oportunidad de darle el último adiós a su tía Anne.

Aun así, pagando un precio tan alto, ella agradecía que los tres estuvieran juntos y miraba el futuro con confianza. Era una bóer, no podía hacerlo de otra manera, su sangre se lo reclamaba y ella le hacía caso; porque la sangre sabía, como lo había sabido aquella vez en «*la gran travesía*» más allá de los ríos Vaal y Orange, o en la ocasión en que se enfrentaron a los ingleses siendo sólo un puñado, y también en el 1900 cuando su padre llegó a la Patagonia.

Soñaba conque alguna vez, un día no tan lejano, pudieran regresar, o tal vez sus hijos. Las tierras estaban allí, esperándolos, y el viento los llamaba. La Patagonia era semejante a una mujer amada que una vez que se probaba,

no podía ser reemplazada con nadie. Era verdad...probar el calafate y siempre regresar.

## CAPÍTULO 33

### Hoy

Cuando Elena y Omar llegaron a Buenos Aires, y se instalaron en el departamento de ella, las cosas realmente importantes fueron las que tomaron prioridad en su vidas, ya que por más que los preparativos de la boda eran muchos y acuciantes, Omar no tuvo que recordarle a Elena que lo primordial eran ellos dos; muchas de las lecciones aprendidas en África los acompañaban ahora y lo harían toda la vida.

Una de las cosas importantes para Elena fue conocer a Belén, su cuñada, y en medio de ese almuerzo en que la vio por primera vez contarle a ella y a la madre de Omar que esperaban un hijo. Habían brindado en medio de las lágrimas de Magalí, que terminaron contagiando a Elena. Omar ya comenzaba a acostumbrarse a esta nueva faceta en ella, desde que estaba embarazada se hallaba más sensible que nunca. Elena sentía una agradable sensación de tener mujeres en la familia. Rodeada siempre de varones, ahora se sentía acompañada, ya que éstas habían sido madres; veía en ellas a pares con quienes compartir las inquietudes del embarazo, desde pedir ayuda en la elección del obstetra hasta escuchar sugerencias que ayudaban a paliar las náuseas.

En cuanto llegaron a la Capital, Elena reanudó su trabajo en la empresa. Antes de irse a Sudáfrica le había contado a Marcelo que se casaba. Si bien para él la noticia había sido un balde de agua fría, a su regreso lo notaba ya más tranquilo. Además estaba bastante entusiasmado con Karina, incluso más allá de lo meramente profesional, lo que ponía contenta a Elena, porque a ella conocer y enamorarse de Omar le había cambiado la vida y ella deseaba lo mismo para todos.

Omar, por su parte, una vez instalado, se dedicó a realizar una serie de informes que debía entregar antes del casamiento; sus viajes de trabajo comenzarían después de la semanita que pensaban tomarse en Mar de las Pampas como luna de miel.

En medio de la vorágine del trabajo y de los preparativos, los momentos que tenían libres los aprovechaban para descansar y pasarlos juntos en tranquilidad. Como ese sábado por la tarde en que se hallaban en la cama con

Omar, terminando de ver una vieja película, que ella había conseguido después de muchas insistencias en el video. Era *Memorias de África*, con Meryl Streep y Robert Redford.

En medio de la música del final, Elena se acurrucó contra Omar y él la abrazó.

— Ojitos, ¿qué pasa? —la miró. Ella parecía a punto de llorar, pero él ya no se asustaba como al principio.

— Es que ver la película me hace extrañar...

— Es un hermoso argumento... Karen ama realmente a esa tierra —dijo, refiriéndose a la protagonista y luego agregó—: Y a nosotros nos toca de cerca por todo lo que nos une a ese lugar —mientras hablaba le tocaba el pelo con cariño.

— Pero es que no extraño África sino la Patagonia. La historia me hizo pensar en cómo alguien puede estar unido a una tierra, y yo siento que mi corazón le pertenece al sur. Extraño la casa de Rada Tilly.

Omar la miró sorprendido. En los últimos tiempos él varias veces había sentido lo mismo, pero no se había atrevido a ponerlo en palabras. Elena estaba embarazada y no era el mejor momento para hacer planes complicados. Las palabras de ella lo animaron.

— Elena, yo tengo una gran desazón desde que llegamos y no sabía por qué. Pensaba ¿qué es lo que me tiene así, si tengo todo para ser feliz? La respuesta es que extraño el sur, a veces anhelo estar en nuestra casa de Rada Tilly.

— En ese lugar hemos sido muy felices.

— Más aún, nuestro destino cambió allá.

— Es verdad.

— ¿Te gustaría ir allá y no a Mar de las Pampas?

— Sí, me encantaría.

— A mí también.

Se abrazaron durante un largo rato. Ya casi no entraba luz por la ventana, la noche caía. La hora mágica los envolvía y el ambiente se llenaba de la bruma del anochecer junto a los últimos rayos de luz. Los pensamientos y los deseos en medio de la paz silenciosa se mostraban claros y nítidos.

— Elena...

— ¿Uhm?

— ¿Y si nos vamos a vivir al sur?

Ella se incorporó, casi no se veían el rostro.

— Omar, es lo que más deseo, no me animaba a decírtelo.  
— Será complicado... —dijo él, pensativo.  
— Ya sé, pero no me importa, extraño al punto de ponerme triste y no puede haber algo peor que eso —afirmó, segura.  
— Deberíamos esperar a que nazca Elenita.  
Ella sonrió en la oscuridad:  
— Franco, querrás decir.  
El juego sobre el sexo del bebé los divertía.  
— Franco o Elenita, el que sea —dijo Omar.

Se volvieron a abrazar, hasta en eso. Se dijeron te amo al mismo tiempo. Elena lo abrazaba fuerte y su cercanía le daba confianza para soñar con más. En tres días llegarían sus hermanos y ella les diría que deseaba quedarse con la estancia Maan como parte de su herencia. No quería dinero, deseaba esa propiedad. Con Sarmiento, el comprador, arreglaría de alguna manera, algo se le tenía que ocurrir.

En la habitación la oscuridad era completa, la felicidad también. El aire lleno de planes nuevos los envolvía y Omar comenzó a besarla con dulzura y firmeza. Quería amarla en ese preciso momento, sellando de esa manera la decisión que acababan de tomar. Ella era su mujer, la que lo acompañaría en la aventura que estaba a punto de emprender. No sería fácil para un geólogo vivir en Rada Tilly, pero era lo que los dos querían. La besaba con desesperación y la desnudaba con prisa cuando la claridad tenue de una luz que entraba por la ventana le mostró que en el vientre de Elena se observaba un pequeño montículo, como si una perla creciera en su interior. Se emocionó y entonces, aplacando la violencia de su instinto de hombre, le hizo el amor de seda y ternura, de dulzura y suavidad. Hundiéndose en ella una y otra vez con extrema delicadeza, ya que allí en medio de ellos crecía Elenita, porque estaba seguro de que era una niña, no importaba lo que la madre pensara.

## EPÍLOGO

A Elena le costó calmar a su hija. La pequeña, al observar las ovejas del corral, no quería irse de allí por nada del mundo. A pesar de que ella aún no cumplía los dos años, ya demostraba su carácter con berrinches. Elena todavía quería bañarla y ponerle un vestidito para que Omar la viese presentable cuando llegara en un par de horas.

Siempre que pasaban unos días en Maan, regresaban a la casa de Rada Tilly en un estado calamitoso, llenas de tierra, suciedad y cansancio. Además quería tener tiempo para arreglarse y ponerse linda. Hacía veinte días que no veía a Omar. Su trabajo de geólogo lo llevaba a diferentes lugares, y cuando él no estaba, ella buscaba atiborrarse de tareas para extrañarlo menos, como la producción de ovejas en la estancia, que había crecido mucho. Pero cuando su esposo volvía y se quedaba en la casa de Rada Tilly la larga temporada que su trabajo le permitía, allí vivían una felicidad completa. Cuando Omar recién llegaba se dedicaban a mimar juntos a la pequeña y luego la entregaban a su niñera, ya que a veces ellos dos no salían de su cuarto por muchas horas, necesitaban apaciguar el hambre que tenían el uno del otro y ponerse al día contándose todo lo que les había pasado en ese tiempo de no verse. Conversar y hacer el amor seguía siendo lo que más les gustaba en la vida.

Pensaba en estas cosas mientras ponía a la pequeña dentro del auto en su sillita. Al hacerlo ésta de inmediato se calmó y se quedó dormida. Había sido una jornada agotadora y le costaría despertarla cuando llegaran a Rada Tilly, porque recién eran las seis de la tarde y en el sur en esta época se acababa la luz del día a las diez u once de la noche. Así era la Patagonia, mágica hasta en eso.

Frente a la casa estacionó el auto y bajó a la niña en brazos; ésta seguía profundamente dormida. Abrió la puerta y llamó a la señora que la ayudaba con las tareas de la casa pero nadie le respondió. Le llamó la atención, le había dado instrucciones claras sobre que deseaba todo impecable, porque hoy llegaba su marido. Dejó a Elenita acostada en el sillón del living, no sin antes sacarle los zapatitos. Caminó hasta la cocina mientras dejaba sobre la biblioteca la carta que le había llegado esa mañana, era de Peter Smith, le

avisaba que en las vacaciones pensaba venir de visita a la Argentina. Omar se alegraría con la noticia como ella.

Pensaba en esto cuando a punto de entrar en la cocina, lo vio:

— ¡Omar! ¡Llegaste antes!

Estaba sentado tomando un té de menta.

— Las estuve esperando una eternidad...

— ¿Una eternidad? —Ella se acercó a él y se sentó en su falda.

— Sí, como diez minutos...

Elena lo besó con ganas, y mirándolo mientras sonreía le dijo:

— Elenita duerme, aprovechemos, vamos a la cama.

Él no lo dudó. Hacía más de dos semanas que no veía a su mujer. Su sola proximidad ya lo tenía desquiciado.

Caminaron de la mano rumbo al cuarto mientras hablaban en voz baja para no despertar a la pequeña. Se contaban las novedades, se decían cuánto se habían extrañado; cuando estaban los tres juntos en ese lugar eran los momentos más felices de la vida. Esta tierra los había amarrado a ella como si siempre los hubiera estado esperando... llamando. Ellos y ese lugar eran uno solo, eran la armonía perfecta, el destino único e irremplazable.

Dos horas después, Elena y Omar descansaban abrazados y satisfechos en la cama grande de su cuarto. Una vocecita se escuchó desde el living.

— Mami...

Omar respondió:

— Amorcito, ya va papi a buscarte...

La vocecita exclamó feliz:

— ¡Papi..., papi...!

Y sin paciencia para esperar que los brazos fuertes de Omar vinieran por ella, la pequeña se deslizó al suelo, y descalza, con pasitos apurados, empezó a caminar rumbo a la habitación.

En esos pies pequeños iban las pisadas de los que ya no estaban pero que se hacían presentes porque la sangre de los Wilson y los Garrott caminaba por el suelo de la casa de Rada Tilly; marchaba en esos dos tiernos pedacitos carne y piel sobre la superficie de parquet, que era tan sólo una capa sobre la tierra patagónica. Se escuchaba el sonido de los piecitos blancos caminando apurados y parecía oírse el eco de todas las pisadas de los que alguna vez habían hecho su parte para que los tres ahora estuvieran juntos. Resonaban en ellos la presencia de Peter y Mariana, de Florence y André, de Anne y Gonika.





# AGRADECIMIENTOS

Gracias, muchas gracias...

A Mariana Dappiano, mi querida *sister-in-law*, mi fiel colaboradora y corresponsal en Comodoro Rivadavia, que compartió durante los últimos meses su trabajo diario entre aviones y visitas al archivo histórico, la municipalidad y otras entidades. Ofició hasta de fotógrafa, porque sacó para mí la foto del lugar exacto en el aeropuerto donde Omar y Elena se despiden. Y gracias Leo por prestarme a Mari.

A Mónica García, lectora, amiga, y corresponsal en Puerto Deseado, por ayudarme como sólo puede hacerlo alguien que ama las letras, esas que nos hicieron conocer y hoy nos unen. Escribir el encuentro en La Leonesa habría sido imposible sin la foto antigua que me envió.

A Mario dos Santos Lopes, director del semanario *El Orden* de Puerto Deseado, por responder a mis consultas y brindarme información.

A los hoteles y confiterías de Comodoro Rivadavia por la información brindada.

A Gabriela Peña, mujer luchadora de tierra patagónica, por la predisposición para responder con paciencia mis preguntas sobre estancias, ovejas, esquila, tormentas y precios de la lana. Con sus explicaciones ya casi me siento lista para dirigir una esquila.

A mis queridas amigas Euge y Carla, porque, sin importarles cuantas obligaciones tienen en su vida porteña, siempre que voy a su ciudad se hacen un lugarcito para apoyar mi vida de escritora. Las quiero.

A Raúl Robledo, por leerme con ganas y ayudarme a conseguir esos libros de consulta difíciles de encontrar, y que sólo alguien entendido como él puede saber donde están.

A Cuki, por leerme, ayudarme, aconsejarme y quererme.

A Belén, mi amiga del alma en buenas y en malas, que cuando estoy encerrada escribiendo durante cuatro días, casi sin comer ni dormir, viene a reclamarme y rescatarme. Gracias por leer mis libros cuando todavía no han salido del horno, y si mi paladar lleno de sabores no se da cuenta de la falta o el exceso de sal, ella me lo dice con determinación y amor.

A Gachi, por leerme antes de que el libro salga del horno. Y por

acompañarme y apoyarme en las cosas importantes de la vida, como lo sabe hacer una verdadera amiga.

A Oscar, Vicki y Cris, porque me ayudan SIEMPRE y en TODO. Gracias por comprender mi pasión por la escritura.

A Elisabet Ríos de Venter, con quien me une el interés por la cultura bóer, ella por amor a su esposo de origen bóer y yo por amor a la literatura.

A Griselda Ferrero, mi abogada favorita. Mis tiempos de abogada están tan lejanos que no sé qué hubiera hecho sin su asesoramiento sobre legados.

A Cefe Lazcano, mi escribano favorito, por todo lo que me enseñó sobre herencias y por todas las historias verdaderas llenas de curiosidades que me contó, que superan la ficción y abren mi imaginación.

A Cristina Galván y Sarita, lectoras y amigas que me ayudaron a conseguir reservas en vuelos imposibles. Gracias también por el material y los datos que me dieron para mis libros. Gracias, Cristina, por aconsejarme, alguna vez hace mucho, que fuera a Sudáfrica. No se me hubiera ocurrido escribir este libro sin conocer ese lugar.

A mi mami, por leerme y decirme siempre la verdad sobre mis obras.

A Mercedes Güiraldes, mi editora, por su aliento continuo y buen ánimo.

Viviana Rivero

Lo que no se dice.

1a. ed. - Buenos Aires: Emecé, 2012.

E-Book.

ISBN 978-950-04-0871-4

1. Narrativa Argentina . I. Título.

CDD A863

© 2012, Viviana Rivero

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Editorial Planeta

Diseño de interior: Ana D'Agostino

Ilustración de cubierta: Juan Pablo Cambariere

Todos los derechos reservados

© 2012, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Emecé®

Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.

[www.editorialplaneta.com.ar](http://www.editorialplaneta.com.ar)

Digitalización: Proyecto451

Primera edición en formato digital: octubre de 2012

Inscripción ley 11.723 en trámite  
ISBN edición digital (ePub): 978-950-04-0871-4



**Octubre 2012**

---

---

**notes**

- [1] *Maan*: luna en afrikáans.
- [2] *Ouma*: abuela.
- [3] *Bultong*: tira de carne de guanaco, salada, parecida al jamón crudo magro.
- [4] *Groot Trek*: la gran travesía.
- [5] *Voorspred*: prosperidad en afrikáans.
- [6] *Fregadele*: albóndigas.
- [7] *Beskeid*: galletas de pasas de uva.
- [8] *Koeksusters*: masitas fritas.
- [9] *Tameleikie*: caramelos de leche.
- [10] *Rubap-pai*: pastel de ruibarbo.